



PHILIPPE CAVALIER

LA DAMA DE LA
TOSCANA

EL SIGLO DE LAS QUIMERAS IV

Lectulandia

Moscú, 1947. En un despacho de los servicios de inteligencia soviética, Dalibor Galjero se confiesa. Es el último de su linaje, y unido desde hace siglos al hada Laüme, ha pagado un alto precio por ser tan poderoso como su pareja. Por otra parte, sus habilidades podrían ser de gran ayuda para los rusos en la guerra fría que acaba de empezar. Pero tres hombres han jurado acabar con Dalibor y Laüme: Tewp, Monti y Gärensen, junto a la anciana e intrépida Garance de Réault, están decididos a jugar las últimas bazas de una partida en la que parecen llevar las peores cartas...

Lectulandia

Philippe Cavalier

La dama de la Toscana

El siglo de las quimeras - 04

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *La Dame de Toscane*
Philippe Cavalier, 2008
Traducción: Jesús de Cos
Diseño de cubierta: Eva Mutter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



más libros, más libres



ANIVERSARIO



epublibre



*O donna in cui la mia speranza vige,
E che soffristi per la mia salute
In inferno lasciar le tue vestige.*

*Oh, señora, en quien reside mi esperanza,
tú, que por hacer mi bien sufrir quisiste
en el oscuro infierno dejar tu traza...*

DANTE
Paradis, XXXI

PRÓLOGO

—¡Aún está a tiempo de renunciar a esta locura, Messing! No sea estúpido. Yo encontraré un modo honorable de anunciar su defección en las altas esferas. Seguramente no evitará algunas sanciones, pero si se obstina en lo contrario, su impostura saldrá a la luz del día y no podré hacer nada por usted. «Nadie» podrá hacer nada por usted. Acabará en un campo en Siberia, o algo peor...

Sentada en el asiento trasero del gran Exótica modelo 1937 recién salido de las gigantescas factorías de Gorki, la comandante del Ejército Rojo Grusha Alantova no comprendía cómo el extranjero sentado a su lado era capaz de mantener la calma pese a la extrema gravedad del momento. Impasible, distendido, casi sonriente, el hombre no parecía medir la naturaleza de los peligros que le amenazaban.

Wolf Messing hundió con indiferencia su fina mano en el bolsillo interior de su traje barato a cuadros y sacó un paquete de cigarrillos Belomorkanal, encendió uno con un fósforo y se tomó el tiempo de aspirar y exhalar dos largas bocanadas antes de abrir los labios para hablar.

—Usted nunca ha creído en mí, ¿verdad, camarada comandante? Desde el principio me ha tomado por un fabulador mediocre. Un mitómano, un vulgar titiritero de feria, que sólo sirve para manipular a las almas candidas... ¿es ésa su opinión?

Alantova agachó la cabeza y cerró los párpados un instante para protegerse de la dura mirada de Wolf. Dos lanzas negras y ardientes, dos agujas oscuras, extraordinariamente vivas y penetrantes, así eran los ojos del hombre. Aquélla era su única peculiaridad, el único aspecto notable en su figura banal, desprovista de encanto, de pequeño judío alemán de treinta y cinco años, de calvicie pronunciada, estómago prominente y dientes amarillos.

—Stalin en persona me ha desafiado, comandante, bien lo sabe usted —continuó Messing con un fuerte acento alemán—. Y usted ha sido designada para garantizar el feliz desarrollo de la operación. Una precaución, una simple precaución... No se extralimite en su papel con esta patética sugerencia de escapatoria en el último minuto. Procedente de un militar de su rango, estimo su compasión tan fuera de lugar como humillante. ¡Yo sé lo que hago! Siempre he tenido pleno dominio de mi vida, todo previsto, cada detalle. Nada se me ha escapado nunca. El único servicio que voy a pedirle ahora es que me dé algo para escribir. ¿Puede hacer eso por mí, camarada?

Resignada, convencida definitivamente de que ningún argumento haría recapacitar a Messing, Alantova arrancó con suma minuciosidad una página de color azul de su dietario personal y puso la hoja y una estilográfica en la palma que el alemán le tendía como si fuera una bandeja.

—Baje la mampara, ¿quiere? —dijo Messing señalando la espesa hoja deslizante que permitía a los pasajeros aislarse de la ordenanza sentada al volante.

Alantova obedeció y Wolf dedicó medio minuto a trazar una corta serie de líneas en el papel. Cuando terminó, le mostró el texto a la oficial para su aprobación.

—No entiendo nada —reconoció Alantova, incapaz de descifrar las palabras escritas por Messing—. Ni siquiera reconozco el alfabeto que utiliza. No es cirílico, y menos aún latino. ¿Qué es?

Wolf Lessing abrió la ventanilla y se deshizo del cigarrillo con un gesto negligente.

—No es nada, comandante. Literalmente, nada. Usted no puede leer este galimatías. Nadie puede comprenderlo. Yo tampoco. Acabo de inventarme esos signos. No tienen un significado particular, salvo para los espíritus a los que voy a parasitar. Estos simulacros de palabras son tan sólo un soporte para un número de hipnosis que voy a realizar. ¡Pero basta de charla inútil! Una demostración valdrá más que todas las teorías. Le he garantizado a Stalin que hoy iba a robar cien mil rublos en el banco del Estado moscovita que usted designe, sin ayuda de nadie y sin recurrir a las armas. Es la prueba que está esperando para tomarse al fin en serio mis poderes espirituales. Quédese aquí, comandante, volveré dentro de diez minutos.

Messing dobló cuidadosamente el trozo de papel y lo metió en su portafolio antes de descender del Exótica. En la acera, se alisó el pantalón, cerró los botones de su chaqueta y, con las manos hundidas con arrogancia en los bolsillos, atravesó la avenida para penetrar bajo el porche de un elegante inmueble con la fachada adornada de pilastras, de arquitrabes moldeados y de giros y volutas de hierro forjado.

En el coche, pese a la insoportable canícula del mes de agosto en Moscú, Grusha Alantova temblaba. El cuerpo le dolía, bañado en sudor frío, y sus pulmones parecían paralizados, incapaces de aspirar el aire que se esforzaba en inhalar a grandes bocanadas por su boca desmesuradamente abierta. No había podido pegar ojo desde que, dos días antes, Wolf Messing, pretendido vidente e hipnotizador, le había sido confiado mediante una orden que llevaba la doble firma de Stalin y del presidente de la Academia de las Ciencias, Sobolev. Lo que la inquietaba no era tanto la extrañeza de esa misión con el alemán. Desde su promoción al grado de comandante, tres años atrás, no había dejado de trabajar en los casos más extraños del NKVD, el todopoderoso Ministerio soviético del Interior. Su formación de físico y, sobre todo, la aplicación, la meticulosidad, el sentido de lo secreto y la brillante inteligencia, cualidades todas ellas de las que había dado muestra desde su entrada en funciones, habían llamado muy pronto la atención del director, Nikolái Yezhov. Este, pragmático antes que político y más realista que bolchevique, la había elegido a ella, antes que a otros de mayor rango o con más experiencia, para que asumiera los asuntos inclasificables, fuera de lo normal, que pudieran amenazar la seguridad del Estado.

Desde entonces había sido testigo de sucesos que sobrepasaban todo lo que pudieran contener las obras de imaginación más extravagantes. En Tashkent había visto iconos que lloraban sangre. En Vladivostok había escuchado a una babushka

inculta que de pronto había recibido el don de la glosalalia y profetizaba en treinta y cuatro lenguas, entre ellas el wolof, el euskera, el hidatsa y el arameo. En Leningrado había visto a un niño desplazar objetos sin tocarlos. En una región desértica de los Urales había corrido durante días por pistas impracticables para los vehículos a motor, con el fin de recoger los fragmentos de un objeto de origen desconocido que se había pulverizado contra la vertiente de una elevada montaña, ante la sorprendida mirada de un puñado de pastores nómadas. A pesar de su carácter excepcional, ninguno de estos fenómenos habían llegado a inquietar de verdad a la comandante Alantova. Su espíritu equilibrado, racional, poco dado a las variaciones emotivas que corrompen con tanta facilidad el juicio del común de los mortales, la había preservado de toda deriva. Pero el encuentro con Wolf Messing lo había cambiado todo de repente. Aunque no se atrevía a reconocerlo, el instinto le decía que el alemán iba a trastornar profundamente su vida. Y este cambio, aún indefinido, le daba miedo.

Alantova abrió la portezuela y bajó del coche. El sol de mediodía la deslumbró. Caminó unos metros hasta el resguardo de unos tilos que bordeaban la avenida. Un autobús de dos pisos, casi vacío, pasó por delante de ella; después, vio a unos carboneros con el torso desnudo subidos a un carro tirado por dos mulos de costados prominentes. Sólo dos automóviles particulares circularon mientras esperaba. Desde hacía unos meses, la ciudad entera vivía un estado de parálisis debido a la ola de arrestos decretados por Stalin para purgar los residuos de oposición a su poder. Encerradas a cal y canto en sus casas, en espera de que amainara la tormenta, las gentes apenas salían para ir al trabajo, a paso rápido, las espaldas encorvadas; después volvían a sus viviendas en los barrios de Arbat o de Kaliniski y se encerraban con triple vuelta de llave hasta el día siguiente. Alantova no se sentía amenazada, porque gravitaba en el entorno de Nikolái Yezhov. Su fidelidad a Stalin era indiscutible, había dado pruebas de ella en infinidad de ocasiones.

Messing ya llevaba un buen rato ausente, y su figura aún no se recortaba bajo el porche de columnas. Alantova se enjugó la frente con el dorso de la manga, un gesto propiamente masculino, y miró su reloj con impaciencia. Suspiró, los ojos fijos sobre las agujas del Poljot redondo comprado en una tienda reservada a los oficiales del Ejército Rojo. Pasó un minuto, otro, y otro más antes de que Wolf Messing apareciera y se dirigiera hacia ella con paso tranquilo y una sonrisa de satisfacción en los labios. Llevaba en la mano una bolsa de cuero abultada. Un hombre vestido de paisano le iba pisando los talones, con un papel azul arrugado en la mano. Alantova sintió como se le aceleraban los latidos de su corazón.

—¡Cien mil rublos, mi camarada! —anunció Messing, triunfal, mientras ponía la cartera sobre el techo reluciente del Exótica—. Lo prometido. ¡Aunque podría haberle traído diez veces mis!

Messing hizo saltar con el pulgar el cierre metálico del maletín. En su interior se amontonaban en desorden fajos de billetes grises de cien rublos.

—El caballero que me acompaña es el apoderado del banco. Me ha entregado la

suma él en persona. De muy buen grado, puede usted pedirle que se lo confirme.

El fuego negro de los ojos de Messing era más ardiente que nunca. Alantova apartó el rostro para no mirar a la cara al mentalista.

—Declare su identidad y sus funciones, camarada —ordenó secamente la comandante.

Rígido como una marioneta, el aludido respondió con una voz extrañamente desprovista de entonación.

—Tchenko, Constantín. Tijomir, Klement. Subdirector de la sucursal 47 de la banca del Estado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

—¿Conoce a la persona a la que acompaña?

—No.

—¿Le ha autorizado la retirada de cien mil rublos de las arcas de su establecimiento?

—Sí.

—¿Puede justificar este acto de alguna manera?

La mandíbula de Tchenko se abrió y quedó colgando un momento. Un hilillo de saliva brotó por la comisura de sus labios.

—Porque... —articuló al fin, en un tono monocorde—. Porque... él me lo ha pedido...

Wolf soltó un bufido.

—Espero que ahora estará convencida, camarada comandante.

Sin mediar palabra, Alantova se apoderó de la maleta con un gesto brusco y subió al coche. Con el dinero sobre las rodillas, las sienes oprimidas por una súbita migraña, esperó el regreso de Wolf a su lado antes de dar un golpe seco en el panel que los separaba del conductor. La berlina arrancó.

—¿Y ahora? —preguntó Lessing, tomando otro cigarrillo.

—Al Kremlin, evidentemente. El camarada Stalin deseará verificar en persona el resultado de su maniobra. Después, lo que le pase no me concierne.

—Hoy empieza una nueva vida para mí, comandante Alantova —afirmó Messing—. Esta noche cenó cara a cara con Stalin. Me convierto en su Rasputín. Tendré apartamentos privados en la plaza Roja. Seré uno de los reyes secretos de Moscú, uno de los cortesanos más influyentes...

—Sí, Stalin va a encapricharse del pequeño faquir que es usted, es cierto. Mis felicitaciones —masculló Alantova.

—Mis felicitaciones también para usted —replicó Wolf, sin hacer caso de la pulla—. Es de rigor dárselas en estas circunstancias, ¿verdad?

—¿A qué se refiere, Messing?

—Usted aún lo ignora, pero está encinta de tres semanas, comandante. Será una niña. Transmítale mis cumplidos al padre, el camarada Nikolái Yezhov... Lástima, ¡sí, desde luego, es una lástima!, que Stalin vaya a condenarles muy pronto a ambos al pelotón de ejecución acusados de alta traición.

OCTAVA TUMBA DE LAS QUIMERAS

BRIGHTON MARINE PARADE

—¿David? Dios mío, ¿eres tú, David?

Sentado en un banco desconchado, frente al mar de superficie bruñida, David Tewp sufrió un sobresalto. Con los años, había perdido la costumbre de que una mujer le dirigiese la palabra. En realidad ¿había tenido alguna vez esa costumbre? Tan lejos como podía remontarse en sus recuerdos, y con la notable excepción de una vieja francesa excéntrica, Tewp era incapaz de recordar un solo rostro femenino que se hubiera vuelto hacia él espontáneamente con calor y simpatía. Incluso cuando sus rasgos estaban aún intactos. Incluso antes de que su nariz quedara desfigurada en el curso de una pelea con arma blanca, tres años atrás, convirtiéndole en un mutilado, condenado a llevar una prótesis.

—¿David? ¿Te acuerdas de mí, verdad? Perry, Perry Maresfield. De la facultad. Hicimos los exámenes juntos en 1935.

La figura era alta, delgada, envuelta con elegancia en un abrigo de invierno. Con una mano enguantada sobre el sombrero para evitar que se lo llevara el viento, Perry Maresfield sonreía ampliamente, iluminada por el sol rasante de aquella tarde clara y dorada de febrero. Tewp se levantó y la miró a los ojos. Le tendió la mano con torpeza mientras balbucía algunas fórmulas de cortesía embarulladas. Perry se echó a reír.

—¡Siempre tan atolondrado, David Tewp! Decididamente, los años no te han cambiado.

Sin darle tiempo a apartarse, ella lo tomó de la manga y lo llevó consigo a lo largo del paseo desierto.

—Acompáñame a dar un paseo, David. Me alegro de volver a verte, ¿sabes? ¡Vamos, háblame de ti! ¿Qué haces ahora? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¡Quiero saberlo todo!

Mientras sentía el hombro de la joven contra su brazo, una oleada de imágenes antiguas, casi olvidadas, invadió la mente de Tewp. Perry Maresfield. ¡Claro que se acordaba de ella! Fue en Londres. Él era un estudiante de provincias, con escasos recursos, sin dinero ni relaciones, que había ido a estudiar Derecho gracias a la generosidad de un viejo profesor que se había fijado en él. Allí, durante dos o tres años, había sido un alumno aplicado, serio hasta la solemnidad, que prefería la reclusión de las salas de estudio y la serenidad de las bibliotecas a la compañía ruidosa y burlona de sus condiscípulos. Tewp el Ermitaño, Tewp el Sin Blanca, Tewp el Monje... Así era como le apodaban sus compañeros, quienes por su parte dedicaban más energía en seducir a las chicas que en empollar sus asignaturas.

Entre las alumnas de su misma promoción, Perry Maresfield, nativa de Brighton como él, era una de las más cortejadas. Aún le pareció estar viéndola, frívola y

seductora, rodeada de tres o cuatro gallitos febriles, insistentes, dispuestos a satisfacer el menor de sus deseos. Durante todo aquel tiempo, sin embargo, Perry nunca había puesto los ojos en él. Ni siquiera le había dirigido la palabra. ¿Cómo era posible que le hubiera reconocido y le hubiera manifestado tal derroche de simpatía, después de doce años? Doce largos años en el curso de los cuales una guerra había conmocionado al imperio y al mundo.

—Yo he... —empezó Tewp, confuso— he viajado. A las colonias, primero. A Calcuta. Estuve allí una buena temporada. Quiero mucho a esa ciudad.

Y Tewp, sin darse cuenta, le contó a Perry retazos de su historia, más de lo que hubiera deseado. Le confió cómo, justo después de haber obtenido su diploma, ingresó en el MI6 por puro azar. Cómo había sido reconocido y recompensado por haber trabajado algunos meses en calidad de abogado en las oficinas de la metrópoli, y cómo después de repente lo habían destinado a la India.

—Llegué a Bengala sin saber nada de los hábitos militares, ni de los indígenas, ni de la política, ni de la maldad humana. En suma, no sabía nada de la vida. Allí abajo lo aprendí todo y abrí los ojos a realidades que ni me imaginaba.

Perry presionó con la mano el antebrazo de Tewp. Ese hombre la intrigaba, la tocaba. Más que sus palabras, le inquietaba el timbre de su voz. Presentía en él un dolor, una emoción, una sensibilidad a flor de piel y, por encima de todo, un secreto. Un secreto tan fascinante como un lago oscuro.

Le dejó hablar, con respeto, sin interrumpirlo ni una sola vez. De vez en cuando, largos silencios pausaban el relato, y a Perry le daba la impresión de que los años habían transformado por completo a David Tewp. Quizá siempre hubiera sido un poco salvaje, un poco distante; pero ahora, sobre todo, había ganado una formidable densidad. Una prestancia que no explicaban por sí solos los viajes a la India, a la Unión Soviética o a Palestina que él describía. Las farolas se iluminaron a su alrededor. Las gaviotas dejaron de arremolinarse en el cielo ahora sombrío y empezaron a posarse en la punta de las estacas que afloraban entre las aguas. La pareja había llegado al extremo de la plataforma de tablas. Acodado en la balaustrada, los ojos fijos en un horizonte indistinto, Tewp dejaba que el viento cargado de yodo le acariciara el rostro.

—He hablado mucho, Perry —dijo al fin, con una voz de niño pillado en falta—. Y tú aún no me has contado nada sobre ti.

Perry se inclinó, los codos contra la barandilla de hierro.

—Antes me equivoqué contigo —murmuró—. La guerra te ha transformado mucho y bien, David. Nos ha cambiado a todos. Te recordaba como un hombre tímido y desdibujado. Ya no eres nada de eso. Es así, ¿verdad?

Tewp asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Bueno, yo también he cambiado, ¿sabes? —continuó Perry—. Ya no soy la jovencita despreocupada que era cuando me conociste en la universidad. Me he serenado. Tengo un hijo, Dennis. Ahora tiene casi siete años. Me casé con su padre en

1938. Gordon era un prometedor abogado de talento. Murió en 1941 en el norte de África, sin llegar a conocer a su hijo. En esa época yo ya había regresado a Brighton. Dejé Londres cuando empezó el Blitz, los primeros bombardeos de la Luftwaffe. Tengo una notaría en la ciudad. Vivo bien, pero estoy sola...

El viento les trajo un aroma de castañas calientes, que un viejo asaba en un brasero de chapa. Por veinte peniques, David compró dos cucuruchos de castañas ardientes. Sentados en unas sillas de aluminio de cara a las aguas negras, se pusieron a pelar las gruesas cáscaras.

—Dermis me espera. Es tarde, tengo que volver —dijo por fin Perry, con voz triste.

Tewp comprendió que, como él, ella sentía una pena sorda ante la idea de dejarlo.

—David —aventuró ella mientras se despedían—, si no tienes obligaciones esta noche, ¿aceptarías una invitación a cenar? Una cena improvisada, claro, pero me encantaría seguir charlando contigo.

Tewp había llegado a Brighton la víspera y se encontraba en tránsito. Bien es cierto que un tránsito incierto, sin compromisos; un alto en la vicia, personal y melancólico, en los lugares de su infancia, en el curso de un periplo que le había llevado de Estambul a Londres y que muy pronto le llevaría a París y de nuevo a Estambul.

David Tewp y Perry Maresfield dejaron juntos los pontones de Marine Parade. Caminaron por calles tranquilas en las que se alineaban casas acomodadas con fachadas pastel e hicieron un alto en una tienda de comestibles pulcra y ordenada como una casa de muñecas, regentada por una anciana pareja de irlandeses ataviados con largos delantales. Perry gastó algunos cupones de racionamiento para comprar la comida, queso stilton, peras envasadas y una botella de vino clarete procedente de Francia. Cargados con las provisiones, se dirigieron hacia la residencia Maresfield, una impresionante villa de dos plantas. Brillaba luz en casi todas las ventanas.

—Una nodriza se ocupa de Dennis mientras yo estoy fuera —explicó Perry—. No se va hasta que yo vuelvo.

La joven sacó un manajo de llaves del bolsillo, abrió, empujó el portal y subió los cuatro peldaños de la escalera de la entrada. Tras ella, Tewp accedió a un vestíbulo acogedor, con mesitas cargadas de plantas y paredes blancas decoradas con cuadros de vivos colores. Sobre un escritorio de caoba se veía la fotografía de un hombre joven, atractivo, de aire circunspecto, cruzada por un crespón. Un niño, en pijama y bata anudada en el talle por un cordón con borlas, corrió desde el fondo del pasillo para saltar en brazos de su madre.

—Dennis, te presento a David —anunció Perry al niño—. Es un coronel del ejército. Un señor que estudiaba Derecho en Londres al mismo tiempo que yo.

Dennis tenía un rostro grave y lleno de energía. Sus cabellos rubios y brillantes estaban peinados con raya a un lado, pero un remolino rebelde formaba como una antena en lo alto de la cabeza. Le tendió la mano a Tewp con una sonrisa confiada.

Tewp no suscitaba de manera natural el interés de las mujeres, pero en cambio poseía un don para ganarse enseguida la simpatía de los niños. Entre él y Dennis, la complicidad se estableció al instante. El pequeño Maresfield quiso pasar de los brazos de su madre a los del coronel, como si lo hubiera conocido desde siempre. Recién bañado por la nodriza, olía a jabón y a agua de colonia.

Perry los dejó solos un instante en el salón mientras preparaba la cena. Desde la cocina, escuchaba a su hijo reír a carcajadas mientras que David le contaba cómo cazan el tigre los marajás, montados en el lomo de enormes elefantes recamados de piedras preciosas, de perlas y dorados. Medio escondida en el vano de la puerta, los miró largamente, emocionada. Dennis estaba de pie al lado de Tewp mientras el coronel esbozaba con bonitos trazos en un papel blanco un caballero y un dragón luchando en la cima de una montaña. Con los ojos abiertos como platos, el pequeño escuchaba el relato de aventuras que Tewp inventaba al mismo tiempo que coloreaba la escena. Perry hizo tintinear las dos copas de vino que llevaba en la mano.

—Dennis, cariño, lo siento, pero ya es muy tarde...

Sin asomo de mal humor, el muchachito ordenó sus lápices de colores, tomó el dibujo como si se tratara de un tesoro, se echó al cuello del coronel para besarle y después subió a su habitación detrás de su madre. Al llegar al piso, se volvió para saludar por última vez con una gran sonrisa.

—Tu hijo es adorable —dijo Tewp cuando Perry y él se reunieron a solas en el salón.

—Es muy espontáneo. No consigo inculcarle un poco de reserva. Se entusiasma siempre que ve que alguien que no seamos su niñera o yo se interesa por él. No sé qué harán de él los años, pero por ahora es un niño bueno y obediente. Desde luego, sé que le falta una figura masculina, y conforme crece cada vez más... Me preocupa su porvenir. Necesitará alguien que lo entienda mejor que yo cuando llegue a la adolescencia. Y tú, David, ¿nunca has querido tener hijos? ¿Por qué no te has casado?

Tewp sintió una opresión en la garganta. Aquella misma tarde, en el Marine Parade, Perry había insinuado las mismas preguntas. Él las había eludido. Entonces había sido fácil, pero allí, después de varias horas de conversación y un principio de intimidad, ¿cómo escabullirse sin parecer grosero o hiriente? ¿Y cómo hacer entrever a aquella mujer toda la negrura, todo el horror que había tenido que afrontar once años atrás, cuando había seguido a Ostara Keller por primera vez por las fangosas calles de Calcuta? No podría hacerle entender que si bien era posible olvidar los osarios de la guerra —porque la guerra es connatural al hombre y todo lo que es humano se puede borrar—, su vida, en cambio, se había transformado para siempre el día en que había comprendido que existe un Mal superior, inaccesible a toda razón, a toda lógica. No podría revelar a Perry, sin espantarla, sin deprimirla, la naturaleza de ese Mal. No podría, en fin, hacerle comprender que él, David Tewp, estaba en lucha contra ese poder oscuro, y que esa misión le prohibía toda vida privada, todo compromiso personal.

—¿Qué mujer iba a querer un compañero como yo? —preguntó con torpeza—. Un hombre desfigurado debe aceptar pasar su vida en solitario. Lo lamento, claro, pero no me da miedo.

Perry dejó su copa de vino en la repisa de la chimenea y se acercó a Tewp. Lenta, tiernamente, puso las manos sobre sus mejillas y lo miró. Él no se apartó.

—Tu herida no es nada, David. Se disimula detrás de una máscara perfecta. Si no hubiera estado tan cerca de ti en la arena ni siquiera la hubiera notado. ¿Cómo puedes pensar que eso debe impedirte vivir, amar y ser amado? Tu dulzura, tu bondad, son los mejores bálsamos que puedes aplicarle a tu cicatriz.

Tewp sentía acercarse el aliento de Perry. Sus labios se tocaron, se abrieron. Sus cuerpos se juntaron. Y después, como presa de una repentina descarga eléctrica, Tewp se apartó. Rechazó con todas sus fuerzas a Perry, que no entendía aquella reacción. Las manos de la mujer lo buscaban desesperadamente, su voz imploraba.

—Lo siento —se defendió él, cogiéndole las muñecas—. Sería una locura... No ahora...

Perry Maresfield retrocedió vacilante para apoyarse contra la pared. Su peinado estaba desecho, sollozaba.

—Es mejor que te marches, David —murmuró ella—. Perdóname, ha sido culpa mía. He sido una estúpida.

Tewp permaneció un segundo indeciso, dividido entre un deseo loco de tomar a la joven en sus brazos y la necesidad imperiosa de proseguir sin dilación la cruzada a la que se había consagrado. Con tristeza, descolgó su abrigo, descendió los escalones de la entrada y se alejó a paso rápido. Fuera, el viento frío era cortante, cargado de salpicaduras de la marea.

Aquella noche, con el cuello levantado sobre la nuca y un vaso de metal lleno de té en la mano, David Tewp esperó largo rato en la cantina de la estación de Brighton el primer tren con destino a Douvres. Una hora antes de la salida del sol, se instaló en un compartimento húmedo, saturado de las emanaciones de los viajeros embarcados en Portsmouth o en Bognor Regis. Con un saco de cuero en la mano, tuvo que empujar a algunos pasajeros dormidos para acceder a una plaza exigua, entre una dama un poco rechoncha y un clérigo de vestimenta arrugada que apestaba a nicotina. Sin embargo, la incomodidad del viaje no lo importunaba. Su espíritu estaba en otra parte. Perdido entre el sincero remordimiento por haber dejado a Perry Maresfield y el orgullo de haber permanecido fiel a sus compromisos más íntimos, vio romper el alba sobre un cielo sucio como el barniz de un cuadro viejo.

En el puerto, un *ferry* herrumbroso le esperaba. David Tewp embarcó para la breve travesía hasta el continente. En Calais, con el escaso francés que sabía, pidió un billete para París y un plano de la capital, que estudió detenidamente durante el trayecto. Llegó a la Gare du Nord cuando se ponía el sol. Entró en el primer hotel que

juzgó decente y tomó una habitación para dos noches. El establecimiento era pulcro y tranquilo, pero no ofrecía excesivas comodidades: sin ducha ni bañera, el cuarto de aseo se reducía a un lavabo y un bidé. Acababan de frotar los azulejos con lejía. El olor era tan intenso que Tewp se vio obligado a abrir la ventana cuadrada con vidrieras mientras se afeitaba y se refrescaba.

Vestido con ropa limpia, bajó a dar un paseo. Aunque no había dormido ni una hora en casi dos días, no sentía ninguna fatiga. Camino de la Opera, escogió un restaurante del boulevard des Capucines para cenar, pero rechazó todas las recomendaciones del *maître* y se contentó con un potaje y una carne magra que prefirió hervida antes que asada. Tampoco complació al sumiller, ya que rechazó cualquier bebida alcohólica. Sus modales de extranjero, su aire distante, su estatura elevada, sus ojos y cabellos claros despertaban la curiosidad de las mujeres. Pero Tewp estaba ajeno a ello. En su mesa, doblado junto al cubierto, un ejemplar del Times, con fecha del mismo día, recogía la alocución del primer ministro Attlee en los Comunes, en la que prometía a la India que su independencia estaba próxima. A las nueve de la noche, Tewp pasó delante del Louvre y atravesó el Sena por el Pont Neuf para llegar al barrio de Saint-Germain. Con el plano en la mano, siguió la calle Bonaparte y dobló a la izquierda un poco antes del bulevar. En un hueco, enfrente de un gran edificio de ladrillo claro, se alzaba una casa minúscula y tranquila. Buscó el número del inmueble y levantó los ojos hacia el segundo piso. Un haz de luz se filtraba detrás de espesas cortinas carmesí. Tewp dudó. Al salir del hotel su intención era tan sólo localizar el sitio, en espera de visitarlo a una hora más propicia al día siguiente. Pero después de todo, ¿por qué no? Sí, ¿por qué no intentarlo esa noche? El coronel del MI6 inspiró hondo, empujó el portal y entró en un patio empedrado, bonito y bien cuidado. Una larga escalera de piedra se abría ante él, iluminada. En el segundo rellano sólo había una puerta alta, de dobles batientes lacados. Tewp se quitó un guante y golpeó la puerta. Se escuchó un ruido de suelas resonando en un parqué y después un criado sin edad, con chaleco negro, apareció tras la puerta.

—¿Qué desea el señor? —preguntó el hombre examinando a Tewp de arriba abajo con cierto recelo.

El inglés sacó de su bolsillo interior un sobre con dos cortas líneas escritas con tinta azul. El doméstico lo tomó, lo examinó y desapareció un instante en las profundidades del apartamento antes de regresar a paso rápido.

—*Madame de Réault le espera, sir...*

LA NOCHE DE LES HALLES

La primera vez que Garance de Réault había visto a David Tewp descubrió a un joven teniente del ejército colonial, flaco como una cigüeña y frágil como un junco. Sin embargo, se acordaba de él, un chico a un tiempo reservado y decidido, terriblemente torpe y generoso. Pero aquel día, el hombre que estaba ante ella no tenía nada en común con el que había conocido en Calcuta. Su figura se había agrandado, no por los excesos, ni de forma vulgar, sino que la propia densidad del hombre se había modificado, como si adquiriera al fin su justa medida.

—Hemos cambiado mucho usted y yo en estos años, ¿no es así, señor Tewp?

¿Cómo no estar de acuerdo? Tewp también conservaba una imagen precisa de la francesa. La de una mujer ya de cierta edad, pero enérgica y voluntariosa, de voz sonora y mano presta a empuñar la culata de su viejo Le Page de tambor. Una mujer de acción, elegante, sutil y divertida, que siempre había rechazado el dominio de los hombres, que había llevado una vida aventurera por los cuatro confines del mundo, que no temía ni a Dios ni al Diablo y a la que nada parecía poder abatir. ¡Y ahora! ¿De verdad era *madame* de Réault aquella enferma clavada a su lecho, a la cabecera del cual acababan de llevarlo?

—Acérquese Tewp, acérquese... Póngase a la luz.

El inglés de la anciana era fluido y correcto, sin trazas de acento francés. El coronel avanzó hasta el círculo amarillo que proyectaba una alta lámpara de pie.

—Se diría que ha recibido duros golpes desde nuestro último encuentro. Y le sienta mal el traje de paisano. No está acostumbrado. Deduzco que sigue trabajando en el MI6, ¿me equivoco?

—No, señora —admitió Tewp con voz suave, llena de respeto—. Sigo en activo, con grado de coronel, aunque mi estatuto es algo peculiar...

—Tiene que contármelo con detalle, coronel. Y le felicito por su promoción, aunque adivino que no data de ayer. Tome asiento, muchacho. Póngase cómodo. Estoy muy contenta de verlo. ¡Oh, sí, muy contenta!

Tewp acercó un sillón hondo a la cabecera de la cama, se instaló y empezó a examinar el rostro que tenía delante. Los rasgos de la francesa estaban demacrados por la enfermedad y la fatiga. Su mentón estrecho, pequeño, parecía acabar en punta. En sus sienes y en sus manos enflaquecidas batían gruesas venas azules que pulsaban al ritmo de su corazón. Su piel amarillenta, cerúlea, estaba permanentemente húmeda de transpiración.

—Es incurable —dijo Garance como si leyera los pensamientos del inglés como en un libro abierto—. Nadie sabe exactamente lo que es. Todas estas pociones que ve amontonadas no son más que estúpidos e inútiles paliativos... Pero forman parte del decorado. Ya sabe usted; eso tranquiliza a los médicos. Así se creen útiles y justifican

sus honorarios de chupa sangres...

La anciana señaló con indisimulada aflicción la colección de jarabes, píldoras, bálsamos, preparados y pomadas diversas que abarrotaban el mármol de su mesita de noche. Un olor a la vez dulce y picante, vagamente empalagoso, flotaba por encima de aquella acumulación de remedios coloreados y absurdos.

—A propósito, *madame*, es hora de tomar su última medicación... Y después, apelo a su razón, debe pensar en dormir. Ya ha estado demasiado tiempo en vela. No son horas para visitas.

Una joven enfermera vestida de blanco y con el cabello recogido bajo una cofia surgió de un rincón oscuro de la vasta pieza. Tewp se sobresaltó. Concentrado en atender a *madame* de Réault, no había imaginado ni por un instante que pudiera haber otra persona con ellos en la habitación.

—Deme un respiro esta noche, Simone —replicó con sequedad Garance—. Engulliré sin rechistar sus infectos brebajes de botica, pero después prométame que se marchará y me dejará a solas con este caballero. ¿Entendido?

—No la fatigue, señor —dijo ella en francés antes de cerrar la puerta—. Se lo aconsejo por su bien...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tewp mientras arreglaba las almohadas para que Garance estuviera más cómoda.

—Que parece usted un joven muy atento y que le da su bendición para que me hable todo lo que quiera, amigo mío. Bien. No he olvidado nada, ¿sabe?... ¡Dalibor y Laüme Galjero! Sigue usted en su busca, ¿no es así? Esos demonios se le han escapado.

Tewp se pasó la mano por la nuca, incómodo.

—Por desgracia sí, *madame*. Se me han escapado. Sin embargo, no creo haber ahorrado ningún esfuerzo. Muchos a mi alrededor han pagado con su vida la ayuda que me prestaron. No obstante, el cerco se cierra. Ya no estoy solo en la persecución. Otros aliados se han dado a conocer.

Una luz brilló en los ojos de Garance. La promesa de misterio contenida en el relato de Tewp insuflaba vida a la anciana con mucha más eficacia que ninguna química del mundo.

—¿No está solo? ¿Hay otros valientes con usted? Hábleme de ellos, ¿quiénes son? ¿Cómo los conoció?

Y hasta las dos de la madrugada, Tewp narró su epopeya desde el día en que se había enfrentado a Ostara Keller en las nieves de Europa oriental hasta el instante en que, semanas después, había dejado marchar a Dalibor Galjero en manos de los soviéticos en el puente de Galata, en Estambul. Subyugada por el relato, Garance no había interrumpido al inglés ni una sola vez.

—¡Un momento! —exclamó ella con voz fuerte cuando Tewp se hubo callado—. Su historia es muy complicada. Dejemos los detalles y vayamos a lo esencial, pero veamos si lo he entendido, ¿quiere?

Con la garganta seca, el oficial asintió con la cabeza.

—Después de haber pasado casi toda la guerra en Berlín, Dalibor y Laüme Galjero están ahora separados.

—Así es.

—Usted ignora dónde se encuentra la mujer, pero casi ha atrapado al hombre con la ayuda de un noruego, un italoamericano y un lord inglés que dirige, financia y coordina sus operaciones.

—Sí.

—Dalibor está ahora en poder de los rojos, a los que se entregó de forma voluntaria.

—Exacto.

—¿Por qué motivo?

—Al parecer, está buscando a un hombre, un prisionero confinado en alguna parte en la Unión Soviética y al que no puede alcanzar si no es fingiendo colaborar con los estalinistas. Se trata de un hombre que, según cree Galjero, posee la llave para librarlo de Laüme. Porque deshacerse definitivamente de esa criatura ha vuelto a convertirse en su única obsesión.

—¿Ha vuelto a convertirse? —Se asombró Garance—. ¿Es que ya lo ha intentado otras veces?

Tewp se hundió en su sillón.

—Muchas veces, sí. Hemos aprendido mucho sobre él, por caminos indirectos. Una persona nos ha revelado muchos detalles sobre su vida, y también sobre la de Laüme. Podría relatárselas, pero necesitaría otra noche.

Los ojos de Garance brillaron.

—Quizá tengamos otras noches a nuestra disposición, coronel Tewp —dijo ella posando su mano sobre la muñeca de su visitante—. Sí, las tendremos, si contesta usted a una pregunta...

—¿Cuál, señora?

—¿Por qué ha tenido que venir a verme esta noche, coronel? ¿Por qué precisamente ahora, cuando me encuentro en mi lecho de muerte?

Desde que había entrado en el apartamento de Garance de Réault, David Tewp había sabido que debería responder a esa pregunta. ¿Por qué había querido volver a ver a la francesa? El mismo no lo sabía a ciencia cierta. Algunos meses antes, se había llevado aparte a Pachomius Xander, el director de la agencia de detectives a la que recurrían lord y *lady* Bentham para ayudar a Tewp, Gärensen y Monti en su caza de los Galjero.

—Señor Xander —había dicho él con voz sorda—, ¿sería mucho pedir que investigue a la persona cuyo nombre y último paradero constan aquí?

Twep le pasó una cartulina doblada a Xander y vio como su interlocutor ponía una cara larga.

—¡Coronel! —exclamó él, ofuscado—. Si se trata de un asunto privado, me

atrevo a suponer que no piensa cargar los gastos a los fondos asignados por lord Bentham.

Tewp sonrió y explicó la situación. Estaba dispuesto a pagar de su bolsillo los gastos generados por la investigación.

Pasaron varias semanas sin que nada ocurriera. Después, cuando Tewp volvió de Estambul para hacer su informe sobre el fracaso de la captura de Dalibor, Xander le entregó un delgado *dossier*.

—La persona que necesita encontrar vive de nuevo en su domicilio parisino. Se ha establecido allí. Vaya, se diría que los días de *madame* de Réault están contados. Se habla de una enfermedad incurable.

Tras agradecerle sobriamente a Pachomius su mediación, Tewp anotó la dirección en su libreta fingiendo no darle importancia a la información, y desvió la conversación hacia otros temas. En realidad, el deseo de volver a ver a Garance de Réault se había ido tornando más imperioso cada día. Y sin embargo, la perspectiva de que esa entrevista fuera a ser la última lo cambiaba todo.

—Con franqueza, *madame*, soy incapaz de darle una razón sensata —reconoció Tewp—. Hace años que debería haber intentado encontrarla. La idea, más bien el deseo, me vino muy recientemente. La alegría de volver a verla se estropea, por desgracia, porque...

No supo cómo terminar la frase. Se sentía torpe, casi grosero. Sus mejillas enrojecieron. Sus labios se contrajeron en una risita fuera de lugar y pueril.

—Se estropea por la inminencia de mi fin, quiere decir, coronel —terminó Garance sin resentimiento—. Pero estoy segura de que es ahí donde se encuentra la respuesta a mi pregunta.

Mostró una sonrisa depredadora, como Tewp no le había visto jamás antes.

El agente del MI6 enarcó las cejas para expresar su desconcierto.

—No es usted el que ha venido, Tewp. Soy yo quien lo ha llamado. Ahora lo veo claro. ¡Le he llamado para que me lleve con usted!

Tewp se incorporó a medias en el sillón, con los ojos muy abiertos y las manos crispadas sobre los brazos tapizados de cretona. Sin embargo, la reacción de Garance no tendría que haberle sorprendido: su primer encuentro había tenido lugar en los locales de la Sociedad de Estudios Asiáticos, un nido de espiritistas, adeptos a los sueños premonitorios, a la escritura automática y otros tipos de hipnosis. La misma Réault le había confesado sus largos años de práctica en este campo en Europa, en Rusia y en Nepal.

—No ponga cara de no entender, coronel —gruñó ella—. Al contarme los últimos años de su vida me ha puesto la miel en la boca. Usted está a punto de salir para Estambul, ¿verdad? Allí ha dejado a su amigo Gärensen y al otro, Cohen Havner, o como se llame...

—Ruben Hezner —corrigió Tewp—. Es nuestro prisionero, custodiado por Gärensen en estos momentos.

—Sí, sí... Y bien, una persona suplementaria a su lado no será demasiado. Sobre todo si van a atravesar las fronteras hasta la URSS para encontrar a Dalibor. Yo hablo ruso bastante bien, y varios dialectos caucásicos, buriato, uzbeko en caso de necesidad... Entonces, ¿qué me dice?

Tewp estaba confuso. No había previsto semejante giro de la situación. Había ido a desahogarse y a buscar consejo junto a una vieja amiga moribunda, y de pronto debía enfrentarse a una petición de incorporación.

—Yo digo... digo que eso no es razonable, *madame*. Ni realista. Su estado no le permite bajar las escaleras de su casa por sus propios medios. Iniciaremos la investigación en Moscú. No está en condiciones de llegar allí, ni aunque la llevaran en ambulancia y con tres médicos a su lado. Menos aún de forma clandestina...

—¡Señor Tewp! —Réault enrojeció de ira—. Hace mucho tiempo que dejé de ser razonable. Usted tiene la única pócima, el único remedio que puede hacer que mi mal remita.

—¿Cuál, señora?

—¡El perfume de la aventura y del peligro, oficial Tewp! Conozco muy bien la zona adonde se dirigen. He recorrido Asia central en todos los sentidos durante dos lustros. Veo una señal imperiosa que me llama, ¡una señal que me fulminará aquí mismo si no lo sigo! ¡Vamos, está decidido!

Antes de que Tewp pudiera retenerla, Garance de Réault apartó con violencia el edredón y los cobertores y puso los pies en el suelo para dejar su lecho de dolor con tanta facilidad y elegancia como una muchacha de veinte años. Tewp cerró los ojos y se giró para no verla en camión. Mientras ella pasaba detrás de un biombo para vestirse, le pidió al inglés que abriera uno de los cajones del escritorio para tomar su contenido y ponerlo en una bolsa de viaje. Con escasa sorpresa, Tewp descubrió un Colt automático calibre 45, modelo reciente de la marina estadounidense, y el viejo Le Page que formaba parte del equipo de Garance desde hacía más de treinta años.

—Dios mío, debo de estar loco yo también para consentir esta aberración —masculló él para guardar las formas.

—¡Deje de quejarse! —le cortó Réault, ocupada detrás de su biombo—. Usted consiente porque sabe que yo tengo razón. Aún no sé cómo, pero le seré muy útil en su viaje. El trato no es malo, me parece. Una muerte digna de mí... una muerte abierta. A pleno viento. En algún lugar entre las dunas o en un puente. Cualquier cosa antes que exhalar aquí mi último aliento.

Cuando reapareció, Garance se había puesto un vestido y un abrigo y se había peinado rápidamente. Llevaba medias de lana y tenía un par de botines en la mano. Tewp no lograba adivinar si se había puesto polvos en la cara o si era la excitación lo que le coloreaba las mejillas, pero éstas estaban rosadas, y su frente parecía menos pálida.

—Recuerdo que en la época en que nos frecuentábamos usted no sabía conducir. ¿Ha remediado ya esta imperfección, oficial?

Un poco dolido por la pregunta, Tewp inclinó la cabeza.

—¡Bien! Entonces vámonos, no perdamos tiempo. Con mi vehículo de tracción delantera. No lo he usado desde 1943. Esperemos que todavía quede un poco de carburante en el gasógeno. Quítese los zapatos, oficial, utilizaremos la escalera de servicio. No quiero alertar a Simone.

Caminaron de puntillas, conteniendo la respiración, como lo hicieran años atrás en los pasillos del hotel Harnett en Calcuta, y avanzaron a lo largo de un estrecho pasillo que parecía interminable. Al llegar ante una puerta, Garance hizo un alto.

—¡Mi despacho! —masculló—. Tengo que recoger unas cosas. ¡Acompáñeme!

La vieja dama se aplicó con esmero para empujar lentamente el picaporte de la puerta y conseguir hacerlo girar sin un chirrido. Dentro de la pieza, encendió la luz eléctrica a tientas. Entre un cafarnaúm de notas esparcidas por todas partes, incluso en el suelo, de librerías combadas por el peso de los volúmenes, de objetos exóticos de lo más extraño, Garance avanzó hasta un cofre de acero, medio oculto bajo un tapiz oriental raído por los años. Del mueble blindado sacó una cajita de madera delgada que depositó sin miramientos en una mesa sobre la que había unos mapas de África y de Asia que se mantenían desplegados sujetos con pesas de cocina. El inglés deslizó los ojos por estos detalles y vio de pasada que los relieves de las zonas alrededor del Aral estaban sobrecargados de rayas y flechas de color, que señalaban minuciosamente las migraciones regulares de las tribus nómadas de la región. Twep hubiera querido observar con más precisión el trabajo de escriba realizado por Garance, pero la francesa ya abría la cajita con una sonrisa llena de sobrentendidos.

—Mi tesoro de guerra —murmuró—. No sé si lo necesitaremos allá adonde vamos, pero pienso servirme de él para satisfacer mis últimos caprichos.

Con expresión golosa, *madame* de Réault hizo pasar a su bolso de mano cinco o seis pequeños lingotes de oro de medio kilo cada uno, y una bolsa con unos treinta rubíes, esmeraldas y diamantes tallados.

—¡Ahora estoy lista! Larguémonos de aquí.

Como dos escolares que se escabullen para saltarse el muro del pensionado, Tewp y Réault dejaron el apartamento por un pasaje secreto sin que ni el criado ni Simone advirtieran su fuga. Una vez en la planta baja, se pusieron los zapatos y Tewp, guiado por las indicaciones de Garance, fue a buscar el coche. Sin una mirada atrás, y sin que su expresión o su voz delataran la menor emoción ni arrepentimiento, la francesa tomó asiento en el automóvil y se frotó las manos.

—Atraviese el Sena, Tewp, yo le indicaré el camino.

El coronel arrancó sin protestar. Durante los años de la guerra, un enorme gasógeno había sido instalado en el techo del vehículo y nunca lo habían desmontado. La máquina funcionaba aún con este sistema, que hacía roncar el motor sin que por ello le diera suficiente potencia. Por las calles parisinas, a aquellas horas de la noche, el viejo Citroën petardeó mal que bien a lo largo del bulevar Saint-Germain, pasó por delante del arcángel de la fuente Saint-Michel, atravesó el río por el puente de

Change y subió brevemente hacia el norte hasta las estrechas galerías del barrio de Les Halles. A través de sus paredes de cristal y de hierro brillaban las luces del pabellón Baltard. Garance detuvo el coche. Había empezado a lloviznar, nublando el parabrisas con una miríada de gotitas redondas que rodaron enseguida formando finos riachuelos.

—¿Por qué estamos aquí, *madame*? —preguntó Tewp al cabo de uno o dos minutos de silencio.

—Vamos a ir de compras, querido David —respondió animada Garance de Réault, como si saliera de una ensoñación—. ¡Venga conmigo!

Dejaron el refugio del coche para lanzarse a la calle, mientras que en la iglesia Saint-Eustache daban las cuatro de la madrugada. La anciana caminaba a paso vivo, sin mostrar señales de debilidad ni de fatiga. Tewp estaba asombrado, por eso y por la extraña actividad que bullía en plena noche en aquel barrio sucio y vetusto. Bares y restaurantes permanecían abiertos. La animación iba creciendo a medida que se acercaban a explanadas cubiertas en las que convergían hombres fornidos haciendo rodar toneles, dependientes en blusa gris con un lápiz detrás de la oreja y el bloc de pedidos asomando del bolsillo, mayoristas con sombrero, restauradores con abrigos bien tallados. Garance visitó tres de los doce grandes mercados donde, en el corazón de París, se vendían y se cambiaban cada noche carnes, legumbres, vinos, frutas y otros productos comestibles llegados del mundo entero. En las queserías, la *madame* se hizo cortar grandes trozos de comté, de cantal y de beaufort y embalar en papel de periódico unos puñados de Chavignol, que Tewp juzgó malolientes y secos como el sílex. En una pollería, eligió un enorme capón joven y dudó durante diez minutos ante tres variedades de *foie gras*, hasta que por fin se avino a quedárselas todas. Por último, bajo el falso emparrado de cartón pintado de un comerciante de vinos, se dejó una pequeña fortuna por tres botellas de borgoña precintadas con cera, aún cubiertas de una espesa capa de polvo.

—*Madame*, ¿considera necesario cargar con todas estas provisiones? —preguntó Tewp visiblemente inquieto, mientras sentía el peso de los paquetes en sus brazos—. Dudo que vayamos a pasar hambre hasta Estambul.

La nota de impaciencia de su voz molestó a Garance.

—Con la excepción de una o dos botellas de vino, estos productos no son para el viaje, coronel. Si la suerte está de nuestro lado, vamos a aprovecharlos aquí y ahora.

Sin darle al coronel tiempo de protestar, Garance se abrió paso entre la multitud hasta la salida del recinto. Encontró el camino a seguir entre las carretas de mano y las camionetas aparcadas sin orden en la calzada hasta una especie de callejón adoquinado, apenas iluminado, donde colgaba un único cartel en forma de caracol. Sin comprobar si Tewp la seguía, empujó la puerta y entró en una sala ruidosa y llena de humo: una tasca a la antigua. Detrás de un largo mostrador de cinc, un hombre de torso colosal cubierto por un mandil blanco abrió desmesuradamente los ojos al ver a la pequeña figura de la mujer que entraba en su establecimiento.

—¡*Madame* Garance! —rugió con voz de león.

Y dejó caer el vaso que estaba secando para precipitarse al encuentro de la vieja dama.

—Bastien, le presento a un amigo muy querido —dijo ella señalando a Tewp—. Es inglés. Iniciémosle en nuestra cocina. Ya conoce mis gustos, ¿verdad? Le he traído algo de materia prima.

Y puso en manos del tabernero todas las provisiones que había comprado. Con mil señas de deferencia mezclada con excitación, el patrón instaló a sus nuevos clientes en la primera mesa libre y preparó los cubiertos en un santiamén. Tewp suspiró sin saber cómo tomarse la situación. El lugar no estaba hecho para él. La sala era demasiado estrecha, y se veía obligado a frotar su hombro contra el de su vecino de banco. Los olores de ajo, de cigarrillos negros, de vino y de sudor casi le producían náuseas. Y, sin embargo, de aquella atmósfera se desprendía una bondad, un calor que le eran extrañamente agradables. Una voz íntima, en lo más profundo de su interior, le susurraba que allí se ocultaba un secreto, una revelación que se le había escapado hasta entonces o que siempre había dejado de lado. Hizo un mohín de disgusto al acordarse de la taza de té que había tomado en solitario en la cantina de la estación de Brighton, veinticuatro horas antes. Por un segundo, le embargó de nuevo la inmensa tristeza de aquel instante, y deseó que Perry Maresfield y Dennis estuvieran a su lado en ese momento.

—¿Algo va mal, oficial Tewp? —preguntó *madame* de Réault.

Tewp sacudió la cabeza sin contestar y observó a los bebedores acodados en la barra. Había una mezcolanza de gente. A los trabajadores de Les Halles —jóvenes carniceros manchados aún con las huellas de sangre de los cuartos de res transportados a la espalda, vendedores de flores en cestos de mimbre, compradores apresurados engullendo un café entre dos pujas— se sumaba una población de noctámbulos. Los vagabundos aferrados a su vino malo se codeaban con parejas mundanas que llegaban, después de la farra, a calentarse con una sopa de cebolla tras pasar la noche bailando en los clubes de moda.

—Este sitio no ha cambiado desde los años locos —comentó Garance al ver que Tewp observaba a una hermosa mujer en traje de noche que picaba con buen apetito de un plato humeante a rebosar de cerdo con coles—. Bastien no era más que un niño en aquellos tiempos. Su padre regentaba el establecimiento. El hijo ha tomado dignamente el relevo. Cocina divinamente. ¡Le sorprenderá, se lo garantizo!

Una camarera depositó ante ellos una bandeja de caracoles y descorchó una botella de vino blanco. Al ver las cáscaras brillantes de grasa, Tewp torció los labios.

—Creo que voy a abstenerme —afirmó en un tono que aspiraba a no admitir réplicas—. Acostumbro a comer muy poco. Y desde luego, nunca demasiado a estas horas de la noche.

Pero Réault no le escuchó. Hizo rodar con autoridad los caracoles en el plato de él, y le sirvió además un vaso hasta arriba de vino.

—No bebo alcohol —objetó, tratando de resistir.

Garance le sonrió. Anciana como era, arrugada, debilitada por los años y la enfermedad, aún sabía ser cautivadora. Por un segundo, Tewp agradeció al destino no haberla conocido cuando era joven. *Madame* de Réault había sido sin duda bella, seductora, atractiva. De hecho, había vuelto locos a muchos hombres. Había arruinado a algunos, no de forma deliberada, como lo habría hecho una cocotte, sino sin saberlo, sin pedir nada, sin esperar nada. Hombres poderosos habían intentado atarla con cadenas de oro o de diamantes. Pero no había metal ni piedra preciosa lo bastante resistente para retener a aquel monstruo de independencia que era Garance de Réault.

Con una mirada desafiante fija en los ojos del coronel, ella alzó su vaso.

—Cree que le estoy haciendo perder el tiempo, ¿verdad, David? Opina que mi conducta es propia de una loca y ya se arrepiente de haber cedido a mi capricho. ¿No contesta? Pues bien: se equivoca. Este alto en este lugar es importante para nuestra búsqueda, vital, incluso. Es como su emblema, su justificación última...

—No entiendo —se excusó Tewp.

—Laüme y Dalibor Galjero son dos monstruos, coronel. Son la barbarie y la crueldad. Nosotros somos la civilización. El refinamiento. La delicadeza exquisita en todas las cosas, empezando por los placeres de los sentidos. Beber este vino y comer estos caracoles, coronel, es como firmar el pacto de nuestra humanidad contra el Diablo. No lo tome como una blasfemia, pero esta comida es una especie de comunión entre usted y yo. Entre Inglaterra y Francia. Enemigos, pero tan cercanos. Amigos, pero tan distintos. Concédale esa pequeña satisfacción a esta vieja dama. Moje sus labios en este exquisito caldo, y saboree estas carnes cocidas con amor. Le aseguro que esto le dará más fuerza para combatir el mal.

Fatigado, aturdido por el barullo ambiental, vencido acaso por la sonrisa de Garance, divertido por su discurso sin pies ni cabeza, Tewp apuró su vaso y comió sin remilgos. Contra toda previsión, los caracoles le encantaron y el *foie gras* le gustó. El capón preparado por Bastien era una delicia, y los quesos, una revelación. Ya había amanecido cuando dejaron la tasca, con pasos un poco vacilantes. Había dejado de llover y el sol brillaba por encima de los tejados grises. Los mercados, abandonados por los comerciantes que habían vuelto a sus casas, habían sido invadidos por un ejército de barrenderos.

—Y ahora ¿que hacemos? —preguntó Tewp, obligado por primera vez en su vida a aflojarse un agujero del cinturón.

—¡Vaya pregunta! Ahora nos vamos de caza, coronel.

LAS ODALISCAS

Ellas no sabían nada de él. Ni su nombre, ni el lugar de donde procedía, ni las razones de su presencia en la ciudad. Desde hacía veinte días, cada mañana al alba, a la hora en que los clientes ordinarios dejaban la casa, él apartaba el velo que cerraba su alcoba e iba a tumbarse junto a ellas. Con la mejilla sobre su vientre desnudo, cerraba los párpados y, lentamente, sin un gesto ni una palabra, sin ni siquiera dirigirles una mirada, se dejaba deslizar hasta lo más profundo del sueño. Sus ojos se cerraban como los de un niño. Pero Özlem y Rüya, dos hermanas que apenas se llevaban un año de edad, sabían que el hombre rubio que se había introducido en su lecho no estaba exhausto a causa de juegos inocentes. Su tez pálida era la propia de un enfermo, y su respiración demasiado rápida traslucía remordimientos y tormentos. Cuando soñaba, los movimientos rápidos de sus globos oculares bajo los párpados las asustaban. Los dedos del extranjero se crispaban entonces como garras y arrugaban las gruesas telas extendidas sobre la cama. Palabras incomprensibles salían de su boca con un ritmo entrecortado, disonante. ¿Qué buscaba el hombre en los sueños? ¿Qué veía? ¿Qué revivía? ¿En qué lengua prohibida invocaba a los espíritus de los muertos? Özlem y Rüya lo ignoraban. Sentían curiosidad, es cierto, pero no osaban formular las preguntas que las apremiaban, porque el rumí las trataba bien. No las sometía, contrariamente a los otros hombres. No les imponía lo que otros solían exigir de ellas. Sin embargo, les pagaba, y con generosidad, mejor de lo que nunca habían sido retribuidas: puñados de largos billetes turcos de papel quebradizo, mezclados a veces con dólares americanos o con libras inglesas. Ellas tomaban el dinero, tímidas, respetuosas, mirando de reojo las largas cicatrices que surcaban sus costados, su torso, su espalda, y dándole las gracias con unas palabras.

Özlem y Rüya no eran las únicas que sentían curiosidad por el occidental. Belkiz, una harpía arrugada de casi treinta años, la habitante más vieja del serrallo, pegaba a menudo el ojo a un agujero perforado en la pared para espiar con avidez la habitación de las jóvenes cuando el extranjero estaba allí. Özlem y Rüya lo sospechaban, pero no tenían el poder ni la audacia de oponerse. Belkiz, que compensaba su fealdad con su dominio de las artes amatorias, se encargaba del adiestramiento de las nuevas. Con unas lecciones —y algunas bofetadas— convertía a las corderitas obstinadas, que llegaban sucias y ariscas del campo o de los suburbios de Estambul, en odaliscas suaves y satinadas, prestas a satisfacer los deseos más comunes. Özlem y Rüya le debían sus talentos. Sobre todo, Belkiz conocía el uso de los hechizos, de los más embriagadores a los más terribles. Del alba al crepúsculo, velas negras brillaban en su guarida. En un armario secreto de su habitación guardaba frascos que contenían filtros que prolongaban el placer; otros, que usaba con frecuencia, eran destilaciones de azafrán que ahogaban a los abortos en los vientres. Belkiz era el ángel negro de la

casa. Hasta Tâhir Bey, el propietario del establecimiento, la temía.

Una noche, con los ojos ennegrecidos con kohl y la cara blanqueada con pomada de plomo, la harpía se entretuvo largamente con las dos hermanas, poniendo agujas de ámbar en sus cabelleras, depilando sus cuerpos con azúcar, aceitando su piel, realzando con henna fresca los arabescos dibujados en sus miembros. Su voz era suave y sus gestos casi tiernos, propios de una araña engatusando a sus presas. Özlem y Rüya estaban secretamente aterrorizadas. Belkiz había traído un infiernillo de carbón, envuelto en una tela de terciopelo, y un cezve de cobre en el que enseñó a las muchachas a hacer un café fuerte, tan negro como la tinta en la que los sabios mojan sus cálamos.

—Esta bebida, preciosas mías, se la daréis al hombre que paga por dormir con vosotras —les dijo—. Esto despertará sus ardores y os hará merecer el dinero que os da. Cuando haya bebido, me traeréis la taza tocada por sus labios. Me la traeréis enseguida. En cuanto haya salido de la casa. ¿Haréis lo que os pido?

—Sí, Belkiz —prometió Rüya.

—Lo haremos —susurró Özlem.

Thörun Gärensen comprobó en el espejo de cobre que su nudo de corbata estuviera bien hecho y sacó del bolsillo un puñado de billetes pardos que tendió sin ni siquiera contarlos. Era la hora del Al-'Açr, la plegaria de la tarde. Fuera, todo se había paralizado. No se percibían los vagos rumores que ascendían de ordinario hasta la habitación. Sólo el leve tintineo de los brazaletes de las dos muchachas turbaba la calma perfecta del instante. Thörun se volvió hacia ellas y esbozó una sonrisa. Por primera vez en las tres semanas que hacía que él las frecuentaba, ellas le ofrecieron una tacita humeante. Mientras bebía el brebaje amargo, observó sus cuerpos desnudos sin sentir emoción. Sus vientres aterciopelados, sus senos puntiagudos, sus hombros brillantes, sus cabellos perfumados y sus muslos redondos no atraían ni sus manos ni sus labios. Su apetito iba a otra parte, imposible de satisfacer por el simple comercio de la carne. Las muchachas le miraban con sus grandes ojos llenos de interrogantes; se preguntaban qué esperaba, si rehusaba sus caricias. ¿Acaso podían comprender que sólo buscaba su presencia? Sí, su sola presencia le servía de muralla contra el miedo que lo había invadido. El miedo a la soledad pero, sobre todo, el miedo al deseo prohibido que le consumía y que sentía crecer en su interior un poco más cada día.

Thörun Gärensen dejó la taza vacía en la mano tendida de Rüya, masculló un «gracias» y, cuando el barullo de la calle fue de nuevo perceptible, dejó la casa sin mirar atrás.

Al abrir la puerta, una ráfaga de viento mezclado con lluvia azotó su cara. Era la peor estación en Estambul. Las nieves de diciembre y enero se habían fundido y se habían transformado en un barro pardo y pegajoso. La humedad lo invadía todo. Las callejas de los barrios populares ya no eran más que inmensos charcos de cieno

maloliente en los que chapoteaban niños vestidos con harapos y donde los porteadores se hundían hasta las rodillas. Ablandado por el calor hábilmente mantenido que reinaba en el lupanar, Thörun tiritó al contacto con el aire frío que venía del mar de Mármara. Se levantó el cuello del abrigo, se puso los guantes y partió a grandes pasos en dirección al sur, dejando atrás los barrios viejos de Tophane y Karaköy para pasar a la otra orilla del Cuerno de Oro.

Mientras que él estaba atravesando el puente de Calata, el mismo donde, algunas semanas atrás, había disparado junto a David Tewp contra los acólitos de Ruben Hezner, Belkiz hacía girar con un gesto seco la taza de kahve de la que él había bebido. En el fondo del recipiente, coagulado en brumos y estirado en hilos, el poso había dibujado unos arabescos. Inclineda sobre el recipiente, Belkiz observó un instante el oráculo en silencio. Testigos discretas de la escena, con los pechos apenas cubiertos por los flecos de un chal, Özlem y Rüya se daban la mano, estremecidas. Vieron estrecharse los ojos de Belkiz. El sudor perlaba su frente, y se enjugó las palmas de las manos en la falda para eliminar una repentina humedad. Quiso hablar, pero ningún sonido salió de su boca.

—¿Belkiz? —Se inquietó Rüya—. ¿Qué ves? ¿Qué hay? ¿Belkiz? ¡Belkiz!

Pero Belkiz no escuchaba, fascinada y aterrada a la vez por lo que estaba descifrando. Su atención se concentraba en las líneas torvas que dibujaban los pigmentos negros. Un hilo de saliva caía desde la comisura de sus labios. Con las pupilas tan dilatadas como cuando se embriagaba con kif, sintió que un pesado velo caía sobre su espíritu y lo envolvía como una mortaja. Cayó de rodillas, se dobló y entró en convulsiones. Hecha un mar de lágrimas, mordiendo su pequeño puño, Rüya se puso a chillar, mientras su hermana se precipitaba hacia la mujer caída. La muchacha intentó sujetar los miembros de Belkiz, pero la epilepsia decuplicaba las fuerzas de la vidente. Con los músculos tensos, la mujer se sacudía y se retorció con violencia. Sus mandíbulas chocaban locamente, y se cortó la lengua sin que Özlem pudiese hacer nada por impedirlo. De pronto, un crujido de rama seca resonó bruscamente en la pieza. Belkiz cayó plana sobre su espalda y dejó de moverse: tenía la columna vertebral quebrada por la amplitud de los espasmos. En el umbral de la habitación apareció entonces la gruesa figura de Tâhir Bey. Sus ojos incrédulos iban de un lado a otro, del cadáver de Belkiz a las siluetas de las dos hermanas aterrorizadas, manchadas con la sangre vertida. Özlem tendió la mano hacia la taza de café de la que había bebido el extranjero. Con un gesto vivo, que no admitía réplica, tiró la taza en las brasas de la estufa que calentaba la alcoba. Una llama de un verde intenso azotó el objeto e hizo estallar la loza con un ruido de cartucho percutido. Una llama de un color diabólico, tan diabólico como los secretos que Belkiz había leído antes de abismarse en la locura y la muerte.

Gärensén apoyó un pie en el borde de la fuente y empapó su pañuelo en el agua fría

en la que aún flotaban restos de hielo. Se disponía a entrar bajo el techo del gran mercado, y le disgustaba hacerlo con las suelas llenas de tierra y basura. Incluso aunque las galerías estuvieran sucias, polvorientas, le parecía una suerte de profanación circular por ellas sin hacer antes el esfuerzo de limpiarse un poco. No se trataba de un lugar santo. Dedicado únicamente al comercio, allí se apiñaban los puestos más diversos, donde se podían adquirir todos los productos imaginables a cambio de cualquier divisa. La arquitectura del bazar no había cambiado desde el Imperio otomano, era como si se accediera a otra dimensión, otra época. Y eso era, precisamente, lo que seducía a Gäreksen. Nada de vehículos ruidosos. Nada, o casi nada, de instalaciones eléctricas. Iluminadas con velas, con lámparas de aceite o de gas, las tiendas brillaban con una luz suave, un resplandor incomparable de iglesia, de templo o mezquita. Una atmósfera que ninguna villa en Europa conocía ya.

El noruego atravesó a paso lento el perímetro de los joyeros, el de los tapiceros y el de los carpinteros antes de salir del edificio principal por la calle de los doradores y de los artesanos de marquetería. Así como cada día visitaba a las jóvenes Özlem y Rüyá, paseaba cotidianamente por aquellos lugares, donde se encontraba con las mismas caras. Su figura atlética, mucho más alta que las de los turcos, había sido advertida hacía tiempo. Sin embargo, nadie le importunaba. Apenas algunos comerciantes, con el hombro apoyado en el marco de su tenderete y los dedos ocupados en triturar los granos de una espiga, esbozaban a veces un discreto signo de la cabeza en dirección a él mientras pasaba.

Gäreksen recorrió una larga calle, atestada de carretas paradas, antes de internarse en el dédalo del mercado de libros. Aminorando más aún el paso, abrió las ventanas de la nariz con un estremecimiento de placer a los olores de tinta, de cuero, de hilo engomado y de papel antiguo que saturaban el aire. Todo allí le recordaba las bibliotecas que había frecuentado con asiduidad en Oslo o en Munich, donde enseñaba Filosofía quince años atrás. A pesar de las aventuras y los dramas que había vivido desde entonces, aún era sensible al gran misterio de los libros, esos pequeños ataúdes de papel que encerraban las palabras como cadáveres que el ojo resucitaba al leerlos. A la vuelta de una esquina, se detuvo delante de un pequeño puesto encajonado entre dos pilares que sustentaban la bóveda del pasaje. Todo lo que podía ver de las pilastras era, perdido en las alturas, el ínfimo centelleo de los nombres dorados de los profetas y los rashidun, los cuatro primeros califas del islam.

Con las manos hundidas en los bolsillos de un abrigo raído de pelo de camello, un hombre de edad mediana permanecía sentado en un taburete, en medio de pilas de periódicos, de baúles militares desbordantes de impresos antiguos, de grabados desgarrados. A su alrededor, gruesas estanterías se combaban bajo la masa de enciclopedias, de anales, de crónicas, escritos en todas las lenguas y consagrados a todos los dominios del conocimiento, desde la ornitología hasta la teología. Sobre la frente del librero colgaba un fez, sombrero prohibido por Ataturk, cuyo fieltro rojo estaba completamente impregnado de la grasa que untaba los cabellos del hombre.

Habituado al intenso olor que emanaba del personaje, Thörun aspiró una gran bocanada de aire antes de acercarse a él.

—Saludos, Hakim —dijo en inglés—. ¿Tiene algo para mí hoy?

—La paz le acompañe, amigo mío —contestó el otro en el mismo idioma, levantándose para recibir al visitante—. En respuesta a su pregunta: ¡sí! Es posible que lo que me han traído esta mañana le llame la atención. Concédame un segundo, se lo ruego.

Hakim extendió el brazo para deshacer el lazo que sujetaba una cortina enrollada encima de la puerta. A conciencia, ayudándose con la palma de la mano, estiró la tela hasta el suelo, dejando su puesto a cubierto de los curiosos. Hakim no acostumbraba a cerrar su tienda más que cuando vendía una obra licenciosa, pero aquel día la venta era diferente. El occidental no estaba interesado por alguna versión no expurgada de Las mil y una noches o por una serie de ilustraciones del Kama Sutra. No. El rumí quería platos más fuertes, verdaderos textos prohibidos... Hakim rascó una cerilla para encender una gruesa vela de cera que sostuvo en la mano. Sacó una llave del bolsillo, se dirigió al fondo del puesto y abrió una puerta tan baja que Thörun tuvo que doblarse por la cintura para franquearla.

—¡Se le ofrece el camino del reino! Entre por su propia voluntad.

Si la pieza principal de la tienda rebosaba de volúmenes, la que ahora ocupaban los dos hombres estaba singularmente despejada. Tres pequeños muebles de estanterías contenían apenas cuarenta libros de apariencias y dimensiones variadas. El ojo experto del noruego reconoció encuadernaciones de Oriente, otras de estilo francés clásico y hasta una o dos sobrecubiertas contemporáneas.

—Nada de esto es lo que busca —informó Hakim al ver que Thörun se acercaba a los estantes—. Son obras interesantes, desde luego, y la mayoría muy raras, pero entre ellas no hay ninguna pieza de excepción. En cambio, he aquí un tratado que me parece más acorde con el espíritu de sus búsquedas.

El librero sacó un delgado librito del cajón de un mueble pintado y lo dejó caer al desgaire encima del mueble.

—A diferencia de la mayor parte de los textos que ofrezco, éste no está escrito en turco ni en árabe, sino en italiano.

Thörun lo tomó con mano temblorosa. Era un folleto de una treintena de páginas impreso groseramente en un papel de mala calidad, grumoso y fino. A la luz de la vela, leyó el título: Sobre un aspecto de las creencias de las tribus yezidis de Siria, Paolo Barbieri, Turín, 1897.

—Los yezidis siempre han tenido reputación de adoradores del Diablo —observó Hakim—. Pero eso no es más que un barniz, una tapadera. Su culto no se dirige al demonio o, al menos, no de una manera auténtica. En cambio, conocen muy bien las vías para crear los seres que le interesan.

Febril, las sienas oprimidas por una migraña que aumentaba dolorosamente la presión de la sangre hasta sus globos oculares, Thörun hojeó una a una las páginas

del librito.

—Le pido trescientas libras inglesas —dijo el turco con una sonrisa afectada—. Es un precio de amigo.

—No somos amigos, Hakim —puntualizó Thörün en un tono seco—. Y no creo que su descubrimiento valga este precio exorbitante. No es más que una noticia etnológica puramente descriptiva. Nada nuevo. Sobre todo, nada práctico. Es evidente que el autor no entendía lo que describe o, peor, no lo creía. Lo lamento, no soy su comprador.

Thörün salió de la tienda decepcionado y casi colérico. El comerciante estaba tan vejado como él. Ese librero, que pasaba por ser el mejor especialista de la ciudad en la historia de los movimientos heréticos y las magias de todo tipo, no le ofrecía más que obras de segunda fila, libros que ya había compulsado cien veces a lo largo de su carrera en el Ahnenerbe o en las largas horas que pasaba leyendo allí mismo, en Estambul.

Gärensen dejó la matriz cálida del mercado y se encaminó hacia los muelles por las calles ruidosas. La luz de la tarde declinaba, anunciando el crepúsculo. En un figón protegido apenas del viento por unas tablas clavadas de cualquier manera, comió sin ganas berenjena hervida saturada de aceite y unas bolitas de carne demasiado salada. Era su única comida cotidiana. Después de enjuagarse la boca con un trago de áspero raki, Gärensen siguió su camino. Detrás de una cadde, avenida bordeada de bancos y de altas villas que extendían sus jardines paralelamente al Bósforo, penetró por una entrada lateral en un largo edificio de ventanas cerradas. El antiguo palacio quizás hubiera pertenecido a un visir influyente o a una bayadera de lujo. Thörün ignoraba su historia, pero conocía bien sus corredores y sus rincones. Desde que el coronel David Tewp lo había dejado para marcharse solo a Inglaterra, había convertido aquel lugar abandonado en su residencia, su refugio. Amaba su belleza y su silencio pero, sobre todo, estaba obsesionado por las sombras cuya presencia sentía por todas partes. Gärensen tiró su abrigo al azar en un salón antes de descender las escaleras hacia el sótano. El mar estaba allí, muy cerca, se escuchaba su chapoteo contra un pontón. El noruego llevaba en la mano un paquete tibio y pardo que había comprado en la lokanda, la barraca donde había hecho un alto para comer. Al fondo de un corredor, abrió con dos llaves una pesada puerta reforzada con complicados herrajes. En la cueva de espesos muros, un hombre le esperaba.

Envuelto en cobertores para combatir la humedad que le helaba y que atormentaba sus articulaciones, Ruben Hezner apenas levantó la mirada hacia Gärensen cuando éste le tendió sin una palabra las vituallas que había comprado para él. Con gesto cansino, desenvolvió la bolsa de papel para masticar sin apetito las legumbres aún calientes que contenía. Sus brazos no estaban atados, pero una cadena sujetaba sus tobillos al suelo recubierto de piedras redondas. Flaco como un corredor de fondo,

Hezner era resistente, pero no gozaba de una buena musculatura, motivo por el cual pronto había desistido de intentar tirar de sus cadenas para arrancarlas. A merced de Thörun, ignoraba la suerte que el noruego le destinaba. Hacía varias semanas que estaba prisionero, y no había vuelto a ver la luz del día desde que Gärensen lo había conducido a ese lugar una noche de granizo. La dignidad natural de Hezner era su mejor aliada en esta prueba. Ignoraba qué suerte le estaba reservada. Más aún, no sabía si Thörun albergaba algún proyecto concreto con respecto a él. Pero conocía bien a su carcelero por haberlo frecuentado durante largos años en Berlín: Thörun era un ser impulsivo, nacido bajo el doble signo de la inconstancia y el oportunismo. Hezner lo sabía, y contaba con ello para su propio beneficio. Algunas semanas antes, bajo los efectos del pentotal, había revelado al nórdico y a su secuaz inglés todo lo que sabía de la pareja Galjero. Esta información, que procedía de las confidencias del propio Dalibor, constituía un secreto tan turbador, tan peligroso, que jamás se lo había revelado a nadie y había preferido no utilizarlo nunca. Al ver que Thörun se disponía a abandonar su celda, Hezner se aclaró la voz, enronquecida a fuerza de mutismo.

—Tengo una proposición que hacerle, Gärensen. Sería bueno para ambos que al menos aceptara escucharla.

Thörun dirigió una mirada de desprecio al hombre atado a sus pies. Tuvo la tentación de cerrar la puerta del calabozo sin contestarle. La soledad, la oscuridad, el frío y la mugre: a los ojos de Thörun, eso era lo que Hezner se merecía. Era su pequeña venganza por aquel día de otoño en Buenos Aires, cuando Ruben lo había obligado a ejecutar a sangre fría a su amigo Sacha Hornung.

—No cometa el error de tratarme a su capricho porque estoy encadenado —espetó Hezner—. Le guste o no, aún soy una pieza en el tablero.

—¡Un peón! Sólo un peón —escupió Thörun con maldad—. Y me parece que muy aislado en el campo de batalla. Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Mi vista no se ha estropeado en la negrura de esta cueva, Gärensen. Al contrario, creo que se ha aguzado.

Thörun suspiró para expresar su impaciencia. En aquel instante se sentía menos dispuesto que nunca a soportar las introducciones alambicadas a las que Hezner le tenía acostumbrado.

—Le veo cada día un poco más pálido —continuó éste—. Cada día un poco más inseguro... El veneno fluye por sus venas, ¿verdad? Lo que, en contra de mi voluntad, les conté de los Galjero le está corroyendo, le pudre el alma. Traza usted planes... y rehúye el sueño, porque sus sueños le asustan. Por eso se queda despierto todas las noches. ¡Oh, no se sorprenda! Incluso desde este calabozo le oigo. Sus pasos resuenan en la cueva. Su cólera y sus dudas impregnan estos muros, Gärensen. Cuando apoyo la frente en estas piedras recojo amargura.

Thörun sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Las piernas se le aflojaron de repente. Hezner había puesto el dedo en la llaga. El corpulento noruego se apoyó en el muro; sintió que la frente le ardía de pronto y se la enjugó con el dorso

de una manga.

Como un torero que siente que el animal se debilita bajo las banderillas, Hezner redobló el ataque.

—Puedo ayudarle a deshacerse de sus temores. Sobre todo, puedo ayudarle a encontrar un nuevo sentido a su vida... ¡déjeme ayudarle!

—¿Un sentido a mi vida? ¿Cómo se atreve? —exclamó Thörun, escandalizado por las pretensiones del prisionero—. ¿Qué sabe usted del sentido que yo doy a mi existencia, Hezner?

Un rictus desfiguró el rostro del antiguo estudiante de química de Odessa.

—Está rodeado por todas partes, Gärensen. Los hombres a los que mató en el puente de Galata, la noche en que Dalibor Galjero se marchó con los rusos por su propia voluntad, no eran mis únicos compañeros. Los otros, a los que dejé en Argentina, en Perú y en México para que siguieran la pista de sus antiguos amigos nazis, siguen vinculados conmigo. Sabían adonde iba. Tenían instrucciones de buscarme si yo no volvía. Seguramente algunos de ellos ya están en Estambul y me buscan. Son finos sabuesos, Gärensen. Bien armados, decididos. Averiguarán lo que ocurrió en la pasarela del Cuerno de Oro. Interrogarán a los testigos y tarde o temprano le encontrarán... Sobre todo aquí, ya que ha tenido usted la estúpida idea de instalarse en el palacio que ocuparon los Galjero. ¿Por qué, Gärensen? ¿Por qué eligió este lugar? ¡Conteste! ¡Conteste!

Thörun tenía la boca seca. Apretó los puños hasta que se le blanquearon las falanges.

—Aunque se marchara ahora mismo de Turquía, ellos le encontrarían. Nunca renunciarán a perseguirle para eliminarle. A sus ojos, usted no es más que un perro. Además, Gärensen, ¿adonde podría ir? Usted pertenece al bando de los vencidos. Nadie lo quiere en ninguna parte. Es un hombre de un mundo caduco, una brizna de paja barrida por la historia. No pertenece a nada ni a nadie, y usted lo sabe. Es precisamente este pensamiento el que lo destruye y lo convierte en presa de un deseo demasiado fácil...

Thörun echó la nuca hacia atrás y se obligó a hacer una inspiración profunda. Con unas cuantas palabras, Hezner le había tocado el corazón.

—¿Qué me propone? —preguntó en un bufido.

—Su capacidad es grande, Gärensen, y también su saber. Pero no se le puede abandonar a sí mismo. Su inteligencia debe servir a un gran proyecto. Yo puedo emplearle en una obra así...

Haciendo resonar sus cadenas como un fantasma, Hezner se levantó y dejó caer al suelo sus mantas manchadas. Su silueta era tan delgada como la de un adolescente.

—En Palestina está a punto de nacer un Estado, Gärensen. Un Estado frágil, de futuro incierto. Usted podría ayudarle a afrontar las tempestades que tendrá que atravesar... Usted podría hacerse una vida a su medida, volver a empezar. Tengo el poder de borrar las manchas de su pasado. Puedo absolverle, Gärensen. Libéreme.

¡Trabajaremos juntos para construir Israel! ¡Usted y yo, como antes!

La inconsecuencia de esta proposición provocó una risa ahogada de Thörun.

—¡No sea grotesco, Hezner! Su tentativa es patética. ¿Yo, vivir yo en medio de los judíos? ¿Cómo puede imaginarse ni por un segundo que eso sea posible?

—Nosotros, los sionistas, somos gente pragmática. Los norteamericanos y los rusos reclutan sin atisbo de mala conciencia a ingenieros y científicos que dieron grandes éxitos a la Alemania nazi. ¿Por qué no íbamos a hacer como ellos?

—No tengo nada que ofrecer, Hezner. Ningún conocimiento técnico. Como máximo serviría para mendigar a la puerta de sus sinagogas. ¡Suponiendo que los suyos me dieran limosna!

—No minimice sus talentos. Usted trabajó en el Ahnenerbe. Creó el Instituto casi usted solo. Aquello no fue solamente un señuelo concebido por Heydrich con la finalidad de comprometer a Himmler. Usted hizo acudir a sabios de renombre y llenó sus archivos de documentos excepcionales. ¿Por qué no empezar de nuevo una obra así, pero esta vez en provecho de los que combatió en otro tiempo? Unirse a nuestras filas, se lo garantizo, es la única vía razonable que se le presenta. Hace muecas, Gärensen, pero sabe que tengo razón.

Thörun, con los ojos cerrados, sacudió la cabeza en señal de negación.

—Usted no es antisemita, Gärensen. No de un modo visceral. Su mujer era judía y usted la amaba. Considere mi oferta en su memoria. No es la propuesta de un loco o un desesperado.

—Los Galjero... —murmuró Thörun como si interpusiera un débil escudo.

—Los Galjero deben salir de su vida —enunció Hezner en un tono profetice—. Olvide su venganza. Sólo es una máscara que oculta el vacío de su existencia. Los Galjero no pertenecen al mundo de los hombres. Bórrelos de su memoria. Su llama terminará por extinguirse por sí sola. Perseguirlos sólo le servirá para asegurarse la desgracia. Esto lo comprendí ya hace tiempo y no tengo el menor interés en ellos.

Sin apartar sus ojos brillantes de Thörun, Ruben Hezner se arrodilló en el suelo y se envolvió de nuevo en sus cobertores. El anzuelo estaba echado. Sólo haría falta un poco de tiempo para que Gärensen mordiera la carnada. El viejo doctor lo sabía y no insistió cuando el noruego, sin despegar los labios, cerró la puerta del calabozo detrás de sí. De nuevo abandonado en la oscuridad más absoluta, Hezner esperó unos minutos y después empezó a entonar para sí mismo un largo canto de plegaria...

LA SENDA TENEBROSA

—¿Hay novedades, senador Monti?

En el despacho de su residencia en Estados Unidos, lord Bentham parecía estar siendo presa de una terrible ansiedad. Lewis Monti nunca le había visto tan tenso, tan manifiestamente ávido de conseguir al fin algún resultado tangible. Ni siquiera semanas antes, cuando tuvo conocimiento del fracaso de Tewp y Gärensen en Estambul, lo encontró tan nervioso, tan contrariado.

—Estamos afrontando grandes dificultades para montar la operación, señor — empezó Lewis—. Aún ignoramos por qué Dalibor Galjero se ha pasado por su voluntad a los soviéticos del NKVD. Es la única información que Ruben Hezner ha conseguido reservarse, a pesar de las tres inyecciones de pentotal que nuestros amigos le han administrado. Según todos los indicios, Galjero está en Moscú. Alien Dulles nos ha dado prioridad en las escuchas, y ha corrido la voz a sus honorables corresponsales sobre el terreno. Seremos informados de inmediato en cuanto surja el menor rumor con relación al tema que nos ocupa.

—¿Y mientras tanto?

—Me dispongo a viajar a Moscú. No es empresa fácil, en los tiempos que corren. Por su parte, Tewp acaba de informarme de que regresa a Estambul. Tiene previsto reunirse con Gärensen para proseguir con la vigilancia del doctor Ruben Hezner. Eso es todo por ahora.

—Perdone mi brusquedad, senador, pero a mi juicio es suficiente —gruñó Bentham—. El tiempo apremia... Ahora más que nunca.

Lewis se disponía a hacer una pregunta que quedó suspensa en sus labios. Notó que Bentham tenía ganas de hablar. Al ver su expresión, juzgó preferible dejarle continuar.

—La edad, Monti. Y ahora la enfermedad. Los Galjero asesinaron a mis dos hijos, hace ahora quince años. Quince años en los que no he vivido más que para encontrar a los asesinos. Quince años de búsqueda por el mundo. Mi mujer y yo no hemos hecho sino acumular decepciones y vanas esperanzas. Estos quince años nos han agotado, nos han vaciado. No me queda mucho tiempo de vida, Monti; unos meses, un año a lo sumo. Las medicinas y las curas no servirán de nada. Quiero que encuentre a los Galjero antes de que sea demasiado tarde. Quiero irme con esa satisfacción ¿lo comprende?

—Lo siento mucho, lord Bentham, no sabía que...

—Dejemos eso, ¿quiere? —cortó el anfitrión con una sonrisa forzada—. Ahora conoce el motivo que me obliga a presionarle. No hablemos más de ello y ocupémonos de los detalles prácticos. ¿Cómo piensa entrar en la Unión Soviética y realizar su investigación?

—Dulles y Donovan, del OSS, me han sugerido la idea. Es peligrosa, pero es la única que tenemos. A cambio de algunos servicios que me he comprometido a prestarles en Moscú, ellos me ayudarán a ponerla en práctica. Es una estratagema que podría descubrirse en cualquier momento, desde luego.

—¿En qué consiste?

—El FBI está desde hace tiempo infiltrado en el Partido Comunista americano. Incluso algunas de sus células están compuestas íntegramente por agentes gubernamentales.

—¿Y?

—Dentro de tres meses se celebrará un congreso en la Unión Soviética donde se decidirán las directrices Komitem. Pensamos aprovecharlo. Desembarcaremos en Moscú al mismo tiempo que la delegación americana del PC.

—¿Quiere hacerse pasar por un militante comunista? —Bentham se echó a reír.

—Yo y algunos más, sí. ¿No me cree capaz?

Bentham frunció las cejas.

—¡No, por Dios! Usted es un león, Monti, lo sé muy bien. Pero la empresa es arriesgada. ¡Terriblemente arriesgada! Nuestras relaciones con los rusos se envenenan cada día que pasa. Stalin no le haría ascos a una guerra. Hasta me pregunto si en realidad le teme a nuestra bomba atómica.

—Goza de una profundidad estratégica mucho mayor que la nuestra, eso es evidente —confirmó Monti—. Y Rusia sabe encajar los golpes, incluso los más violentos. Lo demostró contra los nazis. Pero ése no es nuestro problema. No se espera que estalle un conflicto abierto entre la URSS y Estados Unidos de hoy para mañana. Si nos detienen, sé lo que significará para nosotros. Estados Unidos no hará nada por recuperarnos. ¡Pero voy a intentar la jugada! ¡Sin la menor duda!

—Admiro su determinación, Monti. Es la prueba de un valor que yo no poseo.

—Estoy seguro de que se habría unido a nosotros si su estado se lo hubiera permitido.

—Es posible, Monti... Pero hábleme de esos temerarios que van a acompañarle.

Bubble Lemona no entendía nada. En los primeros momentos, no obstante, todo le había parecido fácil, incluso demasiado simple. Pero a medida que pasaba las páginas del opúsculo, el texto se iba volviendo complejo, contradictorio, irreal a fuerza de comentarios, de alusiones oscuras y de palabras que nunca había oído pronunciar, ni siquiera en las profundidades del barrio negro de Harlem. Cómodamente hundido en los gruesos almohadones de su cama, una botella de *bourbon* al alcance de la mano y un cenicero cerca de él para recoger las cenizas de un cigarro tan panzudo como él, Bubble se irritaba con las sutilezas de la filosofía. Dado que sus esfuerzos por entender a Marx se habían revelado poco menos que infructuosos, había optado por una aproximación más sistemática al problema. En una librería situada entre

Ámsterdam y Broadway y siguiendo los distendidos consejos de una bonita dependienta de blusa ceñida, había adquirido por tres dólares una obra de introducción a la historia del pensamiento.

«En filosofía todo se mezcla —le había explicado la chica—. Las referencias se entrecruzan. No se puede estudiar un extracto de forma aislada, como si se cortara un trozo de salchichón. Empiece por hacerse una visión de conjunto».

¡Una visión de conjunto! Ciertamente, la frase sonaba bien, incluso adecuada. Pero antes de llegar a la época moderna, el sumario de aquel libro del demonio anunciaba que había que pasar por las etapas presocrática, socrática, aristotélica, neoplatónica, estoica, agustiniana, calvinista, cartesiana, espinosista, kantiana, hegeliana, kierkegaardiana... La perspectiva de semejante recorrido le daba vértigo. Concienzudo en su resolución, enseguida comprendió que Parménides sostenía exactamente lo contrario de lo que profesaba Heráclito, sin que de todas maneras llegara a captar el verdadero objeto de su querella. Las posiciones de Sócrates sobre la naturaleza esencialmente razonable del hombre le hicieron reír tanto como las tiras cómicas de Popeye de los periódicos; las de Aristóteles sobre la utilidad de cada cosa en el universo le parecieron dudosas sin que supiera exactamente por qué; en el capítulo sobre el Renacimiento se indignó al encontrar problemas ya expuestos por Platón o Porfirio replanteados por Marsilio Ficino y Pico della Mirandola; se saltó a Lutero, ya que no le gustaba la sonoridad del patronímico, y leyó dos veces el artículo consagrado a Kant sin sacar nada en claro de las proposiciones del alemán; en cuanto a Hegel, concluyó que se limitaba a enunciar evidencias, y no comprendía por qué aquel tipo merecía el título de filósofo. Por fin, cuando llegó a la página en la que se resumía el pensamiento de Karl Marx... ¡llamaron a la puerta! Bubble echó una ojeada a su reloj y se sobresaltó. Pasmado de haber perdido toda la tarde en lecturas, echó con furia el contenido de su cenicero en el cajón de la mesa de noche, hizo volar de un soplo las cenizas esparcidas por el cubrecama, se subió con una mano húmeda las ligas de sus calcetines, se puso los pantalones sobre los calzoncillos de seda bordados con sus iniciales y deslizó sus gruesos pies dentro de sus zapatos. Ante él se contoneaba una rubia alta, de bonitos pómulos, con un traje chaqueta ajustado que le ceñía el cuerpo.

—Dobryi vetcher, gospodin Lemona —dijo la chica hinchando sus labios rojos.

—Daubri vesser, gauspaua Natasha —respondió torpemente Bubble, que casi temblaba.

—¿Como siempre? —preguntó la extranjera en un inglés impregnado de un delicioso acento eslavo—. ¿Le doy la clase en su dormitorio?

—Desde luego, pequeña, desde luego.

Y mientras ponía sus ojos golosos en el cuerpo de la escultural profesora de lengua que se había procurado, Bubble Lemona se dijo que su viaje a Rusia con Monti, si bien exigía algunos pequeños sacrificios intelectuales, también se anunciaba bajo auspicios prometedores...

A aquella avanzada hora de la noche, el portal del cementerio de Santa Cruz estaba cerrado desde hacía horas. Lewis Monti hizo que le dejaran ante la verja, avanzó hasta la ventana iluminada de la casa de un piso en la que vivía el guardián y golpeó el cristal con la punta de los dedos. Un hombre respondió a la llamada. Por la ventana abierta escaparon aromas de cebolla frita y sopa de legumbres. Con una servilleta a cuadros anudada al cuello, el sepulturero saludó respetuosamente a Monti, tomó sin remilgos el billete de diez dólares que le tendía el senador y salió con una lámpara en la mano para abrir la puerta del jardín de los muertos.

A solas, Monti remontó el paseo de cipreses que conducía a las tumbas gemelas de su esposa y de su hijo. Siempre que sus asuntos se lo permitían iba a meditar junto a las sepulturas. Y siempre experimentaba la misma emoción, la misma cólera. Como si los acontecimientos se hubieran desarrollado la víspera, volvía a ver a su hijo echarse sobre él, con el alma corrompida por un veneno diabólico, y arañarle la garganta con sus uñas. Un perro rabioso no habría actuado con más fuerza, con más determinación de matar. Con la misma precisión, con el mismo horror, Monti rememoraba la cara descompuesta de su mujer cuando apretó el gatillo del revólver que había apuntado contra su propia sien. Precisamente el arma que ella acababa de utilizar para poner fin a los días de su hijo enloquecido. Gian y Carla. Dos nombres ahora grabados uno junto a otro en el mármol de un panteón.

Monti alzó los ojos hacia el cielo negro. No brillaba ni una estrella. La única claridad que iluminaba el parque, procedente de los tristes edificios que rodeaban el cementerio, no aportaba ningún bienestar. El siciliano se arrodilló para esbozar una rápida señal de la cruz, tocó brevemente con su mano la piedra pulida de la tumba y dejó el lugar con los hombros caídos y un nudo en la garganta. Muy pronto partiría hacia Rusia, donde esperaba encontrar a Dalibor Galjero, satélite de su verdadera presa: Laüme, objeto de su venganza y a quien responsabilizaba de la destrucción de su familia. El viaje era peligroso, irracional, pero era la única vía que se le ofrecía. Imposible sustraerse a él sin perder el poco respeto hacia sí mismo que aún conservaba. Caminó un rato sin destino concreto. Sus ojos fatigados no miraban a la gente ni la calle. En el mostrador de fórmica de una tienda de barrio, se tomó dos tazas de un café sin aroma mientras que en la radio sonaba Old Lamp-Lighter, la canción de Sammy Kaye, número uno del hit parade; después, le echó una moneda de medio dólar al dependiente, sin mirarlo, y volvió a su deambular. Sus pasos le condujeron a un bulevar animado, en el que se alineaban restaurantes y cines. Durante unos momentos miró las fotos fijadas con alfileres de La senda tenebrosa, la última película interpretada por Bogart y Bacall, pero renunció a comprar una entrada cuando vio la larga cola que esperaba ante la taquilla.

En busca de la sombra y el silencio, caminó hasta los muelles del East River. Allí, entre dos enormes cargueros amarrados, discernió la silueta rasa de un pedazo de tierra en medio de las aguas. Blackwell's Island. La isla donde había estado recluido

unos meses en el módulo de los condenados a muerte de la penitenciaría, antes de subir a la silla eléctrica y que un milagro le salvara la vida. Desde su infancia siciliana hasta la hora ya próxima de su vejez, Monti había vivido muchos episodios trágicos, a menudo inexplicables. Esa era su herencia. Una herencia que ya no conservaba y que no intentaba comprender. Otros en su lugar quizás hubieran visto tambalearse su razón a fuerza de intentar descifrar el sentido de esa vida. Él, Monti, hacía mucho tiempo que había renunciado a aclarar tales misterios. Esa resistencia era sabiduría. Le había permitido superar todas las pruebas: la de las muertes de su madre y su abuela, asesinadas por el populacho cuando él apenas era un niño; la de su llegada a América, solo, sin dinero, abandonado por todos; la de su ascenso en la Mafia, desde sus principios como pequeño matón a sueldo en las calles de Little Italy hasta su consagración como don reconocido por sus semejantes. Contaba con disponer de esa energía una vez más para liquidar a los Galjero, sus últimos adversarios, los que le habían arrebatado a Carla y a Gian.

Con la punta de su zapato bien lustrado, Lewis Monti pateó una piedra que lanzó sobre las aguas negras, donde se hundió. Conocía bien aquella parte de los muelles. A principios de los años veinte, en los cimientos de un edificio entonces en construcción, había sepultado los cuerpos de dos esbirros demasiado aficionados a torturar al prójimo. El edificio aún estaba allí, apenas a doscientas yardas, rodeado por la niebla que ascendía lentamente de las olas. Por la pasarela de uno de los dos barcos amarrados al espigón, que tenía la carena arrasada por el óxido, unos marinos descendieron en brigada. Eran cinco, tal vez seis. Figuras pesadas, andares lentos, zapatos con herraduras que resonaban en la noche contra el metal del pontón. Los primeros pasaron a la altura de Monti sin ni siquiera mirarle y se alejaron rápidamente hacia el barrio de los placeres que lindaba con los pontones. El último, surgido como de la nada silenciosamente detrás de Monti, le empujó con el hombro sin excusarse. El tipo era fuerte, más corpulento que el senador y más joven también, y Monti, desequilibrado, estuvo a punto de caer en el fango. Cuando se disponía, furioso, a alcanzarle para pedirle cuentas, el hombre se dio la vuelta. En la claridad difusa de un neón parpadeante, sus rasgos se dibujaron tan limpiamente como en un dibujo de tinta china negra sobre papel blanqueado al cloro. Una gran sonrisa llenaba su rostro señalado de golpes. El corazón de Monti dejó de latir. Petrificado como si hubiera recibido un lanzazo en pleno pecho, se llevó instintivamente la mano a la funda de la pistola de la que nunca se separaba. Pero su gesto se interrumpió... ¿Qué poder tenía un arma de fuego contra un fantasma? Con la misma seguridad con la que hubiera reconocido el rostro de Gian entre una multitud de un millón de jóvenes, Monti acababa de reconocer a Maddox Green, el hombre con el que había compartido algunos días de cautividad en el módulo de los condenados a muerte de Blackwell's Island. Green, el bruto infecto que se complacía en describirle los sufrimientos que le reservaba la silla eléctrica, y que había sido abatido a tiros por los guardianes.

El cuerpo de Lewis se distendió de golpe y sus músculos recuperaron toda su

flexibilidad. Sin detenerse a reflexionar, las piernas le llevaron tras los pasos del marino. Pero su silueta se fundía ya con la oscuridad. Monti corrió con todas sus fuerzas, procurando mantener los ojos fijos sobre la forma borrosa, pero Green guardaba distancia con el senador. Giró a la derecha y dejó el asfalto de los muelles; pasó un amplio terreno entre dos hangares, cubierto de contenedores y de viguetas de hierro retorcidas; después, se dirigió en línea recta hacia el edificio en el que desde hacía treinta años reposaban bajo una capa de hormigón los esbirros a los que Monti había matado por haber torturado inútilmente a un policía. Green subió el tramo de escalera de la entrada y entró en el edificio. Aminorando el paso, echó un vistazo en torno al lugar, tratando de entender. Su instinto de combatiente estaba despierto. Presentía una trampa. Adivinaba además que no obtendría respuesta hasta que hubiera franqueado el umbral de la vieja casa. Un letrero luminoso anaranjado brillaba con luz débil a modo de enseña sobre la fachada. Sobre las facetas de cristal del farol estaba escrito con fina caligrafía: «Cabaret Flanders». El corazón estaba a punto de estallarle cuando puso la mano sobre el picaporte, abrió la puerta y entró lentamente. Siguió casi hasta el final un largo pasillo polvoriento, apenas iluminado y percibió los ecos apagados de una trompeta con sordina y de un piano agrio detrás de una puerta, al final del corredor. Una oleada repentina de calor le subió a la cara y sus axilas se humedecieron de sudor. Todo su cuerpo temblaba como un barco atrapado en la tempestad, mientras que una voz desconocida, en el fondo de su interior, le gritaba que diera media vuelta. Sin embargo Maddox Green estaba allí, justo en la pieza adyacente. Monti lo sabía. Había que elegir: afrontar el miedo helado que nacía en él, o batirse en retirada, huir lastimosamente y arriesgarse a no saber nunca... Monti empujó el batiente de la segunda puerta y entró en una simple sala de bar. La vasta pieza estaba abarrotada y apestaba a sudor. En un estrado, dos músicos negros destilaban una música lasciva a cuyos compases hombres y mujeres danzaban lentamente. Más allá no se veía nada, las ventanas estaban tapiadas. El tugurio le recordó a Monti los establecimientos clandestinos de los locos años veinte en los años de la prohibición. Él mismo había poseído antros como aquél; como los otros mañosos, había hecho de ellos la base de su fortuna. Sin embargo, los tiempos de la caza de espíritosos ya habían pasado. En 1947 no estaba prohibido emborracharse en América. Pero Monti presentía que la gente apiñada en el Cabaret Flanders no eran vulgares borrachos. Algo distinto de la sed de alcohol los había conducido hasta allí. Monti se abrió camino entre los cuerpos en movimiento hasta el mostrador de cobre, donde se acodó entre dos figuras imprecisas. El humo de los cigarrillos, el sudor exhalado, el ritmo agobiante de la música, todo ello turbaba los sentidos, embotaba el pensamiento. El senador escrutó en vano los rostros en busca de Green. Cambió de lugar una vez y después otra. Cuando llegó al extremo del bar, Maddox se había vuelto invisible. Sin que Monti lo pidiera, el camarero puso ante él un vaso lleno de un licor púrpura. Sediento, con la garganta seca, Monti se mojó los labios. El líquido era suave, desprendía aromas que le recordaban su infancia, el campo siciliano

aplastado bajo el sol, los manojos de hierbas y de flores que su abuela Giuseppina y su madre, Leonora, dejaban secar en su cabaña de curanderas, en las colinas... Monti bebió hasta la última gota. Mientras dejaba el vaso, un hombre tomó asiento a su lado, un gigante con ropas de cuero: ¡Maddox Green!

—¿Sorprendido de volverme a encontrar, hermanito? —susurró Maddox—. ¡Qué cara tan rara pones! Estoy contento de volver a verte... me recuerdas los buenos tiempos, cuando los dos estábamos prometidos a la silla eléctrica.

Monti escrutó con la mirada al hombre que tenía enfrente. Era el propio Maddox Green. Ni un sosias, ni su hijo, ni su hermano: Green en persona. Y Monti no sentía angustia ni sorpresa. Había trascendido los límites del miedo.

—Puedes tocarme, Monti —dijo Green, divertido—. Estoy bien vivo. No soy un fantasma... ¡Vamos! ¡Venga!

La gran zarpa de Maddox aferró la muñeca del siciliano y colocó con autoridad la mano de éste sobre su torso. Bajo el jersey de lana manchado, Lewis percibió el calor del cuerpo y el lento latir del corazón.

—Ya lo ves, hermanito, las balas de los guardianes de Blackwell no me hicieron tanto daño. Me abrieron el camino hacia el país de los muertos, eso sí, pero no cerraron la puerta detrás de ellas. He vuelto, hermanito, guiado por una luz, una bonita luz... Y ahora estoy vivo otra vez. Como antes. ¡Mejor que antes!

—¿Qué quieres de mí, Green? —chilló bruscamente Monti.

La pregunta provocó una sonrisa burlona en los labios del otro. Monti se estremeció. Ya había visto antes ese rictus inmundado formarse en el rostro de Green: cada día, en la penitenciaría, a la hora del paseo común. Sabía que presagiaba los delirios del antiguo prisionero de Blackwell's Island y sus palabras envenenadas.

—Quiero hacerte ver la luz, hermanito... Quiero que la absorbas, que se convierta en parte de ti y tú en parte de ella. Y no soy el único que quiere esto para ti. ¡Mira quién viene a reunirse con nosotros!

Con la barbilla, Green señaló una figura que se abría paso entre el gentío. Era un hombre corpulento, con rostro asiático y caminar lento. Tomó asiento al lado de Monti y cerró los ojos para recitar:

—«Oh, semejante, tú estás en mí... Temes a un demonio invisible. Él nos tiende el espejo que fascina y que cautiva... ¡Ah! Siento que cedés: ahora estás atrapado y me has abandonado. Ahora tú me miras: ése eres tú, y yo me reconozco...».

—Sé lo que está pensando, señor Monti —dijo el recién llegado abriendo los párpados—. Usted se pregunta: «¿Son éstas las sombras de los muertos que vienen de repente a profanar el suelo de los vivos?, ¿o soy yo quien, sin saberlo, he descendido hacia ellas?».

Preston Ware no se equivocaba: Monti había matado a aquel hombre treinta y ocho años antes. Le había disparado a bocajarro, una noche, en la oficina que el abogado ocupaba entonces cerca de la Quinta Avenida. Monti había visto el cadáver de Ware vaciarse de sangre por las balas, lo mismo que el de Green.

—Mis heridas se han cerrado, señor Monti —continuó Ware—. Una mano las ha curado. Ya lo ve, yo no estaba loco. Conocía la verdad de lo que me había sido prometido después de la muerte que usted me dio. Y Green también conocía esta verdad.

—¡Exacto!

Maddox estalló en una carcajada, golpeándose las piernas, y vació su vaso de un trago.

—Ya lo ve, señor Monti; yo adoré mucho tiempo al diablo en mi juventud. Le dediqué un culto sincero, una devoción constante, ingenua pero fuerte. He sido un practicante obstinado. He hecho el mal, lo reconozco, sin remordimientos y hasta con placer...

—¡Ésa es la condición! —puntualizó Green al tiempo que tomaba un mondadientes que había en el mostrador.

—Green ha hecho lo mismo, evidentemente —prosiguió Ware—. A su manera un poco más brutal, como puede imaginar...

—No he leído libros ni he perdido el tiempo en estudiar lenguas muertas hace treinta siglos como usted, Ware. No me ha hecho falta irme al fin del mundo a interrogar a viejos sacos de piojos delirantes... No. Yo he experimentado en vivo. ¡Por instinto! El camino de lo negro por lo negro. El horror en todas sus dimensiones, sin cursiladas.

—Es un camino difícil —admitió Ware con un dejo de admiración en la voz—. Yo mismo no lo he recorrido hasta el final.

—Demasiadas reflexiones, Ware —observó Maddox—. El pensamiento pudre la vida, lo sabes muy bien.

—Sí, ahora lo sé —concedió Ware—. Pero he necesitado tiempo para llegar a esta conclusión. Por fortuna, acabé por hacerla mía el día en que me di cuenta de que me equivocaba al poner mi fe en Satán.

—¡Es que el diablo no existe, Monti! —dijo Green, divertido.

—Nuestro amigo está en lo cierto otra vez, Monti. Satán no es nada, porque adorarlo a él sigue siendo adorar a Dios.

—No hay que interesarse por el Enemigo, Luigi, hermano, ¡sino por el Diferente!

—Maddox por su lado, yo por el mío, los dos estábamos en un error. La verdadera rebelión contra Dios no consiste en echarse en brazos de su inverso, sino en renegar de los dos, para descubrir al fin la verdad.

—¿Qué verdad? —se aventuró a preguntar Monti.

—¡«Esta» verdad, hermano!

Y Green desgarró con las manos la lana de su jersey para revelar el tatuaje que tenía en el pecho. Sobre la piel blanca, Monti vio el dibujo de una Virgen pagana rodeada de serpientes de cuyos colmillos goteaban gotas verdes, lágrimas de veneno.

—Isis la Negra —cacareó Preston Ware—. Labartu, Astarté, Durga, Proserpina... poco importa el nombre que se le dé en cada época, siempre es la misma.

Resplandeciente y salvaje bajo la luna creciente. Es la matriz de todo, el crisol de lo posible. Usted la conoce: yace en el fondo de su corazón desde su infancia. Ella ha levantado su templo en sus huesos. ¡Es su señora, Monti! Ella le dará todo lo que quiera si usted se convierte en su aliado, en su caballero...

—Ella te ha elegido, hermanito —añadió Maddox—. Te ha distinguido entre todos. Te conoce desde hace mucho tiempo. En otra época, cuando ni siquiera había visto aún tu cara, ella sentía tu presencia en la noche del mundo. Ella te olfateaba, ella te buscaba. A veces pasaba su lengua al azar sobre ti sin que lo supieras y sin que ella misma fuera consciente. Y después, por fin, se cruzó en tu camino. Te reconoció. Y hoy, ha llegado la noche solemne en la que nos ha designado para conducirte a su presencia.

Monti sintió caer las manos de Green sobre sus hombros como dos pesas de hierro. Quiso liberarse de su abrazo, pero los músculos de sus brazos estaban desprovistos de fuerza. Su cuerpo entero parecía no ser más que un envoltorio flácido, incapaz de iniciar un amago de resistencia. Buscó su pistola en la funda, pero cuando su mano encontró la culata de la automática Green le arrebató el arma sin dificultad y la hizo desaparecer en el bolsillo de su abrigo. Monti aún intentó debatirse, gritar. Un sonido agudo salió de su boca, pero nadie lo escuchó ni se movió. La última cosa que vio fue el vaso vacío en el que había bebido el licor rojo, abandonado en el mostrador. El fondo y los bordes del vaso estaban cubiertos de una podredumbre gris, y tres moscas verdes zumbaban a su alrededor. Alzado por Green de su taburete, Monti fue llevado como un gato al que se agarra por la piel del dorso del cuello. Tenía náuseas y una migraña horrible le subía a las sienes. Sus ojos se cerraron sin que se diera cuenta. Sintió que le hacían pasar a una cámara, y como después apartaban una cortina para llevarlo a otra sala. Allí no había música ni rumores de gente, sino un silencio de iglesia e incluso un ligero olor a incienso. Green lo dejó caer al suelo y le asestó una fuerte patada en un costado.

—Basta de dormir, hermanito... ¡Despierta!

El dolor agudo que corría por sus riñones reactivó la energía del siciliano. A costa de un gran esfuerzo, abrió los ojos y logró ponerse de rodillas. La pieza estaba bañada en vapores púrpura que surgían en espesas volutas de incensarios colocados en el suelo. No lejos, a pocos metros de él, Monti creyó ver el movimiento de unas sombras. Green se acercó a él por detrás y lo levantó brutalmente. Con su mano de gigante apretó la laringe de Monti hasta el límite de la asfixia. Paralizado por el dolor y la falta de oxígeno, el prisionero vio acercarse a Ware blandiendo una hoja brillante, y sintió la daga cortar el tejido de sus ropas. Con mil precauciones, tomándose su tiempo para no herirle, Ware hendió una a una sus vestiduras mientras que Green reía a carcajadas. Despojado, desnudo, Monti fue dejado en el suelo en medio de los pedazos de su ropa. Tenía la garganta ardiendo y los pulmones a punto de estallar. Sus captores le dejaron recuperar el aliento antes de que Maddox le atara las manos a la espalda y le pasara una cuerda de cáñamo alrededor del cuello. Obligado a avanzar

a tirones de la cuerda, como un perro, Luigi. Monti fue colocado en el lugar donde se condensaba el vapor que emanaba de los cuatro rincones de la estancia y donde esperaba una silueta humana. Tan derecha que parecía paralizada, cubierta de un velo opaco que difuminaba sus formas, estaba a horcajadas sobre un extraño mueble de madera negra; más que un asiento, se trataba de una especie de banco de madera oscura y austera, una estrecha plancha encuadrada por un par de montantes cuyos vértices se perdían en la oscuridad del techo. Ware permanecía delante de esta figura hierática en tanto que Green se ocupaba de Monti, pegando su gran torso a la espalda chorreante de sudor del siciliano. Con un gesto de derviche, Preston levantó el velo para revelar el cuerpo que ocultaba. Como en una pesadilla, lentamente, la tela fue revelando dos piernas blancas y perfectas, un vientre liso, unos senos rotundos y, por fin, el rostro... Era el rostro tan detestado, tan nauseabundo, de Laüme Galjero.

La muchacha mostró su más bella sonrisa y tendió los brazos hacia Monti antes de extenderse cuan larga era sobre la plancha, abriendo las piernas impúdicamente. Green colocó a Luigi, como si fuera un muñeco, ante la abertura de la mujer. El siciliano intentó resistirse con todas sus fuerzas, con toda su alma, al deseo venéreo que se apoderaba de él. Cerró los ojos y luchó un instante pensando en Carla y en Gian, en su madre y, sobre todo, en la buena de Giuseppina... Pero eso no bastó. Su sexo blando, frotado contra la carne cálida de Laüme, empezó a levantarse. Para apresurar el acto, Maddox Green balanceó suavemente a Monti contra la vulva abierta. Pronto, el sexo se hinchó como una estaca corta pero gruesa, con un glande largo y reluciente. Con un golpe en los riñones, Green empujó a Monti, quien se hundió hasta lo más hondo en el abismo de carne. Laüme gimió. Poseído por el placer, Monti no podía evitar moverse. Abrió los ojos. El espectáculo del cuerpo sublime que estaba poseyendo aumentó el goce. Sin que pudiera evitarlo, su esperma se vertió en las entrañas de la muchacha y él gritó. Sintió como si le hundieran hierros al rojo vivo en los músculos y en las venas. Con un tirón seco por el lomo, Maddox le hizo salir de la vagina de Laüme y lo dejó desplomarse en el suelo, patético... Monti estaba destrozado, asqueado de sí mismo. Cuando Green le dio un puntapié en la cara, se dejó caer en las tinieblas sin resistencia. Ya inconsciente, no pudo ver la figura, de nuevo vestida de negro, que se alzaba por encima de él, semejante a la reina negra dominando al rey blanco vencido a sus pies en el tablero de ajedrez.

DC5/AD5

—DC5 y AD5 —enunció Wolf Messing con tono doctoral—. Son las casillas centrales. Perder su control significa la derrota segura. Conserve esto en la memoria, camarada Alantova. Como de costumbre, no las ha protegido lo suficiente y por eso esta noche sufre otra vez una derrota.

Grusha Alantova tiró nerviosamente de una mecha gris que le caía sobre la frente y enredó varias veces el cabello rebelde alrededor de su índice. Odiaba perder al ajedrez, la ponía de mal humor. Era una tontería, desde luego, ella lo sabía, y significaba un orgullo desmesurado, pero era así y no podía evitarlo. Vejada, con los dientes apretados, la general Alantova dejó el sillón y se fue a la cocina a rumiar su derrota mientras preparaba el té.

Su apartamento moscovita en el bulevar Petrovski no era espacioso ni lujoso. Sólo tenía cuarenta metros cuadrados y estaba en la tercera planta de un inmueble nuevo, sin carácter. Cada tarde, al volver a casa, Grusha Alantova podía escuchar a los niños de los vecinos jugar y chillar, y a la pareja que vivía en el piso de al lado pelearse y proferir juramentos durante todo el día. A pesar de esos inconvenientes, le gustaba regresar a su hogar después de la larga jornada de trabajo encerrada en su oficina de la Lubianka, el inmenso cuartel general de los servicios secretos soviéticos. Su domicilio era su nido, donde había reunido todo lo que le era grato, lo poco que había llegado a amasar en el curso de una vida consagrada a servir fielmente al régimen soviético. Algunos muebles dispares comprados en el mercadillo a precio mucho más barato que en los almacenes del Estado. Y sobre todo, libros; muchos libros. Casi ninguna novela, sino obras técnicas, científicas, ensayos sobre todos los temas imaginables. E incontables fichas y carpetas, frutos de las investigaciones que realizaba desde hacía años sobre los fenómenos extraños que, aunque la policía secreta los ocultara, aun así se producían por los cuatro confines del país.

Alantova se había entregado por completo a sus funciones en el seno del NKVD. Aquel día, sin embargo, sentía que su energía ya no era la misma. El abominable período de las purgas la había agotado. La atmósfera de desconfianza permanente que había debido afrontar le había destrozado los nervios y, en ocasiones, había mermado su confianza en sí misma. Esos largos y dolorosos meses habían quedado grabados en su memoria, y su recuerdo turbaba aún sus noches. Se volvía a ver en aquellos tiempos, temblando cada vez que una sombra pasaba cerca de ella, sobresaltándose cuando se abría una puerta o cuando un coche se detenía a su altura; temiendo a cada instante que vinieran a detenerla como a los otros, que la arrastraran a un bosque, atada de manos, para ejecutarla con una bala en la nuca, sin proceso, sin juicio. Eso le había ocurrido a cientos de miembros del partido. Le había ocurrido a su amante, Nikolái Yezhov, el jefe de los servicios secretos, a pesar de que había sido un íntimo

de Stalin.

—¿Quiere que la ayude, camarada?

Arrancada brutalmente de sus pensamientos, Alantova se sobresaltó. Casi había olvidado la presencia de Wolf Messing en su salón.

—La encuentro distraída hoy, camarada general —dijo Messing mientras se acercaba a ella—. La he vencido con rapidez esta noche. Está cansada. Déjeme a mí...

Sin cumplidos, Messing se puso en cuclillas delante del armario donde sabía que estaba la vajilla, puso las tazas en el borde del fregadero y echó un terrón de azúcar moreno en cada una de ellas antes de abrir la tapa del samovar niquelado que contenía la infusión.

—Me sorprende que se rebaje con tanta complacencia tareas domésticas —dijo Alantova en un suspiro—. Creía que eran indignas de usted.

Messing sonrió. Las pullas que Alantova insistía en lanzarle aún después de tantos años transcurridos hacía tiempo que no le molestaban. Sus burlas recíprocas se habían convertido en un juego, un rito. Era su manera de expresar la singularidad de su relación. «El perro y el gato», así les llamaban sus colaboradores en la Lubianka. El perro y el gato, pero sólo en la superficie, para la galería, y también para su diversión personal. En realidad, Messing y Alantova habían descubierto que eran tan complementarios como pueden serlo el insecto y la flor, pareja imposible y sin embargo inseparable contra viento y marea.

—¿Es ese nuevo *dossier* lo que la preocupa tanto? —preguntó Messing colocando las piezas del ajedrez en un saquito de terciopelo para dejar libre la mesa antes de poner el servicio de té.

Alantova se dejó caer en un viejo sillón de tapicería gastada y se encogió de hombros.

—Sí, ese asunto me inquieta. No comprendo por qué se lo toma tan a la ligera. Ese hombre podría revelarse singularmente peligroso para usted. Stalin es versátil. Quizá le gustaría que usted se eclipsara en beneficio de ese advenedizo.

—Dalibor Galjero no posee los mismos talentos que yo —afirmó con calma Messing, cruzado de piernas, mientras golpeaba un cigarrillo inglés contra su pitillera de plata—. Y pese a lo que pretende hacernos creer, no está aquí para ayudar a Stalin. Miente. Bastante bien, pero miente. Sus objetivos son personales, de carácter privado, se lo aseguro. Así que, por poderoso que sea, ese hombre no es mi rival directo.

Alantova suspiró. La seguridad y el aplomo de Messing, aunque suscitaban su admiración, siempre la dejaban un poco estupefacta.

—Y, según usted, ¿qué quiere exactamente?

Frunciendo el entrecejo en señal de contrariedad, Messing se alisó el pantalón, en el que acababa de dejar caer un poco de ceniza.

—No he hablado con él lo suficiente como para poder emitir un juicio. Ese hombre es peculiar. No puedo romper sus defensas con tanta facilidad como las de la

mayoría de las personas. Es un hombre experimentado en la práctica de control mental y, según sus palabras, ha recibido las enseñanzas de un excelente profesor. Sólo sé que no dice la verdad cuando afirma que se ha unido a nuestras filas por convicción política. Es un cuento que no se tiene en pie. Me apuesto la cabeza a que está entre nosotros porque busca algo o a alguien dentro de nuestras fronteras. Pero ¿qué?, ¿a quién? Imposible saberlo por el momento. No obstante, creo que cuando haya acabado de sondearnos acabará por confesar por iniciativa propia su verdadero objetivo. Oh, perdone, ¿podría usted...?

Grusha sonrió y se levantó para girar el botón de baquelita de su voluminoso aparato de radio. Las notas persistentes de *Le Gibet* de Ravel llenaron la estancia, aunque no lo suficiente para apagar los gritos sobreagudos de la chiquillería de los vecinos.

—Nunca comprenderé por qué se empeña en vivir en este sórdido lugar, camarada —comentó Messing con una mueca—. En serio, ¿qué mosca le ha picado para imponerse este castigo?

—En primer lugar, mi sueldo no me permite un gasto mayor. Y después, me basta con este sitio. ¿Qué podría hacer con más espacio? Por último, me gusta la discreción.

—Diga más bien que se complace en esta especie de mortificación. Es usted general del Ejército Rojo desde hace más de tres años. Su paga es exigua, cierto, pero con todo el respeto que tengo por usted, su obstinación es ridícula.

—No tengo sus necesidades, Messing —se defendió Alantova—. El dinero nunca me ha interesado, y el lujo tampoco. No me han acostumbrado a escoger mi ropa en los mejores modistos ni a cenar caviar con gente elegante, como hace usted tan a menudo.

Messing sonrió. Alantova no sentía ninguna envidia por su estilo de vida. Se limitaba a enunciar los hechos tal como eran.

—Yo nací pobre, camarada. Muy pobre. Judío en Alemania en la época del kaiser Guillermo. No era una situación muy envidiable, ¿sabe? Por eso disfruto de la vida. Sí, claro, me gusta el lujo, me gustan las mujeres bonitas, me gusta la belleza... Eso no me convierte en un enemigo del pueblo, sin embargo. El propio Stalin aprecia un cierto confort. ¿Quiere que le diga lo que pienso en realidad, Alantova?

—Creo que sé exactamente lo que va a decirme, Messing, pero le dejaré hablar, porque lamentaría mucho estropearle el placer.

—Creo que usted está expiando, camarada. Es ese viejo fondo de religión que arrastra sin darse cuenta. Está expiando por lo que ocurrió hace diez años. En el fondo, me reprocha el haberla librado del pelotón de ejecución en 1937. ¡Pase página, Grusha, se lo ruego!

Alantova se hundió en su sillón sin responder, con los labios apretados. Cada día vivía con el recuerdo de la doble falta de haber abandonado a Nikolái Yezhov a su suerte y haber sacrificado al niño que llevaba en sus entrañas para salvar su propia

vida.

—Las circunstancias eran terribles, Grusha —recordó Messing, como si eso fuera necesario—. Estaba usted en la lista negra, el simple hecho de ser la amante de Yezhov la ponía en ella. Yo lo sabía, y tenía el poder de borrar su nombre. Sé que pagó usted un precio muy alto, pero no se arrepienta de haber escapado a lo peor.

Alantova dirigió la mirada hacia la noche en el exterior. La nieve caía en finos copos; una nieve desangelada, fina, sin consistencia, una nieve sin magia. Después de Le Gibet, las otras dos piezas de Gaspard de la nuit se desgranaron, a cual más triste y melancólica, en perfecta sintonía con su estado de ánimo. Su cuerpo estaba helado y la taza de té ardiente no conseguía calentarlo. Sus ojos volvieron a posarse en Wolf Messing. La figura del alemán se había estilizado desde su primer encuentro, desde el día en el que Messing había demostrado a todos sus excepcionales talentos de hipnotizador y de médium al mesmerizar a los empleados de un banco moscovita para robarles cien mil rublos.

Al contrario que a ella, a él los años parecían haberlo rejuvenecido. Había perdido sus poco favorecedoras redondeces y la vulgar bolsa de grasa bajo la barbilla. Con las manos cuidadas por la manicura, los dientes blanqueados, se vestía con tejidos occidentales comprados a precio de oro al mejor sastre de la ciudad, y había cambiado sus cigarrillos Belomorkanal por los finos Benson & Hedges rubios. Nunca escaso de dinero, siempre en gracia con Stalin, Wolf Messing era uno de los reyes secretos del Moscú de la posguerra. Intocable incluso para Lavrenti Beria, el jefe de los servicios secretos tras la muerte de Yezhov. Messing era garantía de impunidad para cualquiera a quien le concediera su amistad y su protección. Grusha Alantova era —milagrosa, inexplicablemente— una de sus protegidas.

—¿Por qué pierde el tiempo conmigo, Messing? —preguntó la general al tiempo que dejaba su taza sobre la mesa—. ¿Por qué se ha preocupado siempre por mi situación, hasta el punto de correr a veces riesgos que podrían haberle costado muy caros?

Hubo un largo silencio antes de que el hombre se decidiera a responder.

—Usted nunca se ha dejado atrapar por mis trucos, camarada Alantova. Por eso la respeto. Usted es pura, a su manera, y terriblemente obstinada. Todo eso compone una extraña mezcla que me gusta. Cuando hipnotizo a la gente, utilizo la palanca fácil de sus debilidades, de sus deseos inconfesados. A usted la percibo sin doble fondo, sin avidez. Eso la hace fascinante y preciosa a mis ojos. Y además, usted es útil a la nación. Sólo usted puede estudiar los *dossiers* que le confían sin caer en la locura o en la desmesura. Es usted un ser notablemente equilibrado, Alantova. Tan escéptica como la ocasión lo requiera, pero nunca cerrada. Aparte de usted, ¿a quién no le hubiera ardido la sangre después de escuchar las confesiones de Dalibor Galjero, por ejemplo? La desafío a dar un nombre, uno solo; aparte de mí, que quedo fuera del juego, desde luego.

Alantova permaneció muda. Messing sonrió momentos antes de continuar:

—Sus cualidades merecen ser reconocidas, ¿no le parece? Aunque sólo lo sean por este mal sujeto que soy yo. Bueno, se ha hecho tarde. Permítame que me despida.

Messing recuperó su abrigo y su sombrero de fieltro y dejó el apartamento de la calle Petrovski. Por la ventana, Alantova le vio cruzar el bulevar para subir a su automóvil y tomar el camino del centro, hacia algún restaurante donde, sin duda, le esperaba una muchacha retribuida. Una vez sola, la oficial se tomó unos minutos para poner en orden el piso, lavó las tazas de té, limpió el samovar con agua caliente y apagó el aparato de radio. Los niños de al lado ya no lloraban. El viejo Poljot que llevaba en la muñeca marcaba las 21 horas. Por fin podría trabajar hasta el alba sin ser molestada. Era el tiempo que necesitaría para escuchar de nuevo la primera de las tres cintas magnetofónicas que ella misma había grabado unos días antes, durante sus conversaciones con aquel extraño hombre que decía llamarse Dalibor Galjero. Con una manta de lana en los hombros, aproximó su sillón cerca de un gran magnetófono AEG de pistas que había descubierto, intacto, en 1945 en Berlín, el día en que había dirigido el registro del edificio en ruinas que había ocupado el Ahnenerbe. La primera bobina se puso en marcha. Se elevó una voz de timbre profundo que contaba la historia más extraordinaria que la general Alantova, jefe del departamento de asuntos inexplicados del NKVD, hubiera escuchado jamás...

PRIMER LIBRO DE DALIBOR GALJERO

LA «CATEDRAL» DE LAS RATAS

Yo, Dalibor Galjero... ¿Quién soy? ¿Qué soy? Solamente un hombre. Y sin embargo, soy algo más. Pero ¿he merecido serlo? Es evidente que no. Habría debido morir, desaparecer, hace mucho tiempo. Mi sitio, mi verdadero sitio, se encuentra en la fosa común de un cementerio de Bucarest. Mis huesos deberían estar pudriéndose desde hace más de un siglo. Y en cambio estoy aquí, delante de usted. Pero diferente, tan diferente... Tocado, transformado por la gracia negra que me fue concedida sin que yo la pidiera. Veo que sonrío... Mis frases son muy vagas, lo sé. Déjeme empezar mi relato por el más simple de los principios...

Nací el décimo octavo día del año 1811 en la capital del país llamado Valaquia, que entonces no era más que una de las tres miserables provincias que un día formarían el Estado moderno de Rumanía. De confesión católica, como muchos de mis compatriotas, mi familia llevaba un nombre del que no he renegado y que sigo llevando: Galjero. Quizá los archivos de la villa conserven las trazas de mi venida al mundo, eso no tiene importancia. Sin ser totalmente pobres, mis padres carecían de bienes. Esclavo de todos los vicios, mi padre era un pequeño notario corrupto de los barrios bajos que se ganaba mal la vida y que se gastaba en mujeres y en vino lo poco que acumulaba. Un bruto cuyos golpes había que soportar a diario antes de limpiar sus vomitonas. Una niña, Helena, tres años mayor que yo, había nacido ya de su estirpe cuando yo vine al mundo. Nuestra madre, Wanda, había sido en su juventud una mujer muy guapa, coqueta, de talle fino y ojos de esmalte claro. Pero los años dolorosos pasados al lado de mi padre habían ajado su tez, estropeado sus rasgos y deformado su cuerpo. Salvo por dos pequeños óleos de torpe factura, pintados cuando ella tenía dieciséis o diecisiete años, nunca la conocí bella. Criatura débil y sin carácter, no poseía ni la fuerza ni la voluntad para oponerse a Isztvan Galjero, el hombre al que su propio padre la había obligado a desposar para saldar una deuda.

Porque mi progenitor, en su juventud, cuando aún tenía algo de dinero y su espíritu no estaba todo el día entre las brumas del alcohol, se había rebajado a las obras de la usura. Su matrimonio con la hija de un comerciante de pieles del burgo de Tárkosviste fue el beneficio más importante que obtuvo jamás de esa actividad. Creo que despojar, humillar, echar a la calle a los más desposeídos le divertía profundamente. Pero en la época de mi infancia ya no estaba en condiciones de prestar dinero a nadie. Era él quien se veía obligado a pedir abultadas sumas a los pocos conocidos que le quedaban.

Vivíamos en un barrio periférico, en una casa bastante grande que se arruinaba un poco más cada año por falta de mantenimiento. Hinchada de humedad en primavera y en otoño, dilatada por el calor en verano y contraída por el hielo en invierno, la casa se resquebrajaba: los parqués de las habitaciones y los salones se curvaban como las

ondas en la superficie de un lago, los enlucidos se escamaban, las maderas se agrietaban, los barnices reventaban. Nada de todo eso alarmaba a mi padre, ciego a la decadencia que le rodeaba. Recibía a sus raros clientes de tres a seis de la tarde y nos dejaba al caer la noche para frecuentar los bares y los *cabarets* del barrio viejo. Al alba, volvía a casa como un caballo viejo regresa a la cuadra: por instinto. Apenas franqueada la puerta, se enroscaba en una otomana de muelles rotos que había a la entrada. Aún me parece estar viéndolo, eructando el schnaps y la mala comida, tirado delante de nosotros sin vergüenza. Con la ayuda de nuestra madre, mi hermana y yo debíamos llevarlo entonces a una habitación instalada a tal efecto cerca de su despacho, en la planta baja. Una operación hartó incómoda de la que salíamos agotados y cubiertos de sus deyecciones. Cuando despertaba, los golpes llovían sobre Helena y sobre mí con el menor pretexto. Nos golpeaba con su cinturón o con un gato de nueve colas de mango corto que guardaba siempre en el bolsillo de su redingote.

Cuando yo tenía seis años, mi madre dio a luz a Huna y Saia, dos gemelas rubias de bonita tez. Las pobrecillas muy pronto recibieron igual trato que nosotros. Conforme pasaban los años, mi padre se abismaba en sus vicios. Sin embargo, creo que durante mucho tiempo Wanda y sus hijas lo absolvían. Sí, estoy seguro, las cuatro le perdonaban sus errores. La religión era un refugio fácil para aquellas mujeres sin educación, sin otra lectura que la de la Biblia, sin otra referencia que los sermones que exaltaban la mortificación y la humildad, pronunciados por el sacerdote cada domingo en la iglesia.

Este hombre, flaco, con los ojos enrojecidos por la vela y la disciplina que se imponía con el mismo placer que otros encuentran en comer pastelillos, solía visitar a menudo a Wanda Galjero. Desconozco con precisión qué le decía en esas ocasiones, pero con seguridad sus palabras no hacían sino confirmar a aquella pobre alma en su postura sumisa. Querían que yo me confesara con aquel hombre. Pero en el oscuro confesonario, yo no pronunciaba una palabra. Desde muy joven, y de forma completamente instintiva, he sido refractario a la religión cristiana. Me enseñaron un poco de catecismo, como a todos los niños de entonces, pero al contrario de otros muchachos, que se tragaban sin protestar las estupideces del Antiguo y el Nuevo Testamento, jamás sentí simpatía por la figura del carpintero crucificado, no más que por la de Moisés, ese falso príncipe egipcio que desgarró su túnica de seda para vestir el hábito piojoso del profeta. Todo aquello me parecían fantasías estúpidas, buenas para los rabinos. Ya podía mi padre infligirme todos los castigos, que yo me mantenía obstinadamente refractario a las enseñanzas del cristianismo: escupía la hostia cuando el cura me pinzaba la nariz para hacérmela tragar a la fuerza, y gritaba como un poseso cada vez que mi madre se empeñaba en que franqueara el umbral de una iglesia. Por fortuna, esta comedia no duró mucho y mi energía acabó con la paciencia de todos.

Antes de que cumpliera diez años me habían dejado en paz con esas sandeces y no me obligaron más a asistir al oficio con mis hermanas. Una vez conseguida esa

tranquilidad, mi comportamiento de descreído no hizo sino reafirmarse con los años.

En aquella época, Bucarest no significaba nada en el mapa del mundo. Apenas era la ciudad más grande de la provincia semiautónoma de Valaquia. Obteníamos más inconvenientes que ventajas de nuestra independencia relativa frente a nuestros vecinos austríacos, rusos y otomanos. Nosotros, los rumanos, nunca habíamos poseído el poder de Polonia ni gozado de la posición central de Hungría a modo de protección. En primera línea de costa del mar Negro, muchos años antes de la caída de Bizancio, fuimos los primeros en sufrir las incursiones de los turcos. Nuestra historia nacional es la de un pueblo de campesinos perpetuamente obligados a la guerra, a huir a las montañas para sostener la guerrilla contra el invasor. Este último era romano en tiempos de los dacios; godo después; huno, húngaro, polaco, austríaco y por fin otomano.

A principios del siglo XIX, Bucarest estaba en el núcleo de un conflicto que enfrentaba a Rusia con la Sublime Puerta. Se habían producido furiosos combates entre cosacos y jenízaros y, por primera vez, los rusos parecían estar en condiciones de ganar. Eran tiempos convulsos, turbulentos. Bandas de soldados errantes surcaban los campos y tomaban los pueblos a sangre y fuego. Las cosechas eran quemadas, las reservas saqueadas, las poblaciones maltratadas, sin que nada ni nadie osara oponerse, y se debilitaba el poder declinante de los fanariotas, aquellos patricios griegos enviados por los turcos para gobernarnos. Todo apuntaba al final de una época, aquella en la que habíamos sido obligados a entregar nuestra soberanía a los sultanes de Topkapi. Muy pronto, Bucarest quedaría liberado de su alianza a la luna creciente del islam. Pero ¿qué porvenir les deparaba esto a los valacos? ¿Pasaríamos a estar bajo la férula del zar, o lograríamos por fin ganarnos la libertad después de siglos de servidumbre? Lo ignorábamos aún.

Yo era el único miembro de mi familia que se interesaba por estos acontecimientos. Había manifestado un temprano interés por la lectura, la historia y las ciencias. Mi madre me enseñó el alfabeto. Durante mis primeros años ella fue mi única maestra, ya que el dinero apenas llegaba para asegurarnos la subsistencia, y no teníamos medios para pagar a un preceptor. Pronto agoté los escasos saberes de la pobre mujer, llegué al límite de sus conocimientos y busqué instruirme por mí mismo. No había libros en casa. Los volúmenes que habían compuesto la biblioteca de mi padre habían sido vendidos hacía una eternidad a un precio irrisorio. Aparte de algunos misales y viejas biblias de tapas roídas por los ratones, no había ninguna obra disponible en casa de los Galjero. Esa situación me causaba un vivo desagrado, casi un sufrimiento. También sufría por las consecuencias que comportaba la degradación de la salud de nuestro padre. Cuando yo tenía catorce años, mi progenitor sufrió los primeros ataques de gota: sus piernas se hincharon y se pusieron rígidas. Su estado empeoró hasta el punto de que se vio obligado a limitar sus salidas a la ciudad, y finalmente a renunciar a ellas. Privado de su dosis habitual de alcohol y embrutecimiento, confinado en su habitación o instalado en un diván en su despacho,

empezó a exudar todos los venenos acumulados en su carne. Aquellas semanas de purga fueron atroces. Yo le cuidaba sin la ayuda de nadie. Ya crecido, y sin otras obligaciones, era el único capaz de soportar los zarpazos que lanzaba a ciegas a su alrededor cuando se apoderaba de él una crisis de delirio. Detrás de la puerta, temblando, mi madre y mis hermanas nos oían forcejear. Yo intentaba dominarlo lo mejor que podía, procurando que no se tragara la lengua y se ahogara. La intensidad de sus convulsiones y de su fiebre eran tales que me vi obligado a atarlo a los montantes de su cama. Estuvimos diez días así, encerrados en la misma habitación, él gritando como un loco, mientras yo debía calmarlo, lavarlo, bañarlo. Cuando no estaba sacudido por los espasmos, pedía sollozando un vaso de absenta o un trago de mica. Mis reiteradas negativas me hacían objeto de un diluvio de juramentos e imprecaciones como los que recibían mi madre y mis hermanas. Sus palabras innobles me daban vergüenza ajena.

Más de una vez, rojo de cólera, estuve a punto de estrangular a aquel hombre inmundo. Pero el síndrome de abstinencia llegó a su fin. Poco a poco, las crisis se hicieron más breves y menos espectaculares, hasta que cesaron por completo. Enflaquecido, agotado, dejé la cabecera del enfermo y me pasé varios días durmiendo.

Cuando estuve un poco descansado, mi padre me hizo llamar. Lo encontré metamorfoseado. Nunca hasta entonces había visto sus rasgos tan limpios, su tez tan clara. Sus ojos habían perdido su velo amarillento y su aliento no apestaba. Hablaba con voz suave, casi dulce. Las palabras eran inútiles para expresar la gratitud que, era evidente, sentía hacia mí. Se me hizo un nudo en la garganta y salí de la habitación ocultando una lágrima que rodaba por mi mejilla.

La enfermedad había reformado la conducta de mi padre, gracias a la abstinencia que le había obligado a pasar. La gota hacía de él un hombre disminuido, que se apoyaba en un bastón para caminar cuando no se cogía de mi brazo o del de mi madre. Su cuerpo sufría, pero su espíritu se había aclarado, hasta el punto de que reemprendió su trabajo con una constancia y un fervor que yo nunca había visto en él. Por desgracia, su mala reputación ya estaba forjada, y sus loables esfuerzos no se tradujeron en un incremento de la clientela del despacho. Seguimos siendo pobres y, al parecer, incapaces de salir de la miseria.

El día de mi quinceavo aniversario, aproveché un momento en que nos quedamos solos para interrogarme acerca de mis proyectos para el porvenir. Como no me venía a la mente ninguna perspectiva concreta, garabateó un nombre y una dirección en un trozo de papel, debajo de algunas líneas trazadas apresuradamente.

—Mañana irás a ver a este hombre —me dijo mientras me tendía el papel—. Si vas de mi parte, quizá tenga trabajo para ti. Guarda bien el dinero que ganes con él, no lo gastes. Cuando tengas dieciocho años, podrás elegir entre inscribirte en la

universidad con ese dinero o continuar tu camino en la vida. Siento mucho no poder ofrecerte más, hijo mío. Tu madre y yo debemos pensar en el porvenir de tus hermanas. Helena tiene diecinueve años, está en edad de casarse y necesita una dote. Más adelante llegará el turno de las pequeñas... sin dinero, es impensable encontrarles buenos partidos. Lo poco que yo gano está reservado para ellas, no queda nada para ti.

Salí de casa al día siguiente, antes de amanecer. Envuelto en un abrigo ligero, con una linterna en la mano, me dirigí a la dirección que me había dado mi padre, al otro lado de la ciudad. Apenas conocía el centro de Bucarest, así que me perdí. Pregunté el camino dos o tres veces, a unas viejas que trotaban hacia los mercados con sus carretillas cargadas de jaulas de conejos o de gavillas de leña. Con gestos vagos, me indicaron la dirección de un barrio de huertas más allá de los suburbios. Mis zuecos claveteados dejaron pronto de golpear el pavimento de las calles para hundirse en senderos fangosos, con surcos hendidos por las ruedas, helados bajo gruesos restos de nieve. Las viviendas empezaron a ralearse. Pasé por delante de hangares, de granjas, de cobertizos y de cuadras; después, a la vuelta de un recodo, descubrí un edificio grande con aspecto de granja. Estaba rodeado de un grueso muro, pero habían dejado el portal abierto. El alba empezaba a despuntar y el viento soplaba, deshinchando las nubes y permitiendo que se filtraran los rayos fríos de un sol pálido. Esperé, recostado contra un muro, a que hubiera más luz para presentarme ante el amigo de mi padre. Oí ladrar unos perros muy cerca, y la brisa me trajo su olor: un olor demencial, violento, repugnante, como el que producen decenas de perros hacinados en jaulas. El estómago se me revolvió de pronto y vomité bilis. Tembloroso, me froté la cara y la nuca con un puñado de nieve para recuperar el ánimo. La pestilencia, no cabía duda, provenía de la granja. Dividido entre el deseo de girar sobre mis talones y el temor a desencadenar la ira de mi padre si se enteraba de que le había desobedecido, me obligué a avanzar hacia la casa. Invisibles, relegados sin duda en algún patio trasero, los perros me habían olido. Sus ladridos furiosos se redoblaban a cada paso que daba. Alertado por ellos, un hombre mal afeitado apareció en el terreno. Era alto, de constitución extraña, como si sus proporciones hubieran sido hechas a ojo. Sus brazos, demasiado largos, le llegaban casi a las rodillas, y su garganta flaca, con la nuez de Adán prominente, evocaba el pescuezo de un pollo.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, mocoso? —profirió, quitándose de un manotazo la servilleta a cuadros que llevaba sobre el pecho—. ¡Lárgate!

—¿Es usted el señor Forasco? Busco al señor Forasco. Me envía el señor Galjero. Soy su hijo...

Los ojos del hombre se agrandaron mientras me contemplaba.

—Ah, sí —dijo por fin—. Debe de ser verdad... Te pareces a Isztvan; más joven, claro. De todos modos, hace mucho que no lo veo. ¿Qué le pasa? ¿Qué quieres tú?

En pocas palabras, le expliqué a Forasco la situación de nuestra familia. Yo ignoraba por completo en qué circunstancias había conocido a mi padre pero,

mientras me esforzaba en explicarme cuidando mis palabras, él estalló en una enorme carcajada que sacudió su desgarrado corpachón.

—Déjate de rodeos conmigo, chico. Ya sé cómo es el granuja de Isztvan. Conozco todos sus vicios. No tiene otra cosa, por cierto. Que yo sepa, tu padre no tiene ninguna cualidad... En fin, puede que tenga alguna; después de todo, nadie es perfecto, ¿verdad?, ni siquiera en la maldad. O sea, que te envía a trabajar conmigo así por las buenas. Bueno, pues fíjate: ¡llegas puñeteramente bien! Aquí no falta la faena. ¡Dame esa mano, trato hecho! Empiezas ahora mismo.

Puso su mano mugrienta en mi hombro y me llevó hacia el lugar desde donde seguían llegando ladridos y gruñidos.

—¿Qué tengo que hacer exactamente, señor? —pregunté antes de contener la respiración para no desmayarme por la peste infecta de las bestias.

—¿Cómo? ¿Ese viejo zorro de tu padre no te ha dicho nada?

—Ni una palabra.

Divertido, Forasco abrió los labios mostrando los dientes.

—Y bien, muchacho: yo entreno perros de pelea para las apuestas clandestinas. Y tú vas a encargarte de cuidar a mis pequeños gladiadores.

Los primeros meses que pasé con Forasco se cuentan entre mis recuerdos más horribles. Bajo una fachada de buena persona, el tipo era vil, innatural, profundamente depravado. Era uno de esos ejemplares de ser humano que, por sí solos, convierten en despreciable a nuestra raza. Sé de lo que hablo: él fue el primero que me reveló el mal. Sí, en muchos aspectos, Forasco fue mi iniciador. Campesino tosco y sin educación, con una inteligencia sólo estructurada por el vicio y la crueldad, vivía en soledad en la granja heredada de sus padres. Era demasiado perezoso para cultivar la tierra y, un día, había asistido en la plaza de un pueblo a uno de esos combates de gallos que parecen apasionar a los turcos. Los gritos, el polvo, el olor metálico de la sangre y, sobre todo, el dinero que pasaba de mano en mano, suscitaron sus deseos. Tenía algunas aves en su corral. De vuelta a casa, probó a azuzarlas unas contra otras; el domingo siguiente lanzó a las más feroces a la arena. Ya fuera casualidad, ya fruto de su entrenamiento, sus gallos le reportaron en dos horas más dinero del que podía esperar en un mes con las labores del campo.

—Los gallos no están mal —me explicó—. Los he criado mucho tiempo. Pero son muy pequeños. Si no estás en primera fila del corro, no ves nada. Y además, revientan muy deprisa, no hay bastante carne que desgarrar, no hay suficiente sangre... Los jugadores tienen siempre la impresión de que les ha robado, se marchan decepcionados. Por eso se me ocurrió la idea de pasar a otra cosa.

La otra cosa eran los perros. Más grandes, más resistentes, más dispuestos a la lucha, era más fácil volverlos agresivos. En la época en que lo conocí, Forasco poseía una cincuentena: bestias de guerra, monstruos que entrenaba en persona con métodos

inventados por él mismo.

—No te enseñaré cómo lo hago —me advirtió el primer día—. Todavía no. Quizá más adelante, si creo que lo mereces. Los perros obedecen a un solo amo, no a dos. ¡El jefe de la jauría soy yo! Nunca lo olvides. Tú les darás de comer, limpiarás su mierda y me ayudarás a curarlos después de los combates. Eso es todo, pero da trabajo. ¡Ah! Y también están las ratas. Empezarás por ellas para ir aprendiendo.

¡Las ratas! Miles de ratas, criadas en un granero aislado para que su olor no hiciera enloquecer a los perros. Eran de suma utilidad en el sistema ideado por Forasco. En primer lugar, constituían un calentamiento para los perros, justo antes de que empezaran los verdaderos duelos. Después, aumentaban la excitación del público y hacían subir las apuestas al demostrar de lo que eran capaces los canes. En cada sesión, las pérdidas en ratas eran enormes: las grandes veladas, hasta mil quinientas o dos mil. Yo debía asegurarme de que la banda de roedores era siempre lo bastante numerosa para abastecer semejante cantidad de sacrificios, y cuidarlas era en realidad el aspecto esencial de mi trabajo, que me ocupaba casi toda la jornada.

El granero, muy alto, y tan grande que Forasco lo llamaba en broma la «catedral», debía mantenerse muy limpio para minimizar los riesgos de posibles epidemias. Contrariamente a lo que se piensa, las ratas no son animales a los que les guste la basura. Como los gatos, dedican largas horas al aseo; pero la promiscuidad a la que estaban obligados aquellos animales propiciaba, evidentemente, todo tipo de enfermedades. Cuando Forasco me hizo penetrar por primera vez en medio de las ratas, creí que me desmayaría. El espectáculo de miles de roedores bullendo en sus jaulas de hierro podía hacer retroceder al hombre más endurecido. Forasco me puso un cepillo y un cubo en las manos y me explicó rápidamente cómo alimentarlas, limpiar sus deyecciones, aislar a las madres parturientas... Cuando hubo terminado, me dejó allí, con la advertencia de que no dudaría en sacudirme la badana si hacía mal mi trabajo, por mucho que yo fuera el retoño de Isztvan Galjero. Resignado, casi llorando, me quité el abrigo, me arremangué y, mal que bien, empecé mi primera jornada de trabajo. Al caer la noche, estaba exhausto de fatiga, tras haber sacado del pozo decenas de litros de agua, cargado sacos de grano a la espalda y barrido varias veces toda la superficie del granero. El regreso a mi casa fue largo, y cuando por fin pude hacerme un ovillo en la cama mi sueño estuvo agitado por pesadillas en las que veía mi piel cubrirse de pelos lustrosos y mis ojos se volvían rojos como los de un roedor.

La mañana del cuarto día, al abrir la puerta de la «catedral», descubrí que una de las cajas estaba llena de cadáveres. Todos sus ocupantes sin excepción habían muerto durante la noche. Temblando ante la idea de que aquello fuera el presagio de una hecatombe, enterré los despojos de prisa y corriendo al lado de un montón de estiércol y redoblé mis esfuerzos para limpiar el sitio. Estuve revisando las ratas hasta la tarde,

y aislé a los individuos cuyo comportamiento me parecía que pudiera mostrar signos de infección. Pero esas medidas no surtieron ningún efecto. Al día siguiente descubrí, no una, sino tres cajas llenas de ratas muertas. Me asaltó una angustia terrible. Como el día anterior, hice desaparecer los cadáveres, limpié las jaulas con estropajo metálico y puse otros roedores en su interior para que Forasco no advirtiese las pérdidas. Esperaba con toda mi alma que los animales resistieran a la misteriosa enfermedad que los azotaba. Pero no sirvió de nada. Cada día descubría nuevas carroñas. Una mañana, algún tiempo después de que se desatara la epidemia, y cuando mis redistribuciones de las ratas estaban a punto de no bastar para ocultar la sangría, un niño vestido de harapos me interpeló desde unos metros de distancia de la granja.

—Entonces ¿tú eres el nuevo? —siseó con arrogancia.

El niño debía de tener once o doce años, es decir, tres o cuatro menos que yo. Sus rasgos, morenos como los de todos los gitanos, estaban aún más oscurecidos por la impresionante capa de grasa que cubría su carita puntiaguda.

—¿El nuevo qué? —pregunté encogiéndome de hombros y sin detenerme.

—¡El nuevo criado de las ratas, claro! ¿Están bien? ¿Sabes cuidarlas, al menos?

Desconcertado, miré mejor al niño. Sus pies desnudos, que sobresalían de unos pantalones demasiado largos, pisaban los charcos, y los cabellos de color carbón le caían sobre los hombros en rizados desordenados.

—Soy Raya —dijo—. Forasco me pagaba a mí antes por cuidar de las ratas.

—¿Antes de qué?

El niño sonrió con todos los dientes y extendió el brazo derecho a la altura de mi cara. De su manga salió un muñón reciente, con la carne todavía rosada.

—¡Los perros! Se comieron mi mano. Ten cuidado cuando Forasco te permita cuidar a los chuchos. Yo me descuidé apenas un segundo... y, bueno, ellos se aprovecharon. Entonces, las ratas ¿están bien?

Desesperado por la enfermedad que estaba haciendo estragos, le confesé a Raya los problemas que tenía con los roedores.

—Me lo figuraba. He hecho bien en esperarte.

—¿Te lo figurabas? ¿Cómo es eso? ¿Te ha pasado esto mismo a ti también?

—A mí, no... Pero las cosas son diferentes ahora. Escucha: no se trata de una enfermedad, sino de una prueba que él te envía.

—¿Una prueba? ¿Para qué? ¿Y quién la envía?

—¡El rey de las ratas, hombre! Cuando yo empecé con Forasco aún no había nacido. Yo lo encontré; lo protegí y lo alimenté. Debe de echarme de menos. Se está vengando, o puede que intente saber quién eres.

—¿El rey de las ratas? —exclamé yo, incrédulo—. ¿Qué cuento es ése?

—¿No me crees? Aún no lo has visto, ¿verdad? Seguro que has pasado por delante de él al menos diez veces sin darte cuenta. ¡Ésa es su fuerza! Ven conmigo, te lo enseñaré.

Con discreción, ya que no quería que Forasco lo viera rondando por la granja, Raya entró conmigo en la «catedral». En cuanto franqueamos el umbral, las ratas empezaron a agitarse en sus jaulas y a proferir chillidos agudos que nunca les había oído antes.

—¡Escucha! ¡Me reconocen! Están contentas. Mi olor es lo que las excita.

El muchacho avanzó entre las filas lanzando ojeadas de petimetre inquieto a su alrededor.

—¿Cuántas dices que han muerto hasta ahora?

—Casi trescientas. Y el ritmo se acelera cada día.

—No te preocupes. Vamos a parar esto.

Quise preguntarle qué método pensaba emplear pero, con un gesto brusco, puso su muñón sobre mis labios para hacerme callar. Enseguida, emitió entre sus dientes un largo silbido, cada vez más fuerte y con extrañas modulaciones, que tuvo por efecto calmar, e incluso detener, la agitación de las ratas. Cuando el silencio fue completo, Raya modificó la tonalidad de su canto. Más dulce, más envolvente, pronto me pareció que la melodía se doblaba... ¡Sí! Era eso: ¡alguien o algo respondía al niño! Guiándose por el oído, Raya avanzó lentamente entre las filas y se detuvo frente a una jaula grisácea que en nada parecía diferenciarse de las demás.

—Aquí está —dijo el gitano, inclinándose hacia la quincena de animalejos que nos miraban a través de los barrotes—. ¡Te presento al rey de las ratas! Debes rendirle homenaje. Arrodíllate.

Ante mis ojos abiertos por la sorpresa, Raya hizo saltar el cierre de la jaula y hundió su mano izquierda en medio de los animales. Fue sacándolos con la mano y depositándolos en el suelo. Retrocedí instintivamente. Unidas por sus colas rojas entrelazadas, las quince ratas negras formaban un rosetón en movimiento.

—Las encontré así cuando acababan de salir del vientre de su madre —explicó el niño—. Están atadas para toda la vida. El nudo que las une es imposible de deshacer, y creo que si alguien intentara cortarlo morirían todas. Son el espíritu de toda la colonia. Debes demostrarles que serás bueno con ellas. Porque ya saben que van a morir entre los colmillos de los perros, y no quieren crueldades antes de tiempo. ¡Venga! Arrodíllate.

Fascinado por aquella corona viviente, me incliné hacia ella.

Raya acariciaba una a una las cabezas del rey, y en respuesta, quince pequeñas lenguas puntiagudas lamían sus falanges.

—No me has dicho tu nombre. Eso es importante. Debes pronunciarlo ante él con humildad. ¡Venga, no tengas miedo! El rey de las ratas puede hacer mucho por ti si te acepta.

—Me llamo Dalibor —mascullé—, Dalibor Galjero.

Unos chillidos me respondieron. La rata más cercana a mí se incorporó sobre sus patas traseras y estiró el hocico.

—Las ratas ven mal. Quieren olerte. Acerca la cara. Vamos, sin remilgos.

El niño me empujó con una palmada. Con la cara cerca del suelo, sentí que los bigotes del roedor me hacían cosquillas en las mejillas.

—Eso está bien —comentó Raya—. Creo que le gustas. Ahora, alarga la mano. Hay que sellar el pacto.

Extendí los dedos, temblando. El mismo individuo saltó sobre mi antebrazo y hundió sus garras en mi carne mientras yo sentí un chorro de líquido cálido correr por mi piel.

—Está orinando sobre ti. Es tu bautismo. Desde ahora, y para el resto de tu vida, te has convertido en súbdito del rey de las ratas.

LAS VIRTUDES DEL «ARLEQUÍN»

Desde el día en que el pequeño zíngaro me hizo rendirle homenaje al soberano de las ratas ya no hubo más muertes inexplicables en la «catedral». Me costaba creerlo, pero era forzoso constatar que la criatura de quince cabezas poseía un poder formidable sobre sus colegas. Raya había adoptado la costumbre de ir a mi encuentro, cada noche, a la hora en que salía de la granja Forasco. Íbamos juntos hasta el fin de los caminos de tierra, al principio de las primeras calles de la ciudad. No sabía por qué el muchacho me había tomado cierto cariño, cuando al fin y al cabo yo había ocupado su puesto en casa del adiestrador.

—No has sido tú el que me ha devorado la mano —me respondió cuando expresé mi desconcierto—. Me alegro de haberme marchado. Lo único que echo de menos es al rey. Pero como me dejas venir a verle siempre que quiera, todo está bien.

Tres o cuatro semanas después de mi llegada a la perrera, Forasco me advirtió de que se iba a celebrar un combate.

—Los entrenadores siempre dejamos pasar la mala estación sin organizar apuestas —me explicó—. Hace frío, a la gente le desagrada apartarse de sus chimeneas. Y es difícil transportar los perros por los caminos repletos de baches y cubiertos de nieve. Pero la primavera se acerca, se comienza a notar el tiempo templado. Es hora de hacer dinero. Prepara quinientas ratas para el sábado por la tarde.

El día fijado, enganchamos dos carros y los cargamos, uno con los perros y otro con las ratas. A la hora de vísperas, dejamos la granja para trasladarnos a dos leguas de allí, a unos barrios que yo no conocía. En el sótano de un establecimiento de posta habían instalado un entablado con arena. Se esperaba nuestra llegada. Los curiosos, con jarras de vino en las manos, se congregaban alrededor de las carretas cuando descargamos los perros. Acabados los preparativos, Forasco fue a brindar con los apostantes y los otros tres entrenadores contra cuyos perros iban a lidiar sus protegidos.

—Ven a beberte una jarra con nosotros, chico —me dijo uno de ellos al ver que me aburría al lado de las ratas.

El vino áspero hizo que la cabeza me diera vueltas y me produjo náuseas. A nuestro alrededor, el gentío se hacía más numeroso y más ruidoso a cada minuto. La mayor parte de los espectadores eran gente humilde, campesinos o artesanos de los barrios pobres; pero pronto descubrí otras figuras entre ellos: hombres con mejores atuendos, señores de frac y sombrero de copa, el mango de marfil de sus bastones sujeto por sus manos enguantadas; burgueses de ojos malvados que acudían a los bajos fondos en busca del escalofrío de la sangre y la muerte...

Una mujer hizo su aparición. La parte alta de su rostro estaba oculta bajo un

antifaz de terciopelo, pero se veían sus labios llenos, maquillados de carmín oscuro, que se abrieron ligeramente sobre sus dientes pequeños y blancos. Nunca en mi vida había visto una figura tan perfecta. Bajo la hopalanda que llevaba, lucía suavemente el satín claro de su polisón. A su entrada, todos los hombres se descubrieron y se apartaron para dejar que se instalara al borde del ruedo. Por fin, alguien agitó una campanilla y reclamó silencio; Forasco me dio un codazo en el costado.

—¡Es el momento! ¡Ve a buscar las ratas!

Tomé la primera de las cajas y me acerqué, dispuesto a soltar las bestias sobre la arena del recinto. Cuando el organizador anunció el nombre del primero de nuestros perros, lancé una mirada triste a mis roedores. Iban a morir, yo lo sabía, y de la peor manera. No eran más que ratas, pero yo sentía pena. El recuerdo de su rey se apoderó de mí. ¿Qué pensaría él del sacrificio de sus súbditos? ¿Y cómo me juzgaba a mí, cómplice de la masacre?

Forasco avanzó, llevando de la correa a Mandru, su animal favorito, su campeón, una bestia pesada, musculosa, con el cuerpo surcado de cicatrices.

—¡Suelta las ratas, pequeño!

Resignado, abrí la caja y la sacudí por encima del terreno de lucha con los brazos extendidos. Los roedores cayeron al suelo en un racimo y se dispersaron chillando. Enseguida, Mandru fue arrojado entre ellos. En unos segundos, despedazó a la tribu, haciendo volar pedazos de carne. Los espectadores se pusieron a gritar, excitando al perro a actuar más rápido y con más crueldad. Los primeros billetes cambiaron de mano. Forasco tenía los ojos fijos en el dinero que veía pasar.

—Vamos a ganar mucho esta noche, lo presiento —me dijo mientras contemplaba con una sonrisa de satisfacción el hocico de Mandru goteando sangre.

Sí, ganamos mucho aquella noche. De los nueve perros que el amigo de mi padre puso en competición, sólo uno murió en combate. Los otros salieron victoriosos, y Mandru se distinguió en particular, ya que abatió a tres adversarios. Los combates no cesaron hasta bien pasada la medianoche. Los billetes hinchaban los bolsillos de Forasco. Mientras los apostantes subían la escalera para ir a celebrarlo al albergue, Forasco aplicó un tampón de éter en el hocico de los perros para dormirlos y poder suturar sus heridas con más facilidad. A la luz de las linternas, sobre una mesa de madera manchada de sangre seca, la operación se realizó con presteza, porque el hombre conocía su oficio y estaba acostumbrado a ese trabajo. Agotados, drogados, los animales apenas gruñían cuando, temblando con el recuerdo de la mano amputada de Raya, tuve que llevarlos en brazos uno tras otro para meterlos en sus jaulas e instalar éstas en la carreta. Acabábamos de subir los laterales cuando la punta de plata de un bastón golpeó de pronto el hombro de Forasco.

—Me ha gustado la actuación de sus bestias, señor. Es evidente que es usted un buen adiestrador.

En la sombra del patio, la mujer de la máscara estaba frente a nosotros. Una capucha ocultaba su cabello y terminaba de ocultar la forma de su rostro.

—Soy el mejor, señora —contestó Forasco, con los ojos brillantes—. Sí, el mejor, no lo dude.

—¿Querría enfrentar a su campeón con el mío? Tengo curiosidad por ver a Mandru combatir con mi pupilo.

—¿Tiene usted una jauría, señora? —dijo Forasco, divertido.

—Sólo como distracción —contestó la desconocida—. Tranquilícese, no pienso hacerle la competencia. Además, yo no entreno perros, sino lobos.

—¿Lobos? ¿Quiere hacer luchar a mi perro contra un lobo? Pero señora, eso no es posible.

—¿Y por qué no, señor? Mandru me parece lo bastante fuerte para enfrentarse al líder de mi jauría. Es un lobo viejo, de cinco años, el más feroz que pueda imaginarse. La experiencia sería divertida...

Forasco se retorció las manos y aspiró hondo, sin saber cómo expresar su rechazo sin parecer cobarde.

—Un perro no tiene ninguna oportunidad frente a un lobo, señora. El resultado está cantado. No quisiera sacrificar un animal como Mandru por un capricho. Aún es joven y mejora en cada combate. Puede hacerme ganar mucho dinero todavía. Lo lamento, pero no puedo aceptar su petición.

—Si no es más que una mera cuestión pecuniaria, puedo indemnizarle por la pérdida eventual del perro. ¿En cuánto lo valora?

—No, no, no —se defendió Forasco—. No creo que podamos entendernos sobre el precio.

La mujer bajó la barbilla. Parecía contrariada. Reflexionó un instante, golpeando la grava con la punta de su bastón; después, alzó bruscamente la cabeza, se bajó la capucha, se arrancó con violencia el antifaz y fijó la mirada en los ojos del campesino. Su rostro, bello y armonioso, me parecía el de un ángel, y sus cabellos negros brillaban como un frasco de tinta china.

—¿Qué diría de otra forma de pago, señor? Seré suya por una noche entera si su perro mata a mi lobo en combate singular.

Forasco vaciló, fascinado por la inesperada perspectiva que se le ofrecía. Habitado a las chicas de las granjas y a las prostitutas desdentadas de los barrios bajos, jamás había acariciado el cuerpo limpio, perfumado y sedoso de una dama. Sabía que una ocasión así no volvería a presentársele en su vida.

—¿Y si Mandru muere? —preguntó con prudencia.

—Le daré una pequeña suma a modo de compensación. No exijo nada a cambio. Sólo deseo el combate. De este modo, señor, si su perro es vencido sólo lo perderá a él.

Forasco se pasó la lengua por los labios secos y tendió la mano.

—Trato hecho, ¿señora...?

—Ieloni... Flora Ieloni.

Regresamos a la aurora. Por el camino, Forasco permaneció en silencio, rumiando sus pensamientos, preguntándose si no habría aceptado demasiado aprisa la proposición de la señora Ieloni.

—Mandru contra un lobo —farfulló mientras me invitaba a entrar en la granja—. ¿No tendrás alguna idea efectiva para que gane el perro?

Con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, hice una mueca para indicar que no estaba inspirado.

—¡Evidentemente! —espetó Forasco lanzándome una mirada desdeñosa—. En fin, supongo que es mi problema. Siéntate, voy a darte tu parte.

Sacó de sus bolsillos los billetes arrugados ganados durante la noche y los extendió sobre la mesa. Los contó dos veces y después, sin cumplidos, me cedió un buen puñado.

—Te doy el diez por ciento de la recaudación en cada salida. Ya ves que es mucho dinero. Por desgracia, si el lobo de Ieloni destroza a Mandru no podremos contar con tanto. Los otros perros quizá sean buenos, pero no tanto como él.

En efecto, era mucho dinero: tres veces el salario mensual de un oficinista o de un profesor. ¡Y ganado en tan poco tiempo! Comprendí por qué mi padre me había enviado con Forasco. En ninguna otra parte habría podido amasar semejante fortuna tan deprisa; aunque el trabajo a realizar fuera repugnante.

—Pensaré una estratagema para salvar a Mandru —le aseguré a Forasco en el momento en que me separaba de él para volver a casa—. Es su campeón, y hay que salvarlo a toda costa.

Los días siguientes no dejé de darle vueltas a la cabeza para resolver el problema. Por su parte, Forasco se dedicaba a entrenar a Mandru, pero no me permitía asistir a sus sesiones. Como un artista que guarda celosamente sus secretos, no quería compartir con nadie sus procedimientos. Yo lo observaba por la puerta abierta de la «catedral» cada vez que volvía de la perrera. Cada día parecía más contrariado, más resignado.

—Está perdido de antemano —se lamentaba una mañana mientras, apoyado contra una bala de heno, me miraba barrer el patio—. Mandru va a reventar, lo sé. No puedo hacerlo más fuerte ni más grande de lo que es. Esa mujer me ha hechizado. Me hubiera resistido al dinero, pero fui incapaz de rechazar su proposición. Fue más fuerte que yo. Ahora tendría que encontrar un medio de renunciar a ese estúpido desafío sin quedar como un pelele. Pero ¿cómo?

Aquella misma noche, me reuní con Raya en el sendero que llevaba a la ciudad. Naturalmente, no pude callarme; desde el primer día le había confiado todo lo relativo a la misteriosa Flora Ieloni.

—Yo conozco un secreto —coqueteó el muchacho—. Un secreto que haría que Mandru venciera a tres o quizá cuatro fieras.

—¿Un secreto? ¿Qué secreto? —le presioné yo, febril.

Raya sopesó una piedra y la hizo saltar en su mano sin decir nada, para excitar mi

impaciencia.

—Desde luego, vosotros, los payos, no sabéis usar la cabeza. No se trata de hacer más combativo al perro, sino de debilitar al lobo.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—No había pensado en eso —reconocí—. ¿Cómo hacerlo?

Raya extendió los brazos y dio tres vueltas sobre sí mismo como una peonza.

—¡Todo está aquí! ¡A nuestro alrededor! ¡En los bosques! Basta con recoger las plantas adecuadas y hacer con ellas un unguento para untarlo en el cuerpo de Mandru. Cuando el lobo le muerda, se tomará la poción. Te juro que se dejará devorar sin resistirse.

—Eres un mentiroso, Raya. Nunca he oído hablar de algo semejante... Ni siquiera en los colinde^[1].

El gitanillo lanzó la piedra a lo lejos y se encogió de hombros.

—Como quieras, Dalibor...

Su decepción sembró la duda en mi espíritu.

—¿Hablabas en serio? ¿De verdad conoces plantas capaces de dormir a un lobo?

—No de dormirlo —rectificó el chico—, de dejarlo fulminado en el sitio... A esa mezcla la llaman el «arlequín» porque está hecha con hierbas de todos los colores. Convince a Forasco de que haga una prueba con dos de sus perros. El más débil untado con el unguento contra el más fuerte. ¡Y ya verás si miento!

—¿Y por qué ibas a ayudarnos, si no quieres a Forasco y te ha echado de la perrera?

Raya se rascó la frente con su muñón.

—Si Mandru gana gracias a mí, quiero dinero, es así de sencillo. Cualquiera puede comprender eso. Pero hay otra razón, que tú no creerás. Así que me la guardo para mí.

Por más que insistí por el camino, Raya permaneció obstinadamente mudo sobre las motivaciones que lo impulsaban a congraciarse con Forasco. Pero después de todo, poco me importaba su pequeño secreto. Lo único que contaba era comprobar si su fábula era cierta. Si decía la verdad...

—¿Así que ésta es tu poción? Te advierto que si me haces perder el tiempo les doy de almuerzo a los perros la mano que te queda, ¿entendido?

Con su mirada negra clavada en la de Forasco, Raya no bajó los ojos. Tranquilo, seguro de sí mismo, el gitanillo no estaba impresionado en absoluto por las amenazas.

—Haga la prueba. Ya lo verá...

Refunfuñando, Forasco tomó la botella llena de líquido oleoso que el muchacho le tendía. Quitó el tapón de corcho, se llevó el gollete a la nariz e hizo una mueca. Yo aparté la cara rápidamente para librarme de la peste que emanaba de la mezcla.

—El mal olor es para evitar que el perro se lama —explicó Raya—. Si prueba el

preparado, será a él al que le haga efecto. En el último momento, justo antes del combate, habrá que untarle los flancos y la garganta. Es donde el lobo intentará morderle primero.

Forasco se encogió de hombros y trajo dos perros. Uno era Zoltan, su tercer campeón, un animal de raza mezclada, de hocico corto, gruesos músculos y mandíbula fuerte. El otro era un lebel ruso joven y fino que ni siquiera tenía nombre. Fuimos al círculo de entrenamiento instalado cerca de la perrera, y Forasco le lanzó a Raya la botella de «arlequín».

—¡Enseñanos cómo se hace!

Raya vertió en el cuello del lebel una cantidad de aceite como para llenar un vaso, y extendió el líquido grasiento en el pelaje, mientras que yo sujetaba con firmeza al animal, que gruñía.

—Es todo lo que hay que hacer. ¡El combate puede empezar!

Forasco soltó su fiera, mientras que yo dejaba ir a mi perro. Las dos bestias se encontraron en el centro de la arena. Zoltan, más fuerte, más feroz, más aguerrido, tomó enseguida la delantera. Arañado en el vientre y salvajemente mordido, el lebel cayó a tierra con un ladrido siniestro. Un chorro de sangre brotaba de una arteria rota. Aquello era casi el fin de la batalla y yo estaba desesperado: había creído ciegamente en la fábula del arlequín y ahora me encontraba al borde de las lágrimas. Ante nosotros, Forasco cruzó los brazos con semblante maligno. Justo entonces, Raya me tiró de la manga.

—¡Mira!

De manera inexplicable, Zoltan acababa de soltar su presa. Remangando los morros y mostrando los dientes, se alejaba a empujones mientras que su adversario se incorporaba. Cuando el lebel, galvanizado por este giro de los acontecimientos, se arrojó sobre él para hundirle los colmillos en la garganta, bajó la cola sin oponer resistencia. Hubo un remedo de lucha durante apenas medio minuto, pero se veía a las claras que Zoltan no ponía energía en su defensa. El suelo se enrojeció en torno a las bestias. Tras un último grito de quebranto, el moloso quedó inmóvil. Por encima de él se alzaba, triunfante, la fina silueta del perro sin nombre. Raya profirió un grito de júbilo y dio un brinco. Pasmado, Forasco no sabía si lamentar la pérdida de Zoltan o alegrarse de la futura victoria de Mandru... Aquella noche, Raya insistió en que le dejáramos ocuparse de los roedores. Se quedó mucho tiempo en la «catedral», sin testigos. Cuando salió, por la noche, encontré en el suelo dos cabos de vela que terminaban de consumirse ante la jaula del rey de las ratas.

El lugar elegido por Flora Ieloni para el duelo era un simple refugio de cazadores en medio de uno de los bosques que componían sus dominios. Una hora antes de medianoche, Forasco y yo fuimos acogidos por la anfitriona de aquellos lugares en persona. Ya no llevaba el antifaz, ¿para qué? Todos los allí reunidos la conocían.

Ieloni había querido que la pelea de perros constituyera el plato fuerte de una pequeña fiesta, una reunión de hombres y mujeres de clase alta, apenas una veintena, cuidadosamente seleccionados y escogidos por su afición a los espectáculos violentos. Aun así, todos estaban intrigados e impacientes por ver al animal que se enfrentaría al lobo. Mientras Forasco era presentado a los invitados en el interior del pabellón y bebía con ellos, yo me quedé junto al carro. Mandru estaba nervioso. Oprimido en su jaula, husmeaba el aire y su garganta emitía un rugido sordo. Dos hombres con botas y abrigos largos se acercaron, uno de ellos con una garrafa en la mano. No entendí sus primeras frases, hablaban en turco y yo apenas entendía esa lengua. Pero después de soltar una risa maligna, el mayor se dirigió a mí:

—¿Tú eres el que cuida al perro, chico?

—Sí, señor...

—Dime, tú que lo conoces bien, ¿crees que este animal tiene alguna posibilidad de salir vivo del combate? —Creo que sí, señor.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa de complicidad.

—¿Sabes cuál es el premio que recibiré si su perro es lo bastante fuerte para vencer al lobo?

Bajé los ojos, incómodo.

—Sí, señor, lo sé.

—Entonces, esperemos que digas la verdad y tu chucho sepa pelear. Hay muchos aquí que sueñan con que Ieloni reciba esa humillación.

Miró hacia la jaula, se quitó un guante y trazó con un dedo un signo misterioso encima de la cabeza de Mandru mientras murmuraba entre dientes una especie de bendición pagana. Después, me lanzó descuidadamente una moneda con la efigie de María Teresa, un pesado tálero de plata.

—Toma, pequeño. La próxima será de oro si tengo suerte.

Mientras guardaba la moneda en mi bolsillo, vi a los dos hombres detener a Forasco en el momento en que salía del pabellón. Los tres conversaron un instante y después el adiestrador, con una sonrisa en los labios, trotó hacia mí con una mano sobre su vieja chistera combada.

—¡Abre la jaula! ¡El combate va a empezar enseguida! ¡Es el momento de aplicar el «arlequín»!

Mi corazón se puso a latir como un tambor. Tembloroso, descorché el frasco que nos había dado Raya y unté de bálsamo el corto pelo de Mandru.

—¡Sobre todo, no pongas demasiado! No deben descubrir la superchería, el lobo no tiene que quedar aturdido del todo.

Obedecí a regañadientes y llevamos el perro a la parte de atrás del edificio, cerca de un vallado nuevo. Allí nos esperaba Flora Ieloni, montada a la amazona en un caballo gris, trémulo de músculos y de nervios. Su delgada figura estaba envuelta en vestido claro de nanquín; en los talones de sus botas brillaban unas finas espuelas de bronce. A su lado, dos fornidos lanceros con mostachos encerados aferraban la doble

cadena que pasaba por el cuello del animal más formidable que uno pueda imaginar. Aquello no era un lobo, sino una montaña de carne vibrante, un monstruo negro, enorme, salido del infierno. Forasco me miró por el rabillo del ojo y palideció. En ese instante, estoy seguro, se arrepentía de no haberme dejado verter hasta la última gota de «arlequín» en el cuerpo de Mandru. Pero ya era demasiado tarde, nada podría salvar a nuestra bestia.

Oprimidos por la angustia y los remordimientos, nos situamos al borde de la arena. Tras unas palabras insustanciales pronunciadas por Ieloni para divertir a sus invitados, los dos campeones quedaron frente a frente. Contrariamente a su costumbre, Mandru no se precipitó sobre su adversario. Silencioso, encogido, lo juzgaba sin decidirse a intentar nada. Sorprendido por el comportamiento inesperado de su animal, Forasco alargó su cuello de zancuda para ver mejor. El lobo se acercaba con lentitud al perro, que seguía inmóvil. Después, se produjo el primer ataque. La criatura de Ieloni saltó sobre Mandru, pero éste se tensó como la cuerda de un arco y saltó hábilmente a un lado. Nuestro perro no era más que una máquina de guerra sin cerebro, su superioridad frente a los otros perros no lo había corrompido. Era inteligente, había captado la naturaleza del peligro que lo amenazaba y adaptaba su estrategia en consecuencia. El lobo cerró sus mandíbulas en el vacío con un ladrido de sorpresa y, con el pelo erizado, se dispuso a atacar de nuevo. Mandru, por su parte, se había situado y esperaba la carga. Como el primero, el segundo asalto falló. Erguida sobre los estribos, Flora Ieloni estaba cautivada por el espectáculo, pero no dudaba ni por un instante que su protegido lograría dominar al nuestro. A la cuarta tentativa, el lobo hizo una finta, consiguió engañar a Mandru y agarró su flanco.

El perro rodó en el polvo y no pudo esquivar la masa que se abatía sobre él. La escaramuza fue terrible. Herido, Mandru se defendía con la energía de la desesperación, pero no lograba deshacerse de la presa del gran lobo. No obstante, mordía, y bien, pero no con la suficiente fuerza para debilitar a su contrincante. La sangre brotó de una herida, después de otra... Forasco me cogía el brazo y lo apretaba. Yo estaba paralizado, incapaz de apartar los ojos de la danza de la muerte que se había desencadenado. Me había olvidado por completo de las virtudes secretas del «arlequín».

Después, se obró el milagro. Tan súbitamente como Zoltan había soltado al lebel, el lobo deshizo su presa y se apartó, lo cual permitió a Mandru recuperar el equilibrio y adoptar posición de combate. Gritos de sorpresa se elevaron entre los asistentes. El lobo gruñó y sacudió el espinazo, de lo cual se aprovechó el perro enseguida. Se coló bajo la garganta de su adversario y clavó sus colmillos en la tráquea expuesta. Cuanto más se debatía el lobo, más contraía Mandru los músculos. La agonía del viejo campeón fue larga, espantosa de ver. Ieloni se descomponía sobre su caballo. El turco que había bendecido a nuestro animal se echó a reír sin intentar ocultar su contento. El perro no soltó su presa hasta que su víctima se hubo desangrado. Por fin, chapoteando en una melaza de sangre, de carne y de arena, fuimos a ponerle el bozal.

El duelo había acabado. Forasco estaba radiante. Un silencio absoluto cayó sobre la asamblea, un manto de plomo en el que Flora Ieloni ocupaba el centro exacto. Forasco se descubrió el sombrero en un torpe gesto de homenaje y avanzó hacia ella, tan contrito como un colegial en su primera cita.

—Señora —le dijo, tartamudeando—, mi perro acaba de matar a su lobo.

Temblorosa también, pero de humillación y de cólera, Flora Ieloni crispó las manos en las riendas de su caballo. Las aletas de su nariz palpitaban y su boca se torcía, mostrando toda la repugnancia que experimentaba ante el pensamiento de abrir su lecho al desagradable personaje que, ante el regocijo de la audiencia, osaba reclamarle su deuda.

—La justa ha sido dudosa, señor —aventuró ella de entrada, a modo de defensa—. El combate no me ha parecido limpio...

—El perro ha vencido al lobo —se limitó a repetir Forasco, mientras un rumor subía del público—. Teníamos un acuerdo, señora.

—¡Muy bien! ¡Sea! —Escupió ella—. Aunque deba soportar sus asaltos hasta el alba, que quede claro que no me echo atrás. Vamos a pagarle, señor.

—Señora —cortó Forasco levantando el brazo en ademán de detenerla—. Señora, veo que la cosa la apena. Yo también tengo una oferta que hacerle. Una modificación a nuestro contrato.

Mientras Ieloni retenía su montura, Forasco lanzó una mirada de complicidad al turco del tálero de plata. Este permaneció impasible, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si el campesino no le estuviera mirando.

—¿Y bien? ¿Cuál es su proposición? —Se impacientó Flora.

Haciendo girar su sombrero entre las manos, Forasco buscó las palabras y se aclaró la voz.

—Bien, veamos... Quizás esto le sería menos... penoso de... en fin, digamos que yo la consideraría liberada de su deuda si procediéramos una sola vez y no hasta el amanecer, pero aquí mismo, ¡y en presencia de todos!

La proposición, inesperada, insensata, desencadenó de inmediato comentarios y cacareos en torno a la arena. El turco parecía tener serias dificultades para disimular su creciente satisfacción. Ieloni miró a Forasco de arriba abajo y suspiró. ¿Qué era mejor? ¿Sufrir en público, pero brevemente, o en el secreto de una habitación cerrada, pero hasta el amanecer? A ella le gustaban los caballos y los lobos, las carreras y los combates. Temía la languidez y el paso del tiempo. Eligió lo que convenía a su temperamento.

—¡Sea! Hará usted lo suyo aquí mismo, y una sola vez. Después, tomará enseguida el camino de Bucarest y desaparecerá de mi vida para siempre.

—Como guste la señora.

Tan pronto como los lanceros retiraron el cadáver del lobo, el turco vino hacia mí, me guiñó un ojo y me lanzó, como había prometido, un tálero. Del pabellón traían ya una gran mesa que colocaron en el centro del círculo de lucha. A la luz de las

antorchas clavadas en el suelo, Ieloni puso el pie a tierra y se acercó, digna, sin odio ni ira, a Forasco, que la esperaba. Éste aguardó un instante antes de tender hacia ella sus manos de uñas amarillas. La masa de hombres miraba en silencio. En aquel momento, mi corazón latía aún con más fuerza que cuando Mandru se había enfrentado con el lobo. Forasco empezó a desvestirse a la mujer con torpeza; los lazos de la ropa eran complicados, demasiado sofisticados para él. Sus dedos se perdían entre los lazos, las cintas, los pliegues. Esto provocó risas. Con el rostro inmutable, Ieloni no esbozaba ni un gesto para ayudarlo.

Forasco se impacientó. Sacó un cuchillo del bolsillo y cortó el tejido en toda su longitud. El vestido se rajó con un ruido de velamen desgarrado por el viento. Ieloni se estremeció. La hoja de acero hizo saltar uno a uno los últimos tules y Flora Ieloni apareció al fin desnuda delante de todos. Su cuerpo era bello, sus hombros finos, sus pechos pequeños, pero altos y bien formados. En un silencio total, Forasco retrocedió dos pasos para admirar mejor las curvas femeninas, y después avanzó hasta pegarse a ella. Su mano se hundió en el vellón que florecía entre las piernas de la muchacha como una sublime orquídea negra. El hombre sintió en la punta de los dedos algo que le gustó y sus labios se abrieron sobre sus dientes sucios. De forma involuntaria, Ieloni abrió un poco las piernas y dejó hacer al domador de perros sin resistirse. A pesar de la vergüenza pública a la que estaba siendo sometida, o quizá precisamente a causa de ella, el palurdo le estaba dando placer. Su vientre se elevó, su respiración se hizo más rápida. Una gota de saliva apareció en la comisura de sus labios rojos y rodó por su barbilla. Forasco seguía acariciándola. Con un cloqueo, jugó un instante con sus senos y después, incapaz de contenerse más, tumbó a la chica bruscamente sobre la mesa. Tras bajarse el pantalón, agarró los tobillos de la mujer, se los puso sobre los hombros y, echándose sobre ella, la penetró de golpe. Durante un momento no se vio más que el triste espectáculo de sus nalgas peludas contrayéndose más y más deprisa encima de su víctima.

Yo estaba pálido y tembloroso, al borde del desmayo. En mi vida había visto el cuerpo desnudo de una mujer. La visión me había fulminado. Me sentía abrumado de asco por la grotesca cópula que tenía lugar ante mis ojos y, al mismo tiempo, transportado de entusiasmo por la revelación de los misterios ardientes del cuerpo femenino. Con las sienes palpitantes, los párpados pestañeando y la respiración entrecortada, sentí que mi sexo se hinchaba tan deprisa y tan fuerte que resultaba doloroso. Era materialmente imposible apartarme del borde de la arena, la multitud de espectadores me aprisionaba y no habría podido retirarme ni a fuerza de codazos. En la mesa iluminada por las antorchas, Ieloni emitió un largo gemido, casi tan fuerte como el aullido de un lobo. Forasco también gritó. Enseguida, la mujer se deshizo tan deprisa como pudo de la carcasa derrumbada sobre ella. Uno de sus lanceros acudió para cubrirla con una larga capa pero, con un gesto amplio y provocativo, arrojó al suelo el largo manto y, con dignidad, se mantuvo erguida bajo la luz, más expuesta a las miradas de lo que lo había estado hasta entonces.

En sus pupilas brillaba un fuego extraño, fascinante, mezcla de orgullo y de rabia insondable, que proclamaba todo el desdén que sentía por esos miserables que éramos nosotros. Esa hosquedad, ese odio, la hacía aún más bella, más deseable. Ella lo sabía y le complacía. Degradada en público, reclamaba revancha. Golpeada, vencida, exigía de todos modos una victoria. Despacio, caminó hacia los espectadores y, como una fiera soltada en una pista de feria, emprendió un largo rodeo por la explanada. Pasando apenas a unos centímetros de los hombres paralizados por tanta audacia, su piel desnuda rozaba a veces la tela de sus casacas y Ieloni miraba con ojos asesinos a quienes aún osaban mancillarla con sus miradas. Muchos bajaron la cabeza al acercarse ella. Otros, lo bastante descarados para soportar un instante el desafío de su desnudez, acababan también por ceder con aire contrito. Hasta el fornido turco y su amigo, que habían negociado con Forasco la degradación pública de su enemiga, tuvieron que capitular.

Yo estaba justo al lado de ellos, y Ieloni vino a terminar su ronda delante de nosotros. Yo fui el último que la vio, el último al que dirigió su rostro tenso de furia. Quería someterme como a los demás, y nada hubiera sido más fácil para ella, pues yo estaba invadido por la vergüenza, pero la excitación erótica que me había poseído era aún mayor. Petrificado por su presencia, trastornado por el olor de su piel todavía reluciente del sudor de la cópula, perdí por completo el dominio de mí. Una formidable punzada estalló en mi bajo vientre y se propagó por mi pecho y mis miembros. Grité mientras una ola de placer rompía contra mí y, fulminado por aquella mezcla de dolor y de voluptuosidad, caí a los pies de Flora Ieloni sin comprender qué me estaba ocurriendo. Cerré los párpados y mi espíritu se nubló hasta el punto de que únicamente escuchaba los latidos enloquecidos de mi corazón. Una mano firme me levantó del suelo y me hizo ponerme en pie. Era el turco, que me ayudó a recobrar el equilibrio. Abrí los ojos. Todas las miradas estaban fijas sobre mí. En la delantera de mis pantalones y bajando por las perneras, se extendía una larga mancha oscura.

—¡Vaya, pequeño, parece que te lo has hecho encima! —dijo riendo el oriental—. Si siempre disparas tan deprisa, compadezco a las chicas con las que vayas.

Una enorme carcajada se elevó de la asamblea, y me convertí en blanco de los chistes más groseros. Sin embargo, lo que más me hirió no fueron los sarcasmos indecentes, sino la risa de la Ieloni, que me marcó como un hierro al rojo vivo. Seguía delante de mí, desnuda, burlándose de mi desgracia igual que los demás. Sus pequeños senos puntiagudos se movían cadenciosamente. En mi vida había sentido tanta vergüenza y tanta cólera. Me debatí para librarme de la mano del turco, y me perdí en la noche tan deprisa como me lo permitieron las piernas.

EL MONTE DE LOS BAILARINES

La noticia de nuestra aventura con Ieloni se expandió como un reguero de pólvora por toda la región y más allá. No sólo nuestro perro había vencido a su lobo, sino que Forasco se había cobrado la deuda con una sesión de coito público cuyo relato, mil veces repetido, había escandalizado o divertido con locura a toda la alta sociedad. Cada día, o casi, se presentaban visitantes en la granja para proponer a Forasco nuevos desafíos, nuevas pruebas. Hicimos pelear a nuestros perros durante todo el verano. Sólo en aquella temporada ganamos más dinero del que Forasco había amasado en toda su vida.

—Decididamente, la Ieloni nos ha sido más útil de lo que esperaba —reconoció una noche—. No sólo me he dado el gusto de desahogarme con ella, sino que además sus locuras han consolidado nuestra reputación. ¡Otro año como éste y seré rico!

Si durante la temporada Forasco se había entregado por completo al entrenamiento de sus perros, la entrada del otoño conllevó un cambio en su comportamiento. Más perezoso que nunca, se quedaba días enteros en la cama con las muchachas que sacaba de los *cabarets*, y se embriagaba con ellas hasta el punto de vomitar en las sábanas.

—Forasco ya tiene medios a la altura de sus vicios —ironizaba Raya—. Ahora que la pobreza no le frena, va a hundirse hasta el fondo del pozo.

No merecía la pena contradecir al gitanillo. Aunque era un niño, conocía la vida mejor que yo. Sus profecías se cumplieron más que bien. Forasco le había cogido el gusto a la carne sedosa de las damas finas y cambió sus hábitos de soltero. De las cabañas modestas en las que podía permitirse una mujer vieja y mugrienta por una moneda de cobre, pasó a las casas de barrios más decorosos y, después, a las del centro, casi lujosas. A veces se encerraba una semana entera en el burdel, y dejaba a mi cargo todos los trabajos de la granja. Como debía ocuparme de los perros además de las ratas, mis jornadas eran las de un esclavo. En cuanto a mi desdichado percance de la noche del duelo entre el lobo y Mandru, nadie había vuelto a mencionarlo. Aturdido por su propia alegría, Forasco ni siquiera había sido testigo del incidente, y creo que nadie se había molestado en contarle el penoso desfogue de su insignificante criado. Sólo yo guardaba recuerdo del suceso, un recuerdo que se hacía más doloroso porque lo revivía a menudo en pesadillas de las que me despertaba empapado en sudor, con el corazón desbocado y el sexo húmedo.

Se acercaba el nuevo año cuando Wanda, mi madre, cayó enferma de gravedad. Apenas en unos días todo hubo acabado, y el dinero que me había dado el turco financió su ataúd, el funeral y el jornal de los sepultureros. En esa época, mi padre había dejado de trabajar. Sus crisis de gota lo debilitaban a menudo hasta el desvanecimiento, y había cerrado el despacho. Desde el verano, mi familia sólo vivía

de mis ganancias. Del dinero destinado a mi ingreso en la universidad no quedaba nada.

Forasco asistió al entierro y aprovechó para reanudar su relación con Isztvan. Los dos granujas se habían conocido en otra época en no sé qué bar y habían compartido la mala vida durante mucho tiempo. Las ropas nuevas que vestía Forasco, su chistera de pelo de topo bien cepillada, sus polainas de sarga recia y su capote impresionaron a mi padre a tal punto que lo invitó a nuestra mesa. Estábamos en 1828. Yo tenía diecisiete años, mi hermana Helena veinte, y las gemelas Huna y Saia casi doce. Encorvada, con la barbilla cubierta de una especie de plumón, mi hermana mayor no gozaba de un físico agraciado; pero mi madre, adivinando que su fin estaba próximo, se había esforzado en prometerla con un muchacho de la provincia. Tres semanas después del funeral de Wanda, Helena se marchó para vivir con su nueva familia, dejando a nuestro padre al cuidado de las pequeñas. Al contrario que Helena, las dos niñas de rostro armonioso y cuerpo bien formado prometían ser bellas.

Al final de la estación cálida, Forasco volvió a poner a luchar a los perros. Desde la primera velada constatamos que las facultades de Mandru habían mermado. Si bien seguía siendo fuerte, ya no era tan vivo como el año anterior. Algunos de sus músculos desgarrados habían curado mal, reaccionaba con mayor lentitud y su ataque era menos poderoso. Espoleados por nuestros éxitos precedentes, nuestros competidores habían redoblado esfuerzos para seleccionar sus bestias y volverlas feroces. Durante aquellos meses, sólo nos salvó el recurso del «arlequín»; pero al final de la temporada sabíamos que todo había terminado para el viejo campeón.

—Hay que encontrar otra bestia —dijo Forasco—. Ésta está llena de costurones y hasta un gato flaco la vapulearía.

Sin embargo, en vez de consagrar su tiempo a encontrar otro perro de presa, retomó la senda de los *cabarets* y las muchachas. Una noche en que mi padre lo había invitado a cenar, la bebida corrió más que de costumbre y se emborracharon los dos. Desde aquel día, Isztvan volvió al alcohol. Forasco le visitaba cada vez más con mayor frecuencia y le traía a escondidas el vino que yo le negaba. Mientras yo me ocupaba de las ratas y de la perrera, Isztvan se embriagaba en su habitación y aterrorizaba a las gemelas con sus crisis y sus imprecaciones. Huna y Saia, tímidas, no se atrevían a confesarme sus nuevas tropelías. En cuanto a Forasco, encontraba un placer malsano en estimular los vicios de su viejo amigo. Dos o tres días por semana, mientras yo le suponía en alguna casa de citas, iba a nuestra casa para solazarse en su compañía. No contento con embrutecer así a mi padre, Forasco le devolvió el gusto por el estupro, al meter mujeres públicas en nuestro hogar. Los meses de invierno pasaron así, sin que yo notara el rostro surcado de arrugas de Isztvan y las poses extrañamente lánguidas de las gemelas.

Y después, una tarde, al principio de la primavera, regresé a casa antes de lo habitual, por una razón que no recuerdo. Lo que descubrí me heló la sangre. En el salón se entrelazaban los cuerpos desnudos de Forasco, de mi padre y de mis dos

hermanas. Aturdidos tanto por los venenos que habían trasegado o respirado como por los placeres que se habían dado, ninguno de ellos se despertó mientras me acercaba. Tembloroso, con el estómago en la boca y el alma trastornada, permanecí largo rato observándolos, como si mi mente no pudiera creer lo que mis ojos veían. Dejé la casa con paso vacilante, para errar por las calles hasta el crepúsculo. Mis pasos me llevaron hasta la granja de Forasco. Raya me esperaba al borde del camino, tenía los labios deformados por una sonrisa.

—Los has visto, ¿no es así? —me dijo—. ¡Dímelo! ¿Los has visto?

—Los he visto... —reconocí sencillamente, sin ni siquiera intentar comprender cómo podía saberlo el gitano.

—Sé lo que quieres. Sí, sé lo que arde en tu corazón. Y también conozco el castigo justo. ¡Ven conmigo!

Privado de toda voluntad, y como en una pesadilla, seguí al muchacho hasta la «catedral». Juntos, cargamos febrilmente las dos carretas con tantas jaulas como podían contener y tomamos en silencio el camino de la ciudad, cada uno conduciendo un vehículo. Raya había instalado en sus rodillas la corona chillona del rey de las ratas. En la casa no había signos de vida, ni ninguna luz en las ventanas. Alineamos las jaulas en el jardín baldío y abrimos todos los cierres uno detrás de otro. Los animales se esparcieron por la hierba y se dirigieron a la casa como una marea subiendo por un peñasco. Raya tomó al rey en sus brazos y me lo tendió.

—Desea que seas tú quien lo lleve, porque ha llegado la hora de su venganza y de la tuya.

Lo tomé en brazos y subí lentamente los escalones de la entrada. Cuando abrí la puerta de par en par, las ratas, como limaduras de metal atraídas por el imán, irrumpieron en el recibidor en pos de su soberano. En el salón, las cuatro personas desnudas seguían durmiendo. Apenas se movieron cuando los primeros roedores saltaron sobre ellas; pero a las primeras mordeduras, abrieron los ojos y profirieron gritos de horror. Miríadas de bestezuelas negras se aferraban a su carne, abrían sus venas, lamían su sangre. Sin sentir la menor piedad, Raya y yo nos quedamos hasta el fin a contemplar la escena: miles de pequeñas mandíbulas engullían piel y músculos, tendones y vísceras, hasta que sólo quedaron unos montones de huesos blanqueados esparcidos por el suelo. Cuando ya no quedó nada que devorar, Raya se apoderó del rey de las ratas y abandonó la casa sin decir una palabra, seguido de la innumerable banda. Yo me quedé solo, petrificado.

La noche entera pasó sin que la vida volviera a mis miembros, ni el rumor de los pensamientos a mi espíritu sumido en las tinieblas. Allí me encontraron por la mañana y me agarraron para echarme en el fondo de un calabozo. A los rumanos siempre les ha gustado la justicia expeditiva, y mi detención fue breve: al cabo de unas horas, fui juzgado y condenado a morir en la horca. Sin embargo, la lectura de la sentencia no me produjo lágrimas ni angustia; desde el día del festín de las ratas yo no había vuelto a pronunciar una palabra, y vi llegar sin temor el alba decidida para

mi tránsito. A las cuatro de la madrugada me enviaron a un cura; después, un guardián cortó el cuello de mi camisa antes de que me condujeran sobre una pequeña eminencia, fuera de la ciudad, donde la horca había sido instalada.

—Aquí es donde vas a bailar, pequeño —dijo el verdugo, burlón, mientras me hacía bajar del carro de los condenados—. Si no sabes cómo se hace, no te preocupes, aquí hay maestros de *ballet* que te enseñarán...

Dos cuerpos en estado de putrefacción pendían ya de la horca. Las órbitas de sus ojos, vaciadas por los cuervos, se abrían con asombro contemplando el otro mundo. Una pequeña multitud se había desplazado para la ocasión, y a la luz grisácea del amanecer distinguí a una amazona montada en un caballo tordo. Atraída por el espectáculo de mi sufrimiento, Flora Ieloni había viajado para verme morir. Pero mis ojos no se detuvieron en su figura cuando sentí la cuerda de cáñamo cerrarse en torno a mi garganta. No. Otro rostro había llamado mi atención: Raya. El gitano me sonreía. Estaba alejado de mí pero, sin embargo, vi las palabras formarse en sus labios, como si una lupa agrandara su boca.

—No te inquietes, Dalibor. El rey me ha dicho que tienes una buena herencia... Te pertenecen dos existencias. La que termina esta mañana es solamente la primera de ellas. Pronto volverás a pisar esta tierra.

Apenas había captado estas palabras increíbles cuando sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Mi cuerpo se precipitó al vacío en una caída que me pareció interminable. Escuché latir mi corazón por última vez y después un dolor intenso me taladró el cuello y los riñones. Mi visión cesó, y mi vida se detuvo...

Durante tres días y tres noches mi cuerpo bailó en la horca, la cabeza en ángulo recto sobre mis hombros. Era indiscutible que estaba muerto. Ya no sentía el viento en mis cabellos, ni la lluvia en mi piel. Mi conciencia se había marchado. Y sin embargo... Como una mariposa atrapada en una caja, un fragmento ínfimo de mí batía aún sus alas, en lo más secreto de mi ser, negándose a desaparecer.

Esa fuerza desconocida, milagrosa, más poderosa que la muerte, que me retenía aún en este mundo, se manifestó primero bajo la forma de un ruido de resaca, de marea. Hubo una voz en el seno de las tinieblas; después, un rostro, «su» rostro. Nunca lo había visto antes, y sin embargo lo reconocí. Ella había habitado en mí toda mi vida y yo jamás la había contemplado, ni siquiera en lo más hondo de mis sueños. Era una mujer. Joven. Con un rostro muy hermoso y lleno de misterio, atractivo como el de un hada. Bajo su mirada mi corazón volvió a latir. El aire penetró en mi garganta liberada de la cuerda e invadió mis pulmones, haciéndome gritar de dolor como un recién nacido. Con los ojos empañados y los miembros rígidos, creí por un momento que aún era huésped del verdugo, ¡pero no!, ya no estaba colgado en el cadalso. Todavía incapaz de moverme, sentí que una mano fina y suave se posaba en mi sien. De la mano pasó un calor a mi carne helada, y del calor nacieron imágenes,

visiones de paisajes desconocidos, de caras humanas que se volvían hacia mí, con avidez, para hablarme... Y supe que aquellas gentes eran yo mismo; eran mis ancestros, mi estirpe. Estaban en mi memoria desconocida, olvidada, borrada por la tormenta de los siglos. Mi muerte les había abierto el camino hasta mí y les permitía susurrarme su historia común. Porque yo, Dalibor Galjero, era el último eslabón de una cadena de vidas que ellos habían iniciado. Yo era su heredero, su esperanza, el último depositario de su secreto prohibido.

Entonces, cada uno de ellos se acercó a mí por turno, y me mostraron quiénes eran.

LA BOCA DE LA SERPIENTE

El primero no tenía nombre. Sin embargo, era en él en quien la llama había elegido nacer. Lo ignoraba todo de su infancia y juventud. Sus recuerdos comenzaban en el instante en que se había despertado en una fosa donde se pudría su carcasa. La vida lo había retomado de manera brutal en medio del osario. Desnudo, ensangrentado, se arrastró para salir de entre el montón de víctimas donde se pudría. Era de noche; el campo de batalla estaba aún iluminado por las antorchas de los saqueadores que despojaban a los muertos polacos, húngaros, valacos y otomanos mezclados. Avanzó entre los ladrones como un espectro; arrancó una cota de un torso sin cabeza, tomó una espada clavada en el vientre de un caballo caído, y marchó hasta el amanecer sin volver la cabeza. Unos carboneros lo encontraron tirado en un charco. Lo curaron y lo alimentaron sin pedirle nada a cambio. Cuando sus heridas se cerraron, el hombre tomó, al azar, la dirección del norte. No recordaba su nombre, ni nada de su historia. Pero eso poco le importaba. Sabía que sus músculos eran duros y que su mano estaba habituada a las armas, y eso le bastaba. ¿Había sido el breve paso por el territorio de las sombras lo que le había conferido una nueva dimensión? ¿Había sumergido su cuerpo en el Estigio, el río de los infiernos? Tal vez, pero si era así, guardaba esa revelación como el más preciado de los secretos.

En una ciudad, se unió a un grupo de mercenarios llegados de Panonia bajo el pretexto de combatir a los turcos. Más bandido que caballero, su jefe se llamaba Nándor y su escudo de armas —un ave alerion barrada de sinople a la siniestra—, anunciaba su condición de bastardo. Le dieron una escudilla y una cuchara de madera, un morrión agrietado y una espada con su vaina. Cerca de un río en crecida, el grupo sorprendió a un puñado de turcos que merodeaba. El enfrentamiento fue violento. Nándor perdió la vida a resultas de una flecha en la garganta. El nuevo se ganó reputación de valiente y líder. Aunque hablaba mal su lengua, los húngaros le convirtieron en su nuevo jefe. Ajustó la armadura abollada de Nándor sobre su cuerpo, subió a su semental y se tocó con su yelmo; en cuanto al escudo del húngaro lo tiró a las aguas del torrente, pues no deseaba que pensaran que él era fruto de la lujuria. Eran once, y siguieron camino hacia el septentrión. Durante días, bajo un cielo plomizo de nubes de nieve que no se decidían a descargar, cabalgaron al paso por un paisaje triste y sin vida. El país era un caos, la imagen de los dominios de Satán. Después de haber derrumbado los muros de Bizancio, apenas un siglo atrás, los turcos, cada vez más numerosos, atravesaban el mar y se infiltraban en las llanuras y las montañas del norte del Danubio. Ambicionaban apoderarse de Pest y de Viena y, sobre todo, soñaban con tomar Roma. Los señores de Tracia y de Dacia luchaban pésimamente contra los invasores. Aislados, sombríos, desconfiados unos de otros, a los voivod de Valaquia, de Moldavia y de Transilvania les costaba forjar

alianzas. Los combates cotidianos eran esporádicos y vanos; las grandes batallas, raras y perdidas de antemano, a pesar del refuerzo de las magras huestes venidas de Austria o de las orillas del Balaton.

Al otro lado de un bosque que tardaron cuatro días en atravesar, la banda encontró un burgo entronizado en su centro por un montículo de tierra. En la cumbre de esta colina artificial, había una gran fortaleza rodeada de una empalizada de troncos. Era el castillo de la familia Vasil, pequeños nobles campesinos olvidados. Galkin, así se llamaba aquel lugar perdido, estaba tan alejado de las grandes rutas que la realidad del mundo exterior sólo le llegaba bajo la forma de una leyenda, de un mito que se contaba a los niños para divertirlos o para asustarlos. Muchos creían que más allá del bosque la tierra se acababa y empezaba un precipicio sin fondo, donde el tiempo mismo dejaba de existir. En la villa no había ningún campanario, ninguna cruz. La religión del crucificado había sido olvidada mucho tiempo atrás, si es que la habían conocido alguna vez. Hombres y mujeres vivían aún en la fe de sus ancestros, y ofrecían leche y flores a las divinidades de las fuentes y las espesuras, y sangre y harina a las de la noche y la muerte.

Vasil recibió a los extranjeros en la gran estancia sombría y llena de humo que hacía las veces de sala de audiencias. Jamones y ristras de plantas secas pendían de las vigas, justo encima de su asiento. Era un hombre envejecido prematuramente, con dentadura escasa y cabellos grises que caían divididos sobre su pecho hundido. Hablaba de manera entrecortada, a menudo incoherente. Sin embargo, resultó que quería contratar a los caballeros para lanzarlos contra dos rivales muy cercanos, campesinos pretenciosos que se daban aires de boyardos y le disputaban su autoridad. A cambio de un puñado de turquesas sin tallar, el hombre sin nombre y los húngaros aceptaron el encargo. Ensilieron sus caballos y partieron sin dilación hacia el este para buscar una aldea llamada Jecov. El asunto fue sencillo. Los aterrorizados habitantes se escondieron en los bosques desde el momento en que escucharon las herraduras de los caballos resonar en el camino de tierra. Los pocos guardias que persistieron en proteger a su soberano no tenían otras armas que estacas con la punta endurecida al fuego, cortadas para cazar osos y lobos. Rodka fue más difícil de tomar. Los vigilantes apostados en los árboles habían visto avanzar a los atacantes y traspasaron a dos húngaros. La batalla terminó con la muerte del jefe del pueblo. El desconocido tiró a los pies de Vasil el saco de cuero que contenía los cráneos de sus adversarios. Él y su tropa declinaron la oferta de Vasil de quedarse para prevenir una posible venganza y se prepararon para dejar el lugar. Pero la noche anterior a la partida, uno de sus compañeros se reunió con él en las cuadras. Sus ojos claros eran dos espejos en los que brillaba un resplandor ávido. En la palma de la mano, le mostró una bella pepita de oro.

—Hay minas por aquí —murmuró—. Los filones corren por las alturas. Esta gente vive al pie de una fortuna y no la explota. ¡Quedémonos! Depongamos a Vasil y hagamos que los siervos trabajen para nosotros. Es poco probable que se nos

presente otra oportunidad como ésta.

La idea sedujo al guerrero. Aquella misma noche, asesinó al voivod, a su mujer, a sus hijos, hermanos y sobrinos y después repartió las tres aldeas vecinas de Galkin, Jecov y Rodka entre sus espadachines. Durante dos años, los bandidos administraron las aldeas y obligaron a los campesinos a dejar sus campos para perforar el flanco de las montañas. Ni un extranjero traspasó la frontera de sus dominios en el curso de ese tiempo. Hasta que, una mañana de verano, un ejército que avanzaba bajo el estandarte de la media luna atravesó la linde del bosque. El primer burgo en caer fue Jegov. Las casas fueron arrasadas, los hombres ejecutados, las mujeres capturadas y los niños varones encadenados para ser convertidos en jenízaros. Rodka corrió la misma suerte. Cuando la armada del sultán se presentó delante de Galkin, los dos húngaros supervivientes saltaron a sus caballos y huyeron al galope con las alforjas llenas de polvo de oro. El desconocido se quedó solo sobre la muralla de troncos. Con su viejo yelmo ocultando sus rasgos y su espada en la mano, esperó con firmeza la carga del enemigo. No temía a la muerte, sólo le asustaba la cobardía. El príncipe Hamza Pacha, por respeto a la defensa irrisoria que oponía a los miles de hombres que tenía frente a él, envió en su contra un puñado de paladines aguerridos. Diez capitanes subieron al asalto. Desenfundaron sus grandes küig afilados, se pasaron por los brazos sus escudos labrados, y se lanzaron al combate. Golpeando como un león, con la espalda pegada al muro, el hombre abatió a los diez. Al ver esto, el señor otomano espoleó su caballo y se acercó. Su espada curva no había salido de su vaina.

—Reniega de la religión de Cristo, abraza la del Profeta y te haré jefe de mi guardia —dijo, mientras intentaba adivinar los rasgos de aquel hombre indomable, ocultos bajo el metal.

—No está en mi mano renegar de un culto que no es el mío —respondió el desconocido—. Yo no sé nada de ese Cristo del que me hablas. En cuanto a convertirme a tus supersticiones, me niego a hacerlo. Es mejor que lances a tus hombres contra mí, ¡los espero!

Los ojos de Hamza Pacha se agrandaron de horror. Nada le repugnaba más que un hombre incapaz de aprehender la luminosa evidencia de la fe en un Dios único.

—Si eres un pagano —masculló—, la cosa es diferente. Te haré gozar de una muerte digna de ti.

Apremió a su caballo, volvió con sus tropas y ordenó a dos arqueros que plantaran sus flechas en los muslos del impío. Los tiradores eran muy diestros: no lo mataron, sino que traspasaron tan bien sus muslos a flechazos que éste se derrumbó sobre la empalizada, sin fuerzas para oponer resistencia cuando vinieron a buscarle. Unos médicos de manos morenas vendaron sus heridas con lino limpio y le hicieron beber una decocción fortificante de canela y clavo, porque debía estar fuerte para resistir mucho tiempo la tortura concebida para él. Cuando su tez pareció más viva y sus labios más rojos, lo desvistieron y le ataron firmemente los brazos y las piernas antes de coser su cuerpo en el interior de la carcasa de un caballo muerto. Sólo su

cabeza sobresalía de la carroña, justo debajo de la cola. Con la ayuda de un aparejo, izaron el horrendo paquete hasta las ramas de un árbol herido por el rayo. Y después, el ejército incendió Galkin y dejó la provincia, desfilando por delante del condenado al son de sus tambores.

Cuando la polvareda levantada por la tropa del sultán hubo descendido, el caballero quedó solo en medio de un paisaje de ruinas humeantes. Encerrado en su sarcófago de carne pegajosa, estaba condenado a pudrirse lentamente al mismo tiempo que el animal. Pasó un día, después otros. Cualquiera otro hombre en su lugar habría perdido la razón pero él, pese a los nudos corredizos y los robustos azotes que oprimían sus nervios y sus venas, pese a la sed que había hinchado su lengua y los parásitos que corrían por su rostro lleno de ampollas producidas por el sol, se resistía a morir. Al alba del tercer día respiraba penosamente y tenía los párpados tan secos que no podía abrirlos, cuando percibió un tintineo de acero. Al poco, resonaron gritos en una lengua que no conocía. Las ramas del árbol fueron sacudidas y un peso nuevo se apoyó sobre la carcasa del caballo. Una mano aferró sus cabellos y tiró bruscamente de su cabeza hacia atrás. Las ataduras se contrajeron con el movimiento, lacerando aún más su piel. Esta nueva ola de dolor le hizo gruñir.

—L'uomo! L'uomo è vivo! —gritó, estupefacto el que había subido a las ramas.

Pasaron con suavidad una tela mojada por su frente y sus labios, y el filo de una espada hizo saltar los puntos que cosían la bestia muerta. Lentamente, con mil precauciones, lo sacaron de la trampa infecta, lo pasaron de brazo en brazo y lo dejaron en el suelo. La peste de las entrañas de carne era insoportable. A su alrededor, algunos estómagos se vaciaban, y se escuchaban juramentos. Lo alejaron del árbol para tenderlo sobre una manta. Cortaron sus ataduras, lavaron su cuerpo y cubrieron sus llagas de miel. Velaron dos días enteros junto a él, dándole abundante bebida y alimentándolo con un caldo suave de cebada o con frutas trituradas. Por lo poco que podía percibir desde la semiinconsciencia en que lo tenían postrado los sufrimientos, comprendió que los extranjeros habían montado sus tiendas y acampaban allí. Escuchaba risas y sonido de mandolinas. ¿Cuántos eran? A juzgar por el ruido que hacían, acaso quince o veinte. Pero ¿quiénes eran? ¿Y por qué se habían aventurado por aquella parte del mundo?

—Soy Nicola da Modrusa —dijo de pronto una voz grave y suave cerca de él—. Viajo por estas tierras por cuenta del Papa, nuestro santo padre Pío II. ¿Y vos? ¿Cómo os llamáis?

Las palabras habían sido pronunciadas en su lengua, pero tenían el barniz de un acento desconocido, cantarín y suave. El herido quiso ver la boca que las había pronunciado. Se obligó a abrir los ojos. Después de que un raudal de lágrimas corriera por sus mejillas, vislumbró la figura de un hombre maduro y alto, bien plantado, de cabellos color de arena y ojos tonalidad de almendra. El guerrero, sin saber por qué, no se atrevió a decir que no tenía nombre.

—Soy Galjero —dijo sencillamente.

¡Galjero! Un patronímico que se había inventado hacía mucho tiempo sin haberlo pronunciado jamás delante de nadie. Un nombre forjado con las primeras sílabas de Galkin, Jecov y Rodka, los pueblos de los que había sido el amo durante algunos meses.

—Y bien, signare Galjero —continuó el otro—, habéis debido de mostraros muy impertinente para que os infligieran el suplicio que habéis soportado. Sois enemigo de los turcos, ¿no es así?

Galjero era enemigo de los otomanos, desde luego... pero igual que era adversario de todos los que se cruzaran en su camino, cristianos, judíos o paganos.

—Soy un perro de la guerra. Sólo conozco la sangre.

—¿Cómo reprochároslo? —se lamentó Nicola da Modrussa—. Estas provincias perdidas son la boca de la serpiente, el antro de la locura. Aquí ya no crece nada civilizado. ¿Qué pensáis hacer ahora que vuestro feudo está destruido?

Galjero se incorporó. Habían colocado bajo su nuca unos cojines de brocado. Un paje con túnica de cuero se precipitó a arreglarlos de manera confortable a su alrededor.

—No tengo nada, decís bien. Ni techo, ni espada, ni montura... No sé. Iré a donde las piernas quieran llevarme.

—Ése no es un discurso razonable, signore. Os aconsejo que vengáis con nosotros. Todavía es preciso ocuparse de vuestras heridas, pero debemos seguir nuestro camino, y la caridad más elemental me impide abandonaros solo en este lugar.

—¿Por qué hacéis esto por mí? —preguntó Galjero—. ¿Por qué me habéis sacado del caballo muerto?

Modrussa sonrió de manera enigmática.

—Quizá porque soy un buen cristiano, signore Galjero. Pero a fuer de ser sincero, lo he hecho porque abomino del salvajismo.

Tercer hijo de una familia patricia, Nicola da Modrussa había visto la luz en algún lugar entre Siena y Florencia, en la hora en que todas las ciudades-estado de la península italiana se alzaban unas contra otras y se destrozaban. Muchacho sano y fuerte, se prometía al oficio de las armas cuando, el año en que cumplió los doce, llevaron a casa de su padre los restos de sus dos hermanos mayores. Sintió tristeza, pero no miedo. Nacieron en su interior preguntas que jamás se había planteado antes; su temperamento viró hacia la melancolía y la contemplación. Suponiéndolo dotado para los estudios, lo enviaron a Siena, donde se alojó en casa de un tío suyo erudito para que aprendiera nociones de latín, griego y geometría. El muchacho se reveló dotado para estas materias y, como mostraba el deseo de perfeccionarse en ellas, le inscribieron en las clases particulares de un profesor de la universidad. Cada día se dirigía al centro, en las inmediaciones del gran campo diseñado como un teatro

antiguo, y asistía con otros discípulos a los aburridos cursos del maestro Francesco Filelfo. En los bancos de la institución conoció a Silvio Piccolomini, un joven algunos años mayor que él, corpulento y dotado de un espíritu vivo y siempre inclinado a la alegría. Como Nicola, Piccolomini era originario de un burgo situado a dos o tres jornadas a caballo. Aficionado a la bebida, amante de las muchachas y buen escritor, el fornido adolescente dedicaba sus horas de estudio a escribir bobadas en las que los muslos de las fanciulle se abrían bajo las manos ligeras de los goliardos. Un día, el maestro Filelfo se apoderó de unas hojas en las que, con espíritu ardiente, Piccolomini describía una escena de celo. Pero el profesor contuvo el impulso de darle una bofetada al disipado: el texto de Silvio estaba escrito en un griego de tal pureza que lo citó para comentar oscuras cuestiones de sintaxis y concordancia.

Silvio Piccolomini abandonó Siena un año después de la llegada de Modrussa, que continuó largo tiempo sus estudios antes de partir a su vez hacia el norte del país. De Milán, donde aprendió teología, pasó a Venecia, cruzó los Alpes, remontó el valle del Ródano y llegó a Alemania. Obtuvo el título de doctor en Göttingen, donde se quedó un año para ejercer la docencia. Sin embargo, echaba de menos su tierra. Con veintiséis años quiso volver a la Toscana. En el camino de vuelta, le dijeron que Cosme de Mediéis, el nuevo señor de Florencia, había convocado un gigantesco concilio con el fin de terminar con el desastroso cisma que padecían las Iglesias de Oriente y de Occidente desde hacía cuatro siglos. Constantinopla, por aquellas fechas, aún no había sucumbido a los ejércitos de Mehmet II. De todos modos, la capital del Imperio de Oriente, rodeada y defendida por mercenarios mal pagados, veía sus días contados.

Pese a todos los peligros que la amenazaban, fueron muchos los sabios bizantinos que respondieron afirmativamente a la invitación de Cosme, y el propio emperador Juan VIII Paleólogo había anunciado su asistencia con un séquito de setecientos cortesanos. La ciudad se había engalanado para recibir dignamente a sus prestigiosos visitantes. Sus calles cubiertas de pétalos de rosas eran limpiadas a diario y se había expulsado de las vías públicas a jugadores de dados, mendigos, borrachos y chicas de alquiler. Hecho extraordinario, los debates en que se enzarzaban los delegados del Patriarca de Constantinopla con los del Papa no quedaban confinados al interior de los palacios, y bajo los emparrados de la villa Careggi o bajo los pórticos de un simple «campo», los sabios aceptaban a veces responder a las intervenciones del pueblo.

Entusiasmado con la idea de asistir a la reunión de las Iglesias separadas durante tanto tiempo, Nicola da Modrussa reventó tres caballos para llegar cuanto antes a las murallas de la villa. Durmiendo en un patio, saciando su sed en las fuentes, alimentándose de manzanas caídas en los jardines, se detuvo, asombrado, ante la figura de un griego, un buen anciano flaco y ágil que parecía aburrirse soberanamente con las argucias de los teólogos. Se acercó a él y le tiró de la manga para llevárselo

aparte. Divertido por tan sana impertinencia, el viejo le dejó hacer. Modrussa quedó marcado para siempre por las conversaciones que tuvieron los dos aquel día y los siguientes. El hombre a quien el destino había puesto en su camino era Gemistos Plethon, filósofo más que religioso, que había renegado en secreto de toda fe en Cristo hacía mucho tiempo, sin por ello convertirse en musulmán o judío. De inmensa erudición, había encontrado en Platón, en Porfirio y en Hermes los verdaderos maestros para su corazón. Habló largamente a Modrussa, e incluso le confió manuscritos entonces desconocidos en Occidente. Convertido a las bellezas de la sabiduría eterna, el joven no dejó Florencia hasta que terminó el concilio, que había sido llevado a un punto muerto por las maniobras de los latinos, que decididamente no querían ceder nada a los griegos.

De regreso a Siena por un tiempo, el azar le llevó a encontrarse con Silvio Piccolomini. Los dos pillastres se reconocieron y no volvieron a separarse. En aquella época, Piccolomini estaba en gracia con el duque de Saboya y realizaba para él misiones de diplomacia al tiempo que de espionaje. Durante quince años, los dos amigos se abrieron camino juntos en el mundo, hasta que Silvio se introdujo en el círculo del papa Nicolás V y lo sedujo a tal punto que éste lo investió sacerdote. A la muerte del Santo Padre, el anillo del pescador pasó al dedo de Alonso Borgia, y Piccolomini fue revestido de la púrpura cardenalicia. Cuando, dos años más tarde, el Pontífice se extinguió a su vez, fue él, el antiguo estudiante libertino, quien le sucedió bajo el nombre de Pío II. Modrussa, fiel entre los fieles, seguía a su lado. Convertido en legado de Su Santidad, fue enviado a Viena, Cracovia y Budapest para agregar a los señores del Imperio a la cruzada que Pío quería emprender contra la Sublime Puerta. La tibieza de la acogida que le reservaron en aquellas cortes hizo montar en cólera al embajador, y en consecuencia le impulsó a buscar en otra parte nobles más batalladores. No lejos del Danubio, oyó relatar la historia de Tepes, un príncipe valaco convertido al catolicismo que se batía contra los turcos, solo en la montaña, con la ferocidad de un lobo. Intrigado, Modrussa quería encontrar a aquel caballero. Su caravana caminaba al encuentro del voivod cuando pasó cerca de un pueblo recientemente quemado. Suspendido en las ramas de un árbol, un hombre estaba cosido dentro de una gran carroña...

Las heridas de Galjero se habían cerrado rápidamente. Era la segunda vez que escapaba a la muerte, pero no se hacía preguntas sobre las extrañas razones por las que las tinieblas se obstinaban en rechazarlo. Pronto, pudo abandonar el lecho que habían dispuesto para él en uno de los carros del legado. Al montar de nuevo a caballo, se sintió renacer. Modrussa admiraba su vigor y su fuerza. Galjero respetaba el saber y la cortesía del italiano.

—¿Todos los hombres de vuestro país son como vos? —le preguntó Galjero a Nicola.

—¿Como yo? ¿Qué queréis decir, signore?

Galjero bajó la cabeza y buscó largamente las palabras.

—Vosotros, los italianos, parecéis muy diferentes de las gentes de este país. Sois más felices que nosotros. Parecéis amar la vida, sin dejar por ello de ser valientes... No es el temperamento de la gente de aquí, ni de los húngaros, a los que conozco un poco.

Modrussa frunció el ceño, sin saber si la curiosidad de su compañero ocultaba astucia o expresaba una sincera ingenuidad.

—Italia es el lugar más bello del mundo. El sol brilla, pero no quema. Es un país dulce e inclina al alma hacia la belleza. Pero también puede mostrarse feroz, y sus hijos son batalladores. Estoy seguro de que os gustarían nuestras tierras.

Galjero miró a su alrededor y sólo vio montañas áridas. La evocación de una tierra más clemente le hizo pensar... Le pidió a Modrussa que le enseñara su lengua. Cada día, mientras cabalgaban codo con codo, el legado le daba lecciones al guerrero. Cuando llegaron a las inmediaciones de la provincia gobernada por el voivod Tepes, habían trabado buena amistad y solamente hablaban en italiano. Después de haber franqueado un precipicio gracias a un estrecho puente, la tropa se encontró al pie de un sendero apenas visible. Al final de una ascensión larga y penosa, en el curso de la cual un caballo resbaló y cayó al vacío con su caballero, la caravana llegó a una fortaleza del color de la noche. Allí era, según les habían dicho, donde Tepes había establecido sus cuarteles con una parte de su ejército. El hombre era de baja estatura y de rostro feo, pero sus ojos negros brillaban de inteligencia y de voluntad indómita. Recibió al enviado papal con grandes muestras de deferencia, agradeció al legado que se hubiera desplazado hasta él y le ofreció su hospitalidad por todo el tiempo que quisiera. Nicola aceptó, pues sentía curiosidad por conocer a aquel católico que mimaba a los papas ortodoxos y, sobre todo, quería saber cómo mantenía a raya él solo a los turcos en aquel lugar salvaje del mundo. Tepes les enseñó cómo hacía una guerra de rapiñas y emboscadas contra los otomanos, evitando enfrentarse al enemigo en terreno llano y moviéndose a menudo para no ser sorprendido nunca por la retaguardia. Después de las batallas, hacía que les cortaran los pies a sus enemigos y ordenaba empalar sus cadáveres. No se trataba de crueldad gratuita, sino de pragmatismo de combatiente. Le explicó largamente su teoría a Nicola, que se asombraba de esta práctica:

—Mis armas son débiles, mis hombres poco numerosos. Mis vecinos no me quieren y ambicionan apoderarse de mis feudos. Matthias Corvin, el rey de Hungría, sueña con verme muerto para apoderarse de mis provincias y ofrecerlas a los sajones de Alemania con el fin de congraciarse con ellos. De modo que debo dar una imagen de loco sanguinario, de bestia ligada a Satán por contrato. Cuando se enteran de que voy a por ellos, a mis enemigos empiezan a temblarles las rodillas, y eso aunque por cada cinco de sus hombres yo no tengo más que uno en mis filas.

Tepes era despiadado y cruel. Aun así, sus soldados y vasallos lo admiraban y le

daban las gracias por oponerse con tanto encarnizamiento a los mahometanos y por no doblar el espinazo ante los sajones. Galjero también empezó a estimar al príncipe. Le ofreció su espada, que el otro aceptó con gratitud después de haberle visto abatir a un lancero de Anatolia lanzándole su espada y atravesando su cuerpo a más de treinta pasos de distancia.

Como debía abandonar la región de Tepes antes que la mala estación convirtiera en impracticables los caminos y helara los ríos durante cuatro largos meses, Nicola da Modrussa decidió regresar a Roma y rendir cuentas a Pío II de lo que había visto en los Balcanes. Quería proponer al Papa una nueva manera de relanzar la cruzada contra Mehmet. Galjero había decidido quedarse en Tepes, porque se sentía más gusto con las batallas que con las intrigas de palacio.

—Así pues, aquí se separan nuestros caminos, amigo mío —dijo Nicola apretándole contra su pecho—. He aprendido mucho de vos, y espero que vos también hayáis sacado un poco de sabiduría del fondo de este viejo. Si un día las montañas de este país os cansan, tomad vuestro caballo y galopad hacia el sur. En Roma, en Siena o en Florencia, os bastará decir mi nombre a cualquier sacerdote para que él os conduzca hasta mí.

El invierno impedía los viajes largos y las maniobras militares importantes, pero era en cambio propicio a las incursiones y a los golpes de mano rápidos. Siempre al lado del voivod, Galjero acosaba al otomano como se caza al lobo. Durante algunos meses, todo fueron cabalgadas en la nieve, persecuciones por los bosques inmensos, combates con hachas y mandobles en los desfiladeros que resonaban con el ruido de las armas y con el estallido de las piedras por efecto del hielo. Y por todas partes, Tepes ordenaba plantar sus picas como signos de su renuncia a capitular. Al principio de la primavera, el voivod decidió someter a las ciudades libres de Transilvania que se habían alineado contra él, no al lado de los musulmanes, sino al del rey de Hungría. Toda la armada avanzó hacia el sur y sitió una primera ciudad protegida por una única muralla. Al saber quién los atacaba, y conociendo la suerte que les sería reservada si la muralla cedía, los burgueses reunieron un tributo de tejidos preciosos, orfebrería pieles y relojes y se lo ofrecieron al príncipe. Tepes les arrojó los presentes a la cara y los hizo empalar allí mismo, ante la puerta principal de la villa. De ningún modo quería que se creyera que guerreaba por el pillaje. La ciudad fue tomada y sus habitantes sometidos a los más horribles suplicios, pero no se tocaron las riquezas del interior de las casas. Ni uno solo de los cuatro mil soldados victoriosos osó meterse un escudo en el bolsillo. Galjero admiraba a Tepes y comprendía su política. Así como en otro tiempo había caminado al lado de Modrussa aprendiendo el italiano y recibiendo el legado de las enseñanzas del viejo Gemistos Plethon, ahora aprovechaba las largas horas de cabalgada para debatir con el voivod los mejores medios de gobernar a los hombres, de castigarlos o de darles esperanza.

—Me gustas porque no hablas como uno de esos ilusos filósofos, ni como uno de esos villanos barones que piensan que los libros son buenos para las mujeres —le dijo

el voivod—. Me agrada tu compañía, Galjero. Cuando hayamos enviado a los otomanos al otro lado del mar, te daré un feudo en mis tierras. Entonces ya no tendremos necesidad de plantar bosques de picas para hacernos respetar y podremos encontrar el modo de hacer que nos amen.

Sin embargo, el sueño de Tepes estaba destinado a no realizarse nunca.

A pesar de sus esfuerzos, a pesar de su coraje y de la crueldad tras la que ocultaba la debilidad de sus tropas, la fortuna cambió de bando en el curso de los años siguientes. Corvin, el rey de Hungría, reveló a los otomanos el emplazamiento de su fortaleza. Tepes y algunos fieles huyeron por subterráneos y ganaron Targoviste, la capital de la provincia, pero apenas las puertas de la villa se habían cerrado tras ellos apareció en el horizonte el ejército lanzado en su persecución. El sitio se prolongó cuatro meses, de octubre a enero, sin que los asaltantes consiguieran su propósito de apoderarse de la ciudad. A pesar de ser enormes, las reservas de los valacos se agotaron. Sólo quedaban cincuenta sacos de grano y dos toneles de sal en los graneros municipales, cuando Galjero sugirió una maniobra.

—Actuemos contra el sentido común —le aconsejó a Tepes—. Cuando llegue el alba, montemos a caballo y carguemos contra los enemigos. Hace mucho tiempo que acampan sin ser molestados. Sus hombres se han apoltronado en la rutina. Antes de que tengan tiempo de reaccionar, los habremos pasado a sable y dispersado a los cuatro vientos.

Tepes vació de un trago su copa de vino especiado y se echó a reír. La proposición era descabellada, pero demasiado seductora para no seguirla. Con las armaduras ocultas bajo capas de cibelina y a la cabeza de apenas trescientos caballeros enflaquecidos por las privaciones y los esfuerzos, Tepes y Galjero franquearon al galope el puente levadizo de Targoviste a primera hora de la mañana. La primera fila de sitiadores se rompió como un hilo de algodón demasiado tenso; pero detrás, los jenízaros habían tomado ya sus picas y estaban colocados en orden de batalla. Una red humana se cerró sobre los valacos. Junto a Tepes, Galjero golpeaba a diestro y siniestro, con un hacha de dos cuerpos cuyos filos imitaban las alas de un murciélago. Erguido en su silla, vio que el impulso de la caballería se había roto y se extinguía con la rapidez de un fuego anegado por el agua. Los turcos estaban a punto de cerrar sus líneas sobre ellos. Tomó la brida del caballo del voivod, hundió las espuelas en los flancos de su propia montura y salió del círculo enemigo en el mismo instante en que se cerraba la trampa. Sin una mirada atrás, galopó hacia la cortina de nieve que caía como un muro sobre la llanura. Su forma se desvaneció, lo mismo que las del príncipe y los trece hombres que les habían seguido.

La huida los condujo al inmenso bosque de Wlasia, de ramas tan frondosas y juntas que impedían el paso de la luz del sol. En los escasos claros, en ríos con estanques congelados, descubrieron estatuas talladas de forma grosera en la madera de los robles y los abedules: eran figuras de Zalmoxis, Bandis o Derzelas, los antiguos dioses de los dacios. Tepes se detuvo ante ellas, sacó su daga y se cortó la

muñeca para hacer correr algunas gotas de su sangre en las bocas negras de los ídolos.

—Haz como yo —le aconsejó el príncipe a Galjero—. Lo que corre por nuestras venas es ahora nuestra sola riqueza. Nuestra ofrenda es la más preciosa.

La noche de aquel mismo día, encontraron una gruta lo bastante grande para ponerse a cubierto con sus caballos. Por la mañana, Galjero salió solo para cazar un uro cuya pista había descubierto el día anterior. A su regreso, su caballo captó el olor del peligro delante de él. Cortó las cuerdas que ataban su fardo a la grupa de su montura y picó espuelas hacia el campamento, pero ya era demasiado tarde: todos los valacos estaban muertos. El cuerpo sin cabeza de Tepes yacía en medio de un círculo de jenízaros destripados.

Galjero permaneció oculto en lo más profundo del bosque de Wlasia hasta el final del invierno. No vio ni una figura humana y no pronunció una palabra. Cuando el frío se hizo menos intenso y el curso del sol en el horizonte se alargó, dejó su guarida para tomar la ruta del este. Un pequeño paquete, envuelto en una piel de ciervo, abultaba en una de sus alforjas.

En el primer pueblo que encontró a la salida del bosque, le dio al burgomaestre todas las indicaciones para encontrar en el bosque el túmulo en el que había sepultado el cuerpo del voivod Tepes. Después, tras aceptar un par de botas para él y una manta para su caballo, continuó en dirección a oriente. Hacia la mitad de la primavera, bordeó por el norte los pantanos que forman la desembocadura del Danubio. A orillas del mar Negro, en un pueblo de pescadores, lanzó su última moneda de oro al propietario de una barca de vela cuadrada para que le llevara a una tierra cuya existencia conocía remotamente. Poco después desembarcó, estrechando contra sí el contenido de la piel de ciervo, sobre el más grande de un rosario de cinco islotes batidos por las olas. Dejó al pescador esperando en su chalupa y avanzó a través de la maleza hasta un antiguo círculo de piedras blancas que acotaban unas columnas acanaladas, rotas por los siglos. Allí, usando el hierro de su espada a modo de pico, cavó una oquedad en la que colocó el corazón disecado de Tepes.

«Hay una isla en el Euxino —le había confiado un día éste— en la que se pueden ver aún los restos de un templo en otro tiempo consagrado a Aquiles, el más ilustre de los guerreros. Si muero antes que tú y puedes hacerlo, prométeme que irás allí a sepultar un poco de mí».

Los otomanos habían enviado la cabeza de Tepes a Estambul, los valacos se habían llevado el cuerpo de su príncipe para enterrarlo en la cripta del monasterio de Snagov. Y Galjero había extraído el corazón del voivod para enterrarlo en lo más profundo de un lugar secreto, donde jamás podría ser profanado. Cumplida su misión, Galjero se tendió sobre un trozo de mármol liso que afloraba entre las piedras. La luz dorada, tamizada por las altas nubes, era dulce. Se quedó así mucho tiempo,

escuchando el silencio, dejando que el viento fresco acariciara su rostro. Hacía saltar en la palma de su mano un anillo de plata decorado con un camafeo que había encontrado unos momentos antes, en el suelo, mientras cavaba el hoyo para enterrar el corazón de su amigo.

—La sortija que has encontrado es bella y rara, caballero. Muestra los amores del dios de los infiernos y la bella Proserpina. ¿Quieres regalármela?

Galjero se levantó con rapidez. Una figura esbelta se alzaba ante él, iluminada por la luna rasa. Era una muchachita, de quince años apenas, y tan bella... Llevaba una túnica de lino teñido de púrpura oscuro. Había unas flores prendidas en su cabello claro. Sus finos tobillos y sus pies blancos estaban desnudos. Galjero abrió la palma y le tendió la joya. La muchacha se puso la sortija en un dedo y rió como una niña.

—¿Quién eres? —preguntó el caballero.

—Soy Laüme —respondió la desconocida—. Y si tú me amas como yo te amo ya a ti, nuestros hijos serán reyes...

LOS TESOROS

Galjero dejó la isla llevando a Laüme en sus brazos hasta la barca del pescador. Su cuerpo era ligero y tibio, y lo poco que había tocado de su piel lo había hecho feliz. Él, siempre febril, siempre sombrío, sentía en esos momentos necesidad de reír y de cantar mientras miraba a aquella criatura surgida de ninguna parte, de ojos profundos como lagos, de boca rosada, de dientes pequeños puntiagudos y brillantes. Sentados frente a frente en la bancada, los dedos entrelazados, no habían hablado mientras el viento hinchaba la vela y los llevaba hacia la costa. Las palabras, Galjero estaba seguro, llegarían más tarde... Todo lo que le importaba entonces era admirar el rostro puro y el cuerpo grácil y delgado de Laüme. En tierra, envolvió a la muchacha en su manto y la subió a su caballo. Mientras llevaba al animal por la brida, la escuchaba canturrear suavemente una melodía lánguida. Avanzaron por las dunas hasta unos soportes donde se secaban las redes. Galjero hizo una hoguera de leña seca y se durmieron allí, acurrucados el uno contra el otro, en el hueco de una duna de arena, sin sentir frío, ni hambre, ni miedo.

—¿Adonde quieres ir? —le preguntó Galjero por la mañana.

—Tú lo sabes —respondió Laüme—, hacia el sur. Allí seremos felices.

Emprendieron la marcha; ella delante, sobre el cuello del gran caballo de guerra. Pasaron el estuario del Danubio en una balsa y vieron largas gabarras de fondo plano descender por la corriente, con altas columnas de sal alineadas sobre el puente como troncos seccionados. Evitaban las ciudades, rodeaban los pueblos, caminaban por senderos angostos, apenas visibles entre los helechos, que parecían olvidados desde la época del emperador Trajano y del besárabe Decébalos. Laüme, sin embargo, los recorría sin equivocarse jamás. Un día en que atravesaban un encinar anegado por la tormenta, ella se dejó caer de pronto al suelo y se arrastró por un sotobosque chorreante de agua clara. Galjero la siguió con el corazón palpitante y la encontró treinta metros más allá, arrodillada ante un tocón en el que bullían hormigas y gusanos.

—Cava aquí —dijo ella—. Hay un tesoro escondido.

Galjero sacó su espada y cavó en el bloque de madera podrida. Bajo los insectos, la punta de su alma tropezó con un cofrecillo de bronce.

—¡Ábrelo! —ordenó la niña-mujer, febril, dando palmadas.

En el interior, descubrieron escudos de plata y un collar de amatistas que ella se puso enseguida en el cuello. También había una cruz con un rubí engastado en su centro; Laüme se la arrebató a Galjero de la mano y la arrojó a los arbustos.

—No necesitamos esto —le explicó, sonriente—. Yo encontraré otros tesoros.

En las orillas de los ríos o en los cruces de las rutas forestales, Laüme, tal como había prometido, le indicó a Galjero nuevos hallazgos. En las fronteras de

Macedonia, fue una urna de cerámica hundida en el cieno de un pantano que contenía estáteras de oro de tiempos de Alejandro Magno. En Dalmacia, pequeños diamantes y esmeraldas sobre la meseta musgosa de un dolmen; y perlas, ágatas, topacios y citrinos que reposaban cerca de un gran esqueleto replegado como un feto en un acantilado de Creta. Cuando llegaron a la costa oriental del Adriático, Galjero hizo que atravesaran por primera vez las puertas de una ciudad. Le compró a un chalán un hermoso caballo negro que le ofreció a Laüme. En la tienda de un artesano hizo coser una silla de cuero roja. En un taller de costura mandó cortar cinco vestidos a medida y ordenó que le hicieran zapatos. Laüme le parecía cada día más bella, más radiante. Todavía no se había atrevido a besarla, ni había intentado obligarla. Su cuerpo despertaba en él un deseo ardiente, tan poderoso, tan sublime, que prefería diferir su satisfacción. Galjero temía más que a nada en el mundo mermar ese deseo, estropear la llama blanca, la intensa pureza. Hasta había evitado ver desnuda a Laüme. Cerraba los ojos cada vez que ella se bañaba en los ríos fríos y en los estanques helados, porque quería conservar intacto el misterio de aquella muchacha. Era un hada, tal vez, una criatura de otro mundo, y acompañarla era un privilegio. Pero a Galjero le daba igual que fuera diosa o mortal; todo lo que le importaba era estar a su lado, respirar el olor de cometa que dejaban sus cabellos, saber que su talle fino estaba allí, al alcance de su mano...

En el puerto de Ragusa encontraron a un capitán veneciano que aceptó embarcarlos en su cogge para llevarlos a la península italiana. Siguiendo las costas de Istria, el navío evitó ser capturado por una gran galera berberisca que enarbolaba el pabellón del sultán de Argel; los salvó el dominio de los vientos que tenían los venecianos. Durante toda la travesía, Laüme se quedó en el puente observando las maniobras con los ojos brillantes. Cuando fue evidente que los piratas fracasaban en su empeño de abordar el barco mercante, hizo una mueca y se retiró, contrariada.

—¡Me hubiera gustado tanto ver una batalla! —le dijo a Galjero, torciendo su boquita para recalcar su decepción.

Desde Venecia, la pareja continuó hacia el sur. Antes de Ferrara, Laüme indicó aún el emplazamiento de dos botines ocultos, pero se negó a guardar uno de ellos, compuesto únicamente de copones de plata chapada en oro y de crucifijos labrados. A la salida de Rávena hicieron alto en un albergue, en el fondo de un pequeño valle pedregoso. Les dieron mal de cenar y prefirieron dormir en la paja de las caballerizas antes que en las camas infestadas de parásitos que les ofrecieron. Cuando reemprendieron el camino, por la mañana, tres jinetes andrajosos les siguieron a distancia. Los alcanzaron y los atacaron en medio de un monte alto; pero Galjero, más grande, más fuerte y más curtido en el combate, los mató sin que llegaran a tocarle. Laüme, desde su caballo, se inclinó encima de los cadáveres. Las aletas de su nariz palpitaron al respirar el olor de la sangre fresca. Poseída de un fuego repentino, puso pie a tierra y tendió la mano hacia los cadáveres. Mojó los dedos en las heridas y, tímidamente al principio, la frotó en sus muñecas; después, enardecida, se puso a

embadurnarse la frente, las mejillas, el cuello, la tela de su vestido... Galjero la dejó hacer, porque las señales de contento que daba con aquellas abluciones rojas le satisfacían. Que Laüme riera, que Laüme fuera feliz, era en aquellos momentos su mayor deseo, y si a Laüme le gustaba untarse de sangre fresca, como les gusta a los niños revolcarse en el barro en sus juegos, él estaba dispuesto a atravesar a todos los bandidos de Italia para ella. La muchacha puso sus manos en forma de cuenco, recogió las gotas que caían de una vena y hundió la lengua en el líquido. Escupió de inmediato lo poco que había lamido con una mueca de intenso disgusto.

—¡Un simulacro de alma! —gritó—. ¡Ese hombre tenía un simulacro de alma! ¡Si hubiera bebido, me habría contaminado! ¡Quizás hubiese muerto!

Galjero vio como palidecía de pronto, bajo su máscara púrpura. Ella arañó su vestido manchado y le suplicó que la ayudara a quitárselo allí mismo. Galjero hizo saltar las costuras y la desnudó; después, con el corazón palpitante, corrió a buscar en sus alforjas una botella de agua de la reina de Hungría. Frotó y lavó con el perfume el cuerpo ensangrentado de Laüme. Por primera vez, vio y tocó sus hombros, sus senos, sus piernas y la hendidura de su sexo. De rodillas delante de ella, no pudo evitar rozar con un beso su vientre suave y cálido, más liso que la lápida de una tumba...

En Florencia, el caballero preguntó muchas veces por el legado Nicola da Modrussa sin que nadie pudiera orientarle. Al fin, un viejo sacerdote le dijo que el que buscaba se encontraba en la provincia vecina de Siena, a veinte leguas de allí. Galjero y Laüme galoparon durante dos días en medio de un paisaje de suaves colinas y de olivares azulados. Atrás quedaban los bosques del Danubio y la Dalmacia salvaje, y ya no se obligaban a seguir caminos secundarios. Italia era un país violento, pero al menos los ejércitos turcos no pisaban su suelo. Sus caminos rectos y amplios, recuerdo del imperio más grande que conociera el mundo occidental, se adaptaban maravillosamente al paso de sus caballos.

Un poco antes de Siena, les indicaron la dirección hacia la pequeña ciudad de Corsignano, cuya muralla franquearon una tarde a mediados del verano. El lugar se encontraba en medio de una gran actividad. Habían enviado innumerables obreros para edificar una iglesia nueva, palacios, villas... No quedaba una calle que no estuviera cubierta de piedras sillares, de mármoles, de vigas, de cajas con piezas talladas. Un guardia de la villa los condujo a través de aquel dédalo hasta un corso, ante un alto edificio blanco que les dijeron que era la residencia del legado. Cuando supo quién preguntaba por él, Nicola da Modrussa bajó corriendo la gran escalinata para arrojarle en brazos de Galjero. Había envejecido, y su figura se había hecho más basta, pero su mirada era tan viva y su voz tan melodiosa como siempre.

—¡Así que habéis venido, amigo mío! —exclamó, casi al borde de las lágrimas—. ¡Siempre supe que estábamos destinados a volver a vernos, aun después de tantos años! Me hacéis muy feliz al pisar por fin el umbral de mi morada. ¡Pero no venís

solo! ¿Quién es la joven persona que os acompaña?

Con la mirada puesta en la muchacha, Nicola avanzó hacia ella, el rostro de pronto serio.

—Su nombre es Laüme —murmuró Galjero—. Nuestra historia es larga y extraña. Os la contaré después, si ello os sirve de distracción.

Nicola tendió la mano a la muchacha para ayudarla a bajar del caballo y se inclinó respetuosamente ante ella.

—Ni Donatello ni Mantegna han pintado jamás un rostro de belleza tan turbadora como el vuestro, signorina Laüme. Los italianos amamos la belleza y la respetamos como el más ilustre signo de nobleza. Podéis estar segura de que aquí más que en ninguna otra parte recibiréis los homenajes que merecéis.

Modrussa dio unas palmadas y una nube de sirvientes los rodeó, unos para llevar los caballos a las cuadras, otros para traer a los viajeros lienzos y vasijas con agua para refrescarse y copas de vino fresco para saciar la sed. Una mesa fue dispuesta en una gran terraza que dominaba el valle, sobre el que ya caía la noche. Nicola escuchó con una mezcla de pasión y melancolía la historia de los años de campañas conducidas por el voivod Tepes.

—¿Sabéis —preguntó el legado— que los alemanes de Rutenia han difundido hasta aquí xilografías que muestran a Tepes celebrando una fiesta en medio de un bosque de cuerpos empalados? Aún circulan panfletos sobre él que lo pintan como un monstruo, un hombre lobo sediento de sangre, una bestia sanguinaria que torturaba por placer lo mismo a turcos que a cristianos.

Galjero suspiró.

—Los verdaderos enemigos del voivod no eran tanto los ejércitos de la Sublime Puerta como el rey Corvin, los burgueses de las villas francas de la frontera alemana y el clero ortodoxo que nunca le perdonó su conversión. Era un príncipe duro y severo, es cierto. Pero su crueldad no se cebó más que en sus adversarios y en los miembros de su pueblo que se mostraban dañinos por alguna razón.

—Un príncipe digno de serlo no es, de hecho, un hombre como los demás —intervino Laüme—. En interés de todos, debe apartar de sí la debilidad y la misericordia, virtudes demasiado vulgares. ¿Cómo podría si no gobernar a la mayoría de los hombres, si él mismo se rebajara al nivel abyecto de la moral cotidiana?

Modrussa se quedó sin habla. La compañera de Galjero no sólo era una de las criaturas más bellas que nunca hubiera visto, sino que además se mostraba apasionada por cuestiones de política y de filosofía.

—En verdad sois una persona sorprendente, signorina Laüme —declaró, alzando su copa de hipocrás—. Me congratulo de albergar bajo mi techo a una joven tan bella y distinguida.

Tras una cena de carne de cisne y frutas, Nicola hizo traer un gran tablero de madera en el que estaba clavado un plano arquitectónico.

—Amigos míos, no os he revelado aún las razones de la confusión que reina en

las calles, ni el porqué de mi presencia en este burgo, cuando debería estar llevando una existencia apacible en Florencia o en Roma. Veréis, este lugar es la villa natal de Silvio Piccolomini, que fue nuestro papa Pío II. Él tenía el proyecto de convertir el lugar donde nació en la ciudad ideal. La ciudad perfecta... Y yo estoy aquí para ejecutar su voluntad. Mirad cómo lo ha trazado su mano: todo está calculado, nada ha quedado al azar. Los edificios deben recibir las influencias benéficas de los astros para canalizarlas hacia sus habitantes, lo mismo que la inclinación de los tejados y los conductos de arcilla llevan el agua hasta las cisternas. Así, los cuarteles de la guardia y la sala de armas están ubicados igual que Marte lo está en el cielo. La Academia de las artes se coloca conforme a Venus. El tribunal se halla en la perpendicular de Júpiter y los calabozos en la de Saturno. La iglesia, claro está, ocupa el lugar del Sol, y el hospital el de la Luna, señora de los fluidos humanos. Las proporciones de las calles y los edificios reflejan la proporción áurea y otras medidas sagradas. Si consigo llevar a término este proyecto a la escala reducida de este burgo, el nuevo papa Sixto IV ha prometido realizar transformaciones similares en Roma. Las demás ciudades, al ver nuestro éxito y comprobar que nuestros habitantes se vuelven mejores, nos imitarán sin tardanza.

Galjero aferró su copa de vino y hundió los ojos en el líquido oscuro. Laüme, en cambio, no ocultó su risa:

—Señor legado, creo que sois bueno y sincero, pero ¿cómo es posible que después de tantos años conozcáis tan mal a los hombres? ¿Todavía os imagináis que tienen la voluntad de vivir juntos, de enmendarse, de perfeccionarse? No serán vuestros muros orientados según las figuras de los planetas en el cielo los que cambiarán sus gustos vulgares y los convertirán a todos en estetas y en sabios. Si hay algo que pueda obrar ese milagro, os lo aseguro, eso es la fuerza y nada más.

Nicola da Modrussa apretó los labios y frunció el ceño; después, su expresión se suavizó tan deprisa como se había endurecido.

—Algunas villas ya están acabadas. Y una de ellas está aún inhabitada. El «campo» en el que se encuentra está dedicado todo él a Venus. Aceptad vivir en él durante unas semanas o unos meses... Entonces veremos juntos, bella Laüme, si las proporciones que concentran aquí abajo los efluvios sutiles del planeta Amor han templado un poco vuestro duro parecer.

LA DAMA DE LA TOSCANA

Nicola da Modrussa hizo abrir las puertas de la villa Áurea, una mansión patricia cuyos altos ventanales daban a un paisaje apacible de prados y vergeles. Con el oro amasado por el camino, Galjero contrató domésticos, palafreneros y cocineros, y vivió así con Laüme hasta el principio del otoño. Durante algún tiempo, la muchacha pareció divertirse corriendo y bailando en las vastas salas de muros decorados con frescos que representaban a Afrodita y las ninfas; pero su alegría no duró mucho. Pronto, languideció, hizo cerrar los postigos de su habitación y se encerró en el silencio. Inmóvil en su cama, ya no comía, y su piel blanca se volvía aún más pálida. Galjero era la única persona cuya presencia toleraba. Un día, mientras notaba la mano fría de la muchacha en la suya, él le preguntó si iba a morir.

—Eso depende de ti, caballero —respondió ella—. Hace mucho tiempo que adivinaste lo que soy. También sabes cuál es el alimento que necesito para vivir y ser feliz. Mi existencia está a merced de tu voluntad. Si tú quieres, yo seré fuerte, pero si te falta el valor, desapareceré. Y entonces nada, jamás, podrá hacerme volver a tu lado; porque si reniegas de mí me matarás.

Galjero estrechó su mano y se retiró. Bajó a las cuadras, ensilló su corcel y dejó la villa sin mirar atrás. Debía de ser mediodía, pero la luz era pobre. A través del vitral negro de las nubes, el sol parecía tan apagado como durante un eclipse. Galjero clavó las espuelas en los flancos de su montura y tomó el camino mayor de Siena, sin saber dónde encontrar lo que buscaba. Poco antes de anochecer, retumbó un trueno y cayeron rayos en la tierra a su alrededor. La lluvia que empezó a caer a raudales no fue un obstáculo para él. Siempre al galope, guiado por una especie de fiebre, tomó un largo camino bordeado de cipreses que llevaba a un castillo aislado. En las ventanas brillaban luces, como el faro que advierte a los barcos en la noche.

Galjero se presentó al intendente para pedir cobijo durante la tempestad, y fue conducido a presencia de los señores, que deseaban verle para proponerle un mejor abrigo que el porche en el que se había refugiado. Era una pareja de jóvenes esposos de Siena que poseía por herencia un dominio en medio de algunos campos de trigo y parcelas de bosques madereros. El hombre debía de tener treinta años, y la mujer acaso diez o doce menos. Había sido madre y mostraba con orgullo su hijo de pocos meses al desconocido. En cuanto puso los ojos sobre la criatura, Galjero supo que aquél era el presente que deseaba Laüme. Sacó su daga, hundió primero la hoja en la garganta de la madre y después le cortó la garganta al padre, que estaba desarmado. Empapó un trozo de tela de batista en una copa de vino y metió la tela en la boca del bebé para hacerle dormir con el alcohol. La escena se había desarrollado casi sin ruido y libre de testigos. Con el niño oculto bajo su capa, Galjero ganó la salida sin ser visto por los criados. Deslizó su carga en el saco que llevaba detrás de su silla y

partió a galope tendido entre un torrente de hojas y lluvia.

Cuando regresó a la villa Áurea, bien pasada la medianoche, Laüme le esperaba. Las pupilas de la muchacha eran como dos puertas abiertas de par en par al infierno.

Aquella noche, después de consumir los fluidos del niño, Laüme se entregó a Galjero por primera vez. Al día siguiente y al otro permanecieron enlazados, disfrutando uno del otro. Laüme había perdido su palidez cerúlea. Su tez estaba resplandeciente y su boca era una amapola que encerraba sus dientes de gata. En las paredes, las mejillas de las ninfas estaban manchadas de lágrimas rojas. Cuando hubieron satisfecho su deseo, dejaron la habitación y prohibieron el paso a todo el mundo. Galjero descuartizó los restos del bebé y los arrojó a los perros vagabundos; después, más tranquilo, vestido con sedas cálidas y terciopelos finos, fue a tomar asiento en la terraza junto a su dama, para beber vino con canela y contemplar la puesta del sol. Laüme se acercó a él:

—No ha sido tanto la sangre del niño lo que me ha alimentado como tu fuerza y determinación para hacerme esta ofrenda. Le impondré esta prueba de amor a cada generación de tu descendencia, pero sólo una vez a cada uno de ellos. Será el tributo que me rendirá tu linaje a cambio de su protección, su prosperidad y su grandeza.

—Entonces, ¿eres eterna? —preguntó Galjero en un susurro.

—Mi origen está en las almas que el filo de tu espada arrancó de los cuerpos de tus enemigos. He nacido también de tus sufrimientos y de tu fuerza. Tu voluntad es mi madre. Mientras ella se perpetúe en los hijos de tus hijos puedes tener la certeza de que yo viviré.

—¿Los hijos de mis hijos? —Se asombró él—. Tú serás quien me los dé, ¿no es así?

—No puedo hacer ese milagro —respondió Laüme sin que ni un ápice de tristeza se denotara en su voz—. No he nacido de mujer. Lo único que tengo de mujer es la envoltura y la apariencia. Mi vientre puede dar y recibir placer, y sólo está hecho para eso, no para que en él germine la semilla de un hombre.

—¿De quién tendré entonces mi descendencia?

Laüme cerró los ojos y sonrió; parecía buscar un rostro, un signo entre las tinieblas del futuro.

—No lo sé todavía —dijo ella abriendo los párpados—. Pero tu esposa mortal procederá de mí. Yo la elegiré y la llevaré hasta tu lecho. Pero antes de eso, es necesario que haga de ti un verdadero señor. Mientras tanto, sírveme más vino y desnúdame, pues siento un gran deseo de hacer temblar de nuevo tu cuerpo.

Laüme y Galjero pasaron el otoño en juegos de caza y de amor. Cada noche, los muros de villa Áurea resonaban con los gritos que los amantes elevaban al acoplarse.

Nicola da Modrussa iba a menudo a visitarles; conocía, y no se la reprochaba, la reputación de lujuria que se habían ganado en la villa.

—Quizá fui tonto al entregaros una casa situada bajo el signo de Venus —dijo un día en tono de broma—. Según los rumores, estáis bajo su influencia directa.

—Esta casa nos gusta tanto que deseamos comprárosela —replicó Galjero mientras echaba sobre la mesa una bolsa de piedras preciosas—. Laüme y yo hemos abandonado definitivamente Valaquia y sus malditos turcos. Nos quedamos en Toscana. Voy a reclutar una tropa e iré a guerrear. ¿Con qué bando me aconsejáis que me alíe? ¿Con los gibelinos de Siena, o con los güelfos de Florencia?

Modrussa reflexionó un instante acariciando su barba.

—Es una elección delicada, capitán... Los de Siena poseen grandes virtudes, es verdad, pero son amigos del emperador. Eso los convierte a menudo en enemigos del Papa. Por lógica, debería aconsejaros que os inclinaraís por los florentinos, que son nuestros aliados.

—Vuestro consejo está notablemente falto de firmeza, legado —intervino Laüme en un tono severo.

—Es que la realidad es compleja y las alianzas tienden a invertirse o a corromperse. Por haber tenido el inmenso privilegio de acompañar a Su Santidad Pío II durante cuarenta años, puedo deciros en confianza que era un hombre de grandes perspectivas. Un visionario, incluso... Conocía los límites de la religión cristiana y buscaba a menudo más allá de la Biblia las referencias que alimentaban sus convicciones más íntimas. Leía el Pirnandro y el Picatrix, a Hermes Trismegisto y a Platón. Su visión no estaba corrompida ni por sus intereses personales ni por el legado de sus predecesores. En realidad, sus simpatías eran, en secreto, para el Imperio antes que para Francia. Pero ¿cómo es su sucesor actual? Yo lo conozco poco. Me parece más rígido, y también más cobarde. En cuanto a la personalidad de los Médicis, creo...

—Basta de política —cortó bruscamente Laüme, irritada por el largo discurso—. Ofrécele tu brazo a Florencia —dijo, volviéndose hacia Galjero—. Allí es donde se celebran las fiestas más bonitas.

En los valles en torno a Corsignano y en las tabernas de los barrios bajos de Florencia, Galjero reclutó una cincuentena de bravucones a los que equipó con armaduras nuevas y monturas rápidas que él mismo costeó. También asumió su manutención por un período de tres meses durante los cuales les transmitió sus conocimientos de la guerra y los convirtió en una tropa disciplinada pero feroz. Cuando al fin los juzgó preparados, los dispuso en filas, los condujo a las orillas del Arno y les hizo simular combates a la sombra del Ponte Vecchio, mientras las lavanderas huían dando gritos y dejando en el sitio las grandes sábanas blancas a merced de las salpicaduras de las cabalgatas. Mientras dejaba abrevar a su caballo, Galjero vio como se acercaba un gentilhombre rodeado de una pequeña comitiva. Con su sombrero alto y sus zapatos de colores vivos, el recién llegado parecía una

muchacha tanto por su porte como por la finura de su rostro imberbe y sus grandes ojos dulces.

—Sé reconocer una tropa magnífica en cuanto la veo, signore. Vos sois el capitán que comanda a estos hombres, ¿no es así?

—Sí, soy yo —respondió Galjero, no sin rudeza, con una voz fuerte y exagerando su acento extranjero.

—Decid vuestro precio, señor. Os compro.

—El sueldo no será muy alto. Pero tendréis que dejarnos algún botín.

—Todo lo que toméis en Luca, Pisa, Siena y Arezzo os pertenecerá, a condición de que plantéis nuestros colores.

—El trato cerrado queda, pues. ¿A quién debo obedecer?

—Sabed que Juliano de Médicis es desde ahora vuestro señor.

El joven Juliano de Médicis estaba estrechamente asociado a su hermano, Lorenzo, en el gobierno de la ciudad. República en la forma, pero autocracia de hecho, Florencia le gustó a Laüme desde que hizo su entrada en ella. Feliz de dejar al fin la austera y provinciana Corsignano, la joven dilapidó quince mil florines, una fortuna, para adquirir en propiedad una mansión situada a dos pasos de la piazza della Signoria, el palazzo degli Specchi, más pequeño pero tan bello como la villa Áurea. Cuando Galjero le hizo una observación sobre este gasto, ella contestó que la campiña toscana estaba llena de tesoros, y que ella sólo tenía que darse un paseo para descubrir al azar uno nuevo cada día. Al día siguiente, mientras cabalgaban a menos de una legua de las murallas, le indicó al valaco dónde encontrar un cofre lleno a reventar de monedas de oro del tiempo de los etruscos y de los antiguos romanos. Poco más tarde, fue una cajita de rubíes olvidada en las aguas de un foso y, al día siguiente, tres sacos de ducados en los restos de un carro abandonado bajo unos ramajes.

En la ciudad, la presencia del rico condotiero extranjero y su joven compañera de belleza venenosa propiciaba un sinfín de cotilleos, pero Galjero no pudo penetrar en la intimidad de los príncipes hasta que probó su valor en el primer combate. De todos modos, el enfrentamiento, que opuso a rúcanos y florentinos, no fue de gran envergadura. Había empezado con una descarga de tres bombardas enemigas. Ubicadas en una altura, habían barrido las primeras líneas de piqueros y espantado los caballos de la caballería regular. Galjero había tenido la prudencia de habituar a sus caballos al fragor de los cañones, para lo cual ordenaba a sus hombres redoblar los tambores y armar un gran estruendo a las horas de alimentar a los animales. El valaco puso a su tropa en orden de batalla, subió la colina, diezmó a los servidores de la artillería enemiga y se apoderó de las tres bombardas, que depositó aquella misma noche en el arsenal de Florencia. Celebrado por esta victoria, un día más tarde fue presentado a Lorenzo de Médicis en el palacio del Gobierno.

Al contrario que su hermano, el hijo mayor de Cosme tenía un semblante rudo y altivo. Sus rasgos irregulares, sin gracia, manifestaban un humor sombrío. No obstante, era amigo de las artes, y Florencia nunca había contado con tantos talleres de pintura, escultura y arquitectura como bajo su mandato. Continuador de la obra de su abuelo Cosme, también hacía traducir al por mayor manuscritos griegos, hebreos, árabes o persas, que emisarios designados a tal efecto adquirirían por todo el mundo conocido.

—¡He aquí el intrépido a quien debemos algunos nuevos artefactos en nuestros depósitos! —exclamó el señor de la villa—. Oigo hablar mucho de vos, signore Galjero. Pero la gente se hace preguntas... No se sabe nada de vuestros orígenes, no de las razones que os han impulsado a poneros bajo nuestras banderas. Explicadme un poco todo eso, ¿queréis?

—He combatido mucho tiempo contra los turcos en mi país —empezó Galjero—. Pero esos tipejos eran más numerosos que nosotros. Arrasaron mis tierras y degollaron a mi gente. Así que reuní lo poco que me quedaba y vine aquí porque un viajero me había asegurado que el sol era agradable y el acero tan afilado como en mis montañas. Ésa es mi historia, así de simple, y no tengo otra que contaros.

Médicis lo examinó de pies a cabeza. Por instinto, no le gustaba aquel hombre fornido, demasiado apuesto, de rasgos más nobles que los suyos pero con mirada de asesino. Tampoco se creía la fábula que acababa de contarle. Hubiera apostado a que el extranjero no era de origen aristocrático. Y sin embargo... todo en sus poses y en sus modales hablaba del aristócrata orgulloso y de cólera fácil. Ante él, Galjero había cruzado los brazos sobre el pecho con insolencia y sostenía la mirada del príncipe.

—Este mercenario es un buen combatiente y un jefe de tropas nato —susurró Juliano al oído de su hermano—. Nuestra gente ya le ha cobrado aprecio. Y se habla mucho sobre el encanto inefable de su dama.

Al escuchar estas palabras, el semblante de Lorenzo se tornó al momento más amable. Dejando de lado sus reparos, invitó al valaco a su mesa y lo instaló a su izquierda, aunque le habló poco y apenas lo miró mientras duró el ágape. Cuando Galjero dejaba el palazzo Vecchio, dos gentilhombres a los que había visto en el banquete se acercaron a él.

—Parece que no le habéis caído en gracia a nuestro príncipe, signore Galjero —dijo el primero de ellos sin presentarse—. Eso es enojoso si deseáis haceros un nombre en esta ciudad.

—Enojoso... o ventajoso —corrigió el segundo—, según el viento hinche las velas del lado de los Médicis o las deje flácidas en provecho de otro.

—¿Qué debo entender de vuestras alusiones, señores desconocidos?

—Perdonadnos. Nuestra prisa por hablaros nos ha hecho faltar a la cortesía más elemental. Pertenece a la familia Pazzi. Yo soy Jacopo y éste es Francesco.

Los dos hermanos eran jóvenes y apuestos, aunque la ambición se leía en sus rasgos tan claramente como un amén al final de la página de un misal. Banqueros de

profesión, poseían una fortuna casi tan importante como la de los Médicis, pero sus antepasados —maldita fuera su mediocridad— no habían llegado a alcanzar las altas esferas del poder.

—¿Qué deseáis? —preguntó Galjero, más ansioso de ir a desnudar a Laüme que de tramar intrigas.

—No deseamos nada de vos, signore —dijo Jacopo, contemporizador—. Solamente advertiros. No os comprometáis demasiado con una facción que se debilita a cada instante y a la que el pueblo no ama. Si Florencia se subleva un día contra sus actuales señores, pensadlo dos veces antes de desenvainar vuestra espada para salvar a una familia que no os recompensará jamás de acuerdo con vuestros méritos.

—Mientras que otra podría hacerlo mejor... —concluyó Francesco, y le dio un buen mordisco a una manzana verde.

El cuerpo de Laüme estaba untado en aceite perfumado, y sus largos cabellos cepillados caían como un velo sobre sus hombros desnudos.

—Florencia es un nido de víboras —dijo, con la más encantadora de las sonrisas—. ¿Los Pazzi contra los Médicis? Eso puede granjearnos buenas oportunidades. Si escogemos bien nuestro campo puedes ganar títulos y tierras.

Sus manos barajaban con desenfado un juego de extraños naipes con figuras coloreadas que iba poniendo uno a uno delante de sí. Galjero sintió crecer el deseo entre sus ingles.

—¿La época nos es propicia, verdad? —dijo, hundiendo sus dedos entre los cabellos de la muchacha—. ¿Es eso lo que piensas?

—Sin duda es buena. Acepta los primeros avances de los hermanos Pazzi. Quizás estén destinados a reemplazar a los Médicis. Habría que saberlo.

—¿No puedes adivinarlo? ¿No puedes descubrir el porvenir igual que sabes encontrar monedas de oro debajo de las piedras?

—Un día tendré ese poder. No lo tengo por ahora.

Obedeciendo a su dama, y pese a la renuencia que sentía, Galjero se introdujo por un tiempo en el entorno de los Pazzi. Los hermanos parecían amantes de la buena vida y contaban con muchos amigos sinceros. Cuando se paseaban por las calles, el pueblo humilde les saludaba y los burgueses les reverenciaban. Ellos respondían sin altivez alguna a los festejos y las sonrisas.

—Los Médicis han comprado Florencia —explicó Francesco al valaco cuando empezó a afirmarse su confianza en él—. Llevan tres generaciones corrompiendo a los funcionarios municipales para adquirir y conservar los cargos. Queremos poner término a esta situación. Florencia no necesita tantas estatuas en las calles ni pinturas en las paredes. Florencia necesita hospitales, escuelas nuevas, cisternas y graneros... Y nosotros, los Pazzi, se los daremos.

Los ciudadanos de Florencia no eran los únicos que apoyaban a los dos hermanos.

El propio Papa, movido por oscuras razones políticas, les había prometido su apoyo.

—Parece que la cuestión está decidida —juzó Laüme cuando Galjero le hubo contado todo lo que sabía.

—Jacopo y Francesco planean derrocar a los Médicis desde hace mucho tiempo. Su golpe no puede fallar. En una semana, a lo sumo un mes, Florencia habrá cambiado de cara.

—Quizás... —Atemperó Laüme—. Tendríamos que estar seguros para jugar a la carta ganadora. No puedo adivinar el porvenir de un hombre porque es una cuestión demasiado sutil. Pero conozco un espejo capaz de reflejar el futuro de una ciudad, de un pueblo...

Galjero encontró un recién nacido abandonado por su madre, envuelto en una mísera manta en el umbral de una iglesia. El niño apenas respiraba. No gritó cuando el hombre lo tomó y lo deslizó en su alforja. Entre los vapores de la sangre vertida por la criatura, Laüme vio moverse formas e imágenes. Semejante a una profetisa de la antigüedad, susurró su oráculo a Galjero.

Bajo su inmensa cúpula, la catedral de Santa María del Fiore estaba abarrotada. Rodeado por todas partes, Galjero no había podido avanzar lo suficiente para alcanzar un banco y sentarse cerca de las familias patricias venidas a comulgar en el oficio de Pascua. Empujado sin miramientos hasta un rincón, maldecía los peinados altos, que le impedían ver por encima de la multitud. De los hermanos Pazzi sólo había visto furtivamente a Francesco, que pasó por su lado sin apenas fijarse en él. Su rostro estaba más serio que de costumbre y sus pestañas batían con rapidez sobre sus ojos enrojecidos por la falta de sueño. En cuanto a los Médicis, permanecían invisibles. Sin embargo, Galjero sabía que estaban allí, ocupando los asientos de primera fila delante del sacerdote que acababa de iniciar la misa. El valaco, imitando a los fieles, adoptó una postura de penitencia para escuchar el sermón. En el momento en que el religioso dejaba el púlpito, el ruido de una espada al salir de su funda resonó en la nave, provocando gritos y una avalancha humana que creció como una ola. Galjero se abrió camino y vio a los hermanos Pazzi acometer a los Médicis. Acorralados contra la puerta de la sacristía, éstos se defendían con uñas y dientes, pero lo reducido de su séquito los condenaba a una muerte segura frente a la treintena de esbirros que los acosaban. Galjero dio media vuelta, salió de la catedral tan deprisa como pudo y atravesó la explanada corriendo. En la esquina de la plaza aguardaba su compañía de jinetes. Él montó a caballo y dirigió la carga conduciendo su tropa al galope por las naves del santo lugar. La violencia del contraataque rompió el cerco en torno a los Médicis. Entre el estrépito de las armaduras y el retumbar de los cascos al golpear el pavimento de mosaico, el altar fue volcado, los bancos rotos, las estatuas tumbadas... Pisoteando cadáveres, el caballo negro de Galjero relinchaba como Bucéfalo bajo el furor de Alejandro. Cuando todo terminó, los hermanos Pazzi fueron atados y

arrojados a los pies de Lorenzo. Los conjurados temblaban de rabia y maldecían a sus enemigos en un dialecto incomprensible para Galjero. Pero el príncipe no les dedicó ni una mirada: inclinado sobre una forma sin vida, lloraba la muerte de su hermano Juliano.

Tal como Laüme había visto en las vísceras del niño sacrificado, la conspiración abortada de los Pazzi aportó gloria y fortuna al valaco. Lorenzo pronunciaba con devoción el nombre del inesperado salvador de la dinastía en el poder. El día en que ejecutaron a Francesco y Jacopo, que fueron colgados sobre la fachada del palazzo della Signoria, el señor de Florencia admitió al extranjero en la Orden de San Esteban creada por Cosme, y le ofreció un vasto dominio de pastos y olivares a tres leguas de la ciudad. Una pequeña fortaleza colgada sobre una cumbre dominaba las tierras. Pero Laüme no quiso dejar el palazzo degli Specchi.

—Has llegado en poco tiempo a donde quería llevarte —le dijo a su amante—. Te has mostrado fuerte, sin miedo, obediente. Ahora te queda una tarea que cumplir, aquí mismo, en Florencia, y no en ningún campo aislado. Debes consagrarte a ella plenamente, porque los años pasan y tus días ya están contados.

A Galjero se le encogió el corazón. Extendió las manos y vio que estaban arrugadas y cubiertas de manchas pardas. Cada vez que observaba su rostro en el agua de una fuente o en un plato de cobre, veía las profundas arrugas en torno a sus ojos y su frente, los cabellos blancos en sus sienes, y eso le asustaba. No era la muerte lo que temía el guerrero. No. Lo que asustaba a Galjero por encima de todo era la inevitable pérdida de Laüme. Una vez franqueadas las puertas de la noche eterna, nunca más la estrecharía en sus brazos, nunca más la vería reír y danzar como una niña por las salas de la villa Áurea. Él desaparecería y ella seguiría viviendo. Otros quizá la poseerían, la amarían...

Galjero suspiró y se obligó a sonreír pese a su tristeza.

—Ahora debes tener un hijo —afirmó Laüme, con tanta compasión en su voz como si hubiera leído en su alma como en un libro abierto—. Tu linaje debe continuar: es nuestro pacto.

—Mi amor no irá a otra mujer que no seas tú, Laüme. ¡Quiero poner el anillo de boda en tu dedo!

Ella lo miró con severidad.

—De grado o por la fuerza, tendrás el hijo que te pido. ¡Lo tendrás!

Sus uñas largas y duras se hundieron con tanta fuerza que traspasaron la piel de Galjero. Éste hizo un movimiento de retroceso, como ante el ataque de una pantera. Laüme deshizo su presa enseguida. De repente, más dulce que la miel, alzó la mano hacia el rostro de su amante.

—Tú me pusiste el anillo. Recuerda..., el camafeo que encontraste en la isla de las Serpientes. Me lo diste cuando te lo pedí. No se ha separado de mí desde aquel instante. Es el sello de nuestra unión, una unión más fuerte que la muerte, más fuerte que el tiempo.

Galjero miró por un instante brillar la piedra tallada, pero su corazón oprimido no encontró ningún consuelo. Sin embargo cedió.

—¿Y con quién quieres que me despose?

—Poco importa su nombre. Su rango y su capacidad de procrear son los únicos puntos a considerar. Sólo buscamos un vientre.

—Pero ¿cómo lo encontraremos?

—Lorenzo —aseguró Laüme—. Lorenzo te lo encontrará.

Las bodas del primero de los Galjero con la distinguida marquesa Nuzia d'Oglieri fueron las más singulares que se puedan imaginar. De rostro estrecho y puntiagudo, con las mejillas sonrosadas y la frente lisa, rasurada para que pareciera más alta según la moda de la época, la prometida era joven y tenía bellas formas. Hija única de un padre abatido por el mal sagrado, era propietaria de tierras que la hacían rica. De carácter alegre, amante de las artes, curiosa y viva, era uno de los partidos más codiciados de Florencia. Cuando Lorenzo de Médicis, su tutor, la prometió a Galjero, más de un gentilhomme maldijo al valaco por ese privilegio insolente. Sin embargo, el condotiero tenía el rostro ceniciento y la mirada vacía cuando depositó el beso nupcial en los labios de la doncella. Apenas contestaba a los que acudían a cumplimentarle y a desearle una descendencia pronta y numerosa. A mediodía, sin ni siquiera dar la sombra de un pretexto, abandonó el campo de hierba en el que se habían levantado los toldos para el banquete. Lo llamaron, lo buscaron, pero no lo encontraron. Mal que bien, ocultaron a la joven desposada lo que muchos adivinaban.

—Ha ido en busca de su amante —murmuraban a su espalda.

—Es una bruja —sostenía uno.

—¡Un hada! —Corregía otro.

—Ni hada ni bruja, sólo es su puta —concluía un tercero.

Al caer la noche, Galjero reapareció. Sin una palabra, o casi, condujo a su mujer a la cámara nupcial. El valaco mantuvo los ojos cerrados todo el tiempo que estuvo con Nuzia, para no pensar más que en Laüme. Sin alegría, lanzó a la matriz de su esposa un esperma que la fecundó al primer chorro. En cuanto supo que ella había concebido un heredero, interrumpió las relaciones íntimas con su esposa.

Todas las noches, todas las fuerzas, las consagraba a Laüme. Hasta la última fibra de su ser estaba volcada hacia ella. Ella había penetrado en él como un veneno sin remedio, un licor suave y mortal, un vino lleno de maleficios y de belleza.

Durante el parto, fue en secreto a rezar a la catedral de Santa Croce para que viniera una niña. Para su absoluta desesperación, nació un niño.

—¿Te entregarás a mi hijo como te has entregado a mí? —le preguntó a Laüme en la hora que siguió al nacimiento—. ¿Le mostrarás tu cuerpo? ¿Le abrirás el camino entre tus muslos?

—Sí —respondió ella simplemente—. Me poseerá como tú me has poseído. Y su

hijo después de él, y el hijo de su hijo... Y cada vez seré un poco más lasciva, porque habré aprendido de las generaciones precedentes. Mi pobre Galjero —continuó, riendo—, tú eres el que me ha abierto, pero no serás el que obtenga de mí los mayores placeres.

Furioso por estas palabras, Galjero dejó la ciudad al alba, en el instante en que las puertas de la muralla se abrían a una campiña sumida en la bruma. Erró durante todo el día al azar de los caminos. Por la noche, hizo entrar a su agotada montura en una red de ciénagas. Y entonces, haciendo sangrar los flancos del caballo a golpes de espuela, obligó al reacio animal a hundirse hasta el fondo en las verdes aguas.

DRAGONCINO

Desde el calamitoso día de sus nupcias, Nuzia Galjero se marchitó como una hoja arrancada por el primer viento de otoño. Con apenas veinte años, sus cabellos se habían encanecido, y su bello y terso rostro se había cubierto de arrugas angulosas que el artificio del maquillaje no podía ocultar. Nada, ni tan sólo el espectáculo de la primera sonrisa o de los primeros pasos de su hijo, ni la emoción por los primeros balbuceos del niño, había podido distraerla de su melancolía. Herida en lo más secreto de su ser, no podía curarse del amor no correspondido que había consagrado a Galjero.

Porque ella había amado a su esposo con locura, con pasión, sin confesárselo. ¿De qué habría servido? Mucho antes de conducirla al altar, Galjero se había viciado el espíritu en contacto con una cortesana que trajo con él desde su país de montañas y de nieve. Una muchacha cuyo nombre no pudo evitar pronunciar en el curso de la noche en la que se había unido a Nuzia para asegurarse la descendencia. Nuzia estaba segura de que su esposo solamente había sentido disgusto hacia ella. Después de años de viudedad, vivía aún bajo el peso de aquella desdicha, aquella vergüenza, aquella humillación. Para escapar a ese recuerdo, eligió alejarse de Florencia y vivir sola en un dominio apartado que heredó de su padre. Las amigas que habían intentado arrancarla de su reclusión acabaron por perder la paciencia. Nuzia, obstinada, prefería el desierto de su campiña, y ya sólo recibía las visitas de Isola Giorni, una pariente cercana, deformada por la artritis pero siempre dispuesta a desafiar el polvo del verano, las brumas del otoño o los hielos invernales para acudir a su lado e intentar entretenerla. Era así como Nuzia se enteraba de las últimas noticias que agitaban la ciudad y la provincia; pero por interesantes que fueran, ninguna había logrado arrancarle la sombra de una sonrisa. A Nuzia sólo le interesaba la mención de un nombre.

—¿Y esa Laüme? —insistía sin desmayo—. ¿Vive aún en Florencia? ¿Por qué no se decide a volver al lugar de donde vino? Dios sabe cómo rezo para que lo haga...

Isola fruncía el ceño con feroz reprobación. Detestaba la insistencia malsana de su sobrina en hacerle evocar un asunto que le repelía por encima de todo. Eran precisos no pocos suspiros y ruegos para que la vieja dama se decidiera a hablar.

—La muchacha sigue aquí. No creo que se marche...

—¿Y qué hace? ¿Qué quiere?

—Sólo sé lo que dicen los rumores, y ya te lo he contado infinidad de veces.

—Dímelo otra vez...

—No ha dejado el palazzo degli Specchi. Da fiestas. Mira a los hombres batirse por ella. Ya ha habido dos muertos... Francesco y Paolo, los dos hijos del Fazelli, el orfebre, se pelearon por sus favores. Se enfrentaron en duelo y se mataron el uno al

otro, Olivio Valcra perdió un ojo en otra pugna, mientras que Pietro Safanese fue trepanado y perdió el uso de la palabra.

—¿Y nadie se opone a ese escándalo? ¿Ni una voz se alza para exigir el exilio de esa extranjera?

—Lorenzo la protege. Y otros con él, muchos otros. Se ha introducido en la corte y vive como una gran dama. Hasta Marsilio Ficino y Pico della Mirandola hablan de ella con el mayor respeto. Dicen que es ilustrada, y que indica a los enviados de Lorenzo dónde encontrar textos raros en los confines de Oriente. Es la nueva musa de la Academia, la Hipatia de Florencia.

Nuzia se desesperaba. Cada día, la antigua amante de Galjero parecía seducir a un nuevo pintor por su belleza, a un nuevo sabio por su erudición...

La viuda sufría mil torturas en lo más hondo.

—¿Y la Iglesia? ¿Qué dice la Iglesia?

—Se asegura que el próximo papa será Rodrigo Borgia. ¡Un depravado! ¿Tú crees que la Iglesia va a tener la menor voluntad de oponerse a los caprichos de Lorenzo si Borgia es promovido al trono de san Pedro? Esos dos están cortados del mismo patrón. ¡Una pocilga! En eso se está convirtiendo nuestra provincia bajo el dominio de hombres como ellos. Yo le rezo al señor para que nos envíe la redención y la humildad, le pido que los franceses se decidan a cruzar la frontera para retomar su reino de Nápoles. El rey francés, Carlos VIII, no tolera el desorden. Él sabrá meter en cintura a nuestras ciudades y perseguir a los instigadores de disturbios como esa muchacha.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces, no sé cómo vamos a deshacernos de criaturas como ella... A no ser que carguemos nuestras almas con un pecado muy grave.

Una bolsa con diez florines de oro. Eso fue lo que, una tarde de junio, pusieron delante de Bartolomeo al fondo de la más piojosa de las tabernas de Florencia. ¿Habría visto nunca tantas monedas juntas en su carrera de soldado de fortuna? Quizás alguna vez las había arrancado de la cintura de un muerto, pero no lo recordaba. Tendió la mano con avidez e hizo desaparecer el dinero entre los pliegues de su gastado jubón.

—Y lo mismo cuando el encargo esté hecho. ¿De acuerdo?

La silueta que tenía enfrente se limitó a inclinar la cabeza. Bartolomeo gruñó y aferró una frasca de «vino santo» para llenar su panza ya vacía. Por lo común, era reticente a tratar con desconocidos, pero la suma que le ofrecían era demasiado importante como para arriesgarse a estropear el negocio haciendo preguntas indebidas. Mientras contenía a duras penas un eructo, intentó de todos modos adivinar la identidad del hombre sentado ante él. Apenas veía una barba gris, peinada y limpia. Bajo un sombrero de ala ancha, los rasgos del rostro quedaban sumidos en

la sombra.

—No intentéis adivinar quién soy —advirtió el desconocido en tono serio—. Yo no tengo importancia. Sólo soy un reclutador, un ejecutante. Como vos. Limitaos a matar a quien se os ha dicho.

Bartolomeo desenvainó su daga y se entretuvo rascando los restos de cera que manchaban la mesa.

—Como gustéis —convino al fin con indiferencia—. Nos encontraremos aquí mismo dentro de cuatro días. Quedaréis satisfecho de mí.

Después, pasó la tarde gastando parte de sus ganancias con unas fulanas.

Por la mañana, fue a rondar la ciudad, no lejos de la morada de su futura víctima. Durante toda la jornada y la siguiente, vigiló las idas y venidas de los criados para recordar sus rostros, y sólo se distraía dando patadas a los cerdos municipales que Lorenzo de Médicis había hecho soltar para que limpiaran las calles con poco gasto. Algo después del alba del tercer día, siguió hasta el mercado a dos sirvientas encargadas del aprovisionamiento de las cocinas. Se había hecho acompañar de un bribón al que había prometido una moneda si le ayudaba a apoderarse de las domésticas. En una calle sombría, dejaron sin sentido a las mujeres y las llevaron a un taller de herrería abandonado. Degollaron a la de mayor edad para asustar más si cabe a la otra. Bartolomeo obtuvo todo lo que quería saber de la pobre muchacha aterrorizada. Cuando terminó con la prisionera, dejó que su compañero se satisficiera con ella y después le rompió la cabeza a la infeliz con un martillo antes de ocultar los dos cadáveres detrás de un montón de vigas medio quemadas.

A mitad de la tarde, se atiborró con puré de lentejas, ciruelas arrugadas y cinco grandes cebollas cocidas en su jugo, porque necesitaba forraje. Por fin, llegada la noche, volvió a la ciudad y se deslizó por los jardines hasta una glicina que serpenteaba sobre la tachada de la mansión. Ágil como un gato, escaló las plantas. La noche era cálida, todas las ventanas estaban abiertas. Penetró en el interior sin ser visto. Tres horas antes del alba, el lugar estaba tan silencioso como un cementerio. Bartolomeo sonrió. Todo iba de maravilla. Sin apresurarse, se desató las calzas, se agachó y sacó de su interior un largo zurullo blando y marrón, muy oloroso, cuya expulsión le produjo gran bienestar. Una vez vestido de nuevo, pasó cuidadosamente la hoja de su arma por la mantequilla negra de la mierda. A su manera, Bartolomeo era un profesional concienzudo: sabía que si por cualquier razón no podía terminar con su víctima, las heridas que le produjera con esa arma mancillada provocarían una segura gangrena. Sosteniendo el cuchillo con firmeza, avanzó de puntillas a lo largo de un corredor que llevaba a la habitación donde dormía su víctima.

Al principio no hubo nada, nada en absoluto. O quizás un soplo tan ligero que podía confundirse con la brisa en el corazón de la noche. Después, muy deprisa, no hubo lugar a dudas. ¡Sí! Ahora estaba seguro, alguien en el palazzo tocaba una melodía de flauta. El intruso se acurrucó en un rincón y se encogió, como un erizo atacado de repente. Con los nervios tensos, intentó adivinar de dónde procedía

aquella música. Pero en vez de eso, su cerebro no pudo impedir abrirse lentamente al ritmo que surgía del instrumento. La melodía era alegre y muy armoniosa, y extraña también. Bartolomeo nunca había oído nada igual. Era una danza, una variación de tresca o de estampie...

De manera involuntaria, su pie empezó a marcar el compás. ¡Era una locura! ¡No debía hacerlo! Bartolomeo notó que su corazón latía más acelerado. La melodía era tan placentera, tan agradable... Sintió deseos de oírla mejor. Dejó su escondrijo y volvió sobre sus pasos, pues le parecía que el son provenía de los jardines y no del interior de la mansión. Se asomó a la ventana para escuchar. No, la melodía procedía de las plantas inferiores. Pisando sus excrementos sin darse cuenta, Bartolomeo descendió la escalera. Le dolían las sienes y el sudor bajaba por su frente. Esa flauta, ¿dónde estaba? El deseo se intensificó; con una sonrisa en sus gruesos labios, se echó a reír y a silbar la melodía del instrumento, todo su cuerpo se tensó de pronto como la cuerda de un arco. Dejó su cuchillo para dar palmadas con las manos y ponerse a danzar. ¡Un salto! ¡Una vuelta! ¡Un salto! Bartolomeo no había sido tan feliz desde que mató al primer hombre, a la edad de once años. ¡Un salto! ¡Una vuelta! ¡Otro salto! Y aquella flauta que aceleraba la cadencia... Ahora iba deprisa, cada vez más deprisa. Una vuelta... Un salto... ¡Muy deprisa! ¡Muy deprisa! ¡Un salto! ¡Otro salto! Imposible detenerse. Su corazón estalló por el esfuerzo, y Bartolomeo cayó al suelo sin vida. Justo encima de él, anidado en el zócalo de una estatua de mármol que representaba a la musa Euterpe, el espíritu guardián del lugar volvió a dormirse, satisfecho de haber trabajado para su señora, y fortificado por la muerte que acababa de provocar.

Durante mucho tiempo Dragoncino Galjero ignoró todo acerca de su padre. Las personas que lo rodeaban contestaban poco y mal a las raras preguntas que se atrevía a formular cuando era pequeño, dejando su curiosidad insatisfecha y siempre más ardiente. Alegre, hábil y en continuo movimiento, el niño se ahogaba al lado de una madre llorosa y timorata que reprimía el menor de sus pasos. Aunque los caballos le fascinaban, las cuadras le estaban prohibidas. Interesado en los otros, sólo conocía caras de adultos austeros y fríos. A los seis años no pudo más y, después de varias tentativas abortadas, logró escaparse. Se deslizó al exterior por una brecha de la muralla y recorrió los campos durante varias horas antes de que unos campesinos lo encontraran, dormido sobre el heno de un granero. Aquella pequeña aventura dejó en él profunda huella. Los insectos que había tenido entre los dedos, los lagartos que había dejado correr por sus piernas y el perfume vivo de las flores le confirmaron en el sentimiento de que la vida era un tesoro a tomar y que bastaba con extender la mano para asirlo. Pese a las reprimendas de Nuzia y a la obligación que se le impuso de reparar de inmediato la brecha del muro por la que había huido, reiteró sus fugas y siempre encontraba un modo u otro de burlar la vigilancia celosa de la que era objeto.

Un día, debía de tener diez años, se perdió y cayó en una especie de foso que se abría traidoramente bajo un tapiz de hierba seca. Aterrizó junto a dos víboras que se enrollaron en él y le mordieron salvajemente en el cuello y la cara. Loco de cólera y dolor, el pequeño agarró uno a uno a los animales y les reventó la cabeza sobre el canto de una piedra. Salió por sus propios medios de la fosa polvorienta en la que había caído; a pesar de sus denodados esfuerzos, el veneno que fluía por su cuerpo no le permitió ir demasiado lejos. Bajo el calor del mediodía, su cuerpo se cubrió de un velo helado y sus músculos se endurecieron como la arcilla en el horno. Al poco, se desmayó en un bosque bajo alejado de los senderos.

El sol iniciaba su descenso en el horizonte y nadie había acudido a socorrerle. Los insectos corrían ya por su cuerpo y las comadreja acudían a lamer su piel fría, cuando una fina sombra avanzó hacia él. Era Laüme. En la mano llevaba un sapo que había cogido en el fondo de una charca. Mientras acariciaba el vientre del animal, sacó una larga aguja de sus cabellos recogidos en un moño y la clavó con destreza en las carnes blandas del batracio. La pequeña criatura no sufrió. Sus patas se contrajeron un segundo, su espinazo apenas tembló y su espíritu estalló como una pompa de jabón en el éter. Laüme presionó el cadáver por encima del muchacho y exprimió hasta la última gota de sangre antes de romper el cráneo de la bestezuela con un sílex. Efundió los dedos en la masa gris y roja del cerebro, desmenuzándolo, y extirpó una especie de piedra lisa, una concreción apenas más grande que una gragea, que colocó bajo la lengua del niño. Esperó una, quizá dos horas. Sin impacientarse, sin rezar, los ojos siempre puestos en los rasgos inmóviles de Galjero.

Su caballo negro esperaba cerca de allí, atado a un tronco. El animal llamó la atención de los servidores enviados en busca del niño. Estupefactos, los domésticos apenas se atrevían a acercarse a aquella joven de lujoso vestido carmín, con una bandolera bordada en oro de la que colgaba una faltriquera redonda al lado de una afilada daga. Pero Nuzia los lanzó sobre ella. Sin resistirse, con los ojos fijos en los de Nuzia, que chillaba de odio y de cólera creyendo que acababan de asesinar a su hijo, Laüme se dejó apresar y tratar de bruja, de asesina, de diablesa... Pero los insultos no borraron su sonrisa.

En el mismo instante en que una horca se alzaba, apuntada a su cuello, un estertor sacudió a Dragoncino. Con una gran inspiración ruidosa, el chiquillo volvió de repente a la vida. Escupió instintivamente la piedrecilla, se incorporó a medias y agitó los brazos, como si buscara emerger a la superficie de unas aguas oscuras. Sus miembros recuperaron su suavidad y calidez, y su respiración volvía a ser amplia y regular.

—Yo no he matado a tu hijo —explicó Laüme—. Le han mordido dos víboras. La piedra que he puesto en su boca ha absorbido el veneno como una esponja, y la sangre del animal que he vertido sobre él ha salvaguardado su espíritu cerca de su cuerpo durante la purga. Yo he captado el peligro y he venido a él. ¿Y tú? ¿Qué hacías tú? ¿Gemir en tu habitación? ¿O acaso estabas planeando enviar otro asesino

contra mí para vengarte por no haber sabido amar a tu esposo?

Nuzia se echó a temblar, las pestañas le aleteaban y tenía la piel color ceniza. Laüme, de pronto, parecía más grande, más salvaje. Los dos hombres que le sujetaban los brazos la soltaron, y las picas vueltas hacia ella descendieron. Lentamente, atravesó el grupo de campesinos y subió a su caballo sin que nadie la molestara.

Fascinado, Dragoncino corrió hacia ella y cerró su manita en los bajos de su vestido. Laüme le sonrió.

—¿Sabes, niño, que Hércules estranguló con sus manos dos serpientes que le atacaban cuando todavía lloraba en la cuna? ¿Te gustaría vivir el mismo destino que ese héroe?

—No conozco a ese Hércules del que habláis —reconoció Dragoncino, avergonzado.

Esta candida repuesta provocó una refrescante carcajada en la amazona.

—Pues yo te enseñaré, niño. Sí, te prometo que un día cercano te enseñaré.

Y azotando la grupa de su caballo con un golpe de fusta, lanzó al galope su montura piafante entre las mechas de polen que traía el viento de la tarde.

Dragoncino aguardó con paciencia —cualidad contraria a su naturaleza— que la mujer del caballo negro regresara, tal como había prometido. Pero los años pasaron sin que su bella silueta apareciera de nuevo. Poco a poco, abandonó la espera y acabó por convencerse de que el episodio de las serpientes no había sido más que un sueño de infancia. Al crecer, unía cada vez más la antigua belleza de su madre con la nobleza de rasgos de su padre. Inflamado por un fuego cada vez más vivo, exaltado por la reclusión que le imponía Nuzia en el corazón de la soledad del gran dominio, los únicos instantes de placer que conseguía robar se producían cuando, llegada la medianoche, se deslizaba fuera de la casa para batir la región a escondidas bajo el cielo de Toscana. Una noche de luna llena, mientras deambulaba al azar de los caminos mordisqueando un tallo de malva, percibió una luz sobre una loma de terreno de pasto. Se acercó y entró sin miedo en el círculo que formaba una pequeña tropa instalada en torno a una hoguera. Todos los ojos se posaron en él.

—¡Eh, pequeño! ¿De dónde sales? —le dijo un bribón vestido de cuero negro y acero.

—Estáis en mis tierras —respondió Dragoncino, sin parecer impresionado por el aspecto salvaje de la banda de soldadotes.

—¿En tus tierras, niño? —Se sorprendió el hombre con una carcajada, y lo atrapó por el cuello—. Si eres un señor, valdrás mucho dinero. ¿Cuánto crees que nos darían tus padres por impedir que desolláramos vivo a un dulce conejito como tú?

—Ni un florín. No tengo padre, y mi madre no me quiere.

—Peor para ti. Morirás entonces sin que nadie te llore.

—Déjalo ir, Mondo —intervino un viejo veterano que llevaba una pluma amarilla cosida en su jubón—. No es más que un niño. El vello apenas apunta en su mentón.

El llamado Mondo volvió a sentarse cerca del fuego, renegando, mientras que el hombre de la pluma ayudaba al muchacho a ponerse de pie y le tendía una pequeña garrafa forrada con un tejido de mimbre.

—Toma, bebe. Y excusa la mala acogida. No debes temer nada de nosotros. Levantaremos el campamento al alba y no volverás a vernos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Dragoncino después de echarse de buena gana al colete un trago de la infame ratafia.

—Me llamo Kelus. Somos del partido de los venecianos y vamos a presentar batalla a los franceses que se acercan por los Alpes y atravesarán pronto la frontera.

Los ojos de Dragoncino se agrandaron y su corazón empezó a latir acelerado.

—¿Me lleváis con vosotros? —les preguntó—. ¡Yo quiero ser soldado!

Esta declaración desencadenó las risas y las bromas. Kelus se frotó la barba rubia por la que corrían los piojos.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años, casi dieciséis.

—No es mala edad para batir el tambor o para portar un estandarte. Tampoco para frotar las armaduras o aceitar las espadas. ¿Cómo te llamas?

—Dragoncino. Dragoncino Galjero.

—¿Cómo has dicho?

La voz de Kelus se había quebrado de repente. Tomó una antorcha y examinó al chico en silencio durante un minuto largo.

—¡Santa María, madre de Dios! A fe que es verdad... te pareces a él —dijo al fin—. ¡Eres su hijo! Sin la menor duda, eres el hijo de Galjero.

—¡Mi padre! —exclamó el muchacho, incrédulo—. ¿Vos conocisteis a mi padre?

—Yo fui uno de sus caballeros en la catedral de Santa María del Fiore. Aquel día sacamos a los Médicis de las garras de los hermanos Pazzi. Fue una bonita batalla. ¡Tendrías que haber visto cómo tu padre cortaba en pedazos al enemigo! Fue el mejor capitán al que he servido, nunca habrá otro como él.

El espíritu de Dragoncino se exaltó.

—Mi madre nunca me había contado eso. Ella siempre calla cuando le hago preguntas. Decidme, vos: mi padre, ¿era grande?, ¿era fuerte?, ¿de dónde venía?

Durante el resto de la noche, Kelus le contó a Dragoncino lo que sabía de Galjero. Cómo había formado una tropa con su propio dinero; cómo había cargado contra las baterías lucanas posicionadas en lo alto de una colina, y su extraño comportamiento el día que desposó a la bella Nuzia Oglieri.

—Todo el mundo decía que estaba enamorado de otra mujer que no era tu madre. Una mujer bella como el sol naciente, misteriosa como la noche. Una extranjera de su país. No sé por qué no se casó con ella. Se dice que él murió por su culpa, pero yo creo que eso es una fábula...

A la luz de la aurora, los hombres de la pequeña tropa se despertaron y ensillaron sus caballos. Kelus se esforzó en convencer a Dragoncino de que volviera a su casa, pero fue en vano. Fortificado con un nuevo orgullo, el niño quería mostrarse digno de su padre.

—La guerra es asunto feo, pequeño —murmuró Kelus en tono de prédica—. Los soldados no son muñecos de romanos a caballo. Si nos sigues, prepárate a sufrir, a conocer el hambre, el miedo y el asco de ti mismo, porque no podrás sobrevivir si muestras misericordia. La mayoría de las veces matarás por la espalda, y cuando veas extinguirse la vida en los ojos de tu enemigo ya nunca más podrás borrar esa imagen de tu memoria. Los fantasmas acompañan a quienes los han matado, debes saberlo, los atormentan y se vengan de mil maneras inimaginables. Si vienes con nosotros, echarás la maldición sobre ti. ¿Comprendes mis palabras?

Dragoncino hizo un gesto afirmativo, aunque ignoraba por completo las verdades que le había revelado Kelus en ese instante. Le dieron una daga y unos guantes demasiado grandes para él, que se deslizaban sin cesar en la punta de sus dedos. Después, el viejo guerrero lo subió a la grupa y, sin mirar atrás, sin ni siquiera pensar en su madre y en todo lo que dejaba atrás, Dragoncino rodeó con sus brazos el talle de Kelus. Por fin se sentía vivo.

Durante dos días, la banda siguió su ruta hacia Genova, donde cinco mil mercenarios aragoneses pagados por los venecianos acababan de desembarcar con la esperanza de cerrarle el paso al rey de Francia. Pero la batalla no se desarrolló por los cauces previstos y los españoles fueron dispersados antes que la banda llegara a unirse a ellos. Recibieron la mala noticia de boca de un posadero, no bien entraban en Liguria.

—Genova va a caer —predijo el hombre—. Sus defensas son más blandas que una pera pasada. Al parecer, los franceses llevan consigo setenta bocas de fuego, una caballería de mil quinientos lanceros y doce mil hombres de infantería... ¡Llegarán hasta Nápoles sin que nadie pueda detenerlos! Todas las ciudades cederán, y Florencia también.

Pese a la impaciencia de Dragoncino, que no veía la hora de entrar en combate, Kelus hizo volver grupas a sus hombres y los llevó a Bolonia, donde tenía noticias de que se estaba reuniendo un ejército de coalición. La primera mañana de octubre, bajo una lluvia espesa que dificultaba la visión a treinta pasos, se encontraron con los exploradores del ejército de Gian Galeazzo Sforza, duque de Milán, aliado de los franceses. El enfrentamiento arrancó sin preparativos y se desarrolló sin piedad. En cuanto entraron en contacto con el enemigo, Dragoncino se deslizó al suelo, se coló debajo del caballo del guerrero que atacaba a Kelus y cortó con tajos secos los corvejones de la bestia. Con un relincho de dolor y sorpresa, el animal se hundió en la hierba húmeda, levantando una lluvia de agua helada. Dragoncino saltó sobre el caballero desmontado, hundió su hoja en una rendija de la armadura y sintió la sangre cálida del hombre derramarse en su piel. Al levantar los ojos, vio que Kelus lo miraba

riendo.

—¡Galjero, eres tan valiente como tu padre! ¡Sigue, muchacho! ¡El combate no está ganado!

Galvanizado, presa de un frenesí inextinguible, el joven repitió su maniobra. Después, cansado de esa artimaña demasiado fácil, desarmó a su segundo muerto y blandió su espada para enfrentarse cara a cara con un milanés. Buscando su presa como un lobo joven en medio de una manada de ciervos, divisó a un soldado que, subido en un tocón, hacía girar un hacha de mango largo. Mondo yacía a sus pies con la cabeza medio arrancada del cuerpo. Dragoncino avanzó sin sentir ningún miedo. El deseo de matar lo animaba y sentía una voluptuosidad feroz, un placer salvaje que decuplicaba sus fuerzas y su habilidad. Evitando con un quiebro el gran hierro del hacha, lanzó una estocada bajo el mentón del hachero, que cayó hacia atrás arrastrándolo consigo, ya que no había soltado la empuñadura de la espada. Cuando se levantó para buscar una nueva víctima, Dragoncino constató que el combate había terminado. El último enemigo acababa de morir. Con el escudo perforado y la espada mellada, Kelus puso pie a tierra y tomó el arnés de un caballo sin dueño. Se acercó al hijo de su antiguo capitán y le tendió la brida.

—Los muertos no necesitan pertrechos, pequeño. Pasa tú primero y toma lo que te haga falta.

Con un cuidado de esteta, Dragoncino se compuso un atuendo de botas altas, calzas de malla y un peto de acero picado de óxido, pero de una hechura adecuada. Las piezas de su armadura eran demasiado grandes, y tuvo que rellenar su camisa y sus calzones con puñados de paja. Las briznas amarillas que sobresalían aquí y allá le daban un aire de espantapájaros que provocó las risas de sus compañeros. Pero Kelus mandó callar las malas lenguas recordándoles que el joven sire Galjero había dado muestras de un coraje excepcional en su primer combate, y que había vengado a su compañero Mondo al abatir de un golpe al verdugo milanés.

Desde aquel día, el avance de la tropa fue retrasado por tres heridos graves que dificultaban la marcha. A mediados de octubre, la compañía llegó a la Romagna, por donde el ejército francés había pasado antes. Una tarde muy ventosa penetraron en el burgo de Mordano, donde no quedaban más que piedras. Lo que allí vieron les hizo maldecir a sus enemigos para la eternidad. Los franceses no habían tenido misericordia con nadie. Las mujeres yacían desnudas en el barro. Los cadáveres de los soldados estaban amontonados sobre las barricadas y servían de pasto a las ratas y a los perros vagabundos. Echados unos contra otros, cuerpos de orondos burgueses desbordaban de un pozo donde los habían arrojado tras desnudarlos y torturarlos para hacerles confesar dónde habían escondido el oro. Kelus no había visto un horror semejante en su vida. Con el rostro descompuesto, ordenó a sus hombres cavar tumbas para sepultar a los muertos, pero era una labor demasiado pesada para una tropa de tan reducido número. Encontraron pez en los almacenes, rociaron los despojos con el combustible y los quemaron entre los muros derruidos de la iglesia.

—¿Vos creéis que Dios existe? —preguntó Dragoncino a Kelus mientras ambos contemplaban el humo negro de la hoguera, que velaba la luz de la última vidriera del edificio.

—Nunca me he hecho esa pregunta —reconoció el anciano—. Y te aconsejo por tu bien que sigas mi ejemplo. Uno vive mejor sin atontarse con esas cuestiones. Eso te vuelve melancólico, perezoso e inactivo.

Siguieron su camino y atravesaron otros burgos devastados por los franceses. Perdidos en los campos, los supervivientes erraban como sombras. Muchos habían perdido la razón y se cubrían de tierra en las zanjas como bestias en agonía. Los bosques eran entonces guarida de bandas de pobres diablos que lo habían perdido todo y que en pocos días se habían vuelto más salvajes que los osos, más sanguinarios que los buitres. La tropa tuvo que hacer frente al ataque de uno de estos grupos de desesperados, compuesto de antiguos notables, ahora famélicos, y de clérigos transidos de frío. Lo que ocurrió entonces no tuvo nada de combate. Fue algo triste y bárbaro, exento de toda piedad. Los soldados no sufrieron ninguna pérdida.

—Volvamos sobre nuestros pasos —dijo Kelus cuando atravesaban Carrara—. Ni siquiera sé dónde se encuentra nuestro ejército. A decir verdad, ignoro incluso si todavía tenemos ejército. Nada de todo esto tiene sentido. Los franceses han ganado la partida y no será nuestra pandilla de lisiados la que los detenga. La primera manga de esta guerra está perdida, hay que rendirse a la evidencia. Tomemos el camino de Mantua. El marqués es un viejo enemigo de Carlos VIII. Allí sabrán decirnos qué hacer.

Kelus y sus hombres pasaron por las puertas de Mantua el mismo día en que Florencia, asediada por los franceses, se rendía sin presentar combate, entregada vergonzosamente al invasor por Pedro de Médicis, el muy mediocre hermano del difunto Lorenzo. El tiempo era curiosamente benigno para la estación. Los caminos se deshacían en un barro pegajoso en el que los caballos se hundían hasta las cuartillas; los carros se enganchaban en las charcas viscosas y se necesitaban horas para desatascarlos. En el cuartel de los lansquenets, donde los alojaron, Kelus supo que el marqués tenía intención de aguardar la llegada de la primavera para lanzar el ejército contra los franceses.

—¡Hasta la primavera! —Se indignó Dragoncino—. ¿Por qué hemos de esperar?

—Los franceses quieren Nápoles. ¡Que les aproveche! Una vez que hayan instalado a su títere en el trono, se verán obligados a dejar fuerzas detrás de sí para protegerlo. Cuando el rey vuelva a París, su ejército será más débil y nosotros lo destruiremos más fácilmente.

Los meses de acuartelamiento en Mantua le dieron a Dragoncino la ocasión de entrenarse en el manejo de la espada como un verdadero mercenario. Kelus y sus hombres le enseñaron todo lo que sabían en materia de artes de la guerra. Durante ese tiempo le enseñó a mantenerse correctamente sobre el caballo; le explicó cómo había que apretar las piernas para hacer retroceder a su montura, obligarla a girar sobre el

terreno, incitarla a dar coces a fin de deshacerse de enemigos demasiado persistentes, o encabritarse para hundirle el pecho a un piquero. Nicolo le dio una ballesta y le hizo tirar contra blancos de mimbre hasta desencajarse el hombro. Galmundo le explicó cómo sostener un escudo y usarlo tanto para parar los golpes como para darlos. Cuando los días volvieron a ser más largos que las noches, Dragoncino había ganado peso, se había musculado y sus mandíbulas eran más recias. Había traspasado, en fin, la línea que separa al hombre del niño.

—Cada día te pareces más a tu padre —solía decirle Kelus—. Tienes las mismas cualidades que él. Pero pareces un muchacho más feliz... ¿Te gustan las chicas?

Dragoncino aseguró que no tenía la menor idea y dijo que lo mejor para descubrirlo era probarlo. Por unas moneditas de cobre, compró durante una hora a una joven coima en un lupanar. La pupila no tenía remilgos y le enseñó todo lo que suelen hacer un hombre y una mujer cuando están juntos. Dragoncino salió de la buhardilla con una sonrisa en los labios, feliz de haber descubierto un nuevo apetito, aunque se reprochó su falta de vivacidad por no haberse iniciado antes en estos juegos. Volvió varios días seguidos a visitar a la muchacha, después se cansó de ella. Tomó a Luisa, una morenita, para reemplazarla. Mientras subían a la mansarda donde ella tenía su jergón, la jovencueta le contó que ella no era de Mantua, sino que acababa de llegar de Florencia, donde había sido cardadora de lana.

—¿De Florencia? —preguntó al punto Dragoncino—. ¿Has visto a los franceses?

—No se quedaron mucho tiempo, apenas diez días. Y no se portaron mal. Pero en cuanto se fueron, el Médicis fue destituido y huyó. Ahora gobierna un fraile, y es peor que si hubieran arrasado la ciudad.

—¿Y eso por qué?

—Es un loco que ordena quemar los cuadros y las riquezas en hogueras que montan en las calles. Todo el mundo tiene que vestirse de negro y hacer penitencia. Está prohibido jugar a los dados, beber, cantar, llevar trenzas postizas en el pelo y anillos en los dedos. Los niños se encargan de hacer de policías. Denuncian a sus padres si esconden joyas o libros profanos. Yo he preferido marcharme antes que vivir en esa ciudad donde hay que poner cara de cuaresma para que no te apaleen en las calles.

—¿Cómo dices que se llama ese fraile?

—Savonarola. Pero no quiero hablar más de eso. Eres muy guapo y tengo ganas de sentir tus manos sobre mí. ¡Ven!

Dragoncino comenzaba a encapricharse de Luisa cuando el duque de Mantua mandó reunir el ejército de la Liga de Venecia para atacar a los franceses, de regreso de Nápoles.

—Buenas noticias, pequeño —dijo Kelus, sonriente—. Las fuerzas enemigas están mermadas y fatigadas. Se cuenta que su rey sufre viruela y que apenas se tiene

sobre su montura. Los franceses harán cualquier cosa para evitar la batalla, pero los obligaremos cortándoles el paso hacia Parma, a la salida de los Apeninos. Cuídate cuando entres en combate. Intentaremos mantenernos agrupados, pero si nos separa un ataque, cada uno tendrá que velar por su pellejo.

El ejército de la Liga hizo un alto a orillas de un torrente cuyas aguas estaban lo bastante bajas para ser atravesadas por hombres a pie, y se instaló a poca altura en la ladera de un cerro. Durante dos días, las fuerzas de la coalición esperaron al enemigo. Por fin, la mañana del tercer día, el emisario francés Philippe de Commynes se adelantó para negociar el derecho de paso sin combatir, pero el marqués no cedió. Ordenó el despliegue de sus tropas y las dividió en dos alas para atacar simultáneamente la vanguardia y la retaguardia. Los hombres de Kelus atravesaron el río con una gran partida de mercenarios españoles, y avanzaron contra el enemigo sin encontrar resistencia. En unos minutos, los soldados de fortuna deshicieron una delgada hilera de guardias y se lanzaron sobre los carros de avituallamiento, que se apresuraron a saquear. Kelus, que encabezaba el ataque, desmontó y saltó sobre un furgón para arramblar con unos cofres llenos de vajilla de oro grabados con la flor de lis. Era una ganga inesperada. Por su parte, Dragoncino se apoderó de pesadas colgaduras y sedas de Oriente, que sus camaradas se probaban entre risas. Tras dar la vuelta alrededor de los carros, se disponía a reunir la tropa y continuar el asalto. Demasiado tarde. En formación, y liderados por su soberano en persona, los jinetes franceses cargaron sobre ellos a galope tendido. El choque fue terrible. Sorprendidos en plena euforia y creyéndose a salvo, fueron pocos los que llegaron a sacar las espadas para defenderse. Dragoncino vio a Kelus saltar a su caballo y huir como un vulgar ladrón de gallinas, con sus amigos Nicolo y Galmundo a la zaga.

La sangre furiosa de Galjero que corría por sus venas impedía huir al joven. Rabioso, espoleó su montura y se lanzó directamente contra un grupo de enemigos que se encarnizaba despedazando a un grupito de peones arracimados en torno al estandarte de Aragón. Conduciendo su montura con los muslos, Dragoncino soltó las riendas y agarró al paso una espada tirada en el suelo, y, volteando las dos hojas alrededor de su cabeza como las aspas de un molino, se abrió camino hasta un poderoso caballo de batalla tordo cuyo jinete tenía una alabarda de hierro labrado. Dragoncino propinó una serie de golpes violentos en el yelmo de su adversario y lo obligó a volverse hacia él. El combatiente, sin duda, era un gran señor: su armadura, forjada del mejor acero, estaba finamente cincelada con complicados adornos. Había perdido su escudo y no tenía más que el mango de hierro de su larga pica para oponerse a las dos espadas de Galjero. Dragoncino se veía ya victorioso y redoblaba los esfuerzos y la celeridad cuando, de repente, su caballo perdió el equilibrio. No pudo retenerlo, cayó pesadamente y quedó aprisionado bajo la masa del animal. Mientras se protegía como podía en medio de una pelea frenética, cegado por el polvo y la grava, sintió que una pezuña golpeaba violentamente su cabeza y no llegó a saber que el rey de Francia acababa de ser salvado por sus vasallos y alejado del

combate.

Dragoncino no permaneció inconsciente mucho tiempo. Cuando abrió los ojos, la batalla estaba perdida. No se veía a un solo combatiente en el horizonte. Pese a su escaso número, los franceses habían logrado escapar de la trampa tendida por el marqués de Mantua. El ejército de la Liga de Venecia, derrotado, se replegaba en desorden hacia Parma, con los galvanizados extranjeros pisándoles los talones. Maltrecho, el joven se tentó los costados y la cabeza. Era fuerte; no se había roto ningún hueso. A fuerza de tirones, logró salir de debajo del caballo con una violenta sacudida de la zona lumbar.

—¡Fuerte como Hércules! Ya te lo dije una vez... ¿Te acuerdas, Dragoncino?

EL TORO ROJO

Allí estaba ella, ante él, idéntica en todo al recuerdo que había conservado. Erguida con dignidad sobre un palafrén de larga crin, la amazona no había cambiado nada desde el día en que había salvado a Dragoncino del veneno de las serpientes. Su rostro y su figura eran igual de juveniles, igual de seductores.

—¿Sois amiga o enemiga? —espetó el joven, todavía ardiendo con la fiebre de la batalla.

—Mi nombre es Laüme —contestó la muchacha con aire divertido—. Y creo que soy una amiga... Sí, una especie de amiga de tu familia.

—¿Mi familia? Sois una enviada de mi madre, ¿no es eso? Pues perdéis el tiempo. Podéis decirle que nunca volveré con ella.

Divertida por los gestos rabiosos de Dragoncino, Laüme estalló en una carcajada.

—Te equivocas —dijo—. No es Nuzia quien me ha enviado. Estoy aquí por ti, para ayudarte, para enseñarte cosas y hacerte rico y poderoso... mucho más poderoso que tu padre, pero un poco menos de lo que lo será tu hijo. Por ahora, es suficiente. Toma un caballo y sígueme, ya hablaremos más tarde.

Y Laüme, sin esperar más, espoleó a su animal y salió al galope.

Con el corazón palpitante, el segundo de los Galjero corrió hacia un caballo que vagaba suelto y subió a la silla. En las colinas cercanas se dibujaban las siluetas de franceses armados, que salían de los bosques y descendían por las laderas para enterrar a sus muertos. Laüme condujo a su compañero hacia el sur hasta la caída de la noche. Atravesaron paisajes de landa polvorienta y otros con más vegetación, siguieron el curso de ríos y cruzaron puentes de piedras amarillas puestos bajo la protección de santos adornados con cintas. Al anochecer, acamparon en un bosque alejado de lugares habitados. Dragoncino recogió leña seca para hacer una hoguera, pero Laüme sacó de sus alforjas una frasca de vino y un trozo de carne seca que comieron a mordiscos.

Todavía un poco aturdido por el formidable golpe de pezuña recibido en la batalla, y achispado por el chianti que había bebido, el segundo de los Galjero creía estar soñando. Incluso le asaltó la idea de que había muerto y que su alma se encontraba ahora en tránsito hacia un paraíso desconocido, guiado por un ángel rubio con cuerpo de mujer. Avanzó su mano hacia Laüme, la rodeó por el talle y la apretó contra sí. Tenía hambre de ella y sentía que ella también tenía hambre de él. Sus manos hicieron saltar las costuras de su vestido y dejaron al descubierto sus senos blancos como la leche. Tendidos sobre las hojas secas que cubrían el suelo, aquella noche gritaron mucho más fuerte que las bestias salvajes que poblaban el bosque.

—¿Adonde me llevas? —preguntó Dragoncino cuando reemprendieron la marcha.

—A Roma. En la corte del papa Borgia te esperan honores y riquezas.

Cuando llegaron a menos de cinco leguas de Florencia, Dragoncino detuvo su caballo en una altura e hizo visera con una mano sobre los ojos para protegerlos del sol.

—Desde aquí se ve la casa de tu madre —comentó su compañera—. Es eso lo que miras, ¿verdad?

Un poco avergonzado, Dragoncino asintió con la cabeza.

—Desde que te escapaste, Nuzia se puso enferma. Se encuentra a un paso de la muerte. ¿Quieres que yo cambie eso?

—¿Cómo podrías hacerlo?

—Sólo por tu voluntad, porque una vida no puede salvarse si no es a cambio de otra vida.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás pidiendo mi existencia a cambio de la salud de mi madre?

Laüme sonrió.

—Yo estoy unida a tu sangre. Si ella se acaba, yo desapareceré. ¿Aún no lo has comprendido?

—Entonces, ¿qué?

—Te pido un sacrificio para mantener a Nuzia entre los vivos y mostrarle de nuevo el camino de la luz. Ella aún es joven. Y su belleza puede renacer. Ella te ha dado la vida y te ha alimentado. Tú y yo se lo debemos, después de todo, ¿no te parece?

—Mi madre y yo no nos queremos.

—¿Tienes miedo a pasar por la prueba?

La expresión de Dragoncino se hizo sombría.

—¡Habla! ¿Qué quieres que haga?

—La sangre transporta los misterios y las impurezas del alma. Encuentra una sangre desprovista de misterio. Una sangre pura como el rocío. Ésta es la prueba que te impongo. Aquí y ahora: espero que demuestres tu hombría, o te dejaré para siempre.

—¡No!

Con los ojos desorbitados y el corazón a punto de estallar, Dragoncino espoleó su caballo y tomó el camino de una choza que conocía, no lejos de allí. Era el chamizo de un villano que trabajaba en los campos propiedad de Nuzia. El hombre era conocido por infligirle un nuevo mocoso cada nueve meses a su extenuada mujer. Dragoncino sabía por instinto que allí encontraría lo que Laüme reclamaba. Tal como esperaba, encontró a la matrona dando el pecho, rodeada de una decena de niños chillones y a cual más sucio. Al ver llegar a galope tendido a un caballero con el yelmo bajado, la mujer se asustó y corrió a esconderse fuera de la casa, en un agujero cubierto por una pesada trampa, pero Dragoncino la atrapó antes de que ella pudiera deslizarse dentro y la estranguló ante los ojos de sus hijos. Los tres mayores,

blandiendo palos y piedras, se abalanzaron sobre el agresor y le golpearon tan fuerte como pudieron, pero Galjero sacó su arma, y los mató con tanta ferocidad como si se hubiera tratado de hombres adultos. Enseguida entró en la choza y sacó a dos niñas pequeñas de debajo de un camastro donde se habían refugiado. A una de ellas la juzgó demasiado mayor y la pasó por el filo de la espada; después, golpeó la cabeza de la otra contra la esquina de una mesa para atontarla y tener tiempo de dar cuenta de los supervivientes. Pero el resto de la prole ya se había dispersado, y no quiso perder tiempo en perseguirlos. Metió a la niña inconsciente en un saco, agarró también a un bebé que berreaba en el suelo y regresó junto a Laüme. Los pulmones le ardían y su ánimo estaba exaltado por la fácil masacre que había cometido. Desde que Kelus le había aconsejado que no se agobiara con cuestiones metafísicas, Dragoncino había reducido a la nada todo su catecismo. ¿Qué le importaba haber asesinado a unos inocentes si ése era el precio a pagar por conservar a Laüme a su lado? ¿Acaso no morían mujeres y niños todos los días a manos de la soldadesca? ¿Y de la peste? ¿Y de la lepra? ¿No eliminaban con indiferencia a viejos y niños, a santos y criminales? Entonces ¿para qué hacer penitencia? Dragoncino depositó sus presas a los pies de su amante, cuyo rostro se iluminó.

—¡Qué buenos regalos me traes! En otros tiempos, tu padre me hacía ofrendas similares, pero desde entonces no he vuelto a recibirlas.

—¿Mi padre?

—Más tarde. Te lo contaré más tarde.

Como una ogresa embriagada por la carne fresca, Laüme se acercó a los niños. No bebió su sangre, sino que se la frotó como si fuera un ungüento. Dragoncino la ayudó a desnudarse y extendió con sus manos el espeso líquido sobre el cuerpo grácil de la muchacha. Él también se desnudó para pegarse a ella, el sexo enhiesto. Enervados por el olor metálico que se elevaba de los charcos rojizos, los caballos piafaban y relinchaban, tirando de sus bridas para huir de aquel escenario de locura y de muerte.

Cuando hubieron terminado de darse placer, Dragoncino y Laüme saltaron a la corriente fresca de un riachuelo y se lavaron a conciencia mientras repetían los besos y las caricias. Después, se tumbaron juntos sobre una piedra plana para secarse al sol. Una mariposa de colores vino a posarse en el muslo de Laüme, y una libélula en el hombro de Dragoncino.

—Ya lo ves, las criaturas del bosque nos aman —dijo la muchacha riendo—. Saben que no hay pecado en nuestros actos.

—Sin embargo, somos unos asesinos —dijo Dragoncino, sin una sombra de remordimiento en la voz.

—No. Somos fuertes y tomamos lo que necesitamos. Esa es la única ley que cuenta. Todas las demás no son más que patrañas, buenas para los ignorantes y para los cobardes.

Regresaron junto a sus monturas para sacar ropas nuevas de sus alforjas.

Dragoncino, como si fuera su paje, vistió a Laüme y peinó sus cabellos con un moño bajo la luz declinante del sol. Después, enterró los restos de los niños cerca de un hormiguero bullente. Por fin, al crepúsculo, los amantes salieron del bosque cogidos de la mano y guiando a sus caballos por la brida hasta los dominios de Nuzia. Laüme canturreaba una alborada occitana, que el joven Galjero repetía con torpeza, sin comprenderla.

*Bel dos companh, tan soi en ric sojorn
Qu'eu no volgra mais fos alba ni jorn
Car la gensor que anc nasques de maire
tenc e abras, per qu'eu non prezi gaire
Lo fol gelos ni l'alba^[2]...*

Cuando llegaron cerca del castillo, sólo vieron una débil luz en una ventana. Dragoncino ató los caballos en las cuadras desiertas y penetró en la casa sin encontrar a nadie. Laüme le siguió en silencio por los corredores fríos, sin color, pobremente iluminados, hasta la puerta de la cámara de Nuzia.

Ella estaba tendida sobre una cama estrecha, en una pieza oscura, casi vacía. Un sacerdote la velaba, con una Biblia acartonada apretada contra el pecho. Cuando lo vio, Nuzia se incorporó gimiendo, agitando los brazos para indicar que no quería que se acercasen. El cura se levantó a su vez y se interpuso en su camino. Dragoncino lo conocía bien: era el padre Mariani, confesor y director espiritual de Nuzia, un hombre que siempre la había impelido a ser más dura consigo misma y con los demás. Llevaba alrededor de la muñeca una correa atada a un corto látigo de cuero con plomo.

—¡Dragoncino, hijo indigno! —exclamó, blandiendo el libro ante él como un escudo—. ¡Vienes a profanar los últimos instantes de tu progenitura! ¿Cómo te atreves? ¡Márchate a Florencia! ¡Ve a arrodillarte a los pies de Savonarola y a suplicarle que perdone tus pecados! ¡Ve a hacer penitencia! ¡Vete!

Dragoncino no perdió el tiempo en palabras: sacó su daga y atravesó el corazón del viejo loco sin la menor vacilación. Horrorizada, Nuzia se llevó las manos a las mejillas y profirió un grito estridente. Laüme se inclinó hacia ella para sujetarla por las muñecas, porque estaba empezando a arañarse con las uñas su propio rostro hasta hacerse sangre.

—¡Nuzia! ¡Escucha mis palabras! —dijo ella—. He sido injusta contigo. Te he dejado sola demasiado tiempo. Siento que eres una buena chica, Nuzia. Voy a devolverte parte de lo que te quité.

Con mil precauciones, como si estuviera cuidando a una frágil criatura, Laüme retiró el crucifijo que colgaba sobre el pecho huesudo de la mujer y lo reemplazó por un delgado collar que había sacado de los largos pliegues de su manga. Al extremo de la cadena de plata colgaba una piedra redonda del color de la hierba. Nuzia cerró los

ojos y se distendió enseguida, como calmada por una droga poderosa. Sus miembros se aflojaron y dejó de gritar. Laüme le quitó el gorro de lino que llevaba y descubrió que se había rapado el cabello; una pelusa rala de pelo gris le cubría el cráneo.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Dragoncino—. Lo más sensato sería poner fin a sus sufrimientos.

—¡No! —Se opuso Laüme—. Puedo hacer que recupere la razón. He tomado la fuerza suficiente de la sangre de los niños.

Laüme se tendió al lado de Nuzia y la acunó largo rato, como una madre mima a su hijo para disipar las sombras de la noche después de una pesadilla. Nuzia parecía a punto de quedarse dormida. Sus labios se entreabrieron, su nuca se relajó y sus dedos se distendieron. Laüme le murmuraba palabras suaves al oído, de las cuales Dragoncino no entendía nada. Tal vez aquello fuera un cántico, tal vez una plegaria o un poema. O quizá no era más que un idioma sin pies ni cabeza.

El día moría lentamente en la habitación a través de los postigos de madera. Tendido en el suelo, al lado del cadáver del padre Mariani, Dragoncino también se durmió. Cuando despertó, su madre le miraba y le sonreía con ternura. Gruesas lágrimas de alegría rodaban por sus mejillas y apretaba con fuerza la mano de Laüme.

—¡Me he portado tan mal contigo! —dijo con voz ronca—. Ahora ya eres un hombre, y yo estoy orgullosa, muy orgullosa.

Dragoncino no sabía qué hacer; ni siquiera sabía qué sentir.

—He matado a hombres, madre —empezó—. Y a niños también...

—Lo sé —respondió ella tendiéndole los brazos—. Pero eso no importa. Ven a mi lado.

Más temeroso de estrechar a su madre en sus brazos que a enfrentarse al enemigo en el campo de batalla, Dragoncino se obligó a dar los tres pasos que lo separaban de ella. Un rayo de sol cayó de pronto sobre el rostro de Nuzia, y él creyó estar soñando. Jamás la había visto tan lozana. Sus rasgos habían perdido toda expresión de dureza, de tormento. Hasta sus arrugas parecían menos profundas. Sus cabellos, más abundantes que la víspera, eran también más negros, más fuertes y brillantes. Le dio un abrazo, con el corazón turbado y feliz, avergonzado y sereno a la vez.

Los amantes permanecieron en el castillo dos días más para cuidar de Nuzia. Laüme la hacía comer y la distraía inventando fábulas o canturreando alguna carola. Dragoncino arrojó el cuerpo del padre Mariani a la fosa del estiércol y convocó a los domésticos y a los siervos a los que Nuzia había despedido cuando, tras la desaparición de su hijo, se había entregado por entero a la mortificación.

—¡El trabajo se reanuda en el dominio Galjero! —gritó por las aldeas y burgos de los alrededores—. ¡Si las cosas se hacen mal, me rendiréis cuentas a mí!

La tercera mañana después de su llegada, los amantes decidieron continuar el camino hacia Roma. Nuzia ya podía caminar. En la escalera de entrada, tomó a Laüme del brazo.

—Sé quién eres —le dijo—. Siempre lo he sabido. Te he odiado mucho tiempo,

es cierto, y he planeado tu muerte. Pero entonces yo era una ignorante y estaba celosa, encerrada en mi desdicha como en un ataúd de plomo. Tú, que todo lo puedes, ¿me perdonarás algún día?

Por toda respuesta, Laüme sonrió con gran dulzura. Una vez a caballo, prometió cuidar de Dragoncino y hacer que accediera a los más altos honores.

—No te quites la piedra que te puse al cuello —dijo—. Hará venir a un hombre que te amará y que te dará lo que querías recibir de Galjero. Juntos seréis felices...

Antes de ir a Roma, los viajeros hicieron un alto en el palazzo degli Specchi, donde Laüme quería recoger las joyas y algunas fruslerías. Era la primera vez que Dragoncino se internaba en las calles de la villa. Los raros momentos en los que evocaban la ciudad, tanto su madre como la vieja tía Isola Giorni y el cura Mariani pintaban un retrato digno de Sodoma y Gomorra. Sin embargo, el joven pensó que bajo el gobierno de Savonarola sí que parecía un lugar como para salir huyendo: la atmósfera era pesada, y los pocos paseantes mantenían los ojos fijos en el suelo. Laüme señaló con el dedo pilas de leña quemada con trozos de lienzos de pintura resecos y encuadernaciones de libros ennegrecidas como el carbón.

—Desde la partida de los Médicis, Florencia persigue la belleza. Todo lo que alegra los ojos y produce placer es declarado maldito y destruido. Esto sólo durará algún tiempo, pero prefiero que salgamos para Roma. Me ahoga respirar el mismo aire que los frailes.

En una calle situada a orillas del Arno, ataron sus caballos a la anilla de un mojón de piedra y entraron en una casa patricia.

—¿Es tu casa? —preguntó Dragoncino.

—No, pertenece a un amigo.

Laüme no tuvo necesidad de hacerse anunciar para ser recibida con suma consideración. Los domésticos parecían conocerla y la acompañaron enseguida ante el señor del lugar. En un vasto jardín con vistas al río, dos ancianos conversaban sentados en un banco. Al ver a Laüme, dieron muestras de gran alegría e interrumpieron al instante su conversación. El más viejo, calvo, con una estola de marta cebellina al cuello para protegerse del viento, era Cristoforo Landino, el antiguo preceptor de Lorenzo de Médicis. El otro, apenas más joven, era Marsilio Ficino, el traductor de obras de Platón, Porfirio, Sinesio y Hermes Trismegisto.

—¡Alegría y felicidad! —exclamó Ficino elevando los brazos al cielo—. ¡Las nubes se han abierto, y de los vapores del Olimpo surge la bella Laüme! ¿Qué noticias nos traes de las esferas celestiales, ángel del céfiro?

Laüme hizo una profunda reverencia ante los dos carcamales y estalló en una alegre carcajada mientras daba una vuelta sobre sí misma, mostrando sus finos tobillos.

—El Olimpo declara que sois dos viejos insensatos por quedaros aquí. He venido

para llevaros a Roma. Me marchó hoy mismo, acompañada por este joven caballero que no osa adelantarse.

Landino y Ficino le echaron una ojeada celosa a Dragoncino, quien se mantenía inmóvil, con los brazos cruzados, a la sombra de una higuera.

—¿A Roma? —dijo Ficino, carraspeando—. ¿Has perdido el seso? ¿A nuestra edad? El camino es largo, y ¿cómo vamos a transportar nuestros manuscritos y nuestras bibliotecas sin que detengan nuestros carros a las puertas de la villa? Lo quemarían todo, bien lo sabes.

—Distraer la atención de los guardianes no es una quimera —contestó Laüme tranquilamente, mientras desgranaba un racimo de uvas que había tomado de una copa de estaño.

—Sí, puede ser... Cristoforo y yo sabemos que tú serías capaz. Pero ambos tememos el viaje. No. Decididamente, preferimos quedarnos.

—Nuestra vida está en Florencia, Laüme —añadió Landino—. Nuestros recuerdos duermen al abrigo de estas murallas. Los viejos necesitan recuerdos, es un alimento del que no pueden prescindir. Agradecemos tu proposición en lo que vale, pero debemos declinarla.

—¿Cuánto tiempo aún podréis escapar a la locura de destrucción que azota este lugar? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los esbirros de Savonarola fueren la puerta de vuestras casas y se apoderen de vuestros preciosos textos de filosofía para destruirlos en la hoguera de las vanidades?

Ficino y Landino se retorcieron las manos arrugadas sin saber qué contestar. Sin la protección de los Médicis, ellos, que se contaban entre los hombres más eruditos de su época, eran tan vulnerables como unos niños.

—No se atreverán... —aventuró con timidez Ficino.

—Savonarola ha pervertido el corazón y el espíritu de Pico della Mirandola, que ha muerto implorándole perdón. Desde que, temblando por su alma, Boticelli escucha sus sermones, ya no se atreve a pintar un cuerpo de mujer. Ha quemado él mismo todos los desnudos de su taller. ¡No lo olvidéis! ¡Esa víbora de Savonarola lo puede todo! El día en que se acuerde de vuestros nombres, pondrá el fuego de la antorcha sobre tus traducciones y tus comentarios a los maestros paganos, Marsilio.

Como bajo el efecto de un golpe, el viejo filósofo se encogió un poco más y retrocedió hasta el banco, donde se sentó y masculló algunas palabras antes de quedarse en silencio.

—Yo puedo matar a ese monje bellaco —afirmó Dragoncino, decidiéndose a intervenir en la conversación—. Por malvado que sea, no será inmortal.

Laüme sonrió y apretó la mano de su amante.

—No puedes asesinar a Savonarola. Eso comprometería los planes que tengo para ti.

—¿Y tú? Tú sabes curar a las víctimas de los venenos; seguramente también sabrás prepararlos. ¿Por qué no le echamos veneno en la sopa?

Laüme suspiró y se apartó para sentarse en el murete que miraba al Arno. Sus ojos se posaron en el lento curso del río.

—Se convertiría en un mártir. Su fantasma sería aún más peligroso que su persona.

—Laüme tiene razón —asintió Landino—. Matar a ese hombre sería hacer nacer nuevas vocaciones y suscitar deseos de venganza, algo que hay que evitar a toda costa.

—¿Qué hacer, entonces? —preguntó Dragoncino, exasperado.

—Esperar a que los excesos de los monjes se vuelvan un día contra ellos —sentenció la joven—. Mientras tanto, para protegeros a ti, Marsilio, y a Cristoforo, puedo fabricar unos amuletos que disuadirán a los extraños de franquear vuestras propiedades. Vuestros preciosos libros estarán mejor custodiados por ellos que por unos soldados.

Laüme escarbó con las manos desnudas en la tierra húmeda a sus pies y moldeó dos figurillas de barro. Los dos viejos, fascinados, no se perdían ni uno solo de sus gestos. Los dos juntos recitaron:

—Verba secretorum Hermetis —verum, sine mendacio, certum et verissimum; quod est inferius est sicut quod est superius; et quod est superius est sicut quod est inferius, adperpetranda miracula rei unius. Et sicut omnes res fuerunt ab uno, mediatione unius, sic omnes res natae fuerunt ab hac una readaptatione. Pare ejus est Sol, mater ejus Luna; portavit illud Ventus in ventre suo; nutrix ejus Terra est. Pater omnis telesmi totius mundi est hic. Vis ejus integra est si versa fuerit in terram. Separabis terram ab igne, subtile a spisso, suaviter, cum magno ingenio. Ascendit a terra in caelum, interumque descendit in terram, et recipit vim superiorum et inferiorum. Sic habebis gloriam totius mundi. Ideo fugiet a te omnis obscuritas. Hic est totius fortitudine fortitudo fortis; quia vincet omnem rem subtilem, omnemque solidam penetrabit. Sic mundus creatus est. Hinc erunt adaptationes mirabiles, quarum modus est hic. Itaque vocatus sum Hermes Trismegistus, habens tres partes philosophiae totius mundi. Completum est quod dixi de operatione Solis^[3]...

La solemnidad con la que Ficino y Landino habían salmodiado la Tabula Smaragdina hizo resoplar a Laüme.

—¡No creáis, como los judíos, que las palabras son importantes! —les dijo—. No son más que patrañas para niños. La verdadera fuerza radica en la voluntad, y la voluntad es muda. Las palabras son bonitas, impresionan a los ignorantes, pero el poder resbala sobre ellas sin dejar huella. La voluntad, en cambio, es una materia mucho más permeable.

Terminadas las figurillas, se las llevó una tras otra al corazón. Cerró los ojos y permaneció largo tiempo inmóvil y en silencio. Los tres hombres la miraban sin osar moverse. Por fin, cuando la noche se hacía negra a su alrededor, Laüme volvió a abrir los párpados y depositó las figurillas junto a sí.

—Los guardianes están listos —anunció—. Voy a enseñaros cómo mantenerlos

con vida y fortalecerlos. Una vez que los hayáis escondido cerca del umbral de vuestras casas, ningún inquisidor podrá penetrar en ellas.

Fatigado, apenas interesado en el saber que la muchacha transmitía con gravedad a los dos boquiabiertos vejestorios, Dragoncino fue a tenderse en la hierba contra el tronco de un limonero. Envuelto en su capa, se puso a contar las estrellas y se sumió en el sueño mientras ponía los ojos en Sirio.

La punta mojada del zapato de Laüme contra su mejilla le despertó al alba. Cubierto de rocío, temblando, pero feliz al contemplar el rostro de su amada dorado por el sol naciente, el muchacho se levantó de un brinco. Sacudiéndose como un perro joven, proyectó a propósito gotas de agua helada sobre Laüme, que se echó a reír y huyó como una niña entre los árboles. Él se lanzó tras sus pasos, saltó sobre ella como un lobo sobre una gacela y la hizo rodar entre las flores. Envueltos en sus pieles y apretujados uno contra el otro en el banco, Marsilio Ficino y Cristoforo Landino bebían a sorbos un bol de miel caliente con grosellas machacadas y se daban codazos.

—Ya lo ves, Marsilio —dijo Landino—, no estábamos equivocados. Nuestros viejos maestros tenían razón. Jámblico, Porfirio... ellos sabían que hay que poner fe en la existencia de las amables ninfas. ¡Existen! ¡Existen de verdad!

—¡Ah, si Gemistos Plethon y Cosme de Médicis hubieran podido conocer a Laüme! —suspiró Ficino—. Si solamente hubiera aparecido en la época del Concilio... El espejo roto de Afrodita habría podido arreglarse al fin y el gran Pan hubiera vuelto a reinar en el mundo.

—¿Y quién te dice que no es ésa la verdadera intención de está criatura sublime?

Riendo, a cual más mojado y con los cabellos constelados de briznas de hierbas y de pétalos arrugados, Laüme y Dragoncino volvieron junto a sus anfitriones. Unos sirvientes trajeron huevos y aceitunas, queso y panceta, cuellos de cisne estofados y vino dulce.

Cuando todos se hubieron saciado, Laüme y Dragoncino se despidieron, tomaron sus monturas y atravesaron el Ponte Vecchio sin que ningún comerciante los llamara. Los tenderetes de tablas de los parapetos estaban casi todos cerrados, y los pocos que aún ofrecían alguna mercancía vendían telas ásperas y descoloridas y crucifijos de madera.

—Si esto es la ciudad de Dios, me iré a vivir a la del Diablo sin pensármelo —murmuró Dragoncino mientras observaba con disgusto a su alrededor.

Al extremo del puente, veinte o treinta «aulladores», niños espías dirigidos por Savonarola, estaban sentados cerca de una fuente. Sus harapos habían sido frotados con carbonilla para oscurecerlos, y cada uno de ellos portaba un garrote de hierro en la cintura. Cuando vieron llegar a la pareja, se pusieron en pie, y el mayor, de rostro desfigurado por el acné y con orejas salientes, avanzó con osadía.

—¡Vosotros dos! ¿No sabéis que está prohibido llevar ropaje de colores y montar a caballo? ¡Éstos son signos de orgullo que desagradan mucho a Dios nuestro señor! ¡Desmontad y desnudaos! Como penitencia, iréis desnudos a implorar su perdón a la

iglesia más cercana; después os atarán a la picota dos o tres días exponiendo vuestras partes pudendas para doblregar un poco vuestra altivez.

Los otros niños sacaron sus porras y se acercaron, medio fanfarrones, medio feroces, excitados con el pensamiento de las estupendas escenas que se avecinaban. Dragoncino ya aferraba la empuñadura de su espada cuando Laüme retuvo su brazo.

—¡Espera! —le dijo en un murmullo—. Quédate montado y déjame a mí tratar con estos piojosos.

Cuando ya las manos aferraban los bajos del vestido de Laüme para desgarrarlo y las botas de Dragoncino para tirarlo al suelo, el granujilla ordenó de repente que se detuvieran. Sus rasgos se transformaron; de burlones y malignos pasaron a expresar una suerte de éxtasis místico.

—¡Dejadlos! —gritó a sus tropas—. Esta noble amazona es una santa, y su escudero, un arcángel. Vienen del cielo y son nuestros señores. ¡Dejadlos, os digo! Vuestros ojos son demasiado sucios para ponerlos sobre ellos, y vuestras manos están demasiado cargadas de pecados.

Los niños no sabían qué hacer. Uno de ellos hizo caso omiso de la orden de su jefe y dio un tirón seco del vestido de Laüme, provocando con su acto el desgarro de una costura. Loco de rabia, el de los granos se echó sobre él y le golpeó con su cachiporra invocando sacrilegio. El rebelde, inconsciente, cayó como un pelele. Los otros niños retrocedieron, sin comprender por qué su jefe les privaba de repente de semejante ocasión de ver, y acaso de palpar, los encantos de la bella dama. Hubo murmullos de desaprobación, pero la negra mirada que el adolescente dirigió a su tropa aquietó al instante todo amago de motín. El capitán de los «aulladores» arrancó con la mano una rosa que florecía al borde de un muro y se la tendió a Laüme, que le dio las gracias, risueña ante su cortesía. El muchacho se inclinó haciendo mil gracias ridículas y desmañadas.

—Adonde quiera que vayáis, os escoltaremos para que nadie ose molestar a vuestra señoría —dijo, después de algunos rodeos con torpes cumplidos.

Laüme y Dragoncino llegaron así, bajo la mirada asombrada de los escasos transeúntes, al palazzo degli Specchi. Laüme puso algunas cosas en un gran saco de cuero, mientras que Dragoncino la esperaba fuera. Los amantes dejaron Florencia por la puerta de San Giorgio cuando sonaba la sexta, la hora canónica de mediodía. Por el camino de Arezzo y de Viterbo, llegaron a Roma en cinco días.

—¿A qué juego vamos a jugar ahora? —preguntó Dragoncino cuando llegaron a la vista de las siete colinas.

—Es una sorpresa —contestó Laüme acariciando el cuello de su caballo—. Pero hay mucho que hacer, y te prometo que vamos a divertirnos como nunca.

«Un toro de gules en campo de oro sobre bordura de sinople y ocho brezos de oro». Tal era la lectura heráldica de las armas de la casa Borgia. Nacido en España poco

más de sesenta años antes, Rodrigo de Borja, el papa Alejandro VI, había italianizado su nombre y sus costumbres mucho tiempo atrás. Lujurioso, amante del dinero y los placeres por encima de todo, había gastado una fortuna para comprar su elección a la silla de San Pedro, dinero que recuperaba muy ventajosamente al conceder sus indulgencias a precios exorbitados. Fino político, hipócrita, a todas luces carente de escrúpulos, había reprimido con brío una revuelta de la curia dirigida por el cardenal Della Rovere, hombre próximo a Savonarola. De temperamento sanguíneo, menos letrado que Pío II pero también versado en literatura cortesana, era padre de cuatro bastardos, entre ellos una hija. Los dos mayores eran remilgados e insulsos; los dos menores, bellos y voluptuosos.

—Conozco un poco a César, el benjamín de los hijos del Papa —dijo Laüme—. Nos vimos muchas veces en Florencia. Es apenas mayor que tú, pero ya ha sido consagrado cardenal. Empezaremos por colocarnos detrás de su estela. Ha abandonado hoy mismo su cargo, pero es astuto y ambicioso. Estáis hechos para entenderos.

A sus veintiún años, César Borgia tenía perfil de águila y unos iris de un negro insondable. Su elevada estatura, su nariz recta y su corta y cuidada barba hubieran hecho de él un hombre atractivo para las mujeres incluso aunque no hubiera tenido la fortuna de nacer Borgia. Cuando supo que Laüme acababa de franquear las puertas de la villa, la hizo llevar a su mansión del barrio de Borgo, a orillas del Tíber, a dos pasos de la basílica de San Pedro. Dragoncino no había visto en su vida un palacio tan vasto, tan suntuosamente decorado con estatuas de mármol y frescos de vivos colores. César Borgia ofreció a sus visitantes hospitalidad por tiempo ilimitado.

—Vuestra inspiración ha sido acertada, dama Laüme —le dijo en su primera entrevista—. Florencia ya no es un lugar para vos. Mientras sigan reinando los fanáticos, gozaréis de mi protección y de la de mi padre. Aquí podréis llevar la vida que os plazca.

Laüme le dio las gracias y, en su compañía, se retiró detrás de unas colgaduras; Galjero escuchó poco después sus risas ahogadas. Mientras sentía crecer en su interior una oleada de cólera, una muchacha muy joven surgió de repente a su espalda y lo tomó del brazo.

—Yo soy Lucrecia —le dijo sin cumplidos—, la hermana de César. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Dragoncino. Dragoncino Galjero.

—Es un nombre extraño, pero me gusta. ¿Te gustaría besarme?

Lucrecia estaba fresca, envuelta en un perfume de gardenias embriagador. Sus cabellos rubios brillaban como gráciles virutas alrededor de su rostro risueño salpicado de pecas. Dragoncino se inclinó sobre sus bellos labios entreabiertos.

—¡Ven! —dijo ella, después de que hubieran mezclado sus lenguas—. Vamos a ver de qué se ríen mi hermano y tu mujer.

Lucrecia apartó el velo que tapaba la alcoba, metió la cabeza en la habitación y

lanzó una exclamación de júbilo. Dragoncino apartó la cortina más ampliamente.

César tenía los calzones bajados y penetraba a Laüme, que estaba medio tendida sobre un banco. Con el vestido subido hasta la cintura, los ojos erráticos, la muchacha se mordía el puño para sofocar sus suspiros de placer. Dragoncino sintió que el corazón le estallaba en el pecho. Una mezcla de celos y de fascinación por la escena le poseía y desgarraba sus entrañas. Lucrecia surgió detrás de él y entró en la alcoba dando saltitos. Murmurando tonterías, la joven Borgia desanudó los últimos lazos del corpiño de Laüme; después, se apoderó de los bellos senos medio desnudos y los masajéó sabiamente para hacer enrojecer los pezones y endurecerlos aún más. Enardecido por esta visión, gruñendo y babeando como un jabalí, César aumentó la cadencia de sus embestidas. Levantó más arriba los muslos de Laüme y se hundió en ella, cada vez más rápido y más hondo. Dragoncino no resistió más. Avanzó hacia Lucrecia, que acababa de desabrocharse el vestido revelando su cuerpo de bejuco henchido de savia.

En los meses que siguieron, los cuatro repitieron a menudo estas diversiones. A veces, otros se unían a ellos, hombres y mujeres elegidos por su nobleza y su bella apariencia, patricios de la corte del Papa o diplomáticos extranjeros. Dragoncino compartía a Laüme sin más reservas. Le producía placer ver que se entregaba como una ramera a otros hombres. Le gustaba y ya no le daba miedo, porque ella siempre volvía a él, incluso después de haber pasado la noche con César y sus gentiles amigos, cuando él no había sido invitado a la orgía. Ella se tendía a su lado, húmeda del semen de extraños, pero tierna y envolvente. Él era el único a quien le decía palabras de amor cuando se enlazaban y, sobre todo, el único a quien murmuraba promesas y secretos.

—Haré de ti un gran señor —le juraba—. Más poderoso que los Borgia. Y a tu hijo... Para empezar, pondré sobre tu frente la corona de hierro de los antiguos reyes lombardos; después, te convertiré en papa y emperador a la vez. ¡Mejor aún! Tu familia, Galjero, manejará las dos espadas, la del poder espiritual y la del temporal, como tú mismo empuñaste dos espadas contra el rey de Francia en el campo de batalla.

Entonces Laüme deslizaba dentro de sí el sexo enhiesto de su amante, y los ojos de Dragoncino brillaban como estrellas.

Algunos meses después de su llegada a Roma, César le pidió a Laüme un filtro capaz de poner fin a la vida de Giovanni, su hermano mayor, a cuyos cargos y honores aspiraba. Una vez cumplido este servicio, Laüme pidió a cambio un elevado tributo en gemas y un palacete en el Aventino cuya elegante arquitectura le gustaba. Más que encantado de haber encontrado una envenenadora de talento, César satisfizo todas sus demandas.

—¿Podrías encargarte también del marido de Lucrecia? —le preguntó César poco

tiempo después de que su hermana se casara con Alfonso de Aragón—. Ella no lo ama en absoluto y desea recuperar su libertad.

—Nada más fácil —aseguró Laüme—. Que tu hermana me traiga un solo cabello de ese hombre. No necesito más para darle muerte.

—¿Qué retribución deseas esta vez? ¿Más joyas? ¿Oro?

—Quiero que tomes a Dragoncino como capitán de tu guardia. Pronto vas a liderar batallas, ¿no es así? Galjero se aburre, y nada le gusta más que cabalgar y cortar cabezas. Es un buen soldado. No te arrepentirás de tomarlo.

Borgia sonrió y acarició un instante la mejilla de Laüme.

—¿Así que sabes que parto a la guerra? ¿Quién te lo ha dicho? Es un secreto que pocos conocen.

—Nadie te ha traicionado, Borgia. Para mí es fácil adivinar tus intenciones. Dejo a menudo que te derrames en mí, lo cual me permite conocerte bien... Lo que ignoro todavía es el nombre de la presa que has elegido.

—Para empezar, será la villa de Forli, en la Romagna. Está gobernada por una Sforza, una harpía que no merece el poder. En cuanto a Dragoncino, es cosa hecha; vendrá a mi lado cuando emprendamos la marcha.

Apenas cinco días después de que Lucrecia le cortara a Alfonso de Aragón una mecha de su abundante cabellera mientras éste dormía, una capa de podredumbre, que ningún boticario pudo eliminar, vino a cubrir la piel del desgraciado esposo. Una semana después, cosían la mortaja sobre su cuerpo descompuesto. A cambio, y en cumplimiento de la promesa hecha, César confirió un grado a Galjero y lo admitió en su estado mayor. A principios de la primavera, entró en la Romagna encabezando un ejército de mercenarios. Para el solsticio de verano, Forli, Ferrara, Módena y Parma habían caído, y el estandarte con el toro rojo de los Borgia lucía con orgullo en la fachada del ayuntamiento. Con las primeras lluvias del otoño, Borgia reinaba de hecho sobre media provincia. Dragoncino Galjero le había conseguido en dos ocasiones victorias decisivas.

—Laüme sabía lo que hacía al recomendarte a mí —dijo César a su capitán una noche que estaban en la tienda examinando unos mapas dibujados por Leonardo da Vinci—. Eres un estupendo galán con las mujeres, es cierto, pero tus verdaderos talentos son los militares, sin duda. Mantente fiel a mi causa y pondremos en jaque al rey de Francia. ¡El Louvre será nuestra residencia! ¡Qué banquetes nos daremos!

—Antes de eso, tendremos que asegurarnos algunos feudos —moderó Dragoncino—. Nuestras conquistas nos granjean no pocas enemistades. Los pequeños señores intrigan contra nosotros.

—Que los gorriones se alíen con los pardillos. Eso no impedirá que el buitro los despedace a todos.

El hielo precoz de finales de octubre puso fin provisionalmente a las maniobras militares. Borgia y Dragoncino regresaron a Roma tras dejar las plazas fuertes en manos de hombres de confianza. Prevenido por un mensajero, Laüme acudió a su

encuentro en la llanura, indiferente a la nieve que había empezado a caer tan copiosa como en las montañas de Valaquia. Con un pequeño halcón en la muñeca, envuelta en una gran capa que caía suavemente sobre la grupa de su caballo, galopó hasta los dos hombres y regresó a la ciudad con ellos, que estaban muy animados con sus historias de batallas y de sangre derramada.

—Hemos arrojado a la vieja Sforza de Forli al fondo de su propia cárcel —dijo Borgia, divertido—. ¡Que reviente!

—Y hemos pasado a cuchillo a todos los nobles de Parma —añadió Dragoncino—. ¡Ahora hay sitio para la nueva generación!

Laüme aplaudió estas noticias. Aquella misma noche, ordenó dar un magnífico banquete para sus héroes, en compañía de Lucrecia y de algunos gentilhombres escogidos. El servicio estaba cubierto por una cohorte de criadas en uniforme de lansquenets en los que largas aberturas sabiamente dispuestas permitían apreciar el perfil de sus senos y las redondeces de sus nalgas. El sonido de las copas al chocar y de los cuerpos al unirse resonó en el palacio de Laüme hasta la aurora. Durante el invierno se organizaron diversiones cada vez más suntuosas.

Laüme se había agregado al ingeniero Da Vinci, que servía de ordinario de arquitecto militar y topógrafo para César. Durante los meses fríos en los que no podía recorrer las provincias para designar mapas útiles para la guerra, Leonardo imaginaba los mecanismos más complicados para superar en audacia y refinamiento a su rival, Brunelleschi. Empezó por rediseñar por completo los jardines del palacio, donde hizo construir inmensos aviarios y varias extravagancias, y mezcló superficies de agua hirviendo con fontanas que lanzaban agua de colores. Para el baile celebrado con ocasión del plenilunio de diciembre, imaginó engranajes que movían siete enormes bolas huecas que giraban unas alrededor de otras, a imagen de los planetas en el cielo. El trono en el que se sentaba la anfitriona constituía el eje del ingenio. Cada vez que una esfera entraba en su órbita más cercana, un personaje caracterizado surgía de su interior para cubrir de flores a Laüme y besar su bonita boca.

La noche en que se celebraba el nacimiento de Cristo, se representó una gigantesca pantomima en la que cada cual interpretaba a un dios o diosa del Olimpo. Disfrazada de Ceres, Lucrecia recorría las salas en un carro tirado por caballos cubiertos con caparazones que adquirían la apariencia de dragones. Protegido por su guardián, Dragoncino vestía la túnica de Orfeo y encantaba a bestias salvajes auténticas, tigres y leones capturados en la India o en África. Unas ninfas ataviadas con togas sutiles sufrieron los asaltos de una tropa de sátiros cornudos, hasta que César Borgia, disfrazado de Hércules, puso en fuga a los monstruos y recibió el ardiente homenaje de las rescatadas. Unos figurantes, revestidos por una especie de escayola, ocupaban en los nichos el lugar habitual de las estatuas. Inmóviles, declamaban sin cesar versos de Petrarca o de Virgilio.

La fiesta de primavera fue la más bella de todas. En los jardines, habilitados como un laberinto, se recreó la leyenda de la caza infernal del caballero Anastasio degli

Onesti tal como la había pintado Boticelli. Con Laüme a la cabeza, veinte jóvenes patricias vestidas solamente con algunas joyas se dispersaron por los macizos y las glorietas. Doce caballeros galopaban en su persecución. Cuando eran alcanzadas, las fugitivas eran pasadas por el filo de cierta «espada», y después adornadas con una cinta que llevaba las armas de sus cazadores. El juego no terminó hasta el alba, cuando cada perseguidor hubo decorado con su blasón el cuerpo de las veinte gacelas.

Cada mañana, Laüme hacía quemar los vestidos que había llevado el día anterior, incluso los que estaban bordados con metales preciosos o sembrados de brillantes cornalinas o de lapislázuli.

Cada día de la semana tenía un color asignado según su referencia astrológica. El lunes, Laüme se cubría de los tonos grises y nacarados de la Luna y sólo llevaba perlas. El martes, día de Marte, sólo quería rojo y no toleraba más que rubíes sobre su piel. El miércoles estaba gobernado por Mercurio, cuyo color es el azul y cuya piedra es el zafiro. El amarillo se reservaba para el jueves, día de Júpiter, y el verde para el viernes, dominio de Venus. Los sábados llevaba vestidos negros en honor de saturno, y el domingo blancos para imitar los rayos del sol.

—¿Crees que tu padre aceptaría nombrar a Galjero obispo de una de las ciudades que ha conquistado para ti? —preguntó Laüme a César cuando empezaban a brotar los primeros granos por efecto del tiempo templado.

—Si sabes mostrarte comprensiva hacia las necesidades particulares de la edad de Su Santidad, no dudo que la respuesta será favorable —dijo el príncipe, sonriente—. Pero ¿a qué viene este capricho? ¿Crees que Dragoncino está hecho para el hábito? ¡Es una idea sorprendente!

Laüme sonrió sin contestar. Por la noche, acurrucada en los brazos de su amante, le susurró su proyecto.

—Quiero un título eclesiástico para ti. El Papa ha accedido a nombrarte obispo, pero hay que actuar deprisa. Alejandro VI es un anciano, puede morir dentro de poco. Quiero que sea él quien arregle este asunto, porque sé que es maleable como la cera entre mis dedos. Pero desde ahora mismo te pido que concibas un heredero. Sin más dilación. Acordaremos un matrimonio de conveniencia. Dejarás embarazada a tu mujer y encontraremos un pretexto para repudiarla en cuanto haya dado a luz. Luego, el Papa te hará obispo de Parma o de Ferrara... Y después veremos de hacerte cardenal.

—¿Y finalmente Papa? —Se entusiasmó Dragoncino.

—¿Tú? No, amor mío. Aún no tengo la fuerza para abrirte esa vía. Pero quizás a tu hijo. La próxima generación de Galjero me aportará el poder que todavía me falta. Y entonces ya no seréis los mercenarios, sino los amos.

A la salida de la muy larga audiencia privada que Alejandro VI Borgia le concedió en el Vaticano en la intimidad de sus aposentos, Laüme había obtenido la promesa de su voto. En cuanto ella manifestara el deseo, Dragoncino sería ordenado

sacerdote y, en los días siguientes, nombrado obispo de Parma.

—Sólo nos queda encontrar un partido conveniente para ti —le dijo a Dragoncino la noche en que volvió de la Santa Sede—. He hablado con Lucrecia. Me aconseja a Alessia, una sobrina de la veneciana Caterina Cornaro, la antigua reina de Chipre. Es un buen linaje.

—Tendrá al menos buena figura ese bicho raro... —se interesó el joven.

—¡Eso no importa! —exclamó Laüme con viveza y con un punto de celos.

El compromiso y las bodas de Dragoncino Galjero y Alessia Cornaro fueron celebrados con unas semanas de intervalo. César Borgia los apremiaba a unirse porque quería que su mejor capitán estuviera listo lo antes posible para continuar con las conquistas y los saqueos.

Alessia era una muchacha bastante bonita de diecinueve años, alta, de rasgos finos, tez lechosa y largos cabellos lacios, tan negros como la tinta del calamar. Su testigo de boda fue su tía Caterina, una nonagenaria todavía vigorosa de quien se decía que había sido una de las mujeres más bellas de su época. Coronada reina de Chipre por su matrimonio con un Lusignan, había ejercido durante algún tiempo el poder en solitario, a la muerte de su marido, antes que la República de Venecia, que había pagado una dote de sesenta mil ducados por su matrimonio, la forzara a abdicar y se apoderase de la isla. Vivía desde entonces exiliada en un palacio aislado, no lejos de Treviso. Desde que los ojos penetrantes de la vieja soberana se posaron sobre Laüme, no la abandonaron en toda la ceremonia. Tras señalarle a su nieta a la criatura sin tapujos, la abordó directamente en la explanada de la basílica de Letrán, donde acababa de celebrarse la unión de Alessia y Dragoncino.

—¿Eres lo que creo que eres, hija mía? —dijo Caterina con voz chillona.

Como Laüme fingía indiferencia, la otra insistió.

—La familia de mi esposo Lusignan sufrió en otros tiempos los tormentos de una furia de tu calaña. Ella se llamaba Melusina. El pobre Raimundino creía que ella lo haría feliz. No le trajo más que miseria y desesperación. ¿Y tú? ¿Qué desgracia harás pesar sobre la cabeza de estos niños que acaban de consagrarse el uno al otro bajo la mirada de Dios todopoderoso?

—No sois más que una vieja loca, amiga mía —replicó Laüme riendo—. El sol de Nicosia ha debido de trastornaros el cerebro. Id enseguida al banquete a atiborraros de rosas confitadas. Los dulces son las últimas alegrías que os quedan.

—¿Qué quería esa momia? —susurró Dragoncino cuando Laüme pasaba cerca de él.

—Nada importante. No te preocupes por eso. Ve a cumplir con tu deber con tu esposa y vuelve pronto conmigo. Tengo ganas de ti...

Pero aquella noche Galjero experimentó un vivo placer al acariciar la carne tierna de Alessia. Laüme lo sintió. Su humor se iba envenenando a medida que la noche desgranaba sus horas sin que su amante se dignara abandonar la cámara nupcial. Una hora antes del alba atravesó las puertas de su palacio y caminó al azar por las calles

mojadas por la llovizna. Un fuego maligno de mujer encañada y en busca de venganza ardía en su bajo vientre. En un callejón de empinada cuesta, estrecho y sombrío, tres borrachos golpeaban la puerta de una taberna berreando injurias. Laüme se acercó a ellos y permitió que sus manos rugosas tentaran sus formas y amasaran la suavidad de su piel bajo los brocados. De rodillas, los satisfizo primero con la boca, y después se tumbó en la plataforma de un carro para que gozaran de ella deslizándose entre sus piernas uno tras otro. Con los sentidos aún en carne viva, vagó todavía un rato siguiendo el curso del Tíber antes de volver al palacio, amargada como jamás lo había estado.

Dragoncino la esperaba. El aspecto radiante que mostraba el joven acabó por desbordar la cólera de Laüme. Se arrojó sobre él, arañándolo, y lo tiró al suelo con una fuerza demente. Cuando hubo calmado su rabia moliéndolo a puntapiés, se echó a llorar y le suplicó que la perdonara. Galjero la consoló a duras penas y hubo de mecerla como a un bebé para que se calmara por fin.

—Llévame a verla —imploró ella—. Llévame con la mujer que te ha emocionado hasta el punto de hacer que te olvidaras de mí.

Su tono era zalamero, pero Dragoncino temía un ardid maligno. Sin embargo, cedió. Cuando estuvo ante Alessia, que dormía, Laüme retiró la sábana que la cubría. La visión de sus grandes pechos con pezones de cobre rosado, de las largas piernas y del abdomen plano adornado con un orificio en forma de concha la hicieron estremecerse de envidia y de odio. Tendió la mano como una garra hacia el crucifijo de oro que la joven Cornaro había conservado como única vestimenta, pero detuvo su gesto antes de llegar a tocar la piel de su rival.

—¿Por qué sientes odio por ella si te divertías cuando me veías tomar a decenas de otras muchachas? —susurró Galjero.

Laüme se limitó a encogerse de hombros y apretar los labios.

—Esta hembra ya está encinta de tus obras. ¿Lo sabías? Tu padre también te concibió la noche de bodas con Nuzia. Es una tradición familiar que me complace. Si esta pequeña idiota no pierde la criatura, no tendrás que volver a tocarla.

Dragoncino contempló a Alessia. Contrariado por las palabras que Laüme acababa de pronunciar, buscaba ya el medio de deshacerse de aquel maldito feto que le impediría disfrutar de nuevo de unas caricias que le habían gustado.

—¡No sueñes ni por un segundo con ese horror! —Tembló Laüme—. Si matas al niño que lleva en su seno, desapareceré tan bruscamente como me aparecí a tu padre, pero no sin haber ejercido antes mi venganza sobre ti y sobre ella. ¡No cometas ese error, Dragoncino!

Las fuertes voces sacaron a Alessia de su sueño. Sin volver a cubrirse con la sábana, la recién desposada plantó sus ojos en los de la extraña y encontró fuerza suficiente para sostenerle la mirada.

—Tú eres ésa de la que me ha hablado la reina Caterina, ¿verdad? ¿Tú eres la Melusina?

—Si te gusta llamarme así, que te aproveche, pero tú serás la única en conocerme por ese nombre. Yo soy Laüme y te hago saber que has concebido un hijo. Sé una buena madre con él. Yo velaré por su salud, por su fortuna y su gloria tan bien y aún mejor que como protejo ahora a tu esposo.

—¿Eres una criatura de Dios? —inquirió Alessia—. ¿Has recibido el bautismo? ¿Puedes comulgar sin caer rodando al suelo y vomitar sangre?

Por toda respuesta, Laüme estalló en una gran carcajada.

LAS ORGÍAS

Nueve meses justos después de su boda, Alessia Galjero trajo al mundo a Uglio, un varón vigoroso, chillón y muy despierto. Dragoncino recibió la noticia por un correo, mientras estaba en combate junto a César Borgia por la conquista de nuevos territorios. Descifró con dificultad la misiva, pues nunca había cultivado el placer de la lectura; después, arrojó la carta al fuego, se frotó las manos y se fue a cepillar a su caballo sin volver a pensar en la nueva familia. En Roma, Laüme se invitaba con frecuencia a las habitaciones de Alessia, con la excusa de cuidar al niño. La Cornaro detestaba estas intrusiones, pero no podía oponerse. La protección directa de los Borgia redoblaba —si ello fuera necesario— los extraños poderes de Laüme. En Roma, era intocable.

—En Roma, es posible —le sugirió un día la anciana reina de Chipre a su sobrina—. Pero cuando Roma ya no sea Roma...

—¿Qué queréis decir, tía? —preguntó Alessia.

—El papa Alejandro VI ya no es muy joven. Hasta es posible que muera antes que yo. Sin duda, el cardenal Della Rovere, el enemigo más feroz de los Borgia, le sucederá. Él es nuestro aliado. Podemos contar con él. Ya le he hablado de esa Laüme y quizás él sabrá cómo librarnos de ese demonio...

Aquel año, Dragoncino y César no tomaron el camino de regreso a la ciudad eterna hasta el mes de diciembre. Felices de haber hecho caer nuevas plazas fuertes, se disponían a asestar un gran golpe para asegurarse definitivamente el dominio de las provincias situadas al norte de las posesiones papales. Antes de ir a ver a su hijo, Dragoncino se entretuvo largo tiempo en casa de Laüme.

—Sólo voy a quedarme unos días —dijo aun antes de besarla—. César necesita de tus venenos. ¿Podrás prepararlos en grandes cantidades antes de mi partida?

—¿Es que los graneros de vuestras ciudades están infestados de ratas? —exclamó ella, divertida—. Sabes que puedo libraros de ellas por medios mejores que el veneno.

—¡Menudas ratas! —Gruñó Dragoncino sin captar la ironía—. ¡No! Vamos a reunir a todos los pequeños príncipes que intrigan y murmuran a nuestras espaldas para deshacernos de ellos de una sola tajada. En lugar de cazarlos uno a uno, vamos a invitarlos a unas negociaciones y a verter la muerte en sus copas.

—La idea es graciosa. Pero no me conformaré con ser vuestra proveedora. ¡Quiero asistir yo también a ese banquete!

Dragoncino sonrió y la tomó por el talle.

—Mi Laüme —susurró, abrazándola—. Cada día te encuentro más feroz y más bella.

—Es que cada día soy más feroz y más bella...

La fortaleza de Senigallia nunca había estado adornada de manera tan bella. La noche de San Silvestre, el poderoso edificio empavesado con las armas de César Borgia acogía a treinta gentilhombres y a sus cortes, llegados para festejar el nacimiento del Salvador y a intercambiar promesas de paz. A medianoche, los nobles recibieron la hostia y, llenos de devoción, dejaron la capilla para banquetear. Como ellos, Dragoncino y César se habían arrodillado ante el copón que sostenía el sacerdote. A diferencia de sus invitados, sin embargo, corría por sus venas un licor que los inmunizaba contra el veneno mezclado por Laüme con las santas hostias. El veneno comenzó a actuar una hora después del final del oficio, activado por el vino que corría a raudales y por las especias que alegraban las salsas. El primero en vomitar fue el moreno Leoni, un reyezuelo de la región de Módena. Después siguieron Dastinegli, de Bolonia, y Tersetto, de Plasencia. En medio de las risas, de la música y las conversaciones ruidosas, aquello pasó inadvertido.

Se atribuyó al aturdimiento de la borrachera, a constituciones débiles. Pero el ritmo de las indisposiciones se aceleró y la verdadera naturaleza del mal que estaba causando estragos fue comprendida al fin. Sacando los puñales de gala que colgaban de sus cinturas, los supervivientes quisieron vengarse de César, que reía a carcajadas ante el espectáculo de sus enemigos agonizantes a sus pies. Dragoncino enarboló su espada y ordenó a los guardias que acabaran sin piedad con los últimos condenados. Sentada cerca de Borgia, Laüme asistía, serena, al teatro sangriento que se representaba ante sus ojos. Con los brazos cruzados, observaba sin piedad ni placer a los señores en trance de expirar. Dragoncino, con la espada roja de sangre, se acercó a ella para vaciar una copa de vino antes de continuar su trabajo en el matadero.

—Yo creía que la sangre te excitaba, Laüme. ¿Por qué no estás contenta?

—La sangre de los hombres lleva consigo el rastro de su mediocridad y de sus bajezas. La de los niños suele estar menos mancillada. La vulgaridad de los efluvios que se esparcen por aquí me repugna.

Dragoncino se encogió de hombros y retomó su labor de hundir la espada en los vientres. César, aliviado por librarse de un gran número de adversarios, lamentaba sin embargo que el viejo zorro del cardenal Della Rovere se hubiera olido la trampa y hubiese declinado la invitación en el postrer instante.

—Pronto nos ocuparemos de él —prometió Laüme—. Pero antes, quiero que tu padre cumpla su promesa. ¡Dragoncino debe ser nombrado obispo cuanto antes!

—Se ha desposado —contestó César con sonrisa angelical—. El Papa tiene mucho poder, cierto, pero esos dos estados son por el momento incompatibles. ¿Conoces alguna buena razón para invalidar su matrimonio con la pequeña Alessia? Ahora que tienen descendencia, evidentemente es imposible invocar la no consumación del matrimonio...

—Quizás el adulterio —consideró por un instante Laüme—. ¡Pero no! No quiero

que corran habladurías sobre Dragoncino.

—¿Por qué te aferras tanto a ese hombre? —interrogó César—. Podrías ser reina si quisieras. Una corona adornará muy pronto mi frente. Una corona real, no una simple diadema de marqués o de duque. Yo podría llevarte al altar, ¿qué me dices?

—Digo que yo sé que los Galjero son capaces de darme lo que tú no te atreverías a ofrecerme. Tengo un pacto con ese linaje, y no renegaré de él.

—Como prefieras. Y en cuanto a Alessia, ¿qué piensas hacer?

—Terminar con las complicaciones: voy a matarla.

Sin embargo, ni bien supo las intenciones de su amante, Dragoncino empleó todos los medios para hacer que desistiera de su proyecto. No había sabido explicar exactamente por qué, pero la vida de Alessia le era querida. Quizá más que la existencia de su hijo Uglío.

—Perdónala —suplicó—. Es una inocente. Encontremos un medio de repudiarla si quieres, pero ella debe vivir. Cederé a todas tus exigencias si eres clemente con ella.

—Ya sabes el precio que exijo por perdonar una vida. Tendrás que pagarlo hoy mismo, si en verdad deseas salvar a esa pequeña idiota de Cornaro.

Por algunas monedas, Dragoncino compró un bebé robado a una mujer muerta unas horas antes en un lazareto. Sin dudarle, entregó el niño a Laüme. A cambio, ella aceptó no atacar contra la vida de Alessia.

—Esta locura me obliga a buscar una estratagema para que te deshagas legalmente de tu mujer —se quejó Laüme—. ¿Crees que podemos permitirnos malgastar el tiempo?

—¿De verdad tengo que convertirme en obispo? ¿Estás segura de que ése es el camino hacia un poder consolidado?

—Estoy completamente convencida. La cruz subyuga a las almas débiles mucho mejor que las armas. Un pueblo que no cede bajo la férula de su conquistador, se olvida de sí mismo a la sombra de la cruz. La historia así nos lo enseña. Tú también lo sabrías si amaras los libros.

Dragoncino refunfuñó un poco, pero Laüme se aplicó a disipar su mal humor a fuerza de besos y caricias como sólo ella sabía hacerlo.

La noticia llegó en primavera y estalló como un trueno. César en persona, descompuesto, anunció a Laüme y Galjero la muerte de su padre, el papa Alejandro VI.

—Su fallecimiento no es natural, lo presiento. Ha ocurrido después de una fiesta en la que se había mostrado alegre y lleno de vigor. Seguramente se lo habrá llevado un veneno. Della Rovere está detrás de esta infamia, estoy convencido.

—Es posible, en efecto —convino Laüme—. Pero ¿que importa? Por prudencia, deberías dejar Roma y encerrarte en la más segura de tus ciudadelas. ¿Tu padre había

dispuesto su sucesión?

—Desde luego, ya habíamos comprado la elección de su sucesor. ¡Pero estos eclesiásticos son tan volubles! Quizá se alineen bajo la bandera de Rovere en el último momento. Tú, que eres un poco adivina, ¿por qué no consultas a los astros?

—Existe un espejo más fiel para reflejar el porvenir. Pero sé que en esta ocasión permanecerá oscuro.

—¿Por qué motivo?

—Los cardenales son unos depravados que conocen la manera de ocultar sus intenciones incluso a las profetisas como yo.

Siguiendo el consejo de Laüme, César Borgia dejó Roma en las horas siguientes al deceso de su padre. Escoltado por Dragoncino y un puñado de hombres, cerró tras de sí los pesados rastrillos de la fortaleza de Senigallia al mismo tiempo que en el Vaticano se clausuraban las puertas para dar inicio al cónclave.

Algunos días más tarde, los cardenales salieron de la Sixtina habiendo entronizado a Francesco Todeschini Piccolomini nuevo papa Pío II y amigo de los Borgia. Cuando supo que Della Rovere había perdido la partida, César se embriagó durante tres días y tres noches antes de partir hacia Roma a desfilar por las calles. Pero su felicidad fue muy breve: Piccolomini sucumbió misteriosamente, apenas unas semanas después de haber recibido la tiara.

Esta vez, Della Rovere no dejó escapar su oportunidad. El Sacro Colegio, recluido en la capilla Sixtina, lo designó Papa, después de sólo una hora de deliberaciones, bajo el nombre de Julio II.

Hombre de acción tanto como de reflexión, Della Rovere procuró reforzar de inmediato el Estado pontificio conminando a César Borgia a abandonar las ciudades conquistadas en Emilia y Romagna. Entre los dos hombres se entabló un pulso. Los cañones bombardearon los reductos de las ciudades que no habían arriado espontáneamente el estandarte de los Borgia para reemplazarlo por los colores del Vaticano. Acorralado, desposeído, abandonado por su ejército de mercenarios a los que ya no podía pagar, César fue capturado cuando galopaba hacia la frontera del norte. Por consejo de Laüme, Dragoncino lo había abandonado también.

—Fin de una época —le hizo notar—. Fue divertida, pero este final nos obliga a encontrar nuevos caminos; de modo que, de momento, no es cuestión de hacerte obispo.

—¿Tendremos que huir de Roma como ya huimos de Florencia?

—No lo creo. Della Rovere no puede arrojar a prisión a todos los cortesanos alimentados en otros tiempos por la mano de los Borgia. Es un Papa guerrero. Quizá necesite a hombres como tú.

Por medio de mil maniobras, Laüme consiguió que su amante cayera en gracia entre los consejeros militares de Julio II. Integrado en los ejércitos del Vaticano, Dragoncino participó en los sitios de Perugia y de Bolonia, dos ciudades gobernadas por pequeños señores obstinados, que resultaron menos fáciles de dominar que el hijo

de los Borgia. De regreso a Roma tras la victoria, Galjero, igual que los demás capitanes, recibió los parabienes de Su Santidad.

—¿No eres tú el esposo de la joven Alessia Cornaro, la sobrina de nuestra bien amada reina de Chipre, Caterina? —preguntó Julio II cuando Galjero se arrodilló para besar el anillo papal.

—Soy yo, muy Santo Padre.

—¿No hay en tu entorno una mujer que dicen que posee una rara belleza?

—Todas las mujeres que viven a la sombra de las santas murallas de Roma responden a esa descripción, creo yo...

—Cierto —reconoció el Papa, divertido—. Pero algunas poseen virtudes más raras. Sólo tengo un consejo que darte, hijo mío: los demonios más peligrosos son los que se parecen a los ángeles. Si un día quieres hablar conmigo, estaré aquí para escucharte y ofrecerte mi ayuda.

Aquella misma noche, Dragoncino reprodujo toda la escena para Laüme. Imitando a la perfección los gestos del viejo Julio, hizo reír a carcajadas a su amante.

—Ya estás avisado, amigo mío —dijo ella cuando recuperó la calma—. ¡Soy un diablo en forma de mujer! Si ese viejo loco cree que puede devolverme al lugar de donde vengo con sus crucifijos y sus paternóster, se equivoca.

—¿Así que no hay puntos débiles en tu armadura, Laüme?

—Tal vez sí —admitió Laüme de mala gana—. Pero si existe un punto débil, es un secreto que guardo para mí.

Todo aquel año y el siguiente, Dragoncino guerreó por cuenta del Pontífice contra los franceses, que mantenían sus pretensiones sobre el reino de Nápoles, y contra los venecianos, que ansiaban extender su poder por la península. Protegido por los sortilegios tendidos a su alrededor por Laüme, Galjero se arrojaba al combate sin dudar, dirigía las cargas y se enfrentaba a adversarios muy superiores en número. Muchas veces escapó de manera inexplicable a una muerte segura. En Geminara, se le vio atravesar indemne una lluvia de saetas de ballesta que diezmaba a los hombres a su alrededor. En Ceriñola, su espada se rompió contra el escudo de un caballero, pero en el momento en que éste se disponía a atravesarle el pecho con su hacha, su caballo giró con violencia, lo arrojó al suelo y lo pisoteó hasta romperle los huesos. En Garellano, cinco espadachines dejaron de repente de combatir y huyeron sin motivo cuando ya habían acorralado a Dragoncino en una turbera y trababan combate con él.

Pese a la suerte insolente que le permitía atravesar las más furiosas peleas sin una herida, Alessia no dejaba de temblar por la vida de su esposo. Sólo había venido a ella una vez, la noche de bodas, pero la joven había guardado un recuerdo deslumbrante de aquella fiesta carnal, magnificado además por los largos meses de abstinencia que habían seguido a la unión. Dragoncino la había iniciado a sensaciones

intensas, que no igualaban las caricias torpes y tibias que ella se administraba nerviosamente cada noche antes de conciliar el sueño. Para satisfacer sus necesidades, habría podido abrirle la puerta de su dormitorio a no importa qué gentilhomme romano o, más fácil aún, a un criado de su propia casa. Pero un escrúpulo que no acababa de explicarse le impedía decidirse por esa solución.

—¿Estarías dispuesta a emplear todos los medios para hacer que tu marido vuelva contigo y matar al hada roja que se ha aferrado a su linaje? —le preguntó un día la reina de Chipre.

—Todos los medios —aseguró ella en respuesta.

—Entonces llamaré a un hombre que sabrá lo que hay que hacer —dijo la vieja Caterina Cornaro—. Formó parte de mi corte en otros tiempos y me ha prestado buenos servicios. Pero ahora está lejos, reside en Tierra Santa. Su venida se retardará algunos meses. Hasta entonces debes esforzarte por congraciarte con esa Laüme. Dices que viene a menudo a visitar al pequeño Uglío...

—Le dirige unas miradas infames —dijo Alessia con enfado—. No sé interpretar su significado, pero me resultan odiosas.

—Muéstrate dulce con ella, mímalala, procura conocer sus intenciones. Familiarízate con sus hábitos, aunque eso te repugne.

Desde aquel día, tal como su tía le había aconsejado, Alessia procuró acoger mejor a Laüme. A cada nueva visita, con pequeños tanteos, se mostraba más cortés, más cordial. Al principio, se conformaba con reprimir los mudos reproches que durante mucho tiempo le había dirigido; después le dedicaba tímidas sonrisas; por fin, hubo algunas palabras pronunciadas junto a la cuna del tercer Galjero.

—¿Podrás hacer que mi hijo sea fuerte y vigoroso, como prometiste?

—Uglío será más temerario aún que su padre. Y su vida será más plena. Sí, te lo prometo.

—¿Lo harás rico? ¿Lo cubrirás de honores?

—Será reconocido por todos y comandará más legiones que los césares.

—¿Y qué precio le pedirás a cambio?

—Muy poco... una vida, dos. Quizás un poco más.

—¿Vidas inocentes?

Laüme fijó sus ojos en los de Alessia.

—No me lo reproches. Eso me hará más fuerte para velar por tu hijo y por los de su sangre que vengan después de él.

—No te juzgo —mintió Alessia con voz dulce—. Es que quisiera comprender, ¿sabes? Tú proteges a Dragoncino, lo sé, y él te ama. Yo podría tener unos celos feroces, ser tu enemiga y rezar cada segundo por tu muerte. Sin embargo, no la deseo. Tú eres un don para los Galjero y soy consciente de ello. ¿Crees que algún día podremos ser amigas?

El rostro de Laüme se despejó y sus ojos se agrandaron. La ingenua pregunta de Alessia la había desarmado. La inesperada turbación que le provocaba la hizo sonreír.

—¿Por qué no? —contestó, viendo a la joven madre con ojos nuevos—. Empiezo a conocer bien a los hombres, pero las mujeres me son ajenas. Quizá tú podrías ayudarme a apreciarlas mejor.

Y con estas palabras, tendió la mano hacia Alessia. Sus dedos se entrelazaron, sus labios se unieron. Alessia sintió placer y se estremeció. El perfume de la boca de Laüme la excitaba más que un vino fuerte. Aturdida, temblorosa, dejó que la desvistiera lentamente. La lengua de Laüme humedeció sus hombros, su torso, sus muslos... Sus manos acariciaron sus caderas, rozaron sus nalgas y sus costados. Después, el hada se despojó de su vestido y salió de él con la gracia de un insecto abandonando su crisálida. Apretó su cuerpo desnudo contra el de la joven Cornaro. Sus senos se frotaron y se apretaron, sus bocas volvieron a encontrarse. Febril, jadeante, Alessia separó las piernas y se dejó llevar a un universo de placer. Laüme fue una amante paciente y refinada, entregada exclusivamente a las expectativas de su compañera. Aunque el cuerpo femenino no le era desconocido, no lo había frecuentado más que de manera superficial en las orgías orquestadas por César Borgia. Por primera vez, elegía consagrar a una mujer una atención igual a la que solía dedicar a sus amantes masculinos. Desde aquel día, adquirió la costumbre de pasar largas horas con Alessia.

Cuanto más acompañaba Laüme a la joven Cornaro, más cualidades sorprendentes descubría en ella. Su cuerpo era bello, sus maneras amorosas, a la vez púdicas y lascivas por naturaleza. Pronto, Laüme quiso otros juegos. Disfrutar de los encantos de Alissa en solitario no le bastaba. Ató una máscara de plata con forma de cabeza de loba sobre el rostro de la joven y le puso en los pies unos borceguíes rojos con altas suelas de madera, como los que todavía llevaban las prostitutas de los barrios populares siguiendo los antiguos usos del Imperio romano. Le trajo a dos hermanos plebeyos con formas de efebos, que posaban como modelos de santos para los pintores durante el día y se vendían a las damas romanas por la noche. En la siguiente ocasión, Alessia no tuvo necesidad de ocultar su rostro porque Laüme había alquilado al tratante de hombres Franco Drossoti a un esclavo levantino rechoncho, velludo de frente y de espaldas, muy gordo y muy feo, pero que unía al extraordinario grosor de su miembro una falta total de vista.

—Los ojos de este ladrón han sido quemados con un hierro candente para que no pueda ver a quien sirve —había explicado Drossoti—. Ésa es la mejor garantía de discreción. Y además, como los ruseñores, de este modo canta mejor.

A Alessia le gustó tanto el buen hacer del mutilado, que durante algún tiempo no quiso otro pan en su horno. El glande oscuro, del grosor de una manzana reineta, cuidadosamente recortado por el cuchillo del muftí, producía en abundancia un líquido blanco como la leche, untuoso como un sirope, aromático como el alcanfor de la iglesia. Cuando lo emitía al exterior, el ciego sacudía su garrote con la solemnidad de un sacerdote que agitara el hisopo sobre los fieles. Rugía imprecaciones feroces en su jerga de Bitinia o de Trebisonda y hacía llover perlas sobre la rubia y la morena

que se estremecían de placer y se abrazaban riendo bajo la ducha cálida.

Cuando el salvaje se derramó por primera vez dentro de su matriz, Alessia temió que una mala simiente germinara en ella, pero Laüme la tranquilizó:

—Hace mucho tiempo te hice un amarre, mi preciosa pequeña. El mismo día de tus bodas, recogí de tu velo uno de tus cabellos negros. Mientras que ese cabello no sea retirado de la figurilla que amasé con tu imagen, no podrás concebir. Aunque recibieras el semen de todos los hombres de esta ciudad, seguirías estéril. Sé feliz: tu vientre es ahora un altar consagrado a Venus. Hera ya no tiene sitio en él.

Pasaron una estación entera en disipaciones semejantes. Pese a sus cualidades, el oriental de ojos quemados acabó por cansar a Alessia. Drossoti no tuvo problemas para encontrarle sustitutos, pues su tienda estaba bien provista de sementales de morfologías y talentos variados. Cabalgada por nuevos príapos cada noche, Alessia parecía insaciable, lo cual divertía mucho a Laüme.

—Bajo esos aires de virgen, eres una furia, tesoro. ¿Cómo se puede ser tan puta? Va a ser necesario que te moderes. A pesar de la máscara que llevas, empiezan a correr rumores sobre ti, y no quiero que tus perrerías corrompan el nombre de los Galjero. Durante algún tiempo tendrás que contentarte conmigo.

—Entonces tendrás que emplearte a fondo. Y no solamente en el amor lésbico.

—¿Qué quieres decir?

—¡Enséñame, Laüme! ¡Enséñame tu ciencia! He sido tu alumna en los secretos de la carne; me he mostrado aplicada y dócil. Muéstrame ahora la vía para elevar mi espíritu. Por difícil que sea, estoy dispuesta a seguirte...

Laüme sonrió. Las dos mujeres estaban sentadas bebiendo un vino espeso en el alféizar de una alta ventana ojival. Más abajo, un vergel ceñido por un muro de piedras ásperas se extendía en terrazas a lo largo de las suaves ondulaciones del Aventino. Era a finales de abril. Los perales estaban en flor y el viento cálido hacía temblar los carmines y las rosas henchidas por la luz del sol. No lejos de allí las cornejas volaban cantando alrededor de un campanario de ladrillos pálidos y adobe de color ocre. Sin responder, la mirada perdida en el azur, Laüme, soñadora, desató su camisa y vertió el resto del vino sobre sus senos descubiertos. Alessia tendió las manos y pellizcó suavemente los pezones antes de chuparlos. La mano de Laüme acariciaba su nuca mientras ella se aplicaba al lavado.

—No soy una buena profesora —declaró al fin cuando terminó la original tetada—. Yo misma tengo tanto que aprender... ¿Y en qué piensas emplear las enseñanzas que me pides? ¿De qué pueden servirte, si yo estoy aquí para daros los cuidados, las protecciones y las diversiones que necesitáis Uglio, Dragoncino y tú misma?

—Tú eres para mí más que una hermana —arguyó Alessia, incorporándose—. A cambio, yo quiero ser para ti algo más que una simple compañera de orgías. Y algo más que la madre de tu futuro amante. Mi alma arde con los misterios del mundo y desde que te revelaste a mí ya no puedo tener fe en la religión de mis padres. Necesito de otros consuelos, de otras respuestas... Quiero buscarlas contigo.

El fuego que ardía en la mirada de Alessia era tan fuerte que Laüme quedó atrapada. Nunca hasta entonces había visto una fiebre como aquélla animar un rostro humano. Ni siquiera cuando los hombres la tomaban. Ni cuando los niños veían acercarse la cuchilla que ella blandía para cortar el hilo de sus vidas.

—El deseo es la más poderosa de las imprecaciones, Alessia. Lo que ruga en el fondo de ti, sin duda, es muy fecundo... ¡Sea! Acepto. A decir verdad, esto me complace, aunque hubiera deseado que Dragoncino expresara un día la petición que acabas de formular. Pero está bien así. Me aplicaré a ser una buena profesora contigo. De este modo, las dos podremos formar al pequeño Uglío cuando sea algo mayor. El error que cometí con Nuzia, la madre de Dragoncino, no se repetirá.

Laüme aferró el crucifijo que nunca había abandonado el cuello de Alessia y rompió el fino cierre. Tiró el amuleto en un brasero en el que crepitaban plantas aromáticas y contempló la pequeña figura de oro de Cristo fundirse en las brasas.

—La imagen de ese falso dios no te llevará a ninguna parte —afirmó.

—¿Me pides que adore a Satán? ¿Tendré que acudir al sabbat y dejarme violar por Belcebú y sus legiones?

Laüme se echó a reír.

—El Diablo no existe más que el Dios único de los judíos, de los cristianos o de los mahometanos. Sólo los locos y los ignorantes dividen el mundo en dos partidos rivales. No. La realidad es más compleja, más sutil, y más bella también.

—¿No hay Dios? ¿No hay Diablo? ¿Tampoco hay Paraíso ni Infierno, entonces? ¿Qué pasa con las almas cuando el cuerpo desaparece?

—Las almas son el fruto de la voluntad, Alessia. Se forjan en el curso de la vida. Lo que les da forma son las pruebas y los placeres. Y hay que decir que muy pocos humanos pueden jactarse de poseer un alma de verdad.

—¿La muerte es el fin? ¿No hay nada más allá?

—Para la mayor parte de los hombres, ésa es la verdad: la muerte es el punto final. Irreversible. Su vida no ha significado nada. En cambio, para los pocos que han empleado su existencia en condensar en su interior un fragmento del espíritu eterno, la muerte es sólo un umbral. Muchos caminos se abren más allá.

—¿Y yo? —dijo Alessia con ardor—. ¿Tengo un alma? ¿Tendré otras vidas?

Laüme tomó entre sus manos el rostro de la joven Cornaro y besó sus labios todavía brillantes de vino y saliva.

—Los placeres de la carne a los que te has entregado han comenzado a elaborar un germen en ti. Pero eso no es suficiente. Tendrás que experimentar más deseo aún, más voluntad. Tendrás que afrontar desafíos. Pero presiento que pronto tú también podrás poseer un alma.

Aquella noche, las dos mujeres permanecieron solas e hicieron largamente el amor sin otro testigo de sus retozos que un monito doméstico comprado a un mercader que juraba haberlo traído de Cipango. Cuando se despertó con las primeras luces del alba, Alessia vio que Laüme observaba su ombligo en su cuerpo desnudo.

Como petrificada, sus costados apenas agitados por un aliento imperceptible, el hada contemplaba esa marca que ella no poseía. Cornaro no se atrevió a moverse. Por fin, Laüme pasó la mano por encima del pequeño orificio.

—Si algún día quieres otro hijo de Dragoncino, desataré el amarre y tu vientre volverá a ser fértil.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿No puedes dar la vida?

—No, eso es imposible. O al menos, yo no conozco la manera. Como yo misma no tengo padre ni madre, creo que nada saldrá jamás de mis entrañas.

—¿Eso es doloroso? ¿Te entristece?

Laüme no contestó. Se limitó a volver el rostro hacia la sombra, dejó el lecho desordenado y llamó a las doncellas para que la vistieran.

—Vamos a salir esta mañana —le dijo a Alessia—. Prepárate.

Con el macaco, que se divertía pasando alternativamente por sus hombros, las dos bellezas vagaron por los barrios de los mercaderes hasta el mediodía. En una tienda de especias, Laüme eligió azafrán y comino, pimienta y clavo. A un vendedor de incienso le compró ámbar gris del Báltico, benjuí y almizcle. En la tienda de un mercader de telas, adquirió sedas y damascos de Oriente. En cada calle, distribuía sonriente gruesos ducados perfumados; los pobres mendicantes la llamaban «buena dama» o «santa», temblando de emoción mientras recibían sus cuantiosas dádivas.

—Gastas en limosnas tres veces más que en las tiendas —observó Alessia en tono de reproche—. ¿Es que el dinero no tiene valor para ti?

—Ninguno, mi dulce cuervo. El dinero es la cosa más vulgar y más sucia del mundo. Pasa de mano en mano, de bolsa en bolsa. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿De dónde vienen las monedas que chocan entre sí hoy dentro de tu bolsa? Ayer, quizá pertenecían a un leproso; el día anterior, a un burgués enfermo del mal francés, y el anterior, a un cerdo vestido de sarna. Más vale deshacerse de esos sucios discos lo antes posible. Eso es lo que pienso.

—¿Sabes alguna manera de hacer oro, Laüme? —Se entusiasmó Alessia—. ¿Eres alquimista? ¿Conoces el secreto de la piedra filosofal?

—¡Eres tan ingenua, pequeña Cornaro! Encontrar oro es mucho más simple que fabricarlo. Mis ojos están más abiertos que los tuyos. Donde tú sólo percibes la blancura de la nieve, yo veo mil matices de blanco. Donde tus pupilas distinguen diez tonalidades de verde en los ramajes de un bosque, las mías captan mil o más... Por eso reconozco la tierra que se ha removido para cavar un escondrijo, y percibo una joya perdida que brilla entre el musgo, o un anillo que luce en el fondo de un charco. Y aunque dilapidara todos los tesoros olvidados de Italia, siempre quedarían las minas de oro del primer Galjero para volver a llenar nuestros cofres.

—¿Minas de oro?

—En Valaquia. El padre de Dragoncino conocía su emplazamiento. He hecho un mapa a grandes rasgos para tu marido. Quizá será útil...

Alessia frunció los labios para reprimir las preguntas que se agolpaban en su

mente. Ella jamás podría encontrar tesoros como Laüme, pero apoderarse de una mina de oro, ¡eso sí! Eso era humano, era posible. Alessia soñó un instante, los planes para sonsacarle a Dragoncino el mapa del tesoro bullían en su cerebro. Cuando la mano de Laüme se posó sobre la suya, casi se sobresaltó. Sin que ella se hubiera dado cuenta, el paseo las había conducido a ambas a un campo desierto, fuera de los distritos comerciales. Era la hora más calurosa. A su alrededor, las casas estaban sumidas en la penumbra por los postigos entornados, y sus habitantes, amodorrados, hacían la digestión como unos benditos.

—Ahora voy a dejarte sola, Alessia —dijo Laüme—, porque aquí es donde voy a ponerte a prueba. Como le exigí en otro tiempo a Dragoncino, y antes de él a su padre, vas a traerme un niño como muestra de sumisión. Éste será el pacto que nos unirá para siempre. Si vences tus reticencias, serás digna de mis enseñanzas. ¿Estás preparada?

Fue como si el corazón de Alessia de repente dejara de latir. Sus músculos se tensaron y su cerebro se paralizó. Sin poder pronunciar una palabra ni esbozar el menor gesto, vio a Laüme alejarse y desaparecer entre las calles sombrías.

Pasó un largo instante. ¿Qué decisión tomaría? Rehusar la ordalía significaba con seguridad hacer de Laüme una enemiga declarada contra la cual sería insensato luchar. Satisfacer su petición, en cambio, implicaba aceptar convertirse en una criminal. Para el resto de su vida, tendría que soportar el recuerdo de un asesinato. Pero ése era el precio por salvar a Dragoncino y, sobre todo, a Uglio. ¿Qué le importaba dañarse, si era la única manera de ahorrarle a su hijo el abominable contrato que la diablesa Laüme imponía a cada generación de Galjero? ¿No era con ese fin que ya se había prostituido y había hecho de su cuerpo el altar de las peores infamias? ¿No por eso por lo que representaba la comedia del amor y la fidelidad a Laüme desde hacía tantas semanas? ¿Por qué dudaba ahora de proseguir el camino?

Alessia sintió que la vida volvía poco a poco a sus venas. Pronto, su decisión estaba tomada. Con las mandíbulas apretadas y la resolución firme, atravesó la plaza y penetró en la pequeña iglesia que se alzaba al extremo del campo. Tendida sobre las frías losas ante la estatua del Salvador, pidió perdón por todos sus reniegos y por todos sus pecados, los que había cometido y los que iba a perpetrar. La imagen compasiva del gran Cristo de madera hizo brotar lágrimas de sus ojos. Se habría deshecho en llanto si el monito de Laüme no hubiera surgido chillando de detrás de un pilar. El animal saltó sobre su vestido y tiró de la tela para forzar a Alessia a abandonar el edificio. Trotó delante de ella, saltó a la pila de agua bendita, bebió tres tragos de agua y corrió para conducir a Cornaro tres calles más allá. El animal escaló un alto trozo de muralla al nivel de una vieja puerta comida de liquen y desapareció en un jardín, no sin comprobar antes que Alessia había observado su maniobra. Paralizada, presintiendo un acontecimiento, la joven aguardó un instante apoyada en la piedra. El ruido de un picaporte la sobresaltó. La puerta giró lentamente sobre sus goznes, temblando, y se abrió, dejando aparecer la cabeza del monito. Alessia se

deslizó con precaución por la abertura y descubrió un vasto jardín con macizos de rosas, de salvia y de menta en flor. En medio de un cuadrado de hierba, sobre un lienzo de estampado blanco, un bebé feo y regordete, de apenas unos meses, dormía bajo un toldillo bordado atado a unas estacas. Alessia se acuclilló detrás del primer matorral y contuvo el aliento mirando a su alrededor. El silencio era casi perfecto, sólo el vuelo de abejas y moscardones turbaba la calma del aire. Después, escuchó unos gemidos que iban en aumento, procedentes de una dependencia. Alessia sonrió. Sin duda, la niñera del bebé prefería los tocamientos de un ganapán a la monotonía de su oficio. La joven inspiró una profunda bocanada de aire, salvó en tres pasos la distancia que la separaba del bebé y se apoderó del niño sin ni siquiera despertarlo. Tras salir del jardín, oyó al monito, que cerraba concienzudamente la puerta detrás de ella.

Laüme estaba satisfecha. En lo más profundo de los sótanos de su palacio, había instalado al bebé traído por Alessia sobre una larga mesa de madera. Entre sus ropas manchadas de excrementos, el paquete rosa pataleaba de una manera grotesca. Sus gritos perforaban los tímpanos y resonaban en las bajas bóvedas de la sala.

—¿No puedes darle adormidera? —dijo Cornaro, impaciente, con los nervios a flor de piel.

—No. Si estuviera inconsciente al morir, sus fluidos no tendrían la misma calidad, no serían más que agua insulsa y sin poder. El miedo y el dolor son los coadyuvantes indispensables para activar los principios contenidos en la sangre.

Alessia contempló al niño con una mezcla de piedad y disgusto. Se encogió de hombros y murmuró unas palabras entre dientes para anunciar que ella abandonaba la pieza y dejaba a Laüme para que obrara a su antojo.

—Pero esta noche el verdugo eres tú, mi bonito cuervo —contestó el hada reteniendo a la italiana por una manga.

—Yo he robado al niño, Laüme. Soy tu cómplice. ¿No era lo que querías? ¿No te basta con eso?

—No, ángel mío. Mi confianza en ti será total cuando te haya visto hundir el cuchillo en la carne de este mocoso. ¡No antes!

Temblorosa, Alessia cerró los dedos sobre el mango de la daga que Laüme le tendía. Con los ojos cerrados y sin pensar, hundió el arma a ciegas dos veces en el torso del bebé. Mal manejado, blandido sin fuerza, el estilete resbaló primero sobre el cartílago del costado, y después sobre el pico del esternón. Estas heridas superficiales hicieron berrear con más fuerza al niño, cuyos movimientos recordaban los de una rana pinchada en un tablero de anatomía. La sangre coloreó sus pañales.

Laüme se divertía. Sus pupilas se agrandaron y sus labios llenos se abrieron sobre sus dientes brillantes.

—¡Golpea! —ordenó—. ¡Golpea, cuervo mío! ¡Golpea más fuerte!

Alessia sintió ascender la bilis desde lo más hondo del estómago. Por tercera vez pinchó a la pequeña víctima. Esta vez la hoja encontró la laringe. Con la garganta rota, el bebé emitió un gran suspiro esponjoso y se agitó en una breve serie de convulsiones que lo hicieron deslizarse hasta el borde de la mesa. Alessia lo atrapó antes de que cayera, lo sostuvo con firmeza, como se toma un pollo para trincharlo, y acuchilló el pequeño cadáver hasta despedazarlo. Sudorosa, con los largos cabellos despeinados goteando sangre salpicada, descargó un último golpe, que separó la cabeza del tronco, y dejó el cuchillo para apoyarse contra la pared. Su vestido, sus manos, su rostro, estaban cubiertos de materia humana. Laüme se acercó a ella y aspiró los olores azucarados, con las ventanas de la nariz dilatadas. Su lengua se estiró como la de un lagarto y se deslizó por la mejilla de Alessia para lamer una gota de líquido rojo. Cornaro nunca había visto un éxtasis semejante expresado en el rostro de la criatura.

—¿Las oyes, cuervo mío?

—¿A quiénes? —preguntó Alessia, inquieta.

—¡A las Sombras! Vienen y murmuran... Están complacidas por la sangre derramada, porque es limpia y las reconforta. Esto les da un poco del gusto de la vida. Ellas se alimentan igual que yo. Ellas me susurran secretos en recompensa. ¿No las oyes?

Alessia contuvo la respiración para concentrarse mejor. Creyó oír un susurro cerca de ella. Era una voz, pronto seguida por otra, después por una tercera... Se sobresaltó, porque creyó que era la gente de la ronda, que venía a detenerlas, pero cuando ya estaba a punto de salir huyendo, sus ojos percibieron formas inclinadas en torno al cuerpo del bebé. Eran volutas grises, figuras de humo que lamían los arroyos de sangre que goteaban en la mesa, igual que lo hacía Laüme en ese instante en el vestido de la joven Cornaro. Más sombras llegaban, surgidas del suelo como las emanaciones de una ciénaga.

—Ahora puedes verlas, ¿verdad? Haber dado muerte a este niño te concede brevemente ese poder. Son fantasmas de almas imperfectas —explicó Laüme frotándose contra Alessia—. No han sabido encontrar el camino que lleva a la vida eterna, pero han practicado las artes de brujería lo suficiente como para no morir del todo. Habitan en el limbo y sienten nostalgia de su estancia en la tierra. Algunas conocen grandes misterios. Otras, saben un poco del porvenir. ¿Quieres que les preguntemos?

Tomando a Alessia de la mano, Laüme la hizo avanzar a pasos cortos hacia los espectros. Uno de ellos se volvió enseguida hacia ellas. Era un rostro de anciano bajo una capucha de fraile. Articuló una larga frase en latín, de la que Alessia no entendió una palabra pero que pareció agradar a Laüme.

—¿Qué dice? —preguntó Cornaro.

—Dice que ha tenido muy a menudo el gran placer de verte extasiada debajo de los efebos. Dice que eres una ramera famosa y que le habría encantado que hubieras

vivido en sus tiempos para convertirte en su barragana. Quiere recompensar tus talentos de furcia revelándote en tu idioma un secreto muy útil.

—¿Qué secreto?

—Sólo quiere decírtelo a ti.

Alessia caminó dos pasos en dirección al espíritu, que se acercó a su oreja.

—Sé lo que buscas, hija mía... Conozco tus intenciones, y no las condeno. Sólo quiero que sepas que el hombre que ha hecho venir la reina de Chipre para ayudarte acampa esta misma noche a dos leguas de Roma. ¡Mañana estará aquí!

EL HOMBRE DE LOS BRAZOS TORCIDOS

Según el Talmud, noventa y nueve variedades de impureza pueden deslizarse bajo las uñas de un hombre. Hacía ya mucho tiempo que Mose Tzadek de Famagusta no temía a esas suciedades. Después de detenerle en Chipre en el momento en que la Serenísima deponía del trono a Caterina Cornaro, el inquisidor de Venecia le había hecho soportar el suplicio de la garrucha para que confesara que se había aliado con el Diablo y sus cohortes. Un poco rabino, un poco curandero, un poco astrólogo, a menudo estafador y farsante, Tzadek era tenaz. El dolor no le arrancó ninguna confesión. Sin confesión, sin pruebas, fue liberado. Pero en sus brazos dislocados y rotos, los nervios y los músculos jamás volvieron a ocupar su sitio. Contraídos, torcidos, hinchados, sus miembros estaban casi muertos, y sus dedos, al extremo de sus manos deformadas, sólo se cerraban tras denodados esfuerzos que le hacían gritar.

Cuarenta días después de que lo dejaran en libertad, Mose Tzadek dejó Chipre y se pagó un pasaje a Jerusalén. Con el pequeño tesoro que había acumulado durante su estancia en la corte de la reina Caterina adquirió algunos esclavos y una mansión en la Ciudad Vieja. Como vivía modestamente, era tenido por un sabio, y eso le divertía mucho, porque en él bullían oscuras ansias de venganza. Las torturas habían corrompido su alma, y sólo un deseo creciente de hacer el mal aliviaba su amargura. No obstante, se guardó bien de poner en práctica sus deseos. Cada noche, desde su terraza, consultaba las estrellas que se reflejaban en un estanque de agua clara. Y siempre leía la misma predicción: estaba próximo el día en que sus deseos homicidas cobrarían forma.

Cuando recibió la misiva escrita por Caterina Cornaro, interpretó aquello como la señal que esperaba. Aunque fuera un tullido, su inteligencia seguía viva y su cerebro bullía de saberes extraños. Sus piernas podían llevarle lejos sin flaquear. Hizo venir al escriba Houda, el más vigoroso de sus sirvientes, un abisinio alto, de músculos tensos como los obenques de un falucho a pesar de su delgadez, de piel grumosa y ojos enrojecidos, tan feroz en su cólera como minucioso en su caligrafía. También convocó a su paje Yohav, una criatura morena con rostro de ángel, de dieciséis o diecisiete años de edad, pero tan pequeño, tan enclenque y canijo de apenas aparentaba ocho. Salió con ellos de Tierra Santa, y escupió tres veces en el mar cuando el bajel navegaba ante las costas de Nicosia. Los viajeros cambiaron de embarcación en Malta y esperaron en el puerto de Nápoles una noche de lluvia. Compraron caballos, y Tzadek condujo a sus compañeros hasta Treviso, donde la reina Caterina los esperaba. La anciana los recibió con mil muestras de gratitud por haber acudido a su llamada.

—Mi sobrina Alessia es ahora mi única familia —se lamentó—. Un demonio femenino está pegado a los pasos de su esposo. Es un hada negra, una Melusina como

la que se casó en otros tiempos con Raimundo de Lusignan. Los exorcismos de los sacerdotes se demuestran inútiles contra estos monstruos. Se necesitan ciencias más antiguas, más complejas. Vos sois mi única esperanza, Tzadek.

El hombre de los brazos torcidos escuchó su relato con atención, y después partió hacia Roma para oírlo todo de boca de Alessia y planear con ella la perdición del demonio. Una casa de dos pisos había sido alquilada para él, no lejos del Tíber. Se instaló allí con Houda y Yohav, y esperó la visita de Alessia.

Tres días después de haberse hecho culpable de infanticidio, la joven Cornaro cruzó en secreto el umbral de la casa del viejo judío. Calvo, con la barba y las cejas afeitadas, Tzadek era largo y delgado como una zancuda de las orillas del Nilo, sin asomo de la pesadez propia de su edad. Su rostro voluntarioso expresaba una energía poco común. Sus ojos eran duros y claros como ópalos; sus dientes, blancos, y no le faltaba ninguno.

—Cuéntame todo lo que sepas de la criatura a la que quieres destruir —pidió—. ¿Cómo has dicho que se hace llamar?

—Laüme —susurró Alessia, muy impresionada por la extraña figura del tullido.

—¿Laüme? Jamás había oído ese nombre... quizá derive del espíritu al que los griegos llaman Lamia: una fiera ladrona de niños y chupadora de sangre. Pero no importa. Vamos, háblame de ella. Cuéntame todo lo que hayas hecho por orden suya. No omitas nada. No estoy aquí para confesarte, pero si intentas engañarme u ocultarme algo, lo sabré.

Durante horas, Alessia Galjero le contó a Mose Tzadek todo lo que sabía de Laüme: cómo la había corrompido e iniciado en todos los placeres de la carne y cómo después la había convertido en una asesina.

—¿Has disfrutado al cometer tus impudicias? —preguntó el judío.

Alessia bajó los ojos.

—Confieso que los hombres me han dado placeres intensos. Su cuerpo ha hecho nacer en mis entrañas sensaciones que no conocía. Me ha gustado que sus ojos se recrearan en mis formas. Me ha gustado sentir su sexo henchirse y llorar entre mis manos. He gozado bajo las caricias de Laüme y su belleza extraña me ha emocionado. No puedo mentir. Sí, todo eso me ha hecho feliz.

—¿Cuáles fueron tus sentimientos cuando obedeciste las órdenes de esa muchacha y mataste al niño?

—Disgusto y vergüenza, maestro. Y después, también... un estremecimiento que nunca antes había sentido y que no sabría explicar. Una especie de furia, una exaltación. Casi alegría y orgullo por haber encontrado en mí la fuerza para realizar aquella abominación. Pero estoy segura de que no existe una palabra en ningún idioma para describir esa sensación.

Tzadek aprobó sus palabras con un movimiento de la barbilla. Era evidente que apreciaba la franqueza de la joven y quería demostrarle que captaba todo el contenido de sus palabras, aunque no juzgaba sus actos.

—Dices que Laüme utiliza el fluido vital como ofrenda para unos fantasmas que, a cambio, le enseñan cosas. ¿Es así?

—Sí, maestro.

—Pero también me has dicho que ella absorbe la materia humana y que parece sentir un gran placer en ello. En tu opinión, ¿se trata de una simple perversión, o bien es una especie de necesidad?

—Creo que no le es imprescindible. Pero sin embargo, al parecer le proporciona un disfrute incomparable. También he observado que su fisonomía se alteraba ligeramente después de lamer la sangre.

—Explícate —pidió Tzadek.

—A veces tiene unas curiosas transparencias... Su piel es tan pálida que parece diáfana. Una noche, incluso creí ver como el vino que bebía bajaba por el interior de su garganta. Sin embargo, la sangre le ha dado una nueva densidad...

—Ciertamente se trata de un espíritu joven —comentó Tzadek—, todavía no encarnado del todo. Necesita la sangre para afirmar su arraigo en este mundo. Lo que me asombra es que no exija más. Atacaremos por esa vía.

—¿Cómo?

—Le daremos un mal cordero para el sacrificio. Eso la debilitará y entonces será fácil darle el golpe de gracia.

—Pero ella ha convocado guardianes que la protegen —advirtió Alessia—. Mientras estén ahí nada podremos hacer.

Mose Tzadek se encogió de hombros.

—La ciencia de los golem que utiliza la tal Laüme no es muy complicada de desbaratar. Conozco medios simples de abatir a esos genios. Y también otros para obligarlos a mostrarse. No te preocupes por eso, es asunto mío. Ahora, háblame de tu esposo. Él no conoce tu conspiración, ¿verdad?

—Dragoncino está lejos, guerreando por el Papa. Quiero que a su regreso a Roma todo haya terminado. Si supiera lo que estoy preparando, me mataría él en persona.

—Por desgracia, tu marido constituye una pieza esencial del ritual... Laüme está unida específicamente a su linaje, ¿comprendes? Mientras que él viva, la criatura no podrá desaparecer del todo.

—¿Eso significa que él debe morir también?

—Es el precio a pagar por la libertad de tu hijo, Uglio, y por la libertad de todos los hombres de su linaje que vendrán después de él.

Alessia se encogió en su asiento. Había deseado con toda su alma ocupar un día su lugar de esposa junto a Dragoncino. La petición de Mose Tzadek aniquilaba para siempre su esperanza.

—Si eso puede salvar al niño, acepto —dijo al fin tras un largo silencio—. Dime lo que hay que hacer y obedeceré.

Mose Tzadek soñaba. Soñaba que su cuerpo estaba intacto y que tenía a una mujer entre sus brazos. Soñaba que sus dedos se cerraban sobre la encuadernación aterciopelada de un libro. Que tomaba suaves pieles y telas de seda crujiente a manos llenas. Se despertó y exhaló un largo lamento en la noche. Le dolían las manos abotargadas.

Yohav se acercó con una luz y acomodó al viejo en su lecho. Desde que lo había adquirido, Tzadek no confiaba el cuidado de su persona a nadie más que al niño. Yohav lo alimentaba, lo lavaba, lo vestía. También era quien tomaba el oro de su bolsa para pagar a los domésticos y a los proveedores. El niño mezcló miel y leche caliente en un cubilete de cuero y llevó el recipiente a los labios resecaos de su amo. Cuando hubo bebido, le limpió con una tela de lino las gotas de líquido de las comisuras de los labios; después, atizó el fuego y esperó pacientemente a que el anciano volviera a dormirse antes de echarse al pie de la cama y enroscarse como un perrillo.

Nacido esclavo, Yohav nunca había conocido la libertad. Lo ignoraba todo del significado de esa palabra, y se hubiera visto en apuros para dirigir su propio destino si por ventura sus cadenas se hubieran roto de repente. Mose Tzadek era su cuarto propietario.

El muchacho lo amaba por encima de todo. Ambos se habían comprendido desde que se vieron por primera vez. En cuanto lo descubrió sobre el estrado del mercado de esclavos de Jerusalén, el mutilado adivinó en él raras aptitudes para el mal y la crueldad. Eso le gustó. Obtuvo el título de propiedad del chico por una suma irrisoria, ya que, aun siendo hermoso, el chaval había servido a menudo de chica a sus propietarios anteriores y no podía pasar por virgen. Para rebajar un poco más su valor, la piel de su espalda estaba estriada por feas cicatrices dejadas por numerosas sesiones de latigazos, y su vientre mostraba las señales de una gran quemadura que le había sido infligida con un hierro al rojo como castigo por hurto. Tzadek nunca había castigado a Yohav. Muy al contrario, la morfología extrañamente juvenil del adolescente, esa obstinación incomprensible que mostraba la naturaleza en conservar sus rasgos puros de niño a pesar de los años, eran tan contradictorios con la perfidia de su alma que Tzadek consideraba aquella anomalía como un milagro.

En Chipre, en la época en que se había hecho tan célebre por la precisión de sus horóscopos que la reina Caterina lo convirtió en su adivino oficial, había iniciado una colección de monstruos naturales. En dos o tres años, su taller se llenó de cadáveres de ranas de dos cabezas, de carneros siameses, de fetos humanos hermafroditas o sin boca. Había disecado aquellas anatomías erráticas, las había dibujado y medido, y antes de que la Inquisición lo apresara había tenido el tiempo justo de destruir sus especímenes y los comentarios que había redactado. Había echado de menos largamente su gabinete de teratología, pero el descubrimiento de Yohav compensó

todas sus penas. El niño que había dejado de crecer valía por sí solo más que todas las quimeras que habían dormido en otros tiempos en sus frascos. Mentir, robar, espiar, eran actividades naturales del muchacho; pero la tortura era el arte en el que mejor expresaba sus capacidades. Tzadek lo había visto muy a menudo hacer daño por placer a animales pequeños: garitos, cachorros, pájaros. Su talento consistía en mantener en vida a las criaturas el mayor tiempo posible, mientras les infligía sufrimientos indecibles con un refinamiento que hubiera dejado pasmado al más perverso de los verdugos Shinkoku. Pero a diferencia de los torturadores profesionales, Yohav concluía siempre estas sesiones devorando vivas a sus pobres víctimas despellejadas.

Como su amo, Yohav sentía en lo más hondo de su ser que estaba destinado a una gran obra, a una alquimia negra y terrible que deseaba experimentar. Cuando supo que iba a salir de Tierra Santa para ir a las comarcas del norte, le invadió una loca alegría y una impaciencia tal que perdió el sueño durante varios días; sólo cerró los párpados una vez largadas las amarras, cuando el estrave del navío hendía las olas en dirección al septentrión. En Treviso, en casa de la reina Caterina, su corazón había dado un brinco la primera vez que oyó pronunciar el nombre de Laüme. Supo por instinto que aquélla era la víctima que tenía asignada. Si sólo tuviera que matar a una criatura, sería a ella sin la menor duda.

—No te equivocabas, Yohav —le reveló Mose Tzadek después de que Alessia se hubo marchado—. Es a esa Laüme a la que tendremos el placer de destruir. ¡Yo le abriré las puertas a la nada, y tú la empujarás! Pero antes le proporcionaremos tantos sufrimientos que la obligaremos a revelarnos sus secretos...

Yohav no había contestado. Su boca, sin embargo, se había llenado de saliva, como si acabaran de prometerle un fabuloso festín, y todos los músculos de su cuerpo se habían tensado.

El maestro Tzadek entró en meditación en una cámara de la que había hecho retirar todos los muebles para convertirla en un oratorio perfecto. Durante trece días durmió en el suelo y no ingirió más que una copa de rocío recogida cada día al alba. Las últimas grasas de su cuerpo se fundieron. En mitad de la decimotercera noche, abandonó la soledad de su celda y se sentó junto al fuego para calentar su carcasa enfriada por la vela y las privaciones. Allí, después de masticar cuatro cucharadas de polen y beber medio vaso de vino hervido, les dijo a Houda el abisinio y a Yohav el torturador lo que esperaba de ellos.

—He encontrado en mis plegarias las respuestas a mis últimas preguntas. La reina Caterina estuvo muy inspirada al llamarnos para deshacerse del demonio Laüme. Los sacerdotes cristianos jamás tendrían el coraje de realizar lo que nosotros nos disponemos a hacer. Tú, Houda, servirás a Yohav como si fuera tu amo, porque sobre él van a recaer las manchas que envenenarán a Laüme. Esto te exigirá mucha determinación, hijo mío —prosiguió dirigiéndose al adolescente—, pero sé que el fin que perseguimos te es querido y que en ti anidan fuerzas poderosas.

—Sí, Mose Tzadek —asintió el paje con solemnidad.

—Laüme teme la impureza. Vamos a dársela toda y más. Tu sangre, Yohav, ya es una sopa nociva; de todos modos habrá que espesarla un poco. Y pronto. Vas a dejar de practicar tus diversiones con simples animales. A partir de ahora, te dedicarás a atormentar y a devorar seres humanos. Houda te acompañará por las calles de los barrios bajos de Roma. Elegirás tú mismo las presas que te convengan. Sobre todo, que sean bien depravadas. Nobles o villanos, eso no importa, pero que sean vulgares. Elige criminales y prostitutas, burgueses cebados y prestamistas avaros, o soldados crueles y cortesanos rebozados de hipocresía. Houda se apoderará de ellos y los traerá aquí. Tú harás tu trabajo. Dales horror, hazlos sufrir. Cómetelos. Cébate con su sangre. Cómete su cerebro y su corazón, después goza de sus cadáveres. Duerme junto a ellos, profana sus despojos como sólo tú sabes hacerlo. A partir de este instante, tienes trece días y trece noches para cumplir la labor de contaminar tu alma como mejor sepas.

Como un caballero que rinde homenaje a su señor antes de lanzarse a su misión, Yohav avanzó hacia Tzadek y se arrodilló ante él para posar la frente un instante sobre sus flacos muslos. Cuando se incorporó, sus ojos estaban húmedos y temblaba. Se echó una capucha sobre los hombros y dejó al punto la casa para emprender su primera noche de caza.

Houda marchaba detrás de él. Bajo su capa de cuero con forro de piel de liebre, la mano del alto negro se cerraba en torno al hierro de una azagaya como las que forjaban los hombres de su país para rastrear al león o a la hiena. En un saco atado a su cintura llevaba cables y mordazas. Su primera víctima fue una buscona ajada y desdentada que encontraron dormida en un porche. Houda la golpeó, se la echó al hombro y la metió en una de las bodegas de la casa a orillas del Tíber. Allí entró en acción Yohav, cuya apariencia enclenque ocultaba en realidad una gran fuerza muscular. Como con todos los pacientes que vinieron tras ella, empezó por arrancarle la lengua y extraerle las cuerdas vocales con la ayuda de una larga pinza, para evitar que sus gritos alarmaran al vecindario. La cortó y la atravesó de mil maneras antes de comerse sus ojos, justo en el momento en que espiraba. Después que hubo exhalado el último suspiro, le rompió las vértebras y sorbió el tuétano. Arrojó los restos en un rincón de la pieza para dejar que se pusieran tiernos.

Matar a la coima le había dado menos placer del que había esperado. Era la primera vez que le quitaba la vida a un ser humano, pero la fealdad de la comadre le había estropeado el goce. Yohav era un esteta. Quería desgarrar pieles suaves, profanar curvas frescas. Había comprendido que Laüme era una dama joven y noble, dotada de una gran belleza. Estaba impaciente por desnudarla para morder sus senos y hundir hierros al rojo en su vientre. Impaciente por rapar sus largos cabellos y molerle el espinazo a golpes de garrote. Impaciente por desollarla para ver cómo sus finos músculos y sus vísceras sedosas se crispaban todavía sobre la armazón blanca de sus huesos. Poseído por estas imágenes, Yohav le pidió a Houda que capturara a

una adolescente que parecía errar sin rumbo cerca de un albergue. Repitió con ella todo lo que proyectaba hacerle a Laüme, y en el curso de esta práctica encontró nuevas ideas para magnificar sus suplicios.

A pesar del inmenso placer que sintió haciendo morir a la muchacha, durante los días que siguieron procuró centrarse en seres de baja extracción, para cumplir las órdenes del maestro Tzadek. Eligió a un proxeneta y a dos de sus pupilas; a un banquero; una mujer que realizaba abortos y tres matones; una loca y un lascivo; un orgulloso y una glotona, y otros... En la bodega, los cadáveres se amontonaban y emanaban un olor pestilente. Yohav dormía en medio de ellos y se frotaba a menudo contra sus carnes frías, los acariciaba y gozaba a menudo en sus carcasas mutiladas que bullían de moscas y de gusanos. Verdugo, necrófago, necrófilo, el muchacho se había convertido en un demonio, una criatura abominable, borrada para siempre jamás del Gran Libro de los hombres.

Una vez transcurridos los trece días y las trece noches decretados por Tzadek, Houda reunió los restos de los despojos, los arrojó en una fosa y les echó cal viva. Yohav fue confinado en el oratorio y no recibió otro alimento que papilla de cerdo mojada con orina de perro. Por orden del maestro, su cuerpo había sido cubierto de inscripciones impías trazadas por Houda con una tinta compuesta por jugo de granada y polvo de plomo. Estos signos tenían la virtud de conservar intactas todas las ponzoñas acumuladas en la sangre del asesino de rostro inocente. Como Tzadek había previsto, el ciclo de crímenes había dado lugar a una metamorfosis. Era indiscutible que Yohav había pasado a otra dimensión. Su figura era la misma, tan infantil como siempre, pero su espíritu se había internado por un camino que el propio Tzadek no hubiera podido decir adonde conducía.

Advertida de que el maestro quería verla cuanto antes, Alessia acudió a toda prisa a la casa del chipriota. Lo encontró más delgado, y se preguntó dónde estaría aquel pajecillo tan guapo y servicial al que había visto afanarse en torno al mutilado durante su primera visita.

—Ha llegado la hora de atrapar a Laüme —anunció Tzadek—. ¿Has convocado a tu esposo a Roma, como te pedí?

—Dragoncino llegó ayer. Pero sospecha que mi llamada es un pretexto. Me será muy difícil mantenerlo a mi lado más de unas horas. Arde en deseos de volver al combate.

—Ahora todo se desarrollará sin pausa, y él será el primero en morir. En cuanto a ti, es necesario que realices una última artimaña.

—Estoy dispuesta.

—Esta noche no, la siguiente, anunciarás a Laüme que quieres hacerle el regalo de un nuevo sacrificio. Le llevarás a mi paje Yohav. Insiste en emplear el cuchillo tú misma. Dale un corte al niño en la muñeca derecha, en una marca que le habré puesto, y deja que corra la sangre en una copa de la que fingirás beber un sorbo antes de tendérsela a Laüme.

—¿Y después?

—Después, Yohav sabrá lo que hay que hacer. Me reuniré con vosotros en compañía de Houda. Tú te marcharás inmediatamente a Treviso, a casa de la reina Caterina, con tu hijo Uglío. Nos encontraremos unos días después para llevarte la cabeza cortada del demonio.

—¿Qué le pasará a Dragoncino?

—Houda lo matará en el instante en que tu enemiga moje los labios en la sangre de Yohav. Lamento provocar tu viudedad, pero es condición *sine qua non* para que tu hijo quede libre de la presa de esa criatura.

—¿Y los guardianes que protegen a Laüme?

—No temas, yo me ocuparé de que se vuelvan inofensivos.

Alessia regresó a su casa con tantas esperanzas como aprensiones. A lo largo de la noche se bebió dos frascos de vino para obligarse a ponerle buena cara a su marido y satisfacer sus ardores y los de Laüme de manera conveniente. Desde que supo que las dos mujeres se habían encaprichado la una con la otra, Galjero tenía el corazón más liviano. Feliz de poder gozar de nuevo de los encantos de su esposa sin incurrir en los reproches de su amante, deslizó su sexo en una y otra con una felicidad beatífica. Rió al ver tenderse sus bellos cuerpos desnudos, y colmó sin esfuerzo los cofres de la morena y de la rubia.

Al día siguiente por la mañana, vigoroso como nunca, fue a tomar a Uglío en sus brazos y pasó largo tiempo jugando con su hijo.

—¡Estoy impaciente por enseñarle a manejar la espada y ofrecerle su primer caballo! —le dijo a Laüme, que se había acercado a ellos.

—El tiempo pasa rápido. Pronto, Uglío recibirá tus enseñanzas de condotiero, mientras que su madre y yo nos encargaremos de proporcionarle otros saberes más sutiles. Te prometo que cuando tenga quince años ya será un letrado y un guerrero sin rival. Ni siquiera tú podrás vencerle. A los veinte años subirá al trono de Italia. A los treinta será emperador. A los cuarenta, habrá vencido al Gran Turco, pisoteado la media luna y arrasado Jerusalén para siempre jamás... Gracias a nosotros tres, este niño cambiará la faz del mundo.

—¿Nosotros tres, dices? ¿De verdad consideras que Alessia es una bruja? —Se asombró Dragoncino—. ¿Tu interés por ella es algo más que un capricho?

—¡Una bruja! —exclamó Laüme—. ¡Qué gran palabra! No la uses sin conocimiento. Digamos simplemente que Alessia posee algunos talentos que no sería bueno desperdiciar. Y además, será mejor para Uglío crecer en un hogar en armonía. El día en que me pediste que fuera clemente con ella tuviste una inspiración.

—¿Así que entre los cuatro formamos una familia? —bromeó Galjero.

—Una familia bien extraña —repuso Laüme—. Pero dices bien, mi amor, sin duda, ahora formamos una familia de verdad...

El sol púrpura caía sobre las colinas de Roma como un enorme quiste hinchado de pus. Nervioso, como si se dispusiera a penetrar en la guarida de una fiera, Houda tiró del picaporte que cerraba la puerta del oratorio y penetró en la pieza helada. Enarbolando una antorcha, iluminó de lado a lado los rincones de la sala sumida en la sombra. Transido de frío, Yohav estaba allí, enroscado sobre sí mismo para intentar conservar lo que le quedaba de calor. Temblaba, pero no sufría ninguna enfermedad. Houda lo tomó en sus brazos y lo llevó hasta las cocinas, donde había un gran barreño lleno de agua caliente. El abisinio sumergió al chico en el baño y frotó largamente su cuerpo para borrar todo rastro de las inscripciones. El maestro Tzadek asistía a la escena. Sus labios se movían, pero su boca, convertida en un fino trazo, no emitía ningún sonido.

Cuando toda la tinta de granada se hubo diluido en el agua, Yohav salió del baño, se secó y se vistió con un jubón de cordero blanco orlado de perlas finas. Sus pies fueron calzados con botas bajas cortadas de la misma piel y tocó su cabeza con un bonete de terciopelo con un plisado. Transcurrió una hora de espera silenciosa antes que la aldaba resonara bajo la mano de Alessia. Pálida como la luna, la mujer guió a los tres hombres a través de las calles hasta el palazzo de Laüme, donde les hizo entrar por una puerta de servicio. Se acercaba la hora del festín nocturno, y en los corredores flotaban aromas de carnes marinadas, de hierbas en compota y especias cocidas. Alessia evitó las cocinas y pasó junto a los armarios de ropa blanca, perfumados de lavanda y limón.

—¿Y ahora? —preguntó, después de ocultarse con ellos en el reducto.

—Asiste a la cena —murmuró Tzadek—. Cuando se acabe, anúnciale tu sorpresa a Laüme y ven aquí a buscar a Yohav para llevarlo al sótano. Después seguirás mis instrucciones.

—¿Y los guardianes? ¿Y Dragoncino?

—Houda y yo nos encargaremos de él en cuanto te unas al banquete. Ten confianza. Ahora, ve...

Alessia hizo la señal de la cruz y dejó el reducto para acudir a la planta.

Mientras ella fijaba en su rostro la máscara de la cortesía y la felicidad para engañar a Galjero y a su amante, Mose Tzadek se deslizó por los corredores en compañía del abisinio. Los dos hombres avanzaron al azar de nicho en nicho como sombras silenciosas, hasta el instante en que Mose sintió deslizarse una gota de sudor helado por su espina dorsal. Reconoció la señal del miedo. De inmediato, sin esperar a que su espíritu se retractara ante los asaltos del sutil guardián que acababa de lanzar su primer ataque contra ellos, ordenó a Houda que extendiera a sus pies una barrera de virutas de hierro. A toda prisa, el africano dibujó un círculo en el suelo con las limaduras extraídas de un saco. Un instante más tarde, los latidos del corazón de Tzadek dejaron de acelerarse y Houda relajó sus largos músculos y se sintió como

aliviado de un gran peso.

—Nuestro escudo no resistirá mucho. Hay que obligar al genio a mostrarse —susurró el hombre sin brazos—. Saca nuestra arma, ¡ahora!

Houda sacó de entre los pliegues de su ropa una esfera de terracota coronada con un tapón de cera, sobre la cual había una figura humana groseramente dibujada con el dedo. El africano lanzó el objeto con todas sus fuerzas contra las losas para hacerlo estallar. El líquido que contenía se esparció en un espeso charco. Una forma turbia se arremolinó como una nube y ascendió a la altura del techo hasta rozar unas pequeñas chispas, mates y frías. Bajo esas luces se dibujó una segunda silueta vaporosa: era el espíritu guardián concebido por Laüme para infundir pánico y desesperación a todos cuantos osaran aventurarse indebidamente en su morada. Entre las criaturas se entabló un combate silencioso. El genio creado por Mose Tzadek se enfrentaba a un adversario más grande y más largo, dotado de una interminable cola muy fina que serpenteaba tras él. Tzadek y su servidor siguieron a la carrera este rastro y llegaron a una habitación al fondo de otro pasadizo; era uno de los gabinetes de Laüme, cuya puerta no estaba cerrada con llave. Houda entró primero en la pieza e hizo saltar las cerraduras de un secreter marqueteado de nácar de donde surgía la punta crepitante de la cola. Detrás de él, Tzadek le apremiaba y le decía lo que tenía que hacer.

—¡Rompe los precintos de las figurillas y vierte el arsénico, deprisa!

Sobre el tablero se alineaban varias figurillas. Todas estaban finamente esculpidas y modeladas a imagen de guerreros o de amazonas fuertemente armadas. Houda perforó con los pulgares el sello del primer guardián y esparció un poco de materia en el interior del objeto. En apenas unos segundos, la membrana fibrosa que brotaba de la figura se retractó y desapareció. Las chispas estallaron como pompas de jabón y se desvanecieron a su vez. El abisinio repitió la operación en los otros soportes. Uno a uno, los espíritus que protegían a Laüme, a Dragoncino y a Uglio sucumbieron bajo el efecto del arsénico, el «dragón verde» de los alquimistas.

—La primera parte del trabajo está hecha —constató Tzadek con un suspiro de alivio—. Era la que más me preocupaba. Las defensas esenciales del hada se han hundido sin que ella ni siquiera sea consciente. Ahora todo irá bien...

Houda enjugó el rostro chorreante de sudor de su amo con la tela de su manga triangular y ambos salieron del gabinete. Por una escalera que les había descrito Alessia, ganaron el ala principal del palacio, donde cenaban aún Galjero, su esposa y su amante al son de una orquesta de laúdes y de clarines. De improviso, apareció una sirvienta y vio a los dos intrusos. Asustada por la presencia de pesadilla del mutilado y del gigante negro, se disponía a dar la alerta cuando la azagaya de Houda atravesó el aire silbando y se clavó en su garganta. El abisinio retiró su arma del cadáver caído, limpió la hoja en el vestido de la muchacha y colocó la jabalina en el carcaj que llevaba al hombro. Nadie se había dado cuenta del incidente. Houda deslizó el cuerpo detrás de una cortina y se reunió con Tzadek.

Juntos, se acercaron cuanto pudieron al comedor y, ocultos tras un saliente,

esperaron a que cesara la música y terminara el ágape. Los músicos desfilaron por el pasillo sin verlos, y después pasó Alessia sin advertir tampoco su presencia y levantándose ligeramente la falda para caminar más deprisa. Dragoncino apareció a continuación, con paso vacilante debido a los efectos del vino que había ingerido generosamente. Como una pantera, Houda se deslizó tras él hasta la habitación donde Galjero se dejó caer sobre una cama deshecha, sin desvestirse ni quitarse las botas. Houda sacó la lanza de su funda, pero en el silencio de la noche, la punta de acero rechinó contra la madera del estuche. Por muy ebrio que estuviera, Dragoncino seguía siendo un jefe guerrero. El segundo de los Galjero reaccionó con más rapidez de la esperada por el africano: se puso en pie al instante y tomó una espada, olvidada al azar en un banco cercano, dispuesto a enfrentarse al agresor. Sonreía; el desafío pareció divertirle. Por un instante, los dos hombres se evaluaron mutuamente; después, se lanzaron el uno contra el otro con ferocidad bestial. El combate fue breve. Creyendo que aún gozaba de la protección del genio que Laüme había elaborado para él, Dragoncino prescindía de toda maniobra de defensa y se limitaba a enarbolar su espada con una fuerza de bestia. No aguardó la respuesta que Houda le preparaba: decapitó al negro, cuya cabeza voló al otro extremo de la pieza con una larga salpicadura roja. Pero la lanza del africano ya había sido proyectada, y Dragoncino nada pudo hacer para evitarla. La punta de la azagaya se clavó en su sien y rompió un gran trozo de hueso. La materia gris se esparció por el suelo, deslizándose desde la caja craneal como de una garrafa agujereada. Dragoncino parpadeó, soltó su arma y cayó de rodillas. Se llevó la mano a la cabeza con incredulidad y frotó por un instante entre los dedos la gelatina húmeda mezclada con gotas de sangre. Después, su espíritu se extinguió y sus músculos dejaron de sostenerlo. Con los ojos aún abiertos y las pupilas contraídas, cayó hacia atrás, con una espuma blanca chorreándole por la boca, el cuerpo agitado por espasmos.

El maestro Tzadek penetró en la cámara y vio que la razón había abandonado a Galjero. Sin molestarse en darle el golpe de gracia, dejó el lugar y se precipitó hacia los pisos inferiores. La pérdida de su servidor contrariaba sus planes y trastornaba sus pensamientos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de concentración para recordar lo que Alessia le había mostrado de la topografía del inmenso edificio. Por fin, reconoció los frisos encargados por Laüme al pintor Sodoma para alegrar un patio. Se llegaba al subsuelo pasando bajo la bóveda de un templo pagano pintado con la técnica del trampantojo. Con el corazón en palpito, Tzadek descendió un largo tramo de escalones y se detuvo en el umbral de una gran bodega iluminada con gran brillo por cirios litúrgicos. Oculto en un rincón, observó las siluetas que se agitaban al fondo de la sala. Nada de lo que ocurrió a continuación se le escapó. Sobre un viejo altar de iglesia permanecía tendido Yohav, cuyo brazo izquierdo extendido sangraba encima de una copa de cobre que Alessia sostenía con mano temblorosa. Un poco apartada, atenta al sacrificio obrado por su alumna, Laüme mecía al pequeño Uglio en sus brazos... «¿Por qué habrá traído al niño?», se preguntó Tzadek.

Mientras él intentaba en vano hallar respuesta a esta pregunta, el hada depositó a la criatura en un cojín cercano y se llevó a los labios sin recelo la copa de sangre viciada. Recostado sobre los codos, ignorando el dolor de la herida de su muñeca, Yohav miraba a Laüme con una concupiscencia obscena que deformaba su rostro y lo hacía semejante a un perro lúbrico.

Laüme ingirió el veneno de un trago. Al pasar a sus fibras, las ponzoñas concentradas en la sangre de Yohav corrompieron al instante sus sentidos. Por primera vez en su vida, la criatura conoció el sufrimiento y el miedo. En un momento, su alma se vio invadida por los relentes infectos de todos los vicios y de todas las bajezas de los que se habían hecho culpables las víctimas de Yohav en el curso de sus repugnantes existencias; pero lo que más la debilitó fue la abyección que bullía en la sustancia vital del joven verdugo. Una oleada de dolor y de horrores mezclados laceró sus entrañas, aniquiló su espíritu. El hielo de la noche y el magma del sol corrieron por sus venas. Sus ojos se hincharon y sangraron bajo las imágenes atroces que desfilaban a velocidad de vértigo por su retina. Emitió un largo aullido de agonía, volcó las velas colocadas a su alrededor y cayó al suelo gritando y golpeando el suelo. Como una piedra ardiente arrojada contra una muralla de oscuridad, su espíritu estalló en cien fragmentos de nada, su cuerpo se paralizó, la rigidez se apoderó de sus miembros. Yohav se agachó a su lado y tentó su garganta, buscando alguna señal de vida. Por un momento creyó que estaba muerta y se desesperó. Pero de repente, percibió la pulsación lenta de una arteria contra su pulgar. Arrancó con rapidez una tira de la túnica de la muchacha y vendó con ella el corte de su muñeca. En ese momento, Tzadek dejó su escondite y se acercó raudo. Alessia había tomado a su hijo en brazos y lo apretaba contra sí, tapándole los ojos con una mano para privarle de la visión de la escena.

—¿Houda no está con vos, maestro? —dijo Yohav, extrañado.

—Dragoncino y él se han matado el uno al otro. Ya no podremos llevarnos a Laüme para interrogarla y hacerle confesar sus secretos. Habrá que matarla aquí, y pronto. Pero antes, ya sabes lo que tienes que hacer.

Horrorizado ante la idea de perder a su presa, Yohav palideció.

—Maestro, yo soy fuerte —exclamó—. Yo puedo llevarme de aquí a esta bruja. ¡Dejádmela a mí!

—En primer lugar termina tu tarea. Después, ya veremos.

Yohav sacó de su cintura una fina daga, se volvió hacia Alessia y, antes de que ella pudiera hacer nada, apuñaló al pequeño Uglio en plena frente. El niño se deslizó como un muñeco de trapo entre los brazos de su madre, demasiado sorprendida para gritar. La sentencia que condenaba al tercer Galjero era la parte secreta del acuerdo convenido entre Caterina Cornaro y el mago de Tierra Santa, y se le había ocultado cuidadosamente a Alessia.

—Laüme no morirá si no se arrancan todos los vástagos de esta estirpe —intentó explicarle Mose—. Tu tía te encontrará otro partido. Reharás tu vida, tendrás otros

hijos. Éste no era más que el proyecto de un monstruo.

Alessia, inerte, no respondía. Sus ojos estaban vacíos, sus fuerzas aniquiladas. Mose la dejó para volverse hacia Yohav, que intentaba cargarse a Laüme a la espalda. Pero ella era demasiado voluminosa para aquel adolescente enano. Tres veces intentó levantarla sin conseguirlo.

—¡Basta! —ordenó Tzadek—. Córtale la cabeza a esa Gorgona y acabemos.

Sordo a las órdenes de su amo, Yohav se afanaba más y más. Por nada del mundo quería renunciar al placer de recorrer con sus dedos rollizos el cuerpo encadenado de Laüme, de vaciarla viva, como a un pez, de divertirse retrasando su muerte durante días o semanas... Tzadek intentó apartar al enano, pero fue incapaz de sujetarlo. Sin fuerza, no podía hacer otra cosa que lanzar injurias y amenazas contra el obstinado paje. Maldiciendo la ceguera de su esclavo, maldiciendo, sobre todo, el destino que lo había convertido en un tullido, Tzadek decidió abandonar la partida. Abandonó a Alessia a su apatía y a Yohav a su obsesión, y subió las escaleras en busca de una salida para dejar el palacio cuanto antes. Sin aliento, con el pensamiento trastornado y el vientre atenazado por el pánico, se encontró yendo y viniendo de un camino sin salida a otro. Enloquecido al escuchar los gritos de los servidores, que registraban la casa después de descubrir los cadáveres de Dragoncino y de Houda, buscó un escondite. Tres domésticos lo sorprendieron y le persiguieron hasta el fondo de un pasillo, donde se apoderaron de él sin esfuerzo.

Mientras que el inválido era molido a golpes, Yohav aceptaba por fin su impotencia para arrastrar a Laüme fuera de las bodegas. Echando espuma por la boca, cerró sus pequeños puños y golpeó el rostro del hada con una violencia decuplicada por el despecho; después, buscó su daga olvidada sobre las losas. Ya que le era imposible torturar a la muchacha a placer, al menos le arrancaría el corazón para hincarle el diente. En el momento en que cerraba la mano sobre el arma manchada con la sangre de Uglio, Alessia se echó sobre él con un gruñido. Los dos rodaron en una lucha implacable. La Cornaro estaba poseída por la sed de venganza. El asesino de su hijo estaba a punto de asfixiarse bajo su presa cuando, en una última sacudida, encontró un ángulo para clavar su cuchilla. La punta de acero atravesó la tela del vestido y hendió el vientre de Alessia de abajo arriba; sus intestinos se desparramaron por el suelo con un ruido sordo. Ella no gritó. Lentamente, como un barco que hace aguas en medio de un mar en calma, se dejó caer para morir. Yohav empujó el cadáver y se levantó. Ya se volvía hacia Laüme, cuando unos hombres bajaron las escaleras para apoderarse de él. Ágil como un gato, vivo como un mono, Yohav se las compuso para huir por un estrecho respiradero. Corrió por el Aventino tan deprisa como le permitían sus piernas y desapareció llorando en la noche.

LOS CAMINOS DESIERTOS

Durante una hora, cien horas, quizá mil, el espíritu de Laüme no existió. El ácido vertido dentro de ella la había corroído y diluido como una gota de sangre en el océano infinito. Los abismos se hundieron en los abismos. Los remolinos se mezclaron con los remolinos. Mundos extintos giraron en torno a otros mundos extintos. Después, sin ninguna razón y precisamente porque parecía imposible, una luz tocó la superficie...

Verba secretorum Hermetis —verum, sine mendacio, eertum et verissimum; quod est inferius est sicut quod est superius; et quod est superius est sicut quod est inferius, ad perpetrando, miracula rei unius. Et sicut omnes res fuerunt ab uno, mediatione unius, sic omnes res natae fuerunt ab hac una readaptatione. Pare ejus est Sol, mater ejus Luna; portavit illud Ventus in ventre suo; nutrix ejus Terra est. Pater omnis telesmi totius mundi est hic. Vis ejus integra est si versa fuerit in terram. Separabis terram ab igne, subtile a spisso, suaviter, cum magno ingenio. Ascendit a térra in caelum, interumque deseendit in terram, et recipit vim superiorum et inferiorum. Sic babebis gloriam totius mundi. Ideo fugiet a te omnis obscuritas. Hic est totius fortitudine fortitudo forlis; quia vincet omnem rem subtilem, omnemque solidam penetrabit. Sic mundus creatus est. Hinc erunt adaptationes mirabiles, quarum modus est hic. Itaque vocatus sum Hermes Trismegistus, habens tres partes philosophiae totius mundi. Completum est quod dixi de operatione Solis...

Laüme abrió los ojos. Un paño mojado humedeció delicadamente sus sienes y se deslizó por sus mejillas. Un soplo de aire llenó sus pulmones vacíos. Sus pupilas se dilataron por efecto de la claridad del día. A pesar del sol que bañaba la habitación donde permanecía tendida, tuvo la impresión de estar mirando una noche sin estrellas. Como bajo el filtro de espesos velos, los colores le llegaban aminorados, ahogados, desvaídos... Un rostro de contornos confusos se inclinaba hacia ella. Un rostro sonriente y bueno, que ella conocía pero que no recordaba. Intentó incorporarse, pero ninguna fuerza vino a animar sus miembros, apenas tuvo energía para crisar las manos.

—Descansad, señora —murmuró el rostro—. Soy yo, Anna, vuestra doncella. No temáis, yo velo por vos...

La voz parecía resonar desde el otro confín del universo. Sonaba débil en los oídos de Laüme, tan débil... y, sin embargo, tranquilizadora. El hada se repitió sus

palabras. Una vez, otra vez y otra más. Apaciguada, volvió a dormirse.

Una horrible pesadilla la despertó con un sobresalto. Acababa de ver la innoble figura de Yohav. El verdugo le susurraba todas las torturas que había imaginado para ella. Gritó en la noche como un niño aterrorizado. Anna la tornó en sus brazos y la meció, acarició su frente y enjugó el sudor de su cuerpo. Laüme se aferró a los brazos de la doncella. Quiso hablar, pero su lengua estaba paralizada en su boca y un sonido informe se formó en su garganta. Enloquecida, buscando desesperadamente recobrar la posesión de sus sentidos atrofiados, puso los ojos en blanco y sus músculos se contrajeron en espasmos sin fin. Sintió que Anna la obligaba a morder un trozo de madera; después, de nuevo, su espíritu decayó.

Cuando recobró la conciencia, se sintió con fuerza suficiente para incorporarse. Anna la instaba a permanecer tendida. Durante semanas y semanas, la doncella alimentó y cuidó a su señora. Laüme no pasaba nunca demasiado tiempo despierta. Tan pronto como una chispa de luz tocaba su alma enajenada, las olas negras de la nada la atrapaban de nuevo y la arrojaban en un laberinto de tinieblas con murallas tan altas y sólidas como torres de granito.

Un día, sin embargo, los ojos de Laüme no volvieron a cerrarse. Se quedó inmóvil escuchando latir su corazón; después, se ayudó con los brazos para sentarse al borde de la cama. Anna no estaba allí para ayudarla. No había nadie junto a su cabecera. Sus ojos veían mal, le parecía estar sumida en la bruma; todo a su alrededor era gris y borroso. Extendió las piernas y se puso en pie. Fue como si subiera a la cima de una montaña; el vértigo estuvo a punto de hacerla caer, pero resistió y empezó a caminar. Apoyando la mano contra la pared para guiarse, dio la vuelta a la habitación con lentitud. Creyó reconocer una de las habitaciones más pequeñas de su palacio de Roma. Siguió avanzando y llegó a un pasillo. Una corriente de aire la golpeó y agitó sus cabellos despeinados. Se estremeció. Apenas cubierta por un ligero camisón, parecía un espectro recorriendo los caminos desiertos de su propia casa. Vagó largo tiempo, solitaria, a través de las salas y los corredores. Laüme vio que habían saqueado el edificio, que estaba abandonado a las ratas y las arañas. Ni un mueble que no estuviera roto, ni una sala que no hubiera sido arrasada. Las pinturas y los tapices que no habían sido robados estaban rasgados. Hojas muertas se arrastraban por el suelo, y la lluvia goteaba por los tiros abiertos de las chimeneas. A lengüetazos, como un animal herido, lamió un hilillo de agua que corría por una pared. El líquido le dio un poco de fuerza y seguridad. Encontró a tientas el camino de su antigua habitación. Las golondrinas habían anidado en los cuatro rincones del techo. Asustadas por su entrada, salieron de la estancia y huyeron volando. Laüme avanzó entre escombros de maderos partidos y figurillas rotas. Los restos de un gran espejo de estaño estaban apoyados contra un muro. El objeto, que brillaba ligeramente en la penumbra, atrajo su atención. Permaneció largo tiempo observando la figura que se reflejaba entre sus múltiples grietas. Sus ojos no parpadeaban. La imagen que veía la fascinaba y la hacía reír. Se encontró bella. Su cuerpo se inclinó en una reverencia.

Volvió a reír y dio unas palmadas. Encontró radiante su cara tumefacta y sucia; sus cabellos revueltos y crespos como una crin le parecían suaves como la seda; su pobre camisón manchado era un vestido de ceremonia. Quiso arreglarse más aún.

Buscó por el suelo sus frascos de afeites y ungüentos. Encontró un peine de hueso con los dientes rotos y se lo pasó por la cabellera con tanta fuerza que se arrancó algunas mechadas. Se peinó, anhelante, y puso hojas agrietadas en sus trenzas sueltas. Sus dedos de uñas desmesuradas se mojaron en los frascos de afeites medio secos y extendieron colores llamativos en sus labios y mejillas. Sacó de un cofre telas de guipur hechas pedazos que no supo atar como convenía. Sus pies estaban desnudos. Se miró de nuevo en el espejo roto y convino en que no había una muchacha más bella en el mundo. En sus oídos resonaron flautas y tamboriles. Dio un paso de danza y ofreció el brazo a un caballero imaginario. ¿Era César Borgia? ¿Era uno de los Médicis? ¿Era el viejo papa Alejandro? No lo sabía y no le importaba.

Con el fantasma a su lado, decidió salir a sus jardines. Las gotas de lluvia corrieron el maquillaje de sus pómulos y el carmín de su boca, que se fundieron en franjas aceitosas. Pero ella no prestó atención a eso. Divisó la figura de un hombre que comía fruta debajo de un árbol. Se acercó sin temor y se sentó a su lado. El rostro del buen hombre era indistinguible bajo sus cabellos revueltos y su barba hirsuta, pero Laüme supo que lo conocía. Extendió una mano y la puso sobre el brazo de él. El hombre emitió un breve gruñido pero no la miró. Su cráneo tenía huellas de una herida profunda a un lado. Su sien hundida formaba un hueco vacío, rodeado de carne rosada salpicada de gotas de sangre.

Al abrigo de las ramas, Laüme se quedó junto a Dragoncino hasta que la lluvia hubo cesado. Había olvidado su nombre, pero sentía que debía darle todo su amor. Decidida a no abandonarlo, le tiró de la manga y logró que la siguiera; su instinto le decía que había que ponerse en camino. Juntos, apretados el uno contra el otro, dejaron los jardines empapados y caminaron por las calles. La ciudad era una imagen de su espíritu fragmentado. En los valles entre las siete colinas un incendio devoraba barrios enteros, apenas amortiguado por la lluvia. Cenizas grasientas ennegrecían el cielo. Arrastradas por el viento, volaban como miríadas de moscas en torno a un cadáver. Los burgueses transportaban sus más preciadas posesiones a toda prisa, mientras que los merodeadores aprovechaban para entrar en las casas y saquearlas. En medio del caos, nadie prestó atención a Laüme y Dragoncino. Sus ropas desgarradas, sus pintas de dementes y sus ojos fijos los preservaban de la codicia de las rapaces que se arrojaban sobre la villa, y franquearon las puertas de la ciudad mientras caía la noche. Pasaron la noche tumbados en la cuneta de un sendero, entre las zarzas. Las llamas, tan próximas que el viento les traía su calor, teñían de rojo el cielo sobre sus cabezas. Por la mañana, Laüme decidió tomar la dirección del norte.

Durante días y días, siguieron caminos desiertos sin cruzarse con nadie. Una nueva guerra se había desatado. Los españoles y los franceses habían venido a batirse en Italia. Los campos estaban yermos y los campesinos se refugiaban en las fortalezas

sin atreverse a reemprender sus trabajos en los caseríos y en las granjas. Laüme desenterraba raíces de las que se alimentaban, y bebían agua de lluvia. Mudo, Dragoncino miraba a la muchacha sin verla. Cada vez que Laüme se alejaba un poco de él para escarbar la tierra o cazar un lagarto que huía por el suelo, corría detrás de ella y se le pegaba gimiendo como un niño asustado. Entraron en una choza abandonada. Sobre la mesa encontraron un poco de carne y de queso rancios. En un jarro quedaba algo de vino malo. Se dieron un festín. Dragoncino se hundió en un jergón y cayó en un sopor sin sueños. Laüme se arrastró junto a la chimenea esperando encontrar un resto de calor, pero el hogar estaba inactivo desde hacía tiempo. En la ceniza gris, su dedo trazó unos signos: su nombre.

—Laüme... —pronunció, con la mirada fija en las líneas.

Desde que la sangre podrida de Yohav la había destruido, era la primera vez que su garganta llegaba a emitir algo más que una risa grotesca o un estertor informe. Las lágrimas subieron a sus ojos y los latidos de su corazón se aceleraron.

—¡Laüme! ¡Laüme! ¡Laüme! —repitió, cada vez más deprisa y más fuerte, y con voz más clara y más segura.

Con el rostro púrpura, se volvió hacia Dragoncino para hacerle testigo del milagro, pero Galjero no se despertó, pese a las sacudidas que ella le dio. Durante toda la noche, Laüme buscó febrilmente otras palabras para escribirlas en el polvo. Recordaba pocas, pero las articulaba correctamente. Estaban «día» y «noche». Estaban «muerte» y «amor». «Saber» y «venganza»... Con las luces del alba, registró la casa en busca de telas para calentarse el cuerpo. Encontró una larga capa de lana basta, unos zuecos de madera para calzar sus pies desnudos, que los guijarros del camino habían dejado en carne viva. Encontró también una especie de sayal grueso que se puso Dragoncino.

Los dos vagabundos abandonaron la cabaña y siguieron su camino. Al mediodía, se levantaron fuertes rachas de viento. Las nubes resistieron un rato en una mezcla confusa y se deshilaron antes de desaparecer por completo. El cielo se aclaró, pero las borrascas soplaban todavía entre los cipreses y las encinas. En el cruce de una senda herbosa con una pista de arena se elevaba una gran cruz de hierro oxidado que dominaba una pileta de piedra con la superficie salpicada de juncos y nenúfares. Un grupo hacía alto en la alberca, quizá de unas treinta personas, ni soldados ni saqueadores ni peregrinos escoltados. Se trataba de una compañía de gitanos llegada de los países de Berbería, que abrevaban las mulas de sus tiros. Iban de ciudad en ciudad realizando números de entretenimiento y representando misterios edificantes.

Cuando Laüme y Dragoncino avanzaron entre ellos para ir a beber, frunció los labios y los miraron en silencio. Su jefe se llamaba Sartis. Era un hombrecillo orondo, de piel amarilla y ojos globulosos. Conducía a sus compañeros a Francia, donde decían que las guerras eran entonces menos frecuentes que en Italia. En las representaciones interpretaba el papel de san José. No era un mal sujeto, pero odiaba dejar escapar una ocasión. Al primer vistazo había notado que Laüme era bella, a

pesar de la tierra y los piojos que poblaban sus cabellos, a pesar de la delgadez patente bajo sus ropas mal ajustadas. A una señal suya, uno de sus secuaces abatió su pesado bastón de caminante sobre la nuca de Galjero, mientras que otros dos se apoderaban de la muchacha y le arrancaban sus andrajos. Laüme chilló y enseñó los dientes como un animal cazado en una trampa. Sus gritos eran tan fuertes, su expresión tan feroz, que Sartis retrocedió a pesar del bulto que hinchaba ya sus calzones.

—¡Es una loca! ¡No la toques o traerás la desgracia a todos!

Una voz femenina se había elevado. Era la de Calmine, una jovencita de ojos feroces que leía las líneas de la mano, sabía bailar sobre una cuerda y a veces comerciaba con sus encantos cuando había terminado de representar a la Virgen. La bohemia apartó bruscamente a Sartis y se plantó ante Laüme.

—Si te sueltan y te dejan libre, y no os tocan a ti ni a tu compañero, ¿vendréis con nosotros?

Más que comprenderlas, Laüme adivinó el sentido de las palabras de Calmine. Agachó la cabeza en señal de aceptación.

—Si no quieres que nos divirtamos con esta cerda, de acuerdo —despotricó Sartis—. Pero ¿por qué tenemos que cargar con ella y con ese lerdito que lleva pegado a sus faldas?

—Los llevaré en mi carreta. Compartiré mi comida con ellos todo el tiempo que me plazca. ¡Es así y no tengo nada más que decir!

Sartis temía a Calmine. Supersticioso, le preocupaba que ella les susurrara su nombre a los demonios. Víctima de su propia lujuria, le atemorizaba sobre todo la idea de que ella le negase acceso a su lecho si le negaba sus caprichos. Así que, refunfuñando, dio órdenes de que levantaran a Galjero y liberaran a Laüme. La bohemia instaló a los extranjeros bajo la tela almidonada de su pequeña caravana. Les ofreció pan y frutas jugosas, un poco de alcohol fuerte y nueces. Lavó a Laüme, limpió el barro del rostro de Dragoncino y vendó sus heridas.

—Sois guapos —dijo—. Vuestras manos son blancas y suaves. No sois campesinos ni mendigos. ¿Cómo os llamáis?

El hada pronunció su propio nombre, pero fue incapaz de pronunciar el de Dragoncino.

—Este mozo está aún más loco que tú, ¿verdad? ¿Quién es? ¿Tu hermano?

Laüme negó con la cabeza.

—No es tu marido, porque él lleva una alianza, y tú...

Calmine señaló el camafeo que rodeaba el anular de Laüme. Era el anillo que el primero de los Galjero había encontrado en la isla de las Serpientes mientras cavaba una fosa para enterrar el corazón disecado de su amigo, el voivod Tepes. Desde el día en que se la había pedido, la joya nunca había dejado el dedo del hada. Por un instante, Calmine sintió deseos de apoderarse del anillo; pero el mismo instinto que la había hecho intervenir en favor de los vagabundos le prohibió tocarlo.

—Entonces, ¿es tu amante? —continuó la muchacha—. Sí, debe de ser eso... Os miráis con demasiado afecto para no estar enamorados. Cuéntame vuestra historia.

Laüme hizo una tentativa, pero ni una palabra surgió de su boca. Su impotencia la irritó. Cerró los puños, gimió y balanceó nerviosamente el busto adelante y atrás, con tanto ímpetu que la carreta se balanceó. Las preguntas de Calmine habían suscitado en su espíritu imágenes olvidadas, tan breves como relámpagos en la noche. Volvió a ver el caballo negro que ella lanzaba al galope por los campos en torno a Corsignano. Los largos corredores soleados de la villa Áurea. Volvió a ver uno por uno los rostros de Nicola da Modrussa, de Marsilio Ficino, de Cosme de Mediéis y de muchos otros... Pero ningún nombre se asociaba a sus rostros. Ningún lazo se anudaba entre esos instantes destacados de su vida. Abatida, agotada, rompió a llorar. Sollozó largo rato, refugiada contra el torso de Dragoncino; después, cerró los ojos y se durmió.

Lentamente, los bohemios viajaban hacia el norte. Avanzaban con prudencia, enviando exploradores para asegurarse un viaje sin obstáculos a lo largo de los caminos. En el grupo iban sobre todo hombres, pero no eran gente de guerra. Pocas espadas resonaban en sus arneses, y no habrían resistido mucho tiempo al asalto de una banda más feroz. Todas las tardes, cuando el sol era muy cálido y los gitanos hacían un alto a la sombra de algún bosquecillo, Sartis se consolaba con Calmine de no haberle podido poner las manos encima a Laüme.

—¿Quién es esa perra para que me la niegues? —le preguntaba a menudo a la decidora de la buena ventura—. ¿Cuándo me la dejarás por fin?

—Aprendo de ella más cada día —contestó la muchacha ajustándose el corsé y alisando sus enaguas—. Y cuanto más aprendo, menos ganas tengo de cedértela.

Aunque Calmine era una buena acróbata, como puta sólo era pasable. Cuando los hombres venían a ella, se contentaba con mostrarles brevemente su cuerpo moreno y se tendía a esperar que terminaran su faena, con la mente en otros asuntos. En cuanto a sus poderes de adivina, eran totalmente inventados, aunque la ayudaban a sobrevivir en un mundo que no ahorraba dolores ni humillaciones a las mujeres débiles. Calmine también se había forjado talentos de hechicera para protegerse de no pocas codicias. Llevaba alrededor del cuello un collar hecho de cráneos de roedores y de pájaros; ponía expresiones de sombría connivencia con los fantasmas y los duendes; trazaba pentáculos en el aire en dirección a aquellos que la miraban de través y contaba mil fantasías a los ingenuos que le confiaban la palma de la mano. Sin embargo, aunque su magia era ficticia, su instinto era certero. Desde que vio a Laüme supo que aquélla no era una muchacha corriente y que merecía que se la ayudara. En el secreto de su carreta entoldada, Calmine le enseñó con paciencia a recuperar el habla. El día en que la caravana llegaba a las laderas de los Alpes, Laüme había recobrado casi por completo el don de la palabra gracias a ella. Con la palabra, también había vuelto la memoria.

—Sigue fingiéndote muda —le aconsejó Calmine—. Muchos hombres de aquí sólo piensan en aprovecharse de ti. Tu sola visión los calienta como un hierro al fuego. Si supieran que has recuperado el sentido yo no podría seguir diciendo que violarte les traería la desgracia. Todos te poseerían y matarían a tu compañero.

—Eres muy buena con nosotros —le susurró Laüme—. En otros tiempos yo habría tenido poder para sacarte de tu condición y hacerte rica más allá de tus esperanzas. Ahora mis fuerzas no son las mismas, aunque intentaré recompensarte de todos modos. Pero necesito que me concedas un último y gran favor.

—Habla, veré si puedo hacer lo que me pides.

—El nombre de mi compañero ya no me es desconocido. Se llama Dragoncino Galjero. Fue un gran guerrero y un amante bastante fogoso. Nos hemos amado mucho. Pero en estos momentos su cabeza está muerta y su cuerpo también está a punto de extinguirse. A pesar de tus cuidados, la herida de su cabeza sigue rezumando sangre y masa cerebral. Antes de que muera, necesito que tengas un hijo suyo.

Calmine no interrumpió a Laüme ni una sola vez mientras ésta le explicaba lo que esperaba de ella. Con palabras sencillas, el hada le contó cómo había descubierto tesoros para el padre de Dragoncino, cómo había querido hacer la fortuna de los descendientes del valaquio y cómo había caído en una trampa tendida por una reina destronada y una joven traidora de cabellos negros.

—Tu historia es aún más loca que las que yo les cuento a los que finjo leer las líneas de las manos —declaró Calmine al final del relato—. Pero estoy demasiado acostumbrada a la mentira como para que me engañes. Siento que dices la verdad... si mi vientre fabrica para ti un nuevo Galjero, ¿cómo me recompensarás?

—Mis ojos ya no ven como antes los caminos ocultos y los tesoros enterrados. Creo que ese poder volverá a mí un día, pero necesitaré tiempo. En cambio, conozco el emplazamiento de una mina de oro en el corazón de unas montañas salvajes. Puedo dibujarte el plano.

—¿Oro en las montañas? ¿Y cómo voy a llegar? ¿Y cómo voy a extraer yo sola el metal de la roca?

—Ve con Sartis. Convéncele de que te siga y te ayude. Quizás otros de la banda se unan a vosotros. El filón es lo bastante generoso para todos vosotros. En Dacia os haréis ricos. En Francia no os espera otra cosa que vuestra mala vida de feriantes.

—¿Y por qué no nos enseñas tú misma el camino?

—No puedo. El veneno que mis enemigos han vertido en mis venas aún no está purgado. Sólo lo estará cuando encuentre al enano repugnante que me ha ensuciado. Su muerte es la condición para mi renacimiento. Ya he perdido demasiado tiempo, debo apresurarme, o me arriesgo a perder su pista para siempre. Y bien, ¿qué decides?

Por toda respuesta, Calmine se deslizó cerca de Dragoncino y le ofreció más atenciones y caricias de las que nunca había dispensado a nadie.

MATERIA PRIMA

La nieve descendía de las cumbres y obstruía el paso de los desfiladeros. Descontento por haber perdido la última ocasión de llegar al norte antes de la primavera, Sartis tuvo que resignarse a detenerse. En un valle protegido de los malos vientos, los bohemios se prepararon mal que bien a esperar el fin de invierno. Bajo una lluvia helada, cortaron troncos para reforzar las paredes inclinadas de una parroquia medio hundida. Una vez taponados sus muros y cubierto de ramajes y de musgo su techo, la ruina era lo bastante grande para albergarlos a todos. Construyeron un hogar y encendieron un fuego que no debía extinguirse hasta el día de su marcha.

Mientras no tuvo la absoluta certeza de que Dragoncino había plantado una semilla en su interior, Calmine cerró el negocio de su entrepierna y se negó a venderse. Acostumbrado a sus bruscos cambios de humor, Sartis se encogió de hombros y no se contrarió demasiado. El frío le helaba los genitales y le quitaba las ganas de mujer. Con las nieves de enero la figura de Calmine se redondeó.

—La obra de la vida ha empezado en tu vientre —dijo Laüme—. Gracias a ti, el linaje de los Galjero perdura. ¿Has hablado con Sartis? ¿Irás contigo al país de los dacios?

—No confío en Sartis —dijo la muchacha—. He elegido a Lobo. Es más ingenuo, pero más fuerte, y más guapo también. Representa el papel de Cristo en nuestras obras. Le he hecho creer que el niño era suyo. Está de acuerdo en dejar a los otros y probar suerte conmigo.

—Entonces, ha llegado el momento de separar nuestros caminos. Me llevo a Dragoncino. Tú, toma la dirección del este en cuanto te sea posible. No sé cuánto tiempo necesitaré para encontrar al que busco, pero puedes estar segura de que volveremos a vernos. Adiós, hermana...

Laüme le dio un beso en la boca a Calmine, y aprovechó la noche para deslizarse fuera del campamento. Dragoncino la seguía, con la mirada vacía y el labio inferior colgante. Caminaron deprisa durante unas horas, pero Sartis no envió a nadie en su busca. Tal vez Calmine lo había disuadido, o quizás el bohemio había juzgado que no valía la pena perseguir a los dos idiotas. Agotado por el ritmo que le imponía Laüme, Dragoncino se desmoronó poco antes del alba. Aunque ella se esforzó en animarlo a levantarse, al cabo de cien pasos volvió a caer. Con un nudo en la garganta, el hada apoyó a su amante contra un árbol y se abrazó a él para calentarlo. Besó su frente magullada y sus mejillas huesudas y, pasando los dedos sobre sus párpados, le cantó con gran dulzura el alba que a él tanto le gustaba:

Bel dos companh, tan soi en ric sojorn

*Qu'eu no volgra mais fos alba ni jorn
Car la gensor que anc nasques de maire
Tenc e abras, per qu'eu non prezì gaire
Lo fol gelos ni l'alba*

Mientras repetía el estribillo, agarró una piedra y golpeó con todas sus fuerzas a Dragoncino, que había cerrado los ojos, en el hueco de la sien, donde la azagaya de Houda el abisinio había abierto el hueso. La fina película de piel y cartílago que recubría el orificio estalló al primer golpe. Dragoncino no sobrevivió. Laüme arrojó a lo lejos la piedra ensangrentada y corrió largo tiempo sin volver la vista atrás, llorando todas las lágrimas que cabían en su cuerpo.

El mundo en el que Laüme había entrado después de beber la sangre de Yohav no tuvo durante mucho tiempo olores ni colores. Cuando dejó Roma en llamas, apenas percibía el púrpura del fuego. Mientras atravesaba los bosques, no distinguía la reverberación de las bayas en los arbustos ni las vivas manchas de las flores en los matorrales. Aunque sus ojos se habían ido abriendo poco a poco, al abrigo del carromato de Calmine, aún no había recuperado el olfato. Dos o tres días después de haber puesto fin a los sufrimientos de Dragoncino, un olor tan violento como el de las sales astringentes flotó a su alrededor. Era el cadáver de un leproso, que debía de llevar muerto varias horas. Laüme se puso su capa y se apoderó de la matraca caída junto a él. Después, se untó la cara con tierra negra para imitar los estragos de la enfermedad. Así, como una silueta menuda con los rasgos ocultos en los pliegues de una gran capucha, llegó hasta los muros de Treviso. Los raros grupos de campesinos o de soldados que se había cruzado por el camino no la habían inquietado y se habían contentado con tirarle piedras y huir de su presencia como pichones amenazados por una rapaz.

Antes de entrar en la ciudad, se limpió la cara en un charco, se echó atrás la capucha y dejó de agitar la carraca. En el mercado preguntó a unas comadres dónde podía encontrar el palacio de la reina Caterina de Chipre. Siguiendo sus indicaciones, caminó por una vía que pasaba bajo las murallas y se internaba en el campo. Al final de un sendero sombreado por pinos y encinas jóvenes, Laüme llegó a la morada de su enemiga. Allí esperó la llegada de la noche, oculta entre las hierbas altas. Cuando le pareció que ninguna luz brillaba ya en las ventanas del castillo, se quitó los zuecos de madera, avanzó y franqueó sin esfuerzo el muro bajo de la mansión. La reina no tenía defensores que la guardaran, solamente criadas obesas, jardineros indiferentes y cocineros plácidos. Laüme penetró en el edificio y encontró sin dificultad las habitaciones de la anciana. Esta reposaba en una cama rodeada de espesas cortinas que Laüme retiró con suavidad. No obstante, Caterina notó el movimiento y se despertó.

—Tú eres el hada, ¿verdad? —gimió, incorporándose—. Sí, eres tú. Tu visita no me sorprende. ¿A qué esperas para darme muerte?

—Mataros no es mi plan —contestó Laüme con voz neutra—. ¿Para qué molestarme en precipitar un acontecimiento que se producirá muy pronto de forma espontánea? No. No es vuestra muerte lo que quiero de vos.

—Entonces, ¿qué?

—Quiero saber el nombre de la persona que me enviasteis. El enano con aspecto de niño. ¿Quién es? ¿De dónde viene su sabiduría? ¿Tiene cómplices? ¿Obedece a un amo?

—¡Vete al infierno! ¿Por qué habría de contestarte?

—Vuestras intrigas han fracasado. Vuestra sobrina Alessia está muerta. Yo sólo estoy debilitada. A cada hora que pasa mis fuerzas renacen. Pronto recuperaré lo que me fue arrebatado. Quizá seré incluso más fuerte. Habéis perdido, Caterina. Pero si encuentro a vuestros esbirros, os ofrezco el consuelo de castigar la muerte de Alessia. Además de furia y odio, también poseo tesoros de clemencia y de perdón. Pensadlo...

La viuda de Lusignan suspiró; después, cedió.

—No soy más que una vieja loca, y tu proposición es justa. Me inclino ante tus razones. No sé dónde está el enano, pero su maestro cometió la estupidez de querer refugiarse junto a mí. Hice encerrar en un sótano a ese mal nacido cuando vino a reclamar su dinero para regresar a Tierra Santa. No puedo entregarlo a la Inquisición sin ponerme yo misma en un grave peligro, pero no me decido tampoco a ordenar su muerte. Tu venida aporta una solución a mi problema. Puedes disponer de Mose Tzadek a tu antojo...

Laüme tomó una antorcha y abrió la celda del rabino con la gran llave que le había dado Caterina. Unas cortas cadenas pasadas por una argolla empotrada en la piedra impedían alejarse a Tzadek. Acurrucado contra la pared húmeda, era una visión repugnante. Sus orines habían formado arroyos en el suelo y sus excrementos se acumulaban debajo de él. Laüme entró en el calabozo y puso la antorcha a la altura de su rostro.

—Maestro Tzadek, os felicito por vuestra sabiduría —dijo el hada—. Ha estado a punto de costarme la vida. ¿Querréis revelarme dónde la habéis adquirido?

—Los hombres de Oriente tienen el poder y el deber de matar a las hadas de Occidente. Es una bendición concedida por Dios. Es así y tú no puedes hacer nada. Esta vez he fracasado; algún día, un miembro de mi pueblo lo conseguirá. Este mundo no pertenece a los espíritus sino a los hijos de Adán, cuyo destino es ser guiados por las doce tribus de Israel. Así lo ha querido el Señor. Pase lo que pase, eres una criatura sin porvenir.

—Con más porvenir que tú. He resistido la sangre repugnante de tu enano. La tuya no será peor.

Laüme se echó sobre Tzadek y le seccionó la carótida con las uñas. Empapó con su sangre un pañuelo tomado del dormitorio de Caterina y guardó el paño húmedo en una cajita de nácar robada también a la reina.

—Tu materia íntima es inmunda —dijo—. Debe de contener miasmas que en otro

tiempo habrían bastado para matarme... Sin embargo, gracias a ti, la época de mis fragilidades va a terminar. Pago un alto precio por ello, pero te hago saber que la línea de los Galjero no se ha extinguido. Pronto nacerá un nuevo heredero, y otro después de éste. Un emperador surgirá de ese tronco, y yo estaré ahí, a su lado, cuando él les ponga el yugo en los hombros a tus semejantes.

Los rasgos del prisionero se deformaron por la cólera y el odio. Iba a lanzar una imprecación cuando Laüme le echó encima la antorcha. Demasiado torpe de movimientos para evitar el fuego, Mose Tzadek de Famagusta vio como sus ropas ardían como la estopa. Sus gritos no resonaron mucho tiempo bajo la bóveda de la mazmorra. En pocos minutos, no quedó de él más que una arrugada figura de carbón y cenizas.

Satisfecha, Laüme regresó junto a la vieja Caterina para tomar un tributo de los cofres de la anciana reina. De un primer arcón sacó unas bolsas de florines y escudos; de otro, letras de cambio negociables en los bancos lombardos de Brujas, de París y de Londres. Después, volvió a cubrirse con la capucha y abandonó la villa. Recuperó entre los arbustos el resto de su disfraz de leprosa y tomó la dirección del oeste, sin detenerse hasta que se encontró en lo más profundo del bosque. Allí, tendida al sol, hizo una bola con el pañuelo reseco de la sangre de Tzadek y, aunque le producía gran repugnancia, se lo puso en la boca para masticarlo. Diluida por la saliva, la sangre emitió enseguida un poco de su principio, y Laüme dejó que la memoria íntima de Tzadek se mezclara con la suya.

Como si unos actores representaran ante sus ojos la vida del hombre de los brazos torcidos, vio primero a un niño que nacía en una casucha de Famagusta. Su padre había emprendido en otro tiempo el estudio de la Tora, pero tuvo que interrumpir su aprendizaje para ganarse la vida como artesano. Tenía ciertas nociones de latín y la mayor parte de las palabras que se escribían con las cinco primeras letras del alfabeto griego, pues no había tenido ocasión de aprender las demás. Puesto que Mose era el único de sus hijos que había sobrevivido, quiso que fuera el sacerdote que él mismo no pudo ser. Aunque más dotado de astucia que de verdadera inteligencia, el pequeño retuvo sin dificultad las enseñanzas del Talmud que su padre le transmitió. Cuando tenía trece o catorce años, se instaló en Famagusta una pequeña colonia de judíos que huían de los ejércitos cristianos que estaban recuperando poco a poco la posesión de España. El jefe de esta comunidad, el rabino Zacarías, pasaba por ser un sabio. Su porte majestuoso, sus largos cabellos y su barba blanca y rizada le daban el aire de un patriarca de la antigüedad. Impresionado por tanta prestancia, el padre de Mose puso siete veces siete monedas de cobre, tres veces tres monedas de plata y una moneda de oro en la mano del español para que aceptara verter sobre su hijo la miel de su ciencia de las cosas divinas. Pero una vez en la intimidad del maestro, no hizo falta mucho tiempo para que Mose sorprendiera a su enseñante en lúbrica postura en compañía de una muchacha del clan de los goys. En lugar de intentar excusar su lujuria, el viejo llevó al muchacho aparte y le dijo:

—Tú eres inteligente. Voy a revelarte el secreto más grande de los que poseo. Jamás deberás darlo a conocer a los simples. Si alguna vez hablas, que sea a alguien semejante a nosotros.

—¿Qué secreto, maestro Zacarías?

—¡La sabiduría es un cuento, pequeño! La vida es breve y el porvenir muy incierto. Quizás exista un Dios. Muchos lo afirman, es una explicación cómoda y es posible. Por mi parte, sin embargo, yo no estoy convencido del todo. En cambio, estoy seguro de la suavidad de la piel de las muchachas y el agradable vértigo de las comidas con salsa y de la uva fermentada. Soy escéptico, pequeño, pero eso no me impide saber cosas extrañas, de las que a menudo no entiendo nada excepto que mejoran las maravillas tangibles que acabo de describirte. Te enseñaré esas cosas si repites a todos que soy muy respetable, muy amable y muy sabio en el arte de cumplir la voluntad del Eterno, bendito sea.

Presintiendo la bondad de aquel trato, Mose Tzadek aceptó la propuesta. Y como repetía en todas partes que Zacarías era el digno heredero de Moisés y de Melquisedec, éste por su parte dejó de atiborrar al adolescente con comentarios fantásticos sobre la Tora para revelarle algunas recetas de magia cotidiana.

—Lo primero que hay que saber para ser mago es que los hombres son criaturas débiles, vanidosas y crédulas —le dijo—. Esta constante no tiene ninguna excepción. Date aires de sabio, representa la comedia de la sabiduría, ahueca la voz y mueve los ojos como si vieras ángeles y demonios que flotan en el aire por todas partes. Así te respetarán. El segundo secreto es que el mundo está repleto de energías en bruto que sólo tienen que ser dirigidas, como un riachuelo cuyo curso se desvía y aumenta el volumen de sus aguas para hacer girar la rueda de un molino. ¿Entiendes mis palabras?

—Las entiendo, maestro.

—En los seres humanos, la mayor de las energías comunes es el deseo de carne. Si tú lo provocas y sabes exaltarlo podrás realizar actos que a los idiotas les parecerán milagrosos. Podrás curar y sanar, y también provocar sufrimiento y muerte. Pero basta de charla: voy a enseñarte...

Durante meses, Zacarías enseñó a Mose Tzadek cómo hacer levantarse la bruma del fondo de un barranco y desencadenar la lluvia de una nube aislada en el cielo. Le mostró también la manera práctica de volver ardiente a una mujer frígida y de aumentar por un tiempo el talle de una virgen. Le habló también de ciertas cosas que había presenciado pero que jamás había experimentado por sí mismo.

—Al parecer, ciertas formas, ciertos números y ciertos sonidos tienen el poder, al asociarse, de condensar las fuerzas sutiles mejor de lo que yo puedo hacerlo. Por mi parte, te he enseñado todo lo que sé. Como ves, se trata sobre todo de mezclar a partes iguales comedia, impostura y sentido común. Con eso me basta para hacerme

la vida fácil. Tú verás si te contentas con eso o si tu espíritu te pide más...

Mose Tzadek era joven y descubrió que tenía un hambre inmensa.

—¡Quiero más! —exclamó febril.

—Entonces ve a Tierra Santa. Allá abajo, busca a los llamados mekubalim. Ésos son los auténticos brujos de nuestro pueblo. Su sabiduría es tal que ya no sienten necesidad de mezclarse en los asuntos de los hombres. Si te aceptan entre los suyos, no sé lo que te enseñarán, pero nadie como ellos podrá saciar tu sed de lo absoluto.

Mose Tzadek dobló las cuatro esquinas de una tela sobre sus magras posesiones, se echó el hatillo a la espalda y dejó la isla de Chipre para ir a los antiguos reinos de Judea y Samaria. Vivió mucho tiempo del recurso de poner en práctica de pueblo en pueblo los escasos saberes que dominaba. Reavivó el ardor de algunos viejos, curó cabras y asnos, descubrió agua entre las dunas allí donde nadie antes la había encontrado, hizo regresar a dos o tres esposos volubles al lado de sus mujeres... Cuando llegó a Jaffa iba precedido de una pequeña reputación de hombre de bien. Una figura vestida de negro lo abordó en la calle y le preguntó de dónde extraía su saber. Mose debió de responder correctamente, porque el otro, aunque nunca confesó ser un mekubal, le propuso perfeccionar su educación. Más sabio que Zacarías, más poderoso también en sus hechizos, el desconocido no era vanidoso ni lujurioso y vivía como un asceta. Sin embargo, tampoco era un sabio, porque sabía cosas inmundas y no vacilaba en hacer el mal. Tuvo a su lado mucho tiempo a Tzadek sin pedirle nada a cambio. Le enseñó a mirar las estrellas y a realizar horóscopos como los antiguos hechiceros de Babilonia. También lo llevó al desierto para mostrarle cómo se doma a los djinn y a los diablos.

—Los demonios son los malos pensamientos de los hombres, que se aglutinan. La sangre tiene el poder de cristalizarlos tan deprisa como el agua se congela en una helada. ¡La sangre! Ésa es la materia prima más peligrosa y más fuerte de la alquimia, la que puede crear la vida con todas sus piezas y convocar a las almas del fondo de las tinieblas. La sangre es la clavícula magna, la gran llave de los secretos.

—¿Cómo conocer esos secretos, maestro?

—Lo sé para mí, pero lo ignoro para ti —contestó el otro—, porque en esta vía no hay maestro ni discípulo. Debes trazar tu propia senda y lo que aprendas sólo será cierto para ti. Nunca podrás transmitir tu experiencia, o muy poco...

Y sin directivas ni consejos, el hechicero dejó a Mose Tzadek solo en las montañas. Allí, sin otro testigo que los chacales y los buitres, el chipriota descubrió lo que era la desesperación; pero desde el fondo de su soledad, aprendió también a soñar los misterios que dormían en lo más profundo de su ser. Cuando regresó a Jaffa, no encontró la casa de su maestro. Preguntó por todas partes, pero nadie recordaba al hombre sin nombre.

Tzadek se fue a Jerusalén. En lugar de la ciudad bullente y próspera que esperaba encontrar, no vio más que una villa sucia y casi vacía. Rodeó las murallas medio derruidas, se acercó al muro del templo, soltó un largo chorro de orina contra las

pedras del Santo Sepulcro y regresó a Chipre, donde el aire era menos polvoriento y la vida más próspera. Instalado en Nicosia, se introdujo en la corte de los Lusignan y se ganó la confianza de la reina Caterina, a la que desembarazó discretamente de algunos abortos llegados en mala hora. Protegido y mantenido por la soberana, pasó algunos años en la quietud, perfeccionando su saber hasta el día en que sacerdotes y soldados que marchaban bajo la bandera de san Marcos echaron su puerta abajo. Arrojado a una mazmorra, fue torturado y le rompieron los brazos. La Inquisición de Venecia era menos severa que la de Alemania o la de Francia. O tal vez era menos paciente. Cualesquiera que fueran las razones, sus jueces terminaron por soltarlo, porque no había confesado nada de lo que querían obligarle a decir. Con los miembros superiores insensibles e inútiles para ningún oficio, expulsado de Chipre, Mose Tzadek regresó a Palestina, la única región que conocía. Compró esclavos y, entre ellos, amó en particular al extraño Yohav, el adolescente que no había crecido a partir de los ocho años. Lo guardaba como un animal precioso, como una rosa negra nacida sin razón en un campo de flores comunes, le toleraba todos sus caprichos e intervenía de continuo a su favor en los numerosos conflictos que lo enfrentaban a los demás sirvientes. En Yohav se incubaban las mismas miasmas que en Tzadek. Conocer a Mose era conocer un poco al enano, y probar la sangre del maestro era encontrar la pista del esclavo.

Laüme dejó su refugio y continuó la marcha. Ahora sabía dónde encontrar a Yohav.

El bosque era vasto. Era el reino de los zorros, las lechuzas y los lobos. Cinco manadas se repartían las colinas. Ninguna de ellas atacó a Laüme mientras atravesó uno tras otro sus territorios. Aunque sus fuerzas volvían a ella poco a poco, debía hacer un alto a menudo para no debilitarse antes de enfrentarse a su último enemigo. Habría podido fortalecer sus músculos bebiendo la sangre de un niño, pero aunque se emboscó cerca de caseríos y de granjas aisladas, no encontró una sola presa adecuada, y no osó arriesgarse en los pueblos. La pista conducía hacia el mediodía, más abajo de Florencia y de Roma, hacia Nápoles y sus muros blancos. Laüme nunca había descendido tan lejos hacia el sur. Numerosos españoles y alemanes merodeaban por las provincias, entregados al saqueo. Eran combatientes del emperador Maximiliano, el primero de ese nombre, que buscaban rapiñas fáciles cuando sus capitanes no los reunían en orden de batalla para enfrentarlos a los franceses. Laüme evitaba esas bandas ocultándose durante el día y caminando sólo de noche. Por fin, llegó adonde se concentraba el olor de Yohav.

Estaba un poco más abajo de Nápoles, en la desembocadura cenagosa de la antigua cloaca máxima, la inmensa red de alcantarillas excavada trece siglos antes a imagen de la de Roma. La cofradía de los carniceros y la de los pescadores abandonaban allí las carcasas invendibles; la de los curtidores, las pieles podridas; la de los veterinarios, los animales muertos de enfermedad en cuadras y establos. Allí vivía gente en medio de la inmundicia y las aguas podridas por el ácido de las heces y

de las micciones. Eran los pobres entre los pobres, seres que ni siquiera tenían fuerzas para mendigar y debían contentarse con los restos viciados que expelía la urbe. Un pueblo de bestias más que de hombres. Muchos estaban locos; algunos habían olvidado el lenguaje y se contentaban con emitir estertores para expresar su cólera, sus deseos y, sobre todo, el miedo inmenso que se había abatido sobre ellos desde que Yohav los había convertido en su reserva de carne.

Después de huir por las cuevas del Aventuro, la noche de su triste aventura con Tzadek y Houda, el primer pensamiento del enano fue regresar a Tierra Santa. Al pasar por Nápoles buscó un navío que partiera hacia Oriente, pero su aspecto obraba en su contra. Por mucho que explicara que era mayor de lo que aparentaba, como hablaba mal el italiano no lograba expresar argumentos convincentes. Lo tomaban por un granuja que quería tomarles el pelo. Cuando ofreció las perlas arrancadas de su vestido para probar que era lo bastante rico para pagar el pasaje, lo acusaron de robo. Lo despojaron de su tesoro, le dieron de bastonazos, y cuando estuvo aturdido por el dolor, lo arrojaron, para reírse de él, en una carreta de estiércol que fueron a verter a la salida de la cloaca. Unas manos sucias lo agarraron enseguida, con intención de arrancarle sus ropas a trozos. Él se debatió, gritó y mordió, y finalmente se refugió en los túneles.

Se quedó varios días enterrado en el corazón del laberinto sin beber ni comer. Por fin, con el corazón lleno de odio, se armó de un largo clavo de armazón que sobresalía de una viga carcomida y dejó su refugio al amparo del crepúsculo y de la niebla.

Clavó ferozmente su aguijón al primero que encontró y se repuso con la carne todavía caliente del cadáver, que le devolvió algo de la embriaguez que había sentido en sus días de verdugo en la casa a orillas del Tíber. Desde entonces, todas las noches, Yohav cazaba a los pobres diablos que vivían en las proximidades de la marisma. Los arrastraba hasta los túneles y se alimentaba de ellos al tiempo que se divertía. Amplificados por las bóvedas, los gritos de las víctimas devoradas vivas resonaban en ecos infernales hasta el campo de las inmundicias, provocando el vuelo de cuervos y gaviotas en grandes nubes irritadas.

Al llegar a los límites del reino del enano, Laüme no se detuvo. Entró por un conducto cenagoso y descendió a lo largo de una pendiente sin fanal ni antorcha que la iluminaran. El conducto formaba una boca de embudo. Guiada únicamente por su instinto, evitando todo pensamiento, penetró cada vez a mayor profundidad en el vientre de la tierra. Sus ojos ya no captaban nada de luz, pero no importaba, sabía que cada recodo que doblaba la acercaba inexorablemente a Yohav. Laüme se despellejaba los brazos y las rodillas al arrastrarse por el cieno de túneles demasiado bajos para caminar, cuando de pronto sintió una corriente de aire frío en su rostro y desembocó en una vasta caverna, con el techo perforado por orificios a modo de claraboyas de luz gris. Era un depósito en desuso, con las paredes tapizadas de musgo rezumante de humedad, invadido por las ratas y por telas de araña tan grandes como

las colgaduras de un castillo. Laüme se incorporó y permaneció inmóvil mientras sus ojos se acostumbraban a la claridad difusa del lugar. Los latidos de su corazón se aceleraron. Estaba segura: Yohav se encontraba allí, muy cerca, observándola desde un rincón. Los tufos mefíticos que emanaban de la pequeña criatura nunca habían sido más poderosos.

Debilitada, desarmada, Laüme era una presa fácil, que además se presentaba ante su enemigo a cara descubierta y sin protección. En su fragilidad, sin embargo, residía toda su fuerza. Su desesperación era más temible que el filo de una espada. Avanzó. Sus zuecos pisaron grava, después pisó los restos de un cadáver. Un hueso se quebró bajo sus talones. Se detuvo y se inclinó sobre el cuerpo, que tenía en el vientre restos de mordiscos. Los incisivos de Yohav habían cortado la gelatina parda del hígado, la cinta roja de los intestinos... Laüme dejó caer de sus hombros el sayal que le había quitado al leproso y se despojó una por una de las sucias túnicas que le servían de vestimenta. Ya desnuda, se puso en pie y permaneció inmóvil. Su cuerpo blanco vibraba como una llama pura en la penumbra. Su desnudez era una llamada, un desafío. Yohav cedió. Salió de la anfractuosidad en la que se había agazapado a la llegada de la muchacha y avanzó ante Laüme. Su rostro estaba abotargado por los festines de carroña y sus pupilas dilatadas como las de una bestia abisal. Una de sus manos sostenía el clavo aguzado que había convertido en un arma letal; la otra aferraba una red de pesca deshilachada. Sonreía.

Volver a ver a Laüme no le causaba ninguna sorpresa; sabía que la muchacha le estaba destinada lo mismo que el ratón al gato que va a devorarlo. Con un gesto rápido y hábil de retiario, lanzó la red. Lastrado con piedras, el objeto giró un instante en el aire antes de abatirse sobre Laüme. Aprisionada en las mallas, no cometió el error de debatirse. Dejó acercarse al enano, ya triunfante, y esperó a que se abalanzara sobre ella y le diera la vuelta para clavarle las uñas en los ojos y reventárselos de un solo envite. Con un chillido de dolor y de sorpresa, Yohav abatió su largo clavo al azar sobre el cuerpo de Laüme, pero la punta sólo alcanzó la articulación del hombro de la muchacha. Con una energía decuplicada por el dolor, ésta hundió sus pulgares hasta el fondo en los globos oculares de Yohav, desgarrando los tejidos, dispersando la pasta elástica del cerebro. Hubo convulsiones y gañidos de perro en agonía... después, nada.

Laüme dejó caer el despojo de costado al suelo, se deshizo de la red que todavía rodeaba su cuerpo desnudo y, con un golpe seco, se arrancó la punta hundida bajo su clavícula. Despedazó metódicamente al enano, lo desmembró, lo decapitó y le sacó el corazón del pecho. Entonces, como si fuera un grano de uva que reventara por encima de su boca, apretó el músculo cardíaco sobre la vertical de sus labios y bebió el licor que manaba de él. La sangre de un muerto posee otras virtudes que la de un vivo. Contiene otros secretos. De veneno, puede convertirse en remedio; de ácido, en bálsamo...

Laüme había atravesado un océano de sufrimiento, pero había sobrevivido. Lo

que el veneno le había arrebatado, el veneno se lo devolvía. Mejor aún. Lentamente, sus ojos volvieron a distinguir los colores. La penumbra se despejó y brilló con nuevas luces. Los olores se revelaron, y también los sonidos... De las venas profundas de la tierra subían los ruidos que hacían los topos al cavar sus galerías. Escuchó la eclosión de las larvas de mosca drosófila y el batir de alas de las mariposas albinas en el fondo de los pozos. Los colmillos de una araña quebraron la quitina de una oruga, y las mandíbulas de una mantis cercenaron el caparazón de un grillo joven. Percibía todos los parásitos ocultos en la tierra. Los crujidos de las ratas hurgando en la basura y el deslizarse de las membranas sobre la córnea del sapo. Las contracciones de los gusanos blancos y después las duras trompas de las pulgas al perforar el abdomen velludo de los murciélagos... Con la boca bañada en saliva, Laüme escuchó con delicia los primeros gases que se acumulaban en los despojos de Yohav y la delicada química de la necrosis que empezaba ya a endurecer sus músculos dispersos. El horrible concierto era delicioso para ella y prorrumpió en carcajadas. Olvidado el frío de la caverna y el miedo que la había atenazado durante tanto tiempo, Laüme permaneció largamente inmóvil disfrutando la alegría de sus sentidos recobrados. Inclineda sobre un charco, constató que su propia imagen había cambiado. Su estatura era un poco más alta y sus senos más grandes. Su rostro parecía más maduro. Sus necesidades también eran más intensas, deseos de gozos y de saber... La recorrían largos y deliciosos escalofríos y una sonrisa salvaje estiró sus labios plenos. Recogió sus harapos, se echó el sayal sobre los hombros y llamó a las criaturas de la noche. La primera fue un ratón que asomó el hocico. El animal avanzó a saltitos para mostrarle el camino de vuelta a la superficie sin tener que arrastrarse de nuevo por los túneles. Ella tomó al roedor en la mano y le rascó un rato la cabeza para darle las gracias. La rata lamió su mejilla. Sus duros bigotes le hicieron cosquillas y provocaron su risa. Por un misterio que no se explicaba, la sangre del enano la había convertido en reina de los roedores y las arañas, en diosa de los lobos y las lombrices.

Encontró las bolsas con monedas y las letras de cambio tomadas a la reina Caterina en la maleza donde las había escondido. A la hora en que la guardia abría las puertas de la villa, entró en Nápoles al mismo tiempo que los granjeros con sus cestas cargadas de huevos y los leñadores doblados bajo el peso de sus gavillas. En la calle de los sastres pagó para que le cortaran al momento un vestido y una capa de viaje. En el barrio de los zapateros se compró unas botas y un cinturón. En las caballerizas, escogió un bonito alazán de pecho poderoso. Cuando supo que pensaba viajar sola por un país extranjero, el dueño de las caballerizas intentó venderle una carroza con conductores y con una escolta bien armada, pero Laüme contestó que no estaba de humor para llevar compañía. Dejó al buen hombre desconcertado, hizo ensillar su animal y dejó la ciudad a toda prisa. Quería encontrar a Calmine antes de que diera a luz. Espoleando su montura por las pistas, tomó la dirección de Venecia y pasó, después de Trieste, las montañas donde se halla el paso al país de los eslavos. En el

campo, cerca de Emona, sedujo a un joven pastor que guardaba su rebaño en un valle apartado.

—¿Te gustaría contemplar y tocar mi cuerpo? —le preguntó al mozo para seducirlo y atraerlo a un bosque cercano.

En la sangre de aquel ingenuo, Laüme leyó que Calmine acababa de dar a luz a la nueva generación de Galjero. Igual que Nuzia y Alessia antes, la bohemia había concebido un varón. Laüme volvió a montar, atravesó Estiria y se internó en la llanura de Hungría. Había confeccionado con sus manos dos estatuillas para protegerse de los merodeadores y los curiosos, y ya no tenía necesidad de ocultarse ni de viajar de noche. Los talismanes eran tan poderosos como para permitirle cabalgar en medio de un ejército de saqueadores sin que ninguno de ellos pusiera los ojos en ella. Mejor que invisible, estaba presente en el mundo, pero el mundo no la veía.

En un paisaje árido de tierras baldías y tocones, donde no se veía ni una cabaña en diez leguas a la redonda, percibió al fin unas siluetas minúsculas que avanzaban por el polvo no sin grandes dificultades. Eran Calmine y Lobo. La muchacha no tenía buen aspecto. El parto la había despojado de su belleza de joven raposa. Su rostro estaba demacrado y sus ojos hundidos y rodeados de grandes ojeras de color humo. Iba encorvada, con un chal en los hombros. El hombre que la acompañaba la sostenía como bien podía mientras llevaba en un brazo doblado sobre el pecho al recién nacido envuelto en pañales. Aunque no era pesado, el fardo entorpecía su marcha. Laüme hizo dar la vuelta a su caballo alrededor de ellos antes de tirar de las bridas.

—¡El niño! —ordenó escuetamente—. ¡Dame al niño!

Calmine había sonreído al principio al reconocer a Laüme, pero su expresión se había ensombrecido cuando percibió el tono altanero y despreciativo de la amazona.

—Enséñaselo —le dijo a Lobo.

Vacilante, pero deseoso de no disgustar a Calmine, a quien amaba, el hombre le tendió el bebé a Laüme. Sin bajar de su montura, ésta deshizo las telas que envolvían al niño y profirió un grito de disgusto al descubrir en su cara los rasgos de un retrasado.

—¡Un monstruo! ¡Tu vientre ha fabricado un monstruo! —gritó—. ¿Qué quieres que haga con esto?

Como para deshacerse de la basura más repugnante, arrojó al bebé a tierra y, de un golpe de fusta en la grupa del caballo, encabritó al animal para que lo aplastara. Pero Lobo se precipitó para rescatar al niño y protegerlo con su cuerpo. Los cascos retumbaron pesadamente sobre el bohemio, que resistió el choque, se apartó a un lado con el pequeño y escapó. Calmine aferró la brida para impedir a Laüme que lo persiguiera.

—¡Es Dragoncino! —gritó ella—. ¡Estaba enfermo! ¡Él me puso esa mala semilla en el vientre! Es culpa suya, no mía. ¡Piedad! ¡No mates al niño! ¡No mates al niño!

Exasperada, humillada, traicionada, Laüme levantó su fusta. Una vez, dos veces, otra, y otra más, La muchacha chillaba pero no cedía. Cuanto más resistiera, más

lejos conseguiría huir Lobo. Con el rostro ensangrentado, acabó por caer al suelo. Laüme apretó las piernas y tiró de las riendas. El alazán cayó con todo su peso sobre Calmine y le abrió la cabeza como un martillo rompe una cáscara de nuez.

—¡Quédate con tu monstruo, amigo! —chilló para que la oyera Lobo, oculto en la maleza—. Te ganarás la vida con él... Se llama Galjero y habría podido ser el rey del mundo. ¡Acuérdate de su nombre! ¡Galjero! ¡Galjero!

Laüme espoleó su montura, que tenía el pecho cubierto de espuma, y la lanzó como una flecha hacia la lejanía por la inmensa llanura.

NOVENA TUMBA DE LAS QUIMERAS

¿TRES O CUATRO?

Con los labios apretados y los brazos cruzados, David Tewp elevó los ojos al cielo y exhaló un hondo suspiro. Hacía al menos una hora que Garance de Réault se divertía encadenando pasos de fox trot y lambeth walk en compañía de un bailarín mundano, engominado a la moda de los años treinta. ¿Cómo diablos tenía energía para entregarse a tales diversiones aquella mujer, a la que había visto agonizar unos días antes?

—¿Le parezco ridícula, coronel?

Con su bonito rostro enrojecido por la excitación, la francesa se había sentado junto al inglés.

—Jamás me permitiría semejante observación, madame.

—No sea tan bien educado, David. Sé que mi comportamiento le sorprende, pero éste es mi último crucero, ya ve usted. Todo el tiempo que dure nuestra travesía hasta Estambul, pienso jugar a despreocuparme. Ya tendremos bastantes problemas en cuanto pongamos pie en tierra. ¿Y usted? ¿Por qué no baila? La orquesta es bastante buena, y hay una decena de damas hermosas que lo devoran con los ojos. No todas son unas aventureras, ya sabe...

Tewp arrugó los ojos y se ruborizó un poco. Para disimular, se llevó a los labios la taza de café, que estaba vacía desde hacía un buen rato; esto hizo reír a Garance. Desde que habían subido a bordo de aquel barco de lujo en Marsella, Tewp se había vuelto más torpe que nunca. Vacilante, a veces hasta soñador. Decididamente, aquel hombre no era más que un niño grande. Por eso se entendía tan bien con los niños y se desenvolvía tan mal en el mundo de los adultos.

—Es usted un corazón puro, David Tewp. ¿Cuándo se decidirá a crecer?

—Si crecer significa aceptar demasiados compromisos, nunca, madame de Réault. Creo que nunca... igual que usted.

—¡Bien dicho! ¿Quiere que le enseñe a bailar el tango?

Garance de Réault y David Tewp desembarcaron en Estambul bajo un cielo plomizo. Hacía frío y los muelles estaban abarrotados. Tewp buscaba la alta figura de Thörun Gärensen entre los curiosos llegados para presenciar las maniobras de ataque, pero no veía al noruego por ninguna parte.

—Es curioso —dijo el inglés—. Gärensen ha recibido aviso de nuestra llegada. Debería estar aquí para recibirnos. No lo entiendo.

—No es nada grave, por cierto. No se preocupe. Vamos a instalarnos y después le avisaremos.

Un rutilante taxi Lincoln los condujo al Pera Palace, donde Garance solía

hospedarse. Más lujoso aún que el Harnett de Calcuta, el hotel había estado reservado en otra época al uso de los pasajeros del Orient Express por la Compañía de coches cama.

—Dispone usted de su habitación de costumbre, la 103, *madame* de Réault —anunció el conserje en un francés impecable—. El señor ocupará la 105, como usted había pedido.

—La 103 es la habitación de Greta Garbo, y la 105, la de Mata Hari —especificó Garance guiñando el ojo con la gracia de un pilluelo parisino—. He pensado que nos convendrían.

Con su viejo Webley embutido entre los riñones, Tewp esperó largo tiempo en el bar art nouveau del hotel hasta que su compañera se dignó aparecer. Ya estaba a punto de ir a llamar a su puerta cuando ella se presentó al fin a la entrada del gran salón de paredes esmaltadas de azul claro y oro suave. Tenía los ojos fatigados y caminaba despacio.

—Me temo que estoy pagando mis excesos —le confió a Tewp con una voz de niña que pide perdón.

—Iré yo solo a encontrarme con Gärensen. Quédese a descansar, creo que será lo mejor.

—No se deshará de mí tan fácilmente, querido coronel. Me he tomado una tableta de pervitina que hará su efecto en unos minutos. Es un estimulante notable. Vamos, muéstreme el camino.

La vieja señora y el hombre de nariz cortada se hicieron conducir hasta las inmediaciones de la antigua residencia de Dalibor Galjero, a través de las calles de un Estambul tomado por la bruma del crepúsculo. El edificio estaba en sombras y ninguna luz brillaba en las ventanas. La puerta principal permanecía ligeramente entreabierta y David Tewp sólo tuvo que empujarla para entrar. De repente sonó un chasquido seco a su espalda que le hizo dar un salto.

—Lo lamento —se excusó de inmediato Garance, que acababa de empujar la culata de uno de sus Colt para montar una bala en el cañón.

Entre sus manos arrugadas, el objeto negro y engrasado parecía tan incongruente como una porcelana de Sajonia entre los guantes de un boxeador.

—Creo que se está precipitando, *madame*... —dijo Tewp en un murmullo.

—Si no hay peligro, ¿por qué habla usted en susurros, muchacho?

Exasperado, Tewp apretó las mandíbulas antes de entrar en el palacio. Conocía mal el lugar, en el que sólo había pasado una breve temporada. Era el palacio que Galjero había elegido para refugiarse, solo, sin Laüme, después de la guerra. El mismo sitio donde Thörün y él mismo habían conducido a Ruben Hezner después de capturarlo en el puente sobre el Cuerno de Oro.

—¡Gärensen! —llamó Tewp—. ¡Gärensen!, ¿está usted ahí?

La voz del inglés rebotó haciendo eco en las paredes sin suscitar respuesta alguna. Con paso vacilante, desorientado en la oscuridad, el coronel sintió el deseo de calmar

su angustia sosteniendo su Webley en la mano. A regañadientes, sacó el arma de su cintura sin mirar a *madame* de Réault.

—Por lo menos esta enorme choza estará conectada al tendido eléctrico...

—Sí...

A tuestas, Tewp presionó un interruptor. Un halo rojizo parpadeó débilmente en la penumbra.

—Iluminémoslo todo —aconsejó *madame* de Réault—. Si hay unos matones esperándonos, quiero verlos con claridad.

El inglés encendió las luces una a una a medida que fueron avanzando. Caminaban despacio de pieza en pieza, llamando a Gärensen, siempre en vano. En el primer piso descubrieron una vasta biblioteca que había sido saqueada. Innumerables obras cubrían el suelo. Otras estaban abiertas encima de una gran mesa, formando un revoltijo, cerca de un escritorio en el que se amontonaban hojas sueltas garabateadas con tinta negra. *Madame* de Réault recogió algunas para examinarlas.

—Se diría que son notas que ha dejado su amigo. No conozco el noruego, pero sé qué aspecto tiene el alfabeto escandinavo. Tome.

David Tewp tomó los papeles y los hojeó antes de asentir.

—Es evidente. Seguramente es la letra de Gärensen... pero nuestra incapacidad para descifrar estas líneas nos impide saber por qué ha desaparecido.

—Ni dónde se encuentra su señor Hezner. ¿Por qué no proseguimos con la visita? Está claro que nos hemos hecho ilusiones al entrar aquí. Estamos solos. Si hubieran querido abalanzarse sobre nosotros, ya hace rato que se habrían desencadenado las hostilidades.

Madame de Réault metió su Colt 45 en su bolso de mano y el coronel guardó su Webley. Continuaron recorriendo las salas vacías hasta encontrar la habitación que se había asignado Gärensen. Había restos de un cigarro en el cenicero, y una de las camisas del noruego colgada de una percha suspendida en la manilla del armario. Sobre la cama deshecha, en un desorden comparable al de la biblioteca, se veían ropas y toda una panoplia de efectos femeninos extendidos o arrugados. Tewp no se atrevió a tocar las ropas, pero Garance se las llevó a la cara para aspirar su olor. Todas, sin excepción.

—Un solo perfume. Una sola talla... Y un estilo lo bastante refinado para que usted y yo pensemos lo mismo, ¿verdad?

—Esta ropa la ha llevado Laüme Galjero. ¿Es eso lo que tiene en mente?

—Sí, con toda evidencia. En cuanto a los motivos por los que están en la cama de Gärensen...

—Es otra historia, ¿no?

—Una historia que no me hace mucha gracia. Pero dejemos eso para más tarde y ocupémonos de lo más urgente. ¿No me había dicho que tenían a su señor Hezner encerrado en la buhardilla de esta casa?

—En la buhardilla, no —corrigió Tewp—. En el sótano. Gärensen y yo lo

encerramos allí después de interrogarlo.

—Bueno, pues vamos a hacerle una visita. Si es que sigue ahí, claro.

Tewp se sobresaltó. Obnubilado por la desaparición inexplicable de Thörun, no se le había ocurrido la idea de que Hezner hubiera podido desaparecer también.

—Antes de seguir adelante, ¿en qué está pensando? —preguntó *madame* de Réault siguiendo con dificultad a Tewp, que caminaba a paso rápido.

—Los esbirros de Hezner han debido de encontrar su pista y rescatarlo. Pisos cazadores de nazis están bien organizados, tienen contactos por todas partes. Nunca debí haber dejado solo a Gärensen. Ha sido una imprudencia. ¡Si le ha pasado algo nunca me lo perdonaré!

Bajando las escaleras de cuatro en cuatro, Tewp llegó a toda prisa al nivel inferior y se precipitó por el pasillo que daba a la pieza donde, unas semanas atrás, Thörun y él mismo habían sometido a Hezner a un interrogatorio con pentotal. Cuando entró en el reducto, Tewp no pudo contenerse y soltó un juramento. En el suelo yacía el cadáver desnudo de Ruben Hezner. El cuerpo no era un espectáculo agradable, con la carne gris, la mejillas hundidas, la nariz afilada. Tenía la boca abierta y de ella salía una lengua enorme, hinchada y violácea, síntoma inequívoco de la muerte por estrangulamiento. Dos grandes equimosis parduscas estriaban la garganta del doctor Hezner.

—Según la descripción que me hizo usted, es evidente que no se trata de su amigo Gärensen —dedujo Garance de Réault.

Tewp se pegó a la pared y se quedó inmóvil por un instante, con los ojos fijos en el muerto.

—No sé qué pensar —dijo al fin—. Todo esto me resulta incomprensible.

—Cada problema tiene su solución. Sólo hay que razonar. Usted dejó a Hezner y a Gärensen solos en esta casa cuando se marchó de Turquía para ir a Londres. ¿Es exacto?

—Exacto.

—De sus palabras, deduzco que Hezner y Gärensen mantenían una rivalidad constante...

—Rivalidad no es el término adecuado. No conozco las razones profundas de su conflicto, pero en Argentina Hezner obligó a Gärensen a matar a uno de sus viejos conocidos de juventud.

—En tal caso es lógico que haya querido vengarse. ¿Su amigo es colérico?

—Nunca lo he visto desde esa perspectiva. Él me salvó la vida frente a Ostara Keller. No puedo creer que su naturaleza sea malvada. Me parece imposible que se haya rebajado a asesinar a sangre fría a Ruben Hezner.

—Quizás medió provocación, ¿qué sabemos nosotros? Sea como fuere, es inútil quedarnos aquí de charla. Ruben Hezner está muerto, Gärensen se ha volatilizado. Guardemos esas dos informaciones y pasemos a la etapa siguiente.

—¿A la etapa siguiente? ¿A qué se refiere?

—A volver al Pera Palace y abrir una de las botellas que compramos en Francia. El borgoña siempre me ha ayudado a reflexionar.

Tewp cerró el cubículo dejando a Hezner sin sepultura e insistió en regresar a la biblioteca para recoger las notas tomadas por Gärensen.

—Las enviaré a Londres para que las traduzcan —dijo, mientras deslizaba las hojas en un maletín de cuero—. Estoy seguro de que nos aportarán alguna información.

—De ilusión también se vive —observó Garance mientras contenía a duras penas un bostezo.

En el hotel, la francesa insistió en que Tewp aceptara beber un vaso de vino en su habitación; pero cuando iba a abrir la botella de Nuits-Saint-Georges el pulso la traicionó y el recipiente se estrelló contra el suelo y se rompió. Confusa, la vieja dama se dejó caer en una poltrona. Su tez había empalidecido de repente y sus labios apretados empezaron a temblar.

—¿Se encuentra bien? —Se inquietó Tewp—. ¿Quiere que llame a un médico?

—Limítese a llamar al mozo de la planta para que limpie mi torpeza. No necesito que me vea un médico, sólo me hace falta descansar un poco. ¿Quiere que nos encontremos mañana? Creo que tendré cosas que decirle.

Tewp dejó con pesar a la vieja dama, y ya se dirigía a su propia habitación cuando decidió volver a la ciudad para poner en orden sus ideas. La noche estaba bastante avanzada, aunque muchos cafés permanecían abiertos. Tewp entró un instante en uno de ellos, pero el lugar estaba demasiado abarrotado para su gusto y salió enseguida del establecimiento. Durante una hora, caminó sin rumbo cierto. Mientras, por su mente iban desfilando rostros. El de Thörun Gärensen, a quien le desagradaba imaginárselo como un asesino, y el de Perry Marcsfield, con quien le hubiera gustado reunirse. El de Laüme Galjero... Esta última visión avivó la cólera en su interior, la rabia que se siente frente a alguien irreductible, la furia de la impotencia...

Al final del penoso interrogatorio al que habían sometido a Hezner, el doctor les había advertido a él y a Gärensen:

«Aunque maten a Laüme Galjero —lo cual será muy difícil y no les creo capaces de ello ni por un instante—, jamás eliminarán el misterio que la hizo nacer. Existen otras criaturas semejantes a ella. Y vendrán mientras sigan existiendo los hombres. Es un principio que nunca llegarán a penetrar. Persiguen ustedes quimeras, caballeros. Hidras de cabezas que renacen perpetuamente. Luchan contra lo imposible, luchan contra los sueños. Yo habría podido matar a Laüme Galjero por caminos peores aún que los que siguieron Mose Tzadek y Yohav... Pero ¿para qué, si ha sido concebida por el imaginario de los hombres? ¡Renuncien! Olviden sus rencores, vuelvan a sus pequeñas vidas. Aún son jóvenes, la vida los reclama. Su cruzada es en vano y yo les conmino a que lo acepten antes de que sea demasiado tarde».

¿Era aquélla la clave del enigma? Quizá. Tewp no podía tener ninguna certeza. A fin de cuentas, parecía verosímil que Gärensen se hubiese rendido a las razones de

Hezner y hubiera decidido abandonar la caza sin previo aviso. Sombrío, el inglés hundió las manos en los bolsillos y regresó al Pera Palace. La probable defección de Thörün lo contrariaba hasta lo indecible, pero ¿podía guardarle rencor al noruego, cuando él mismo sentía a diario una fuerte tentación de abandonar la partida? Se tendió en la cama sin desvestirse siquiera, pero no logró conciliar el sueño. Al alba, cuando percibió las primeras señales de agitación matinal, se duchó, se vistió y fue a llamar con suavidad a la puerta de Garance de Réault. Ya estaba despierta. Después de unas horas de reposo, las facciones de la vieja dama habían recuperado cierta vivacidad.

—¿Y bien, coronel? ¿Cuáles son los frutos de sus reflexiones nocturnas? ¿Perdemos el tiempo en averiguar qué le ha pasado a Gärensen, o lo consideramos definitivamente perdido para la causa?

—Es evidente que no somos más que tres.

—Entonces, recemos por que su Lewis Monti no arroje también la toalla.

PLAZA LUBIANKA

Bubble Lemona abandonó a regañadientes el confort del Lockheed Constellation y permaneció por un segundo inmóvil en lo alto de la pasarela acoplada al fuselaje del aparato. Cubrió sus ralos cabellos con su borsalino, se estremeció, se subió el cuello del abrigo y masculló un juramento. No había sentido tanto frío en su vida, ni siquiera cuando la ventisca canadiense cargada de tempestades de nieve pasaba sobre Nueva Inglaterra para abatirse aullando sobre Nueva York. Ni siquiera cuando, de niño, su madre lo castigaba por alguna de sus innumerables animaladas arrojándolo a un barreño de agua helada. Nada, decididamente, podía compararse con la intensa gelidez moscovita que traspasaba su ropa interior, la americana de su traje de finas rayas y la delgada camisa de seda comprada dos semanas antes en Macy's, los grandes almacenes vecinos del Empire State Building. Desde el primer instante, Bubble sintió que aquel país no estaba hecho para él.

—La verdad, no sé cómo ha conseguido convencerme de que le acompañe, don —le dijo a Monti, que le apremiaba para que bajara—. Tengo la impresión de que voy a detestar Rusia.

—No me llames «don», te lo ruego. Llámame «camarada». Y olvídate también de la palabra «Rusia». Es una denominación reaccionaria, aquí se llama Unión Soviética. Mézetelo en el cráneo de una vez por todas, viejo mulo.

Bubble se encogió de hombros, se rascó la garganta y miró dónde ponía los pies. El suelo estaba tan deslizante como una pista de patinaje. Junto a la veintena de norteamericanos recibidos en la capital moscovita con ocasión del congreso del Komintern, Bubble y Monti debieron soportar el discurso de bienvenida pronunciado en pleno vendaval, antes de que una pequeña orquesta militar interpretara *La internacional*. Lemona intentó mostrar buena voluntad canturreando las palabras que le había enseñado fonéticamente su profesora de ruso, Natasha, pero sólo recordaba de manera muy imperfecta el estribillo:

*Vstavay, proklyat'yem zaklyemyennyy,
Vyes'mir golodnykh i rabov!
Kipit nash razum vozmushchyennyy
I v smyertnyy boy vvesti gotov.
Vyes'mir nasil'ya my razrushim
Do osnovan'ya, a zatyem.*

Esta pequeña participación le atrajo la simpatía de un tipo fornido, un norteamericano que dijo llamarse Trevor Flaw y que no había abierto la boca desde el

inicio del viaje. Bubble y él intercambiaron sonrisas a cual más meliflua durante las formalidades de inmigración y el viaje en autocar que condujo a la delegación del CPUSA hasta un buen hotel del centro de la ciudad.

En cuanto se instaló, Luigi Monti fue a llamar a la puerta de Lemona. Los dos hombres subieron al piso superior y entraron con la mayor discreción en la habitación de Sebastian Deinthel, el jefe de los agentes del FBI infiltrados entre los auténticos militantes comunistas que formaban el grueso del grupo. Desde hacía seis años, Deinthel era el principal topo colocado por la Administración norteamericana en el seno del modesto Partido Comunista de su país. Se sabía *El capital* al dedillo, representaba su papel a conciencia y con determinación; sus camaradas lo consideraban un puro, un marxista-leninista de estricta obediencia, y jamás había despertado la menor sospecha entre los que estaban bajo su supervisión. Advertido por Alien Dulles y William Donovan, él era el hombre que había hecho posible que Monti y Lemona viajasen a Moscú con el grupo.

—¡Bien, caballeros, ya están aquí! —exclamó Sebastian acogiendo a sus visitantes—. Mi misión en cuanto a ustedes casi ha concluido. Sólo me queda conducirles ante su contacto. No será muy complicado, ya que es uno de los intérpretes designados para acompañarnos durante toda esta semana.

—¿Cómo vamos a proceder exactamente? —preguntó Monti.

—El programa oficial de los próximos días es bastante estricto. Todavía están previstas varias ceremonias de bienvenida aquí y allá, antes de la inevitable visita a la ciudad, claro. Y después, los trabajos del congreso durante una decena de días. Yo mismo pronunciaré un discurso el miércoles. Evidentemente nuestra visita se realiza bajo estricta vigilancia. Los soviéticos no son idiotas, sospechan que varios miembros de nuestro grupo son en realidad espías. Quieren tenernos controlados. Tendremos que actuar con suma delicadeza. Mañana por la mañana, iremos todos a depositar un ramo de flores sobre la tumba de John Reed, uno de los fundadores del CPUSA, que está enterrado aquí en Moscú, en el Kremlin. Su contacto estará presente. Les acompañará sin esconderse. Nadie se fijará en ustedes si fingen mantener una conversación anodina con él. Hablen con libertad, como si comentaran la arquitectura de la plaza Roja o la del mausoleo de Lenin. Es tan sencillo como eso.

—¿Y una vez recogidas las informaciones?

—Eso ya no me concierne, caballeros. Ignoro los motivos de su presencia aquí. Dulles y Donovan me han pedido que les introduzca en el lugar y que les ponga en contacto con un informador. A eso se limitan mis servicios en cuanto a ustedes. Tengo mi propia agenda y estoy obligado a respetarla. No les den a los soviéticos la ocasión de venir a husmear en mis asuntos. Todos arriesgamos mucho aquí. «Prudencia» es nuestra palabra clave. Desconfianza, incluso: de todo y de todos.

La primera velada en Moscú transcurrió penosamente para Monti y Lemona. Lewis se aburrió mucho y Bubble se sentía desnudo sin el peso de un arma bajo la axila ni la presión de una banda elástica sujetando una navaja de muelles en torno a

su tobillo. La cena se desarrolló en una vasta sala atravesada por corrientes de aire. Enormes babushkas con blusas grises se ocupaban del servicio con una sonrisa, haciendo rodar de mesa en mesa ruidosos carritos de cantina militar. La calidad de los alimentos era tan discutible que hasta Lemona ignoró su plato de borsch.

Al día siguiente por la mañana, ante la sepultura de John Reed, un pulcro hombrecillo con una barbita gris recortada de manera casi geométrica avanzó hacia Monti y le tendió la mano. Se presentó en un inglés muy puro:

—Soy el profesor Bogdan Rodion. Encantado de conocerle, camarada. El camarada Deinthel me ha hablado mucho de usted.

Rodion llevó a Monti aparte del grupo de norteamericanos que permanecían, llenos de devoción, ante la placa conmemorativa de la contribución de Reed a la Revolución de Octubre, y le soltó de corrido su informe como si éste fuera un fardo del que le urgiera deshacerse.

—Nuestros agentes y yo mismo hemos trabajado para resolver su problema, señor Monti. Sabemos qué servicio del N.K.V se ocupa del caso Galjero. Tenemos incluso el nombre del oficial superior encargado del *dossier*. Es la general Alantova, una mujer. Poseemos pocas informaciones fiables acerca de ella, pero conocemos la dirección de su domicilio particular en el bulevar Petrovski, a pocas manzanas de aquí. Todas las mañanas se traslada hasta el edificio de la Lubianka a pie, como buena soldado del ejército que es.

—¿Y Galjero? ¿Está en Moscú?

—No exactamente. Se encuentra en una residencia a sesenta millas de aquí, en una zona reservada, bajo estricto control militar. Alantova le ha visitado en numerosas ocasiones las últimas semanas, pero ahora parece estar acantonada en Moscú desde hace varios días. Por ahora no es posible averiguar más. Tampoco les será posible sacar a Galjero por sus propios medios, necesitarían un ejército. Y dado el caso, no estoy seguro del resultado de semejante operación...

Monti dio las gracias calurosamente a Rodion y volvió a mezclarse con sus compatriotas. No encontró una ocasión para hablar en privado con Lemona hasta el fin de la jornada.

—No ha avanzado mucho, don —constató éste cuando Monti le hubo puesto al corriente de la situación—. Con toda franqueza, me pregunto si era indispensable venir hasta aquí para obtener unos resultados tan pobres. ¿Qué podemos hacer ahora?

Monti suspiró e hizo un gesto de impotencia. Su corazón estaba lleno de amargura. Hasta el último momento se había empeñado en creer que era posible actuar. Pero esa noche, en aquella tierra extranjera y sordamente hostil, el horizonte parecía cerrarse para siempre.

—Creo que he perdido la partida, mi viejo Bubble. Y a ti, siento haberte hecho perder el tiempo. Tendré que decidirme a olvidar mi venganza. Tewp y Gärensen han perdido nuestra única oportunidad en Estambul. Pase lo que pase, los Galjero son intocables.

La tristeza de Monti repercutió en Bubble. Nunca había visto al don tan abatido, excepto el día del entierro de su esposa y su hijo. El viejo soldado de la Cosa Nostra sacó un frasco de *bourbon* de su chaqueta y se lo ofreció al don con una sonrisa crispada.

—¿Y si fuéramos a visitar a esa general soviética? —sugirió de pronto, fingiendo entusiasmo—. Le han dado su dirección, ¿no?

Monti se echó un trago largo de alcohol y se dejó caer en un sillón.

—Proposición noble y temeraria, pero totalmente desprovista de sensatez, amigo mío. ¿De verdad crees que la general va a abrirnos su puerta con una sonrisa, conversar con nosotros en torno a una taza de té y conducirnos hasta Dalibor Galjero para que lo recojamos como si fuera un paquete?

Enfrentado a la evidencia, Lemona se sonrojó y se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—¡Demonio, debe de haber algo que podamos hacer! —rugió como un león herido—. La furcia que ha traído la desgracia a su familia no puede irse de rositas. ¡El buen Dios no lo permitirá! Nunca hay un callejón sin salida para la *vendetta*. ¡Eso va contra el orden del mundo, contra la justicia eterna!

Monti dejó que amainara la tormenta con los ojos cerrados. Con la cabeza echada hacia atrás, buscaba una solución cuando, por encima de las palabras de Bubble, unos gritos se elevaron de pronto en el pasillo. Por el tono seco de las voces, Monti comprendió enseguida que la situación en el hotel se había envenenado bruscamente. Se incorporó y se acercó a la entrada para escuchar, mientras que Lemona abría la ventana para examinar sus posibilidades de evasión.

—Ni soñar con escapar —dijo Monti al tiempo que regresaba junto a su guardaespaldas—. No iríamos muy lejos. Además, nuestra huida sería una prueba contra nosotros. Pase lo que pase, tenemos que mantener la calma y no desviarnos de la versión oficial: somos militantes comunistas neoyorquinos y pertenecemos a la célula de Sebastian Deintel. Punto y final.

Bubble asintió y se enjugó con una manga el sudor que perlaba su frente. De repente, la puerta de la habitación tembló bajo unos golpes redoblados.

—¡Abra, Monti! —dijo una voz fuerte—. Reunión inmediata en el vestíbulo para todos los miembros de la delegación norteamericana. ¡Deprisa!

Monti giró el picaporte. Ante él estaba Trevor Flaw.

—¿Qué ocurre? —preguntó el siciliano.

—Nada grave —contestó el otro para tranquilizarlo—. Sólo una verificación general organizada por nuestros amigos soviéticos. En los tiempos que corren, y con las amenazas que hacen pesar sobre este país los capitalistas de todos los pelajes, es normal que se produzcan estos pequeños inconvenientes, ¿no cree, camarada?

—Desde luego, desde luego —aprobó Monti con los dientes apretados.

—Vamos, cojan sus chaquetas y baje al vestíbulo como todo el mundo. El camarada Lemona también. La policía de aquí está bien organizada, esto no llevará

mucho tiempo.

Flanqueados por agentes del NKVD de paisano, los norteamericanos fueron escoltados hasta la sala del restaurante del hotel. El lugar estaba desierto. Tufos de carnicería y de mantequilla rancia procedentes de las cocinas herían las narices. Monti se sentó con los demás en un rincón y buscó en vano a Deinthel con la mirada.

—Sebastian no está aquí —le dijo a Lemona en un murmullo—. Esto no me gusta.

Uno tras otro, los militantes fueron llamados a una mesa alargada donde se habían instalado un comisario político, dos oficiales de los servicios de información y Trevor Flaw en persona. Era evidente que este último conducía el interrogatorio con la misma autoridad que los soviéticos. Monti le había oído hablar ruso con fluidez. Así transcurrieron tres horas interminables. Pasaban revista a los norteamericanos por turno y después los hacían salir de la sala. Monti y Lemona fueron los últimos, solos.

—Venid, camaradas —dijo Flaw adelantándose hacia ellos—. En vista de lo avanzado de la hora, creo que podemos proceder a un interrogatorio común. Así será más rápido.

Monti y Lemona se levantaron para instalarse delante de los agentes. Entumecidos por la inmovilidad, sus cuerpos se mostraban reacios al movimiento.

—Los dos pertenecéis a la célula de Sebastian Deinthel, ¿no es así? —dijo Flaw con una amplia sonrisa.

—Exacto —respondió Monti.

—Sí, camarada —asintió Lemona—. Somos neoyorquinos. Viejos militantes de Nueva York. Nueva York, eso es.

—Durante todo el viaje hasta aquí me ha parecido que estabais en muy buenos términos con Deinthel. Sólo habéis hablado con él, o casi, si no me equivoco. He creído notar que no erais demasiado locuaces con los demás miembros de la delegación. Además, a propósito... nadie os había visto nunca antes en ninguna convención, en ningún comité. Es extraño, ¿no os parece?

—Somos unos militantes muy corrientes —arguyó Monti en su defensa—. No nos gusta usurpar un puesto que no nos corresponde.

—Sin embargo, estáis aquí en calidad de representantes. ¿No es contradictorio?

—El camarada Deinthel ha querido recompensar nuestros años de buenos y leales servicios, creo.

Flaw sonrió.

—Buenos y leales servicios, no lo dudo ni por un segundo. Pero ¿a qué causa exactamente?

—¿Qué quiere decir?

—Deinthel es un traidor. ¡Peor, es un espía! La policía soviética ha cumplido su deber y lo ha arrestado. ¿Y ustedes? ¿Trabajan como él para el OSS o el FBI?

Monti sintió que se le secaba la boca. Los músculos de su garganta se cerraron y le costaba tragar saliva.

—No sabemos nada de las actividades del camarada Deinthel —explicó—. Pueden registrar nuestras habitaciones y nuestras cosas y no encontrarán nada comprometedor.

—Le agradezco su proposición, pero esa formalidad ya ha sido ejecutada desde el momento en que han entrado ustedes en esta sala. En efecto, no hemos descubierto nada sospechoso en sus maletas. Aparte de cigarrillos caros, botellas de alcohol y, en los baúles del camarada Lemona, trajes muy lujosos para alguien que afirma ser un proletario de Brooklyn.

Por el rabillo del ojo Monti fulminó a Bubble, que se encogió en su silla y se abismó en la contemplación de sus zapatos.

—Por el momento sólo tengo sospechas. Así pues, procederemos a separarles del resto del grupo. Serán conducidos a un lugar donde no podrán comunicarse con nadie. Quedarán bajo vigilancia hasta la marcha del resto de los miembros de la delegación. En ese momento les pondremos en el avión. Siempre y cuando, claro está, no haya salido a la luz ningún nuevo elemento que nos obligue a prolongar sustancialmente su estancia en la Unión Soviética. Captan la alusión, ¿verdad?

Monti asintió con la cabeza mientras que los hombres de seguridad los tomaban del brazo para conducirlos fuera del hotel y hacerlos subir a dos coches sin distintivos. Los norteamericanos fueron trasladados al inmueble de la plaza Lubianka que albergaba los servicios secretos estalinistas. El alba apenas despuntaba. Caía una lluvia helada. Monti pasó allí dos días sin visitas ni noticias, recluso en una celda apenas más confortable que la que había habitado, unos treinta años antes, en la prisión de la isla de Blackwell. Dos veces al día, a las seis de la mañana y a las seis de la tarde, le llevaban una comida compuesta de agua, una sopa de guisantes, un trozo de panceta con más grasa que carne y media manzana pasada. La atmósfera era tan silenciosa que hubiera podido creerse en un monasterio. Los gruesos muros sofocaban cualquier ruido. Entre los barrotes del tragaluz, Monti apenas podía vislumbrar un trozo de cielo por el que no volaba ningún pájaro. Pasaba el tiempo durmiendo en su camastro y esperaba con toda su alma que Deinthel no revelase el secreto de su identidad a los soviéticos. Si por desgracia esto ocurría, sabía que jamás volvería a ver América. En el transcurso de aquellas largas horas de aislamiento absoluto, se vio a sí mismo, de niño, corriendo por las colinas de Sicilia. Volvió a ver el semblante risueño de su abuela, la buena Giuseppina, y de su madre Leonora. Volvió a sentir, como si aún estuviera en el puente del barco, la emoción que le había embargado cuando vio Ellis Island y la estatua de la Libertad en la rada de Nueva York.

—¿Cómo te llamas? —le había preguntado el aduanero.

—Luigi, señor. Luigi Monti.

—Pondré Lewis en lugar de Luigi. Así parecerá más norteamericano, ¿qué dices?

—Me parece bien, señor.

¡Lewis Monti! Hacía casi cincuenta años que llevaba ese nombre. Cincuenta años

de aventuras y de dramas. Cincuenta años de gloria y de tragedia. Medio siglo para escribir la historia de un muchacho sin oficio ni beneficio, errante por las calles, que, a fuerza de golpes dados y recibidos se había convertido en uno de los personajes más importantes de la mafia de la costa Este, un rey del hampa... Un rey incontestable, hasta el día en que se había encontrado ante la figura venenosa de Laüme Galjero, una bruja como jamás la había conocido. El monstruo que le había arrebatado a su hijo y a su mujer. Era una criatura infernal que sabía cómo hacer salir a los muertos de lo más profundo de los limbos hasta la tierra de los vivos. Ese demonio lo había forzado al más abyecto de los apareamientos, allá abajo, en una destartalada barraca del puerto... Cuando se despertó, desnudo, jadeante, en el suelo sucio del cabaret Flanders, Monti había intentado por todos los medios sustraerse al recuerdo de pesadilla de aquella noche en la que, agitado como una marioneta por el colosal Maddox Green, tuvo que hundirse contra su voluntad en las entrañas de la mujer Galjero. Había querido obligarse a creer que sólo se había tratado de un delirio, de una fantasmagoría de su espíritu extraviado por el dolor y la impotencia, pero sabía que se engañaba. La escena había tenido lugar, indiscutiblemente... Allí, encerrado entre los muros de su mazmorra moscovita, no podía escapar a esa evidencia, y el pensamiento lo torturaba.

Cuando se abrió la puerta y vinieron a buscarle sin miramientos, no fue miedo lo que sintió sino un sentimiento de felicidad por que su soledad llegara a su fin y que la realidad, la novedad, se impusiera a los fantasmas del pasado. La razón, por sórdida que fuera, lo alejaba de lo imposible. Sin ofrecer resistencia, Monti se dejó llevar a través de un dédalo de pasillos hasta los pisos superiores del edificio. No lo habían esposado. Se vio en el reflejo de una puerta vidriada, mal afeitado, la mirada apagada, las arrugas marcadas. Era casi la figura de un viejo, y sintió que una fatiga enorme se abatía sobre sus hombros. Le hicieron sentarse en un despacho amplio y confortable donde le esperaba un hombre a quien jamás había visto. Era un tipo de una cuarentena larga de años, elegante, mejor vestido que todos los rusos que había visto hasta entonces. Tenía un paquete de Benson & Hedges en la mano. Sonriente, el desconocido le tendió un cigarrillo.

—Mi nombre es Wolf Messing, señor Monti. Hablo inglés con bastante corrección pero no soy bilingüe total. Me perdonará los errores de sintaxis que pueda cometer.

Monti tomó el cigarrillo y se inclinó para prenderlo en la llama del encendedor de Messing.

—Se expresa usted perfectamente, señor Messing. No me cabe duda de que nos entenderemos.

—Es mi mayor deseo, señor —repuso Messing acentuando más si cabe su sonrisa—. Creo que nos interesa a ambos.

—Haga usted las preguntas y yo contestaré lo mejor que pueda, se lo aseguro.

—¡Oh! No creo que nuestra relación vaya a limitarse a un simple juego de

preguntas y respuestas —replicó el otro, aspirando una profunda bocanada de tabaco rubio—. Por lo menos, seguro que tendremos que intercambiar preguntas y respuestas. Verá usted, señor Monti, el caso que nos ocupa es muy particular. No bastaremos los dos para desembrollarlo.

—¿A qué se refiere, señor Messing?

—A Dalibor Galjero, por supuesto. Pero antes de proseguir, permítame que le haga una sencilla petición: dejémonos de negaciones y circunloquios, ¿quiere? Sé muchas cosas sobre usted. Sebastian Deinthel ha hablado. Lo mismo que el profesor Bogan Rodion. Sabemos lo que ha venido usted a buscar a Moscú... mejor dicho, a «quién» ha venido a ver. Tenemos pruebas. Así que ahorremos tiempo, ¿le parece?

—¿Han arrancado confesiones a esos pobres tipos por la fuerza?

—¿Por la fuerza? ¡Claro que no! Deinthel y Rodion han hablado de buen grado. Qué volubles... Verá, tendré que explicárselo. Ése es mi toque personal, mi pequeño talento, mi forma de ganarme la vida, en suma. Yo no fuerzo las confesiones. Las obtengo por la persuasión, la amistad, la dulzura... Tengo algo de serpiente, nada de gorila ni de león. Sí, sí, veo que esto le hace sonreír. Quizá pronto me verá obligado a practicar mi arte con usted, pero eso me exige un gasto considerable de energía y, dado que soy perezoso por naturaleza, le quedaría muy agradecido si me ahorrara esa fatiga. Hablemos tranquilamente y con el corazón en la mano. Así pues, señor Monti, usted quiere encontrar a Dalibor Galjero. ¿Por qué razón?

Monti ignoraba si Messing era una suerte de hipnotizador como parecía querer dar a entender, y si había empezado ya a operar sobre él aunque estuviera a la defensiva, pero notaba que su espíritu se abría de manera inexplicable, tan ancho como la presa Hoover. De repente distendido, no sentía hambre ni sed; mientras dejaba que su cigarrillo se consumiera en la punta de sus dedos, se escuchó a sí mismo relatar a grandes rasgos su historia personal, como si no fuera dueño de su lengua. Messing no le interrumpió. Cuando al fin Monti sintió que recuperaba el dominio de sí mismo, vio que el cenicero estaba lleno con más de una veintena de colillas aplastadas... Messing se levantó para tomar una jarra de agua, le tendió un vaso y esperó a que el siciliano se serenase para emitir su veredicto.

—Señor Monti, me alegro infinito de haberle encontrado. Sepa, en primer lugar, que la historia de su vida es una de las más extraordinarias que conozco: y reconocerá que soy un experto en ese terreno. Yo mismo he tenido varias vidas. La que llevo en la actualidad probablemente no sea la última... ¡Pero basta de consideraciones personales! Pasemos a lo importante: a pesar de las apariencias, yo no soy su enemigo, señor Monti. Y creo que puedo ayudarle en su búsqueda, como usted puede ayudarme en la mía.

Desconcertado, Monti quiso clavar su mirada en la de Messing, pero en el último momento su instinto le disuadió de fijar los ojos en el agente del NKVD.

—Explíqueme cómo es eso posible —dijo, desviando la mirada.

—Tengo la respuesta a la pregunta que usted se hace sobre Dalibor Galjero. Sé

por qué ha querido volver a Rusia.

—¿Volver?

—¡Sí, claro! Nuestros amigos comunes, los Galjero, han tenido unas vidas mucho más largas de lo normal. Dalibor ha viajado mucho. Ha tenido muchos encuentros interesantes, uno de los cuales tuvo lugar aquí, hace algo más de treinta años, en tiempos del zar Nicolás II. ¡Treinta años! Una gota de agua en el río del tiempo. Y sin embargo, aquél era un mundo muy diferente. ¿Qué hacía usted hace treinta años, señor Monti? Acababa de asesinar a Nalfo Giletti y estaba a punto de ser consagrado por don Balsamo a la cabeza de su familia, ¿no es eso?

Monti volvió de nuevo la mirada hacia Wolf Messing, que revisaba las notas que había tomado durante la confesión del americano.

—Sí —reconoció Monti en voz baja—. Hace treinta años... treinta años... queda tan lejos...

—Cierto, pero no tanto si se consideran las cosas a la escala de tiempo de los Galjero —corrigió Messing—. No cuando se conoce su aventura como yo la conozco.

—¿Se la han confesado? ¿Los dos?

—No. Sólo Dalibor nos la ha contado. Pero puedo dejarle que la escuche. ¿Quiere hacerlo, señor Monti?

Entonces, como hacía la general Alantova en la soledad de su apartamento del bulevar Petrovski, Wolf Messing presionó con el pulgar el botón de arranque de un voluminoso magnetofón, para escuchar una vez más el relato de Galjero...

SEGUNDO LIBRO DE DALIBOR GALJERO

QUAI D'ORLÉANS

Yo no era más que un murmullo de vida apenas audible, y ella me escuchó. Ella, Laüme...

Me habían colgado alto y corto, habían abandonado mi cuerpo al viento y a la tempestad, después de haberme juzgado culpable de asesinatos como nunca se habían registrado en los archivos de Bucarest. Aún mejor que el flautista de la leyenda, yo había dirigido una horda de ratas y la había llevado a hacer justicia: a mi mandato, los animales habían devorado vivos a mi padre y a mis hermanas pequeñas, culpables los tres de haberse dejado corromper por el borracho Forasco.

Mi padre, Isztvan Galjero, era un desecho, una ruina repugnante, el último descendiente de una línea venida a menos que inició tiempo atrás un guerrero tan valeroso que un espíritu con figura de mujer se unió a él para guiarlo y protegerlo. Pero ese espíritu hacía pagar su amor a un precio exorbitante: el precio de la sangre de los inocentes. El guerrero había pagado su deuda, y su hijo después de él, Dragoncino, condotiero sensual y salvaje, llamado a los más altos destinos pero convertido en un idiota después de que una punta de acero perforara su cráneo. ¡Idiota! Idiota hasta el punto de que no sabía hablar. Tan idiota que vertió en el vientre de una bohemia una semilla corrupta que sólo sirvió para transmitir sus taras a varias generaciones de Galjero de las que yo, Dalibor, soy el punto final.

—Es necesario que sepas de qué turba procedes para que comprendas quién eres en realidad y lo que yo espero de ti —me dijo Laüme tomándome en sus brazos—. Nunca volví a ver al segundo hijo de Dragoncino. Sin embargo, sabía que estaba vivo. ¿Cómo se crió? No lo sé. Seguramente fue protegido por Lobo... Y prefiero no saber cómo perpetuó el linaje. Después de aquel niño, hubo otro. Y otro. Y otro más aún... Aunque la sangre de los Galjero había sido pervertida, no por ello era menos vivaz. Incluso sin mí, tu familia se aferraba a la vida. No sé cuántos herederos han sido necesarios para borrar poco a poco la marca de la locura en vuestra sangre, no he conocido a ninguno de ellos. Hasta llegar a ti.

—¿Y yo? ¿Por qué has venido a mí? ¿Por qué me has salvado? ¿Qué quieres?

Laüme estaba muy cerca de mí en la oscuridad. Para disipar las tinieblas sólo teníamos la luz anaranjada de un trozo de vela en una linterna de hierro. La llama bastaba para iluminar sus rasgos. Por un instante, observé su boca delicada, sus ojos grises brillantes como la luna, sus largos cabellos rubios que encuadraban su fino rostro. Era en todo igual a la imagen que habían guardado de ella Galjero y Dragoncino; una apariencia de espíritu sutil, una delicadeza de figura de porcelana, la ligereza de una paloma, pero con la fuerza de una cadena de acero...

Un perfume de nardos Motaba a su alrededor. Esa fragancia insólita, mezclada con otras notas desconocidas, llenaba mis pulmones como un bálsamo y me hacía

revivir.

—¿Por qué? —le pregunté de nuevo—. ¿Por qué has venido por mí y me has sacado de la nada?

—Porque tú eres el último, Dalibor. Si no hubiera obrado en ti el gran misterio de la resurrección de los muertos, los Galjero habrían desaparecido para siempre. No podía permitir que tal cosa ocurriera. Quiero que el antiguo sarmiento reviva. Estoy unida a tu sangre, Dalibor. Até de buen grado mi destino al de tu linaje. Incluso después de todos estos siglos, es una alianza que nunca he olvidado. ¡Mira!

Extendió la mano ante mí y me mostró el anillo que mi ancestro había descubierto en la isla de las Serpientes. El anillo no había abandonado su dedo desde el día en que ella lo había reclamado como sello de su unión,

—Este signo es testimonio de un compromiso del que no renegaré a no ser que me decepciones o me traiciones. Pero eso no ocurrirá, ¿verdad, Dalibor? Prométemelo.

—No —aseguré con un hilo de voz—. Te lo juro.

Con una dulce sonrisa, Laüme tomó mi cara entre sus manos y me besó con ternura. Era la primera vez que mi piel era tocada por una mujer y que recibía un beso. Sentí un vértigo y una voluptuosidad tan fuertes que me hicieron temblar.

—Vamos —dijo Laüme, divertida por mi turbación—, es hora de que regreses con los vivos. Tu destino es seguir tu camino en su mundo e imponerles tu voluntad. «Nuestra» voluntad... ¡Ven!

Me tomó de la mano y me llevó afuera. Mi cuerpo no sufría, mi espíritu estaba sereno y me sentía más feliz de lo que lo había sido nunca. El milagro de mi renacer no me sorprendía ni me asustaba; era como una evidencia. Y la angustia había desaparecido.

Avanzamos a lo largo de interminables corredores iluminados por algunas antorchas crepitantes. ¿Dónde estábamos? ¿En la cripta de una iglesia? ¿En un monasterio o un castillo? Jamás había visto ese lugar pero eso poco me importaba. A partir de entonces, sólo contaba Laüme. Ella me había sacado de la muerte y me había hecho nacer por segunda vez. Ella era mi madre, y yo sabía que iba a convertirse en mi amante y mi esposa. Se habría dicho que ella, en su largo vestido de seda oscura y crepitante, era mi alma que marchaba delante de mí para conducirme fuera de los infiernos...

Caminamos bajo unos arcos de piedra y atravesamos salas abovedadas con los suelos gastados por los siglos; después, pasada una escalera con escalones verdosos por la humedad, Laüme empujó una gruesa puerta de roble. La luz dorada de un alba clara tocó mi rostro sin deslumbrarme. En el camino esperaba una berlina de viaje atada a cuatro corceles impacientes.

—Nos vamos de Rumania —me anunció Laüme cuando estuvimos instalados en el habitáculo—. Tu cara es demasiado conocida en Bucarest. Quizá volvamos más adelante, dentro de veinte o de cincuenta años. El tiempo no tiene demasiada

importancia a partir de ahora...

—¿Soy inmortal? —pregunté con ingenuidad—. ¿Viviré contigo para siempre?

—La muerte aún es una amenaza para ti, Dalibor. Pero trabajaremos para remediar esta situación. Eso exigirá muchos esfuerzos y sacrificios de tu parte. Sin embargo, yo estaré a tu lado para guiarte y para recompensar tus fatigas. La inmortalidad no puedo dártela yo, pero he aprendido la manera en que tú mismo puedes ganártela.

—¿Cómo?

—Despacio, amigo mío. Necesito que vivas un poco tu vida de hombre antes de que te adentres por ese camino. Eres joven, casi un niño todavía. Y no sabes nada del mundo. ¿No tienes curiosidad por saber adonde vamos?

Enfebrecido por la belleza de Laüme y por las perspectivas delirantes que se abrían ante mí, ni siquiera me había molestado en conocer el destino de nuestro viaje.

—¿Adonde me llevas? —le pregunte por complacerla.

—¡A Francia, querido! Mejor aún: ¡A París!

Escuché el chasquido del látigo del cochero y el vehículo se sacudió. Permanecí en silencio largo rato. Laüme me miraba con paciencia y dulzura, pero yo no osaba devolverle la mirada. Me había invadido una especie de melancolía, lira bella y me devoraba el deseo de tocarla, de acurrucarme contra ella y sentir la textura de su piel estremecerse bajo mis manos. Mi corazón corría al galope. No obstante, con toda la fuerza de mi voluntad, rechacé las imágenes de abrazos que se formaban en mi mente y la contaminaban de deseos violentos. El recuerdo de lo que me había sucedido al ver a Flora Ieloni desnuda en la arena aún me avergonzaba. Tenía miedo de ser traicionado por mi cuerpo, y de ningún modo quería revivir semejante humillación. Así que me obligué a mirar el paisaje por la ventana. Esa lucha contra mí mismo, esa tensión que me impuse durante las largas horas de aquel primer viaje en compañía de Laüme hicieron nacer en mí una sorda melancolía. Tenía ganas de llorar, y hube de recurrir a mis postreras fuerzas para no deshacerme en lágrimas delante de mi benefactora.

Por fin cayó la noche e hicimos alto en un albergue de buena calidad donde nuestra presencia fue acogida con grandes muestras de respeto. Le dieron a Laüme la mejor habitación; a mí, una pieza pequeña pero confortable en la que crepitaba un gran fuego. En el espejo colgado encima de la chimenea contemplé mi imagen, que me horrorizó. Mis ropas —las mismas que llevaba cuando el verdugo me había colgado en la horca— estaban sucias y desgarradas, mis cabellos, asquerosos de grasa, y un círculo oscuro rodeaba mi cuello allí donde la cuerda había aplastado mi tráquea y roto mis vértebras. Me acerqué más al espejo, me quité la ropa y examiné cuidadosamente mi cuerpo. Estaba delgado y tenía el cutis cerúleo. Las costillas sobresalían bajo mi piel. Por un instante, dudé de estar vivo. ¿No sería más bien un espectro, un espíritu? Extendí las manos hacia las llamas del hogar y sentí el calor. Eso me tranquilizó... Me remoqué con agua con intención de ponerme presentable,

pero todos mis esfuerzos fueron vanos. Laüme entró en la habitación mientras yo frotaba frenéticamente la marca del nudo corredizo.

—Esa marca se borrará dentro de unos días. Mientras tanto, déjame cuidar de ti.

Laüme hizo llamar a un criado. De un baúl pequeño que ella había mandado traer, el hombre sacó los útiles para afeitarme y peinarme. Me instaló en una silla, dócil, para que él cortara mis greñas y pasara la navaja por mi barba. Después, me puse los pantalones, la camisa, el chaleco y la chaqueta que me presentó. Jamás había llevado prendas tan bien cortadas y tan elegantes. Todo me sentaba a la perfección. Calzado con botas altas de viaje, con una chalina anudada al cuello con negligencia, apenas me reconocí cuando volví a mirarme al espejo. Laüme también parecía satisfecha.

—Eres guapo, Dalibor —dijo ella mirándome con intensidad—. Me parece volver a encontrar en ti todo lo que amé en Galjero y en Dragoncino. A pesar de los malos ramales que os separan, has sabido conservar la promesa de su fuerza.

El cumplido me halagó, pero dudaba merecerlo.

—No soy un guerrero. Sería incapaz de probarte mi valor en un campo de batalla.

—Si no las encontramos, yo inventaré guerras a tu medida —aseguró Laüme, divertida—. Eso forma parte del juego.

—¿Y qué más? —pregunté.

—¿Qué más? ¡Pues yo, por supuesto! ¡Yo formo parte del juego! Yo soy al mismo tiempo la organizadora y el premio, la inspiradora y la recompensa.

Laüme se deslizó detrás de mí y pasó las manos en torno a mi cuello, las bajó por mi pecho y apretó su torso contra mi espalda. Ronroneando como una gata, excitó largamente mi nuca plantando en ella sus dientes pequeños.

El criado comprendió que debía eclipsarse. Laüme cerró enseguida el picaporte. Una llama ardiente brillaba en su mirada. Yo había visto antes esa llama: era el brillo de lubricidad que tienen las mujeres cuando abandonan toda continencia para entregarse a la lujuria. Por instinto, giré la cabeza y cerré los párpados, de modo que no vi nada de ella cuando se desnudó para ofrecérsese. Nada de su bella piel de un blanco immaculado, nada de sus bonitos senos de puntas rosadas, nada de sus piernas largas y perfectas... Lentamente, me desvistió mientras me susurraba palabras de amor, palabras de fuerza y de consuelo. Pronto estuve desnudo ante ella, pero seguía resistiéndome a verla. Sus manos me acariciaban, sus dedos me rozaban y su boca se posaba sobre mí. Sentí su lengua ir y venir sobre mi pecho, después mojar mi vientre y descender más abajo, siempre más abajo... Pegado a la pared y entregado a ella, yo era como un prisionero atado a la muralla de la fortaleza. El placer y el terror unidos forjaban mis cadenas, y nada podía hacer para romper el letargo que me paralizaba. Después, un calor nuevo subió por mi verga. En un breve instante, mi pene se dilató y la sangre fluyó con tanta fuerza que sentí un gran dolor. Abrí los ojos. Laüme estaba de rodillas ante mí, bella y paciente, activa y amorosa... Pero en lugar de vivificarme, la imagen provocó en mí el reflujó inmediato de toda energía; mi miembro cayó y quedó en reposo. En apenas unos segundos, no fue más que un gusanillo inerte. Yo,

que tanto había temido la explosión adolescente, incontrolada y humillante de mi placer, he aquí que era víctima, al contrario, de una impotencia igual de afrentosa. Una vez más, me invadió la vergüenza. El rubor subió a mis mejillas y perlas de sudor rodaron por mis sienes. Laüme hizo todo lo posible por remediarlo, pero no sirvió de nada. Ni sus aplicadas caricias, ni la exposición de los secretos más íntimos de su anatomía pudieron estimular mi virilidad. Peor aún: cuanto más insistía ella, menos impulso tenía yo para tomarla. Una especie de aburrimiento, una lasitud, un disgusto hacia esa carne expuesta, ofrecida con demasiada facilidad. Por fin, como la situación parecía desesperada, no pude contenerme y expresé con claridad mi desinterés. Herida por el rechazo del que era víctima por primera vez en su vida, Laüme me dejó sin decir una palabra, sin un reproche; pero esa frialdad extrema era peor que si me hubiera hecho una escena.

Escuché como, de vuelta en su habitación, que estaba al otro lado del rellano, rompía espejos y frascos de loza, tiraba los muebles al suelo y gritaba de rabia en una lengua desconocida para mí. El guirigay despertó a toda la casa. El cochero retribuyó generosamente al amo del albergue para compensarle en el acto de las contrariedades sufridas, y por fin se hizo el silencio.

Encogido junto al hogar, esperé al alba sin poder dormir. Mi confusión era absoluta. Tan sólo un día antes, a la misma hora, no era más que un cadáver destinado a servir de festín a las moscas y a los gusanos. Hoy, estaba vivo de nuevo, y una especie de hada, una criatura imposible, esperaba de mí una actuación heroica que yo sabía fuera de mi alcance. Laüme me quería león pero yo era —como mucho— un ratón, uno de esos súbditos sin brillo del rey de las ratas a quien Raya me había hecho jurar fidelidad en otro tiempo. Y acababan de regalarme un destino demasiado grande para mí...

La continuación de nuestro viaje a París sufrió inevitablemente por el fiasco de la primera noche. El segundo día casi no nos hablamos; a lo largo del tercero no fuimos mucho más locuaces. Sentados frente a frente en la calesa, evitábamos hasta cruzar las miradas. Creo que Laüme empezaba a dudar de mi capacidad de colmar sus esperanzas, y acaso se arrepentía de haber trabajado tanto por mi resurrección. Yo no sabía qué decir, y la revelación de mi impotencia pesaba como el hierro en mis hombros y en mi corazón. La idea de mi linaje degenerado me obsesionaba y no lograba imaginarme con qué milagro podría superar yo solo la tara de tantas generaciones contaminadas por la demencia de Dragoncino.

A través de las ventanillas de la berlina, el paisaje se modificó. Dejamos Hungría y entramos en Austria. En las paradas, cada uno cenaba en su habitación. Después, yo me quedaba mucho rato sentado en un sillón sin hacer nada, esperando que Laüme viniera a reunirse conmigo. Era a la vez una esperanza y un temor, pero eso nunca ocurrió. Mis noches siguieron siendo solitarias. Por la mañana, nos encontrábamos en

el momento de subir al coche, y la larga prueba de otra jornada silenciosa volvía a empezar hasta la etapa siguiente. Laüme se envolvía en una manta de piel y aparentaba dormir. Sin embargo, yo sabía que me observaba a través de sus párpados medio cerrados. Incluso en la penumbra del habitáculo, yo sentía su mirada sobre mí. Me parecía que cuantos más días pasaban más se endurecía esa mirada. Después de Viena, a los mudos reproches se añadieron largos suspiros. Laüme parecía cada vez más nerviosa, febril, y su irritación, palpable, conseguía al fin paralizarme.

Una noche, cuando estábamos en un albergue a una cuarentena de leguas de Munich, no toqué la cena y pedí un segundo frasco de vino con el fin de ahogar en alcohol mis aprensiones y mi resentimiento; pero la bebida, lejos de aturdirme, me calentó la sangre. Invasado por la cólera, de pronto me creí lo bastante fuerte para imponerme a Laüme. Me convencí de que sólo mi pasividad era la causa del enfado del hada. Los primeros Galjero eran hombres fuertes, audaces, emprendedores; ella esperaba una evidencia de que era digno de ellos... Me arreglé con torpeza y, perfumado en exceso para ocultar los efluvios del alcohol que flotaban a mi alrededor, fui a llamar a su puerta. Nadie contestó. Volví a llamar. En la sombra del pasillo, una voz ronca gruñó:

—La señora no está visible. Vaya a acostarse, señor.

Era nuestro cochero cojo que, como Cerbero a las puertas del infierno, había tomado posición junto a los aposentos de su señora. Su mano sostenía una larga fibra de buey tranzada con bolas de plomo. Hubiera debido responderle, intentar resistirme, pero su figura era tan impresionante y su tono tan imperioso que mis hombros se encogieron y toda mi energía me abandonó de golpe. El individuo me tomó por el hombro y me acompañó como se lleva a su habitación a un galopín después de una travesura. Me sentí desdichado y miserable y estallé en sollozos incontrolables delante de él. Tras murmurar algún vano consuelo a mi oído, terminó por dejar caer:

—Si de verdad necesita ver a la señora, yo tengo conocimiento de dónde se encuentra...

—Dígamelo, se lo ruego —exclamé al instante.

—Pero debe jurarme que no le dirá ni una palabra a ella.

Juré por todos los dioses que guardaría el secreto.

—Venga... —me indicó.

Descendimos de puntillas hasta el piso inferior. Yo llevaba una vela. El cochero pellizcó la mecha en el preciso instante en que nos detuvimos ante una puerta de lo más corriente.

—La señora está aquí —susurró—. Quizá pueda usted verla si mira por el ojo de la cerradura.

Había en sus palabras tanta hiel disimulada bajo la suavidad, tanta maldad detrás de un semblante amistoso, que fui muy ingenuo al no sospechar nada de la trampa que me estaba tendiendo. Así pues, apliqué el ojo al orificio como un estúpido. El

ángulo de visión era perfecto. Justo ante mí había una cama bien iluminada por un gran fuego de chimenea. Y en esa cama, Laüme entregaba su cuerpo a las caricias de un desconocido. La visión fue como una quemadura y retrocedí enseguida. Mis lágrimas rebrotaron con más fuerza. El cochero ahogó una carcajada.

—La señora es exigente. Tiene necesidades, grandes necesidades, y odia la privación. Haceros salir de donde habéis venido le ha exigido ímprobos esfuerzos, por los cuales esperaba recompensa. Así que toma de otros lo que vos no conseguís darle. ¡Así de sencillo! Y con esto, os deseo buenas noches, señor.

El tipo me dejó sin más comentarios, y yo volví a mi habitación, con un nudo en la garganta y el corazón en la boca, torturado por unos celos inconmensurables que me taladraban.

El resto del periplo hasta París fue un infierno. En las paradas, cada noche, yo lo sabía, Laüme se entregaba a quien encontrara al azar, y eso me resultaba odioso. Mis noches eran un drama. Pero una fuerza —o quizás un vicio más poderoso que mi voluntad y que mi pena— me empujaba a rondar por los lugares donde Laüme se libraba a esas ignominias. El cochero me esperaba para conducirme. Era como un ritual de pesadilla repetido hasta la náusea. Aunque yo era incapaz de soportar por más de unos instantes aquellos espectáculos horribles y fascinantes, lo que percibía reflejaba cada vez más impudor y licencia. La perversidad de Laüme parecía no tener límites. La vi en acción con burgueses y con capitanes, con estudiantes y obreros, y hasta con un abad y su macero que regresaban de una visita al obispo; todos ellos eran viajeros maravillados, encantados de aquella ganga. Con los ojos mancillados por aquellas locuras inmundas, me quedaba postrado. El cochero, por su parte, se recreaba con los sainetes y se divertía haciéndome relatos detallados. De día, en la calesa, yo permanecía silencioso y ausente. Dejaba pasar las horas en una indiferencia que, por la fuerza de las cosas, se había convertido en mi único refugio. Cada segundo de mi existencia me parecía desconectado del anterior y decididamente extraño al siguiente, y ésa era la única forma de conservar una apariencia de equilibrio.

Por fin, franqueamos las puertas de París. Un domingo por la mañana, mientras las campanas de Notre-Dame redoblaban para celebrar el fin de la misa mayor, avanzamos a lo largo del Sena hasta la île Saint-Louis, donde el cochero hizo parar el atelaje en el ángulo del quai d'Orléans y la rue de la Femme-Sans-Tete. Laüme poseía allí un vasto palacete donde había hecho preparar para mí unas habitaciones, tres piezas luminosas decoradas con mobiliario francés. Desde mis ventanas veía la cúpula del Panteón y las aguas del río por las que navegaba una flota de navíos mercantes que reabastecía la capital en convoyes continuos. Todas esas bellezas las juzgué sin encanto y sin color. No veía allí más que el escenario seguro de nuevas humillaciones, de nuevos sufrimientos.

Cuando sus baúles estuvieron deshechos, Laüme me hizo llamar. Me recibió como lo habría hecho con un extraño, no en su habitación, ni siquiera en su salita, sino en un despacho que reservaba para los asuntos de la administración corriente.

—Te he observado bien durante nuestro viaje, Dalibor —me dijo en un tono doctoral—. Todavía eres un niño. No tienes ninguna experiencia del mundo ni de las gentes. Por eso reaccionas con mucha torpeza, cuando yo espero de ti mesura, destreza y decisión. Sin embargo, tu sensibilidad, bien encauzada, podría convertirse en verdadera fuerza, estoy convencida. Así pues, tendrás que trabajar en ello, muchacho. Esta es la tarea que te asigno.

Esas palabras fueron como una lluvia benefactora que transformara de repente un desierto en un jardín de lujuria. Una profunda alegría estalló en mi corazón. ¡Así pues, Laüme tenía proyectos para mí! ¡No me había borrado de su vida, como tanto había temido! ¡Todo era posible aún! ¡Sí, todo!

—Aprenderé todo lo que usted quiera enseñarme —prometí con fervor, tratándola de usted para dejar bien claro el respeto que deseaba mostrarle.

—Antes de ocuparme de ti personalmente, quiero confiarte a dos preceptores muy estimables. Con ellos te desbatarás; después pasaremos juntos a saberes más interesantes. Pero cada cosa a su tiempo. Mañana, el señor Syllas te dará tu primera lección.

Hice amago de protestar, asegurar que sólo la aceptaba a ella como institutriz y que rechazaba a cualquier otro maestro, fueran cuales fuesen sus competencias y sus certificados, pero mi rebelión, una vez más, quedó frustrada. Despedido, me volví a mi habitación sin otro recurso que tomarme mis males con paciencia.

Al día siguiente, mucho antes del alba, mientras dormía profundamente, una mano firme me sacudió para despertarme.

—¡Arriba, señor Dalibor! ¡Detesto a los perezosos, y tenemos mucho que hacer, se lo aseguro!

En su traje negro de corte impecable, el señor Syllas hubiera podido parecer un cura, si no fuera porque en sus ojos brillaban las chispas de suave malicia que jamás alegran la mirada de los desdichados que han pasado por la laminadora intelectual del seminario.

Rumano, llegado a París con los bagajes de los prusianos después de los Cien Días, debía inculcarme todas las sutilezas del francés, primer elemento indispensable, según Laüme, de mi educación de gentilhomme. Era un viejo dandi de humor encantador, con la piel untada de pomada y los cabellos teñidos de tinta. Gramático y lingüista sin par, sabía hacer divertida su disciplina sosteniendo sus lecciones con ejemplos cómicos. Sin embargo, a pesar de toda su buena voluntad y de las numerosas horas de trabajo que me imponía, me revelé como un alumno mediocre, poco dotado para el aprendizaje de las lenguas. No era porque yo no me esforzara, sin embargo, puesto que no quería disgustar a Laüme; pero a pesar de los parecidos entre el rumano y el francés, mi cerebro tenía todas las dificultades del mundo en asimilar

las bases de la lengua de Molière. Mis lecciones comenzaban a la aurora con fastidiosos ejercicios de conjugación y sintaxis; después, hacia las once, salíamos para enriquecer mi vocabulario con términos precisos inspirados por nuestros encuentros y el espectáculo de las calles.

Desde su llegada quince años atrás, el señor Syllas se había enamorado de Francia. Conocía París como si hubiera nacido allí y me hizo descubrir la ciudad con tanto entusiasmo como buen humor. Me gustaba pasear con él, y la ciudad me parecía maravillosa. Todos los días, a mediodía, cruzábamos los jardines del Palais Royal bajo los olmos y los tilos plantados al tresbolillo. Al extremo de una zona de césped, hacíamos un alto ante un pequeño cañón sobre el que había montada una lente que concentraba los rayos del sol. Cuando el astro alcanzaba su cénit, el foco de la óptica prendía la mecha de la bombardita, que disparaba un tiro de salva muy rotundo y sonoro. El señor Syllas sacaba entonces el reloj del bolsillo del chaleco y les daba un retoque microscópico a las agujas. A continuación nos íbamos a tomarnos unos vasos de vino al Café des Aveugles, bajo las arcadas de la galería de Valois. Por fin, nos entreteníamos en el teatro de sombras de *monsieur* Séraphin antes de regresar tranquilamente hacia la isla, donde las clases proseguían de manera más académica.

Al cabo de diez meses de este régimen, el señor Syllas, muy a su pesar, tuvo que confesarle a Laüme mis mediocres progresos. Convocado de nuevo a su despacho, agaché la cabeza como un malhechor recibiendo un sermón.

—Tienes desesperado a tu profesor, Dalibor, y eso me apena. No por él, sino porque estamos perdiendo el tiempo. Por eso he decidido estimularte de una manera muy particular. ¿Ves esto?

Con sus largos dedos, el hada abrió un cofrecillo de madera barnizada que tenía ante sí. En su interior vi una figurilla de cera cuya cara se parecía indiscutiblemente a la mía.

—Éste es el primer genio familiar que he fabricado para ti. Lo empecé hace más de un mes, al principio del último ciclo lunar. Estaba destinado a tu protección física, pero he decidido modificar su uso cuando el señor Syllas me ha informado de tus escasos progresos. Ahora está listo. Te ayudará a expresarte en francés para que puedas abordar rápidamente otras materias.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo funciona este objeto?

—Esto no es una máquina —respondió Laüme con una pizca de impaciencia—. Tú no tienes que hacer nada. Yo sola he realizado el esfuerzo de concebirlo y de hacerlo vivir. Conténtate con beneficiarte de sus ventajas.

Perplejo, me retiré del despacho y regresé junto a Syllas. Hicieron falta aún unos días para que los efectos del genio de las lenguas se hicieran sentir; pero una vez iniciados, fueron rápidos y espectaculares. En unos días, las sutilezas de la conjugación no tuvieron secretos para mí, las palabras, los giros y las expresiones corrientes me venían a los labios de manera espontánea y sin ningún esfuerzo por mi parte. Diez días después de la activación de la figurilla, yo leía de corrido y

comentaba las poesías de Chamfort, las obras de Voltaire y de Rousseau... El señor Syllas me dio la enhorabuena, sin comprender qué había podido activar en mí aquella repentina soltura.

—Su acento es bastante bueno, señor Dalibor —dijo para felicitarme—, y su sintaxis es más que aceptable. Aprecio mucho el cuidado que pone en dar variedad a su léxico. Sin embargo, tenga cuidado con la articulación de sus frases. Los franceses tienen enormes cualidades, pero no tienen oído musical. No harán ningún esfuerzo para buscar la palabra que se esconde detrás de la papilla que usted les sirve.

—Tendré cuidado, maestro.

Cuando estuve lo bastante curtido en la lengua, Syllas me presentó a mi segundo preceptor. El señor Hubert era francés. Era un hombre de sesenta años, fino y elegante, de movimientos vivos y aspecto atractivo. Había sido capitán de caballería del ejército de Napoleón y contaba de buena gana sus recuerdos de las campañas. Nacido marqués, había recibido la educación perfecta de un joven aristócrata destinado a la misma vida cortesana de sus antepasados. Pero la Revolución había trastornado esas perspectivas y Hubert había dejado pasar la tormenta del Terror y las extravagancias del Directorio antes de saltar a caballo detrás del aventurero Bonaparte cuando se formó el ejército de Italia. Galopar de Areola a Austerlitz y de Wagram a Quatre-Bras lo había dotado de una sólida experiencia con los caballos y las armas. Laüme lo había elegido para enseñarme equitación, esgrima, tiro y buenas maneras en todas las ocasiones. Viejo grognard, Hubert detestaba a los Borbones, pero tampoco era republicano, por cuanto soñaba con ver un día renacer de sus cenizas al Imperio por iniciativa de un nuevo Napoleón. Esta vez no tuve necesidad de ayudas sobrenaturales para seguir sus lecciones. Familiarizado con los animales, disfrutaba en compañía de los caballos, y la esgrima me divertía. En las alamedas del bosque de Bolonia o en las Tullerías, hacíamos correr nuestras monturas entre un vendaval de polvo y arena antes de cruzar los aceros en la rue aux Ours, donde el hombre tenía su residencia, en una sala que era frecuentada por los mosqueteros en tiempos de Luis XIII y Richelieu.

—No perderemos el tiempo con el florete, señor —me anunció Hubert en la primera lección—. Voy a enseñarle a matar, no a pavonearse. Para eso, el sable y la espada de caballería son inmejorables. Empecemos por la claymore escocesa. Es un instrumento notable que aúna peso y equilibrio. Pero deberá fortalecer sus músculos para manejarla correctamente.

El arma, en efecto, pesaba en mi mano, y me era imposible blandirla más de unos minutos sin agotarme.

Consciente de mi constitución mediocre, Hubert decidió hacerme comer carne roja por las mañanas y me sometió a penosos ejercicios físicos. Yo no tenía aún veinte años en esa época, y todo me aprovechaba. En unos meses, me fortalecí y me desarrollé tan bien que la claymore acabó pesando poco más que una ramita en mis manos.

Paralelamente a la esgrima, Hubert me enseñaba tiro. En aquella época se necesitaba casi un minuto para cargar un arma de fuego, lo cual volvía loco de impaciencia al antiguo oficial.

—Los fusiles franceses son más precisos pero mucho más lentos de recargar que las carabinas inglesas o los trabucos prusianos. ¡Eso nos costó la victoria en Waterloo! Nunca insistiré bastante en la rapidez con la que hay que poner el cebo en la platina y el taco en el cañón. Es una cuestión de vida o muerte.

Yo debía realizar ejercicios diez veces al día para mejorar mi rendimiento. Como Syllas en su terreno, Hubert era un excelente profesor y sabía contagiar la afición a su materia. Bajo su férula, me convertí rápidamente en un jinete bastante bueno, un tirador certero y un espadachín aceptable.

—Ahora sabe usted tanta técnica como yo —me dijo un día mientras regresábamos de la rue aux Ours por el Chatelet—, sólo le falta práctica. Sin duda, un día cercano se le presentará la ocasión de poner a prueba su valor. Mientras tanto, he recibido órdenes de prepararos para otras hazañas.

—¿Cuáles?

—Joven, ahora que puede usted vengar su honor sin temer a ningún adversario, debe hacer su presentación en sociedad. Por un tiempo cambiaremos los establos y los entablados de las salas de esgrima por el parqué de los salones y los palcos de los teatros. Voy a inculcarle los modales de la alta sociedad.

No confundir la copa de vino con la de agua, saber que jamás se besa la mano de una dama, sino que tan sólo se la roza levemente con los labios, bailar el vals sin perder el equilibrio y muchas otras materias fútiles constituyeron para mí nuevos objetos de estudio durante unas semanas. Aquello no me exaltaba tanto como los ejercicios marciales, y yo manifestaba cierta reticencia en seguir los consejos de mi maestro, lo que a veces hacía resurgir su rudeza de oficial.

—Siempre será usted algo palurdo, me temo —deploraba a menudo—. Quizá le convendrían unos correazos en los costados para obligarle a aplicarse... Pero en fin, en cuanto se ponga en ridículo una o dos veces y escuche las risas a su espalda, quizá se acuerde de mis consejos. No es asunto mío. En cuanto a mí, estimo que sólo queda curtirle. Para su primera salida, iremos mañana al Cenáculo.

—¿Qué es eso? —pregunté con aire despistado.

—¿El Cenáculo, señor? —replicó Hubert con una voz de pronto altanera—. Es el lugar donde se construye el espíritu de París, el salón donde el señor Hugo recibe a los mejores talentos de nuestra época. Es un honor ser recibido en él.

Al día siguiente, como me había prometido, Hubert me condujo a la rue Notre-Dame-des-Champs a la morada de un joven poeta picado de revolución literaria. Estaba abarrotado del sótano al altillo y no se podía dar un paso sin tropezar con un exaltado que recitaba versos o declamaba diálogos teatrales. Hubert me susurraba nombres al oído, pero yo no retenía ninguno. El viejo militar sentía un gran respeto por los escritores, una sensibilidad que estimaba curiosa y divertida en él: un antiguo

oficial de Napoleón capaz de llorar escuchando una oda. Me presentó a Hugo, el cual, como yo no tenía nada que darle a leer ni que decirle, ya que no había leído nada de sus obras, se desinteresó de mí en menos de lo que se tarda en apagar una vela. Mientras que yo molestaba a Hubert suplicándole que me sacara de aquel lugar donde me moría de aburrimiento, un joven extravagante me tendió la mano sin rodeos con una amplia sonrisa. Sus ojos oscuros chispeaban de buen humor y de energía. Su piel tenía un extraño tono mate, y sus rasgos eran los más redondos que jamás hubiera visto.

—Soy Dumas —me dijo—. Alexandre Dumas, autor dramático. ¿Usted es...?

—Dalibor Galjero —contesté estrechando la mano del mestizo.

—Y éste es el señor Hubert...

—Excelente maestro de armas, lo sé —comentó Dumas saludando al antiguo capitán—. He tenido algunas ocasiones de comprobar el alcance de sus talentos en la sala de la rue aux Ours. Desconocía su pasión por las bellas letras, señor. Estoy encantado...

Huber y Dumas intercambiaron algunas cortesías.

Dumas llamó a sus amigos y nos los presentó: estaban un tal Gautier, un pintor llamado Delacroix, y un De Nerval, de ojos febriles y cabellera desmelenada.

—¿No les parece que este lugar es terriblemente irrespirable? —preguntó Dumas después de algunos minutos de conversación—. ¿Y si nos vamos a cenar?

Agregados a la pandilla, Hubert y yo acompañamos a aquellos agradables caballeros hasta un restaurante a orillas del Sena, donde ocupamos un gran salón. Nos sirvieron profusión de ostras y vino blanco, pulardas y salsas delicadas. Banqueteamos entre hombres hasta bien entrada la noche. Aquellos señores entusiastas se llamaban a sí mismos «Joven Francia» o «románticos». Decían amar al pueblo y despreciar a los burgueses, y pretendían vivir como aristócratas. Su compañía era alegre y divertida; a mi edad, eso me bastaba. Al final de la cena, el señor Hubert nos contó cómo le había roto la cabeza a un general austríaco en Austerlitz y cómo se había apoderado de la bandera de un escuadrón de lanceros rusos durante la batalla de Moscova. Se fumaban pipas y cigarros y se bebía absenta y coñac.

—Háblenos de usted, señor De Galjero —me dijo Dumas—. Aparte del hecho de que parece un gran muchacho y un buen amigo del señor Hubert, no sabemos nada de usted. Su acento es extraño. ¿Bajo qué cielos vio usted la luz, y a qué debemos el placer de su presencia en París?

—Mi nombre es Dalibor Galjero —precisé de entrada—. Sin partícula.

—¡Eso no importa, querido! —exclamó Dumas—. Aunque como marqués que es posee una, el señor Hubert no la enarbola. Su ausencia o su presencia no indica, desde luego, el valor de un hombre. Pero no olvide el aspecto musical de la cuestión. En su caso, suena bien al oído. Bueno, prosiga, señor De Galjero.

En pocas frases, me inventé unos orígenes y una historia para justificar mi

presencia en París.

—Crecí en Bucarest. Me enviaron a Alemania y a Francia para completar mi educación. Es eso que los franceses llaman el grand tour, creo. Pero París me gusta tanto que pienso quedarme.

—Muy bien... ¿escribe usted?

La pregunta me hizo gracia.

—¡No, por cierto! ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque tiene usted un aura extraña, me parece. Un perfume... o, mejor, un soplo misterioso, como el que acompaña a la gente que acostumbra frecuentar lo imaginario.

—Te equivocas, Alexandre —corrigió al punto Nerval—. El señor Galjero no es un autor. Es algo infinitamente mejor que eso: ¡es un personaje! Lo noté enseguida cuando fuimos presentados. ¡Sí! Sería un magnífico modelo para un héroe de novela. Aúna prestancia y exotismo.

—Un héroe de novela o una figura de uno de mis lienzos —sobrepujó Delacroix vaciando su copa—. Su rostro es soberbio. En más joven, se parece a mi Sardanápalo. Me gustaría pintarle un día, si me lo permite. Debe de gustar mucho a las mujeres, señor. Lo adivino afortunado con ellas.

Había surgido un tema que obviamente me disgustaba mucho tocar. Súbitamente muy incómodo, sentí que me ruborizaba y balbucí una frase sin pies ni cabeza que hizo rugir de risa a los comensales.

—¡Ah, vaya! ¿No será usted virgen, señor? —Me pinchó con gentileza Dumas.

—La verdad es que nunca me he interesado por esas cosas —confesé, rogando al cielo por que el tema de conversación cambiara rápidamente.

Pero ¡ay!, mi respuesta redobló el interés de mis nuevos camaradas.

—No está permitido, a su edad y con su prestancia, ser ignorante en este dominio —dijo Delacroix—. ¿Quiere que lo remedemos? Todos nosotros tenemos entrada en las mejores casas parisinas, y seguro que encontraremos a la chica de sus sueños, sean cuales sean sus inclinaciones. Le aseguro que el asunto puede estar resuelto en una hora.

—Es muy tarde, señores, y creo que vamos a dejarlos con sus frivolidades —se aprestó a intervenir Hubert—. Yo soy una especie de carabina del joven Galjero, ¿saben? Mi misión es velar por su moralidad. Beber y conversar en buena compañía es una cosa, pero frecuentar los lugares que ustedes se proponen hacerle visitar creo que todavía no es para él.

—¿Y quién tiene atado tan corto a este joven pura sangre? —Se asombró Dumas—. ¿Es su señor padre el que ha dado esas órdenes tan horribles?

—No, señores. Es una dama de gran belleza. Y si ella le sujeta las riendas, el motivo evidente es que se lo reserva para sí.

LAS GALERÍAS DEL PALAIS ROYAL

Las semanas que siguieron me convertí en asiduo de los románticos. Delacroix compartía mi amor por los caballos; montábamos a menudo en Luxemburgo o en las Tullerías. Las paradojas, la impertinencia y la viva imaginación de Dumas me divertían. Nerval me intrigaba, y la conversación de Gautier era con frecuencia desconcertante. Hugo, a cuya casa acudíamos a menudo, era el único que no me gustaba demasiado: sus aires de grandeza me irritaban. Sin embargo, muchos lo consideraban un maestro. A su alrededor flotaba un aura malsana que me incomodaba en extremo. Mi presencia debía de producirle un malestar equivalente, porque él también evitaba dirigirme la palabra.

—Hugo es una especie de vidente —me explicó Gautier mientras me aconsejaba en la elección de guantes y sombreros en el establecimiento de un reputado peletero de la rue Saint-Honoré—. Es menos brillante que Nerval, que tiene fulgores increíbles, pero está más anclado en lo real. Sabe sacar partido de sus dotes, mientras que Gérard es un poeta en todo lo que hace. Hugo es un zorro. Sus escritos no son nunca espontáneos. Cada una de sus palabras es un cálculo, cada una de sus frases una ecuación. Todo lo suyo atrae y deslumbra, pero al final resulta bastante frío y estéril.

Yo no poseía en aquella época ninguna cultura literaria y me encontraba incapaz de juzgar las obras de tal o cual autor. Intenté leer los textos de mis nuevos amigos, pero mi espíritu aún no estaba lo bastante formado para comprender las sutilezas de sus escritos y disfrutar las variantes de sus estilos.

Sin embargo, me dedicaba a ello de forma asidua, porque hay que decir que mis jornadas estaban por entonces compuestas más de ocio que de estudio. Ya no veía mucho a los señores Syllas y Hubert. Iba a menudo a solas a cruzar aceros a la rue aux Ours o a pasearme a lo largo del Sena hasta el Louvre. En cuanto a Laüme, apenas la veía y no sabía exactamente en qué empleaba su tiempo. El palacete del quai d'Orléans era tan vasto que podíamos vivir en él sin encontrarnos. A veces, no obstante, ella me convocaba a su despacho para preguntarme cómo me encontraba y si mis lecciones iban bien, pero su solicitud no iba más allá de estas preguntas. Con el tiempo, mis celos habían menguado. Ignoraba si Laüme repetía en París los odiosos comercios que había mantenido durante nuestro viaje de Rumania a Francia y, sobre todo, no quería saber nada. Alguna vez había escuchado al cochero señalar con sus pasos desiguales su presencia delante de mi puerta a medianoche; pero como yo había tenido la fuerza de resistirme a su invitación callada, él no había insistido. Mis pensamientos, por aquel entonces, se volvían hacia mis camaradas románticos. Divertido por su compañía brillante, adopté la costumbre de acudir cada noche con ellos al teatro o a la ópera. Esas salidas eran agradables y me distraían con eficacia de

mi obsesión por Laüme, y se prolongaban hasta muy tarde con alegres ágapes en los que nos encontrábamos con jóvenes modelos de los estudios de Delacroix o aprendices de actriz reclutadas por Dumas. Aquellas señoritas risueñas, nada ariscas, solían terminar bastante desvestidas en los salones de Véfour o de Procope, donde todos los poetas de la capital eran recibidos a mesa y mantel. Pasaban alegremente de unos brazos a otros, repartían besos en la boca, se dejaban tocar, y se burlaban de mí, que permanecía frío a sus guiños.

—El señor De Galjero no es para vosotras, picaronas —se reía Dumas—. Este gran lobo surgido de las brumas es propiedad de otra. Una misteriosa criatura mucho más bella que vosotras, al parecer. ¿No es así, Dalibor?

Molesto, yo no respondía y optaba por irme cuando llegaba la hora de los excesos más crudos.

Sandrine, que servía de modelo para las ninfas de Delacroix, era una de aquellas jóvenes coquetas. Su rostro expresivo tenía una frescura enternecedora. Su cuerpo grácil, poco formado, parecía el de una niña. Yo leía en su mirada que sentía hacia mí una atracción especial. Se me acercaba cada noche e intentaba engatusarme. Su sonrisa se volvía triste cuando yo me eclipsaba sin responder y la abandonaba a las manos y los besos de otros. Poco a poco, sin embargo, me dejé ablandar por esa muchacha en la que creía encontrar un poco de mi propia ingenuidad. Compartíamos cierta vulnerabilidad, y ella, con su belleza simple, alegre y picante, era lo contrario de Laüme. Sandrine no me intimidaba. Como mujer no era altiva, carecía de exigencias y de esa perfección que hacía que Laüme me resultara tan glacial, tan lejana, tan imposible de merecer.

Una noche, me susurró palabras de amor que me conmovieron. En esa ocasión no quise separarme de ella. Me llevó a su habitación, en las inmediaciones del barrio de Grenelle, donde iniciamos suaves abrazos que pusieron mi pasión al rojo. Pero a pesar del loco deseo que sentía por ella, mi verga no se irguió. De nada sirvió que Sandrine la acariciara con las manos, la recorriera con su lengua o la oprimiera entre sus senos: mi virilidad permanecía a media asta y no daba más signos de progreso que cuando Laüme se había echado sobre mí en la habitación del albergue rumano. Avergonzado, farfullé unas torpes excusas y se me saltaron las lágrimas. Sandrine, comprensiva, me estrechó en sus brazos y murmuró dulces palabras de consuelo. Permanecimos así largo tiempo, nuestros cuerpos desnudos estrechamente unidos el uno contra el otro, pero obligados a una castidad total a pesar de nuestro deseo doloroso.

Cuando apuntaba el alba, debí regresar a la île Saint-Louis. Dejé a Sandrine a mi pesar, con la promesa de volver a verla muy pronto y murmurándole mil simplezas para alabar su belleza traviesa y prepararla para mi regreso. A pesar de mi impotencia, acababa de pasar las horas más luminosas de mi existencia, y habría estado a dos dedos de la felicidad perfecta si hubiera sido un hombre común. Pero yo era un Galjero, un hombre de un antiguo linaje marcado por el favor de un hada

enérgica y peligrosa. Mis actos no respondían a las mismas leyes que los del común de los mortales; un juez sancionaba mis desvíos. Un juez que había adquirido todos los derechos sobre mí por haberme sacado un día de entre los muertos.

A medida que avanzaba hacia el palacete del quai d'Orléans mi miedo crecía. Miedo de enfrentarme a Laüme. Miedo de tener que responder de mis debilidades ante ella. Miedo de que, por arte de magia, lo supiera ya todo de mis intentos de engañarla. Pálido y tembloroso, con las rodillas flojas y un sudor agrio bajándose por las sienes, me hice anunciar. Mientras me ajustaba la ropa y me arreglaba la chalina, me disponía a soportar una escena terrible. Pero Laüme no me hizo ninguna pregunta sobre mi escapada.

—He establecido un nuevo programa para ti, Dalibor —anunció en un tono neutro—. A partir de ahora yo seré tu institutriz. Quiero convertirte en un mago. Es hora de empezar tu iniciación. Comenzaremos estudiando los rudimentos de la astrología...

A partir de aquel día y sin más preámbulos, lo esencial de mi tiempo se consagró a la austera ciencia de los astros. Laüme me explicaba los símbolos y me describía el curso de los planetas. Me enseñó a elaborar una carta astral y a interpretarla. Todo aquello era muy abstracto para mí y resultaba complejo. Por mucho que me aplicaba, las nociones de precesión de los equinoccios o de retrogradación me causaban aversión; confundía a menudo las imágenes de Virgo o de Escorpión, erraba al recordar la diferencia entre planetas en oposición y en quinconcio, tropezaba con la atribución de los dominios de las doce casas del zodiaco. Laüme era exigente y no comprendía mi falta de interés.

Mi espíritu, como el de todos los malos estudiantes, anidaba en otra parte. Los instantes pasados acariciando a Sandrine no dejaban de perseguirme. Cada minuto, cada segundo, su imagen surgía ante mis ojos. Su perfume parecía flotar alrededor de mí y mi boca salivaba ante la idea de posarse de nuevo en sus labios. Tenía hambre de ella... pero tuve que esperar tres noches antes de volver a estar a su lado en su habitación. Pretexté una salida al teatro con Dumas para poder dejar por unas horas la île Saint-Louis. Aunque algo mejor que la anterior, mi actuación no fue lo bastante brillante para permitirme consumir nuestra unión. Mi compañera no se mostró rigurosa conmigo por esta nueva debilidad. Nos lo tomamos a risa y encontramos cien maneras de olvidar mi fallo.

Con Sandrine se aligeraba el peso que me aplastaba cuando estaba en presencia de Laüme. Gracias a ella, me parecía recuperar un poco de mi libertad perdida. Me creí enamorado. Cuando la dejé aquella noche había tomado una resolución: quería hablar con Laüme, reconocer que no estaba a la altura de sus expectativas, que lo que esperaba de mí no estaba a mi alcance, y me sentía con la fuerza suficiente para romper el pacto que me ligaba al hada. Mis argumentos estaban preparados, mi decisión tomada. Me imaginaba como un príncipe en trance de abdicar por el amor de una corista, y la idea me exaltaba. Quería llevar una vida corriente al lado de una

mujer dulce, que supiera amarme por lo que era y no por lo que ella quería que fuera. Durante tres siglos, Laüme había vivido sin ningún Galjero. ¿Por qué razón tenía ahora esa necesidad tan desesperada de mí? ¡No había tal razón! En el fondo, yo era un ser mediocre, incapaz de asumir el grandioso destino que ella me deparaba. Ella me había hecho escuchar la historia de Galjero y de Dragoncino para fortalecerme y para borrar la vergüenza que yo sentía cuando pensaba en mi infancia. Quería darme modelos, ejemplos de bravura y de valor, de ferocidad y de libertad... Pero en lo hondo de mi ser, yo sabía que no me parecía a mis ancestros. No me sentía capaz de repetir los crímenes que ellos habían cometido en nombre de Laüme, ni siquiera para conservar su amor, ni para merecer la vida eterna que me había prometido. No había nada excepcional en mí. Ninguna fuerza. Ningún coraje. Ninguna voluntad de poder. Ninguna necesidad de gloria.

Convencido de que el hada se rendiría a mis argumentos, crucé el umbral del palacete con la certeza de mis derechos y me presenté, pese a lo avanzado de la hora, ante la puerta de las habitaciones de Laüme. Las pocas sirvientas que aún estaban trabajando me informaron de que la señora había salido y no había anunciado la hora de su regreso. Me invadió una sorda aprensión. Corrí a los establos. Tal como esperaba, la berlina no estaba allí. Esperé en vano hasta la aurora. Pasó la mañana. Las tazas de café que engullía para mantenerme despierto pronto no bastaron para vencer mi sopor, y me dormí como una masa en un sillón cuando sonaban las tres y media. Mi espíritu estaba sumido en un sueño sin pies ni cabeza cuando un golpe rudo me azotó la mejilla. Me desperté sobresaltado y vi a Laüme ante mí, con los guantes en la mano, de pie en la penumbra, ataviada con un largo abrigo sobre los hombros que cubría su vestido con polisón. Era de noche y la estancia sólo estaba iluminada por unas velas.

—Vamos a salir —me dijo—. Toma tu frac y tu sombrero.

El tono de su voz no admitía réplica. Busqué apresuradamente mis ropas mientras ella hacía resonar los tacones de sus botines en el parqué del pasillo. Mis resoluciones relativas a Sandrine estaban olvidadas. Habían volado, se habían dispersado como cenizas arrastradas por un vendaval. La aparición del hada había bastado para que yo volviera a ser un trapo mojado. Consciente de mi debilidad, pero incapaz de vencerla, agaché la cabeza y seguí a Laüme sin conocer nuestro destino.

Caminamos junto al Sena, río abajo. De la île Saint-Louis pasamos a la île de la Cité, justo detrás de la catedral de Notre-Dame y del Palacio del Obispo. Allí, directamente adosado al río, había un edificio oblongo de ladrillo oscuro, con estrechas ventanas con barrotes, semejante a una prisión. Rodeado por una alta verja siempre abierta, albergaba una población de burgueses bien vestidos y de pobres diablos harapientos: era la morgue municipal.

—París no es solamente la ciudad de las artes y los placeres —anunció Laüme mientras atravesábamos el portal—. Es también un lugar de muerte y de miseria. Son muchos los desgraciados que ponen fin a sus días ahogándose en el Sena o

arrojándose bajo un coche de punto. Las riñas entre legitimistas y republicanos, los duelos, las venganzas privadas y las emboscadas tendidas por los protervos sujetos de los bajos fondos engrosan aún más el número de los cadáveres cotidianos. Aquí traen a los que encuentran tirados en las calles. Aquí se los expone para que los curiosos puedan venir a reconocerlos. Vienen aquí como al teatro. Todas las almas fascinadas por la muerte se recrean en el espectáculo de los cuerpos asesinados. Yo también; me gusta este lugar. Y tú debes aprender a apreciar sus encantos y sus secretos. No hay brujería sin familiaridad con los cadáveres.

Descompuesto, asqueado por las palabras de Laüme y sin embargo incapaz de sustraerme a su influencia, entré detrás de ella hasta el corazón de la casa de los muertos. En una vasta sala glacial, vivamente iluminada con luz de gas, nos mezclamos con el gentío dispar que acudía en brisca de emociones repugnantes. Una pasarela metálica con barreras separaba dos hileras de mesas de mármol negro sobre las que reposaban los cuerpos, con la cabeza levantada por una almohada de granito. Bajo las camas de piedra, unos cajones metálicos contenían enormes bloques de hielo destinados a retrasar lo más posible la putrefacción de la carne. Lo que veía era una sucesión de monstruosidades que me obligaba a menudo a bajar la mirada. Laüme me tomaba del brazo y parecía exaltarse ante la visión de aquellas carroñas inmundas. Por sus venas corría todavía algo del necrófago Yohav: ¿cómo explicar si no los escalofríos de éxtasis que yo veía nacer en su piel? ¿Cómo entender los gruñidos de placer que emitía al contemplar un rostro hundido por la rueda de una calesa o un torso aplastado por la quilla de un barco?

—Ven —me dijo al final de nuestra penosa marcha por la galería—. Conozco un lugar mejor aún.

Sin dejar de colgarse de mi brazo, me arrastró a un pasillo poco frecuentado. Llamó a una puerta vidriada y apareció un hombre en bata que la conocía y que nos condujo al ala del edificio donde se depositaban los cadáveres recién recogidos. Era un privilegio adquirido a buen precio el poder asistir a la llegada de esos cuerpos. En menos de una hora, vimos llegar tres o cuatro despojos cuyas heridas supuraban aún, cuya piel estaba tibia y cuyos miembros aún no habían sido presa de la rigidez cadavérica.

—Percibo el poco de alma que les queda —dijo Laüme, anhelante—. Ella me habla, me cuenta su aventura y su miseria... y a veces también me revela secretos. Te enseñaré a verlas y a escucharlas.

Aquello era demasiado para mí. La cabeza me daba vueltas, mariposas de luz aleteaban en mi retina. Me deshice bruscamente de la presa de Laüme y salí casi corriendo de aquel lugar sórdido. Necesitaba aire.

El frío de la noche mi hizo bien. Acodado en el parapeto, el estómago encogido y el espíritu confuso, sentí que una mano fresca se posaba suavemente en mi nuca.

—La muerte te da miedo, ¿verdad, Dalibor?

La voz de Laüme era suave como la de una madre. La histeria mórbida parecía

haberla abandonado. Me volví hacia ella. Su rostro había recuperado la calma. Me parecía verla como el primer día de nuestra unión, cuando yo no había mostrado aún mi impotencia, cuando ella me creía tan fuerte como Galjero y esperaba que fuera tan intrépido como Dragoncino.

—He pasado por la muerte —dije, casi temblando—. No me fascina...

—Yo también, yo he conocido casi el fin —susurró—. Hace mucho tiempo, mis enemigos casi me acabaron conmigo. Pero encontré en las sombras una riqueza insólita que antes no conocía. El mundo de los muertos es tan fascinante como el de los vivos, Dalibor. Podemos aprender tanto de él... Yo he sobrevivido gracias a él. Un día, tú descubrirás sus bellezas y sus tesoros, te lo prometo.

Entonces, por primera vez desde hacía meses, Laüme me besó. No era el beso de una madre ni el de una amiga, sino un verdadero beso de amante, largo, profundo, apasionado... Cuando se apartó, quise prolongar nuestro abrazo y la tomé del talle, pero ella me rechazó con tanta ternura como firmeza.

—Seamos pacientes, ¿quieres? No deseo forzar las cosas. Todo llegará a su tiempo y entonces todo irá como es debido.

Regresamos despacio a casa, caminando uno al lado del otro.

Laüme apoyaba su mano en mi brazo y en ese momento yo me sentía orgulloso de ir a su lado.

Durante varias semanas, temí que la visita a la morgue se repitiera. Sabía que Laüme iba sola a veces, pero nunca más me impuso ese penoso ejercicio, y pude consagrarme a las ocupaciones que había dispuesto para mí. Después del francés, fue necesario que emprendiera estudios de latín y griego en paralelo a mis deberes de astrología. El genio familiar creado para ayudarme en ese terreno obró maravillas. En menos de un mes fui capaz de, sin ningún maestro y sólo con algunas lecturas personales, dominar esas dos lenguas con tanta soltura como un viejo profesor de la Sorbona. Con fervor, y con la continua preocupación de satisfacer el menor deseo de Laüme, leí a Tolomeo, Hipócrates y Galeno.

En el palacete del quai d'Orléans había miles de obras. Todas eran preciosas, muchas eran raras. Algunas, únicas en el mundo, desconocidas por los mayores bibliófilos, jamás referenciadas, eran como el sueño imposible de un erudito. Laüme las había conseguido en los cuatro rincones de Europa, a lo largo de siglos de existencia, sin un Galjero a su lado, y yo no había adquirido aún el derecho de consultar la integridad de esos volúmenes, y ni siquiera de aventurarme solo en todas las colecciones. Según su pertenencia temática, los libros estaban clasificados en salas diferentes, todas cerradas con llave y de difícil acceso. Para mis estudios de astrología, base de todas las ciencias brujeriles, Laüme sólo me había abierto el salón azul, un pequeño y agradable espacio del último piso de la casa, habilitado especialmente bajo el tejado de manera que se pudiera observar el cielo. Conforme a

los planos trazados por Laüme, un gran ventanal abierto en el techo y un telescopio permitían observar las estrellas en las noches de primavera y verano. Altos muebles de cajones que permitían ordenar las cartas celestes extendidas, astrolabios de Arabia, efemérides abiertas en atriles y numerosos tratados doctos convertían el lugar en un mundo aparte, consagrado a la ciencia de los astros.

Aunque nunca las había visto, yo sabía que el palacete encerraba otras salas como aquella. Laüme me había hablado del salón verde, dedicado a las plantas; del salón gris, donde un día estudiaría la magia de las piedras; del salón blanco, dedicado a la magia ceremonial, y, en fin, de otros espacios aún más protegidos, las celdas de estudio roja y negra donde, me juró ella, un día estudiaríamos juntos los grandes misterios de la sangre y de la muerte.

Como yo mostraba una evidente buena voluntad y, poco a poco, me impregnaba de algunos rudimentos de astrología, Laüme no se oponía a que siguiera frecuentando a mis amigos románticos.

—Gustar a los espíritus elevados parisinos es una especie de patente —aseguró—. Seducirlos y frecuentarlos es un ejercicio saludable y que empezará a curtirte.

Así que, con el pleno consentimiento de mi mentora, fuera de mis horas de estudio solitario continué viendo a mis amigos artistas y dramaturgos. Nuestros encuentros en el Palais Royal eran numerosos y habrían sido placenteros si no fuera porque Sandrine se había empeñado tontamente en reconquistarme. Sin comprender por qué yo le manifestaba una repentina frialdad después de las dos noches que pasamos juntos, jugaba sus cartas para recuperar mi corazón. Por mi parte, hechizado por las palabras de Laüme después de nuestra visita a la morgue y estimulado por la renovada atención que me dedicaba, evitaba mostrar el menor interés por la muchacha. ¿Cómo había podido rivalizar esa chica con el hada que me quería por compañero? Era imposible. Tuvimos algunas escenas. Ella me exigía explicaciones que yo era incapaz de darle. Si yo le hubiera revelado la verdad de los lazos excepcionales que me unían a Laüme, me habría tildado de loco y se habría negado a creerme. De modo que me vi empujado a la mentira y la lasitud. Al rechazar sus avances sin miramientos, me mostré duro y pérfido, lo cual en el fondo no iba demasiado con mi carácter. Me daba mucha pena. Mi actitud acabó por desanimar a Sandrine. La pequeña se dejaba ver aún en nuestras reuniones pero, después de haberse conducido con mis amigos de la manera más licenciosa con el fin de suscitar mis celos, en posteriores reuniones se encerró en una actitud lánguida que no atraía a nadie. Adelgazó, se desmejoró. Sus mejillas se chuparon y sus ojos se hundieron en las órbitas. Al final dejó de venir. Me sentí a la vez aliviado e inquieto. Delacroix me llevó aparte bajo la galería.

—¿Sabe que Sandrine está en el Hôtel-Dieu, muchacho? ¿Y que es por culpa de usted?

La noticia sacaba a la luz mis temores más secretos. Horrorizado, sentí que palidecía de golpe y tuve que apoyarme en un pilar.

—¿Por culpa mía? Pero ¿cómo?, ¿por qué? No querrá usted decir que...

—Su ligereza le ha provocado una desesperación tan profunda que no ha podido soportarla. Ha intentado torpemente poner fin a su vida. Lo he sabido hoy mismo. La desdichada se debate entre la vida y la muerte.

Me negué a escuchar más y llamé enseguida a un coche de punto para acudir a la cabecera de la infeliz. El Hôtel-Dieu era un lugar abominable, peor aún que la morgue. Más que atendidos, los enfermos eran almacenados allí. Los médicos de verdad eran escasos y prestaban unos cuidados irrisorios a los indigentes que no tenían medios para pagarse un médico que los atendiera a domicilio, como solían hacer los burgueses y otras gentes en buena posición. Encontré a Sandrine agonizando en una sala común, entre cuatro decenas de paralíticos, tuberculosos y otros tísicos a punto de franquear las aguas heladas del Estigio. Para poner fin a su existencia, mi pequeña amante se había tragado unos polvos venenosos para eliminar las ratas, que se vendían por cuatro perras en el mercado. El rostro descompuesto, la carne deshidratada, parecía una momia milenaria con su piel gris y sus ojos apagados. Su respiración era ronca y sus miembros ya estaban casi rígidos por la muerte. Terriblemente emocionado, me eché al pie de su cama y le supliqué que me perdonara. Una señal, sólo quería una señal para lavar mi conciencia.

—Sea cual sea su culpa para con ella, ya es tarde para pedirle perdón, hijo mío — me dijo una buena hermana de rostro arrugado, que se acercaba a pasitos—. La pobrecilla no puede oírle. Esta niña no pasará de la noche, seguramente...

—¿Qué han dicho los médicos? —pregunté, afligido—. ¿Ninguno ha dado esperanzas?

—¿Ninguno? —Se asombró la religiosa—. ¿Qué dice? Ningún médico ha visto a esta muchacha. La trajo aquí una amiga que sólo pudo pagar su cama y algunos cuidados ineficaces. Nada más.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿No la ha visto aún ningún médico?

—Ninguno. Pero si tiene dinero, yo puedo hacer venir a uno enseguida.

—¡El mejor! ¡Pagaré al mejor médico de este osario! ¡El mejor de París, pero salven a esta muchacha, se lo ruego!

Dejé mi bolsa llena entre las manos de la sorprendida hermana y me abalancé sobre el lecho de Sandrine para suplicarle que volviera entre los vivos. Aún estaba bañando su rostro con mis lágrimas cuando un hombre con bata blanca se inclinó sobre ella...

SANDRINE

—Carlos X y el gran ministro Polignac acumulan torpezas. Se limitan a llevar agua al molino de los nostálgicos de la República. Presiento que en Francia se está gestando una nueva revolución. La pólvora y las balas van a salir pronto de sus escondrijos. El régimen caerá antes de un año, le apuesto treinta luises.

—Acepto la apuesta, querido Dumas —contestó Théophile Gautier—. Y tú, Dalibor ¿qué opinas de la situación?

—Me importa un bledo —declaré con un mohín desdenoso, encogiéndome de hombros—. ¡Que el diablo se lleve a los republicanos y a los monárquicos juntos! No entiendo nada de sus querellas y no quiero saber nada de ellas.

Esta respuesta tajante reflejaba mi pensamiento en aquellos momentos. No solamente la política no me interesaba, sino que tenía en mente otras preocupaciones graves. Desde hacía diez días sólo me importaba la salud de Sandrine. Había pagado de mi bolsillo todos los gastos de su restablecimiento, que me habían costado muy caros. Mi dinero procedía de Laüme. Cada mes, recibía de ella una asignación para satisfacer mis necesidades de fruslerías diversas, pero su largueza no era exuberante. Salvar a Sandrine no sólo había mermado mis reservas financieras sino que también había sumido mi espíritu en nuevas angustias, pues los remordimientos por haber provocado la desgracia de la muchacha disputaban con el arrepentimiento por no haberme desembarazado de ella de una vez por todas. Sandrine, desde que había vuelto en sí, no cesaba de declararme su amor. Desde que fue capaz de caminar, la hice llevar a su casa y contraté los servicios de una enfermera para asistirle en su convalecencia. Siempre que me era posible, acudía a Grenelle para visitarla y animarla a recuperar fuerzas; pero esta solicitud, esta piedad que sentía por ella eran al mismo tiempo trampas peligrosas para mí mismo. Cuando Laüme me había mostrado su confianza y yo había vuelto a creer en mi destino junto a ella, cuando ya no quería vivir más que para las promesas del hada, resultaba que estaba obligado a cuidar de una muchacha que nada podía aportarme y que se negaba a comprender que no podíamos vivir juntos.

—Tú me amas, Dalibor, yo lo sé —afirmaba la chiquilla apretando con fuerza mi mano y mirándome con ojos húmedos—. No quieres reconocerlo, pero me amas, porque me has salvado. Ésa es la prueba... sí, es la prueba que yo deseaba.

Ya podía yo protestar, intentar apartarla de mí con todas las demostraciones de la razón y los artificios de la apatía; de nada servía. Dejé de visitarla e incluso interrumpí por un tiempo los encuentros con mis amigos, por temor a que Sandrine volviera a ocupar su puesto en el círculo de amiguitas del que se rodeaban mis compañeros. Pero una mañana, mientras abría las cortinas de mi habitación, vi la silueta de la chica rondando por el barrio. Temblaba en su delgado abrigo, bajo la

lluvia glacial que caía desde el día anterior. Nuestras miradas se encontraron y vi como sus labios pronunciaban un ruego mudo. Temí que se atreviera a llamar a la puerta. ¿Qué pasaría si Laüme se la encontraba? No podía correr ese riesgo por nada del mundo. Después de indicarle a Sandrine por señas que me esperara más lejos, me vestí a toda prisa y salí atropellando al criado que venía a traerme el desayuno.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté de inmediato a la pobrecilla—. No puedo vivir contigo, ya lo sabes, te lo he repetido cien veces, ¿por qué no quieres entenderlo?

—¿Es por ella, verdad? ¿Por la mujer que vive aquí? Delacroix me dijo que tú eras el juguete de una dama que te alimentaba y te mantenía a su lado como un dócil cachorrito. ¿Cómo es ella? ¡Díntelo! ¡Quiero saberlo! ¿Es joven?, ¿es más guapa que yo? ¿No contestas? Eso es porque es vieja. Es una arpía que te tiene por su dinero, ¿verdad? ¡Dime que tengo razón! ¡Dímelo!

La voz de Sandrine, su exaltación, eran propias de una histérica. Los transeúntes se volvían a mirarnos en la calle. Sentí vergüenza. Por miedo a que se montara un escándalo tan cerca de la casa de Laüme, tomé a Sandrine de la muñeca y la llevé a cierta distancia, a una calle oscura, al fondo de un patio abandonado donde nadie se aventuraba. Allí se echó a llorar y se apretó contra mí con todas sus fuerzas.

—¡Te amo, Dalibor! —gimió una vez más, siempre con esa palabra odiosa en la boca—. Te amo y seré tu amante si lo deseas. Quédate con tu madrastra y ven a verme cuando puedas... Me contentaré con sólo poder acariciar tu piel.

—No —dije—. Ni siquiera puedo hacer eso.

—¡Entonces, aquí! —gritó—. ¡Aquí y ahora por última vez! Que pueda apretarme contra tu pecho, escuchar los latidos de tu corazón y besarte... ¡Una última vez! ¡No te resistas!

Tomó mi rostro entre sus manos y atrajo mis labios hacia ella. Su beso furioso inflamó mis sentidos. Sin que mi voluntad pudiera oponerse, mis manos aferraron sus hombros, desgarraron el tejido de su abrigo y de su vestido, abrieron su corpiño para hacer salir sus senos y ofrecerlos a mi boca ávida... Sandrine gemía, se retorció; levantó los bajos de su falda, y sus dedos encontraron mi sexo. Era una columna de sangre erguida por el deseo repentino. Hundió mi miembro hasta su matriz y se abrió. Yo gritaba. Mis lumbares emprendieron una danza furiosa. La lluvia había redoblado y azotaba mi espalda con agujas heladas. El cuerpo de Sandrine se cubrió también de miríadas de gotas que reflejaban la textura delicada de su piel como minúsculos espejos. Todos mis sentidos se exacerbaban. Por primera vez, una mujer me daba placer y lo recibía de mí. Nos hundimos el uno en el otro, arañándonos con las toscas baldosas del suelo, salpicados por el agua fangosa de los charcos. Sandrine gemía aún. Yo estaba tembloroso y febril. Me puse en pie y me arreglé la ropa con torpeza; después, salí corriendo en dirección al río, sin siquiera dedicarle una mirada a aquella chica de las faldas remangadas y el busto desnudo que había hecho de mí un hombre.

Fue necesario que Dumas se tomara la molestia de hacerme llevar un mensaje para que yo consintiera en dejarme ver de nuevo en la ciudad.

Puedes volver con nosotros —decía el mensaje—. Delacroix nos asegura que tu Sandrine posa ahora para otro pintor y que no quiere volver a vernos. La niña rechaza todo lo que le recuerda a ti. Tu calvario ha terminado y tienes vía libre, amigo mío...

Fue como si abrieran la puerta de mi prisión: durante dos semanas, había vivido temiendo un retorno de Sandrine al quai d'Orléans. Así pues, aquella misma noche estaba de regreso en el Véfour, donde lo celebraron con incontables copas y botellas... Así llegó el nuevo año. Laüme me enseñaba astrología y yo me esforzaba en ser un buen alumno. En febrero, me consideró preparado para iniciarme en los secretos del salón verde, el consagrado a los misterios de las hierbas y las plantas. La actitud del hada hacia mí era la misma desde nuestra visita a la morgue: se mostraba afectuosa, cierto, pero se mantenía distante. Si bien alguna vez me pasaba la mano por la mejilla o jugaba con una mecha de mi cabello, no me besaba. Yo la seguía tratando de usted, dichoso de que no hubiera sabido nada de mi sórdida aventura con Sandrine. En cuanto a cómo pasaba sus días cuando no me estaba enseñando ninguna disciplina, apenas sabía nada. Sus aposentos me estaban vedados y yo no intentaba forzar la frontera que delimitaba mis idas y venidas en el palacete. La única información acerca de ella de la que estaba casi seguro era que había dejado de admitir hombres en su cama. Laüme vivía ahora casi tan encerrada y prudente como una monja de clausura.

—Los calores de la señora ya pasaron —me había dicho un día el cochero cojo cuando me crucé con él en el patio—. Ya no tengo que llevarla fuera ni buscar sementales para satisfacerla. Me aburro.

Aunque lo soez de las palabras y la falta de respeto de las frases me habían dolido, la información me había alegrado. En ese momento podía estar seguro: yo, Dalibor, me había convertido en el centro de las preocupaciones de Laüme, y el hada no tenía otro proyecto que el de formarme hasta la hora sublime en la que, al fin, ella haría de mí su amante único y eterno.

Tal era mi estado de ánimo cuando, una noche de febrero, el señor Hubert se presentó ante mi puerta acompañado por un des conocido. El hombre era sastre y debía, según las órdenes de mi maestro de armas, cortarme un chaleco rojo idéntico al que él mismo llevaba.

—¡Esto no se hace, señor! —gimió el artesano—. ¡Le aseguro que esto no se hace! No comprendo cómo puede usted cometer semejante falta de buen gusto, señor Hubert.

El viejo soldado de Napoleón rió, pero no se dejó convencer. Por mi parte, yo no entendía nada de aquella maniobra.

—Esta noche es la gran noche —me explicó Hubert cuando la prenda ya cubría mi pecho—. Voy a llevarle a la Comedie Francaise. Se estrena una obra del señor Hugo. Todavía no se ha representado, y ya se habla de ella en todo París. Por nada del mundo hubiera querido que usted se la perdiera.

—¿Y eso por qué? —pregunté, intrigado.

—Porque el espectáculo se dará tanto en la sala como en el escenario. ¡Creo que vamos a divertirnos mucho!

Mucho antes del Louvre, las calles que llevaban al teatro estaban tan atestadas que era imposible avanzar. A pesar del frío intenso del mes de febrero, nos dirigimos a pie por la rue Boucherie y la plaza Saint-Guillaume hasta la Comedie Francaise. Una multitud ingente aguardaba la apertura de las puertas. Ya entonces todo eran empujones, invectivas y fanfarronadas entre dos facciones que parecían detestarse. Hubert me tiró de la manga para conducirme hasta el grupo que formaban nuestros amigos. Gautier, Dumas y los demás vestían el mismo atuendo que nosotros.

—¿Podría explicarme de una vez las reglas que rigen aquí, señor? —le pregunté a Hubert—. No entiendo nada de lo que pasa.

—Hugo va a ofrecer esta noche una pieza que rompe los cánones de nuestros viejos dramaturgos. Desde Luis XIV, todos los autores respetan las mismas reglas para construir sus obras. Hoy empieza una nueva era. Pero la vieja escuela no lo entiende así y viene aquí enfadada para perturbar la representación, abuchear a Hugo y armar escándalo.

—Felizmente, aquí estamos nosotros para proteger al autor y aclamar su genio...

Cuando por fin se abrieron las puertas del teatro, se formó un barullo indescriptible. Los ánimos se caldeaban a medida que se acercaba la hora de que se alzara el telón. Los seguidores de Hugo ocupaban el patio de butacas; los fieles a la tradición habían tomado posiciones en el anfiteatro. A mi alrededor las puertas chasqueaban, las voces se elevaban, las arañas hacían zumbir su triple corona de gas con ruidos de tormenta. El aroma de perfumes embriagadores recargaba el aire mientras las mujeres batían sus abanicos y sacaban gemelos de cobre de sus bolsas de seda. Los escotes eran audaces y abundaban los hombros desnudos. Aplaudidas a su entrada, las más bellas espectadoras hacían ademanes de ocultar el rostro detrás de sus ramos de flores, mientras se sonrojaban de placer ante los homenajes y las miradas.

La orquesta inició una especie de marcha y el espectáculo empezó al fin. Los actores no habían declamado diez frases cuando se lanzaron los primeros insultos desde el anfiteatro. La platea, ganada para la causa del autor, replicó con furiosas imprecaciones. Hubert sonreía como un niño. Los altercados entre partidarios y detractores de Hugo parecían divertirse mucho más que las remilgadas aventuras que se interpretaban en escena. En el tercer acto, la tensión estaba en el cénit. En

respuesta a un insulto, Dumas le pidió a Gautier que le hiciera estribo con las manos para escalar la fachada de un palco donde se había refugiado el insolente que le había apostrofado. Aferrándose a las molduras doradas, se abalanzó sobre su enemigo y le sacudió sin contemplaciones. Hubo un intercambio de golpes que derivó en un principio de riña colectiva, mientras que la encantadora madeimoselle Mars, la actriz que interpretaba el primer papel, recitaba sus réplicas sin preocuparse del guirigay. Sentí que tiraban de mi frac, y recibí sin motivo un golpe de bastón en la nuca. Indignado, golpeé a mi agresor con fuerza y lo tiré al suelo. Sonaron los silbatos de los gendarmes y comprendimos que la policía estaba a punto de evacuar la sala. El motín se generalizó. Desde lo alto de su palco, Dumas nos hizo señas de reunimos con él en los corredores para evitar las molestias que pudieran causarnos las fuerzas del orden. Amante fogoso de varias actrices, conocía perfectamente aquellos lugares porque él mismo había hecho representar una obra suya algunos meses antes.

—¡Vamos con Victor a los palcos!

—¡Sí! ¡Victor con nosotros! —gritó Gautier.

—¡Y mademoiselle Mars también! —añadió Nerval.

Dumas besaba entre risas a las actrices y a las bailarinas con las que se cruzaba por el camino. Hugo, como de costumbre, me pareció bastante feo y muy poco amable, a pesar de todos los cumplidos que hacían a su obra. Por suerte, no nos entretuvimos mucho en su compañía y nos fuimos a cenar a Procope, cuyos salones no abandonamos hasta el alba.

Viví de este modo hasta la primavera, compartiendo mi tiempo entre las pródigas locuras de los románticos y las austeras lecciones de Laüme. Después, en mayo, un criado me trajo una carta manchada, sin sello. Con sus cuatro esquinas plegadas sin más precauciones, la carta abrió un abismo bajo mis pies. Era Sandrine, que me suplicaba que la ayudara. La había dejado embarazada, afirmaba, y la gestación no iba bien. No tenía con qué sufragar sus necesidades, porque en su estado ningún pintor ni escultor de París la quería como modelo. A través de un criado de Delacroix, quise hacerle llegar una generosa suma de dinero, pero la operación acabó mal porque el emisario era un granuja que aprovechó la ganga para desaparecer con la bolsa. Afectado, Delacroix quiso reponer la suma, pero yo no podía aceptar que costeara un incidente que en nada le concernía. Sin embargo, el asunto me ponía en un grave aprieto. Quería ayudar a Sandrine y, sobre todo, recurrir a una practicante de abortos; quedaba lucra de lugar que yo me convirtiera en padre de una criatura. Laüme, estaba seguro, habría concebido unos celos y un odio inconmensurables. Vendí en secreto algunos de los objetos preciosos que decoraban mis habitaciones y logré reunir suficientes fondos para pagar a una practicante. Dumas me indicó una de buena reputación a la que conocía por haber solicitado él mismo sus servicios con frecuencia. Fuimos juntos a verla una noche al barrio Saint-Paul, donde vivía en un feo cobertizo adosado a la iglesia. La llevamos a Grenelle y la hice subir a la buhardilla donde vivía Sandrine.

—Espéreme aquí un momento —le dije cuando llegamos al rellano—. Es mejor que hable a solas con la chica antes de que usted entre.

Refunfuñando, la arpía se sentó en un escalón y puso su saco sobre las rodillas.

Al verme, la muchacha se arrojó a mi cuello y estalló en sollozos. Estaba delgada, casi tan desmejorada como cuando el veneno corría por sus venas en el Hôtel-Dieu. Confesó que no había comido desde hacía días. Su barriga parecía enorme debajo del camisón. Hablé a gritos con Dumas, que se había quedado al pie de la escalera, y le pedí que fuera a buscar cuanto antes vino, queso, conservas y fruta. Esperé a que Sandrine hubiera comido para prepararla ante la operación que había planeado. No sin grandes dificultades conseguí, a fuerza de mimos y falsas promesas, que aceptara lo inevitable. Creo que las privaciones, la miseria y la desesperación habían debilitado sus defensas. En lágrimas, aterrada por lo que la esperaba, pero también llena de confianza por las palabras reconfortantes que yo no dejaba de pronunciar, estrechaba mi mano con la fuerza de diez hombres mientras veía como la practicante se preparaba. Por fin, la «hacedora de ángeles» se acercó a la cama. La vieja había sido cantinera en tiempos de la Grande Armée. En 1812 había estado en la campaña de Rusia, y Moscú había ardido ante sus ojos. Cuando el curso de la guerra dio un giro adverso para las huestes de Napoleón, había pasado de cantinera a enfermera, y acabó por operar o amputar ella misma a los heridos después de que el furgón que transportaba a los tres oficiales médicos de su regimiento se hundiera en las aguas heladas del Berecina. Habituada a realizar intervenciones descabelladas, la vieja no temía arrancar a un bebé de siete meses del vientre de una joven enferma. La operación fue espantosa. Sandrine chillaba de dolor y de miedo. Las cosas se complicaron. El primer intento fracasó y provocó hemorragias. Hubo que decidirse como último recurso a abrir el vientre de la paciente para extraer el feto. Las paredes se llenaron de sangre. Dumas vomitó y se desmayó. Contra toda previsión, yo resistí. Sandrine, por su parte, perdió el conocimiento. La vieja sacó al fin de la matriz la frágil criatura. La dejó sin contemplaciones encima de la mesa y se puso a coser la enorme herida de la joven. Una vez concluida la sutura, se acercó al niño. Estaba vivo, yo veía su cuerpecillo animado por la respiración. La mujer sacó un martillo quirúrgico con el mango usado, adornado con una vieja águila de cobre, y levantó el instrumento por encima del neonato. El golpe fatal iba a caer cuando yo sujeté con fuerza su muñeca y detuve la ejecución.

—¡Es mi hijo! —dije con dignidad—. Quiere vivir. ¡Nadie lo matará!

En mi vida me había sentido tan desamparado... Contra toda razón, Sandrine y su bebé habían sobrevivido. Malvendí algunos objetos adquiridos por Laüme tiempo atrás y con el dinero pagué los honorarios de un médico al que hacía acudir a diario a la habitación de Grenelle para que prodigara los mejores cuidados a mi hijo y a su madre. También liquidé las deudas de Sandrine y le proporcioné con qué vivir

dignamente durante unas semanas. Mientras tanto, urgía encontrar una solución duradera a aquella situación inesperada. Mi idea era comprar una casita en Touraine o en Anjou y alojar allí a la joven para que ella criara al niño, lejos de miradas indiscretas y, sobre todo, lejos de Laüme... Eso supondría los gastos regulares consecuentes. Pero ¿cómo afrontarlos si yo sólo vivía de subsidios? Imposible continuar dilapidando los objetos preciosos que decoraban el palacete del quai d'Orléans. Debía encontrar otro medio, pero ¿cuál? Tanteé con discreción a Laüme sobre medios mágicos que permitieran obtener fortuna con rapidez.

—Existen —confirmó—, y son bastante sencillos. Pero todavía no estás listo para ponerlos en práctica. Quizá en dos o tres años, si trabajas con empeño...

¡Dos o tres años! Decididamente, era un plazo demasiado largo. ¡Necesitaba una gran suma de dinero, y pronto! Perdido, sin saber a quién dirigirme, fui a pedirle consejo a Dumas.

—Podría presentarte a editores si supieras escribir —me dijo, medio en serio, medio en broma—. Pero ¿tienes talento? ¿Te crees capacitado para imaginar historias sorprendentes como hago yo?

Estuve a punto de contestarle que conocía algunas historias que valían diez veces más que sus más locos hallazgos, pero me abstuve de hacerlo.

—No tengo tu genio, Alexandre —dije, lisonjero—. Ésa no es la solución.

—Pues te queda el robo, muchacho, o el juego... Es casi lo mismo.

—¿El juego? ¿Qué tipo de juego?

—El *whist* o el faraón, tanto da, siempre que las apuestas sean importantes. Conozco a bribones que sólo viven de eso, ¡y algunos son casi ricos!

No tuve que insistir demasiado para que Dumas me introdujera en los círculos del juego. En París los había por todas partes, y en especial en el Palais Royal... En un antro cerca del restaurante Frères Provengaux, Alexandre me presentó a dos conocidos suyos que me iniciaron en los rudimentos de los naipes. Empujado por la necesidad, me revelé pronto como un alumno dotado y con suerte. Vi en las cartas un expediente para librarme de mis preocupaciones pecuniarias; vendí un último objeto valioso perteneciente a Laüme para financiar mis partidas de gran magnitud. La suerte del principiante me sonrió, y los torneos me reportaron bonitas sumas. Siempre bien aconsejado por Gautier en materia de elegancia, me permití gastos considerables en sastres y zapateros de renombre. Jugué nuevas partidas y volví a ganar, lo que me proporcionó una seguridad que iba a ser catastrófica. Desde entonces, la osadía se apoderó de mi juego. Mi buena estrella palideció muy pronto y caí en el círculo vicioso que conocen todos los jugadores: cuanto más perdía, más fuerte jugaba con la esperanza de saldar todas mis deudas de un solo golpe victorioso. Por desgracia, acabé perdiendo el doble y más de lo que había ganado al principio. Sumadas a las turbaciones causadas por Sandrine y el niño, estas pérdidas me llenaron de hiel. Me volví irritable, incapaz de concentrarme. Por un tiempo, conseguí disimular mi nerviosismo a Laüme, pero la máscara acabó por resquebrajarse. El hada me dirigió

observaciones pérfidas sobre mis hábitos nocturnos e incluso me amenazó con prohibirme las salidas con mi círculo de amigos. Una sorda tensión se creó entre nosotros, como un viento maligno que se levanta antes de la tempestad. Por mi parte, yo estaba tan agotado, tan inquieto, que no tenía fuerzas para soslayar el enfrentamiento que se anunciaba. Y sin embargo, los acontecimientos no se desarrollaron como yo los había sentido, porque otra tempestad se desencadenó de repente...

Estábamos a finales de julio de 1830 y las calles de París se habían erizado de barricadas. Enardecido por algunos provocadores, el pueblo se sublevó durante tres días y tres noches. Por un momento se creyó que una segunda República iba a surgir del caos. Los voluntarios se enfrentaban a las tropas en sangrientos combates. Pero toda aquella agitación no me interesaba. Yo sólo maldecía a aquellos exaltados y sus luchas estériles porque contrariaban mi deseo de seguir frecuentando los círculos de juego de Palais Royal.

A pesar de los riesgos a los que me exponía y pese a la prohibición formal de Laüme, me deslicé al exterior. En las calles, no encontré más que insurgentes que arrastraban a sus heridos y regimientos de soldados dispuestos a abrir fuego contra cualquier civil. En aquellas circunstancias, recorrer París en solitario era peligroso. Tuve que dar rodeos inverosímiles por la orilla derecha y después por la montaña de Sainte-Geneviève, donde los republicanos me tomaron por un espía monárquico y estuvieron a punto de matarme. Mientras regresaba hacia el cruce del Odéon, una patrulla de la guardia municipal se lanzó a perseguirme sin motivo, y tuve que esconderme entre el heno de un establo para evitarlos. Rebotando de nuevo entre legitimistas y revolucionarios, llegué por fin a los jardines del Palais Royal, donde todos los establecimientos de juego estaban cerrados. Un conserje me informó de que cerca de la barricada de Charenton se celebraba una partida para los habituales. Necesité casi dos horas para llegar. En aquel barrio las casas estaban sucias y deterioradas, pero no se desarrollaban combates. Los postigos colgaban de las ventanas sobre fachadas leprosas y no había empedrado en la calzada. Era un laberinto de callejuelas sin iluminación. Sólo la luna, que brillaba alta en un cielo sin nubes, aportaba algo de claridad. El calor de la noche era pesado, sofocante.

Errante al azar, ya hacía tiempo que había perdido la esperanza de encontrar la dirección que me habían indicado. Al fondo de un patio percibí el chapoteo de un abrevadero de caballos regado por una fuente, y quise saciar mi sed. Mientras bebía, escuché de pronto a alguien que profería horribles amenazas. Una mujer pedía ayuda desde un piso. Tras subir una escalera en mal estado, entré en la única estancia de una vivienda miserable, donde un hombre golpeaba a una muchacha. Dejé sin sentido al agresor con un golpe de bastón en la nuca. Llorando a lágrima viva, la jovencita agarró mi ropa y me bendijo en nombre de todos los santos. Era una pobrecilla de la edad de Sandrine, tal vez dieciocho años, y embarazada. No hubiera carecido de belleza si su rostro no hubiera estado marcado con numerosos moretones. Conmovido

por su desamparo, le entregué todo lo que había en mi bolsa y le aconsejé que dejara cuanto antes al hombre que la maltrataba de ese modo, pero ella no quería entender y aseguraba que el energúmeno la encontraría allá donde se escondiera. Al ver que ningún argumento sería suficiente para que superara sus temores, esperé a que el canalla se despertara. Le puse el pie en la garganta a propósito para asfixiarlo y le amenacé con las más terribles represalias si alguna vez volvía a golpear a su compañera.

—Volveré a veros a menudo. Si escucho alguna queja contra ti, no dudaré en descargar una pistola en tu vientre. ¿Entendido?

—Entendido, señor, entendido...

Cuando me iba de la casa, la muchacha corrió detrás de mí.

—Me llamo Lorette —murmuró besándome la mano—. Lorette...

EL PRIMER CÍRCULO

Los disturbios se calmaron tan deprisa como se habían desencadenado. Un mes más tarde, la penosa revolución de julio había llevado al poder al rey burgués Luis Felipe. Una vez más, el pueblo había sido traicionado por los mismos que pretendían defenderlo. Pero los acontecimientos políticos me eran indiferentes. Desde el principio del verano, mi situación no había progresado mucho. Mis deudas eran inmensas y los acreedores me presionaban por todas partes. Dumas conocía mi situación y, sin que yo supiera nada, decidió informar de ella a mis amigos. Éstos aportaron sus óbolos a una caja común que me entregaron durante una gran asamblea en los salones del restaurante Lapérouse.

—No exigimos de usted ningún reembolso en metálico —dijo Alexandre mientras firmaba una orden de pago librada a mi nombre—. Sólo pedimos que nos prometa un favor.

—Hablen y serán complacidos en el acto.

—¿Cualquier cosa que pidamos?

—Lo que sea.

—Tenemos curiosidad por conocer a la mujer a la que perteneces. El señor Hubert nos ha asegurado que no había visto en su vida un rostro más bello y una figura más admirable. El misterio del que se rodea tu amiga excita nuestra imaginación. Preséntanosla, Galjero, y estaremos en paz.

Esta petición me contrariaba, pero no tenía modo de rehusarla. Así pues, prometí a regañadientes que cumpliría su deseo. Sin embargo, como temía, convencer a Laüme no fue cosa fácil.

—Abriré la puerta a esa gente sólo por tu insistencia, Dalibor, pero quiero que sepas que no apruebo la vida que llevas. La compañía de tantos poetas y artistas no puede hacer sino debilitar el carácter. No te arranqué de la horca para que te divirtieras. El horizonte al que te destino es mucho más vasto. No lo olvides jamás.

—¿Y cuál es? —pregunté con cierto descaro.

—A tu edad, tu antepasado Dragoncino mandaba ejércitos de bandidos a la conquista de ciudades por cuenta de César Borgia —dijo Laüme entre dientes—. ¡Tú, te vas al teatro con escritores y te preocupas de la manera más elegante de anudarte la corbata! He querido protegerte e instruirte con suavidad. Pero tú eres un Galjero, y quizás eso haya sido un error. Tu educación tendría que haberse desarrollado en el ardor y en el combate. ¡Ya tendría que haberte lanzado!

—Europa está en paz —observé, socarrón—. El tiempo de las guerras ya ha pasado.

—¡Volverá! Si no es aquí, siempre las habrá en alguna parte. En China, en América, que sé yo. Pero ya hablaremos de todo esto dentro de poco.

Al día siguiente, casi de mal humor y con la bilis irritada, como un colegial castigado, fui a visitar a Dumas. Delacroix se encontraba en su casa. El anuncio de la invitación les entusiasmó.

—¡Al fin conoceremos a la que te adiestra como a un semental! ¡Qué honor!

Al salir, detuve un coche de punto para ir a pagar a mis acreedores. Una vez resuelta mi situación, indiqué al cochero la dirección de Grenelle. Quería ver a mi hijo y darle a Sandrine el poco dinero que me quedaba. El nacimiento y dormía plácidamente en su cuna. Me pareció hermoso y besé su frente con ternura infinita.

—Quiero bautizarlo —declaró Sandrine—. Tenemos que decidir un nombre.

—Dile al cura que lo llame Isztvan —dije lacónicamente, porque ese nombre me traía el recuerdo desagradable de mi padre, y yo quería emplear todos los artificios para no apegarme a aquel recién nacido del que ya me estaba empezando a encariñar.

La muchacha aceptó; después, quiso atraerme a su cama, pero no tuve dificultad en resistirme a su envite. Desde aquel ardor inexplicable que me había poseído al fondo de un patio de la île Saint-Louis, bajo la lluvia glacial de noviembre, yo sentía un inmenso disgusto por el cuerpo femenino. La idea misma del acto carnal me oprimía el corazón. Por seductoras que fuesen, las mujeres comunes me repugnaban entonces, y Laüme me parecía el único horizonte posible para las expansiones de mi sensualidad.

—Volveré pronto a traerte una buena suma —le prometí a Sandrine al marcharme—. Dejarás París y te estableceré en una casa bonita, en la provincia, con una renta digna para ti y para el niño.

De regreso al quai d'Orléans, deambulé con disimulo por las diversas piezas de la casa, con el fin de revisar los objetos preciosos que se pudieran vender en subasta; pero ya había robado demasiado. Debía encontrar con la mayor urgencia otra solución para procurarme cantidades importantes. Busqué en vano en los salones azul y verde obras de magia que explicaran cómo atraer la buena fortuna. Encontré indicaciones dispersas en varios volúmenes, pero mi saber esotérico era todavía demasiado frágil para que pudiera seguir aquellas pistas hasta su término. Hacerse rico no era, evidentemente, ni una cuestión de astrología ni una rama de la ciencia secreta de las hierbas. Sin embargo, yo sentía que en algún lugar de aquella casa se ocultaba con seguridad un viejo manuscrito que explicaba cómo realizar un talismán propicio al juego o al hallazgo de un tesoro. Sí, pero ¿en qué biblioteca? Para descubrirlo de forma segura, no podía intentarlo durante el día. Había demasiados criados recorriendo los pasillos. Así pues, hice una primera exploración nocturna de los pisos en los que me consideraba probable que se hallaran las bibliotecas gris, blanca, roja o negra cuya existencia había mencionado Laüme. Con pasos felinos, recorrí durante horas los tramos y los rincones de la casa en la que habitaba desde hacía más de un año.

Por primera vez cobré conciencia de las dimensiones reales del edificio. El palacete del quai d'Orléans era un verdadero castillo, un laberinto de corredores, de

galerías, de escaleras y niveles que variaban sin cesar. Al final ya no sabía dónde me encontraba. Visité sótanos, bodegas y almacenes llenos de provisiones suficientes para alimentar a un ejército. Pasé por una capilla subterránea en desuso y después por una cripta donde, bajo estatuas yacentes medievales, debían de reposar cuerpos convertidos en polvo desde hacía un milenio. Más lejos, descubrí un pasaje interminable con puertas sólidamente cerradas. La noche siguiente, volví al lugar con algunas herramientas para intentar hacer saltar los cerrojos, y pasé horas manejando con torpeza una primera cerradura, temiendo a cada instante ser sorprendido. Cuando por fin penetré en la pieza, descubrí una estancia sin interés, un saloncito donde hasta las consolas y las cómodas decorativas estaban vacías. Estaba rabioso, pero no pensaba abandonar.

La tercera noche, me encontraba tan desesperado que intenté introducirme en las habitaciones de Laüme, aun temiendo ver al gran cochero cojo, el perro de presa del hada, surgir de repente de entre las sombras para sancionar mi intrusión con un gran garrotazo. Eso no pasó, pero ocurrió algo aún peor. Desde que llegué a la antecámara, sentí un malestar, una terrible migraña, y casi perdí el equilibrio. Con las piernas temblando, la frente perlada de sudor, tuve que sentarme en el suelo para recuperar el ánimo. Me obligué a respirar despacio, pero el aire parecía no entrar en mis pulmones. Me asfixiaba. Un pánico inexplicable me atenazó de pronto. Escuché voces roncas proferir amenazas contra mí, creí ver formas oscuras prestas a atacarme para llevarme con ellas al exilio de los espectros. Salí a rastras de aquel lugar maldito y regresé a mi habitación, donde no pude conciliar el sueño. Estaba seguro de que los genios guardianes fabricados por Laüme para impedir toda intrusión acababan de hacerme probar su terrible poder. Su intervención dio al traste con mis esperanzas de poder forzar un día las puertas de las bibliotecas prohibidas. Decididamente, yo no daba la talla para luchar con tal poder, y tendría que encontrar la solución a mis problemas en el mundo ordinario. De modo que, la noche siguiente, salí de nuevo a probar suerte con las cartas. Ya no tenía mucho dinero, y jugué con prudencia y con método. Gané un poco. Eso me dio confianza y me apliqué durante toda una semana a jugar partidas cortas con apuestas modestas. En pocos días, amasé de este modo un pequeño capital. Me disponía a destinar una parte a una inversión, cuando me di cuenta de que la fecha fijada por Laüme para recibir a los románticos había llegado...

Cuando mis amigos traspasaron el portal del palacete del quai d'Orléans, y a pesar de la pose de serenidad que intentaba adoptar, yo no me sentía muy cómodo. Aquellos románticos tenían buen porte y yo conocía su habilidad para halagar a las mujeres. Temblaba ante la idea de que Laüme pudiera encapricharse de alguno de ellos.

Ella, decidida a mostrarse amable, los subyugó como era de esperar. La conversación, anodina al principio, giró pronto en torno a la historia y la filosofía, el arte y la religión, las ciencias y el porvenir del género humano. Estos temas, de

ordinario trillados, tomaban aquí un relieve particular gracias a los puntos de vista originales y profundamente audaces de cada uno. Por mi parte, carente de cultura e incapaz de ideas nuevas, torpemente acodado en la chimenea de mármol, intentaba disimular mi amargura detrás de las volutas de humo de mi pequeño cigarro.

Fascinado por la gracia de su anfitriona, Delacroix trazó su retrato al carboncillo en el bloc de bocetos que le acompañaba a todas partes. La había imaginado en una pose lasciva, adornada con collares bárbaros y vestida a la antigua, rodeada de fieras que bufaban a sus pies. El atrevido dibujo me disgustó, pero divirtió mucho a Laüme.

—Su arte posee una gran fuerza, señor Delacroix. Lo felicito. Me gusta mucho mi cara en el retrato, pero las formas de mi cuerpo no se parecen demasiado a las que usted me ha dado. ¿Le gustaría basarse en el modelo real?

—Señora, sólo espero el instante —contestó Eugène, de repente tembloroso—. Mi taller del quai Voltaire está abierto para usted cuando lo desee. La veo como Salomé o como Judith, como Diana o Proserpina. Ya tengo mil ideas de composición para usted...

—¿Qué le parecería empezar aquí y ahora? —propuso Laüme con una sonrisa encantadora.

Sentí un pinchazo en el corazón, y un gran silencio se hizo en el salón. Antes de que ninguno de nosotros hubiera podido abrir la boca, Laüme se puso de pie y empezó a desabrocharse el vestido.

—¿Está segura, señora? —balbució Delacroix.

—Imagine la escena que le plazca y estaré con usted en un instante. Dalibor, amigo mío, ¿serías tan amable de ayudarme a deshacer estos lazos?

La invitación era una provocación grosera, estaba seguro. La comedia se detendría muy pronto y la exhibición se quedaría a medias, sin duda. Aplasté la punta de mi cigarro en el mármol frío de la chimenea y adopté el aire más divertido del mundo. Sonriente, tiré de una cinta, hice saltar un corchete. La primera parcela de piel se ofreció así a las miradas. Un minuto más tarde, los hombros estaban desnudos y todo el vestido cayó al suelo. Laüme apareció en lencería. Sus formas ya se revelaban. Mis mandíbulas estaban crispadas hasta el dolor. Hice una pausa, esperando a cada instante recibir la orden de detenerme allí.

—¡Continúa! —ordenó en cambio Laüme—. ¡Date prisa!

Sudando, con las manos temblorosas, puse los dedos sobre la armadura del corsé y, mortificado, solté uno a uno los corchetes de nácar. El estuche de seda se abrió y se deslizó. Laüme ya sólo vestía una camisa ligera y una enagua de encaje.

—¡Ya es suficiente! —dije—. Su teatro se ha hecho molesto. Ya nadie presta interés a su juego.

—Continúa, Dalibor —insistió el hada con una voz dura—. Quiero mantener la promesa que le he hecho hace un momento al señor Delacroix. ¡Obedece!

Desgarrado, pero demasiado débil para intentar la menor rebelión, tuve que ofrecer yo mismo a mis amigos la visión del cuerpo perfecto de Laüme, antes de

hundirme en el sillón más cercano. Humillado, avergonzado, loco de celos y sofocado de rabia, dejé que ella misma retirara los alfileres que sujetaban su moño. El casco de sus cabellos se abrió en pesadas cintas. Tan vulnerable como la Venus de Botticelli, parecía sin embargo como acorazada de hierro. Nosotros, los hombres, permanecíamos mudos, estupefactos, anonadados por el poder sin rival de su belleza.

—Y bien, maestro, espero sus instrucciones.

Vacilante y febril a un tiempo, Delacroix hizo que Laüme se tendiera en una tumbona. La dibujó desde todos los ángulos, para destacar sucesivamente su busto, su nuca, la curva lumbar o los finos hombros. Como la más descarada de las coquetas, Laüme resaltaba con aplomo el impudor de sus poses, apretando sus senos y exhibiendo con complacencia la flor rosada de su sexo. Dumas bebía su vino a sorbitos mientras se deleitaba con el espectáculo, pero Gautier y Nerval desviaban la mirada púdicamente. Yo, ruborizado y con los sentidos trastornados, intentaba sostener las miradas despreciativas y groseramente provocadoras que me lanzaba Laüme. Estaba viviendo aquella sesión con tanto dolor como si me hubieran clavado agujas en el vientre. Me encontraba en la agonía.

Esta representación grotesca terminó al caer la noche. Delacroix había dibujado tantos croquis que su mano no podía ya sujetar el carboncillo. Con la ayuda de una doncella, Laüme se puso un largo picardías damasquinado y calzó sus pequeños pies con chinelas de terciopelo. Con naturalidad desarmante, dio las gracias a sus visitantes con gran cortesía, y desapareció al fin en las profundidades de la casa.

—¿Lo que me dijo Hubert cuando nos conocimos es exacto? —me preguntó Alexandre—. ¿Es verdad que esta mujer está locamente enamorada de ti?

La pregunta era hiriente. Odié a Dumas por eso casi tanto como por haber observado con descaro el cuerpo de Laüme.

—Es una larga historia —mascullé—. Una historia imposible. No creerías una palabra si te la contara.

—Quizás algún día dejarás de lado tus reticencias. ¿Me permites esa esperanza?

—¡Diablos, no! —repliqué con sequedad.

Una vez que el palacete quedó vacío de invitados, golpeé como un poseso la puerta de las habitaciones de Laüme, suplicándole que me abriera. Cuando consintió, le monté una escena digna de un adolescente traicionado.

—¿Por qué este juego siniestro? —grité casi llorando—. ¿Por qué me has torturado así?

Pero no hubo respuesta. Insistí, exigiendo una explicación. Su obscena exhibición me había mortificado en lo más profundo, quería comprender qué había impulsado a Laüme a humillarme así ante mis amigos, pero ni mis chillidos ni mis pobres amenazas consiguieron que rompiera su silencio. Insensible a mi dolor, me miraba de arriba abajo en la pose más provocativa del mundo. Sus encantos revelados me habían calentado la sangre y mi mirada no podía apartarse de su pecho brillante, cuyo inicio veía combarse suavemente bajo su vestido entreabierto. Al contemplarla así en

la penumbra, sentí crecer mi deseo. Allí estaba, carnal, violento, imperioso como el que me había poseído cuando Sandrine se había presentado en el quai d'Orléans. Quise aferrarla con torpeza. Mi brazo rodeó su talle, mi boca buscó sus labios, pero el hada se escabulló como una anguila y, con una fuerza decuplicada por la cólera, me tiró al suelo sin esfuerzo. Erguida encima de mí, con un pie pisando mi pecho, parecía una Furia de la antigüedad.

—¡Antes, tendrás que merecerme, Dalibor! Tendrás que probar que eres digno de mí, porque tengo muchas dudas.

Cerró su puerta con doble vuelta de llave y me dejó allí, sumido en la amargura, ardiendo en deseo insatisfecho, con el alma desgarrada por el tormento. Jadeante, me puse un traje y salí a la noche para intentar calmarme. Caminé hasta el círculo de juego de Palais Royal. Creí que las cartas me proporcionarían una evasión a mi desgracia; pero distraído por pensamientos desagradables, encadené las partidas perdidas. Mi angustia y mi inconsciencia beneficiaron a tres adversarios con los que contraí en pocas horas deudas enormes, muy superiores a las que hasta entonces me tenían sumido en la miseria. Furioso contra mí mismo, bebí más de la cuenta para olvidar mi infortunio, y confraternicé con otro malaventurado que, como yo, buscaba consuelo en la absentia.

Con el cerebro entre las brumas del alcohol, me dejé arrastrar por mi nuevo amigo hasta una casa de mala nota detrás de Saint-Eustache, donde unas criaturas groseras se vendían por cuatro cuartos. El día apuntaba, gris y triste, cuando me tendí junto a una fulana gorda y de piel áspera como la de una rana. La zorra apestaba a alcohol tanto como yo. Quiso dedicarse a su labor, pero mi sexo no era más que un gusano incapaz de erguirse. Aburrída, se durmió y se puso a roncar, mientras yo me hundía en un torpor etílico del que no desperté hasta la una de la tarde. Ya sobrio, huí enseguida de aquel tugurio. Nerval vivía no lejos de allí, y fui a llamar a su puerta. Me recibió sin mostrarse sorprendido de aquella visita improvisada.

—¿Es ella, verdad? —preguntó después de servirme un bol de café humeante—. Es tu Laüme la que te hace sufrir.

—Es un demonio —reconocí, sin medir mis palabras—. Un ángel perverso. Estoy atrapado en sus redes y nunca podré liberarme. Siento que va a matar mi alma y me hará atravesar los siete círculos del infierno. Lo sé. Lo que he visto hasta ahora no es más que el principio.

Nerval encendió un cigarro y vertió un dedo de coñac en un vaso que me tendió.

—Te compadezco sinceramente. Con todo mi corazón. Tus palabras no son simples metáforas, lo adivino. También tú vives bajo el imperio de una fuerza que te sobrepasa, ¿no es así? Yo sé lo que es eso... Sí, sé el precio que hacen pagar las criaturas celestes por su amor. Ese precio es la razón.

Por un breve instante, la esperanza renació en mí, porque las palabras de Gérard eran tan justas que creí que hablaba por experiencia y no como poeta.

—¿De verdad sabes lo que quiero decir? —exclamé.

—Laüme es una mujer atormentada. Demasiado inteligente. Demasiado bella, mucho. Son cualidades difíciles y exigentes. La solución está en la compasión que tienes que ofrecerle. No eres tú quien necesita ayuda, Dalibor, ¿es ella!

No, decididamente, Nerval no comprendía quién era en realidad Laüme. Su intuición lo percibía tal vez, pero su lógica se negaba a admitirlo. Y contarle mi historia, hablarle del primer Galjero, de Dragoncino, de Alessia Cornaro y del maestro Tzadek, no habría servido más que para hacerme tratar de execrable folletinista o de alienado. Sin embargo, no quería volver al quai d'Orléans. Para calmar mi angustia, Gérard, que había sido estudiante de medicina, me dio una solución de láudano que me adormeció hasta la noche. Durante mi sueño, vi a Sandrine ensangrentada en su camastro y a su hijo a punto de ser aplastado por el martillo de la practicante de abortos; a Raya, que agitaba su muñón hacia mí y se reía de mis fracasos; vi el rostro simiesco de Forasco, y a mi padre tendido sobre los cuerpos profanados de mis jóvenes hermanas; vi a Flora Ieloni con su caballo gris caracoleando delante de mi horca, y a Laüme entregándose como una bacante a hombres sin número...

Por fin, hacia la medianoche, Gérard me llevó al Véfour para cenar. Dumas y Gautier ya estaban allí.

—No te dejes abatir, Dalibor —dijo Alexandre para consolarme—. La diversión es un bálsamo. Si tu Laüme juega contigo, es justo que tú juegues con ella. Provoca sus celos. Domínala. Las mujeres son imposibles si renunciamos a la pretensión de ser los amos.

Atento a los consejos de mi amigo, aquella velada me mostré como el comensal más animado en las libaciones de los románticos. Olvidando mi reserva del pasado, acogí con fervor de novicio a todas las muchachas que quisieron echarse en mis brazos. Me embriagué con el perfume de su piel, me aturdí aspirando sus cabellos y sentí latir más deprisa mi corazón cuando me atrevía a besarlas en la boca. Pero esa excitación era falsa, forzada, y no pude abandonarme a aquellas bagatelas sin sabor. El disgusto por la carne me poseyó de nuevo y pronto rechacé los avances de las guapas traviesas. Al alba, regresé a casa de Nerval, donde pasé aún tres días fumando hierbas de África en su sofá.

Por fin, me decidí a hacer propósito de enmienda con Laüme. Había resuelto seguir a partir de entonces un ritmo de vida a su conveniencia. Mis excesos de cachorro malcriado debían cesar. Estaba decidido incluso a dejar mi círculo de amigos para consagrarme al estudio exhaustivo de los astros, de las plantas o de cualquier otra materia que el hada quisiera indicarme. En una palabra, quería ser sensato para ganarme de nuevo su confianza y obtener tanto su amor como su cuerpo. En cuanto al problema que suponían Sandrine y su bebé, me había decidido por la peor solución. Con la muerte en el alma, quería encargarme a cualquier maleante de Palais Royal que estrangulara a la muchacha y que depositara al bastardo en la explanada de una iglesia para que fuera confiado a la caridad pública. Esta forma de

obrar era la única que aportaba una solución definitiva a la paternidad intempestiva que me amargaba la existencia desde hacía tanto tiempo. Firme en mi decisión y con el corazón casi ligero, regresé a mis habitaciones. Al pasar por un corredor, escuché el murmullo de una conversación. Me sentí intrigado. Entré sin hacerme anunciar. Tres hombres conversaban formalmente con Laüme. Mi corazón dejó de latir cuando los reconocí. Algunas noches antes los había conocido en una mesa de juego. Yo les debía dinero y venían a reclamar la deuda. Con los brazos cruzados, el rostro ensombrecido por una cólera sorda, Laüme me lanzó una mirada tan maligna que mi buen humor saltó en pedazos como un cristal fino.

—No pagaré tus deudas, Dalibor —me anunció con frialdad—. No es porque no pueda, la cantidad me parece irrisoria, pero tus deudas son el signo de tu debilidad, y eso no lo soporto. Si eres tan estúpido como para conducirte como un niño, debes asumir tú solo las consecuencias; cualesquiera que éstas sean, yo no intervendré para solventar tu error.

—¿Está usted en condiciones de cumplir sus compromisos, señor? —preguntó enseguida uno de los jugadores, dirigiéndose a mí.

—No lo estoy —reconocí.

—Puesto que la señora no desea asumir sus deudas, le exigiremos reparación en el campo de honor —declaró otro de ellos—. Aquí tiene nuestras tarjetas. Nuestros padrinos se pondrán en contacto con los suyos para concretar los detalles. Nos atrevemos a esperar que no tendrá usted la cobardía de evadirse. Le va el honor en ello, Galjero. Suponiendo que esa noción le sea familiar...

Mis dedos se cerraron sobre tres cartulinas. Descompuesto, con los ojos húmedos por lágrimas de cólera y amargura, ni siquiera verifiqué la identidad de mis adversarios. Como un niño humillado, dejé la pieza sin decir palabra, cabizbajo, y sólo me fijé en la concupiscencia que asomaba en los rasgos abotargados del visitante de más edad cuando miraba a Laüme. Pasé la noche en blanco, sin saber qué resolución tomar, el vientre atacado por calambres. Sentía deseos de abandonar París para irme a una provincia lejana y esconderme para siempre. Pero al amanecer, algo parecido al orgullo vino a vivificarme. Decidido a afrontar mi destino, me presenté finalmente en casa de Dumas para pedirle que actuara de testigo. Por una feliz coincidencia, Nerval estaba en casa de Alexandre.

—Debo mantener un triple duelo con unos pesados —les anuncié—. He pensado en vosotros como padrinos. ¿Me haréis ese favor?

—¡Claro, Dalibor! —contestó Alexandre dándome palmadas en la espalda, con un aire más divertido que afligido—. Un joven sin experiencia, recién llegado a París, que se las arregla para acumular tres duelos en una sola jornada. ¡He aquí un buen principio para una novela! ¿Con quién tienes que enfrentarte?

—A decir verdad, lo ignoro. No he visto a esos fantoches más que el tiempo de perder con ellos una bonita suma. ¿Conocéis a esta gente? —pregunté.

Les entregué las tarjetas y describí de forma sumaria la fisonomía de mis

adversarios.

—Me temo que sí —admitió Dumas—. Ninguno de ellos tiene buena reputación. El primero, al que pintas como un viejo serafín regordete de pelo rubio, es el financiero Fabres-Dumaucourt, un usurero de los barrios bajos crecido a la sombra de Talleyrand. Salió de la nada, pero en la actualidad posee una gran fortuna. Bonapartista bajo Napoleón, monárquico bajo la monarquía, y dispuesto a convertirse en republicano en cuanto caiga ésta. Como toda la gente de dinero, es un filisteo, un oportunista y un advenedizo. Buen esgrimidor. Desconfiado. Conserva la costumbre de arreglar sus diferencias a punta de sable, a pesar de su edad madura. Es un sanguíneo, con una cantidad de energía colosal, y se dice que es un macho cabrío siempre preparado para la monta. No se pavoneará contigo; te sableará como un carnicero. No te dejes engañar por sus arrugas y por su cráneo medio calvo.

—Si quieres vencerle, tendrás que esquivar sus primeros ataques —aconsejó Nerval—. Deja que se canse. Ahorra energía. Lanza tus golpes una vez que pase la primera tormenta, cuando aparezca la fatiga.

—El segundo es el petit barón de Andrésy —prosiguió Dumas—. Su padre y su madre fueron decapitados durante el Terror. Fue criado por un tío suyo emigrado a Londres. Las maneras hipócritas de los ingleses han influido en él. Está cercano a la corte, pero es un canalla con traje de seda. Traicionero, estúpido y malvado. Procura no matarlo, eso te traería serias complicaciones.

—¿Qué tal se bate?

—Lo ignoro. Pero apunta a sus piernas. Parálzalo. No le ataques a la garganta ni al pecho. Si lo matas, serás carne de patíbulo.

Sonreí al pensar en mi primera ejecución. Ni Dumas ni Nerval comprendieron mi expresión.

—El tercero es el más peligroso. Probablemente sea uno de los mejores esgrimidores de París. Gaucher. Se entrena a menudo en la sala de la rue aux Ours. El señor Hubert lo conoce bien. Es un militar a medio sueldo, como él, pero más joven, con más nervio. Fue oficial de coraceros. ¡En Waterloo le mataron ocho caballos! Su escuadrón fue aniquilado por los pelotones escoceses de la Black Watch, y él salió sin un rasguño. La muerte no quiere su carne.

—¿Cómo se llama?

—Pierre de Sainte-Hermine. Treinta y tantos duelos en su haber. Nunca hiere: mata. En este caso, francamente, no sé qué aconsejarte. El señor Hubert quizá podría revelarnos sus debilidades pero, a pesar de toda la amistad que tiene contigo, dudo que traicione a uno de sus antiguos camaradas de la Grande Armée. Lo más seguro es que prefiera mantenerse neutral en el pleito que os opondrá.

—Está decidido —dije, intentando mantener firme la voz—. Vamos a por esos caballeros. Ya tengo ganas de rebanarlos como a cerdos.

—Tranquilo, Dalibor, tranquilo —atemperó Dumas—. No te dejes llevar por un exceso de ardor. Placer el loco entre amigos es una cosa, pero será diferente cuando te

encuentres en camisa delante de esos matones. ¿No quieres entrenarte un poco? Te iría muy bien practicar algunas fintas.

En lugar de atender a razones y tomar el camino de la sala de armas, preferí beber y comer. Después de nuestras libaciones, Dumas me hospedó aquella noche. El estado de exaltación en el que había permanecido todo el día fue decayendo a medida que avanzaban las agujas del reloj. La angustia me atrapó. Los duelos que me esperaban, estaba seguro, tendrían como resultado mi muerte. Sin experiencia, sería una presa fácil para unos adversarios curtidos en el combate.

—¿Estás seguro de no conocer otro medio de librarte de este embrollo, Dalibor? —me preguntó Dumas por la mañana—. Quizá podríamos pedir ayuda a los amigos. Con sus contribuciones, creo que podríamos reunir la suma necesaria para devolverles al menos una parte de lo que debes. Quizá tus verdugos tengan paciencia para cobrar el resto.

—Ya me habéis sacado de apuros generosamente una vez. Y hace poco. No es posible repetirlo. No. Es a Laüme a quien debo acudir —mascullé—. Le suplicaré. Hay un contrato entre nosotros. Su indiferencia no es más que una pose. Ella intervendrá para evitarme esos enfrentamientos, ¡estoy seguro!

Necesité esperar hasta la noche para tragarme el orgullo y reunir el valor suficiente para volver a la île Saint-Louis. Un coche de punto que no era de nuestras cuadras permanecía estacionado delante del palacete. El cojo daba vueltas alrededor del vehículo y lo observaba con ojo de experto. En cuanto me vio, me regaló aquella sonrisa odiosa que yo tan bien conocía. Me invadió una sorda inquietud. Subí de cuatro en cuatro los escalones de la escalinata, apremiando a los criados para que me dijeran dónde estaba su señora. El cochero me alcanzó y me indicó la dirección de un pasillo. De un gabinete surgían murmullos extraños. Abrí la puerta de golpe. Laüme estaba allí. Sus dedos aferraban el respaldo de una otomana, su vestido arrugado permanecía tirado en el suelo, su corsé y su ropa interior, extendidos sobre una consola. Su grupa desnuda estaba levantada. Un hombre ancho como un toro y con cabellos de estopa le daba placer poseyéndola contra natura. Era el viejo banquero Fabres-Dumaucourt. El horror de la escena me hizo desfallecer. Con las piernas como segadas por una hoz, me derrumbé contra la pared, pero ni mi intrusión ni mi desfallecimiento interrumpieron la inmunda cópula. Vestido sólo con la camisa, cuyos faldones sostenía levantados entre sus dientes cariados, el financiero hacía chasquear su vientre gelatinoso contra los estrechos lumbares de Laüme. Volviendo hacia mí una mirada radiante, sacó por completo el largo cuerno rojizo de su verga y lo exhibió para hacerme apreciar su amplio diámetro y la dura congestión. Después, insertó de nuevo su miembro en el orificio abierto como un pozo, y repitió la secuencia con fanfarronería. Tres veces repitió la operación, y cada nueva penetración de su asta hacía extasiarse con más fuerza al objeto de su lujuria. A la

cuarta extracción, Laüme se dio la vuelta. Sin dirigirme ni una mirada, se abrió completamente de piernas ante el bárbaro. Barnizada de líquido vaginal, su fina vulva chorreaba espuma. Dumaucourt acabó de desnudarse a toda prisa y cubrió a la mujer mientras la bautizaba con nombres infames: «Perra del diablo», «zorra», «mujer pública», decía, y mil otras groserías más innobles aún, que parecían actuar como un afrodisíaco sobre Laüme.

Extática, gimiente, colmada, estaba más bella que nunca. Destrozado, como un pelele sin fuerza y más muerto de lo que lo había estado después de que me entregaran al verdugo de Bucarest, contemplé a los amantes embriagarse de voluptuosidad hasta gritar. Fabres empujaba con golpes poderosos y rápidos que resonaban en el cuerpo de Laüme y hacían saltar sus senos en un baile hipnótico y salvaje. Cuando se hartó de esta postura, el viejo verraco le dio su tronco a comer a Laüme. Las manos finas de ella presionaban con ternura las bolsas malva, y su boca abrevaba en el horrible pilón; Laüme emprendió una succión lenta. Fabres exhaló un largo suspiro de satisfacción y después, con dicción a veces entrecortada por sordos gemidos, me advirtió:

—Sobre todo, señor Galjero, no vaya a pensar que la señora esté saldando en este momento el importe de su deuda. El hecho de que yo la posea no cambia nada del contencioso que nos opone. Sólo el azar ha querido que usted sorprendiera nuestros retozos privados. Por otra parte, eso no parece desagradarle, a juzgar por la complacencia que muestra al observarnos. Nuestras diversiones le gustan, ¿verdad? ¿Le instruyen? Estoy seguro de que usted jamás ha obtenido por sí mismo semejante gozo. Es que esto hay que ganárselo, ya ve usted, esto se consigue con dura lucha. Pero usted no tiene suficiente fibra para ganarse esta recompensa... ¡Las mujeres, Galjero! ¡Las mujeres! Mire cómo brillan los ojos de su Laüme cuando se la hace representar el papel de cortesana para el que está hecha. Lo que usted tiene aquí es una concubina nata, una puta regia. No es usted digno, Galjero... Sus rasgos son los de un Adonis, pero no es usted más que un fante. Desgraciadamente para usted, mi hoja segará el hilo de su vida dentro de unos días. Esta pantera jamás le dará lo que yo obtengo de ella en este momento.

Quise contestar, pero fui incapaz. Una espuma brotó por la comisura de mis labios y mis músculos temblaron en un principio de crisis de epilepsia. Mientras Dumaucourt golpeaba su verga contra el rostro de Laüme para escupir largos chorros de semen en su cara, sentí brotar en mi bajo vientre una micción caliente. Placer y dolor mezclados me arrancaban estertores patéticos y grotescos que se mezclaban con los jadeos de Fabres y de Laüme. Una vez vacío su saco, el sátiro secó su arpón en la seda de los cabellos rubios. Laüme le dejó hacer. Le chorreaban largos hilos de crema blanca que ella tomaba con la punta de los dedos para extenderlos como pomada por su torso y su vientre. Vomitando un nuevo insulto, Fabres la abofeteó sin contemplaciones. En lugar de provocar su cólera, ese gesto puso a Laüme aún más mimosa. Exhaló un bufido de éxtasis y quiso volver a meterse en la boca el sexo del

viejo gallo, pero éste ya había tenido suficiente. Se deshizo de ella de un empujón, recogió su frac y la dejó que se diera a sí misma el placer que todavía deseaba. Su cuerpo se encabritó una última vez y después se quedó jadeando, miserable y frágil a los pies del financiero. Fabres se echó a reír.

—Volveré, *madame*, ya que tanto le gusta que la llene. Y con algunos compañeros, desde mañana mismo. Cuatro o cinco, quizá. Dicen que soy un egoísta, pero usted es decididamente demasiado bella y demasiado fácil para que no se dé a conocer su disposición a la galantería. Tengo mil ideas para nuevas diversiones. Y el joven señor Galjero podrá seguir admirando nuestras locuras, ya que tanto le agrada...

Dumaucourt pasó por encima del cuerpo de Laüme y se eclipsó silbando como un patán. La tensión que invadía mis músculos se relajó, mi respiración se hizo regular. Laüme estaba como ebria, sumida en un torpor profundo. Me deslicé cerca de ella y puse la mano en su hombro. Su carne estaba gélida. Apeataba al fluido del hombre derramado por todas partes. La cubrí con una estola. De manera ingenua, a la desesperada, yo aún quería creer que había sido obligada por Dumaucourt pero, mientras la levantaba para llevarla a su cama, ella se despertó y me rechazó como si fuera un extraño. La luz maligna que brillaba en sus ojos acabó de arruinar mis pobres ilusiones. Asqueado, dejé que mi cólera se desbordara.

—¡Lo mataré! —prometí—. ¡Mataré a ese Dumaucourt! ¡Mataré a todos los que te toquen y se interpongan en mi camino! ¡Y eso también vale para usted!

—Por fin unas palabras que me gustan, mi pequeño —contestó Laüme, divertida—. Coge un puñal y clávamelos en el corazón, si puedes y te atreves.

De mis ojos brotaron llamaradas de odio.

—¡Tendría que haberme dejado en la horca de Bucarest! —Escupí—. ¡Es usted peor que un monstruo! ¡No quiero volver a verla nunca!

Giré sobre mis talones, descendí la escalinata y corrí como un loco al azar por las calles hasta que sentí que me estallaban los pulmones.

EL CASTILLO DE LAS BRUMAS

—¡Ya es la hora, Dalibor! —Gruñó Alexandre Dumas—. Vamos, muchacho, despierta.

Tres días habían pasado desde que Fabres-Dumaucourt había descubierto las delicias del cuerpo de Laüme. Setenta y dos horas pasadas en casa de Dumas en el tormento, el delirio y la fiebre, anestesiado por dosis de láudano y de opio que me suministraba Nerval. Setenta y dos horas de respiro antes del momento fijado para mis duelos.

—Si quieres renunciar y huir, es tu última oportunidad, Dalibor. Cuando subamos al coche, será demasiado tarde. ¿Qué decides?

—Ya lo sabes, Alexandre. Aunque tenga que morir hoy, debo batirme. No cambiaré de opinión.

Dumas suspiró y me estrechó contra su corazón. Nerval me abrazó a continuación.

—Sentimos una gran amistad por ti, Dalibor —me dijo este último—. Si desaparecieras hoy, nosotros te immortalizaremos en nuestras obras.

—Voy a vencer —contesté—. Estoy seguro. Pero que eso no os impida darle mis rasgos a uno de vuestros héroes. Me sentiría muy feliz...

Un coche nos esperaba en la calle.

—¿Adonde vamos? —pregunté.

—A Montmartre. El encuentro tendrá lugar en el castillo de las Brumas. Es un sitio tranquilo. La policía no vendrá a interrumpirnos.

El viaje hasta la Butte transcurrió en silencio. La muerte planeaba sobre mi cabeza, pero quizá yo era el menos inquieto. La vida ya no tenía sabor para mí, tenía prisa en abandonarla cuanto antes. Sólo me importaba el golpe fatal que quería asestarle a Dumaucourt. Resoplando, relinchando, los caballos del tiro subieron con dificultad la cuesta del antiguo monte de los Mártires. El sol se elevaba cuando llegamos al lugar fijado. El campo de batalla era un terreno herboso que se extendía detrás de un alto edificio en las inmediaciones de la casa solariega. No sé por qué recibía el nombre de «castillo de las Brumas», pero Nerval parecía ver en ello la señal de un secreto.

Ya había seis coches apostados en el camino que llevaba al jardín. Entre ellos, reconocí el de Laüme. Nerval y Dumas fueron a hablar con los testigos de las partes contrarias. Acordados los últimos detalles, vinieron a buscarme. A algunos pasos de mí, los tres hombres con los que debía enfrentarme me observaban y se partían de risa. Por los gestos obscenos de Fabres, comprendí que el banquero estaba describiendo a sus amigos cómo había poseído a la Galjero ante mis ojos. Sus compadres no dejaron de mofarse hasta el momento en que Laüme bajó de su coche

para caminar sobre el rocío hasta el terreno señalado para los combates. Todos los hombres levantaron sus chisteras para saludarla, pero Fabres no pudo por menos que fanfarronear todavía a su espalda, balanceando la pelvis para remedar una cópula. Aquello fue demasiado para mí. Me arrojé sobre él y hubo un conato de pelea a puñetazos, pero me sujetaron de la cintura y Dumas me sacudió con fuerza para hacerme entrar en razón.

—¡Un duelo es un asunto grave, Dalibor! ¡Contente! Si lo olvidas, humillas a tus testigos. Respeta nuestro compromiso contigo.

Apretando las mandíbulas, dominé mis nervios, aunque mis manos temblaban y el sudor goteaba ya de mi cara. Me quité el frac y el chaleco. En camisa, con el cuello abierto, tomé posición.

—Puesto que tres querellantes os exigen una satisfacción —me anunció uno de los jueces—, nos ha parecido conveniente dejar al azar el orden de su actuación. El sorteo ha sido efectuado. Al señor barón de Andrésy le corresponde el honor de ser el primero.

Me pusieron una espada en la mano. De forma maquinal, hendí el aire con ella para juzgar su equilibrio y me sentí en desventaja. El arma era demasiado ligera para mí, menos poderosa que la pesada *claymore* que yo empleaba en el entrenamiento con el señor Hubert. Mi adversario vino a ponerse frente a mí y se obligó a un desganado saludo. Su rostro era agudo, sus labios finos se remangaban sobre sus dientes minúsculos, perdidos en unas grandes encías. Me pareció muy enervado, e impaciente por atravesar mi cuerpo con su acero.

—Sobre todo, a éste no lo mates —me susurró Dumas como último consejo—. ¡Las piernas, ve a por las piernas!

Balbuqué algo, pero mi mente no escuchaba. Ya no sabía dónde estaba ni qué tenía que hacer. Mis ojos se encontraron con los de Laüme, que giró enseguida la cabeza para sonreír ignominiosamente al gordo banquero Fabre-Dumaucourt. Congestionado, sudando quizá más que yo mismo, contenía apenas su furioso deseo de reemprender cuando antes la obra de fornicación. Hubo un «¡Adelante!» que no escuché. Enseguida, tomándome en corto, la hoja del pequeño Andrésy dio un golpe seco de muñeca con el que no logró desarmarme. Riendo, el barón se apartó y lanzó una serie de ataques vivos y largos que me hicieron retroceder varios metros. Dumas y Nerval tenían la cabeza entre las manos, y el cirujano convocado por los jueces abría ya su maletín para sacar las vendas. Paré de manera catastrófica las violentas estocadas de Andrésy. Aquello no tenía nada de académico ni de caballeresco. Yo luchaba por mi vida. Si no daba lo mejor de mí mismo en aquellos momentos, entonces, ¡sí, iba a morir! Este pensamiento fue el último; mi razón se calló de pronto para ceder el puesto a mi instinto. Recobrando mi agilidad y mi energía, empecé por hurtar mi cuerpo de costado, lo cual sorprendió a Andrésy, quien creía haber agotado mi capacidad de defensa. Entonces, bajé el brazo y deslicé mi hoja a lo largo de su pierna, apoyándome sobre el acero con todo el peso que me fue posible. Aullando de

dolor, cayó en la hierba sin poder levantarse.

El primer duelo había terminado, sin ningún daño para mí. Escupí la saliva que se había acumulado en mi boca y respiré a pleno pulmón, haciendo oídos sordos a las injurias y protestas que llovían sobre mí. Mi golpe fue juzgado incorrecto, indigno de un caballero y, por lo tanto, inadmisibles. Me importaba un bledo. Lo significativo era que me había desembarazado de esa sanguijuela de Andrésy sin haberle herido demasiado.

—¡Perfecto! —me dijo Dumas echándome un abrigo sobre los hombros—. Tanto peor para las reglas del arte. Lo que cuenta es que sobrevivas. Usa todos los medios, no tengas escrúpulos. ¡Puedes librarte de los otros dos, Dalibor! ¡Mándalos a criar malvas!

Le hicieron un vendaje provisional al herido, y sus testigos lo evacuaron. Cuando sus gritos de furia se hubieron difuminado, mi segundo oponente se puso en línea. Era el memorable coracero Pierre de Sainte-Hermine. Bigotudo, altivo, la frente arrugada y los hombros rectos, el hombre era un guerrero nato. Tranquilo, seguro de sí mismo, no me provocó. Su frialdad y su silencio eran más terribles que la arrogancia del barón de Andrésy. Reemplazaron en mi mano la espada ligera por un sable de caballería. Quizá Sainte-Hermine pensaba asustarme al imponerme esa arma impresionante, pesada, hecha para infligir espantosas heridas a quien no pudiera pararla. Pero yo estaba habituado a ese tipo de hoja y Hubert me había educado bien en su manejo. Opuse al coracero una defensa franca, regular, sin intentar envites ni ardidés, demasiado fáciles de desbaratar para un combatiente aguerrido como él. Para vencerle era necesario ser impecable y luchar de igual a igual. Aquel hombre era un león, poderoso pero honrado en sus golpes. Opté por el mismo estilo de combate. Nuestro enfrentamiento duró largos minutos sin que ninguno de los dos lograra obtener ventaja. Él tenía experiencia; yo tenía las reservas de fuerza que me confería mi juventud. Nuestras cualidades se equilibraban. Conocía las estocadas que me lanzaba por haberlas estudiado con Hubert; del mismo modo, él preveía las mías porque las había practicado con mi maestro en los entrenamientos. Pronto, sin embargo, ambos nos quedamos sin aliento. Extenuados, detuvimos un instante nuestros pasos de común acuerdo.

—Señor —me dijo Sainte-Hermine con una voz entrecortada por las bocanadas de aire que inhalaba en grandes cantidades—, señor, se bate usted bien. Y constato que somos de fuerza comparable. Le creí un adversario indigno cuando vi su mal golpe contra el barón de Andrésy. Frente a mí, en cambio, su actuación ha sido honrada. Por mi parte, estimo que ya es suficiente. Retiro mi querrela contra usted. Después de todo, el dinero es un asunto vulgar y no merece que dos valientes se maten entre sí. Si usted acepta la perspectiva, seamos amigos, señor.

Feliz por esta declaración, estreché la mano de Sainte-Hermine. Sorprendidos por este giro inesperado, Dumas y Nerval se acercaron a mí para felicitarme, pero la gruesa voz de Fabres-Dumaucourt cubrió nuestras palabras:

—No cuente conmigo para que me muestre tan caballeresco, señor lechugino. En cuanto acabe con usted tengo prevista una cena exquisita con su señorita Laüme. La veo cada noche, ¿sabe? Y cada vez se la presento a nuevos compadres. Enloquece con lo que le damos. Es una yegua furiosa que manejamos con látigo y correa. Lástima que no haya querido usted acompañarnos para vernos cabalgarla una y otra vez...

Me abalancé sin esperar la orden de los jueces, ansiaba hacerle tragarse sus palabras. Picado en lo más vivo, empecé una combinación mal articulada de golpes y estocadas. Fabres era más ágil de lo que su gran barriga hacía suponer. Paró los golpes y me lanzó de vuelta uno que yo no conocía y con el que me hizo un feo corte en el hombro. Su ferocidad se agudizó con esta herida y redobló la violencia de sus ataques.

Con mis fuerzas consumidas por el enfrentamiento con Sainte-Hermine, no pude resistir tanto como quería. Pronto desbordado, no logré evitar el filo de su hoja que se deslizó por mi costado. El dolor desgarró mi vientre, y un raudal de sangre se deslizó por mi cadera. Los ojos del banquero se achicaron, sus labios se remangaron.

—¡He convertido a tu Laüme en mi puta! —exclamó, fulminante—. Consiente todo lo que le ordeno y he sorteado el acceso a sus muslos. Su reputación está consolidada. Todos los fatuos de París se disputan los billetes para descargarse en sus agujeros. ¡La puta ha vendido todas las entradas!

Levanté mi sable para detener la lluvia de golpes que el hipócrita me asestó al final de una tirada. Nuestras espadas echaban chispas al chocar entre sí y sus ecos tintineaban en el alba fría. Los choques repercutían en mi brazo fatigado y me provocaban más sufrimiento aún que mis dos heridas. De pronto, cambié con rapidez de mano y aproveché el efecto sorpresa causado por esta variante para traspasar la defensa de Fabres. Mi hoja voló hasta el centro de su frente y hundió su jeta repugnante como un huevo que se casca en el desayuno. El banquero se derrumbó entre grotescas flatulencias de esponja que se escurre. Transido de dolor y casi desangrado, yo también caí. Jadeando, dejé que el cirujano cosiera con gruesos puntos mis heridas mientras, sonriente y soberbia, diosa negra del placer y del dolor, veía a Laüme acercarse a mí.

VINO DE ESPONJA

Me desperté sobresaltado. Al incorporarme reconocí mi habitación del quai d'Orléans. Era pleno día. El dulce sol de abril bañaba la pieza y una brisa tibia llegaba a mí por la ventana abierta. Laüme estaba allí, sentada en un diván, velándome. Durante varios segundos nos miramos sin hablar. Tenía ganas de escupirle mi odio a la cara a aquella criatura inmundada, pero mis labios permanecieron cerrados y mis manos no la tocaron.

—¿Por qué? —pregunté al fin—. ¿Por qué se complace en hacerme sufrir y en entregarse a otros como una furcia?

—Debes saberlo todo sobre mí, Dalibor. Mis oscuridades. Mis exigencias. Mis crueldades. Esa es la condición para que llegues a amarme toda entera. No soy una santa. Ni tampoco una diosa. Soy la vida, con sus claridades y sus tinieblas, sus purezas y sus manchas... Es así. Deberás cambiar y fortalecerte si quieres soportar la verdad y merecer las maravillas que puedo ofrecerte.

—Pero ¿por qué ese deseo de darme lo que yo no estoy seguro de desear? ¿Por qué no me pide que perpetúe el linaje de los Galjero, como les exigió a mis ancestros? Puedo tener un hijo y entregárselo. Elija usted misma la madre a su gusto. Una muchacha de la calle, sana y fuerte. Le pagaremos para que se quede embarazada de mí y renuncie a todo derecho sobre la criatura. Después, me marcharé para siempre. Si usted lo educa, el niño la obedecerá en todo...

—¡No! Nacerá un hijo tuyo, es verdad, pero no saldrá del vientre de una extraña. Crecerá dentro de mí, yo lo traeré al mundo...

Sentí un golpe psíquico en medio del pecho. Me quedé sin aliento y no encontraba las palabras para expresar todas las preguntas que asaltaban mi espíritu.

—Sí, Dalibor, pronto voy a ser capaz de engendrar por mí misma —continuó, mientras se acercaba a mí—. Después de años, incluso siglos, de perfeccionar el ritual, ahora conozco la manera y deseo hacerlo. Vamos a caminar juntos por caminos difíciles. Tú, para prolongar tu vida; yo, para llegar por fin a ser apta para concebir. La comedia de los matrimonios con mujeres indignas se acabó. Será conmigo con quien celebres tus esponsales... ¿no estás contento, amor mío?

—Estoy aterrado —confesé en un murmullo—. No tendré la fuerza...

—Eres digno y te mostrarás capaz, estoy convencida. ¡Lo sé! Lo vi cuando te batiste. Te estoy hablando de parar el tiempo para ti, Dalibor, y de quedarte para siempre a mi lado. Te hablo de realizar el milagro de la vida eterna y de engendrar conmigo la criatura más formidable: ¡un niño hada, Dalibor!, ¿te lo imaginas? Un rey y un renovador del mundo. Un rey que lo regenerará y que nos deberá su fuerza y su sabiduría. Seremos la fuente de la que él beberá. Seguirá nuestro consejo y será el instrumento mediante el cual cobrarán vida nuestros sueños más grandiosos.

—¿Eso es verdad? ¿Conoce de verdad el misterio de esas maravillas?

—¿No fui a buscarte al reino de los muertos? ¿Cómo puedes dudar de mí?

—¿Qué tendré que hacer yo? —pregunté temblando—. ¿Tendré que... que asesinar para usted, como hicieron Galjero y Dragoncino?

—¡Sí, tendrás que hacerlo! Desde luego... —contestó Laüme riendo mientras tomaba mi rostro entre sus manos frescas—. ¿O es que crees que vas a poner en marcha la metamorfosis rezándole a Nuestra Señora? No. Hay que hacerlo en el sufrimiento. El tuyo, el mío y el de otros. ¡Muchos otros!

—Pero ¿no hay otras vías?

—Es posible que existan —admitió con reticencia—. Pero yo sólo conozco una vía válida de proceder. Y es la vía roja. Es la que seguiremos. ¡Mira!

Del cajón de mi mesita de noche Laüme sacó una funda de piel de tiburón en la que una larga daga afilada dormía como una serpiente en su nido.

—Exijo dos sacrificios de ti, Dalibor. Si consientes a mis demandas, se borrarán para siempre las dudas que haya podido tener acerca de ti. Te juraré amor eterno y serás mi único esposo. Te enseñaré todos mis secretos.

—¿No habrá más artificios entre nosotros? ¿Me lo juras?

Laüme asintió con la cabeza. Después me miró a los ojos y dijo:

—Ni mentiras ni engaños si, delante de mis ojos, degüellas a Sandrine y a tu repugnante bastardo.

Al escuchar estas palabras se me cortó la respiración y se me hizo un gran nudo en la garganta. ¡Así que Laüme conocía mi secreto! La revelación me trastornó hasta tal punto que me quedé mudo. Paralizado, mi único movimiento fue dejar caer el mentón. Me sentí como un forajido que, después de una larga huida, acaba en un callejón sin salida y debe resignarse a su suerte.

—Lo haré —acepté al fin en un murmullo.

Fue largo y complicado. Dramático y agotador. Dentro de mí se entabló una lucha moral que a punto estuvo de costarme la poca razón que me quedaba. Fuerza o debilidad, eso ya no tenía sentido. Todo se mezclaba, todos los valores se pervertían. Ya no había bien ni mal, sino un océano de caos donde todas las cosas podían invertirse a cada instante... Ya no se trataba de seguir una moral determinada, ni siquiera de complacer a Laüme para seducirla. En aquel preciso momento, estaba en juego mi propia supervivencia, y ésta pasaba por la muerte de dos inocentes. ¿Y qué importaba? Yo mismo había pensado contratar a un sicario para deshacerme de la chica. ¿Qué diferencia habría si fuera yo mismo quien blandiera el cuchillo? ¿Y el niño? ¿Para qué dejarlo vivir? ¿No era mejor quitarle la vida que abandonarlo al orfelinato como me había propuesto hacer? Esa criatura era fruto de una unión fortuita, el fruto insípido de mi inexperiencia, el fruto podrido de mi debilidad. ¿Que Laüme quería convertirme en un asesino? Yo ya lo era desde hacía mucho tiempo.

Incluso me habían colgado por ello. A mí, que había entregado a un ejército de ratas a mi padre y a mis hermanas indefensos, ¿qué me importaba añadir un suplemento a mis víctimas?

Era una tarde lluviosa; de mi cintura colgaban las dos bolsas llenas de oro que Laüme me había regalado tan pronto como se cerraron mis heridas. Me había arreglado cuidadosamente antes de salir. Había cepillado mucho rato mi cabello y me había entretenido en un largo baño muy caliente. Después escogí con atención los colores de mi atuendo, combiné el chaleco y la chaqueta con el tono de los pantalones y el cuero de las botas. Una forma curiosa, pero eficaz para mí, de concentrarme, de reunir fuerzas. Porque aquélla no era una velada ordinaria. Aquella noche tenía que matar a mi amante y a mi propio hijo. Y también aquella noche, Laüme me había prometido que se me entregaría y yo me convertiría en él, digno heredero de mis ancestros.

El cochero cojo me esperaba en la explanada delante del hotel. Le indiqué la dirección de Grenelle. Laüme le había ordenado al esbirro que siguiera mis instrucciones al pie de la letra y que me obedeciera en todo. No era una orden que agradara al individuo, pero no puso objeción a la consigna. Atravesamos medio París a velocidad de trotecillo regular. Hacía mucho que no veía a Sandrine, al menos varias semanas; al ver que un rayo de luz se filtraba por debajo de la puerta me sentí aliviado. La joven prorrumpió en sollozos de inmediato y se echó en mis brazos. Había creído que yo la había abandonado y que no volvería a verme nunca más. Sequé sus lágrimas con mil palabras reconfortantes y le mostré unas monedas de oro.

—He estado ocupado en hacerme rico —dije para justificar mi ausencia—. Pero hoy he vuelto para rescatarte. ¡Mira! Tengo suficiente para llevarte lejos de París y sacarte de la miseria.

—¿De verdad? —exclamó, desbordada de felicidad—. ¿Nos vamos y viviremos los tres juntos? ¿Juntos para siempre?

—Te lo prometo, Sandrine —mentí—. Te lo juro.

Su fina barbilla apoyada en mi mano, sus mejillas bañadas en lágrimas, sus grandes ojos extraviados me emocionaron. Por primera vez desde aquellas dos noches de abrazos no consumados, la encontré bella. Sus caprichos, las demostraciones pueriles de sus sentimientos hacia mí, su posesividad, me habían hecho olvidar su gracia, sus encantos, su delicado atractivo... Su sonrisa hizo renacer la ternura que había sentido hacia ella, y su cuerpo esbelto me turbó de nuevo. De pronto sentí vergüenza por haberle hecho sufrir el horror de un aborto calamitoso y fracasado. Vergüenza de haberla abandonado en la necesidad. Y más vergüenza todavía de estar planeando en aquel momento su muerte y la de su hijo.

Me acerqué a la cuna donde dormía mi hijo. Vigoroso, encantador. ¡No! Decididamente, sería un miserable si aceptara ofrecer a aquellos dos inocentes en

oblación a Laüme. Tenía que encontrar un medio de salvarlos, pero ¿cómo? Al ver mi semblante enfurruñado, Sandrine se apretó contra mí. La abracé y pasé mis manos por sus cabellos. Mi ojos se posaron sobre la única ventana de la habitación. Más allá, tras los cristales sucios, se adivinaban los tejados de París. Millones de vidas anónimas palpitaban allí, vidas que me eran indiferentes... ¿No podría encontrar la manera de realizar algún tipo de intercambio? De pronto, me vino a la memoria la imagen borrosa de un rostro. Volví a ver una callejuela, un tugurio... ¡y la figura de una mujer con el vientre hinchado! ¡Lorette! ¡La muchacha de la barricada de Charenton! Yo había acudido en su ayuda cuando su fulano la estaba sacudiendo. Parecía estar a punto de parir por aquellos días. ¿Sería posible que hubiera dado a luz a un varón? La idea me exaltó y supe al instante que debía tentar la suerte. Besé a Sandrine con fervor y la dejé tras entregarle la bolsa llena de oro y jurarle que volvería lo antes posible.

—Confía en mí —le supliqué—. Os quiero a los dos más que a nada.

Era tan canalla que quizás incluso hasta era sincero al pronunciar estas palabras.

Bajé los escalones de cuatro en cuatro y me reuní abajo con el cochero. Sin explicaciones, le ordené fustigar sus caballos hasta el barrio de Charenton. No estaba seguro de poder encontrar el lugar y temía perderme en el laberinto de callejuelas que era el barrio, pero un instinto infalible de depredador me guió hasta la sórdida plaza en la que me había refrescado aquella vez. Golpeé la puerta con el puño de mi bastón. Salió a abrir el hombre. Me reconoció enseguida y adoptó un aire arrogante.

—¿No te has olvidado de mí, verdad? —pregunté.

—No, señor —dijo entre dientes.

—Prometí volver para ver si tratabas bien a tu mujer. ¿Está aquí?

—¿Dónde iba a estar?

—¡Déjame verla!

Entré con autoridad y el marido se apartó gruñendo. Junto a una estufa, Lorette daba el pecho a su hijo. Su rostro se iluminó al reconocermelo.

—Tu chiquillo —pregunté—. ¿Es varón o hembra?

—Es un varón, señor —contestó con orgullo la joven.

—¿Tu esposo se ha enmendado? —me interesé.

Lorette se encogió de hombros e hizo un mohín de disgusto.

—Mi mujer acaba de dar a luz —mentí—. Busco una nodriza. Te ofrezco un puesto seguro. Tendrás una paga decente, comida, ropa limpia y una habitación para ti sola. Tu marido podrá visitarte una vez a la semana. ¿Qué dices?

Lorette me miró con tanta sorpresa como interés. Me sentí aliviado. Mi trampa iba a funcionar, sin duda.

—No se puede cerrar este negocio tan deprisa, señor —dijo el hombre, acercándose—. Hay que pensarlo. Además, Lorette no tiene nada de ama de leche. No tendrá bastante para alimentar a dos chiquillos. Vuelva dentro de unos días y le habré encontrado una nodriza mejor dotada para el oficio.

—Mi proposición sólo es válida ahora. Hay que tomarla o dejarla.

Las cinco monedas de oro que puse en la mano del patán decidieron el asunto. Lorette metió sus cosas en un viejo saco de tela y, con su hijo envuelto en pañales en brazos, se sentó junto a mí en el coche. Fuimos hasta la île Saint-Louis.

La muchacha me envolvía en una mirada de gratitud y fervor. Mi repentina llegada para salvarla de la miseria debía de parecerle un milagro.

—Es usted un santo, señor —me dijo cuando entrábamos en el patio del palacete—. Y presiento que este lugar será para mí como un paraíso.

El cochero la llevó a una salita alejada de la zona habitada por el resto del servicio. En cuanto a mí, con el cráneo atenazado por una horrible migraña y el estómago revuelto por mi traición, fui a avisar a Laüme.

—He traído a Sandrine —dije con voz neutra.

—Has tardado bastante. ¿Tu hijo también está aquí?

—Sí.

Los ojos del hada brillaron, y su boca se abrió como si fuera a morder. Sin una palabra, se acercó a un cajón y me entregó con solemnidad la daga que ya me había enseñado antes.

—Has traído a los corderos hasta el matadero. Eso está bien. Ahora te toca quitarles la vida.

Tomé el puñal y lo deslicé debajo de mi abrigo. Con Laüme pisándome los talones, llegué a la habitación donde la falsa Sandrine esperaba, dándole el pecho otra vez al niño. Iluminado por el fuego de la chimenea, su rostro era hermoso, y la gran abertura de su escote dejaba entrever un bonito cuerpo. Con el arma empuñada oculta a la espalda, di un paso hacia ella. Laüme permanecía cruzada de brazos en el vano de la puerta y sopesaba todas mis acciones. En el momento en que iba a descargar el golpe sobre Lorette, mi voluntad se vino abajo.

—No puedo hacerlo —dije volviéndome hacia Laüme—. ¡No mataré a estos inocentes, ni siquiera por ti!

Arrojé la daga y, sin escuchar los gritos de sorpresa de Lorette, tomé a la infeliz por la manga y quise salvarla obligándola a salir de la casa de inmediato. Pero la sombra del cochero cojo bloqueaba el pasillo. El criado se abalanzó sobre mí con la rapidez de una fiera e hizo restallar su fusta en mi sien antes de que yo pudiera luchar.

Cuando recobré el conocimiento, mis muñecas y mis tobillos estaban atados con cuerdas. Me hallaba tendido en el suelo, en la misma habitación estrecha a la que habíamos llevado a Lorette, quien también estaba atada y tenía una mordaza en la boca. Rodaba hacia mí con ojos enloquecidos.

—Has roto el pacto, Dalibor —decretó Laüme inclinándose hacia mí—. Ya me he hartado de tus mentiras, de tus debilidades, de tus robos. Creías que yo no veía nada, pero lo sabía todo, ¡todo! Incluso que esta pordiosera que me has traído no es la madre de tu hijo, ni este mocoso el fruto de tus devaneos. Habría podido perdonártelo todo, menos esta última comedia. Decididamente, eres un gusano. No quiero saber

nada más de ti. ¡Contempla la suerte que les reservo a los débiles!

Con un gesto firme y terrible, Laüme le rebanó la garganta a Lorette. La muchacha sacudió los pies y todo su cuerpo vibró. Tardó mucho rato en vaciarse. Durante su larga agonía, pudo comprender también cuál iba a ser la suerte de su hijo porque Laüme, el rostro iluminado con una mirada demente, desnudaba de sus pañales a la criatura con el fin de entregarla a su cuchilla. Tras poner al bebé en la mesa, dejó caer el acero perpendicular a su cuello y lo decapitó limpiamente. El pequeño cráneo rodó y cayó al suelo con un ruido blando, y guiñó los ojos e hizo un rictus patético antes de quedar inmóvil. Un manantial de sangre brotó del tronco mutilado y traspasó mi ropa; sentí su calor en mi torso y mi vientre. Laüme sostuvo en alto el minúsculo cadáver y dejó que la sangre goteara sobre su rostro, mientras estrujaba las carnes flácidas del crío como si apurara un odre. A continuación, cayó en la histeria y dio el espectáculo más monstruoso que pueda imaginarse. En ella vivía aún el espíritu de Yohav, el enano que la había mancillado para siempre. Y sin embargo, en el exceso y el paroxismo de horror que alcanzó aquella noche se desplegó el cénit de su belleza. Jamás la había visto tan sensual, tan espantosamente deseable, ni siquiera cuando la vi extasiarse bajo el rostro del banquero Dumaucourt. No obstante, el gozo espontáneo y vergonzoso que me poseyó en aquella ocasión no se repitió entonces. Las magias roja y negra que obraban en ella no tenían nada de eróticas. Lo que realizó sobre los cuerpos de Lorette y de su hijo iba más allá del entendimiento: mi equilibrio se rompió, y mi razón prefirió desvanecerse antes de estallar en pedazos.

Sumido en la inconsciencia, no comprendía qué querían de mí. Unas manos corrían sobre mi cuerpo, las manos ávidas de los rateros de la calle. Se apoderaron de mi abrigo, me arrancaron la bolsa de la cintura, hasta me quitaron las botas... Yo grité. Me arrastraron por el pavimento húmedo y me molieron a golpes. Después, todo cesó de pronto. Tan deprisa como se habían abatido sobre mí, los miserables se dispersaron, dejándome medio desnudo, magullado, y ya más pobre que ellos. Me incorporé y froté la sangre que brotaba de un corte en mi arco superciliar. Estaba al borde del Sena, en la orilla izquierda; era al alba. Frente a mí veía la île Saint-Louis. Bajo un puente cercano dormían unos vagabundos envueltos en andrajos. El viento me traía su hedor. Laüme había ordenado que me arrojaran allí como si fuera un desperdicio. Tenía hambre y frío, las heridas me dolían y, sobre todo, me maldecía por haber causado la muerte de Lorette y de su hijo.

Temblando, me puse a caminar sin rumbo. Empezó a caer una lluvia intensa, pero no me detuve. De pronto, unos caballos resoplaron a mi espalda y unas ruedas herradas rechinaron en el pavimento. Al volverme reconocí el coche de Laüme. El cochero me hizo señas de que subiera. Obedecí. El coche estaba vacío y me dejé caer en la banqueta de cuero, aliviado, convencido de que él nada había querido darme

una lección y que ahora enviaba a su esbirro a buscarme. Pero, lejos de regresar al palacete del quai d'Orléans, el coche se detuvo delante de la morgue.

—Baja —dijo el cochero de malos modos mientras me abría la puerta.

De nuevo, la lluvia empapó mi camisa y mis pies húmedos pisaron la grava.

—Alguien te espera ahí dentro —dijo el hombre—. Tómame tu tiempo para entrar. No hay prisa.

Como un sonámbulo, entré en la sala donde se exponían los muertos. A pesar de lo temprano de la hora, ya había necrófilos recorriendo las filas. Tembloroso, tan pálido como los despojos tendidos sobre el mármol, emprendí un largo examen de los cadáveres sin reconocer a ninguno de ellos. Después, un empleado vestido con un blusón se acercó a mí.

—Es por aquí —me dijo como si me conociera.

Lo seguí hasta el lugar donde se depositaban bloques de hielo sobrantes. Sandrine estaba allí, tendida sobre una consola de chapa, con un sudario tieso de escarcha ocultando su desnudez. A su lado reposaba mi hijo. Vertí sobre sus despojos todas las lágrimas que tenía en el cuerpo, jurando que nunca los olvidaría, prometiendo por encima de todo que haría lo imposible por castigar su asesinato. Los velé durante largas horas.

Por fin, me preguntaron si podía sufragar los gastos de su entierro. Yo no llevaba nada encima, así que condujeron al niño con su madre a la fosa común del gran cementerio del Norte. Los seguí a pie bajo la lluvia batiente. El empleado de la morgue, compadecido de mí, me había dado un par de zuecos negros y una blusa vieja, tomados de un muerto. En el recinto de los pobres, lloré hasta la noche...

¿Cuántas veces lo había intentado? ¿Diez, quince? Treinta, quizá... Pero siempre aparecían los mismos síntomas. Cada vez que intentaba franquear alguno de los puentes que conducían a la île Saint-Louis, la náusea y un pánico insuperable me poseían. Ese barrio de París se había vuelto inaccesible para mí, mejor protegido que si estuviera rodeado de verjas y cañones. Laüme seguía viviendo allí, yo lo sabía. Había creado nuevos guardianes para impedir que me acercara. A menudo yo pasaba largas horas mirando las ventanas de su mansión desde la orilla, preguntándome por qué no me había matado a mí también y qué estaría tramando ahora que yo no estaba allí para asegurar la descendencia que deseaba. A pesar de la muerte de Sandrine, a pesar incluso de la muerte de mi hijo, yo seguía sintiendo la misma mezcla de odio y posesión, de repulsión y de fascinación absoluta que me invadieron la primera vez que la vi. La detestaba y sólo pensaba en encontrar un modo de matarla, pero la amaba todavía, y esos deseos contradictorios me volvían loco.

Así pasaron meses y años. Yo me convertí en un miserable entre los demás, un pobre diablo sin dinero ni amigos, sin techo ni oficio. Vivía de las basuras arrojadas en los patios, mendigaba en el porche de las iglesias, y en ocasiones robaba conejos

en las conejeras de Montmartre o de Chaumont. Cuando reunía tres monedas, iba a la taberna a emborracharme con vino de esponja, esos restos de vinazo recogidos por los taberneros de los fondos de las garrafas y de los charcos del mostrador y guardados en una botella para los necesitados. Seguía llevando los zuecos que me dieron en la morgue y hacía mucho que no me atrevía a frecuentar los barrios elegantes de los románticos. Había aprendido a temer a la patrulla, que arrojaba a la cárcel a los vagabundos y borrachos como yo, roídos de pulgas y apestosos de grasa. No sé exactamente cuánto duró aquella miseria. Quizás era necesario que la conociera para curtirme y cambiar... Porque cambié. Sí: a pesar de mis desgracias y mis tormentos, mi carácter se volvió más tenaz, más decidido. Sentía confusamente que mi hora aún no había llegado y que ocurriría un acontecimiento inesperado que justificaría todas mis penas. Ese pensamiento me daba valor y era lo único que me mantenía con vida.

Un día, una mano se tendió hacia mí, la de Gérard de Nerval... ¿Por qué milagro se cruzaron nuestros caminos? Mi amigo me reconoció cuando yo estaba tendido junto a un muro, en un barrio que él jamás frecuentaba, adonde sólo la providencia había conducido sus pasos. Horrorizado por mi aspecto, Gérard me llevó a su casa y me cuidó. Me dio alimento, me lavó, me vistió y, sobre todo, no me hizo preguntas. Durante varias semanas, el tiempo que necesité para recuperar fuerzas, vivimos así, sin mantener una verdadera conversación. En realidad yo casi no podía hablar. Nerval, con su aguda sensibilidad, comprendía que yo me había convertido en un salvaje y contaba con que el paso del tiempo me devolvería la confianza y las palabras. Por eso guardaba celosamente el secreto de mi presencia en su casa y de mi decadencia.

—¿Cómo les va a Dumas, a Gautier y a Delacroix? —pregunté al fin, una noche, mientras terminábamos una cena frugal.

—Alexandre está en plena gloria —me explicó Gérard—. Théophile está celoso y escribe como un poseso para igualarle. Sus textos son mejores, pero el público todavía no lo juzga a la altura de su rival. Creo que un día se cambiará la torna. En cuanto a Eugène, nunca había sido tan feliz. Los tres se acuerdan a menudo de ti. Te echan de menos, y se alegrarían mucho de volver a verte.

Mis ojos se humedecieron.

—A mí también me gustaría mucho —reconocí—. Quizá dentro de unos días consiga reunir el valor para presentarme ante ellos.

—¿Qué falta cometiste, amigo mío, para caer en la miseria abyecta en la que te encontré y de la que no intentabas salir?

—Una falta muy grave, en efecto, de la que te ahorraré los detalles. Pero quizás algún día pueda redimirme de ella. ¿Has tenido...?

Se me cerró la garganta y mi voz se extinguió como una rama seca rota en las manos de un niño.

—¿He tenido noticias de Laüme? ¿Era ésa tu pregunta?

Asentí bajando los ojos.

—Muy pocas, en realidad. No da que hablar. Esa discreción, por cierto, es uno de los numerosos misterios de los que se rodea. El simple hecho de poseer un inmenso palacete en la île Saint-Louis debería situarla entre los nombres destacados de la capital, pero nadie parece conocerla, o poco menos. Su nombre circuló bastante en la época de tu triple duelo, se murmuraba como una contraseña entre bribones redomados y canallas. Supongo que Fabres Dumaucourt lo puso de moda. Y después, pasó. Ahora Laüme Galjero parece haberse convertido en una perfecta desconocida.

—Sin embargo, su casa sigue habitada —dije, con la esperanza de hacerme entender con medias palabras—. Pero yo no puedo ir.

Gérard suspiró y alzó los ojos al cielo.

—Iré a hacer indagaciones, si de verdad lo deseas. Pero mi consejo es que te olvides de esa mujer que no ha hecho sino perjudicarte.

—Imposible. Imposible...

La noche siguiente Gérard regresó con noticias:

—Laüme está allí. He podido hablar con la portera de una casa contigua que la ve desde hace mucho tiempo. Pero sale poco y recibe aún menos.

—Entonces sus hábitos no han cambiado mucho. ¿Has podido pasearte libremente por la isla? ¿No has sentido ninguna náusea extraña, un pánico repentino e irracional?

—Nada de eso —respondió Nerval sin entender—. ¿Por qué lo preguntas?

Balbué algunas palabras sin sentido y evité contestarle.

—Mañana hay una comida en casa de Nodier —dijo Nerval—. Es un buen amigo, y asistirán todos los que aprecias. ¿Por qué no aprovechas la ocasión para mostrarte por fin? No puedes seguir viviendo como un ermitaño, Dalibor...

La mano de Nerval estrechaba la mía y sus ojos sinceros buscaban retener mi mirada esquiva.

—De acuerdo —acepté—. Mañana les daremos una sorpresa.

LOS SECRETOS DEL ARSENAL

Mi inesperada aparición entre los románticos fue saludada y festejada como si de una resurrección se tratase. En realidad, casi lo era.

—¡Dalibor! ¡Le hemos buscado por todas partes! —gritó Dumas en cuanto me vio—. Hemos inundado a su Laüme de notas sin recibir ninguna respuesta. ¡Pardiez! ¿Dónde se había metido, muchacho?

Estrechándome contra su pecho hasta ahogarme, Alexandre no quería soltarme.

—Deje algo para los demás, Dumas —bromeó Gautier—. Nosotros también echábamos de menos a nuestro joven príncipe rumano.

En los salones del señor Nodier, hice una ronda por las mesas para saludar a todos mis amigos. El champán corría a raudales y todos rivalizaban por hablarme y escucharme.

—¡Y bien! —resonó de pronto una voz profunda en tono de broma—. ¡Resulta que soy el anfitrión y no soy el rey de la fiesta! ¿Quién es este joven a quien solamente yo no conozco?

Charles Nodier se abrió paso entre la concurrencia y avanzó hacia mí. Era el señor de la casa, el conservador de la biblioteca del Arsenal, en cuyos salones cenábamos aquella noche. Menos prolijo que Dumas, menos talentoso que Nerval, Nodier se preciaba no obstante de ser también escritor. Era un hombrecillo afable de cabellos claros, figura delgada y ojos muy vivaces. Después de la cena nos leyó algunos de sus escritos recientes, que me gustaron. A pesar de su atmósfera sombría, sus trabajos desprendían un encanto que tocaba mi sensibilidad.

—Veo que le gustan las historias de fantasmas, señor De Galjero —me dijo, contento de haber encontrado en mí a un oyente fascinado—. Si quiere, le contaré otras.

—Su imaginación no tiene límites —dije yo, en parte para halagarle.

—¡No lo crea, señor De Galjero! Yo invento algunas, es cierto, pero la mayoría de ellas son leyendas que recojo del pueblo humilde. París es una ciudad de espectros y de vampiros, de nigromantes y brujos. Usted no me creerá, pero aún en nuestros días hay en cada calle un laboratorio de alquimia instalado en una buhardilla. En cada casa, o casi, actúa una decidora de la buena ventura, un adivino o un astrólogo. En el barrio de Les Halles, cerca del antiguo cementerio de los Inocentes, conozco cuevas donde se esconden dólmenes galos, piedras sacrificiales todavía manchadas con la sangre de las víctimas muertas en nombre de dioses paganos. Se dice que esas piedras nunca han dejado de ser alimentadas. Aquí existen cultos misteriosos, señor De Galjero, secretos ancestrales que se siguen transmitiendo. ¿Lo hubiera creído?

Reprimí la risa. Nodier hacía girar los ojos evocando esos misterios. Era un intelectual, pero también un exaltado impresionable, que se electrizaba con facilidad

con sus propias fantasmagorías. De todos modos, me resultaba muy simpático.

—Nuestro amigo es demasiado modesto para decírtelo —me explicó Nerval—, pero bajo su dirección la biblioteca se enriquece a diario con manuscritos de gran valor. Yo vengo a veces a consultar textos de alquimia o grimorios de magia para alimentar mi imaginación.

—¡Grimorios de magia! —exclamé—. ¿Es posible verlos?

Encantado de mostrarme sus colecciones, Nodier me abrió enseguida las puertas de sus salas de lectura. Era un poco como volver a encontrarme en el salón azul o en el salón verde del quai d'Orléans. Los meses de estudio allí pasados me permitieron comentar con cierta soltura algunos volúmenes raros. Nodier se extasió ante mi erudición.

—¡Pero si es usted un erudito en la materia, señor Dalibor! —exclamó cuando mencioné algunas referencias sólo al alcance de expertos—. Su saber no debe perderse. ¿Por qué no escribe un folleto sobre este tema que tan bien domina? Si lo desea, le daré acceso sin restricciones a las estanterías para que pueda completar su documentación.

Me encogí de hombros, y a punto estuve de declinar la proposición, pero la oportunidad de husmear a placer en las colecciones acabó por parecerme harto interesante, de modo que acepté. Desde aquel día, siempre estaba en el Arsenal. Me pasaba allí días enteros, y a veces también las noches. Laüme me había enseñado un poco durante los meses en que viví en su casa, pero ese poco era más de lo que podría acumular un bibliotecario en toda su vida, aunque fuera un apasionado como Nodier.

Empecé por hacer un censo de las colecciones, y comprendí enseguida que la mayor parte de los volúmenes no tenían ningún interés práctico. Todos los presuntos grimorios impresos, del *Picatrix* a *La gallina negra* o a *La magia sagrada de Ahramelín el mago*, eran fantasías forjadas en el curso de los siglos por encargo de la Inquisición para desacreditar a la auténtica brujería. Más interesantes eran, en cambio, los relatos de apariencia anodina que, bajo el pretexto de la ficción, contenían gemas de sabiduría antigua. Y aún más preciosos resultaban los delgados manuscritos redactados en papel de mala calidad, auténticos grimorios de brujería. Eran obras de brujos del campo, de curanderos, de magos toscos, sin erudición, pero herederos escrupulosos de algunas antiguas artes que habían llegado hasta ellos.

Fue en uno de aquellos humildes folletos donde un día descubrí unas líneas que aceleraron los latidos de mi corazón. Una escritura parda, fina, apenas descifrable, relataba en francés antiguo la manera de crear un genio para curar. También explicaba cómo deshacerse de un genio que se hubiera vuelto fastidioso... Hice una copia tan exacta como me fue posible del documento antes de arrojarlo a la estufa para que nadie, jamás, utilizara aquel saber. Durante meses, practiqué en secreto el procedimiento para matar al guardián de la île Saint-Louis. Seguía viviendo en casa de Nerval y me ganaba la vida redactando textos de bibliofilia para Nodier. Mis ingresos eran modestos, pero bastaban para asegurarme la subsistencia. Por fin,

empleando todo mi saber y poniendo toda mi voluntad en la obra, completé el ritual indicado para aniquilar al guardián. Realicé el trabajo en los altillos del Arsenal, donde me había hecho una especie de guarida y había ido acumulando el material necesario. La operación me dejó extenuado, casi incapaz de respirar, y transcurrieron varias horas antes de que pudiera volver a bajar a los corredores de la biblioteca. ¿Lo había conseguido? Imposible saberlo todavía. Con fiebre, encorvado por los dolores físicos que me había causado el ritual, caminé hasta el puente Marie y me adentré en la plataforma. Avancé diez metros, veinte... cincuenta y hasta cien. Llegué a la esquina de la rue Saint-Louis-en-l'Île, con el espíritu enardecido pero sin sentir ningún pánico. Llegué a la rue de la Femme-Sans-Tete y me detuve junto al palacete de Laüme. La puerta cochera estaba cerrada, pero todas las ventanas de su planta estaban iluminadas.

Aquella noche volví a casa de Nerval demasiado feliz con mi victoria como para estropearla por la impaciencia. No sabía lo que haría a continuación. Quizá vengar la muerte de Sandrine y matar a Laüme. Quizás, al contrario, demostrarle al hada que yo no era un mediocre y que aún tenía la voluntad de enfrentarme a ella para obligarla a darme la herencia de mis ancestros. Durante semanas permanecí indeciso. Pero no inactivo.

Fortalecido por mi primer éxito personal en brujería, decidí confeccionar un genio para alejar de mí toda preocupación económica. Elaborar la criatura requirió un mes lunar, al término del cual descubrí abundantes monedas entre los adoquines. Primero fueron monedas sueltas caídas de los bolsillos de los transeúntes; después, muy pronto, joyas o fruslerías de oro en los lugares más incongruentes. No pasaba una hora en mis paseos sin que me agachara para recoger una perla, un collar de plata o un pesado brazalete de plata chapada en oro. Esto se hizo tan frecuente, tan banal, que pronto dejé mis recolecciones, pues esos objetos deformaban mis bolsillos y estropeaban la línea de los trajes que me había hecho cortar por un sastre de renombre. Mi fortuna llegó en el momento justo, porque Gérard, en aquella época, empezó a sufrir crisis nerviosas y necesitaba drogas que no se podía costear. Cuidé de él como él había cuidado de mí. Pretextando un compromiso, dejé el empleo de bibliotecario que me había dado Nodier. En el Arsenal había hecho copias de textos valiosos y había destruido o dejado ilegibles los originales. Los brujos no son humanistas, revelan poco y les gusta guardar para su uso exclusivo las verdades que consiguen descubrir. Me empeñé en confeccionar un nuevo genio para curar a Nerval, pero esta vez fracasé lastimosamente. El estado del poeta no mejoraba. Su familia insistió en que se trasladara al campo para reposar, y así me quede otra vez solo en París.

Alquilé un apartamento en la orilla izquierda, en la rue de Buci. Era un segundo piso claro y tranquilo, modesto pero confortable. La noche de mi traslado, fui en peregrinación al cementerio de Père-Lachaise. No había estado allí desde el entierro de Sandrine, algunos años atrás. Medité largo tiempo ante la fosa donde se pudrían

los cadáveres de mi amante y de mi hijo. ¿Todavía deseaba vengarlos? Era muy poco probable. Mi memoria apenas había conservado los rasgos del rostro de la muchacha, la luz de su sonrisa. En cuanto al niño, nunca lo había tenido en mis brazos... eran mis errores, fantasmas del pasado. Hiciera lo que hiciese, jamás podría devolverles la vida. ¿Debía consumir mis fuerzas por ellos?, ¿arriesgar mi vida en testimonio de fidelidad a su recuerdo? Lo dudaba. Como buques de guerra, extrañas nubes rugientes de electricidad navegaban por el cielo. Empezó a caer una lluvia oscura que me echó del territorio de los muertos como si no fuera bienvenido allí, como si no tuviera nada que hacer entre ellos. Cuando volví a casa había tomado una decisión.

Con la regularidad del empleado que acude al trabajo, salía de Buci a diario al caer la noche. Recorría los barrios más pobres de París en busca de una ocasión... Muchas veces estuve a punto de robar a un niño abandonado sin vigilancia jugando en el arroyo o en un solar, pero siempre ocurría algún incidente que frustraba mi tentativa en el último momento. Por fin, conseguí ganarme la confianza de una niña de la calle dándole unas monedas y ofreciéndole no sé qué baratija expuesta en un mostrador. Estábamos en Belleville, donde nadie me conocía. Con su manita en la mía, la conduje hasta el río y la llevé a la île Saint-Louis. Confiada, se creyó la fábula que le conté.

—En esa casa que ves ahí —le dije señalando la residencia de Laüme—, vive una dama muy bella. Le dirás que te envía Dalibor. Ella comprenderá, y entonces te vestirá de princesa y te convertirá en un ángel.

Y, con una sonrisa de ánimo y un golpecito en la espalda, empujé a la niña hacia la entrada.

Sin volverse a mirar, la pequeña entró en el patio del palacete mientras yo permanecía en un rincón observando la calle. Pasaron los minutos, y después las horas. La niña no volvió. Laüme había aceptado mi ofrenda y yo estaba loco de alegría... Repetí mi caza de este modo tres o cuatro veces. Los niños siempre desaparecían bajo la sombra del gran porche, pero yo no recibía ninguna señal en respuesta. Laüme parecía indiferente a mis esfuerzos, y mi despecho era inmenso. Creí haber agotado todos los medios posibles para rehabilitarme a sus ojos. Ahogaba en alcohol mi pena y mi enfado. Ya no encontraba placer en nada y no veía ningún horizonte en mi vida.

Gérard de Nerval, de regreso a París, sufría también de melancolía, íbamos juntos a beber absenta y a saturarnos de hachís o de éter. Gérard frecuentaba además los prostíbulos, al contrario que yo. Las mujeres, definitivamente, ya no me interesaban, mi cuerpo estaba muerto a todo deseo.

Un día en que visitaba a Delacroix con Nerval, me puse a hojear un álbum de dibujos. Entre los estudios y los dibujos retocados se encontraban los bocetos que el pintor había realizado durante la obscena sesión de poses en casa de Laüme. El corazón se me encogió, la sangre batió en mis sienes. Como si ella apareciese en realidad ante mis ojos en su divina desnudez, volví a sentir todo el poder del hada, su

sensualidad bárbara, su erotismo de fiera, aquella mezcla infernal de lubricidad y de inocencia que fascinaba a todos los hombres. Yo estaba temblando.

—Soy incapaz de utilizar estos estudios —confesó Delacroix—. Ningún pigmento, ningún óleo pueden hacer justicia a la belleza de la señorita Laüme. Por desgracia, los siglos no conservarán de ella más que testimonios insignificantes.

Esos dibujos me hicieron montar en cólera. Los agarré bruscamente y los arrojé al fuego gritando. Delacroix chilló escandalizado y me golpeó. Nos enzarzamos en una pelea. Gérard pasó todos los apuros del mundo para separarnos, antes de que el pintor nos echara de su casa y me prohibiera la entrada a su estudio para siempre.

Aunque me había enemistado con Eugène, seguía frecuentando al señor Nodier. Venía a veces a visitarme a la rue de Buci e íbamos a deambular al azar, como otrora hiciera con el señor Syllas, mi profesor de francés. París todavía no había sido limpiado por Haussmann. La ciudad permanecía como en tiempos de los Luises y el centro apenas estaba más despejado que en la época medieval. Era una ciudad de obreros y artesanos lo mismo que de banqueros, frívolas e industriales. Los huertos florecían a dos pasos del Louvre. Los molinos giraban en lo alto de las lomas y se escuchaba el cacareo de los pollos en los patios del bulevar Saint-Germain.

—Esta ciudad está llena de símbolos y de misterios —me dijo un día Nodier—. Los frisos de los palacios contienen códigos. Las estatuas son señales, y muchos edificios de aspecto anodino son en realidad templos construidos según los cánones de la arquitectura sagrada. ¡Quiero enseñarle un lugar sorprendente!

Me condujo a la rue de Flandres. En medio de la calle, se detuvo ante una casa corriente que no se diferenciaba en nada de las demás, aparte de dos grandes puertas cocheras que se abrían a un vasto patio, al que accedimos sin que nadie nos dijera nada. Al fondo del patio, Nodier empujó una portilla de hierro comida de herrumbre que chirrió sobre sus goznes cuando la forzó con un golpe de hombro. Al otro lado había un jardín abandonado, un pedazo de bosque virgen. Árboles inmensos crecían al azar en medio de matorrales de zarzas y de hierba alta.

—Éste es el reposo de los herejes —me explicó Nadier, apartando una lápida con la punta de su bastón—. Aquí era donde enterraban a los brujos y a los apóstatas en tiempos de Luis XIV. Esta tierra no está consagrada, es impía. ¿Le sorprendería si le digo que hoy en día los adeptos de Satán vienen a celebrar misas negras y sabbats?

—Señor Nodier, se burla usted de mí. ¿Quién cree todavía en serio en el diablo en nuestros días? Es posible que las festividades que usted menciona existan aún, lo admito, pero son obra de almas extraviadas, ávidas de un marco decoroso para excitar sus bajas pulsiones. Nada más.

—¿Así que no es usted satanista, señor De Galjero? Es curioso... yo hubiera dicho que lo era.

—¿De dónde ha sacado esa idea? ¿Acaso tengo cara de loco?

—Tendrá que disculparme —dijo Nodier, visiblemente confuso—. Es ese Nerval. Creo que le considera a usted una especie de Fausto. ¿Sabe que él tradujo el texto de

Goethe hace algunos años? Él... él... apenas me atrevo a decírselo, tan grotesco me parece...

—¿De qué se trata, señor?

—Él cree que una diablesa ha subido desde los infiernos para acompañarle. Piensa que usted es un teurgo venido a París para iniciar a los elegidos en la cultura de Hécate o de Proserpina, pero que Satán se ha vengado de usted convirtiéndole en el esclavo de un espíritu súcubo.

El sudor perlaba la frente de Charles Nodier y sus manos temblaban. Era evidente que el pobre hombre se había acercado a mí con la sola esperanza de ser admitido como discípulo del sacerdote de los demonios que se suponía que yo era. Me eché a reír y me vi obligado a desengañarle.

—Gérard es un niño que ha logrado contagiarte su fiebre, señor Nodier. No soy un buen cristiano, lo admito, pero desde luego mi fe no se dirige a Lucifer y su corte.

Nodier pareció muy decepcionado por esta revelación. Su atención hacia mí decreció notablemente. Sus visitas a la rue de Buci se espaciaron hasta cesar por completo. Eso no me molestó demasiado. No tenía nada que aprender de él, y hacía tiempo que había extraído todo lo que me interesaba de sus colecciones. Aturdido por el alcohol o la droga, soñaba alguna vez que me convertía en brujo. Pero ¿dónde encontrar manuscritos dignos de mi curiosidad?

—¿Qué te parecería emprender un viaje? —le propuse un día a Nerval—. Estoy hastiado de borracheras. El cuerpo y el alma me piden nuevas experiencias.

—¿Adonde quieres ir? —preguntó Gérard.

—He pensado en Inglaterra —dije sin convicción.

—¿Y si fuéramos a Oriente? —propuso Nerval.

LA ESTRELLA DEL REY PAON

Durante el último mes de 1842, Nerval y yo embarcamos en Marsella y navegamos rumbo a Alejandría vía Malta. Como buen místico que era, Nerval consideraba este periplo como una especie de redención, después de los años pasados en un lento deslizarse hacia la locura.

—He atravesado crisis terribles —me confesó—, pero yo soy el único responsable. Ahora quiero limpiar mi cuerpo y mi espíritu al sol nuevo del Nilo y del Eufrates. Allí fue donde comenzó el mundo. Allí es donde quiero renacer.

Yo le dejaba hablar y soñar con un nuevo principio, aunque sabía que el viaje no cambiaría nada en él. Los años lo habían envejecido terriblemente y envidiaba mi juventud, casi intacta desde que nos conocimos. En Egipto, remontamos el río hasta El Cairo, donde nos instalamos en el distrito copto. Vivíamos al estilo oriental, con un turbante en la cabeza y el cuerpo envuelto en una chilaba. En unos días fui capaz de hablar aceptablemente el árabe. El genio que tenía consagrado a las lenguas me permitía entender y practicar los idiomas más bárbaros casi sin demora. Este talento mío que no conocía fue la admiración de Gérard y le reafirmó en la idea de que yo no era en realidad un hombre. A menudo me miraba con un extraño brillo en los ojos y yo sentía que mil preguntas que no se atrevía a formular se agolpaban en su espíritu. Una noche que nos habíamos quedado a contemplar las estrellas en la terraza, bebiendo vino de Chiraz, una suerte de embriaguez rompió mis reticencias y me dejó llevar, si no a confidencias reales, a una especie de monólogo errático que impresionó sobremanera a mi amigo poeta.

—Tú tienes un secreto, lo sé —dijo—. Desconozco su naturaleza exacta, pero adivino que gira en torno a Laüme. Ni ella ni tú pertenecéis en realidad al mundo de los vivos, ¿no es así?

En ese instante fue cuando más cerca estuve de revelarle a Nerval toda mi historia. Reconocer la verdad, confesar mis crímenes, me habría aliviado enormemente. En lugar de eso, balbucí algunas frases oscuras que no valían mucho más que un mutismo completo. No obstante, Gérard devoró su magro contenido como un hambriento se lanza sobre los restos de un fabuloso festín. Se apropió de la materia hasta componer una historia que colmara los deseos de maravillas, la insaciable sed de misterios y de grandeza que lo habitaban y que devoraban lentamente su razón.

—Los dos estamos de búsqueda —exclamó—. Me parece que tú ya has encontrado lo que yo aún estoy buscando, pero aún no has llegado al final de tu camino. Tu espíritu sigue sediento, ¿no es así? Las preguntas que lo turban aún no han tenido respuesta. Y bien, amigo mío, busquemos juntos, porque los viejos cuentos nos aseguran que la verdad se persigue en grupo, aunque siempre se descubra

a solas.

Así lo hicimos. En mayo, cansados de Egipto, realizamos un viaje a Beirut, donde vivimos entre los drusos, esos herejes que se hacen llamar musulmanes tan sólo para cubrir sus prácticas cismáticas y su filosofía más antigua que la del Profeta. Adeptos de la metempsicosis y curiosos de las cosas extrañas, me parecieron mucho más interesantes que los tristes imanes que conocimos en las mezquitas de El Cairo. Nerval quedó fascinado por su doctrina y se enamoró de una de sus mujeres, una bonita joven llamada Suleima, vivaz y de espíritu sutil. Parte de su familia vivía en un pueblo en las montañas del Antilíbano. Gérard y yo disfrutamos de la hospitalidad más generosa y más espontánea que pueda imaginarse. Una noche, mientras dormía como un niño en una habitación fresca, dos hermanos de Suleima vinieron a buscarme para conducirme por senderos de cabras hasta el borde del desierto. Sin darme ninguna explicación, me dejaron a la entrada de un desfiladero de rocas rojizas que terminaba en una pared lisa horadada por una gruta. Allí vivía un sabio. El anacoreta no era un anciano, sino un joven de unos veinte años. Gozaba de gran respeto entre los drusos, que lo honraban como a un santo. Se llamaba Nasran y me dijo que me había visto en sueños pisando la antigua tierra de los fenicios.

—Tú eres un rumí muy particular —me dijo, sonriente—. Lo sé. Un *djinn* camina tras tus pasos... a veces ocurre. Eso puede ser una suerte o una maldición. ¿Cómo lo vives tú?

La pregunta me pilló desprevenido.

—Todavía no lo sé —reconocí—. Ocurre que lo disfruto y también me mortifica. No he hecho nada para merecer lo que a veces considero como un don, ni para sufrir lo que siento como un castigo y una injusticia...

—Tu alma aún está turbada —juzgó Nasran—. Inclinar los platos de la balanza hacia el Bien o hacia el Mal sólo depende de tu buena voluntad, aunque la gente acudirá a ti para hacerte bascular hacia el blanco o hacia el negro. Sé paciente con ellos. Escúchalos. Pon en práctica sus consejos, te parezcan buenos o malos. Experimenta... Ésa es la única manera de aclarar tu espíritu y de reunir en ti la fuerza para oponerte a tu demonio, si por ventura un día quisieras romper las cadenas con las que te ha rodeado.

—¿Quién te ha contado mi historia? —pregunté.

Pero Nasran se limitó a reír. Señaló con el índice hacia la bóveda celeste y me aconsejó seguir la estrella del rey Paon hasta encontrar a los hijos de Taus.

—¿Qué es la estrella del rey Paon y quiénes son los hijos de Taus? —me preguntó Nerval cuando le relaté el episodio.

—Lo ignoro, amigo mío. El eremita guardó silencio sobre ese punto. ¡Pero me aplicaré a buscar!

No necesité mucho tiempo para averiguar lo que era la estrella de Paon. En un antiguo tratado de astronomía descubrí que los árabes llamaban así a Venus, el lucero del alba.

—¿Venus? Pero es la anunciadora del sol, la portadora de la luz, la Lucifer de los antiguos.

—¿Venus es la estrella de Satán?

Llegué a las orillas del Tigris a finales de noviembre. El aire era suave y claro; el calor, soportable. Instalado bajo las arcadas de estuco de un caravasar, a quienes me preguntaban les decía que yo era un comerciante en manuscritos antiguos que trabajaba para los coleccionistas rumís. Esa mentira tenía la virtud de procurarme un estatus respetable sin suscitar la codicia y, sobre todo, me proporcionaba un excelente pretexto para preguntar al populacho sobre los extraños asuntos que me interesaban sin que recayeran sobre mí excesivas sospechas.

—Busco textos relativos a los hijos de Taus —pregunté nada más llegar—. ¿Sabe si existen?

Al principio todos se encogían de hombros ante mis preguntas; después, un hombre bien vestido que permanecía detrás de mí me tocó en el hombro con su bastón.

—Los hijos de Taus tienen dos libros santos —me dijo sin presentarse—. El primer texto es el *Mishefa Res* o *Libro negro*. El segundo es el *Kîteba Cilwe* o *Libro de la revelación*. Pero son obras reservadas únicamente a los adeptos de su fe. No te los venderán ni te autorizarán a leerlos. ¿Por qué quieres saber esto?

—Son unos rumís de Londres —mentí—. Han oído hablar de Taus y desean coleccionar todo lo que se encuentre sobre el tema.

—¿Unos rumís, verdad? —exclamó con ironía el desconocido, para darme a entender que no era ningún ingenuo—. ¿No serás tú mismo el que los estás buscando por tu cuenta?

El hombre era alto, con un rostro noble. Llevaba una cimitarra de larga hoja pasada por la cintura. Dos sirvientes le seguían a una distancia respetuosa, procurando no pisar su sombra. Comprendí que sería inútil fingir.

—He seguido hasta aquí la estrella del rey Paon —admití—. Y la seguiré hasta el valle de Lalish... la seguiré pase lo que pase, hasta que encuentre lo que busco.

—¿Nada te desanimará?

—Nada, ¿por qué tendría que ocurrir eso?

—Porque los hijos de Taus son los adoradores del Demonio, mi mentiroso amigo.

—¿El demonio llamado Lucifer? ¿El lucero del alba?

—Taus es el nombre que ellos le dan a Venus, así es. También lo representan bajo la forma de un pavo real. Según ellos, es el primero de los siete ángeles que ayudaron a Alá en la creación del mundo. Él fue quien enseñó a los hombres a fabricar armas y a acuñar moneda. Les dio a las mujeres los secretos de los polvos y afeites que engañan los sentidos, realzan y disimulan. También enseñó los arcanos de los venenos, los encantamientos para amarrar los corazones y cómo leer el destino observando el curso de los planetas en el cielo. Cuando Alá, alabado sea su nombre, le pidió que se postrara ante el hombre, él se negó porque no quería adorar más que a

Dios. A pesar de su desobediencia, Dios lo perdonó y lo elevó al rango de arcángel. Le ofreció el gobierno de este mundo, y es por ello que los hijos de Taus le llaman también *malek*, el rey.

El hombre que me había hablado con tanta libertad se llamaba Attar. Era uno de los comerciantes de sedas y muselinas más ricos de Bagdad. Cinco veces al año, fletaba largas caravanas con destino a la India y China. A pesar de su actividad de comerciante, era un espíritu curioso de todo, vivaz y agradable, aficionado a las artes y la filosofía. Intrigado por mi persona, quiso saber quién era en realidad.

—Si te invito a mi casa para que disfrutes de todas las comodidades de un verdadero hogar, ¿me dirás qué te ha impulsado a buscar a los adoradores del Diablo?

Las largas semanas de marcha a través del desierto y las áridas mesetas me habían agotado. La perspectiva de dormir en una cama mullida venció mis últimas reticencias. Tras prometerle que se lo contaría todo, seguí a Attar hasta su mansión, un palacio digno de un sultán de *Las mil y una noches*. Me despojé con infinito placer de las apestosas ropas que llevaba desde mi partida de Damasco. Lavado, afeitado, masajeado por criados silenciosos en el baño de vapor, me vestí después con una túnica y un pantalón bordados antes de presentarme de nuevo ante el señor de la casa. Ahora que me había liberado de la película de grasa que me cubría como un camuflaje, y a pesar de mi piel bronceada por el sol, se podía ver que yo era un franco, y no un fenicio como había fingido.

Mi estatus de infiel, sin embargo, no inquietó a Attar. Cenamos suntuosamente, acucillados frente a frente en un mullido tapiz mientras yo pagaba la hospitalidad de mi anfitrión con el relato de algunos fragmentos de mi historia.

—Así pues, te llamas Dalibor y conociste a un eremita en una gruta —concluyó.

—Eso es.

—¿Y basta con que un piojoso te haga una profecía para que camines sin descanso desde la costa con el fin de encontrar un valle que ni siquiera sabes si existe? ¡Y bien, amigo mío, me pareces tan extraordinariamente valeroso como estúpido! Y no consigo decidir cuál de los dos calificativos supera al otro. ¿Te das cuenta del peligro extremo de tu viaje? Es un milagro que no te hayan descubierto. Los infieles no son bienvenidos aquí. Los que se arriesgan en solitario por nuestras comarcas suelen terminar con la cabeza enojosamente separada del resto del cuerpo. ¿Nunca lo has pensado? ¿Acaso la vida no te importa nada?

—Morir mientras se intenta responder a los enigmas que uno encuentra en su camino me parece una actitud más noble que quedarse en casa por miedo a perder el pellejo. Incluso tú, Attar, con tu fortuna: ¿de verdad eres feliz aquí? ¿No hay una voz dentro de ti que te llama a la aventura y hace que lamentos no sentir jamás tu corazón latir con más fuerza cuando surge el peligro?

—¡De ningún modo! ¡De ningún modo! Yo he construido mi paraíso con mis propias manos. Es aquí donde mi alma es feliz. Ninguna pregunta la atormenta, ningún temor, ningún deseo... ¿quieres ver algo de ese milagro?

—Tengo curiosidad —respondí, intrigado por el inesperado fervor del bagdadí.

De puntillas, como un conspirador que se deslizara en un lugar prohibido, Attar me condujo a través de un dédalo de corredores hasta otra ala de su mansión. Subimos por una escalera de caracol que se elevaba hacia los pisos superiores. Attar se puso un dedo en la boca para indicarme silencio y abrió la marcha. En la primera planta, desembocamos en una larga crujía bordeada por un tabique de marquetería, decorado con motivos geométricos. Por los orificios, vi que la galería corría sobre una vasta sala donde retozaban mujeres, un lugar adornado con estanques, fuentes, montañas de cojines y de pieles sobre las que rodaban las muchachas, todas jóvenes, de agradables contornos, adornadas con collares de perlas, con oro y muselinas de colores vistosos. Attar suspiró de satisfacción a la vista de este edén.

—Cada una de ellas es un ángel de placer, amigo mío. No hay una sola a la que no haya mecido en mis brazos, que no me haya devuelto centuplicados mis caricias y mis besos. ¿Por qué iba a arriesgar mi vida en las junglas y las tundras cuando estas criaturas colman mis sentidos tanto como mi espíritu?

—¿Dices que colman tu espíritu? ¿Y cómo puede ser eso? ¿Tus garitas son filósofas?

—¡Las mayores filósofas del mundo, amigo mío! Sus enseñanzas son incomparables, después de las de Alá, por supuesto. Ven a saciarte con la miel de su conversación.

Al final de la crujía, otra escalera permitía descender al paraíso. Attar me precedía. Las palomas se arremolinaron enseguida a nuestro alrededor. Sus manos se posaron sobre mí. Todas eran bellas y deseables, pero yo no quise ceder a sus tiernas invitaciones y me aparté con cierta rudeza de sus abrazos.

—O eres muy sabio o eres muy tonto al rechazar el presente que te hago —observó Attar—. ¿No serás impotente?

—No, pero lo ignoro todo de los juegos de la carne, y quiero reservar ese descubrimiento a una mujer que ocupa todo mi espíritu.

—¿Enamorado? ¿Estás enamorado? —exclamó Attar con una mezcla de admiración y burla.

—Quizá no sea exactamente amor —convine—, pero una mujer ocupa mis pensamientos y me siento incapaz de traicionarla.

—Ah, sufres una enfermedad terrible, amigo mío —dijo Attar con gravedad—. Una peste que ensombrece tu alma y hace que te pierdas todas las bellezas de la vida; porque una mujer, una sola mujer, nunca valdrá tanto como para que nos privemos de las maravillas que nos ofrecen las otras. Voy a intentar curarte de esta enfermedad. Mírame, esto seguramente te inspirará...

Y ante mis ojos, Attar poseyó a dos de sus concubinas. Pero la escena no suscitó en mí ningún deseo de imitarlo. Mi frialdad desesperó a mi anfitrión.

—¿Y bien? —me dijo, jadeante, después de haber hecho los honores a las dos gacelas—. ¿Crees que existe un paraíso más excitante que éste? Ahora que te he

mostrado cómo morderlos, ¿no sientes deseos de probar estos ricos frutos?

—Dices bien, Attar —aprobé—. Todos los hombres detendrían aquí su búsqueda, porque has reunido bajo tu techo los más bellos encantos que se puedan soñar.

—Entonces quédate, Dalibor. Mis negocios necesitan un rumí como tú. Trabaja para mí en lugar de persistir en buscar a los hijos del demonio. Hazte comerciante y, en unos años, serás tan rico como yo. Podrás construir tu propio palacio y adquirir tus propias esclavas. ¿No sería ésa una buena manera de calmar tus fiebres y de procurarte la alegría que te falta?

Pero no me rendí ante los razonamientos de Attar. A pesar de los tesoros de persuasión que desplegó, decidí proseguir mi viaje hacia el valle de Lalish. Un oscuro deseo me empujaba, una sed intensa que ni los gozos inefables del harén podían calmar.

—Que así sea —concluyó Attar con sincera tristeza—. Lo único que puedo hacer por ti entonces es indicarte la buena dirección.

En un mapa, señaló con el dedo una hondonada entre dos macizos montañosos en la región de la antigua Nínive.

—Aquí encontrarás a los hijos de Taus. Ten cuidado. Son kurdos que viven replegados en sí mismos. Nadie los frecuenta y ellos tampoco se mezclan con las demás comunidades. Vas al encuentro de la muerte, Dalibor. Pero no podrás decir que no he intentado disuadirte de semejante locura.

—Sólo puedo felicitarme por haberte conocido, Attar. No te olvidaré. Volveré a verte y te contaré lo que vea.

—¡Optimista y pretencioso! ¡Rumí, te echaré de menos!

De nuevo envuelto en mis ropas de vagabundo, dejé Bagdad en solitario y emprendí la marcha hacia el norte, en dirección a Mosul, siguiendo la rivera del Tigris. Iba despacio porque me movía sin brújula ni mapa por un terreno accidentado, de relieve tortuoso, infestado de saqueadores. Una tribu de pastores me acogió una noche en un oasis donde pude aprovisionarme de pleno sin que me pidieran nada a cambio. Pero mientras dormía confiado, los mismos que me habían alimentado quisieron hundirme un puñal en el corazón. Me debatí como un diablo, logré apoderarme de un largo y afilado *khandjar* y me volví hacia ellos. Pegado a una roca los mantuve a raya con mi dominio de la esgrima antes de desbordarlos. Aquellos granujas no estaban acostumbrados a que se les resistieran y, encadenando las séptimas, las paradas y las contras que tan a menudo había practicado en la sala de esgrima, conseguí herir de muerte a dos de ellos. Los otros huyeron a todo correr. Exaltado por esta aventura, desaparecí en la noche entonando a voz en grito una canción de marcha de los granaderos de Napoleón que me había enseñado el señor Hubert en la época en que frecuentábamos la rue aux Ours.

Cuatro o cinco días después de aquel incidente, al final de un talud desemboqué en el extremo de una meseta que presidía un gran valle modelado con algunas eminencias muy suaves. El cielo estaba blanco y se reflejaba en un suelo del mismo

color. Era un paisaje de creta, un desierto que empezaba allí. Mi cantimplora estaba casi vacía, pero no quise desandar el camino para ir a llenarla en el pozo más cercano. De modo que avancé, confiando en que la Providencia me permitiría descubrir una nueva fuente de agua. Sin embargo, mis esperanzas fueron vanas. Con el paso de las horas, la sed se agudizó, y el guijarro que me había puesto debajo de la lengua para retardar la deshidratación no sirvió de nada. Pronto me poseyó el delirio y una inmensa fatiga me trabó los miembros. Caminé hasta que la creta y la sal cedieron el paso a la arena. Al crepúsculo, recorrí la creta de una duna inmensa. Bajo el peso de mis pasos, el frágil equilibrio de los cristales de roca se quebró, y la línea de la creta se rompió lentamente, generando un sonido extraño, tan profundo como el de un cetáceo al zambullirse en lo más negro de las aguas. Quise correr para escapar al hundimiento, pero el suelo cedió bajo mis pies y me engulló por completo en un torbellino de polvo y sombras.

EL AMO DE LA FRAWARTI

Un dátíl se fundía bajo mi lengua, y miel mezclada con anís entraba en mi boca. Un perfume picante refrescaba mis fosas nasales. Abrí los ojos.

—Por fin has despertado. Has dormido mucho.

Sentado en una estera, con las piernas cruzadas, permanecía un desconocido esbelto y de aspecto distinguido. ¿Qué edad podía tener? ¿Cuarenta años? ¿Más? Difícil juzgarlo. Largos mechones de cabello espeso encuadraban sus sienes y sus pómulos salientes. Su perfil era noble; su figura, vigorosa.

—Me llamo Nuwas —dijo el hombre—. Eres huésped de mi casa. Que encuentres en ella la paz a la que aspiras.

La acogida era dulce y sincera. El timbre profundo y sereno de su voz inspiraba confianza. Intenté incorporarme.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunté algo absurdamente.

—Malek Taus, mi dios, me condujo hasta ti —respondió Nuwas—. Tu cabeza asomaba apenas de una capa de arena, la fiebre te consumía y apenas un hilo de aliento levantaba tu pecho. Pero yo sabía que la vida no iba a abandonarte.

—¿Has dicho Malek Taus? ¿Eres un adorador del demonio?

Nuwas se echó a reír.

—El gran dios Paon sólo es un diablo para los ignorantes, amigo. Para la gente como tú y como yo, es un guía y un protector. Es el amo de la sabiduría última, la que conduce por encima del bien y del mal. Si lo sirves con fe, él te ayudará como me ha ayudado a mí.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

—A liberarte de aquella que vino a ti, Dalibor Galjero. A dominarla y hacer que te obedezca, como me enseñó a mí a domar a Ta'qkyrin. Porque ése es el motivo secreto de tu viaje al valle de Lalish, ¿verdad?

—Sí —admití—. Así es.

—Entonces, ven conmigo.

Nuwas me ayudó a levantarme. Salí de la habitación apoyado en su hombro, porque aún me encontraba débil. Caminamos por un pasillo de muros encalados. El suelo estaba cubierto de tapices. Ningún sonido turbaba el silencio. Nuwas se detuvo conmigo ante un pesado portón de plomo con un complejo candado. Extrañas inscripciones grabadas en el metal adornaban lo que parecía ser la puerta de una celda. Una mirilla se abría al exterior para que se pudiera observar el interior del calabozo. Nuwas me indicó por señas que aplicara el ojo al orificio. Por un segundo, creí que se trataba de la propia Laüme y que él la había capturado y encerrado allí. De no ser por sus cabellos negros y sus ojos de jade, la muchacha sentada en la penumbra se parecería a ella como una hermana gemela. Su piel tenía la misma

transparencia y su rostro una forma idéntica. Su belleza, no obstante, era más tranquila, más maternal. Era alta, un poco más que Laüme. Un largo hábito flotante, descolorido, disimulaba las formas de su busto erguido. La desconocida pareció sorprenderse de ser observada. Ella no podía ver mi cara, pero su mirada fija en la mía se hizo brillante, imposible de sostener. Retrocedí.

—Esta criatura se llama Ta'qkyrin —susurró Nuwas—. Su naturaleza es la misma que la de tu Laüme. Pero yo aprendí a domarla. Y voy a formarte en ese arte.

El amor es servidumbre. El deseo de la carne es servidumbre. Ni el uno ni el otro son dignos de un hombre libre. Esa fue la primera lección que recibí de Nuwas. La primera, porque hubo muchas más. Nadie estaba más legitimado que él para enseñarme. Ni siquiera Laüme...

—Soy casi como tú, Dalibor —me dijo Nuwas—. Una especie de hermano mayor que desea que te aproveches de su experiencia. Ta'qkyrin es para mí lo que Laüme es para ti: un ángel y un demonio al mismo tiempo. Una bendición que vino a mí sin que yo la pidiera y una desgracia que yo no merecía. Eso ocurrió hace mucho tiempo... siglos, eones. La religión de Cristo no era más que un culto incipiente. Yo era por aquel entonces un caballero parto. Mi pueblo se había adueñado de Oriente. Éramos rivales de Roma. Pero hubo traiciones y bajezas entre nuestros vasallos. Un día, vimos humaredas que se elevaban en el cielo. Había ciudades ardiendo en nuestras fronteras. Las legiones de Trajano avanzaban hacia nosotros: un muro de escudos y de espadas dispuesto a atropellarnos porque no teníamos aliados. Hubiéramos debido huir o someternos, así dictaba la voz de la razón, y, sin embargo, antes que vivir como esclavos o vagabundos, nos pusimos las armaduras y cubrimos nuestros caballos con grandes cotas de malla de acero. ¡Si nos hubieras visto, Dalibor! Éramos un puñado de hombres frente a un mar de invasores. Nuestro soberano nos colocó, lanza en ristre, en la cresta de una duna de ceniza blanca. Yo, a mis quince años, era el más joven de los combatientes de élite y ocupaba el centro exacto de la falange. Ocultos por la arena, aguardamos hasta el último instante para cargar, y después nos hundimos como una cuña en las filas del enemigo; conseguimos casi dispersarlo pero no logramos hacer que se replegara. ¿Cuántos más hubieran hecho falta para ganar la batalla? ¿Cien más?, ¿cincuenta? Tal vez sólo diez. Pero no fue así. El enemigo nos echó a tierra uno tras otro, mató nuestras monturas y nos masacró. Nuestros capitanes cayeron, después nuestros príncipes y al fin nuestro rey... Entonces me di cuenta de que estaba solo. Las hachas y las lanzas ya iban a caer sobre mí, cuando sentí un soplo en mi nuca. Una mano fina aferró mi talle. Creí que un enemigo había subido a la grupa de mi caballo para descabalgarme y me volví para hundir la espada en su cuerpo. Pero la que se había unido a mí era un ángel de las batallas, una mujer de belleza radiante, acorazada para la lucha y armada con un pesado martillo de guerra. Entre los dos hendimos la hueste enemiga. A cada golpe de la desconocida, una

cabeza reventaba; a cada uno de los míos, un torso se abría. Ninguno de los campeones enemigos pudo rivalizar con nosotros. Atravesamos las columnas hostiles y huimos a las montañas. «Yo soy Ta'qkyrin —me dijo la criatura—. Soy tu *frawarti*, tu guardiana y tu consejera. Soy el alma de los guerreros muertos a tu lado en la batalla, nacida de las nupcias íntimas de su sacrificio con tu valor. Eso es lo que me ha traído a este mundo, y a partir de ahora velaré por ti y por tus hijos para siempre...».

»Yo era joven entonces y creí en sus promesas. Durante diez años, ella actuó como había prometido. Lo que había quedado de mi pueblo se extinguía lentamente bajo el yugo extranjero, pero yo era un hombre libre galopando por las estepas. Ta'qkyrin me protegía en los peligros y me daba su amor. Gracias a su brazo, que secundaba al mío, yo salía vencedor de todos los combates. A mi alrededor se reunieron hombres del antiguo reino y me convertí en su jefe. Al principio fuimos una banda, después, una tropa, y por último casi un ejército... “Yo puedo hacer de ti el nuevo rey de los hombres”, me dijo Ta'qkyrin. “Tengo el poder de daros la victoria. Podréis reconstruir vuestras ciudades y levantar otras aún más grandes. Vuestros graneros reventarán de grano porque yo haré caer la lluvia en vuestros desiertos. Tú serás aclamado como un dios, y les daré la vida eterna a tus hijos. Este país será vuestro para siempre. Ningún invasor se atreverá a violarlo jamás...”.

»Pero todas aquellas promesas tenían un precio, como ya adivinas, Dalibor: Ta'qkyrin exigía la sangre de inocentes en calidad de salario por sus milagros. Y como tú hiciste, al principio le entregué lo que reclamaba. Inmolé a sus pies niños nacidos de mi pueblo por docenas, pero nunca tenía bastante. Sus necesidades eran inmensas. Si por la mañana entrábamos como liberadores de una ciudad reconquistada, por la noche debía ofrecerle la oblación de los hijos y las hijas de los liberados.

»Así pasaron dos veces veinte estaciones, y quizás habiéramos podido refundar nuestro imperio si yo no hubiera tenido tanto orgullo. Porque quise obtener para mí mismo la inmortalidad que Ta'qkyrin había prometido a mis hijos. “Ése es un don que no puedo darte, Nuwas”, me advirtió cuando se lo pedí. “Mis fuerzas están consagradas a la reconquista. Mi magia no puede dispersarse...”. Y fue esa negativa, sí, esa negativa, Dalibor, la que me dio la fuerza de alejarme de Ta'qkyrin y de buscar yo solo lo que ella me negaba.

»Una noche sin luna, dejé el campamento de mi ejército. Había saciado de sangre a la *frawarti*. Se había embriagado hasta el punto de sumirse en una inconsciencia beatífica. Ya solo, emprendí un camino extraño que ni siquiera Ta'qkyrin conocía. ¿Dónde había aprendido su geografía? Lo ignoro. Me sentía inspirado. Una voz hablaba en mí y me decía lo que tenía que hacer... Y después, se me apareció en sueños un ave de fuego, un gigantesco pavo real con el cuerpo revestido de estrellas. Todas las noches soñaba con él, hasta que una mañana no se marchó cuando desperté. Presente a mi lado, me guió más allá de la aridez de un desierto de piedras hacia el

horno de un desierto de sal. Mi caballo cayó, pero yo seguí caminando. A mi alrededor ya no había nada, ni plantas ni animales ni insectos. Ni siquiera quedaba el polvo del suelo. Mis pies hollaban un terreno liso y blanco, sin elevaciones ni depresiones. Entonces, en pleno mediodía, el sol se veló y después se extinguió. Pero no se trataba de un eclipse. Era un astro de claridad mil veces más intensa que se había elevado de repente en el firmamento. Era Venus, el planeta del dios Paon, que lucía para mí con más viveza que Febo. Bajo sus rayos, otro mundo se me reveló, y también otra conciencia. Taus nació en mí y yo nací en él. Tuve la revelación de un secreto: un secreto único, que se borró apenas aprendido, que se destruyó apenas aplicado. No puedo reconstruir los trazos de aquella odisea íntima, ni para ti ni para nadie. Hoy no me queda de ella más que una sucesión de imágenes imprecisas. Volví a ver los cuerpos de los niños tendidos delante de mí, los cadáveres descuartizados, desmenuzados, en los que yo buscaba los secretos de la muerte y de la vida. Aquello se acabó tan de repente como había empezado. El viento pasó por mis sienes, el canto de los pájaros resonó con claridad en el amanecer; yo estaba tendido cerca de una fuente, desnudo. Contemplé mi figura en el reflejo del agua. Estaba tan delgado que podía contar mis huesos. Hacía meses que no me cortaba el pelo y me caía hasta la cintura. Una barba sucia ocultaba mi rostro demacrado, y debajo de mis uñas largas y negras se pudrían restos de la carne de mis víctimas. Su sangre seca manchaba mi piel como las pinturas de guerra en el torso de un bárbaro... Sin embargo, había recobrado la conciencia. Mi corazón latía con calma y mi cerebro parecía razonar mejor y más deprisa que nunca. Supe que había alcanzado mi objetivo, pero no exactamente aquel al que aspiraba. ¡No! Aunque había hecho brotar en mí la flor rarísima de la longevidad, el néctar de la eternidad se me escapaba todavía. El dios Paon no me había concedido la corona de oro que yo codiciaba. Sin embargo, sabía que disponía de siglos para conseguirla. Siglos, Dalibor, a condición de que cuidara mi cuerpo con frecuentes rituales y una ascesis escrupulosa... ¡Pero poco me importaban esos inconvenientes, porque el hada venida a mí ya no era la fuente exclusiva de mis poderes!

»Quise volver con mis hombres para conducirlos de nuevo a la batalla, pero no encontré ni rastro de mi ejército en ninguna parte. Ta'qkyrin, en venganza por mi partida, había conducido a mis rebeldes bajo el fuego de nuestros enemigos. No quedaba nada de nuestros logros pasados. La cólera de la *frawarti* era tan viva que rompió los juramentos que me había hecho e intentó matarme. Pero la fuerza de Taus no me abandonó. Luchamos y dominé al ángel guerrero. ¡Sí, Dalibor! ¡Tuve la fuerza! Cuando terminó el enfrentamiento, yo era su amo. Le negué todo nuevo sacrificio, y esa privación paralizó sus poderes: aunque podía seguir protegiéndome y concederme ciertos privilegios, su poder ya no bastaba para poner sobre mi frente la corona de un imperio. No me importaba, pues había conquistado el mayor bien que se pueda concebir: la vida eterna. ¿Qué más podía desear?

»Pasaron los años, las décadas y los siglos. Ta'qkyrin seguía a mi lado. Pese a su

belleza, yo jamás la tocaba. Tentadora, perversa, manipuladora y provocativa, sin duda que lo fue. Ella creía que ése sería un medio seguro de recuperar su antiguo poder sobre mí. A pesar de mi deseo, no cedí: la ogresa se habría beneficiado demasiado. Desde el día en que salí del desierto de sal no volví a acariciarla, ni siquiera quise contemplar su desnudez, quizá su arma más poderosa. Le hago ocultar las curvas de su cuerpo bajo un hábito gris, le prohíbo las joyas y los adornos... Las *frawartis* son seres peligrosos, Dalibor, criaturas caprichosas y falsas que saben explotar nuestras debilidades mejor que nadie. No debemos confiarles nuestras esperanzas. No podemos deberles nuestras alegrías. Sólo así podemos hacer que nos obedezcan.

»La religión de Cristo se extendió y corrompió Roma hasta la médula. El Imperio se hundió bajo la podredumbre de esa nueva fe. Después le llegó el turno al caravanero Mahoma. Pero Taus, mi dios, se burlaba de ellos. Era más antiguo que Alá y no tenía palabras que decir a la turba. Taus es un dios para los fuertes, Dalibor, un dios cuya sola moral es el poder y la belleza. No ambiciona dominar el mundo ni convertir a los pueblos. Sólo le interesan las almas de excepción. Es el dios de los solitarios, de los que abrazan la sombra y la luz con la misma pasión; él tiende un puente entre el horror y la voluptuosidad. Fácil y compleja, oscura y evidente, su filosofía contradictoria no está hecha para el vulgo ni para los que se creen sabios o eruditos. Por eso todos la llaman obra de Satán, saber maldito... Es cierto que sobre ella no se pueden construir ciudades y naciones, porque no es un cimiento de los pueblos. Es una vía que no se transmite de sangre a sangre, sino de alma a alma; no de padre a hijo, sino de semejante a semejante... ¡Y yo sé que somos semejantes, Dalibor Galjero!

Nuwas colgó una bota de leche de camella del cuello de su montura y saltó a la silla.

—Es para esta noche —explicó—. Cuando llegemos se habrá batido y tendremos mantequilla para el vivac. Vamos, sígueme.

Me pasé sobre la boca un trozo del turbante y hundí los talones en los flancos de mi caballo. Era la aurora, y el sol asomaba justo por encima del horizonte, pero el aire era frío, y de los ollares de nuestros animales surgían chorros de vapor denso. Al trote corto dejamos el pueblo de Nuwas. Él, que hubiera podido conocer un destino más ilustre que los de Alejandro y César, vivía desde hacía siglos en una aldea de pastores y artesanos, en el fondo de un valle olvidado de Mesopotamia. No era príncipe, ni jefe guerrero, ni siquiera jefe de clan o sacerdote.

—Me contento con cuidar los rebaños —dijo Nuwas—. Encuentro a los niños perdidos que se alejan de su madre y se caen por los barrancos. Ayudo a los viejos a morir cuando su cuerpo les hace sufrir demasiado. También vigilo las fuentes para que no se sequen. Podría hacer más, desde luego, pero me limito a eso. No es bueno ostentar los poderes que no domina el común de los hombres.

Dejamos el valle de Lalish y tomamos la dirección del este. Se suponía que Nuwas marchaba al encuentro de los nómadas de las mesetas para ayudarles a prepararse para la mala estación reactivando los hechizos protectores de sus animales y los de ellos mismos. En realidad, el viaje era un pretexto para estar conmigo sin testigos.

—Malek Taus me ha conferido la presciencia de tu historia, Dalibor. Pero hay dos cosas que necesito escuchar de tu boca. Háblame de tu *frawarti*, sobre todo. Descríbeme los sentimientos buenos y malos que te ligan a tu Laüme.

Describir a Laüme en términos justos fue una tarea larga y difícil que me exigió varios días. Con el mayor detalle posible, relaté mi existencia a Nuwas, sin omitir lo que me habían confiado las sombras antiguas de Galjero y de Dragoncino. Cuando concluí mi narración habíamos llegado al borde de una tundra espinosa cuyo final no alcanzaba la vista.

—En otros tiempos he cazado el león aquí —dijo Nuwas—. Era una época más noble que la que el mundo se dispone a conocer.

Su voz era melancólica y sus palabras rezumaban una secreta nostalgia. Sin embargo, no se entretuvo en más comentarios. Penetramos en la estepa y vivaqueamos por la noche.

—Voy a enseñarte una magia fácil y útil —me dijo mi maestro—. Esta landa está habitada por bandidos. Puedes estar seguro de que ya han visto nuestro fuego. Vamos a ocultarnos a sus ojos.

Nuwas arrojó con todas sus fuerzas cuatro bolitas de ámbar a los cuatro puntos cardinales. Después, dejó caer a sus pies un último guijarro. Con la punta de una tea sacada de la hoguera, dibujó un lazo en torno a esa piedra, que se cubrió enseguida de condensación. Una niebla espesa surgida de ninguna parte se formó a nuestro alrededor. En unos instantes, quedamos protegidos por un anillo de bruma tan compacta que se habría dicho que nos encontrábamos de pronto elevados entre las nubes. La noche transcurrió en la mayor tranquilidad. Al día siguiente, cuando proseguimos nuestro camino, Nuwas me reveló cómo obrar otros milagros de este orden.

—Hay que canalizar y proyectar la voluntad, Dalibor, ése es el secreto. Las piedras son simples soportes, lo mismo que los signos mágicos. Son marcas que no poseen otro poder que el que tú les otorgas. Ni más ni menos.

En una cañada, me entrené en hacer levantarse una capa de bruma y en disolverla después. Fue tarea sencilla. Después, Nuwas me mostró cómo reunir nubéculas en un cielo límpido y también cómo densificar una nube hasta hacer surgir un relámpago.

—Es la antigua ciencia de los invocadores de tormentas —me explicó—. El griego Pitágoras la dominaba con maestría. Se cuenta que fue gracias a ella que incendió las velas de la flota que invadía Siracusa. Como parece que tienes buena disposición, creo que podrás conseguir otra proeza...

Nuwas cortó una varita de un arbusto de espinos y la recortó para hacerla

rectilínea. Con suma precaución, vació el palo con la punta de un cuchillo de hoja fina y llenó el hueco con cristales de ámbar sujetos entre dos guijarros. La savia espesa de un arbusto, endurecida al contacto con el aire, sirvió para sellar el objeto.

—Toma esta varita y utilízala para dirigir tu energía hacia un ser viviente —me ordenó Nuwas—. No importa cuál. Por ejemplo, ese gran lagarto que está encima de esa piedra.

—¿Qué va a pasar? —pregunté, intrigado.

—No tengo la menor idea, Dalibor. Quizá no os pase nada ni a ti ni al animal, o quizás algo extraordinario os ocurra a los dos. Pruébalo y lo veremos...

Tendí sin fe la varita llena de ámbar en dirección al reptil. Como había sentido antes, cuando hice surgir el relámpago, un estremecimiento recorrió mis músculos y se concentró en mis manos. Creí que un rayo iba a surgir de la punta de la varita pero, en lugar de eso, vi que el lagarto empezaba a moverse de manera extraña y después a retorcerse donde se hallaba, como atacado por una peste repentina. Con la varita siempre tendida, me acerqué para observar mejor el efecto de mi sortilegio. De la piel del reptil surgía una humareda, y su epidermis se resquebrajaba bajo el efecto de una combustión que tenía efecto en sus entrañas. La bestia murió de ese modo, quemada desde dentro en pocos segundos, sin que yo hubiera formulado el conjuro de manera consciente. Nuwas cortó el lagarto y nos lo comimos entre risas.

—Sólo había visto esto antes una vez —me dijo el maestro—. Y fue hace mucho tiempo. Uno de mis primeros aprendices estaba dotado como tú para canalizar su energía; pero el orgullo era su punto débil. Se creyó lo bastante fuerte para dominar a su *frawarti* y me abandonó antes de terminar su aprendizaje. Su hada lo mató y desapareció. Procura no seguir su ejemplo, Dalibor. Quédate conmigo hasta que reúnas suficiente fuerza para salir victorioso de la confrontación con tu Laüme.

—¿Cuántos hombres han venido a ti, Nuwas? ¿Cuántos hombres como nosotros hay en el mundo?

Nuwas hizo una mueca interrogativa.

—¿Quién sabe, Dalibor? Cada siglo que pasa llegan menos al desierto. Quizá tú seas uno de los últimos. Los tiempos cambian. Los hombres de hoy en día no necesitan el coraje y la nobleza de otros tiempos, su vida es más fácil y más simple. Han hecho de la mediocridad su compañera y no soportan que se les aparte de sus pequeñas ignominias cotidianas. Su alma ya no es de dura piedra sino de fango maloliente. Es natural que las *frawartis* ya no se aparezcan.

—Pero ¿cuántos? —insistí.

—Quizá diez en todo Oriente. Bastantes menos en Occidente. Más allá, no lo sé.

—Diez en Oriente y sólo un puñado en Europa —repetí, pensativo.

—No los conozco a todos —matizó Nuwas—. Quizá sean más numerosos de lo que creo. Pero no intentes saberlo, Dalibor, ni encontrarlos. Ellos no podrían ayudarte ni tú tampoco podrías hacer nada por ellos. Tienes que afrontarlo solo. Es mejor así...

Me pareció que Nuwas dejaba sus explicaciones a medias; cuando me disponía a

animarle a que abandonara sus dudas, se puso en pie y subió a su caballo sin decir palabra. Caminamos en silencio durante dos días; nuestros comentarios se limitaban a lo estrictamente necesario en aquellas montañas de los confines de la Ruta de la Seda. Dos horas antes del alba del tercer día, llegamos a un bosque petrificado en la ladera de una montaña de esquisto. Lejos y por encima de los troncos desnudos se elevaba una torre cuya forma recordaba a la que había visto en Damasco. Nuwas sujetó las riendas de mi caballo.

—Un tesoro te espera en la cima de esa colina —me dijo—. Debes ir.

—¿Tú no me acompañas?

—Sabes bien que eso es inútil. Te esperaré aquí. Ahora, ve...

Con el corazón palpitante, subí la pendiente pedregosa, agarrándome a los troncos para superar el fuerte declive. Por fin, después de horas de esfuerzo, hollé la cima y contemplé el monumento. Como su hermana de Siria, la torre estaba adornada con azulejos claros que formaban variaciones infinitas sobre el tema del pavo real. La construcción se hallaba en buen estado e incluso parecía haber sido objeto de trabajos de reparación recientes. La puerta se abrió sin ruido cuando la empujé. En contraste con la viva luz del exterior, la oscuridad parecía impenetrable. Llevaba una lámpara de aceite en una bolsa colgada de la cintura. Encendí mi chisquero, prendí la mecha y avancé.

Primero vi que los muros estaban decorados con los mismos motivos que en el exterior: pavos reales multicolores del suelo al techo. Di algunos pasos con la esperanza de encontrar una escalera, pues había visto que el diámetro de la construcción no era demasiado grande. En lugar de eso, el único pasillo, que partía de la entrada, parecía no acabar nunca. Atravesé una larga galería abovedada, desierta y silenciosa, cuyo techo se hacía más bajo a medida que se modificaban los dibujos de las paredes. Éstos se estilizaban metro a metro, y los colores se fundían hacia un negro cada vez más definido. Las aves se afilaban en delgadas líneas entrelazadas, que serpenteaban formando volutas hipnóticas, espirales cuya dinámica se aceleraba mientras que las paredes del pasillo se estrechaban y el techo bajaba. Finalmente, tuve que ponerme a gatas para continuar avanzando por aquella galería, que se había vuelto tan estrecha como el cuello de un embudo. Una oleada de calor se abatió de pronto sobre mí, envolviéndome por completo y enrareciendo el aire. Tuve la impresión de estar atrapado en un horno y el miedo se apoderó de mí. Quise desandar el camino, pero ya era tarde. Fui arrastrado por una corriente horizontal que ningún esfuerzo de voluntad podía contrarrestar. Enloquecido, mirando los tejidos y trenzados que corrían por las paredes, jadeaba buscando llenar mis pulmones de oxígeno. El ahogo me paralizaba, y un dolor intenso estalló en mi cerebro en el mismo instante en que la llama de mi lámpara se extinguía. El sufrimiento era tan violento que por un instante creí que caería en la inconsciencia. Sin embargo, tensé los músculos y golpeé con los puños los muros que me encerraban como la fosa de un cementerio. En mi vida, en «mis» vidas, jamás había tenido tanto miedo, ni siquiera

cuando el verdugo de Bucarest había cerrado el nudo de cáñamo en torno a mi cuello.

Un grito desgarró mis pulmones, una última llamada, a la que respondió otro grito, después otro y un tercero aún. Por todas partes a mi alrededor se elevaban voces. Estridentes, agrias, discordantes y abominables. Me perforaban como agujas, me cortaban como navajas de afeitar... voces de niños, las voces de todos los niños que yo había entregado a la ogresa Laüme en el quai d'Orléans.

Entonces los vi avanzar hacia mí: se arrastraban como larvas pálidas, salían de los muros para cubrirme con sus cuerpos helados y murmurar sus lamentos en mis oídos. Su peso enorme se abatió sobre mí y me envolvió como un sudario. Sus rostros se habían paralizado en el instante en que la vida los había abandonado, sus bocas babeaban sangre y sus ojos me lanzaban miradas de odio, a mí, el cómplice de su asesina. Cerré los párpados pero eso no bastó, su imagen se infiltraba en mi espíritu como una serpiente, como una miríada de escorpiones que había acudido a despedazar mi alma con la misma ferocidad que yo había puesto en despedazar y torturar su carne... Supe que nada podía hacer contra aquella banda demoníaca. Mi espíritu protector no era lo bastante poderoso para repeler el asalto de aquellos espectros. Ni siquiera el hada Laüme hubiera podido vencer a aquellos fantasmas salidos del limbo para buscar venganza. Sin embargo, cuando ya creía desfallecer, una forma brillante apartó a las apariciones y les hizo soltar su presa. Apareció un rostro: era el de Lorette, la muchacha de Charenton a quien había querido ofrecer en lugar de Sandrine.

—Dalibor Galjero —dijo con una voz tierna—, vengo a escuchar su arrepentimiento y a perdonarle. ¿Quiere contarme sus remordimientos? ¿Quiere confesar su pena por habernos sacrificado a mí y a mi hijo? Llore sinceramente nuestras muertes y nuestros sufrimientos, Dalibor Galjero. Llore por los inocentes enviados a la muerte para saldar su deuda con Laüme. Confórtenos con su amor y nosotros lo acogeremos como a un padre y un protector. Hágase humilde, reniegue para siempre del demonio Laüme, abjure de su fe en ella, y nosotros borraremos su sufrimiento para alimentarle con la leche de nuestra infinita mansedumbre...

Una vergüenza abominable surgió de lo más hondo de mi ser. Mi alma cedió a los remordimientos. Me deshice en lágrimas y uní mis manos para implorar a Lorette que me perdonara por mis crímenes pero, en el mismo instante en que iba a expresar mi contrición, mi corazón se cerró de golpe. Un vigor surgido de algún centro de orgullo me galvanizó de pronto y me hizo estallar de rabia. Escupí al rostro del espectro en vez de humillarme ante él, y rechacé la penitencia que me exigía. Fue como si una bola de gas ardiente incendiara mis venas y mis nervios. Lorette se irguió ante mí, terrible y vengadora:

—Esa Laüme ha hecho de ti el monstruo en el que te has convertido, Dalibor Galjero. El dolor y la muerte van a purificarte de la podredumbre con la que ella ha cubierto tu alma.

El segundo asalto de los niños sacrificados surgió de la oscuridad. Se aglutinaron

sobre mí como las ratas que yo había lanzado en otro tiempo sobre mi padre y mis hermanas incestuosas. Mi piel se desgarró bajo sus colmillos de humo, mis huesos se rompieron entre sus mandíbulas, mis músculos fueron roídos por el filo de sus dientes acerados. Enloquecido de dolor, llamaba a la muerte con todas mis fuerzas, pero el orgullo de no haber cedido al arrepentimiento me daba fuerzas para afrontar aquel tránsito sin desfallecer. Y entonces, cuando ya tocaba el firmamento de las tinieblas, surgió un ave de fuego, un pavo real gigantesco del color del sol, que me atrapó con sus garras y me arrebató a los vengadores con un gran grito majestuoso.

LA PUERTA DE PLOMO

Nada volvió a ser como antes. Todo en mí había cambiado. Llevado por Taus, el rey pájaro, había franqueado océanos de fuego y me había hundido en el corazón de inmensas extensiones de basalto y de ébano, en territorios sin luz ni oxígeno donde nada carnal podía existir. Mi alma fue calcinada, destruida, recreada, reducida otra vez a la nada para ser de nuevo recompuesta y batida como una hoja de acero en el yunque. Recuerdo que gritaba de dolor, pero nadie acudía a mi llamada. También estaba el miedo. Y después, nada más que un silencio perfecto en el seno de una perfecta oscuridad. Una calma absoluta, la calma de la renovación y la metamorfosis.

Entonces, el dios Paon volvió a planear por encima de mí y su canto se mezcló con mi risa para entretejer una melodía rápida y alegre. Una corriente de energía formidable me reanimó y lanzó mi cuerpo de vuelta a la orilla del mundo de los vivos. Mis párpados se abrieron y mis dedos se hundieron en la arena. Dejé colarse uno a uno los granos de arena que tenía en las manos y observé el espectáculo, fascinado. Un hombre corriente habría visto en él el símbolo de la consunción del tiempo, que nos precipita inexorablemente hacia la nada. Para mí, en cambio, ya no significaba nada en absoluto, porque, como Nuwas, me había sustraído para siempre a la fuga del tiempo por mi sola voluntad... ¡Sí! Lo sabía en lo más íntimo de mi conciencia, mi viaje a las tinieblas había forjado en torno a mí una armadura perfecta sobre la que los años podrían deslizarse sin dejar huella. ¡A condición de seguir la vía de mi dios, yo me había convertido en inmortal!

—Tu cuerpo no sufrirá ningún cambio más, Dalibor —me explicó Nuwas cuando me reuní con él al pie de la montaña—. Taus te ha concedido este privilegio para recompensar tu orgullo, que ni el miedo ni la compasión han podido doblegar. Tu rostro permanecerá tal como está ahora, lo mismo que tu fuerza y tu belleza. Jamás conocerás el horror de la senilidad. Pero hay que respetar unas reglas.

—¿Qué reglas? —pregunté.

—Hermano, ahora debes vivir en lo que los antiguos griegos llamaban *hibris*, es decir, la desmesura. Deberás crear tus propias reglas, porque el Bien y el Mal ordinarios ya no tienen sentido para ti. Ya no necesitas esa referencia. Olvídala para siempre, o la locura se apoderará de ti.

—¿Y qué debo hacer?

—Yo te ayudaré. Es una tarea que debes cumplir con el fin de domar a tu *frawarti*, esa Laüme a la que deberás imponerte para ganar definitivamente tu libertad. Pero todavía no es el momento propicio. Has sobrevivido a las pruebas de la torre del dios Paon. ¡Regocíjate! Ven, vamos a celebrar el acontecimiento.

Nuwas saltó a su silla y se lanzó al galope gritando como un salvaje ebrio de libertad. Su ejemplo encendió el fuego en mis venas. Tomé la brida de mi caballo y

partí en pos de él. Mi montura era un caballo árabe vivaz y siempre presto a la carrera. Feliz por mi brusca demanda, se entregó a fondo para alcanzar a Nuwas. Galopamos así más de una legua hasta perder el aliento, gritando como críos, jugando a adelantarnos y a cortarnos el paso, pasando por debajo de las ramas bajas tumbados en el cuello de nuestras bestias, saltando por encima de troncos caídos y rocas salientes... Detuvimos la cabalgada al borde del desierto. Mi corazón latía a punto de estallar y mi espíritu flotaba en una exaltación sin límites. Después de los años tristes de mi infancia, y de mi adolescencia acabada en el horror de la miseria, la humillación y el crimen, tenía un sentimiento de liberación, de realización. Sentía, en fin, que mi cuerpo y mi alma vibraban a un ritmo que era sólo mío. Y este renacimiento se lo debía a Nuwas.

Cabalgamos juntos el resto del día; él, feliz y orgulloso de su papel de iniciador, yo, exultante de descubrirme de repente enamorado de la vida y lleno de nuevos deseos. La tristeza y la incertidumbre me habían abandonado. El velo oscuro que desde siempre me había servido de horizonte, acababa de rasgarse por fin. Por la noche llegamos a un oasis encajonado entre las arenas. Un profundo estanque de agua clara ocupaba el centro y reflejaba la suave luz del sol poniente. Aquel refugio secreto albergaba una colonia de pájaros y de ibis, familias de zorros plateados y de ardillas de las dunas, manadas de antílopes y de gacelas. Entramos en el agua fresca al galope tendido y nos desvestimos para nadar en el estanque hasta que la luna y las estrellas se elevaron sobre nuestras cabezas. Estábamos a punto de dormirnos junto a la hoguera cuando nuestros animales tiraron de pronto de sus riendas y se estremecieron.

—Los caballos han sentido el olor de dromedarios que se acercan —me dijo Nuwas sin parecer inquietarse.

Agucé el oído y percibí el ruido de un pequeño grupo. Pronto vimos llegar a una quincena de nómadas que venían a buscar refugio en el oasis hasta el día siguiente. Nuwas se levantó para conversar un momento con el patriarca del grupo.

—No hay nada que temer de esta gente —me explicó—. Es una familia de mercaderes que hace un breve alto aquí. Dejémosles descansar.

La tribu se instaló a una distancia respetuosa de nuestra posición. Las mujeres cocieron tortas en las piedras de su hoguera y un hombre nos ofreció compartir su festín. Aceptamos con gratitud y Nuwas preguntó si uno de los viajeros o algún animal del convoy necesitaba cuidados, ya que él era curandero.

—Un niño tiene fiebre desde hace tres días —respondió el comerciante—. Es el segundo hijo de mi hermano. Si quieres verlo, te llevaré junto a él.

Nuwas tomó un saco de cuero de sus alforjas y me hizo señal de que le acompañase junto al enfermo. El niño debía de tener siete u ocho años. Temblaba a pesar del calor y su madre lo había envuelto en dos mantas, tal era su tiritera. Su piel estaba descolorida de un modo desagradable y todas las venas de sus ojos habían reventado. Nuwas extrajo de su saco una piedra blanca y la colocó debajo de la

lengua del niño; después, con un trozo de carbón tomado de la hoguera, trazó unos signos misteriosos en las mejillas y la frente del chiquillo. En unos minutos, el niño dejó de agitarse. Sus ojos recobraron el brillo y su piel recobró un aspecto más lozano. Cuando la fiebre remitió, el muchacho escupió la piedra con una mueca de disgusto: el guijarro se había puesto tan negro como la pluma de un cuervo. Nuwas lo empujó al fuego con la punta de su bota y le preguntó al pequeño cómo se llamaba.

—Me llamo Zharan —respondió éste con voz clara.

Toda la familia de mercaderes festejó a Nuwas por aquella curación asombrosa. Le ofrecieron un lienzo de seda y un paquete de sal, hojas de tabaco y una piel de cabra recién curtida. A mí, que no tenía mérito alguno en el asunto, me regalaron un bonito cuchillo damasquinado y una lasca de cuerno para afilarlo.

—Esos viajeros son generosos —le dije a Nuwas cuando volvimos junto a nuestros caballos.

—Así es. Son gente de bien.

Dormí profundamente hasta que mi maestro me sacudió, poco antes del alba.

—Sobre todo, no hagas ruido y sígueme en silencio —susurró.

Nos acercamos al estanque y nos sentamos en una piedra plana de la orilla. Nuwas hundió los dedos en la tierra húmeda, trazó unos signos con el fango en sus palmas y durante un buen rato estuvo observando con intensidad los dibujos antes de hundir las manos en el agua. Bajo la luz en aumento, pude ver con claridad una nube de tinta que se difundía en el agua del estanque enturbiando y ensuciando su pureza. Esto duró un instante; pronto la mancha se diluyó y desapareció por completo, mientras que las aves zancudas que chapoteaban en la orilla echaban a volar entre gritos asustados. Los glifos habían desaparecido de las palmas de Nuwas.

—Volvamos a nuestro sitio —murmuró mi maestro— y esperemos.

No necesité mucho tiempo para comprender lo que acababa de hacer. Al despertar, los caravaneros fueron uno tras otro a beber a la charca. Feliz de verse libre de las fiebres, el pequeño Zharan saltó al agua con los pies juntos, perseguido por dos o tres chiquillos de su edad que jugaron un buen rato a salpicarse. Pero poco después, todos los que habían bebido o se habían mojado en el lago sintieron dolores, que fueron en aumento minuto a minuto, y sus gritos y lamentos resonaron por todo el oasis. Nuwas miraba, impávido, con una ligera sonrisa en los ojos.

El hecho de que Nuwas hubiera envenenado la charca gracias a sus glifos no me indignaba en absoluto. Me sentía tranquilo, indiferente. A unos metros de allí, aquella gente se retorció de dolor y se vaciaba ante mis ojos sin suscitar en mí ningún sentimiento de compasión. Por el contrario, su muerte me divertía. Una risa maligna subió desde mi bajo vientre y sacudió todo mi cuerpo. Nuwas también reía a carcajadas. Para apreciar mejor el espectáculo, deambulamos entre los moribundos. Algunas víctimas agonizantes tenían aún fuerzas para mirarnos. Podíamos leer la incomprensión y el miedo en sus rostros. Nuwas sacó una cuchilla y se puso a degollar metódicamente a todos los miembros de la tribu, empezando por el patriarca.

—Te dejo a las mujeres y los niños, Dalibor —me dijo—. Es la mejor parte.

Con la misma navaja que los caravaneros me habían regalado unas horas antes, les rajé la garganta a las mujeres del grupo sin inmutarme. Fue cosa de unos instantes, porque el olor de la sangre me embriagaba como nunca y confería a mi brazo un vigor de poseso. Aquella furia criminal no se parecía a nada de lo que había experimentado hasta entonces. Los crímenes de Laüme de los que había sido testigo me habían repugnado; pero allí, en el desierto, en compañía de mi maestro, matar inocentes era un juego, la revelación de un placer insólito, el ejercicio de un poder nuevo y excitante. Este hechizo alcanzó su punto culminante cuando le corté la carótida al pequeño Zharan. Atrapé al chiquillo por los pies y lo alcé boca abajo para que se desangrara más deprisa. Su sangre se esparció por la arena en una mancha oscura a la que acudieron a libar grandes enjambres de moscas.

Estábamos ocupados en despojar a los cadáveres cuando descubrí a una superviviente, entre los fardos amontonados cerca de los dromedarios. Debía de tener unos quince años. A diferencia de los otros, no había sido contaminada por el agua envenenada, puesto que se debatió con fuerza cuando la agarré; me arañó y me escupió a la cara gritando como una estrige. En lugar de matarla de una puñalada en el corazón, la aturdí con una piedra y la inmovilicé en el suelo, atada de pies y manos.

—No la violes —me recomendó Nuwas—. Estos animales están llenos de parásitos.

—Sólo quiero averiguar si lo que pasó con el lagarto podría repetirse con un humano —contesté.

Busqué mi varita de ámbar entre mis cosas y me concentré en proyectar mi voluntad sobre la muchacha, como Nuwas me había enseñado. El resultado fue rápido y espectacular. El dolor que yo hacía nacer en sus entrañas pronto sacó de la inconsciencia a la muchacha. La incomprensión de la tortura a la que la sometía hizo que aumentara la intensidad de su terror. Se debatía como una demente e imploraba piedad en todas las lenguas que conocía, lo cual no alteró su destino. Muy pronto, su piel se ennegreció y se agrietó, su lengua se hinchó, y sus ojos crecieron en las órbitas hasta estallar. Sus cabellos ardieron como la paja y sus ropas se abrasaron de golpe, convirtiéndola en una antorcha. Pero la muchacha ya estaba muerta. Su cuerpo ardió mucho rato, crujiendo como un tronco colmado de resina. Observamos en silencio cómo se consumía hasta el final. Nuwas me tomó por el hombro y me llevó a la orilla del agua.

—Deshaz el sortilegio que he lanzado —me ordenó.

Necesité casi una hora para realizar sin errores la técnica que mi maestro me enseñó entonces. Se trataba, cómo siempre, de intensificar el deseo lo suficiente para hacerlo realidad, concentrándolo en una marca, en un dibujo, en un símbolo. Yo trazaba líneas fangosas en mis palmas y hundía los antebrazos en el agua. Tras dos ensayos infructuosos, unas volutas negras se formaron en torno a mis dedos y se enredaron en mis muñecas. La operación se prolongó durante uno o dos minutos y

luego cesó de repente. Enseguida, una grulla vino a posarse en la orilla, y después otra. A continuación las zancudas vinieron también a posarse en el agua. Justo delante de nosotros, tres zorros dorados salieron de las hierbas para acudir a saciar su sed.

—Decididamente estás bien dotado, Dalibor —me felicitó Nuwas—. Pero si no hubieras matado a esas mujeres y niños hace un momento, esta operación te habría exigido días, quizá semanas, de esfuerzos. Y habrías sufrido al sentir el veneno impregnar tu cuerpo. El vigor robado a los muertos te ha ahorrado todo eso.

—Entonces, ¿será preciso que mate siempre antes de actuar?

—No es una necesidad. Pero la muerte es una de las dos fuentes de energía más importantes para los actos de magia. Los que quieren evitarla pierden mucho.

—¿Cuál es la otra fuente?

—El deseo carnal. Su exacerbación o, por el contrario, su anulación absoluta. El libertino y el asceta son iguales en este terreno.

—¿Cuál es tu preferencia, Nuwas?

—En este campo he elegido la sobriedad, Dalibor. Hace siglos que no toco a una mujer. Y no es una hipérbole.

—¿Es el camino que yo debo seguir?

Nuwas se echó a reír.

—Sólo tú podrás contestar a esta pregunta, Dalibor, yo no puedo aconsejarte. Depende de tu inclinación personal. Yo opté por la castidad en reacción al comportamiento de Ta'qkyrin. La naturaleza de las *frawartis* es lujuriosa, amigo mío. Son seres de sombra que necesitan de los juegos de la carne para hacer más densa su encarnación. Ellas, que no han surgido de un acoplamiento, están fascinadas por la unión carnal. Por eso abusan de ella y la repiten a menudo, incluso con seres groseros. Ta'qkyrin no me ahorró nada de lo que tu Laüme te hizo sufrir a ti. Se entregaba a otros con frecuencia. En castigo, decidí privarla para siempre de todo lo que le daba placer. Le prohíbo el acceso a mi lecho igual que me prohíbo a mí mismo todo contacto carnal. Esta intransigencia me proporciona la fuerza necesaria para dominarla.

—No sé si mi voluntad será tan poderosa —dije yo.

—Entonces puedes probar la otra vía, la que te conducirá a vencer a tu *frawarti* en su propio terreno.

—No te entiendo.

—Domina las artes eróticas. Consume sin freno a todas las mujeres que se crucen en tu camino. Aprende los secretos del cuerpo. Familiarízate con el éxtasis y colma de placer a tu Laüme como ningún hombre podría hacerlo. Eso la volverá fiel y dócil.

—¿Y dónde aprenderé esas maravillas?

—Francamente, no lo sé. Quizás en la India, o en Cipango. Tendrás que dar cien veces la vuelta al mundo para encontrar a un sabio en ese arte. Pero el tiempo carece de importancia, ¿verdad?

Nuwas me hizo permanecer todavía en el desierto veinte largos días. Me inició en otros secretos, me enseñó el dogma del dios Paon y me habló de la lucha infinita que los hijos de Taus libraban con los hijos del Dios único.

—Los que se llaman hoy en día yazidis son los descendientes de los fieles de Zoroastro y de Mitra. Todas las religiones antiguas se aglomeraron para resistir mejor la ola infecta de los adoradores de Jehová. Desde hace siglos nos oponemos a los valores de ese falso dios, pero nuestro crepúsculo toca a su fin, lo presiento. Un día cercano, bajo la presión de una terrible amenaza, los hombres rechazarán las tinieblas de la piedad universal y el yugo de la fealdad. Entonces sabremos que nuestra espera no ha sido en vano, y nuestros corazones se llenarán de una alegría inaudita. Ya lo veras, Dalibor. Te prometo que viviremos juntos ese instante.

De regreso al valle de Lalish nos encontramos con un peregrino a quien Nuwas conocía. Era un sacerdote yazidi flaco y sucio que volvía del este, adonde había ido a meditar en una de las torres del dios Paon.

—¿Este hombre también posee una *frawarti*? —le pregunté a Nuwas cuando nos separamos del viajero.

—No, desde luego que no —respondió mi maestro con un punto de desprecio en la voz—. Ése no es más que un pequeño hierofante sin importancia, como la mayor parte de los que se aíslan en las torres. Son meditativos, contemplativos. Su fe es justa y sincera, pero no pueden compararse con hombres como nosotros, y no poseen ni la centésima parte de nuestros poderes.

Una vez en el pueblo de Nuwas, me quedé varias semanas en su compañía. Cada día que pasaba nos hacíamos más íntimos, y cada noche él entraba en mis sueños para iniciarme mientras dormía. Concebí la idea de no marcharme nunca del valle de Lalish, donde me sentía seguro y en compañía del único ser que me había comprendido.

—No debes encerrarte aquí, Dalibor —me aconsejó sin embargo Nuwas—. Cometerías un error. En todo caso, no antes de haber dominado a tu Laüme... Tienes que prometerme que no volverás antes de haberle puesto el collar a tu diablesa.

Se lo prometí, qué duda cabe, y decidí prepararme para mi viaje de regreso a Europa.

—¿Qué camino vas a tomar? —me preguntó Nuwas—. ¿Por el oeste y por la Puerta, o por el sur y las ciénagas entre los dos ríos?

—Bajaré por el Tigris —declaré—. He reflexionado mucho sobre el modo de tratar los desafueros de Laüme y quiero atraparla en su propia trampa. Hay en Bagdad un hombre experto en los juegos del amor —dije pensando en Attar—. Iré a pedirle consejo.

La víspera de mi partida, tomé con Nuwas una cena frugal compuesta de queso, dátiles y miel. Después, con el corazón triste, regresé a mi habitación, una pieza vacía

sin otro lujo que unos tapices amontonados que me servían de lecho. Dormía profundamente cuando, en mitad de la noche, percibí un susurro en mi oído. No era una voz de hombre ni de mujer. Era la voz del dios Paon.

—Levántate, hijo mío. He abierto para ti la prisión de Ta'qkyrin. Los glifos secretos han sido borrados y una gran felicidad te espera en sus brazos.

¿Era en verdad Taus el que me hablaba, o mi deseo, que empleaba una máscara para hacer que lo obedeciera? Lo ignoraba. Sin embargo, como si un hilo tirara de mí hasta el lugar prohibido, encontré el candado abierto y la puerta de plomo entreabierta. En el silencio de la noche, me deslicé en el calabozo que albergaba al hada desde hacía siglos. Sabía que estaba a punto de traicionar a Nuwas de la forma más ignominiosa, pero ¿no era la traición una enseñanza de nuestro dios? ¿No preconizaba Malek Taus el rechazo de toda moral? Al burlar la confianza de Nuwas, no dejaría de complacer al dios Paon...

Por un minúsculo tragaluz en la pared se filtraba un rayo de luna. En ese charco de plata permanecía Ta'qkyrin, que me esperaba. Antes de que la tocara, dejó caer el hábito a sus pies. Su sensualidad inflamó mis sentidos al instante. La visión de sus hombros redondeados, de sus senos voluptuosos, de su vientre duro, tan liso como el de Laüme, hizo que mi sexo se tensara. Su rostro se pegó al mío y su boca tocó mi boca; nuestras lenguas se mezclaron, nuestros dedos se enlazaron. Con ardor, con avidez, besé a Ta'qkyrin y acaricié sus curvas. Rodamos por el suelo. A horcajadas sobre mí, tomó mi verga enhiesta y la hundió en su interior. Durante largo rato permanecimos unidos, alternando lentitud y rapidez mientras nuestra felicidad iba en aumento. Ta'qkyrin gemía al igual que yo, que estaba sintiendo por primera vez el éxtasis de una cópula verdadera, lánguida, sensual y dulce. Experimenté un goce inmenso que pronto culminó en un espasmo devastador que sacudió mis músculos, comprimió mi corazón y hendió mi espíritu como un sablazo. Ta'qkyrin gozó conmigo y clavó sus dientes en mi piel para no gritar.

Lo repetimos y lo volvimos a repetir. Nuestro apetito de placer era inextinguible, nuestros cuerpos, infatigables. Ella y yo habíamos pasado demasiado tiempo privados del éxtasis y no podíamos detener nuestras caricias. Tiernas al principio, se hicieron cada vez más salvajes. Por fin, tomé a Ta'qkyrin como había visto a Fabres-Dumaucourt hacerlo con Laüme. El dominio que le impuse de este modo decuplicó mi vértigo. Me estaba colmando de sus besos dóciles cuando Nuwas irrumpió de pronto en la celda, la mirada fulminante, una espuma destilada por la rabia en las comisuras de los labios. Con un gesto violento, arrancó a su compañera de mis brazos y la arrastró por los cabellos hasta un rincón de la pieza, donde la golpeó con puños y botas mientras gritaba en una lengua desconocida para mí. Antes de que yo interviniera, sacó un látigo de su cintura e hizo llover terribles golpes sobre ella. Encogida, protegiéndose el rostro con los brazos cruzados, Ta'qkyrin recibió la paliza llorando.

—¡Nuwas! ¡Detente! ¡Ha sido culpa mía! —exclamé, para poner fin a la

venganza de mi maestro.

—¡Vete, Dalibor! —me ordenó—. ¡Vete ahora mismo! ¡Coge tus cosas y márchate!

Aún quise interponerme, intenté arrancarle su arma. Fue en vano: el yazidi me rechazó y me echó de su casa. Volví a la carga y golpeé con el puño la puerta cerrada, pero el ruido de nuestro altercado ya había atraído a los vecinos. Me insultaron, me arrojaron piedras, me tiraron al suelo y me arrastraron lejos de la aldea. Medio muerto, con la boca llena de sangre y los párpados tumefactos por los golpes, no tuve otra elección que abandonar el valle de Lalish como había llegado. Con el espíritu turbado, los músculos rígidos, me orienté como pude y acabé por encontrar una senda hacia el sur que seguí en solitario durante varios días hasta llegar a las orillas del Tigris. Cubierto de polvo y ebrio de fatiga, llegué un mediodía cerca de una hoguera donde dos o tres pescadores asaban sus capturas de la mañana. Les pedí un poco de comida, pero me la negaron y me echaron a bastonazos. Esto me enfureció, y vací en aquellos pobres diablos toda la cólera que había acumulado durante mi triste viaje. Su asesinato me calmó y me dio energía suficiente para continuar con serenidad mi periplo hasta Bagdad. En la antigua capital de los Abasidas, reencontré a mi amigo Attar, que abrió desmesuradamente los ojos cuando me presenté ante él.

—¡Imposible! ¿Has vuelto con vida del valle de Lalish? Dalibor debes de ser el primer rumí que ha realizado esta hazaña desde hace siglos. ¡Cuéntame! ¿Has encontrado allá abajo todo lo que buscabas?

—Y más todavía. He encontrado el camino a mi otro yo.

—¿Tu otro yo? —repitió el bagdadí alisando la punta de su barba con aire pensativo—. ¿Qué quieres decir con esas palabras?

—Si todavía me autorizas a penetrar en el paraíso de tus mujeres, te lo mostraré.

Aquello duró el tiempo necesario para hacer mía a cada una de las esclavas de Attar. Porque yo quería conocerlas a todas, y varias veces a cada una. Guardo un recuerdo radiante de los días pasados en el harén del mercader. Estoy viendo, como si la hubiera acariciado ayer, a una alta oriental, mestiza de blanca y asiática, de piernas largas y pecho menudo, de manos finas con uñas lacadas, cortadas en punta. Con ella aprendí diversas maneras de hacer surgir la humedad entre los muslos de una muchacha. Una circasiana de ojos azules me dio buenas lecciones con su boca, y dos jóvenes hermanas de origen egipcio me convirtieron en dulce y sabio sujeto pasivo de la sodomía... La naturaleza me ha dotado de un miembro generoso y de una emisión abundante, pero ningún hombre común habría podido colmar a todas las jóvenes del harén como yo lo hice en aquella ocasión. La muerte de los pescadores producida algunos días antes me había galvanizado.

«En la muerte de los otros residen los secretos de nuestra longevidad y nuestra vitalidad», me había revelado Nuwas. En el harén de Attar, en Bagdad, comprobé por primera vez toda la fuerza de esta máxima. Apenas había gozado y ya quería volver a empezar. Apenas había hecho gozar a una muchacha y ya me acercaba a otra.

Boquiabierto, admirado, mi anfitrión no daba crédito a lo que veía.

—¿Tu miembro no se encoge nunca, muchacho? Si es que un diablo del valle de Lalish te ha echado un conjuro, dime enseguida cómo embrujarme yo también, te lo suplico.

Por supuesto, no le revelé a Attar nada de mis auténticas aventuras. Inventé para él una fábula que se creyó sin dificultad.

—Los viajes me han espabilado —le expliqué—. Me he encontrado en el camino con algunas bellas gacelas que me han quitado todas las tonterías que llevaba en la cabeza. Además, tus sabias palabras ya me habían predispuesto a revocar la determinación de fidelidad que había tomado. La combinación de ambas cosas ha producido el resultado que ves...

Mi buen humor y mis aptitudes para el libertinaje llenaron de alegría a Attar. Reiteró la proposición que me había hecho tiempo atrás.

—Ayúdame en mis negocios, Dalibor. Los franceses acaban de apoderarse del país en torno a Argel. Esto nos coloca en mejor posición para comerciar con la Puerta. Me gustaría enviarte allí como emisario. ¿Qué dices?

Con el tiempo, yo sabía que volvería a Francia para imponerme a Laüme, pero la perspectiva que me proponía Attar me sedujo.

—¿Esa gente aceptará a un rumí?

—Se adaptarán —replicó el mercader con un encogimiento de hombros—. Pero todo iría mejor si te hicieras musulmán, tu alma se añadiría a la Luz verdadera y nuestros negocios serían más fructíferos.

Mi rechazo a la conversión no desanimó a Attar.

—¡No importa! —dijo—. Ve a Estambul y abre un bonito despacho para nosotros. Si posees el sentido de los negocios que presumo, prosperaremos mucho, y pronto trataremos hasta con Londres y París.

Las locas esperanzas de Attar no se concretaron exactamente como había pensado. Instalado en Constantinopla durante dos años enteros, realicé transacciones excelentes y me hice aceptar por los turcos.

En las orillas del Bósforo, adquirí un pequeño palacio deteriorado que hice restaurar por una cuadrilla de obreros a los que pagaba mal y a los que tiranizaba a placer. Reuní una colección de volúmenes de magia árabe y otros tratados raros, a veces adquiridos a precio de oro en los anticuarios del Cuerno de Oro. Pues yo ya era una especie de mago: necesitaba aumentar mi saber so pena de conocer un rápido declive y no poder mantener la juventud que había arrancado a los espectros de la torre de Paon. «Los poderes de la brujería son como un fuego que reclama siempre más combustible para seguir brillando», me había advertido Nuwas. Necesitaba siempre más esfuerzos, más excesos, más locura, para hacer brillar la llama que el dios Taus había encendido en mí.

Cuando mi mansión estuvo acondicionada a mi gusto, compré una decena de muchachas a las que convertí en mis concubinas y con las que proseguí las

enseñanzas iniciadas en casa de Attar. Para mi desgracia, desde que las tropas francesas habían tomado la ciudadela de los piratas de Argel y los rebeldes de Grecia habían conquistado su independencia —en una palabra, con el fin de los berberiscos y de las colonias del Peloponeso—, los mercados de esclavos de Oriente sufrían una grave penuria de mujeres blancas. Los productos de Tripolitana, de Judea o de Capadocia que me procuraba no me daban satisfacción sino a medias.

Fue durante este período cuando un correo me informó de la muerte de Attar. Mi amigo me legó todos sus bienes, y por un tiempo consideré seriamente instalarme en Bagdad. Sin embargo, una noche, después de una última orgía, preferí degollar a mis esclavas, sepultar los cadáveres en mis bodegas y partir para un nuevo viaje.

HIBRIS

De Estambul pasé a Italia. Desde hacía mucho tiempo sentía curiosidad por el país en el que había vivido Laüme junto a Galjero y a Dragoncino. Recorrí toda la península durante meses, de Milán a Nápoles. Residí largo tiempo en Florencia, y encontré uno a uno los lugares donde se había detenido el hada. Visité Corsignano, en el corazón de la Toscana, y vi con mis propios ojos los vestigios de la villa Áurea comprada al legado Nicola da Modrussa. Descendí después a Roma, donde pisé las ruinas del palacio que ella recibió de César Borgia en recompensa por sus talentos de envenenadora, y donde había estado a punto de morir envenenada por el maestro Tzadek y por Yohav, el enano con apariencia de niño. Más tarde subí a Venecia por el puro placer de descubrir la ciudad, compré una bonita mansión cerca de la Salute y viví allí muy castamente. Mis jornadas comenzaban tomando café en Florian o en Quadri. Después iba a trabajar a las diversas bibliotecas públicas con la esperanza de descubrir manuscritos interesantes. Nodier solía alabarme el carácter excepcional de las colecciones venecianas, y pronto pude constatar que sus palabras eran ciertas. Sobre antiguas estanterías descubrí tesoros revestidos de polvo, manuscritos tan preciosos como los conservados por Laüme en el quai d'Orléans. Galvanizado por mis lecturas, reemprendí con interés renovado el estudio de las ciencias ocultas: completé mis conocimientos de astrología y palingenesia, y me inicié en la alquimia y en la magia ceremonial.

Desde el fracaso del genio sanador destinado a curar a Nerval, no había moldeado ningún otro espíritu familiar. Se me ocurrió intentar de nuevo la experiencia. Reforzado con mi nuevo saber, fabriqué una especie de fantoche, una estatuilla realizada a la manera china. La figura representaba un combatiente de rasgos agresivos, con colmillos en la boca, que blandía una espada y un guantelete. Le atribuí mi protección física. Para activarlo y verificar su eficacia, grité invectivas contra Viena y los Habsburgo en el Quadri, guarida de los oficiales de la guarnición austríaca, unos bravucones que no toleraban la menor provocación. Sin embargo, nada sucedió. Ya podía afanarme en montar un escándalo y proferir los peores insultos en las narices de aquellos individuos, que ninguno de ellos se llevó la mano al sable ni levantó el puño contra mí. Era como si oyeran los maullidos de un gato. Aunque satisfecho, de todos modos atravesé también la plaza de San Marcos para presentarme ante sus adversarios del Florian.

—¡Abajo la República! —grité—. ¡Muerte a los carbonarios! ¡Viva Austria-Hungría! ¡Gloria a Metternich!

Pero en aquella academia del motín republicano ni me molestaron ni me insultaron, lo mismo que había sucedido con los partidarios del Imperio. Satisfecho con el rendimiento de mi fetiche, puse todos mis esfuerzos en el estudio, para mejorar

mis futuras producciones. Mil ideas bullían en mi cabeza. Quería hacer oro, y después provocar la muerte mediante hechizos. Seducir a las mujeres y hacer fértiles los desiertos... Tal vez fuera ese entusiasmo pueril el que atrajo a mí a un gentilhomme italiano. Era un hombre al que había visto varias veces, aunque sin prestarle atención. Sabía que, como yo, frecuentaba las bibliotecas, pero ignoraba qué buscaba en ellas y poco me importaba. Él, por el contrario, hacía tiempo que había advertido cuáles eran mis intereses. Me abordó una mañana de verano en un pasillo en el que nos cruzamos. El calor era tan agobiante que el hombre agitaba ante sí un gran abanico de cartulina.

—Soy el conde Agabio Caetano —me dijo con una sonrisa afable—. He notado que se interesa mucho en las artes ptolemaicas. Eso me intriga, señor...

Apenas mayor que yo, sabía ser encantador y me gustó de inmediato. Con él volví a saborear en cierta medida aquello que me cautivaba de mis amigos franceses: la vivacidad de Alexandre Dumas, la profundidad de Théophile Gautier, el misterio de Gérard de Nerval... Conversamos mucho rato en aquella ocasión y prometimos volver a vernos pronto. Caetano, descendiente de una familia veneciana muy antigua, poseía un austero palacio en el barrio de Dorsoduro y se interesaba desde su más tierna edad por el mesmerismo, la magia y la brujería.

—Un interés de orden puramente intelectual y recreativo —precisó—. No vaya a creer que soy uno de esos supersticiosos que creen en historias de aparecidos y mandrágoras. No. Pero en cambio, todas esas leyendas me divierten, y a menudo encuentro en ellas una profundidad y una verdad que superan con mucho a las inculcadas por la Biblia y los doctores de teología.

Caetano era propietario de un fondo de varios miles de volúmenes consagrados a los temas más extravagantes. Éstos iban de la necromancia a la espagiria, pasando por la teúrgia, la magia ceremonial, las mancias, la astrología, desde luego, pero también la criptografía, la esteganografía, la herboristería... Me invitó a su casa y me mostró manuscritos originales de Agripa de Nettesheim, del Maestro Eckhardt, Ramón Llull y John Dee. En nuestra conversación barajamos todo tipo de temas y comentamos, más allá del esoterismo, un buen número de asuntos religiosos o filosóficos.

—Aparte de la curiosidad que suscita en el vulgo, la magia no se reduce a un hecho bruto —empezó Caetano—. Una visión del mundo la sostiene y la explica, una visión que reposa sobre una metafísica y una política.

El conde defendía una visión profundamente aristocrática de la historia. Despreciaba por encima de todo a los jacobinos y tenía la Revolución francesa por uno de los episodios más deplorables de la aventura humana.

—Nuestro continente ha emprendido una marcha descendente inexorable —decía—. Por doquier, las ideas republicanas ganan partidarios. Si dejamos a los pueblos gobernarse por sí mismos, los principios más viles triunfarán, y nuestra civilización estará condenada a corto plazo. Sería bueno escribir la crónica de esta decadencia que sufrimos desde hace demasiado tiempo por culpa del cristianismo y de sus hijos

desnaturalizados, los seguidores de las Luces y el republicanismo. Por desgracia, estos horrores tienen todavía un gran porvenir. Sin embargo, el decreto pronunciado contra nosotros no es inexorable. Quizás exista un medio, algún día, de contrarrestarlo.

Yo estaba por aquel entonces tan poco instruido en esos temas que no podía concebir que la religión de Cristo y las Luces se sustentaran en el mismo principio.

—¿Los volterianos no han combatido ferozmente el oscurantismo? —pregunté—. ¿Por qué asocia usted a los enciclopedistas con la gente de la Iglesia?

—Porque los unos proceden de los otros, querido amigo —me explicó Caetano—. De cara a la galería, fingen combatirse, pero los principios que los inspiran son los mismos. El cristianismo con su caridad y el jacobinismo con la suya son ambos contra natura. Glorifican a los débiles y denigran a los fuertes. Ésas son quimeras que hay que combatir con toda nuestra alma.

—¿En dónde ve las quimeras?

Caetano me miró como si yo hubiese proferido una aberración.

—¡Pero bueno! Pues en que la libertad que tanto alaban los demócratas no es más que una ilusión, un ideal cercenado de la realidad del mundo. Los hombres no pueden ser libres, y los pueblos menos aún. Sin amos, no son más que animales sin nada en común excepto los bajos instintos y la más abyecta mediocridad. Es así, y ninguna constitución del mundo podrá cambiar nada. Todos esos caballeros que conspiran en sus ridículas sociedades secretas piensan que valen más que los príncipes a los que combaten. En realidad, su moral no es más elevada. El buen derecho que creen encarnar me produce pánico.

—Entonces, ¿en qué cree usted?

—En la fuerza, que nos guarda de la mediocridad, y en la belleza, que exalta. Esos son mis únicos faros.

Me hubiera gustado continuar la conversación, pero nuestras consideraciones se quedaron en ese punto.

Frecuenté mucho tiempo al conde Agabio Caetano. En contacto con él, me formé en cuestiones de política, que hasta entonces había descuidado por completo. No le costó demasiado que abrazara sus puntos de vista, puesto que coincidían con la moral del dios Taus. Así pues, me convertí en un muy consciente adversario de los demócratas modernos y en un reaccionario empedernido. Por fin, empecé a cansarme de Venecia. Estaba cansado incluso de toda Europa. Mi corazón, que se abría a la existencia, tenía hambre de un nuevo continente. Me fui a Genova y compré un pasaje para las Américas. Estábamos en 1854 y hacía doce años que había dejado París en compañía de Nerval.

La única particularidad de la travesía fue una lentitud excepcional. En aquella estación no soplaban casi ni una brisa en el Atlántico. Con el velamen extendido para recoger el menor soplo de aire, nuestro barco parecía una mariposa fijada con un alfiler en una plaza de corcho. Por fin, al término de varias semanas exasperantes,

llegamos a Nueva Inglaterra.

Descendí por la costa desde Boston hasta Filadelfia, pasando rápidamente por Nueva York, que por aquel entonces no era más que un gran burgo provinciano sin interés. La ciudad de Benjamin Franklin me aburrió también enseguida. Compuesta principalmente de protestantes de origen sajón, tudesco y báltico, su población era santurrana y desconfiada. No me sentía a gusto allí, y me resistía a prosperar entre aquellas gentes rancias y engreídas. Oí hablar de Atlanta y Nueva Orleans: más aristocrático y salvaje, el Sur que me describieron me pareció más adecuado a mis expectativas.

Por consejo de unos franceses instalados en las Indias occidentales desde finales del reinado de Luis XV, adquirí una plantación de algodón en los límites entre Georgia y Florida. Permanecí allí durante tres años viviendo como un gran terrateniente; compré ochocientos esclavos a los negreros traficantes de «madera de ébano» para hacerles desecar las marismas y extender mis dominios cultivables. En los manglares cercanos habitaban tribus seminolas con las que pronto entré en conflicto. Aquellos mestizos de negros e indios, hijos de esclavos huidos, lanzaron numerosos ataques para quemar mi residencia y liberar a mis negros. Los combatía al lado de mis vecinos franceses, quienes también sufrían sus asaltos. Protegido por los diversos genios familiares que había fabricado, partí yo solo en exploración por las vías de agua infestadas de caimanes y serpientes. Ningún blanco se atrevía a aventurarse en la zona, e incluso los guías indígenas se negaron a acompañarme. No obstante, a pesar de los peligros de la naturaleza y de las emboscadas tendidas por los seminolas, me convertí en un experto aventurero del bosque, que sabía salir indemne de situaciones imposibles y sobrevivir como de milagro a situaciones que a otros les hubieran costado la vida.

En poco tiempo adquirí una reputación de brujo y hasta de diablo que hubiera hecho estremecerse de envidia a Nodier y su corte de satanistas parisinos. En la noche cerrada, sin linterna ni planos, conduje columnas de mercenarios a través de los impenetrables cañaverales que crecían en aquellas aguas cálidas. Procurando no asustar a los pelícanos y flamencos que reposaban entre las hierbas, llevaba a mis asesinos a sueldo hasta diversos campamentos de salvajes localizados en el curso de mis expediciones en solitario. Los masacrábamos sin piedad, mujeres, niños y ancianos incluidos. Para aterrorizar a estas tribus, me aplicaba a despedazar los cadáveres del modo más horrible, metía sus cuerpos en sacos de cuero que cubría de símbolos fantasiosos trazados con letras de sangre y colgaba las bolsas de las altas plantas leñosas que crecían formando densas empalizadas. Morbosas y teatrales, esas puestas en escena asustaban hasta a mis compañeros más curtidos. Pero gracias a ellas reprimimos a nuestros adversarios en unas semanas y no tuvimos que volver a lamentar sus rapiñas.

Este éxito me valió una renovada notoriedad en la región. Querían casarme con hijas de buenas familias e incluso me presentaron a algunas bastante apetecibles. Mi

elección recayó en Blanche de Sauves, la hija mayor de un plantador de tabaco de Pensacola. Alta, fresca y sana, Blanche era una de las mujeres más hermosas que se pueda imaginar. Sus ojos eran de un pasmoso verde pálido, y su piel, siempre protegida por una sombrilla, tenía una transparencia admirable. Creo que estuve enamorado durante algunos días. Le enseñé los juegos de la carne y la hice amar el placer. Su conversación me era indiferente, pero su cuerpo era soberbio y contemplarlo y gozar de él me procuraba una enorme satisfacción. Tenía una hermana, Constance, dos años más joven y casi tan seductora como ella. La benjamina era tan ingenua como la mayor, y me costó poco convencerla de que se me entregara. Blanche sorprendió nuestros retozos pero, en lugar de deshacerse en lágrimas o estallar en cólera, se dejó convencer y toleró esta relación. Durante algunos meses mantuvimos un *ménage à trois* en el mayor de los secretos. Dormía cada noche entre las dos, y empezaba con una lo que terminaba con la otra, sin que ninguna tuviera queja. Después ocurrió lo que yo había intentado evitar: Blanche se quedó encinta. Esto le produjo arrebatos de alegría y no quiso escucharme cuando le sugería que pusiéramos fin enseguida al enojoso incidente. Yo no quería un hijo. Eso me recordaba demasiado mi siniestra aventura con Sandrine.

Desde el momento en que supo que iba a ser madre, Blanche se negó a dejarse tocar y no toleró más mi comercio con su hermana. Su carácter se agrió, y yo ya no encontraba ninguna satisfacción en su compañía. Los propios paisajes de Florida me sumieron en un estado de melancolía y me desinteresé de los trabajos de la plantación. Sentía deseos de nuevos horizontes, de otras caras y otras aventuras... Hubiera podido marcharme, desaparecer para no volver jamás, pero no podía hacerlo sin antes borrar para siempre los rastros de mis amores con Blanche. Germinó en mi interior una idea de destrucción y de desgracia que no intentaba sofocar, porque encontraba en ella un turbio placer. De nuevo me interné a solas en el corazón de las marismas y acudí a pactar en secreto con mis antiguos enemigos seminolas. Me acerqué a ellos sin temor, pues me tenían por el demonio, y no se atrevieron a intentar nada contra mí cuando penetré en su territorio. Le anuncié al jefe de un clan mi partida la siguiente luna llena y le entregué las llaves de las celdas donde mis negros eran encerrados al término de sus jornadas de trabajo.

—Libéralos —le dije—. Destruye la plantación si quieres, mata a los capataces y a todos los que allí viven. ¡Véngate! Yo no estaré aquí para oponerme al saqueo.

Este viraje, incomprensible a sus ojos, me confirmó ante los salvajes un prestigio sin igual. Obedeciendo mis deseos como si fueran órdenes, quemaron mi propiedad la misma noche de mi huida. Me enteré de la noticia en un vapor que descendía por el Mississippi: la información ocupaba la primera página de los diarios. Aunque no se había podido encontrar mi cadáver, largos artículos lamentaban mi muerte y relataban con horror la de Blanche. Ningún europeo había sobrevivido a la furia destructora de los negros y los indios. Habían encontrado el cuerpo de mi mujer clavado en un tronco de árbol en el linde del manglar, con las piernas y el busto roídos por los

buitres. El fruto de su vientre había sido devorado por las bestias. Imaginé con deleite su fin y el martirio que sin duda habría sufrido antes de morir. El asesinato de Blanche me exaltó como lo había hecho la masacre de las muchachas de mi harén de Estambul.

Quise conocer otros instantes que pudieran destilar ese sabor único, incomparable, que sólo se degusta después de cometer las fechorías más abyectas. Me busqué un nuevo nombre y me instalé en Nueva Orleans, donde pronto prosperé como negrero. El oficio me gustaba y me desenvolvía bastante bien. Gracias al saber adquirido junto a Nuwas, en la biblioteca del Arsenal y en las de Venecia, fabriqué fetiches para proteger mi capital frente a las enfermedades y las epidemias. Fleté varias goletas para comerciar con África y las Antillas, y mis barcos fueron pronto conocidos por ser los más seguros y los más afortunados de todos los Estados del Sur. Jamás un negro se moría de fiebre o de disentería en mis bodegas, y mis negras daban a luz más a menudo de lo normal, de modo que a la llegada la mercancía era siempre más numerosa que a la partida.

El azar quiso que un día un miembro de la familia de Sauves se cruzara conmigo en el Vieux Carré. Incrédulo al principio, el fulano gritó que me conocía, y que se lo llevara el diablo si yo era un fantasma. Sólo un navajazo en la garganta consiguió calmarlo. Por fortuna, tuve tiempo de poner a aquel exaltado fuera del alcance y nadie me vio ajustarle las cuentas. Arrastré el cadáver hasta un pontón cercano y lo arrojé al cieno del Mississippi, donde debió de descomponerse en apenas unos días. Durante todos los años que permanecí en Nueva Orleans, jamás volví a cometer el error de comprometerme oficialmente con una mujer. No obstante, tuve numerosas amantes, que me concedían sus favores de forma graciosa o tarifada; pero no me até a ninguna, aunque algunas sintieron por mí una pasión violenta. Hay que decir que los años me habían convertido en un maestro en el arte de amar, y hasta el propio Ovidio habría podido recibir mis lecciones. Durante mucho tiempo guardé conmigo un fetiche encargado de asegurarme una victoria fácil con no importaba qué mujer, y a él le debía conquistas dignas de Casanova o de uno de los marquesitos inventados por Lacios. La experiencia así adquirida pronto generó nuevos éxitos, pues es bien cierto que las mujeres son animales de olfato infalible para descubrir al gallo capaz de darles más placer. Mi constitución de semental, mis saberes poco comunes, mi propensión natural a la voluptuosidad, hicieron que las madres me trajeran a sus hijas para que las desflorase, que las devotas rompieran su voto de abstinencia por mí, y que una sociedad de libertinas se crease en torno a mi persona. Las señoritas afiliadas, en número de quince o veinte, tenían acceso por turno a mi lecho; la única tasa de peaje era traerme a otras doncellas. Una vez al mes, las reunía para divertir las a todas juntas, y jamás dejaba de complacer a ninguna.

Sin embargo, esta vida dulce y divertida tuvo que terminar un día, pues los

espíritus sombríos de Washington juzgaron inconvenientes las costumbres de los colonos del Sur. Acabo de expresar con ligereza, lo admito, una verdad muy seria y muy triste. En realidad, la guerra que enfrentaba a los trece estados del Sur contra los del Norte era un verdadero choque de civilizaciones. Dos visiones del mundo irreconciliables se oponían. De un lado, y bajo la cobertura de los buenos sentimientos, una modernidad industrial dominada por el dinero ansiaba apoderarse de nuevos mercados. Del otro, una sociedad aristocrática agrícola y esclavista intentaba oponer resistencia. Por primera vez me veía arrojado al corazón de un conflicto de gran magnitud. Con el deseo de tomar parte activa en él, y gracias a mis relaciones y a mi dinero, me aseguré un puesto relevante en el ejército Confederado. Costé con mis propios fondos la leva de una tropa de voluntarios compuesta por cien jinetes a los que equipé de pies a cabeza. El episodio me hizo recordar a Galjero, que armó a sus condotieros para el conde Lorenzo de Médicis, y a Dragoncino, convertido en capitán de guerra bajo el estandarte de la casa Borgia.

Los primeros meses de la guerra nos fueron altamente favorables. Al margen de nuestras tropas regulares, dirigidas con brío por generales competentes y honestos, yo realizaba acciones de guerrilla sobre los flancos del enemigo para hostigarlo y exasperar su paciencia. Mi banda no era la única en practicar esta forma de combate. Otros capitanes habían elegido esa manera de luchar contra el invasor, y las batallas regulares combinadas con los efectos de nuestros golpes de mano producían resultados devastadores entre los nordistas. Este proceder duró algún tiempo y estuvo cerca de procurarnos la victoria, hasta que la fortuna decidió de repente cambiar de bando. Al principio sufrimos algunas escaramuzas sin importancia; después, la batalla de Saratoga marcó el principio de nuestro descenso a los infiernos. Mejor organizados que hasta entonces, mejor dirigidos y, sobre todo, más numerosos y ya mejor armados, los hombres de la Unión nos empujaron y hundieron nuestras líneas en varios puntos. Sus ejércitos irrumpieron en nuestras ciudades y las saquearon. Cuando liberaban a los negros, los enrolaban enseguida a la fuerza en su horda y los enviaban a que los mataran en primera línea. Para sus mejores hombres, protegidos por aquella cortina de carne de cañón, era un juego llegar frescos y dispuestos a masacrarnos, mientras que nosotros agotábamos todas nuestras municiones en diezmar a los negros. Fuimos a batirnos en Carolina y en Georgia, donde mi banda sufrió severas pérdidas. Después de años de guerra, la línea del frente se había diluido a lo largo de cientos de kilómetros y a menudo era imposible saber si cabalgábamos en territorio amigo o enemigo. Una población podía ser nuestra por la mañana, mostrar la bandera estrellada sobre sus tejados a mediodía y regresar a nuestro poder antes de la noche. El enemigo practicaba la táctica de la tierra quemada. Asolaba nuestros campos e incendiaba nuestros bosques. El hambre se instaló y arrojó a los caminos hordas de civiles convertidos en bestias más peligrosas que fieras acosadas. De los niños a los ancianos, todo el mundo iba armado, y las riñas estallaban bajo el menor pretexto. Para sobrevivir, había que desconfiar de todo y de todos.

Una tarde muy fría, mientras estábamos acampados en un bosque, un oficial de alto rango me mandó llamar. Me condujeron, en compañía de una pequeña tropa, hasta una granja aislada en la que se había reunido todo un estado mayor. Me presentaron a un civil vestido con un buen abrigo. Era un emisario secreto enviado por Francia para juzgar nuestra situación y considerar la oportunidad de acudir en nuestra ayuda. Sabiendo que yo hablaba bien su lengua, me confiaron la delicada misión de convencerle de que su país debía entrar en guerra en nuestro bando. El hombre no era desagradable, no carecía de cultura ni de buen juicio. Comprendió enseguida las ventajas que tenía ayudar a los estados del Sur en la lucha con el Norte.

—El rey Luis XV actuó equivocadamente al no tomarse en serio nuestras colonias de Canadá y las Indias. Los ingleses nos las han arrebatado a pesar de la bravura de nuestra gente. Napoleón también cometió el error de vender Luisiana. Luis Felipe, en fin, ha decidido echarle el ojo a la Berbería. Es un dislate monstruoso: nada fructífero nos espera allá abajo, lo presiento, todo lo contrario. Francia haría mejor en sostener sus esfuerzos de secesión. Eso nos permitiría poner en jaque a esos ingleses que nos incordian desde hace tanto tiempo. Haré todo lo posible por destacar sus méritos ante el emperador. Su interés por este continente es vivo y su política en México menos estúpida de lo que parece. Tienen derecho a esperar algo más que nuestra simpatía, señor.

Con el corazón animado por estas buenas palabras, me arriesgué a expresar una pregunta personal.

—Conocí en París, hace mucho tiempo, a una mujer llamada Laüme. Poseía un palacete en el quai d'Orléans. Tal vez usted la conozca.

El diplomático me miró con sorpresa, pero no pudo decirme nada de Laüme, porque nunca había oído pronunciar su nombre.

—Estoy bien introducido en la corte, señor —respondió—. La emperatriz Eugenia me concede el honor de su amistad. Puede estar seguro de que si la persona que usted menciona fuese una figura de relieve, yo no dejaría de estar informado.

La respuesta me dejó un sabor extraño. No sabía si debía felicitar me o inquietarme. Durante todos aquellos años pasados lejos de ella, Laüme no se había apartado de mi mente. Ella era la justificación íntima hasta del menor de mis actos, del pensamiento más nimio. Mi objetivo seguía siendo dominarla, y sabía que algún día sería capaz de ello. Sin embargo, aún necesitaba acumular experiencias para no arriesgarme a un nuevo fracaso si me enfrentaba a ella de forma prematura.

Cuando sonó la hora de la derrota sudista, me negué a abandonar las armas, con el deseo de aguerrirme en el combate. Nuestro general en jefe, Lee, fue obligado a firmar la rendición por Grant, el jefe de los nordistas. Nuestro ejército regular fue disuelto y nuestros Estados, otrora libres, quedaron bajo la tutela de los negociantes del Norte. A pesar de su interés, los franceses no habían acudido a luchar a nuestro lado. Eso habría cambiado el curso de la historia y las cartas se habrían repartido de otro modo, pero ya no importa. Los juegos de la alta política quedaban por entonces

fuera de mi alcance y del de la veintena de supervivientes de mi escuadrón.

Cuando se firmó el tratado de paz entre confederados y unionistas, reuní a mi gente en consejo. Sólo un puñado de ellos decidió aventurarse hacia el oeste y rehacer su vida en los territorios vírgenes. Los otros prefirieron quedarse conmigo para seguir luchando contra los azules. Durante muchos meses, tendimos emboscadas en los alrededores de Richmond y de Atlanta; pero sólo se trataba de arañazos insignificantes para el gran cuerpo del ejército enemigo. Por cada soldado muerto, los nordistas enviaban cinco en su lugar. El combate, absurdo, sin fin, estaba perdido de antemano. Hartos de aquella existencia, varios hombres nos dejaron. Reducida a diez, y después a cinco, nuestra tropa nada podía hacer contra la soldadesca de Washington. Muertos de hambre, flacos como lobos y acosados por todas partes, nos abatimos sobre presas fáciles, granjeros y plantadores que se habían sometido sin demasiado rechazo a la nueva autoridad. No pasó mucho tiempo antes de que abandonáramos toda excusa patriótica y nos dedicáramos a destrozar y matar a quienes se ponían a nuestro alcance. Ya no éramos soldados, ni mercenarios, sino vulgares salteadores de caminos que se aprovechaban de la confusión general para satisfacer sus deseos por medio de la violencia. Desde la época en que el señor Hubert me había enseñado el manejo de las armas de fuego, los progresos técnicos habían mejorado considerablemente estos ingenios. Yo llevaba al cinto dos revólveres Remington de seis tiros cada uno, y en mis alforjas dormía una carabina Scofield que abatía a un hombre a mil quinientos metros. Esos instrumentos habían matado a más civiles inocentes al cabo de unos meses que a nordistas en todos los años de la guerra. Una noche en la que merodeábamos en busca de nuevas rapiñas, vimos unos fuegos que se movían con rapidez en la oscuridad. Avanzamos en silencio hasta la encrucijada de dos grandes pistas. Allí se reunían unos jinetes vestidos con largas togas blancas y con los rostros cubiertos por altas capuchas puntiagudas. Sostenían antorchas y formaban un círculo alrededor de cinco o seis negros que temblaban de miedo y con los cuales jugaron al tiro al blanco después de haberlos maltratado.

—Si estos señores ejecutan a los negros, no son nuestros enemigos —les dije a mis bravos—. Salgamos.

Dejamos nuestro escondrijo y confraternizamos con los extraños caballeros. Su jefe se quitó la capucha y me tendió la mano.

—Me llamo Absalon Cassard —me dijo—, y soy gobernador del Ku Klux Klan en esta región. Si quieren afiliarse a nuestra sociedad, serán bienvenidos.

Cassard no era un desconocido para mí. Antes de la guerra le había vendido esclavos a menudo a aquel plantador de algodón del norte de Nueva Orleans. Me di a conocer y bebimos por la buena fortuna de nuestro reencuentro, después de tantas aventuras y miserias. Absalon me llevó a una cabaña que había conservado en sus tierras. A la llegada de los nordistas había fingido aceptar de buen grado la liberación de todos los negros, y por entonces les pagaba un salario a los que se habían quedado a trabajar con él.

—Como muchos otros de por aquí, he fingido inclinarme ante el cambio que nos imponían por la fuerza. Pero si durante el día soy un corderito respetuoso con mis negros, por la noche recorro los condados vecinos para abatir sin contemplaciones a todo el que no tenga la piel blanca. Es necesario que esas escorias humanas sepan que nunca serán los amos, que nunca estarán seguros en nuestras tierras.

Yo compartía plenamente la opinión de Cassard, y le presté ayuda mucho tiempo en sus expediciones nocturnas. Durante varios meses hicimos un buen trabajo, y matamos sin escrúpulos a un centenar de negros, entre ellos mujeres y niños. Para hacernos temer, clavábamos los cadáveres en altas cruces untadas de pez y arrojábamos una cerilla encendida para incendiarlas.

Aquellas señales de fuego que crujían y brillaban en la noche nos devolvían parte de nuestro orgullo perdido.

Llegó un momento en que me cansé de aquella vida tejida de amargura y rencor. El propio Cassard perdió el gusto por nuestras expediciones.

—Voy a reconstruir lo que perdí —me dijo un día—. Creo llegado el momento de buscar una mujer y fundar una familia. Quiero un linaje, un hijo... Voy a pasarle el mando del Klan a otro. ¿Te gustaría reemplazarme?

Decliné su oferta. Después de los años pasados en aquella región del mundo, sentía deseos de descubrir otros paisajes. Fijé mi residencia en Cuba, donde dejé pasar días apacibles hasta que supe de la apertura de nuevas hostilidades entre Francia y Prusia. La operación se presagiaba desastrosa para Napoleón III, y los alemanes volaban de victoria en victoria. Sin pensarlo dos veces, me embarqué en el primer velero con destino a Europa durante los días que siguieron a la derrota de Sedán y a la captura del emperador por Bismarck. Con la ayuda de un viento favorable, tardamos poco más de tres semanas en llegar a Burdeos.

—¿Y en París? —pregunté—. ¿Cuál es la situación en París?

—Los prusianos avanzan directamente hacia la capital. Nada los detendrá. Arrasarán la villa, seguro. Dicen que les cortan las manos a las mujeres y que se comen a los niños.

Pasé todos los apuros del mundo para procurarme un caballo, ya que el flujo de regimientos de reclutas que partían hacia el norte con el fin de frenar el avance de los invasores era incesante, y los animales eran requisados para transportar combatientes o para tirar de los carros de munición o de avituallamiento. Consciente de que debía cuidar bien de mi montura, me guardé mucho de exigirle demasiado.

Así pues, tardé bastante en atravesar el Poitou y el extremo de Berry. En las colinas por encima del Loira me crucé con soldados en retirada que me informaron de que París era ya una ciudad sitiada. El contraste entre estas columnas de hombres cojeantes y molidos, ensangrentados y asustados con las filas de voluntarios frescos que había visto formarse en la Gironda era estremecedor. En las inmediaciones de un pueblo en la frontera de Sologne, mi caballo se encabritó, se puso nervioso y se negó a continuar. Tuve que tirarle de la brida y azotarle la grupa con fuertes golpes del

cinturón para que aceptara continuar hasta las primeras viviendas. Allí había militares franceses que se preparaban para la batalla, al mando del señor De Saunis, un joven oficial de gran prestancia pero con la cabeza llena de anhelos de sacrificio.

—Los prusianos están justo enfrente de nosotros, señor —me previno—. A decir verdad, están por todas partes. No creo que pueda encontrar usted un hueco para atravesar sus líneas. Nos han atropellado por completo, y reconozco que no comprendo cómo han podido sorprendernos y obligarnos a retroceder con tanta facilidad. Quizás estábamos demasiado seguros de nosotros mismos.

Quizás, en efecto. Quizá, también, los franceses no habían comprendido que el mundo estaba cambiando, que el pragmatismo y la eficacia bruta iban desde entonces a triunfar de forma sistemática sobre el donaire y la alegre desenvoltura. Con los pantalones rojos de su infantería de línea y los calzones de los zuavos, los franceses eran como semáforos sobre los que se podía hacer blanco sin problemas desde quinientos metros, mientras que los prusianos, que habían cambiado al color reseda mucho tiempo atrás, se fundían con el paisaje y avanzaban, casi invisibles.

—¿Para qué seguir resistiendo? —le pregunté al señor De Saunis—. Esta guerra está perdida. Negocien, recuperen fuerzas y declaren otra para reconquistar los territorios que han perdido en ésta. Es la voz de la sabiduría...

—Dice usted bien, señor. Sus palabras están llenas de sentido común. Pero es un discurso que atenta contra el honor y la dignidad. En cuanto a mí, ya estoy cansado de huir. Esperaré a mis hombres aquí; cuando hayamos disparado el último cartucho y quebrado la última bayoneta, entonces será el momento de escuchar a la fría razón.

—Su regimiento será reducido a la nada mucho antes, señor. Ni siquiera tiene artillería.

—Vaya con Dios, señor.

La lluvia empezó a caer y el viento a soplar con fuerza. Aproveché la cobertura que me procuraban las inclemencias del tiempo para tentar a la suerte y atravesar las líneas del ejército alemán. Mis fetiches protectores fueron muy útiles aquel día, ya que me faltó poco para que fuera a dar de lleno en el grueso de un cuerpo de ejército prusiano compuesto de tres o cuatro escuadrones de caballería pesada, al menos siete regimientos de infantería y una quincena de obuses de campaña. Cuando cesó la lluvia, yo había alcanzado la cima de una colina boscosa desde donde aún podía ver el pueblo. Los alemanes descargaron sobre los franceses un fuego endemoniado que arrasó la aldea en una hora. Vi con mis gemelos a los últimos defensores reunirse detrás de De Saunis y lanzarse en una carga desesperada contra las líneas enemigas. Más que un combate, aquello fue una ejecución; ni un solo francés llegó a menos de cien metros de los prusianos. El apuesto oficial no sobrevivió al lance y compartió la suerte de sus hombres. Quizá fuera mejor así para él. ¿Cómo hubiera soportado la derrota de su país y el cambio de época que anunciaba esa humillación?

Con el corazón triste por haber asistido a aquel sacrificio inútil, reemprendí mi ruta con más determinación que nunca, puesto que después de haber comprobado la

terrible eficacia del ejército alemán no dudaba por un instante que si Bismarck conseguía romper la resistencia de los parisinos cercados saquearía la capital. No era que me inquietase por Laüme, yo sabía que ella no tenía nada que temer; como yo, estaba preservada de lo peor por los sortilegios tejidos a su alrededor. Sin embargo, deseaba estar a su lado en aquellos momentos. Quizás esperaba una reconciliación después de todos aquellos años de separación... O tal vez deseaba otra cosa que mi espíritu no sabía formular con precisión. Ese sentimiento difuso que me impulsaba a actuar a despecho del sentido común me hizo pensar en De Saunis. Él también había guiado su conducta no por el interés, sino por el sentimiento y el impulso. Su coraje me había impresionado. Él sí que merecía, mucho más que yo, haber sido elegido por una *frawarti*. Tal vez, en aquel mismo instante, una criatura se inclinaba sobre su cadáver para reanimarlo y ofrecerle la vida eterna a cambio de su amor. Tal vez el joven capitán estaba ya lejos, descubriendo, maravillado, la alegría de una segunda vida. Pero si aquello sucediera, sería una historia ajena a la mía.

Rompí el gollete de una botella de vino contra el tronco de un árbol y bebí el alcohol a grandes tragos para calentarme; después seguí mi camino al trote corto. París se encontraba todavía a cincuenta leguas y mi montura estaba agotada. El animal se derrumbó en medio de una landa de brezos que no ofrecía ningún abrigo. Refunfuñando, me ocupaba en soltar mis alforjas para echármelas al hombro cuando una patrulla de tres ulanos apareció en la linde de un bosque cercano. Enseguida apuntaron sus largas lanzas hacia mí y cargaron al galope para ensartarme. Con calma, saqué mi viejo Scofield de su funda, me arrodillé pausadamente y, apoyándome en el vientre de mi caballo muerto, los liquidé uno tras otro en pocos segundos. Temí por un instante que las detonaciones dieran la alerta, pero sólo la danza de los cuervos por encima de los cadáveres animaba el paisaje. Aquel incidente fue una suerte. Pude recoger las tres monturas y continuar mi camino en mejores condiciones. Vadeé el Loira junto a Saint-Benoit y atravesé la Beauce empleando mi varita de ámbar para levantar a mi alrededor una niebla que me ocultaba a los ojos de las numerosas compañías prusianas que habían instalado sus campamentos en la región. Por fin, llegué hasta las murallas de París. Los alemanes habían bloqueado todas las puertas y lanzaban asaltos regulares a los barrios periféricos. Columnas de humo ennegrecían el cielo, y el rugido de sordas andanadas de cañón completaba el ambiente apocalíptico de la escena. Había guardado un uniforme de lancero de mi encuentro con los ulanos. Disfrazado con él, atravesé sin impedimento alguno el cerco de los atacantes y me deslicé entre las sombras hasta la línea del frente. La única dificultad fue encontrar el lugar y el momento propicios para cambiar de apariencia. En un patio desierto, me deshice de mi uniforme y me deslicé en dirección a las barricadas francesas. Me pidieron la contraseña, pero yo me inventé una historia que los centinelas se creyeron fácilmente: mi acento era perfecto y los guardias juzgaron inconcebible que un alemán pudiera hablar su lengua sin delatarse. Enseguida corrí hacia la île Saint-Louis. No había vuelto a ver París desde hacía

treinta años, y no reconocía nada. Cierto que el caos causado por la guerra había transformado la ciudad, pero no eran solamente las carretas volcadas en las calles, los rostros atormentados de los escasos transeúntes o las bandadas de ratas que corrían por las calzadas los que causaron mi sorpresa. Había sido testigo del incendio de Atlanta, del saqueo de Richmond, sabía lo que era una ciudad asediada. No, París había cambiado de otra manera, de arriba abajo. Allá donde en otro tiempo se desplegaban callejuelas sombrías bullentes de plebe, se elevaban ahora elegantes edificios. Por todas partes se habían trazado avenidas largas y rectas. La ciudad poseía una belleza que cortaba el aliento.

Cuando llegué detrás de Notre-Dame, constaté que la morgue había desaparecido; sin embargo, en el quai d'Orléans nada había cambiado. Detrás de los postigos cerrados del palacete de Laüme brillaban luces. Dudé en subir. Opté por batirme en retirada, porque no quería presentarme ante el hada en un estado de indecisión. Agotado, sin saber adonde ir, concluí dirigirme al Palacio Real, donde en otros tiempos había pasados momentos tan felices en compañía de mis amigos Nerval y Dumas y sufrido tantas amargas con la pequeña Sandrine. Entre las galerías, el parque había sido transformado en acantonamiento para los defensores. Desde la cantinera hasta el recluta de quince años, toda una población se mezclaba allí. Con mis botas, mi abrigo de viaje, mis cartucheras y mi carabina al hombro, nadie osó preguntarme nada. Me hicieron sitio alrededor de una hoguera, me dieron una sopa clara y un mendrugo de pan sin ni siquiera pedirlos.

—Mastica despacio, camarada, aprovéchalo —me recomendó la muchacha que me había entregado la comida—. Dentro de dos días nuestras provisiones se habrán terminado. Entonces empezará el hambre de verdad...

Al día siguiente, me dejé conducir a las barricadas de los gobelinos. Disparé toda la jornada, emboscado en los tejados. El alcance y la precisión de mi arma me valieron la consideración de los defensores.

—¿Quién eres? —me preguntó un tipo joven mientras regresábamos por la noche a calentarnos bajo la galería de Valois—. Nunca te había visto antes.

—Vengo de las Américas. Salí de Francia hace unos años...

—Entonces eres un auténtico patriota —resopló el tipo con admiración—. Eres un republicano exiliado después del golpe de Estado de Bonaparte, ¿no es cierto?

—Sí —contesté, para liberarme del importuno.

—Nos ayudarás a tomar el poder cuando nos hayamos librado de los prusianos, ¿verdad?

—Haré lo que pueda —contesté, envolviéndome en mi manta.

—Mi nombre es Galland —prosiguió el chico sin desanimarse—. Jerome Galland, ebanista del barrio de Saint-Antoine.

—Me alegro de conocerte, Galland —mascullé—. Pero descansa. Esta noche puede ser la última que pases en la tierra.

Galland no se separó de mí durante los días que siguieron. No sé exactamente por

qué se pegó a mis talones, pero se afanó en servirme como lo haría un ordenanza con un oficial. Por la mañana, buscaba entre las bodegas un poco de alimento para sustentarnos; después agarraba mis cartuchos, contaba los prusianos que yo lograba abatir y engrasaba mi arma al caer la noche. Era un charlatán, pero su conversación, siempre alegre y rebosante de optimismo hasta en los peores momentos, no era desagradable. Cuando los combates nos lo permitían, me hablaba de la República y la igualdad entre los hombres. Su entusiasmo era pueril y delataba un desconocimiento tan profundo del espíritu humano que resultaba casi enternecedor.

—Tu candor es grande, Galland —terminé por decirle—. La igualdad entre los hombres es una engañifa, algo que no existirá jamás; y que va contra todos los principios de la naturaleza. Los hombres son tan diferentes como numerosos. Esto es verdad entre la gente de la misma especie, y créeme si te digo que es aún más cierto entre las razas extranjeras.

—Pues entonces la naturaleza es muy bellaca por habernos hecho desiguales. La razón triunfará sobre esta injusticia. Pronto todos los hombres seremos hermanos. Los negros, los blancos y los amarillos se mezclarán, y las guerras ya no existirán.

—En espera de ese gran día, cuyo advenimiento yo no deseo toma tu arma, amigo mío, que aún tenemos que rechazar a un ejército.

Pese a la resistencia encarnizada de los parisinos, los prusianos no se decidían a levantar el sitio. La situación empeoraba día a día. Centenares de millares de personas no tenían ya qué comer. El tifus hizo su aparición y los cadáveres se amontonaban en las calles. Como último recurso, mataron a los animales del jardín botánico y se cortó su carne para distribuirla entre los habitantes del barrio. Galland comía jirafa, yo devoraba una cebra... Y después, una noche, regresé solo al Palacio Real. Una bala alemana había alcanzado en plena frente al pequeño francés, cuando se deslizaba hacia mí para pasarme un puñado de cartuchos. Lamenté profundamente su ausencia. Echaba de menos su vivacidad y, con su muerte, desaparecía mi coartada para evitar la île Saint-Louis. Al día siguiente del triste suceso, regresé al lugar donde lo habían abatido. Su cuerpo seguía allí, cubierto de rocío. Los alemanes habían abandonado por el momento sus posiciones de ataque y pude recuperar su cadáver sin peligro. Avivado por el deseo de darle una sepultura decente, conseguí transportarlo en un carretón hasta el cementerio Père Lachaise, donde cada hora se cavaban nuevas tumbas. Lo sepulté apenas a cien metros del lugar donde en otro tiempo había llorado a Sandrine y a mi hijo.

Bajé hacia el río y me decidí por fin a pasar el puente Marie para rondar el quai d'Orléans. Pero me faltaba una onza de coraje para llevar a cabo mi proyecto. Como el débil que busca en un trago de alcohol el vigor que precisa, sentía que a mí también me faltaba algún tipo de estimulante. No lejos hacia el este rugieron en aquel momento los primeros cañonazos de un largo bombardeo: los prusianos acababan de tomar como blanco los depósitos del Arsenal. Se trataba de un ataque en toda regla, en el que intervenían veinte o veinticinco piezas. Al instante comprendí que el barrio

iba a sufrir importantes daños. Armado con mi fusil, me acerqué a la zona de la carrera. Entré al azar en un callejón y de un golpe de nombro eché abajo la primera puerta que encontré. Al otro lado estaba una familia entera. Apretujados unos contra otros en un rincón de la única pieza, un hombre, una mujer, una vieja y dos niños de corta edad intentaban protegerse del bombardeo recitando una plegaria. A todos ellos les concedí la gracia de actuar deprisa y bien. Al padre lo maté de un balazo en la frente; a la mujer, de un violento culatazo que le hizo estallar la mandíbula y le rompió la nuca. Un empujón contra el muro bastó para que la abuela se derrumbara y quedara inmóvil. Maté al mayor de los niños hundiéndole mi navaja en el corazón; en cuanto al más joven, no sé si era niño o niña, me tomé por el contrario todo mi tiempo para darle muerte. Gritó, aulló, se debatió: nada más normal, dados los horrores que le estaba infligiendo. El ruido de los cañones lo ensordecía todo. Al cabo de una hora puse fin a sus sufrimientos. Ya no era más que una bola de carne desollada, irreconocible, un corazón pelado, en carne viva, que tiré en el hogar donde se consumían unas brasas. El ejercicio me había galvanizado. Si me hubiera visto, Nuwas habría estado orgulloso de mí. Las torturas infligidas al chiquillo habían tonificado mis nervios y reafirmado mi voluntad. Ansiaba desesperadamente volver a ver a Laüme. Dejé el Arsenal por la noche, mientras los incendios se declaraban en el barrio, y alcancé la île Saint-Louis. Allí, apostado en un rincón, enredado en una vieja manta a modo de capa para disimular mis rasgos, esperé, con los ojos fijos en la puerta cochera. ¿Qué tenía exactamente en la cabeza? Habría sido incapaz de decirlo con precisión. Esperaba una oportunidad, un signo...

Alta en el cielo, estalló una tormenta. La lluvia empezó a caer en gruesas gotas y me congeló hasta los huesos. Ese fue el instante que eligió Laüme para dejar su guarida. Reconocí de inmediato su silueta envuelta en un largo manto engrasado sobre el que el agua se deslizaba a raudales. Caminaba sola, y no me prestó atención al pasar a mi lado. La seguí por la orilla izquierda hasta que descendió a la orilla del río para recorrerla hasta la altura del puente Saint-Michel. Una multitud de cadáveres se alienaba sobre unos caballetes, sin vigilancia. La tempestad se había llevado los sudarios y los había arrojado al azar de la corriente. La superficie del Sena estaba cubierta de velos blancos, como almas flotando sobre la Estigia. Laüme se acercó a los difuntos y pasó la mano sobre los rostros descarnados de algunos de ellos. Tenía la misma expresión extática que había mostrado cuando me condujo a la morgue por primera vez. Me acordaba de aquel día como si lo hubiera vivido la víspera. Sin embargo, habían transcurrido casi cuarenta años. Después, bruscamente, el hada se volvió y me miró. Se bajó el capuchón, y yo me deshice de la manta empapada que me envolvía. Mis mejillas estaban cubiertas de barba y mis ojos rodeados de profundas ojeras. Sin embargo, nunca me había sentido más sereno, con más vigor. Ya no tenía frente a ella al adolescente indeciso, débil y retorcido de otros tiempos. Mi vida de aventuras y crímenes, de lujuria y salvajismo, mi vida de brujo en fin, me había convertido casi en su igual.

—Dalibor —murmuró acercándose—... vuelves a mí cuando ya no te esperaba.

Sus manos se posaron en mis mejillas. Me observó en silencio largo rato. Por fin, una pregunta amaneció en sus labios.

—Tu edad, Dalibor... Ahora deberías ser un anciano. ¿Qué milagro se ha producido para que hayas conservado la juventud sin mi ayuda?

—He encontrado por mí mismo caminos que quizá tú ignoras —le contesté—. He atravesado pruebas cuya naturaleza desconoces. Y aunque era torpe, tenía más voluntad de lo que imaginabas. No quería deberte lo que me ofrecías. He detenido yo solo las agujas del tiempo...

Las pupilas de Laüme se iluminaron como las de una loba. Leí en sus ojos la ternura y la admiración, el respeto y el amor, la alegría y el deseo. Quizá también percibía en mí el olor de mis asesinatos, y eso la excitaba. Sus labios se posaron en mi boca y nos besamos como dos amantes apasionados que hubieran permanecido alejados largo tiempo. Le arranqué el vestido y hasta la última de sus prendas. La tendí desnuda sobre una plataforma en la que reposaban cadáveres. Entonces, bajo el batir de la lluvia, en medio de los muertos empapados por el lluvia, separé sus piernas y la hice mía.

LA CASA DE ARGYLE

Por primera vez en mi vida, caminaba por los pasillos del palacete del quai d'Orléans como el señor de la casa. Ninguna pieza, ninguna biblioteca, ninguna cama me estaban vedados. París continuaba sitiado, pero la guerra ya no me concernía. Sólo me importaban el cuerpo de Laüme, sus caricias y el placer carnal que nos dábamos. Pasábamos los días y las noches unidos, mezclados, fundidos... Nuestros cuerpos se amaban, y sufrían mil muertes cuando no estaban entrelazados. El abrazo iniciado entre los cadáveres del quai Saint-Michel no se detuvo allí. Durante días y semanas, no hicimos más que proseguirlo y ampliarlo. Ya no dormíamos, apenas comíamos, ignorábamos todos los acontecimientos del mundo exterior...

En fin, supimos que el conflicto entre Francia y Prusia había cesado. Los regimientos de Pomerania y de Baviera habían recibido órdenes de replegarse, los escuadrones de Württemberg y del Ruhr regresaron a sus acantonamientos. Durante algunas semanas reinó la anarquía. Se estableció un gobierno popular y hubo un amago de guerra civil, pero las tropas restablecieron a cañonazos el orden en la capital, y los franceses proclamaron la Tercera República. No vivimos casi nada de todos aquellos sucesos, interesados como estábamos exclusivamente el uno en el otro.

Laüme me preguntó por mis viajes. Le narré con detalle los años pasados en las Américas, pero me guardé para mí el encuentro con Nuwas en el valle de Lalish, y el de la reclusa Ta'qkyrin detrás de su puerta de plomo. Todo eso constituía la esencia misma de mi misterio y el núcleo de mi fuerza renovada. Con el fin de lavar las humillaciones sufridas en el quai d'Orléans, ordené tapiar el saloncito donde Laüme se había prostituido en otro tiempo con el calamitoso Fabres-Dumaucourt y sus canallas. Aquella misma noche, le vendé los ojos al hada y la conduje en secreto al cementerio de Montparnasse. Después de deslizar dos monedas de oro en la mano del guardián, la desvestí junto a la tumba del banquero y me acoplé furiosamente con ella, convirtiendo el mármol funerario en nuestro improvisado lecho. Cuando estuvimos saciados de placer y demasiado fatigados para continuar, le quité la venda a Laüme y le hice leer el nombre de la lápida. Ella estalló en carcajadas. Tomé de un saco el largo *khandjar* que había traído de Mesopotamia y descorché de un tajo una botella tamaño *rohoboham*. El champán se deslizó por el cuerpo desnudo de Laüme y bebí la espuma que cubría sus senos y corría por su vientre. Disfrutamos las exquisitas viandas preparadas por nuestros cocineros y volvimos a mantener relaciones. Mientras gozaba de Laüme, que se agarraba a la cruz, esperaba que Dumaucourt en su tumba contemplara nuestros amores retorciéndose de rabia. Aunque pude tomarme venganza póstuma del canalla, me disgustó saber de la muerte del cochero cojo. Ese hecho me apenó, porque me hubiera gustado poseer a su ama en su berlina.

Mientras conjuraba de tal modo algunos de mis peores recuerdos, en Francia la República se mantenía, contra todo pronóstico. Apoyado en algunos prohombres, el régimen garantizó a todo el país unos años de tranquilidad. Laüme y yo pasábamos la mayor parte del tiempo haciendo el amor y divirtiéndonos. Vivíamos a lo grande y frecuentábamos cada noche el teatro o la nueva ópera Gamier donde se representaban las glorias del arte lírico. Laüme era la más bella de las mujeres y yo sentía que su amor era sincero. Después de todos aquellos años terribles, me parecía disfrutar al fin del paraíso...

—¿Quieres que tengamos un hijo? —me dijo un día.

—¿Un hijo? ¿De verdad puedes ser madre, Laüme?

—Dejé de trabajar en ello —respondió, mientras su respiración se aceleraba de repente—. Ahora que has vuelto a mí tan distinto, tan fuerte, estoy dispuesta a arriesgarme a la prueba.

—¿Arriesgarte? ¿Es peligroso?

—Toda metamorfosis conlleva un riesgo. Mi cuerpo no está hecho para prohijar, eso será imponerle una traición. Pero ya he aplazado demasiado el momento.

Laüme me miró a los ojos y tomó mi mano.

—¿Estás dispuesto a seguirme por este camino, Dalibor? Quizá nos espere la muerte a ambos; pero si triunfamos, nuestras posibilidades serán ilimitadas.

—¿Qué tengo que hacer?

—Primero necesitaremos sangre —murmuró Laüme—. Muchísima sangre...

Su tono era casi de aflicción. Por primera vez, sentí que el miedo anidaba en su interior. La estreché en mis brazos y la abracé para confortarla.

—No temas. Pase lo que pase a lo largo del camino, yo estaré siempre a tu lado.

Elegimos Londres, porque precisábamos de un lugar donde vivir sin testigos. Nos afincamos en Argyle Street, justo detrás de Regent Square. Era un voluminoso edificio sin encanto, pero vasto y retirado al fondo de un gran parque que nos ocultaba de las calles circundantes. No contratamos ningún criado ni doncella para Laüme, ni ayuda de cámara para mí. Necesitábamos estar solos. El único contacto que tuve, por una serie de casualidades, fue un francés llamado Barbillon. Era el único que conocía mi nombre y sabía dónde vivía.

Era un hombre abotargado, de cabello largo y grasiento. Agente de la Sureté bajo el Segundo Imperio, había llegado a dirigir una red de espías devotos del régimen y particularmente eficaces. La proclamación de la República había estado a punto de resultarle fatal. Perseguido por los que había acosado con tanto celo, salvo la vida gracias a su exilio al otro lado del canal de la Mancha. Una vez en la capital británica, a salvo de sus enemigos, se había convertido en proxeneta, propietario de varios prostíbulos. A cambio de una generosa retribución, había aceptado cederme los frutos indeseados del comercio de las muchachas. Lo que me suministraba constituía la

materia prima necesaria para la fecundación del hada. Desde luego, aquélla sólo era la base sobre la que se componían los rituales más horribles y extraños. Los crímenes que había cometido Laüme ante mis ojos sobre los cuerpos de Lorette y de su bebé no eran nada en comparación con lo que hizo con los recién nacidos adquiridos a Barbillon. Durante mucho tiempo se preparó sin que yo pudiera ayudarla. Yo depositaba a las criaturas por la noche ante su puerta y, por la mañana, no encontraba sino los huesos arrojados al pasillo. La sangre virgen era para ella un cordial mediante el que esperaba diluir las escorias que Yohav había incrustado en lo más profundo de su ser. Estos prolegómenos eran de largo alcance y exigían un cuantioso aporte de materia prima. Como Barbillon no alcanzaba a proveernos del todo, yo me dedicaba a rondar a veces por Aldgate y Stepney, barrios fangosos del este de Londres, en busca de los complementos necesarios. Allí encontraba productos de buena calidad, aunque siempre de más edad que los hijos de las prostitutas. Laüme vivía en reclusión, casi siempre desnuda como un animal, saturada de sangre, extática en una embriaguez impía que la había proyectado lejos del territorio de los hombres. Esa crisis duró meses. Cada pieza de nuestra residencia era una tumba que contenía los cuerpos de los niños sacrificados. Procedentes del subsuelo, las ratas roían los cadáveres y nubes de moscas verdes zumbaban por los pasillos. La sangre es un agua oscura, un espejo sombrío donde dormitan los sortilegios más ambiguos. Laüme se servía de ella como de un éter para desarrollar su conciencia y dominar las menores evoluciones de su carne. Yo no era más que un Caronte, un pasador, el único lazo que la unía aún al mundo de los vivos. Semejante a un sacerdote de la antigua Cartago al servicio del dios Moloc, le tendía niños que ella despedazaba con la ferocidad de una hiena. Yo la miraba a veces, pero no participaba en ninguna de estas matanzas; no porque yo sintiera ningún desagrado, sino porque el ritual lo prohibía aún.

Al fin llegó el momento en que el hada me hizo entrar en escena. Fue mi turno de convertirme en una bestia. Cuando rompí todo lazo con la humanidad, nos acoplamos de manera repugnante. Al derramar en Laüme un semen que había tenido que conservar celosamente durante meses, sentí un dolor inmenso, intolerable, que me arrojó de su lado al instante y me hizo retorcerme en el suelo. Durante algunos días, creímos que mi licor se había perdido y no la había fecundado, pero después Laüme, radiante, me dijo que sentía la vida germinar en su interior. De inmediato, provocamos un incendio y dejamos Argyle Street mientras la mansión ardía como una antorcha. Regresamos al continente, porque Laüme quería traer al mundo a su hijo en Italia.

—Tengo una casa en Venecia —le dije—. Allí estarás bien...

Ella sonrió y dejó que la instalara en mi casa. Pasaba sus días en soledad y no quería ver a nadie. Yo me lo tomaba con paciencia y pasaba las horas fumando en el Quadri o en el Florian, o vagando durante horas por las calles desiertas. Al caer la noche, Laüme se reunía conmigo y nos estrechábamos el uno contra el otro antes de que ella desapareciera, al alba, para recluirse en su habitación durante el resto del día

sin autorizarme a que la visitara. Hizo falta que transcurriera algún tiempo en este régimen para que yo reparase en sus rasgos cada vez más cansados, pálidos, las pupilas brillantes como bajo los efectos de la fiebre. Cada día se parecía más a una enferma y, a pesar de sus negativas, eso me inquietaba. Mis preguntas sobre su estado quedaban sin respuesta o, peor aún, desataban su cólera hasta el punto de que ya no me atrevía a mencionar su estado en su presencia. No obstante, su respiración se tornó ronca, su piel se volvió rugosa, y sus cabellos caían en largas mechales quebradizas. Un mediodía, la escuché gritar en su habitación. Las pesadas cortinas corridas le daban a la pieza una atmósfera de panteón. En la cama, Laüme temblaba, con los ojos vueltos hacia arriba y espuma en la boca. Sus manos aferraban su vientre como si lo devoraran las llamas. Estaba perdiendo al niño entre dolores inmensos. Inconsciente, no llegó a ver la cosa que salió de sus entrañas, y fue mejor así. No habíamos concebido un ser humano sino un monstruo, el embrión de un gnomo infame, una aberración.

Envolví en una sábana a la espantosa criatura y fui a arrojarla por la noche al fondo de la laguna. Después del hijo de Sandrine, asesinado por Laüme, y el de Blanche de Sauves, muerto en su matriz por los seminolas, aquél era el tercer niño concebido por mí que desaparecía. Todos los esfuerzos que había hecho al lado de Laüme habían sido inútiles y desembocaron en un simulacro de vida. Me sentía triste por mí mismo, pero sobre todo por mi compañera. El hada dormía aún cuando volví a la habitación. Yo había calmado sus espasmos con opio y ella todavía descansaba, los miembros distendidos, la respiración regular. Sin embargo, sus labios estaban grises y su rostro demacrado.

Creo que aquel día sus rasgos perdieron para siempre todo resto de infancia...

El estado de debilidad en el que se encontraba después de su parto fallido no le permitía a Laüme dejar Venecia para volver al quai d'Orléans como deseaba. Sin embargo, no se quejaba de esa permanencia obligada. Poco a poco, aceptó acompañarme al exterior. Apenas conocía Venecia, donde sólo había estado de paso con el caballero Galjero, cuando éste la había hecho atravesar el Adriático después de Ragusa. Yo le mostré todo lo que conocía de la ciudad, y ella pareció fascinada. Poco a poco, fue saliendo del mutismo en el que se había encerrado y cada día recuperaba un poco de su belleza y de su fuerza. En las calles del Dorsoduro nos encontramos un día con un caballero que me detuvo llamándome con afecto. Era Agabio Caetano, el aristócrata veneciano a quien había conocido años atrás. No le sorprendió mucho ver que yo no había cambiado, aunque él mismo ya era casi un anciano.

—Siempre supe que usted poseía una naturaleza diferente a la del común de los mortales, *signore* Galjero —dijo—. Quizá le sorprenda, pero no siento curiosidad por su secreto. Toda mi vida he buscado transmutar el plomo en oro o encontrar el elixir de la eterna juventud. He fracasado. Sin embargo, eso no me frustra, porque ahora

veo en usted la prueba de que esas maravillas no son quimeras. Eso me bastará para morir en paz. Sea feliz con esa joven esplendorosa que veo de su brazo, *signore* Galjero, y sepa que me ha hecho un gran honor al concederme su amistad. Si le es posible, vele por mi hijo. Él es tan apasionado como yo de los arcanos y los espíritus. Es un muchacho inteligente, pero no le revele nada de su misterio. Si es lo bastante sabio, descubrirá él solo lo que le está destinado.

Eran palabras dignas de un verdadero sabio, y prometí no dejar nunca de ir a saludar al conde Caetano en mis viajes futuros a Venecia, a fin de celebrar la memoria de su ancestro y de hacer unas ofrendas a sus manes.

—¿Quién era ese viejo loco? —me preguntó el hada cuando nos quedamos a solas.

—Un hombre a quien debo algunas lecciones de política y mi rechazo de las doctrinas republicana y liberal.

—Te has vuelto muy sabio, Dalibor —dijo Laüme, divertida—. Me alegro de que te intereses también por esas cuestiones. Pero procura no preocuparte demasiado ante los cambios que se anuncian. Este mundo que te desagrade morirá delante de tus ojos, y surgirá otro que detestarás más aún. Todo el género humano debe atravesar una crisis, una larga catarsis que empieza ahora. Habrá sobresaltos, grandes crispaciones, guerras y catástrofes. Después sobrevendrá el caos general, y los supervivientes podrán empezar una vida más sana... Hasta la próxima vez.

¿De dónde sacaba Laüme sus profecías? ¿De su magia o de su sola intuición? Lo desconozco. Pero era cierto que se acercaba un nuevo siglo y el mundo se transformaba a gran velocidad ante nuestros ojos. Al fin, regresamos a París. En 1888 visitamos la Exposición Universal, que mostraba las proezas técnicas que prometían formar pronto parte de nuestra vida cotidiana. Probamos el teléfono del señor Edison, escuchamos el fonógrafo del señor Marconi, caminamos bajo guirnaldas de bombillas eléctricas... la ciencia parecía vivir una edad de oro y prometía un futuro en el que se harían realidad los sueños más locos. En un ascensor lleno de curiosos en éxtasis, subimos las plantas de la torre elevada por el señor Eiffel. El restaurante panorámico dominaba todo París. Reinaba un ambiente de júbilo colectivo. Olvidada su derrota ante Prusia, Francia se bañaba en champán y se atiborraba de exquisitos manjares. Laüme, sin embargo, permanecía insensible a aquella atmósfera festiva.

—Lo que veo confirma mis temores —me explicó—. La ciencia va a convertirse en una nueva religión y los sabios pronto serán más poderosos que los sacerdotes. El saber servirá para halagar los bajos instintos en lugar de exaltar la nobleza. Y el populacho se convertirá en el rey. El mundo será menos peligroso, pero también menos bello. Más fácil, pero infinitamente más vulgar. Sí, el futuro que presiento me llena de pena.

El hada estaba en lo cierto. El fin de aquel siglo XIX marcó el inicio del reinado de la plebe. Convertidos en negociantes, los políticos no pensaban más que en halagar a las masas, y las finanzas anónimas tenían más importancia que los intereses de la

nación. La publicidad vino a desnaturalizar las paredes y la prensa los espíritus, por más que en las calles sólo se veía a ladrones enarbolando las certezas del boticario Homais^[4]. Los románticos y los exaltados habían desaparecido, así como los poetas y los visionarios. Los maestros del arte literario eran unos menesterosos aquejados de pusilanimidad y, en las salas de exposiciones, la gente se extasiaba ante horrores de colores apagados, borrosos, que violaban frontalmente las normas del buen gusto.

Contaminado por la atmósfera de positivismo, empecé a ahogarme en Francia. Soñaba con los días pasados en los bosques de Georgia combatiendo a los unionistas, con las barricadas y con los ulanos.

Laüme, por su parte, parecía indiferente a todo. Incluso a la fiesta de los sentidos. No habíamos hecho el amor desde nuestra estancia en la casa de Argyle, y no era cuestión de intentar la experiencia de una nueva fecundación, ni tampoco de reemprender una existencia frívola. Nuestros días eran grises, y yo vagaba por los pasillos de nuestro palacete sin saber cómo emplear mi tiempo. Todos mis amigos habían muerto: Alexandre Dumas, el año mismo en que yo me había reunido con Laüme; dos años antes, Nerval se había colgado en la rue de la Vieille Lanterne, víctima de sus propias quimeras. Gautier y Delacroix ya no existían.

Las festividades del nuevo siglo me ofrecieron una breve distracción. El 31 de diciembre, Laüme y yo bebimos champán en Maxim's y después, por primera vez en tanto tiempo, nos abrazamos y estreché su cuerpo contra el mío. Pero nuestra unión estuvo desprovista de alegría y nos dejó aún con más amargura. Fueron los ingleses, y su entrada en conflicto con aquellos señores del Transvaal, los que me dieron por fin un pretexto para dejar París...

EL NUEVO SIGLO

El primer mes del año 1900 Laüme me acompañó a Marsella, donde embarqué con destino a África. El hada no había intentado retenerme y nuestra despedida —un beso casi frío— no desbordó de emoción. De todos modos, no era una separación definitiva. Sabíamos que estábamos destinados a volver a vernos, pero también necesitábamos permanecer alejados algún tiempo para reavivar nuestro deseo y labrar nuevas esperanzas.

En África, a los británicos se les había metido en la cabeza la idea de apropiarse de las regiones ricas en minas de oro y diamantes de los bóers, esos holandeses, franceses y alemanes que se habían asociado en pequeñas Repúblicas de hombres libres. El reparto de fuerzas jugaba en contra de los colonos, pero los ingleses habían visto cómo les infligían algunos notables reveses que los obligaron a enviar refuerzos y a emplear grandes medios para reprimir a los rebeldes. Se habían producido masacres de civiles, y los ocupantes habían abierto sin tapujos campos de concentración donde dejaban morir de hambre a sabiendas a los ancianos, las mujeres y los niños de los partisanos. De Europa y de América acudían aventureros por cuenta propia, como yo, para prestar ayuda a los insurgentes. Algunos por ideal, muchos con la esperanza de reunir un poco de oro o de descubrir un filón de piedras preciosas. Por mi parte, yo debía ser el único que acudía solamente para divertirse. En El Cabo adquirí un arma alemana automática con cargadores de nueve balas para reemplazar mi vieja Remington de seis tiros. En cuanto a mi Scofield, aún era capaz de soportar la comparación con sus equivalentes contemporáneos. Lo mejoré con un visor de tiro con el que sin duda hubiera hecho maravillas durante el sitio de París.

Los bóers eran en su mayoría protestantes pero, en aquellas circunstancias particulares, me parecieron más bien simpáticos. Es en los períodos de conflicto cuando se comprende que las fantasías y las rigideces de la religión son cuestiones superfluas. En la guerra, el hombre olvida la moral y reencuentra lo esencial; se abre de verdad al mundo y posibilita que viva lo mejor de sí mismo. Por muy encurtidos que estuvieran al principio en su credo, los puritanos no escapaban a la regla. Dos días después de mi llegada, me vi incorporado a una columna bajo el mando de un holandés apellidado Ghert. Había venido de Utrecht diez años atrás y se paseaba continuamente con una Biblia negra bajo el brazo. No dejaba el libro por nada del mundo, ni cuando tiraba con su carabina. Con trescientos tipos robustos, subimos hacia la meseta del Transvaal, con la misión de reforzar a uno de los cuerpos principales del ejército bóer. Cabalgando a la cabeza del destacamento, me alié con un alemán de Berlín que se hacía llamar Franck. Conocía bien la región y me llevaba a patrullar con él. Nuestros caracteres se avenían y pronto nos hicimos inseparables. Junto a él volví a encontrar algo de esa poesía natural que me gustaba de Nerval, de

esa desenvoltura que tanto apreciaba en Dumas, de esa nobleza altiva que me impresionaba de Nuwas, y de ese candor del pequeño ebanista Jérôme Galland que me había emocionado. Pero Franck añadía a todas esas cualidades la mirada única que arrojaba sobre el mundo: era una suerte de panteísta, un enamorado ferviente de la Creación.

—Está bien matar a los hombres —afirmaba—, de todos modos hay demasiados. Pero hay que respetar a los animales y a los árboles. Son más bellos que nosotros y pertenecen de verdad a esta Tierra, a la que no necesitan saquear para sobrevivir. Ellos son las verdaderas criaturas de Dios.

Franck tenía el don de hacerse aceptar por los animales. Junto a él, apartados del tumulto de la caravana, pasaba entre las manadas de elefantes y búfalos que recorrían tranquilamente la sabana, sin molestarlos. Me hizo observar el juego de los leones y los guepardos, la caza de los cocodrilos que atrapaban los ñus cuando éstos se acercaban a beber al río, y el paso majestuoso del pájaro secretario entre las hierbas altas.

Mientras estábamos ocultos entre el ramaje en lo alto de un árbol, percibimos un retumbar de cascos que iba en aumento y que se dirigía hacia nuestra posición. Por la mira de mi Scofield vi un caballo negro ensillado a la inglesa que avanzaba en línea recta. Los estribos vacíos le batían los flancos y tenía el pecho cubierto de espuma. Saltamos a tierra y remontamos con prudencia la pista del caballo enloquecido hasta la orilla de una charca donde un civil se agitaba junto al cuerpo tendido de un soldado británico. Rodeamos la charca para asegurarnos de que los dos hombres estaban solos antes de acercarnos apuntándoles con nuestros fusiles. En cuanto nos vio, el tipo sacó un revólver de su guerrera, pero yo fui más rápido; mi bala golpeó el tambor de su arma y la hizo saltar de su mano. Franck golpeó con la culata de su arma la nuca del tipo, con ganas de pelea, y lo dejó inconsciente. Mientras yo pasaba una cuerda por las muñecas del inglés, Franck examinó rápidamente a su camarada tendido.

—Le ha mordido una serpiente. Va a morir. No hay nada que hacer.

Si se hubiera tratado de uno de los nuestros habría comprendido mi reacción, pero ¿por qué acudí a inclinarme sobre el inglés? Incluso hoy lo ignoro. Como su compañero, se trataba de un tipo joven, de veinte o veinticinco años. Poseído de una piedad inexplicable, quise salvarlo. Fuera cual fuese el veneno que fluía por sus venas, yo tenía el poder de curarlo, Nuwas me había enseñado cómo hacerlo. Saqué de un bolsillo un guijarro blanco similar al que mi maestro había deslizado en otra ocasión en la boca del pequeño nómada sofocado por la fiebre, y practiqué sobre el nombre unas operaciones de magia elementales. El resultado fue inmediato. El hombre, reanimado, abrió los ojos y escupió enseguida la piedra, ahora ennegrecida.

—¿Cómo lo has hecho? —me preguntó Franck, asombrado—. ¡Nunca había visto a nadie sobrevivir a una mordedura como ésa!

Eludí la pregunta con un gesto de la mano y acerqué mi cantimplora a los labios del inglés.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Bentham, señor. Y ese de ahí es el señor Churchill. Winston Churchill.

Tres horas antes de nuestro encuentro, el teniente Bentham y el corresponsal de guerra del *Daily Telegraph* Churchill subían juntos a un tren blindado del ejército británico. El convoy, atacado por los nuestros con dinamita, descarriló parcialmente y los bóers se lanzaron al asalto. A pesar de su resistencia, los ingleses estaban a punto de ser desbordados cuando, en el último momento, Bentham y Churchill lograron saltar los dos sobre el mismo caballo y salieron indemnes del escenario del combate. Tras galopar al azar por la sabana, los fugitivos hicieron alto en la primera zona con agua que encontraron y donde, para su desgracia, una serpiente surgió bruscamente de entre las hierbas y mordió al oficial.

Antiguo alumno de Sandhurst, Bentham no era del todo antipático. Cortés, sobrio y sincero, me agradeció que le hubiera salvado la vida de un modo que revelaba el temperamento de un auténtico *gentleman*. Churchill, por el contrario, no era más que un pequeño bruto saturado de desprecio y henchido de orgullo. Su cabeza de perro y sus labios húmedos me desagradaron profundamente. Cuando le interrogué, me escupió en la cara una saliva con restos de tabaco malo, intentó morderme y, como último recurso, me sacó la lengua mientras soltaba juramentos abominables. Estuve a punto de meterle una bala en el cráneo sin miramientos, pero Franck se interpuso.

—Uno es teniente y el otro periodista —me recordó—. Seguramente tienen información relevante sobre la estrategia de Kitchener. Debemos trasladarlos a un lugar seguro para someterlos a interrogatorio. Y también pueden servir de moneda de cambio. Sobre todo, no hay que matarlos.

En aquellos momentos, ésa era sin duda la voz de la razón. Pero ¿qué hubiera dicho el berlinés Franck si hubiera sabido que cuarenta años más tarde aquel mocoso de Churchill iba a impedir casi sin ayuda que la gran Alemania conquistara Europa?

Así pues, y como habíamos decidido, entregamos a los prisioneros a un oficial del alto mando, que nos felicitó por nuestra captura. Al pasar a manos de sus nuevos guardianes, Bentham se volvió hacia mí y, muy digno en su uniforme escarlata, me dedicó un misterioso «hasta la vista». Tres días más tarde, supimos que los dos tunantes habían puesto pies en polvorosa sobornando al carcelero. La anécdota nos hizo reír mucho tiempo a Franck y a mí, y solíamos contarla a nuestros compañeros por las noches.

La metralla inglesa acabó por costarle la vida a mi amigo. Por mi parte salí indemne, como siempre, y asistí impotente a la victoria de los británicos sobre los rebeldes. Dejé África poco antes de que se rubricara el tratado de paz. ¡Triste día! Yo había perdido muchos nuevos camaradas en esa guerra, y me preguntaba si algún día elegiría el bando vencedor en vez del vencido. En los tres conflictos en los que había participado, mi ejército siempre había saboreado la derrota.

Volví a Europa por Aden y el mar Rojo, una ruta peligrosa, porque las tribus guerreaban entre sí y a ninguna les gustaban los extranjeros. Por Suez, pasé al Mediterráneo y me reuní con Laüme poco más de dos años después de haberla dejado. Le regalé un enorme diamante que mi fetiche buscador de tesoros me había permitido encontrar en las montañas del Transvaal. Por su parte, ella también había viajado, había ido a conocer América. Estuvo en Nueva Orleans, que yo tanto le había elogiado, pero no se demoró allí y prefirió pasar un tiempo en Nueva York, que la había fascinado.

—Cuando estuve allí no vi más que barracas de tablas y pequeñas granjas — comenté, asombrado—. ¿Tanto ha cambiado la ciudad?

—Sin duda. Nueva York es ahora la ciudad más moderna del mundo. He comprado un terreno allí. Pienso hacerme construir una casa nueva sin falta. Ya conozco demasiado París...

Insistió para que la acompañara en un nuevo viaje transatlántico. A pesar de mi escaso entusiasmo por aquel destino, nos instalamos por algún tiempo en Nueva York. Aunque Laüme se divertía en compañía de sus norteamericanos, para mí aquellas gentes de la costa Este no dejaban de ser los yanquis a los que había combatido con ardor en las filas de los Confederados. Mi odio hacia ellos seguía intacto. Así que me dirigí yo solo hacia el Sur. Hojeando un anuario encontré el rastro de la familia de Absalon Cassard, el antiguo gobernador del Ku Klux Klan. Mi amigo había muerto, desde luego, pero tenía un hijo, Nerón, y hasta un nieto, Ephraim, que tenía ya diez años. Me di a conocer a ellos fingiendo ser hijo de un antiguo camarada de su antepasado. Cuando me recibieron pude constatar que su odio por la gente del Norte y su desprecio hacia los negros permanecían intactos.

—El Klan todavía está vivo —me dijo Nerón—. Es el guardián de nuestros valores más sagrados. Un día, gracias a él, derrocaremos a la Unión y el Sur recuperará su grandeza.

—Así lo espero —dije con melancolía—, de todo corazón.

Seguí mi viaje y atravesé el continente en los lujosos vagones de la Pacific Railroad, mientras que Laüme permanecía en la vasta mansión que se había hecho construir en Central Park.

En California no se hablaba de otra cosa que de la guerra civil que desgarraba a la cercana México. El general Huerta combatía a las tropas revolucionarias de Pancho Villa, un salvaje de discurso confuso pero que se había hecho muy popular entre los *peones*^[5] colgando a algunos gobernadores de provincia. Compré un caballo y crucé el río Grande con un guía al que contraté, un navajo un poco *brujo*^[6] que intentó impresionarme mostrándome algunos trucos con los que pretendía ganar prestigio ante mis ojos. Pero cuando hice surgir de pronto una niebla a nuestro alrededor, o brotar un chorrillo de agua entre dos rocas del desierto, me mostró un respeto teñido de temor y de envidia. Con él llegamos a Tijuana sin contratiempos y proseguimos hasta Chihuahua antes de decidir por quién tomaría partido. El país estaba sumido en

la anarquía, pero la atmósfera que reinaba era muy distinta de otras que había conocido en circunstancias similares. Allí, el Estado parecía haber abdicado de toda obligación sobre la población. Ninguna norma prevalecía sobre la fuerza bruta. Ya llevaran uniforme sus soldados o fueran vestidos de harapos, los ejércitos no eran sino bandas que luchaban sin orden ni concierto. Los mexicanos no tenían estrategia ni táctica, sólo una guerra a base de oportunidades, de azares, de golpes de mano y de *raids* de una audacia insensata.

Aburrido de mi indecisión, mi guía navajo terminó por dejarme en Chihuahua. Había intentado sonsacarme alguno de mis secretos, pero en vano. La mañana de su partida, tiré al aire una moneda de un dólar. La suerte decidió: Villa. Durante algunos meses, seguí a las bandas de aquel saqueador profesional, un hombrecillo rechoncho con manos enormes de palafrenero. Atacamos guarniciones aisladas, subimos en una ocasión al norte para atracar un banco de una ciudad fronteriza, hicimos volar trenes... Pero esa agitación no me divertía demasiado. A Villa le faltaba profundidad, perspectiva a largo plazo, suficiente para que pronto se agotara en mí el escaso interés que tenía por el país. Además, las mexicanas no me gustaban. No me agradaban ni la forma en que dejaban que sus piernas morenas se cubrieran de vello ni la manera tosca que tenían de entregarse. Otros horizontes me reclamaban, y dejé sin pena aquel país para dirigirme a San Francisco y a sus prostitutas perfumadas. Un barco de lujo me llevó después a China, y otro a Shanghai y a la India.

Viví algún tiempo solo en Calcuta, en una hermosa villa situada en Shapur Street, a cuyo propietario, un idiota que se negó a vendérmela, asesiné, y me entretenía viendo jugar a los monos en los árboles y a los elefantes que barritaban a la orilla del río.

Una noche, unas sombras se colaron en mis sueños. Eran espectros clamando justicia: el fantasma de la muchacha quemada en el oasis, el del niño degollado en París, los de los que había entregado a Laüme en Argyle Street... Me desperté sobresaltado, bañado en sudor, y no pude volver a conciliar el sueño. La noche siguiente, el sueño se repitió, igual de intenso, igual de amenazador. Y después una tercera vez aún. Ya no me atrevía a dormir. Temía la llegada de la noche. Después, aquellas imágenes venían a acosarme incluso en pleno día, y creí enloquecer. Surgían ante mis ojos abiertos, como espejismos en el desierto. Al observar mi reflejo en un espejo, veía que mi rostro estaba pálido y demacrado. Escrutando con más detalle, advertí un hilo blanco entre mis cabellos. Desnudo ante un espejo de cuerpo entero, examiné mi cuerpo durante horas con la más extrema atención. Mi figura se había alterado de forma sutil: habían aparecido redondeces en mi vientre; la hinchazón afeaba mi cuello; en el dorso de mis manos habían aparecido unas manchas. Me poseyó una inquietud devoradora, más viva que la causada por la ronda de espectros que me envolvía. Éstos reían sin freno, se burlaban de mí, y me prometían que pronto me uniría a ellos en su gélida residencia. Tuve que rendirme a la evidencia: la longevidad arrancada con ardua lucha en la torre del dios Paon comenzaba a

alterarse... Quizás había descuidado la advertencia de Nuwas: «Los poderes de la brujería son como un fuego que reclama siempre más combustible para seguir brillando». Olvidar esa verdad había sido un error imperdonable. Había desperdiciado años viviendo aventuras ordinarias, sin conceder importancia a los misterios más insondables. Yo, que había elegido la vía de la licencia y el crimen para honrar al dios Taus, me había convertido en un despreciable mercenario, un bandido mediocre. Con los años, me había vuelto un asceta y no había tocado el cuerpo de una mujer. ¿Cómo se operaría el envejecimiento? ¿Sería posible conjurarlo? Necesitaba saber.

En el jardín de mi nueva residencia, hice construir una *stupa* en medio del estanque ornamental. Yo mismo diseñé los planos para que se pareciera a las torres yazidis. Pasé allí días en meditación, rogando que el dios Paon me mostrara la vía a seguir, pero Malek Taus jamás me habló. Corroído por la inquietud, empecé a realizar sacrificios. Remontaba por las noches el curso del Ganges para robar niños de las castas inferiores e inmolálos por el fuego. Esos holocaustos ahuyentaron a los espectros y mis noches volvieron a ser tranquilas. Muchachas sin número pasaron después por mis brazos. Aquellos esfuerzos parecieron al fin contrarrestar los estragos del tiempo. Lentamente, vi que mi figura se afinaba y mis cabellos se oscurecían. El final de aquella terrible crisis fue como un renacimiento. Entonces sentí deseos de volver a Laüme. La encontré en París, en el quai d'Orléans. Era en 1914, apenas unas semanas antes del comienzo de una nueva guerra en Europa. El hada parecía casi disgustada de verme. No declaró expresamente su frialdad, pero su actitud era distante, y rechazó mis caricias cuando intenté volver a su lecho. Mis recientes excesos habían redoblado mi pasión por la carne y quise violarla, pero su fuerza era mayor que la mía y no pude obligarla.

—¿Sigues queriendo que intentemos traer un hijo al mundo? —inquirí para engatusarla.

Estuvo a punto de echarse a llorar.

—He visto al monstruo que plantaste en mi vientre —masculló—. Me ha hablado. Me ha advertido de que tu semen no es bueno para las hembras humanas y que todos los hijos que pudieras darme serían gnomos. Me ha dicho que otro me fecundará y que mi hijo será más bello y más fuerte de lo que yo pueda soñar.

Esas palabras fueron como una flecha clavada en mi corazón. Tomé al hada por los hombros y la apreté hasta hacerle daño.

—¡Eso lo has soñado! —grité—. ¡Es una pesadilla que has confundido con la realidad!

Sin embargo, en lo más profundo de mi ser, sabía que Laüme no mentía. Ella poseía un poder de nigromante del que yo carecía. Quizás había invocado de verdad a la cosa infecta salida de entre sus muslos.

—Entonces, ¿se acabó? ¿Ya no queda esperanza para nosotros?

—Ninguna —sentenció Laüme—. Los Galjero jamás serán emperadores de una nueva Roma. Sólo tú tienes la culpa. No deberías haberte alejado de mí, Dalibor, ni

darle tu fe a otro dios, ni seguir una vía por la que nadie podía guiarte. Esta inconsecuencia te ha costado tu descendencia.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿Regresarás al lugar de donde saliste? ¿Desaparecerás de esta tierra?

Laüme se irguió y me miró con aire desafiante.

—¡Voy a vivir, Dalibor! Mi vientre no es un cementerio. Encontraré otro padre para mi hijo. En diez, en cien años, eso no importa.

—¡No lo harás! ¡Lo mataré!

Pero Laüme se limitó a reírse de mis amenazas. Yo no tenía ningún poder sobre ella, y ella lo sabía.

De nuevo, decidí partir.

—¿Adonde vas? —dijo el hada, inquieta, cuando me vio hacer las maletas—. ¿Vas a alistarte en las tropas de Francia?

—No. Esta vez me mantendré al margen. Además, París combate por una mala causa, Inglaterra es su aliada. Si tuviera que elegir un bando, sería el alemán, pero no tengo ganas. Esta guerra lanza a la plebe contra la plebe. No tengo nada que ver con ella...

Partí hacia Constantinopla, donde me instalé en el palacio construido en la época de Attar el bagdadí. Viví allí mezclando crímenes, orgías y estudio, porque sentía que me veía inmerso en una guerra contra el tiempo. Mi cuerpo declinaba cuando me alejaba de la vía negra que un día había cometido la locura de elegir para mí mismo. La ascesis del crimen no admitía respiro, era el precio a pagar por mantener la juventud. Pero el coste de esos excesos aumentaba con el tiempo, y comprendí la necesidad indefectible de encontrar un remedio a aquella pendiente diabólica. Busqué con frenesí una pista en los libros, un camino para conquistar la inmortalidad... Y después, una tarde de 1916, un hombre forzó la barrera de mis dominios domésticos. En la penumbra, no reconocí al momento su figura. Pero no había olvidado el timbre y la calidez de su voz.

—Te necesito, Dalibor —murmuró Nuwas.

LAS ESTEPAS BLANCAS

Era un mundo desconocido, un planeta todavía no hollado. Yo no conocía nada de Rusia. Era el lugar más fascinante que se pueda concebir. Una vez franqueadas sus fronteras, se sentía su abrazo como si un cuerpo inmenso se abatiera sobre uno para encerrarlo y guardarlo para siempre. Pero ¿lo hacía para protegerte o para ahogarte? Imposible decidirlo...

Los rusos de Nicolás II, aliados de los franceses y de los británicos, se batían desde hacía dos años contra Alemania, Austria-Hungría y el Imperio otomano. Su ejército obtenía escasas victorias irrelevantes porque el material escaseaba hasta el punto de que los regimientos a menudo salían al asalto con fusiles sin cartuchos, y los cañones lanzaban obuses de madera. Las pérdidas eran ingentes, pero las reservas humanas parecían inagotables: de Siberia llegaban sin cesar nuevos trenes cargados de mujiks.

Desde Estambul, Nuwas nos hizo cruzar el Cáucaso y después atravesamos los desiertos uzbekos hasta llegar a Moscú por el sur. Nuestro itinerario no se detuvo allí, ya que nuestro destino era San Petersburgo, donde los Romanov tenían su corte. No viajamos como clandestinos ni como espías. Nuwas presentaba papeles oficiales cuando le preguntaban su identidad, certificados con el sello de la Ojrana, la policía secreta imperial. Él se responsabilizaba por mí, y allá donde hiciéramos alto nos beneficiábamos de todas las facilidades para obtener albergue y comida.

Revestido de un largo abrigo de piel encima de un traje occidental, mi compañero no se parecía en nada al brujo de las montañas que yo había conocido. Aunque su piel seguía igual de oscura, su barba cuidadosamente peinada y sus largos cabellos aplastados con brillantina no atraían las miradas. Una sola palabra bastó para que yo partiera junto a él al instante, sin preguntarle cómo me había encontrado, sin inquirir sobre la ayuda que esperaba de mí. A lo largo de nuestro viaje, sólo intercambiamos algunas frases relativas a asuntos cotidianos. Yo conservaba en la memoria las circunstancias de nuestra ruptura y ardía en deseos de saber si aún me guardaba rencor por haber cedido a las insinuaciones de Ta'qkyrin. Sin embargo, me abstuve de expresar mis pensamientos porque sabía que, tarde o temprano, recibiría respuestas a mis preguntas. Creo que hice bien en no presionar a mi antiguo maestro: su expresión se endurecía a medida que avanzábamos hacia el norte. Cuando llegamos a San Petersburgo, me condujo a un vasto apartamento sobre el río Neva, que ocupaba él solo. Los techos eran altos, y los parqués brillaban bajo el lustre del cristal.

—Ponte cómodo —me dijo el yazidi—. Aquí es donde vas a vivir durante el tiempo que tardemos en llevar a buen fin nuestra tarea.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté por fin abiertamente.

—Se trata de matar a un hombre —respondió sobriamente Nuwas al tiempo que tomaba asiento frente a mí.

—¿Sólo eso? ¿No puedes hacerlo tú solo?

—¡Oh, no, amigo mío! Ya lo he intentado y he fracasado, como otros antes que yo. Nadie lo ha conseguido. Sólo nosotros dos lo lograremos. A pesar de lo que pasó, tengo confianza en ti, Dalibor. Eres uno de mis mejores alumnos. Estás dotado. Nuestra víctima será impotente frente a tus dones combinados con los míos.

—¿Quién es ese hombre extraordinario que se te resiste?

—Ése es un secreto que te será revelado esta misma noche por un príncipe de este Imperio. Él te hablará y tú le escucharás sin hacer preguntas. Después yo te contaré en privado todo lo que él ignora; entonces comprenderás por qué me he tragado el orgullo para solicitar tu ayuda.

Para saber más, tuve que aguardar hasta bien avanzada la noche. Después de una cena en solitario y una larga espera en el salón de fumar, percibí movimientos en el piso. Nuwas apareció seguido de tres desconocidos con aires de conspiradores, conducidos por un cuarto granuja en uniforme de gala de oficial con andares de bravucón.

—Príncipe Yusúpov, le presento a Dalibor Galjero —dijo Nuwas señalándome.

Me puse de pie de un brinco y respondí con un leve movimiento de cabeza al amago de saludo con el que me obsequió el príncipe, mientras que, al fondo de la pieza, uno de sus acompañantes hizo una mueca de sorpresa al ver mi rostro.

—¡Usted! —No pudo contenerse de exclamar.

Al fijarme a mi vez en el hombre que acababa de interpelarme, el estupor se apoderó de mí. Me había topado con aquel individuo unos quince años atrás en la sabana africana: entonces yacía al borde de una marisma y el veneno de una serpiente fluía por sus venas. Ligeramente hinchado, con el cabello más escaso, era el inglés Bentham.

—¿Se conocen? —preguntó enseguida el príncipe Yusúpov en un tono desconfiado.

—Sí —respondió el otro—. Nos conocimos hace mucho tiempo. Fue en otro continente, durante otra vida... Ya le contaré la historia, es divertida. Pero no es más que una anécdota, y no tiene nada que ver con lo que nos ha traído aquí.

Nuwas, por su parte, me dirigió una mirada interrogante. Con un movimiento de cabeza le confirmé que aprobaba las palabras pronunciadas por Bentham.

—Puesto que al parecer podremos trabajar juntos —continuó el príncipe Yusúpov dirigiéndose directamente a mí—, expondré el asunto en pocas palabras: hace algún tiempo, un aventurero se abrió camino hasta la corte. Era un *starets*, un místico errante llamado Rasputín, un tosco mujik que apenas sabía leer y escribir. Sin embargo, poseía un don de curación milagrosa y consiguió aliviar con sus conjuros al hijo de nuestro zar de las crisis de hemofilia que padecía. Desde aquel día, su influencia en la familia imperial no ha dejado de aumentar. Interviene en cuestiones

políticas, y la zarina no escucha a nadie más que a él. Dice tener visiones y predice una revolución en Rusia si no ponemos fin de inmediato a nuestra intervención en la guerra y a nuestras alianzas militares con franceses e ingleses. Nuestro bien amado zar se muestra también cada vez más sensible al encanto de esa víbora maligna. Por el bien de Rusia, por los fines de nuestra diplomacia y por la victoria final frente a Alemania, debemos deshacernos de ese Rasputín cuanto antes.

—¿Por qué no dispararle un balazo en la cabeza? —pregunté.

—Ya lo hemos intentado —respondió Yusúpov—. Hemos intentado varias veces envenenarlo o apuñalarlo. Pero todas las tentativas han fracasado. Empiezo a pensar que ese hombre es el diablo en persona. Esa no es exactamente la opinión de su amigo Nuwas, el único que ha logrado herirlo, pero él afirma necesitar de su ayuda para terminar el trabajo. Señor, si nos ayuda a matar a ese demonio, puede estar seguro de que le haremos rico.

—Mis cofres están bastante llenos, príncipe —repliqué—. No necesito dinero. Sin embargo, accedo a prestarles mi ayuda porque aquí estoy rodeado de amigos.

—Como ya debes imaginar, Dalibor, el príncipe Yusúpov no conoce toda la historia de ese campesino salido de la taiga que se ha convertido en el hombre más poderoso de Rusia...

Estábamos de nuevo a solas y Nuwas decidió por fin revelarme las piezas que faltaban en el enigma de Rasputín.

—Tardé mucho en hacer que Ta'qkyrin me obedeciera después de tu marcha —prosiguió—. Tuve que usar bastante el látigo, porque esa perra había recobrado la afición al placer en tus brazos, y vi que su lubricidad no se apagaba. Al fin, al cabo de un año durante el cual tuve que dedicar casi todo mi tiempo a domarla, pensé que se había aplacado. La vida retomó su curso normal. Una noche, el dios Taus me envió la visión de un hombre en un paisaje de nieve, una imagen que no me abandonaba. Decidí salir en su busca pero no lo encontré ni en Mesopotamia ni en Siria ni en Fenicia. Ninguna de las torres de nuestro dios había sido visitada por él. Sin embargo, los sueños se multiplicaban, cada vez más insistentes, más poderosos. Por mucho que se repetían cada noche, yo no alcanzaba a comprenderlos. Cuando regresé al valle de Lalish, descubrí con horror que Ta'qkyrin se había escapado. Sin detenerme a investigar cómo había logrado romper las barreras mágicas levantadas a su alrededor me lancé sin demora en su persecución. De eso hace ya cinco años... Su pista conducía hacia el norte, más allá de la cordillera de Elburz. Atravesé las montañas y llegué a Rusia al comienzo del invierno. Las estepas eran infinitas y, cada noche, soñaba con el hombre misterioso mientras empezaban a caer las primeras nieves. En las proximidades de Moscú, los sueños cesaron de repente y las visiones que me permitían seguir la pista de Ta'qkyrin también se interrumpieron. Ya desesperaba de volver a ver a mi *frawarti* cuando vi, colgada en las tablas de un quiosco de prensa, la

primera página de una revista ilustrada popular. Un grabado representaba al hombre misterioso a la cabecera de un hermoso niño, con esta leyenda: «Rasputín cura al príncipe heredero». ¡Rasputín! Ése era pues el nombre del rostro que me acosaba desde hacía meses. Me dirigí a San Petersburgo sin saber lo que me deparaba allí. La atmósfera era febril, los anarquistas hacían explotar bombas al paso de la carroza imperial y los comunistas llamaban a la revuelta. La policía política estaba por todas partes. Necesité armarme de paciencia para ver al fin al tal Rasputín, en una explanada a la salida de una misa en la que había acompañado a la zarina. Me situé en primera fila de la multitud, buscando algún medio de atraer la atención del mujik.

»¡Taus! —grité, esperando que el nombre de mi dios actuara como un sésamo—. ¡Taus me conduce a ti!

»Pero por respuesta sólo recibí una mirada desconcertada, que apartó enseguida. A mi lado, un hombre al que no había prestado atención sacó de un bolsillo un revólver y apuntó el cañón sobre el *starets* al grito de “¡Viva la revolución!”. Justo antes de que su dedo apretara el gatillo, descargué el puño sobre su brazo y lo desarmé. La policía lo capturó y me presentó al mujik, que no había perdido detalle de la escena.

»—Me has gritado algo que no he entendido, y ahora me salvas la vida... ¿quién eres?

»—He dejado mi país para salir en tu búsqueda después de haberte visto en mis sueños —expliqué—. Pero no sé todavía quién de nosotros es el maestro y quién el alumno. Sea como sea, no dudo que el destino ha querido reunimos.

»Las circunstancias de nuestro encuentro intrigaron a Rasputín. Me hizo subir a su coche y me llevó con él al Tsarkoie Selo, el Palacio de Invierno, donde tenía sus apartamentos. Numerosos aprendices habían venido a mí en el valle de Lalish. Todos eran excepcionales y tú, Dalibor, lo eres más aún. Pero Rasputín os supera a todos en materia de poderes extraños. De su persona emana un brillo, un aura de una intensidad sin igual. Sin embargo, no sabía nada de Taus ni de los yazidis. Ignoraba todo lo que le nombraba. Después de conversar un rato con él comprendí que no era más que un campesino inculto y miserable, aunque bastante dotado para aprovecharse de un carisma extraordinario y de cierto don de magnetismo que le hacía pasar por un brujo o por un santo, según sus maneras provocaran rechazo o atracción. Porque era ante todo un seductor, un macho cabrío eternamente en celo que no podía vivir sin las mujeres. Conquistadas y trastornadas a la vez por su cuerpo, que no lavaba jamás, las delicadas condesas de la corte rusa se entregaban a él con voluptuosidad, y rumores persistentes daban a entender que la propia zarina gozaba de su miembro más a menudo que del de su esposo. Por su parte, él advirtió que yo no era un hombre corriente e intentaba averiguar mi identidad. Éramos como dos lobos que se olfatean sin saber qué les conviene más, si combatir o confraternizar. Indeciso todavía, Rasputín ordenó que me acompañaran a la salida prometiéndome una pronta nueva audiencia. Aquella misma noche, la Ojrana puso cerco a mi buhardilla y la asaltó.

Tuve que huir por los tejados para escapar a la brigada movilizada. Sin duda juzgándome más peligroso que amigable, Rasputín había ordenado eliminarme.

»Dormí en cuadras o en sótanos, me escondí de las patrullas de policía que peinaban la ciudad y no hablé con nadie hasta que, con el empleo de algunas de las artes que te he enseñado, me introduje en el Palacio de Invierno. Rasputín ya era mi enemigo declarado, y quería matarlo. Sin embargo, cuando después de no pocos arduos llegué al fin cerca de las ventanas de sus apartamentos, vi al mujik en conversación con una esbelta criatura de cuerpo fino, envuelto en un vestido ajustado. Fue como si me arrancaran el corazón porque, ya lo has adivinado, ¡aquella muchacha era Ta'qkyrin! Mi brazo se debilitó y mi espíritu se tambaleó. Me batí en retirada sin intentar nada aquel día. Necesité tiempo para aceptar lo que había presenciado, pero por fin aquella escena daba cierto sentido a todas las aventuras por las que había atravesado desde la noche en que soñé por vez primera con aquel desconocido en la nieve. Seguramente Ta'qkyrin había sentido como yo la misteriosa llamada del mujik... Pero ella la había interpretado mejor y, no me atrevía a imaginar de qué modo, se había convertido en su musa y protectora. Los dones naturales del hombre unidos a los poderes fantásticos del hada convertían a Rasputín en un adversario formidable. Si quería que Ta'qkyrin volviera a mí, necesitaba encontrar aliados para abatir a aquel perro lúbrico. Hacía tiempo que había comprendido que el corazón de Rusia bullía de enemigos del *starets*. A pesar de la policía, que me seguía el rastro, no me fue difícil acercarme al más encarnizado de sus adversarios, Yusúpov. Por más que fuera un príncipe de sangre real, el gran duque estaba menos protegido que el mujik milagrero. Le demostré mi valía con algunos trucos fáciles que le impresionaron y le convencieron de que si había un hombre capaz de enfrentarse a Rasputín de igual a igual ése era yo. Me brindó su protección y juntos planeamos varios atentados contra nuestro objetivo. Todos fracasaron, y tuve que rendirme a la evidencia: protegido en la sombra por el hada Ta'qkyrin, Rasputín era invencible. Necesitaba un compañero tan versado en las artes mágicas como yo. ¡Necesitaba a Dalibor Galjero!

La historia de Nuwas era increíble y aterradora, pero me exaltó la perspectiva de enfrentarme a un brujo poderoso por primera vez en mi existencia. Me guardé, no obstante, de mostrar mi entusiasmo, porque me asaltaban algunas preguntas.

—¿Qué suerte le reservas a Ta'qkyrin? —le pregunté al yazidi—. ¿Pretendes convertirla de nuevo en tu prisionera en el valle de Lalish? ¿La castigarás con tu látigo durante siglos?

Nuwas extendió sus manos encima del fuego que crepitaba en el hogar. Cuando se volvió hacia mí, su expresión era de absoluta crudeza.

—No, Dalibor. Voy a matarla. Y después te ayudaré a deshacerte de tu Laüme.

—¿Matar a Laüme? —exclamé—. Pero ¿para qué iba yo a hacer algo así? ¿Porqué?

—Debes hacerlo. Es el precio que debes pagar por los dones que te ha concedido

Malek Taus. Es lo que te exige por haberte sacado del río del tiempo y haberte hecho inmortal. Es también su condición para librarte de los espectros que esperan el instante propicio para vengarse de ti.

Ante esas palabras, un sudor infecto se deslizó entre mis omoplatos. Por una fracción de segundo, reviví las terribles semanas pasadas en la India conjurando los fantasmas de mis víctimas, y me eché a temblar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con la voz quebrada.

Erguido en toda su altura, Nuwas recobró ante mí la estatura de mi antiguo maestro. Sonrió.

—Nada de lo que te concierne me es ajeno, Dalibor. A pesar de tu traición, tu suerte siempre me ha importado. Ahora, te ha llegado la hora de cumplir tu destino. Lo sabes en lo más profundo de tu corazón: la muerte de Laüme es la garantía de tu porvenir.

¡La muerte de Laüme! Mi espíritu se anegaba en sombras ante ese pensamiento. Y sin embargo, sabía que Nuwas estaba diciendo la verdad: la muerte de Laüme era el precio de mi inmortalidad.

—Sé fuerte, Dalibor —me conjuró Nuwas—. Laüme es para ti una raíz exangüe de la que ya no puedes extraer fuerza alguna. Ella te rechaza y busca con avidez a otro hombre para que la haga madre.

Ya ni siquiera me sorprendía que Nuwas conociera aquellos hechos. ¿Para qué preguntarle de dónde los sacaba? Lo cierto era que sus palabras eran justas. Laüme me había prometido la inmortalidad, pero nunca me la había concedido. Y ahora, he aquí que me arrojaba de su lecho y no me quería como padre de su hijo. ¿Con quién intentaría la experiencia de la maternidad? ¿De qué libertino tomaría la semilla? Y si lograba sus fines ¿qué ser surgiría de sus entrañas sino el usurpador de la línea Galjero? ¡El usurpador de mi propia carne, de mi propia vida! Decididamente, Nuwas estaba en lo cierto: más valía matar al hada antes que tales infamias tuvieran efecto.

Estos pensamientos encendieron en mí una cólera inmensa.

—¿Tú sabes cómo dar muerte a las *frawartis*? —pregunté—. ¿Es posible matarlas?

—Sí. Es complicado, pero es posible. Yo conozco el medio.

—¿Cuál es?

Nuwas abrió la boca, pero nada salió de sus labios. Pareció dudar un instante entre la revelación y el silencio.

—Existen dos —declaró por fin—. El primero es complejo y aleatorio. Casi irrealizable, tanto que exige que se reúnan unas circunstancias excepcionales. No podremos utilizar éste con Ta'qkyrin. En cambio, con Laüme...

—¿Qué circunstancias? —le apremié.

—La *frawarti* debe manifestar la voluntad de abdicar parcialmente de su estado. Como en el caso de Laüme, debe haber emprendido el camino de su metamorfosis. Si logra hacer que la vida eclosione en su interior, durante su embarazo perderá cada día

un poco de su poder. Eso es tan inexorable como el movimiento de la marea descendente. En el momento del parto, será tan vulnerable como una humana. Después, recuperará su fuerza rápidamente, pero ya será demasiado tarde.

—¿Matar a Laüme cuando dé a luz?

—En el preciso instante en que su hijo asome la cabeza. Entonces, por un breve soplo, dejará de ser un hada.

Permanecí en silencio, absorto en mis pensamientos. Sentado en una poltrona, apretaba la cabeza entre mis manos para reflexionar mejor.

—¿No me preguntas cómo hacer para matar a Ta'qkyrin? —preguntó Nuwas después de haber respetado aquellos instantes de reflexión.

Absorto en la perspectiva del asesinato de Laüme, me había olvidado por completo de Rasputín y del complot tramado en torno a él. Con un movimiento de la barbilla, indiqué que estaba atento de nuevo.

—Puesto que mi propia *frawarti*, al contrario que la tuya, no manifiesta ninguna veleidad maternal, tendremos que afrontarla siguiendo un ritual. Eso exigirá de nosotros coordinación y concentración... ¿estás dispuesto a consagrar muchas horas al entrenamiento?

—¿Qué hay que hacer?

—Traspasar en perfecta armonía dos puntos vitales de Ta'qkyrin. Tu objetivo será el corazón, con exclusión de todo lo demás. El mío, la fontanela, los riñones, o bien el punto donde debería estar su ombligo. Las circunstancias lo decidirán.

—¿Y si fracasamos?

Sin contestarme, Nuwas se acercó a una mesa, tomó una garrafa y sirvió dos vasos de alcohol fuerte.

—Nuestras aventuras se detendrán ahí, Dalibor. Será mala suerte para nosotros, pero habremos vivido mejor que nadie sobre este perro mundo.

Como quería mi maestro, practicamos cinco días, soportando fastidiosas repeticiones. Primero nos entrenamos con maniqués de paja; después, le pedimos a Yusúpov autorización para actuar sobre blancos vivientes con el fin de pulir nuestra técnica. El príncipe accedió a nuestro deseo y nos proporcionó cinco muchachas, aprendices de bolchevique o de anarquista, que se pudrían en sus calabozos desde había semanas. Las liberamos de sus cadenas, les entregamos puñales idénticos a los nuestros y las soltamos en los sótanos de palacio. Queríamos que se debatieran y que nos opusieran la resistencia más feroz, para acostumbrarnos a lanzar los dos golpes de forma simultánea incluso en circunstancias difíciles. Las trasparamos a todas sin vacilación y en una perfecta armonía.

—Por fin estamos listos —anunció Nuwas cuando hubimos acabado con la última prisionera—. Ahora debemos consultar a Bentham para fijar la fecha de nuestra operación. ¿Cómo es que os conocéis?

Le narré brevemente el incidente del Transvaal y le pregunté a mi vez cuál era el papel del inglés en la corte de los zares.

—Es un diplomático, hijo de lores y pronto heredero de un título. Es algo espía también, y procura evitar que Rusia firme un armisticio con los alemanes. Si eso ocurriera, Inglaterra y Francia tendrían que hacer frente sin otra ayuda a todo el peso de los ejércitos del Kaiser. La guerra estaría perdida sin remedio para ambos.

—El hecho de militar a favor de esa paz convierte a Rasputín en un enemigo directo de la corona británica.

—Exacto. Bentham es un hombre inteligente. Auguro en él un potencial interesante. Creo que él también lo presiente, pero ignora cómo hacer que fructifique. Le fascina todo lo oculto. Sin duda nos ayudará lo mejor que pueda.

—No estoy aquí bajo mi identidad oficial —me confió Bentham—. Mis documentos están extendidos a nombre de Oswald Rayner. Sólo el entorno inmediato del príncipe Yusúpov, Nuwas y usted conocen mi secreto, Dalibor. Espero poder confiar en usted y que no me traicione.

Sentado frente a mí, Bentham me escrutaba con una mirada extraña.

—No tengo ningún motivo para perjudicarle —aseguré—. Aquí menos aún que en el Transvaal. En África tenía buenas razones para matarle, y en cambio le salvé la vida. ¿Por qué desconfía de mí ahora?

—No es desconfianza, sólo precaución, eso es todo —dijo el inglés—. A fin de cuentas, Rasputín tiene poder para hacer que nos detengan y nos torturen a todos. Ya está detrás de usted, según creo. Si alguna vez tuviera usted que contestar a las preguntas de la policía secreta y pronunciara mi verdadero nombre por descuido, el huésped de Buckingham se vería en un aprieto.

—Puede tranquilizar a su rey —afirmé con una sombra de desprecio—. No me permitiría semejante desliz.

—Muy bien. ¿Cómo vamos a proceder para eliminar a nuestro hombre? Esta vez no quiero fallos. Ese crápula debe morir cuanto antes. Nada de métodos de aficionados, empleen los mejores medios. Y no me oculten nada, quiero saberlo todo de sus procedimientos.

Nuwas me dirigió una discreta señal de impotencia. Bentham era una carga más que una ayuda para nosotros, pero debíamos cumplir con sus exigencias para asegurarnos el éxito de nuestra acción.

—Si Rasputín sale indemne de todos los atentados, es porque goza sin duda de una forma de protección que yo conozco bien —dije—. Una vez nos desembaracemos de ese paraguas, se volverá tan vulnerable como un niño. Por tanto, el principal problema al que nos enfrentamos es privarle de su escudo.

—No entiendo palabra de lo que dice, pero parece apasionante —dijo Bentham, exultante—. Continúe, se lo ruego.

—Nuwas sabe igual que yo quién le proporciona su escudo. Es a esa persona a quien hay que hacer hablar.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que Rasputín no actúa solo? ¿Que recibe ayuda?

—Una gran ayuda, en efecto —recalcó Nuwas—, sin la cual jamás habría podido convertirse en el hombre que es ahora.

—Es una mujer —dije yo—. Es imprescindible que la matemos delante de Rasputín.

—¿Matar a una simple mujer? —Se asombró Bentham—. ¿Eso es todo lo que hay que hacer? Pues bien, caballeros, ¡acabemos con esa pájara, y a otra cosa!

—Esta mujer es diferente —gruñó Nuwas en un tono maligno—. De ella emanan poderes que usted no puede concebir.

—¿Poderes? ¿Qué quiere decir?

Permanecemos mudos. El espía insistió. Como nos negábamos a revelarle nada, nos amenazó:

—¡No levanten una cortina de humo, señores! Tal vez el príncipe Yusúpov se deje tomar el pelo, pero yo no. ¿Quieren decirme de una vez de qué poderes están hablando?

Enervado por el inglés y harto de aquella conversación, saqué del cinturón la varita de ámbar que nunca me abandonaba y la apunté hacia él por un breve instante. De inmediato, Bentham empezó a gritar como un cerdo en el matadero. Su piel adoptó una tonalidad escarlata y su lengua se hinchó de tal modo que tuvo que abrir la boca para dejarla salir. Detuve mi sortilegio enseguida. Derrumbado en la alfombra, el falso agente secreto Oswald Rayner parecía haber sido víctima de una insolación. Su piel parecía castigada por una fuerte sesión de sol.

—He aquí «mis» poderes —dije, guardándome mi arma—. En cuanto a los de la mujer, son aún mayores...

—¿Cómo... cómo lo ha hecho? —dijo mientras se levantaba, jadeante—. ¡Es imposible!

—¿Quiere que repitamos la experiencia?

—¡No! ¡Eso sí que no! Les concedo toda mi confianza. Hagan lo que mejor les parezca, *gentlemen*...

De acuerdo con Yusúpov, elegimos la velada del 16 de diciembre para actuar. El príncipe, jefe del partido occidentalista favorable a la prosecución de la guerra, había invitado oficialmente al eslavófilo y pacifista Rasputín a una cena de reconciliación. El objetivo era separar al *starets* de Ta'qkyrin para evitar una confrontación colectiva que no podía sino ponernos en franca desventaja. Matar a la *frawarti era* nuestra prioridad. Una vez abatida ésta, Rasputín no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir a nuestros ataques. Ocultos en un rincón del palacio de Tsarkoie Selo, esperé junto con Nuwas a que nos confirmaran la presencia del mujik junto al gran duque.

Dejamos pasar unos minutos antes de dirigirnos al apartamento donde sabíamos que se encontraba Ta'qkyrin. Tal como habíamos presentido, ella había protegido los accesos a su cámara mediante guardianes sutiles. Al entrar en su campo de acción sentimos los típicos efectos: angustia repentina, náuseas violentas. Por fortuna, habíamos puesto en práctica los medios de prevenirnos de esos ataques y franqueamos las barreras casi sin molestias. Echamos la puerta abajo e irrumpimos en la cámara de la *frawarti*, puñales en ristre. Sorprendimos al hada mientras reposaba, sin temor, en un diván. Nuwas, el rostro tenso y los ojos constreñidos como los de un tigre, se precipitó sobre ella, que no pudo esquivarle. Ambos rodaron por el suelo, enlazados. Por mi parte, yo buscaba descargar el golpe en aquel torbellino pero no encontraba el ángulo adecuado. Por fin, la zona del corazón pareció despejarse y asesté el primer golpe. Sentí claramente como mi hoja penetraba por el costado y horadaba una masa más densa. Había tocado el músculo cardíaco. Un raudal de sangre corrió por mi muñeca y mi brazo. Ta'qkyrin profirió un grito, pero su vigor estaba intacto. Tomó el reverso de mi chaqueta y me proyectó lejos, mientras aprisionaba con la otra mano la garganta de Nuwas. Choqué con la pared y, a resultas de la violencia del golpe, dejé caer mi arma.

Con mi puñal clavado en pleno corazón, Ta'qkyrin luchaba con vigor. Estaba sentada sobre el pecho de Nuwas y golpeaba el cráneo de mi maestro contra el suelo con una fuerza decuplicada, mientras profería palabras en una lengua desconocida para mí. Escuché un ruido de huesos al romperse, y un charco rojo manchó el parquet bajo el occipucio reventado de Nuwas. Blanca de cólera y de odio, Ta'qkyrin redoblaba con saña los golpes. Habíamos perdido la partida. Habían bastado unos segundos para desbaratar nuestro lamentable ataque y volver la situación a su favor.

El miedo me invadió de repente. Miedo a morir. Miedo a perder todo lo que había conseguido. Miedo, sobre todo, de no cumplir jamás mi destino. Quise huir, pero mientras me incorporaba, una llama de orgullo y de ferocidad consumió toda mi debilidad. Di un salto y arranqué el puñal de la mano del yazidi agonizante; retiré mi propia hoja del corazón de Ta'qkyrin y hundí al mismo tiempo las dos armas, una en el vientre y la otra en la coronilla del hada. La *frawarti* no gritó; se desmoronó sobre sí misma. Su cuerpo se arrugó como una hoja de papel aplastada. En un segundo, su carne se convirtió en ceniza, mientras que su larga cabellera volaba en destellos cristalinos. Saqué a Nuwas de debajo del horrible cadáver. Estaba inconsciente pero aún vivía. Su respiración era fuerte, su pulso firme. Lo extendí sobre un sofá y le hice un vendaje improvisado en la cabeza para detener la hemorragia. Mi maestro abrió los ojos un instante.

—Busca a los guardianes que Ta'qkyrin ha fabricado para proteger a Rasputín — me ordenó en un susurro—. Destruyelos y ve a matar a ese perro. Date prisa, Yusúpov te espera...

A mi pesar, no sin antes prometerle que volvería, registré la pieza en busca de los fetiches protectores. Los encontré al fin en un secreter cuyos cierres tuve que romper

a golpes de bota. Hice pedazos las estatuillas contra el suelo y dejé a Nuwas para cumplir sin más demora mi segunda misión. Mis ropas estaban rojas de sangre y no podía irrumpir en ese estado en la cena del príncipe sin provocar la desconfianza de Rasputín. Tuve que hacer un alto en mis aposentos para ponerme presentable. Por fin, a las once de la noche me hice anunciar en la sala donde se celebraba la cena. Bentham se adelantó a recibirme para informarse. En cuanto entró en la antecámara donde yo aguardaba, su rostro palideció.

—¿Y bien, Galjero? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Nuwas?

—Estoy solo —respondí con voz apagada—. Nuwas no vendrá. La cosa ha estado a punto de salir mal, pero yo puedo enfrentarme a Rasputín. Sus protecciones han saltado.

—¿Está seguro? —preguntó el inglés.

—Absolutamente. ¡Vamos!, ¡terminemos con esto!

Siguiendo al supuesto Oswald Rayner, entré en la sala donde cenaba Rasputín. Me presentaron rápidamente a él, inventando para mí la condición de consejero. El personaje me hizo pensar en Forasco, el adiestrador de perros que había marcado mi juventud. Era igual de sucio que él y olía aún peor. Se sentía de inmediato que aquel hombre era un macho cabrío, una criatura del averno anclada en lo más profundo de la tierra: un animal antes que un ser humano. Su carisma era innegable, sin embargo. De su persona emanaba un encanto hipnótico que mesmerizaba y bajo el cual las almas blandas debían de fundirse sin resistencia. Incluso Yusúpov, que poseía la anchura de hombros de un luchador de feria, se encogía en su presencia y tartamudeaba cuando él le dirigía la palabra.

Me mantuve al margen durante unos instantes, observando, sentado en un canapé angular al lado de Bentham. A pesar de mi silencio, Rasputín dirigía la mirada hacia mí con frecuencia y me escrutaba más tiempo del que habría empleado si no hubiera recelado nada. En el salón, la atmósfera estaba saturada de olores de sudor agrio y de tabaco. Bentham esperaba a que entrara en acción, pero yo permanecía inexplicablemente inerte. Todos mis pensamientos estaban volcados en Nuwas, temía que muriese y eso aniquilaba en mí toda tentativa de acción. El inglés se retorció de impaciencia a mi lado, e intentaba sacarme de mi torpor con discretos codazos en mi costado. Por fin, exasperado por mi inercia, sacó de pronto su revólver de la funda y abrió fuego a bocajarro sobre el mujik. Este, aunque herido, con una mancha roja extendiéndose por su pecho, apenas se sacudió con el golpe. Gruñó como un oso y se levantó cuan largo era para prepararse a combatir. Agarró por la garganta a un partidario de Yusúpov y le aplastó la tráquea con una sola mano. Bentham disparó otra vez y alcanzó a Rasputín en el torso, sin conseguir contener su furia en lo más mínimo. El propio príncipe tomó un cortaplumas de una consola y la arrojó contra su enemigo, pero la punta del arma se rompió contra la pesada cruz de oro que adornaba el pecho del *starets*. Bentham efectuó otros tres disparos, y uno más que falló. Inexplicablemente, el brujo seguía con vida.

—¡Haga algo, Galjero! —chilló Bentham—. ¡Mátelo!

Fue como si saliera de un sueño. Saqué mi varita de ámbar y la apunté hacia Rasputín. Apenas empezaba a concentrarme cuando el monje se dirigió directamente hacia mí. Rodeó mi talle con los brazos e intentó quebrarme el espinazo. Mi varita se rompió bajo la carga y el ámbar se derramó por el suelo. Resistí con todas mis fuerzas el ataque del mujik y logré desequilibrarlo. Rodamos por el suelo, librados a un combate a muerte. Se había colocado encima de mí y presionaba mi tráquea cuando Bentham le dio un violento golpe en la sien que lo aturdió un instante. Me incorporé jadeante, pero el energúmeno tensaba ya los músculos para volver a la pelea. Su respiración era ronca y sus pulmones perforados silbaban de manera horrible. Yusúpov se acercó con un hacha que había ido a descolgar de una panoplia de la pared. Sin vacilar, abatió el hierro sobre su enemigo y le cortó el cuello a medias. Un geiser de sangre se elevó. El cuerpo del gigante sufrió aún algunas sacudidas; después, su carcasa se inmovilizó por completo. Durante largo tiempo contemplamos los despojos de Rasputín como si se tratase de un león monstruoso vencido tras una lucha épica. Estábamos extenuados, las ropas en desorden, empapadas de sudor y pegajosas de sangre.

—Echemos este trozo de carne al Neva —ordenó Yusúpov.

Hubo que transportar el cadáver por la nieve hasta la orilla del río, cuyas aguas estaban congeladas, y romper con picos la gruesa capa de hielo, lo que requirió cierto tiempo. Por fin pudimos deslizar el muerto en su tumba congelada. Nadie rezó por el descanso de su alma, tampoco nadie sonrió para celebrar su muerte, ni siquiera Yusúpov. Tan pronto como el cuerpo hubo desaparecido, regresé corriendo al Palacio de Invierno y me reuní con mi maestro en el lugar donde lo había dejado. El vendaje improvisado estaba rojo de sangre, y tenía los ojos cerrados. Su respiración era entrecortada. Me aplicaba en vano a sacarlo de su inconsciencia cuando Bentham irrumpió en la pieza. Incrédulo, se detuvo a observar el bloque de materia repugnante, de formas vagamente femeninas, en que se había convertido Ta'qkyrin.

—¿A qué horrores han sometido a esta muchacha? —preguntó el inglés sin ocultar su repulsión.

—¡Era enemiga de usted, Bentham! No lo olvide.

Él gruñó, y tocó con la punta del zapato el montón de polvo. La figura del hada se dispersó en el aire como el polen de diente de león esparcido por el viento. Bentham se encogió de hombros y se puso a registrar la pieza metódicamente. En el palacio resonaba ya una agitación insólita. La noticia de la muerte de Rasputín se propagaba... Enviados por Yusúpov, unos hombres de la Ojrana se reunieron con nosotros, y después el propio gran duque nos honró con su presencia. Se había cambiado y arreglado. Le echó un vistazo a Nuwas y prometió hacer que le atendiera su médico personal en la mejor de las clínicas imperiales.

—Yo me encargaré del restablecimiento de este hombre —aseguró—. Será mi huésped hasta su completa recuperación. Usted también puede quedarse, señor

Galjero. La Triple Entente le debe un inmenso servicio. La guerra contra Alemania continuará sobre dos frentes, y ello es obra suya en buena parte.

Pero yo apenas escuchaba los agradecimientos del ruso. Los acontecimientos de la velada me habían destrozado. Había matado a Ta'qkyrin, la primera mujer a la que había poseído con plena conciencia, pero también, y sobre todo, una *frawarti*, la gemela de Laüme. Necesité varias horas para salir del abatimiento que me abrumaba, una fatiga que apenas fue atenuada por largas horas de sueño.

A mediodía del solsticio de invierno me reuní con Bentham a la orilla del Neva y fuimos a visitar a Nuwas al hospital. Yusúpov no había mentido: le habían asignado una enfermera para su atención permanente y había sido operado por los más hábiles cirujanos. Uno de ellos me aseguró que no habría que lamentar ninguna secuela física ni mental.

—La masa cerebral de su amigo está intacta o poco menos —dijo el médico—. El hueso sanará. Ahora necesita reposo. En unos meses, con un poco de suerte, estará completamente restablecido.

Tranquilizado en cuanto al estado de mi maestro, dejé Rusia en compañía del inglés.

—Oswald Rayner ha terminado su trabajo —bromeó Bentham—. Ya no tiene nada que hacer aquí. Regreso a la madre patria. ¿Qué va a hacer usted, Galjero?

—Aún no lo sé.

—¿Por qué no me acompaña? Yo podría encontrarle un buen partido. Las inglesas no carecen de encanto, y muchas de ellas poseen fortuna.

Naturalmente, decliné la invitación; prefería reunirme con Laüme, a quien sabía en Nueva York. Mi instinto me impelía a ir con ella. Tenía que volver a verla a toda costa. ¿Intentaría convencerla de que me aceptara de nuevo a su lado? ¿O labraría su destrucción como quería mi dios Taus? Aún estaba indeciso...

En aquel mundo en guerra, el viaje fue largo y penoso. Cuando por fin llegué junto al hada, ella me abrió la puerta con tanta naturalidad como si nos hubiéramos separado la víspera. El extraño brillo de sus ojos me dejó helado y comprendí que, entre el Hudson y el East River, una nueva era había comenzado ya para nosotros.

DÉCIMA TUMBA DE LAS QUIMERAS

LA REINA Y EL ALFÍL

En su vasto despacho de la plaza Lubianka, Wolf Messing observaba con atención a Luigi Monti. Había transcurrido una noche entera desde que el agente soviético pulsara el botón del magnetófono para poner en marcha la bobina que recogía la confesión de Dalibor Galjero. La voz del rumano se extinguió y el final de la cinta giró en el vacío con un chasquido. Durante toda la audición, Monti había permanecido en silencio y Messing no había hecho ninguna observación.

Empezaba la mañana; frescos y dispuestos, los agentes administrativos de la central de espionaje soviético llegaban a sus puestos tras el descanso nocturno. Monti y Messing no estaban tan lozanos. Una sombra de barba cubría sus mejillas y sus ropas olían a sudor. Eso desagradaba a Wolf, quien se cambiaba de camisa dos veces al día.

—Haré que nos traigan café —dijo—. Más tarde, me ausentaré por espacio de una hora escasa. Después me dará sus impresiones sobre lo que ha escuchado.

Monti, que estaba hundido en su sillón, se irguió.

—¿Por qué no ahora? ¿Por qué no me dice enseguida qué espera de mí y por qué razón me ha hecho escuchar esta cinta?

Messing se encogió de hombros y encendió el primer Benson & Hedges de la mañana. Dejó su pesado encendedor chapado en oro sobre la mesa y dio un bufido.

—Sea. Vamos al grano... Dalibor Galjero se ha entregado porque busca a un hombre que está en nuestro poder.

—Busca a ese tal Nuwas, ¿no es eso? —Adivinó Monti—. Por fin se ha decidido a eliminar a su Laüme y reclama la ayuda de su antiguo maestro, ¿verdad?

—Es muy posible —convino Messing—. Pero las verdaderas intenciones de Galjero son extremadamente difíciles de predecir. De hecho, es imposible penetrar en su mente, incluso para un médium como yo. Crea que lo he intentado; pero no ha habido manera... Entre nosotros, Monti, ese tipo me produce un miedo cerval. Aunque yo lo niegue ante nuestros superiores, Galjero es sumamente peligroso. Si las conclusiones de la investigación que hemos realizado sobre él son exactas, le será presentado a Stalin y lo seducirá con una sola mirada. El viejo carcamal le concederá todo lo que le pida.

—Y ocupará su puesto, ¿es eso lo que teme?

Wolf Messing aplastó nerviosamente su cigarrillo y encendió otro al momento.

—Sí, eso es lo que ocurrirá, en efecto. Ya no tengo veinte años. Soy demasiado viejo para empezar de nuevo desde cero y no quiero verme relegado al olvido hasta el fin de mis días. Es humano, ¿no?

—Muy humano y bastante comprensible —reconoció Monti mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro—. Si he comprendido bien, lo que ocupa sus pensamientos,

pero aún no me ha dicho, es el deseo de que yo le libre de Galjero.

—Es un peligro para mí y usted quiere cazarlo. Estamos hechos para entendernos.

—¿Qué plan tiene en la cabeza, Messing? Sabe que yo no quiero asesinar a nuestro hombre, porque es la puerta que conduce a Laüme.

—Aunque quisiera no podría matarlo, soy consciente de ello —matizó Wolf—. El plan que tengo en la cabeza no implica su eliminación física, sino, digamos... su desplazamiento territorial, como mucho.

—¿Su desplazamiento territorial? No le entiendo...

—La razón de la presencia de Galjero en la URSS sólo tiene un nombre: Nuwas. Si éste deja el territorio, Galjero le seguirá. Dalibor no nos interesa en un plano político. No está en nuestras oficinas por convicción, se lo repito.

Monti se incorporó, estiró su cuerpo embotado por la larga inmovilidad de la noche y dio algunos pasos. Su frente se arrugó por efecto de una intensa reflexión.

—¿Va a sacarme del país en compañía de Nuwas? Eso conlleva un enorme riesgo para usted, Messing.

—Mucho menos que dejar que Stalin se interese por Galjero. Además, sería un buen compromiso para un patriota como usted. Los soviéticos tienen en funcionamiento desde hace mucho tiempo un departamento de investigación parapsicológica, un término genérico para designar todos los fenómenos que escapan a una explicación científica lógica. Y estos fenómenos son numerosos, usted no lo ignora. ¿Se imagina los progresos que podría hacer ese departamento si Galjero colaborase con nosotros? Su equivalente americano, creo que existe uno, ¿no es así?, sería literalmente aplastado. El porvenir del planeta no tendría más que un color, ¡el rojo!

Monti gruñó. Messing tenía razón. Su venganza personal era una cosa, pero el interés de su país obedecía a una razón superior que él debía tener en cuenta.

—Sus argumentos no carecen de peso —concedió—. Digamos que yo podría dejarme convencer. ¿Dónde está ese Nuwas?

Wolf Messing exhaló un discreto suspiro de alivio. Al jugar de aquel modo contra su propio bando, el espía arriesgaba mucho, y compartir sus secretos con Monti no había sido la más fácil de las etapas a recorrer hasta alcanzar su objetivo. El americano ya estaba de su parte. Ahora le quedaba lanzar el mayor desafío. Messing inspiró a fondo y replicó:

—Sé dónde está Nuwas. Pero el problema es que...

—¿Qué?

—Que va a serme muy difícil sacarlo sin comprometerme. Tendrá que encargarse usted de eso.

—¿Y cómo me lo llevo? —exclamó Monti—. ¿Plegado en mis maletas?

—No. Sus amigos se encargarán de sacarlo de donde está. Usted saldrá del país como entró: en compañía de la delegación americana del CPUSA y, sobre todo, sin llamar la atención.

Luigi Monti se rascó la nuca y resopló como un toro.

—¿Dónde tiene escondido a ese Nuwas?

—En realidad, no ha abandonado Rusia desde el asesinato de Rasputín. Por lo que he podido reconstruir de su historia, se dejó arrastrar al bando equivocado de la revolución y pactó con los blancos. Ya le preguntará usted los detalles de sus aventuras si le apetece. Como quiera que sea, en la actualidad se encuentra en un campo de prisioneros.

—¿Desde hace treinta años? —exclamó Monti—. ¿Un hombre como él? ¡Eso no es posible!

—¿Cómo? ¿Aún no lo ha comprendido? Nuwas se volvió como usted y como yo... quiero decir, que sacrificó su inmortalidad. Ya no tiene ningún poder, solamente recuerdos.

Monti se dejó caer en un sillón que gimió bajo su peso.

—¿Dónde lo tienen? ¿En Siberia?

—No. En la actualidad se encuentra en la orilla sur del mar Aral. Decenas de millares de deportados están cavando canales allá abajo para irrigar los nuevos campos de algodón cerca del desierto. Él forma parte del lote.

—¡Está usted loco, Messing! ¿Cómo quiere que recuperemos a ese tipo en un presidio en pleno territorio soviético? Es sencillamente imposible.

—Un imposible que usted hará posible, Monti —sentenció Messing con una sonrisa tranquila—. Ésa es ahora su única oportunidad de recuperar a Galjero. Haga que Nuwas se fugue, o tendrá que olvidar para siempre sus pretensiones de venganza; y que América se prepare para cantar *La internacional*.

*Vstavay, proklyat'yem zaklyemyennyy,
Vyes'mir golodnykh irabov!
Kipit nash razum vozmushchyennyy
I v smyertnyy boy vvesti gotov.
Vyes'mir nasil'ya my razrushim
Do osnovan'ya, a zatyem...*

Entrecortados por breves despertares, tan repentinos como angustiosos, los sueños de *Bubble* Lemona resumaban cánticos extraños y músicas marciales. Después de tres días separado de Luigi Monti y retenido en un cuartucho sin ventanas, el italo-americano intentaba matar el tiempo y calmar su inquietud durmiendo. Su sueño, apacible durante las primeras horas, se había ido llenando poco a poco de las imágenes más improbables y de las perspectivas más sorprendentes. Había vuelto a ver el rostro de su madre e imaginado el de su padre, al que nunca conoció; había repasado los ingredientes de sus menús favoritos, que temía no volver a disfrutar nunca más; después, sus pijamas de seda desfilaron uno tras otro ante sus ojos. Había contado mentalmente sus camisas y sus trajes, realizado el inventario de sus

sombreros y de sus corbatas, cuidadosamente alineadas y ordenadas por tonos en sus varillas de latón, había examinado sus cuarenta y un pares de zapatos confeccionados a la medida... En sus sueños dominaba también la cama de caoba sobre la cual había tomado memorables cursos de ruso de Natasha. «¡Ah, Natasha!», pensó Bubble en un duermevela. Aunque nunca volviera a patear las aceras de Nueva York, sí, aunque su vida de viejo caballo en retirada debiera terminar en la grisalla del Moscú de 1947, al menos habría conocido a Natasha. Bubble jamás había conocido a una mujer como aquella tigresa. Ninguna como ella había sabido divertirlo ni darle tanto placer entre las sábanas. Si salía de aquélla —se lo prometió solemnemente aquel día— se casaría con esa chica y le daría una carnada de pequeños Vladimir y de pequeñas Olga.

Con un nudo en la garganta, resoplando y apretando los dientes, el viejo *soldato della famiglia* se dio la vuelta en la repisa de obra que le servía de cama. Se subió el abrigo por los hombros y deslizó las manos entre sus muslos para conservar un poco de calor. La pieza estaba provista de un radiador de metal demasiado pequeño para conservar calientes las paredes heladas. Bubble soñaba aún cuando la puerta de su celda se abrió por fin. Despertó sobresaltado, y abrió unos ojos sorprendidos.

—¿Don Monti? —exclamó al ver recortarse en el umbral la silueta del siciliano—. ¿Qué es lo que ocurre, *porca miseria*? Los rusos nos han atrapado para siempre, ¿verdad?

—Eso es lo que ha estado a punto de suceder, viejo amigo —respondió el senador con una voz que delataba la fatiga acumulada—. Pero he llegado a un acuerdo con uno de sus peces gordos. Ha sido bastante especial, ya te contaré. Ahora date prisa, nos vamos de aquí al galope.

Bubble se calzó con dificultad sus pies talla 45, anudó los cordones y abotonó su abrigo cruzado. Tres minutos después, salía acompañado de Monti del inmueble de la Lubianka. Un coche sin distintivos los esperaba delante de los escalones de la entrada. Messing estaba dentro, sentado junto al conductor.

—Sus efectos personales están en el maletero —les dijo este último—. No falta nada. La visita de la delegación del Partido Comunista americano ha sido abreviada. Les enviamos a todos al Oeste de inmediato. Próxima escala: Bonn. Ya arreglarán cuentas entre ustedes en el avión, ése no es mi problema. Ni que decir tiene que a partir de ahora son ustedes *personae non gratae* en la URSS. Aunque me imagino que no tienen intención de volver...

—¡Ah, no se preocupe por eso! —replicó Bubble—. La acogida ha sido deplorable. Francamente, esperaba otra cosa de los rusos. Reconozco que me habían dado una imagen muy diferente de la hospitalidad eslava...

—¡Cállate, *testa dichazo*! ¡Éste no es el momento! —Gruñó Monti dándole un codazo en las costillas.

—No olvide nuestro acuerdo, senador Monti —le recordó Messing sin hacer caso de Lemona—. No lo olvide, porque...

Wolf suspendió bruscamente su frase, como si acabara de recordar un parámetro

que faltaba integrar en su plan. El norteamericano dio un vistazo al retrovisor del coche y vio un brillo de inquietud en la mirada del hipnotizador.

—¿Porque...? —inquirió Monti.

—Porque nuestros intereses son comunes —terminó Messing con voz muy suave.

El corazón del norteamericano se puso a latir más deprisa. Algo acababa de estropearse en el mecanismo bien engrasado que había ingeniado Wolf Messing. Miró por la ventanilla del vehículo que circulaba a toda velocidad hacia el aeropuerto y contempló un paisaje siniestro. Por un instante estuvo tentado de arrojarlo en la primera ocasión en que el coche aminorase la marcha, pero desechó de inmediato esa idea. Solo en aquella ciudad extranjera inmensa y patrullada por confidentes de toda calaña, con los servicios secretos tras sus huellas, sin amigos, sin apoyos, no sobreviviría ni doce horas. Suspiró y se ajustó el sombrero. Estaba en manos del destino y no podía hacer nada: una sensación detestable. Habría dado lo que fuera por sentir una Thompson de tambor entre sus brazos, como cuando se batía con los irlandeses de la Mano Blanca en el puerto de Nueva York, o contra el Ku Klux Klan de Ephraim Cassard en los pantanos de Luisiana.

Dejaron la ciudad y atravesaron las afueras. Por fin, después de un interminable tramo de carretera que se extendía por los campos, franquearon las verjas del aeropuerto. El *Constellation* esperaba ya en el extremo de la pista, con los motores al ralentí.

—Todos los americanos están ya a bordo. No falta nadie. Vuelven ustedes a casa y es mejor así. Después de todo, oficialmente somos aliados, ¿verdad? Olvidemos las pequeñas traiciones de unos y otros en nombre del interés general.

Aliviado, Monti abrió la portezuela y le hizo a Lemona señas de que le siguiera.

—Una última cosa, senador Monti —masculló Wolf Messing—. El señor Lemona es el único de ustedes que se quedará conmigo.

Los dos norteamericanos palidieron. El corazón de Monti se encogió, el de Lemona estalló.

—De ninguna manera —rechazó Monti—. Lemona viene conmigo ahora mismo o nuestro acuerdo queda roto.

—Al contrario, Monti. Nuestro acuerdo queda reforzado. Verá, no tengo plena confianza en usted. Una vez de vuelta en su país, nada le obligará a rescatar a Nuwas. Quedarme con un rehén elimina esa hipótesis. ¡Vamos, no ponga esa cara! Era una práctica corriente en el viejo continente. La historia antigua y medieval abunda en ejemplos. Y, además, el señor Lemona estará encantado de quedarse un tiempo más entre nosotros. Podrá perfeccionar su ruso. ¿No es cierto, señor Bubble?

Lemona sintió que los ojos negros de Messing se posaban sobre él. La energía del médium quebrantó su espíritu y se escuchó decir palabras que no pensaba.

—Claro, don Monti —dijo en un tono maquinal—. Me quedaré en Moscú. Es una excelente sugerencia. Todo irá bien. Sí, todo irá bien.

—Cuestión zanjada, entonces —confirmó Messing apuntando un revolver sobre

el torso de Monti—. Saque a Nuwas de su campo de prisioneros y lléveselo con Galjero lejos de la URSS. Sólo entonces le devolveré a su amigo.

Monti sentía la garganta y la cabeza como oprimidas por un torno. Pretendió argumentar, pero sabía que era inútil. Dejó el coche tan deprisa como pudo, cubrió a grandes pasos los escasos metros que lo separaban de la pasarela, y la puerta del Lockheed se cerró tras él.

Messing contempló cómo el avión aceleraba, despegaba y se alejaba en dirección al oeste. La manga de aire indicaba un viento sostenido que facilitaría el viaje. Consideró aquello un buen presagio, hizo un cuenco con las manos para encender un cigarrillo y le tendió otro a Lemona, que lo tomó sin ganas y lo se lo puso blandamente entre los labios sin ni siquiera encenderlo. El espíritu del norteamericano estaba sereno, apagado. Ninguna imagen se formaba en él.

En la Lubianka, Messing acompañó a su paciente hasta su celda. Bubble se reincorporó a la pieza mal caldeada sin manifestar el menor cambio de humor y se tendió enseguida para volver a dormirse. Wolf subió a su despacho para cambiarse de camisa. Empujó la doble puerta forrada de cuero y acercó la mano a la pared para encontrar el interruptor de la luz del techo, pero la bombilla no se iluminó. En la oscuridad de la pieza, sólo vio el destello azulado del arma de fuego con silenciador que acababa de disparar a bocajarro y sintió un dolor intenso justo encima de la rodilla. Se derrumbó sin gritar.

—Dc5 y Ad5 —dijo la general Grusha Alantova—. Eso es lo que usted me enseñó para que jugara bien al ajedrez, ¿no es así? Pues bien, esta noche, amigo mío, la reina, que soy yo, toma al alfil, que es usted.

LA FRONTERA

David Tewp se aburría soberanamente bajo los dorados del Pera Palace. En un trozo de papel, su estilográfica dibujaba de forma maquinal una especie de largo paseo marítimo al borde de un mar agitado. Las gaviotas se arremolinaban por encima de las aguas y dos pequeñas siluetas, un hombre y una mujer, estaban sentadas en un banco contemplando el horizonte. El dibujo le había sobrevenido sin pensar, después de pasarse más de una hora llenando su cuaderno de nombres diversos: nombres de amigos fieles o de enemigos declarados, y también de personajes turbios. Nombres seguidos de signos de interrogación, o subrayados con una o dos líneas. La lista se extendía por casi toda la altura de una página.

—Tiene usted un excelente trazo, coronel —observó Garance de Réault mirando por encima del hombro del inglés—. Me había ocultado sus talentos de artista.

Tewp extendió una mano sobre la hoja para ocultarla, se sonrojó de pronto y balbució algunas palabras para menospreciar su croquis.

—No es más que un mal garabato. Suelo hacerlo mejor... En fin, quiero decir, no es más que un pasatiempo, dibujo sin pensar... Esto no representa nada en concreto.

Garance elevó los ojos al cielo antes de sentarse colocando la falda bajo sus muslos con un gesto aplicado de joven estudiante de internado.

—¿Y qué? —preguntó, considerando más cortés cambiar de tema—. ¿Qué hay de sus reflexiones solitarias? Si está dibujando, supongo que todas sus preguntas han encontrado respuesta. ¿Compartirá conmigo el fruto de sus cogitaciones?

Las mejillas de Tewp pasaron del rojo al carmesí. Las comisuras de sus labios cayeron en una mueca de despecho.

—Para ser sincero, no he avanzado nada desde nuestra llegada a Estambul. El asunto incluso se ha complicado más si cabe. No entiendo la desaparición de Gärensen. He contactado con lord Bentham, que me aconseja esperar aquí hasta que recibamos noticias de Luigi Monti... Tengo la impresión de estar atado de manos, y eso me enfurece.

Garance echó una ojeada a su alrededor, y después se levantó mientras tomaba al coronel de la mano con autoridad.

—Venga conmigo. Vamos a probar un pequeño experimento.

Tewp se levantó y siguió a la vieja dama sin oponer resistencia ni intentar soltarse de ella. Así atravesaron los salones del Pera Palace bajo la mirada burlona de los altivos clientes y del estirado personal. Garance avanzó por un corredor hasta una pieza que parecía conocer bien, presidida por una mesa de billar inglés. A aquella hora de la madrugada, no había nadie más que ellos.

—Tome un taco —ordenó ella—. Vamos a jugar una partida.

Tewp suspiró. Aunque estaba acostumbrado a los caprichos de la francesa, no se

sentía de humor para diversiones.

—No he jugado al billar en mi vida —protestó—. No me apetece...

—No se trata de jugar por jugar —explicó ella—, sino de ocupar su mente, lo cual es muy distinto. Esto es una especie de terapia. Vamos, muchacho, confíe en mí y tome ese dichoso taco.

Le lanzó el palo de madera que había tomado del taquero. Tewp lo cogió al vuelo.

—Bien. Ahora, fíjese. Golpee la bola roja con las bolas blancas, o a la inversa, no importa. ¡Pero ponga interés!

Tewp suspiró para manifestar que cedía de mala gana al capricho de Garance; después, se inclinó sobre la mesa. El primer golpe fue vacilante y falló. El segundo fue también vacilante, pero un poco mejor colocado. El tercero no estuvo tan mal...

—Está bien —juzgó Garance—. Continúe.

Durante algunos minutos, Tewp se concentró y empezó a encontrar un relativo placer. Ya no golpeaba al azar, sino que intentaba anticipar el recorrido de la bola, imaginando sus rebotes para calibrar la longitud y la fuerza que era necesario imprimir para que la bola se moviera según sus deseos. Cuando notó que estaba inmerso en el juego, Garance le soltó:

—Vamos a acelerar y nos divertiremos jugando a las asociaciones de ideas. Pero siga jugando y, sobre todo, conteste sin pensar. ¿Si le digo... MI6?

—Un servicio que no debería existir en un país civilizado. Rufianes que se dan aires de caballeros y caballeros que se comportan como rufianes.

—Respuesta interesante, pero demasiado larga —corrigió al instante madame de Réault—. Ahórrese los comentarios. Conteste con frases cortas, o hasta con una sola palabra. Sigamos probando. ¿Si le digo Calcuta?

—Los mejores años de mi vida —respondió el coronel mientras conseguía su primer golpe a dos bandas.

—¡Mejor! —Aplaudió Garance—. Ahora, ¿si le digo lord Bentham?

—Un reflejo... —respondió espontáneamente el coronel—. Sí, una especie de...

—Basta de Bentham. Esa respuesta me basta. Después, ¿si le digo Dalibor Galjero?

—Un monstruo sin corazón. Un depravado. Un enemigo.

—No hay ambigüedad en la respuesta. Siga jugando.

Garance dejó pasar tres o cuatro golpes antes de continuar.

—¿La Segunda Guerra Mundial?

—La muerte de Occidente.

—¿La magia?

—La muerte de la razón.

—¿Thörun Gärensen?

—El hombre que me salvó la vida. Un amigo en quien confío.

Tewp golpeó con fuerza la bola roja, que pasó por encima del borde y rodó por el suelo. Garance se agachó para recogerla y la colocó en el centro de la mesa sin

comentarios.

—¿El doctor Ruben Hezner? —continuó como si nada.

—Un hombre que estaba en el sitio equivocado y en el momento equivocado. Se perdió por su excesiva confianza en sí mismo.

—¿David Tewp? —Remató Garance sin modificar su tono de voz.

—Un pobre tipo. Un incapaz, ¡un imbécil! —Se enervó el inglés.

Su cólera era tan viva que el taco que manejaba se desvió en un ángulo imposible e hizo un desgarrón de más de treinta centímetros en el tapiz.

—¡Demonio! —Gruñó Tewp crispando las mandíbulas.

Garance se acercó para administrarle una bofetada magistral, que resonó tan fuerte como un disparo.

—¡Vaya! Le juro que no lo he hecho a propósito —dijo el coronel para justificarse con respecto al tejido roto.

—Esta se la ha merecido Tewp, pero no se la he dado por su torpeza. Lo que es insoportable, estúpido y autocomplaciente es la opinión que tiene de sí mismo. De hecho, es usted un orgulloso. Su orgullo es inconcebible. ¡Terrible! ¡Gargantuesco! ¡Falstaffiano!

Herido, el inglés se fue con el rabo entre las patas a dejar el taco en el soporte. Después, se cruzó de brazos y se quedó inmóvil en un rincón. Por un momento había creído que la cólera de la francesa era simulada; pero no, Garance de Réault había perdido los estribos con todas las de la ley. Lo notaba en su respiración agitada y en sus ojos achicados.

—Si eso es lo que opina de mí —dijo él al fin—, sería mejor dejarlo así y que cada uno siga su camino...

—¡Desde luego! En mi vida me había encontrado a nadie tan preocupado por su dignidad personal. Tewp, usted ya no es un muchacho. Lamento decírselo, pero a su edad ese tipo de coquetería es ridículo. Ya va siendo hora de que se vuelva adulto y se acepte tal como es. Se complace usted en una impotencia imaginaria. Como el mundo no es como usted quiere y usted tampoco es perfecto, se olvida de sus virtudes. Usted es un hombre de bien, Tewp, asuma su condición y siga adelante, caramba.

El coronel gruñó por puro formulismo y se frotó la mejilla magullada.

—Tiene usted una singular manera de argumentar —dijo en un tono más distendido.

—No se desprecie a sí mismo, Tewp. Es un vicio al que se entrega demasiado a menudo, y es el único defecto que le reprocho.

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—¡Me movería, amiguito! ¿De verdad necesita a los otros para actuar? Usted no esperaba a nadie cuando estaba en la India, actuaba con audacia. Su actitud era anárquica y atolondrada, pero simpática, y al final dio buenos frutos, ¿no?

El rostro de Tewp se ensombreció y el corazón de Garance se encogió de pronto. Acababa de cometer una torpeza que amenazaba con sabotear todas sus sabias

maniobras de aproximación. Tewp se apresuró a hurgar en la herida.

—¿Buenos frutos? —señaló ásperamente—. Muertos por todas partes. Niños a los que no pude salvar. Habid Swamy arrastrado por mí hasta la nieve para que encontrara una muerte atroz. Mi propio rostro mutilado... Y los Galjero todavía libres, después de diez años de persecución. Perdóneme, señora, pero me parece que el balance no se inclina demasiado a mi favor.

—Son puntos negativos y no lo discuto. Pero también ha salvado niños, Tewp. Aquellos a los que Ostara Keller conducía al matadero le deben la vida. Sin su esfuerzo, sin su coraje, habrían sido sacrificados. Keller ya no puede hacer más daño gracias a usted. ¡Imagínese que no la hubiera cazado! Aún habría sobre la Tierra otra loca criminal en activo. ¿Cuántas vidas habrá salvado usted al encontrar su rastro? ¿Y quién sino usted habría hecho lo que hizo en Jerusalén? ¿Y quién habría...?

Tewp hizo una señal para pedir silencio a la vieja dama. Sus palabras eran la pura verdad, y él lo sabía. Ella había puesto tanto ardor en enumerar sus méritos como él en contabilizar sus fracasos, pero esa esgrima era un vano ejercicio de estilo. Nada podía surgir de aquel intercambio. Garance de Réault buscó en su bolso y extrajo de él una boquilla en la que insertó un cigarrillo corto negro. Dio algunas caladas antes de que un violento ataque de tos la obligara a aplastar la tagarnina. Tewp la ayudó a sentarse. Estaba pálida, con los rasgos marcados. La base de maquillaje y el colorete que había usado para mejorar su aspecto ya no surtían efecto: la enfermedad volvía a tomar ventaja.

—De nada sirve quedarse en Turquía —declaró Tewp—. Para usted es una fatiga inútil y peligrosa. Para mí, es una pérdida de tiempo. No será aquí donde atrapemos a los Galjero.

—¿Qué decide entonces, coronel?

—Voy a llevarla cuanto antes a París. Allí recibirá los cuidados que precisa.

Garance bajó la cabeza con el corazón oprimido.

—¿Y usted? —preguntó con un hilo de voz.

—Esperaré en Londres el regreso del senador Monti. A su vuelta tendremos más elementos de juicio. Después decidiremos de acuerdo con lord Bentham.

—Bien. Hagamos lo que propone, coronel. Es cierto que ya no estoy en condiciones de imponer mi punto de vista. Me voy a mi habitación y no saldré hasta que nos marchemos. Avíseme con tiempo de los detalles del viaje de regreso, ¿quiere?

Sin decir palabra, David Tewp contempló cómo Garance salía del salón y desaparecía con pasos cortos por los pasillos alfombrados del Pera Palace. Tewp acudió enseguida al mostrador de recepción y le pidió al empleado que llamara a la agencia de detectives privados Xander, en Londres. Al otro lado del hilo telefónico, el hombre encargado del asunto Galjero no tenía ninguna información nueva que darle. Lewis Monti había llegado sin problemas a Moscú, pero desde entonces no había dado noticias.

—¿Y Gärensen? —preguntó Tewp.

—Desaparecido. Hemos difundido sus señas personales entre nuestros contactos en todo el mundo, pero de momento sin resultados. Es evidente que el señor Gärensen ha fingido ayudarnos con la única intención de sonsacarle dinero a lord Bentham. Lo más sensato sería no contar más con él...

Tewp reservó un pasaje doble para Marsella antes de ir a llamar con suavidad a la puerta de Garance. La encontró acostada, consumida por la fiebre. La energía extra que la había animado desde su partida de Francia acababa de agotarse de pronto y la enfermedad, negada demasiado tiempo, reclamaba sus derechos. La francesa aceptó sin protestar al especialista que Tewp llamó a su cabecera. El inglés esperó en la antecámara, nervioso, hasta que terminó la consulta.

—El estado de su señora madre es muy preocupante —explicó el médico, sin que Tewp le corrigiera—. No es posible trasladarla en estos momentos. Necesita mucho reposo. Tenían previsto emprender un largo viaje, según me ha dicho ella.

—Sí.

—Pues tendrán que alterar sus planes. Y hágase a la idea de que tal vez su madre no pueda regresar nunca a su país natal.

Tewp palideció y sus manos se humedecieron. Cuando se presentó junto al lecho de Garance, la mesa de noche estaba de nuevo abarrotada de píldoras y de frascos con olor a hospital. Los ojos de la francesa estaban cerrados. No quiso despertarla; cerró la puerta con suavidad y salió a caminar por los barrios de Galata, sin dudar por un segundo que uno de los lingotes de oro que llevaba madame de Réault acababa de pasar al maletín del médico y que, en su cama, la francesa estaba muy satisfecha de la comedia que acababa de representar.

—Su herida es superficial —dijo Grusha Alantova echando una ojeada a la pierna de Messing—. Déjese de hacer muecas y responda a mis preguntas.

Messing, que apretaba su pañuelo empapado de sangre contra la parte inferior del muslo, no compartía este optimismo.

—Por eso me ha disparado, ¿verdad? Para que no huya del interrogatorio hipnotizándola.

Messing había dado en el clavo. Alantova sabía desde hacía tiempo que el dolor neutralizaba los talentos del mago y nublaba su fuerza psíquica.

—Explíqueme en detalle lo que está tramando, Messing, y convénczame de lo bien fundado de sus actos. Y emplee solamente argumentos racionales.

Wolf Messing hizo una mueca. Los cuarenta años durante los cuales había manipulado a los demás modelando su voluntad como un alfarero da forma a la arcilla le habían hecho descuidar el arte de la retórica.

—Muy bien. Como guste. ¿Qué quiere saber, camarada?

—¿Quién es ese norteamericano al que ha enviado a Bonn esta misma mañana, en

avión, por iniciativa propia?

—Un tipo del que nuestros colegas sospecharon por un tiempo que se había infiltrado en una célula del CPUSA por mandato del FBI. Me pidieron que lo interrogara, cosa que he hecho a conciencia. No era lo que pensábamos. Lo devolví junto a sus compañeros de viaje. Eso es todo.

Messing adoptaba un aire desenvuelto, y su tono habría engañado a cualquiera, pero Grusha Alantova lo conocía demasiado para dejarse enredar tan fácilmente.

—Lo ha tenido en su despacho toda la noche. Es mucho tiempo para un interrogatorio, aunque sea concienzudo. Por lo común, usted rompe las resistencias más feroces en cuestión de minutos. ¿Ese norteamericano le ha dado problemas insólitos?

—No en particular. Era un tipo interesante, con un recorrido original. Estuvimos charlando.

—¿Charlando? —Se asombró Alantova—. ¿Charlando como viejos amigos, quizá?

—No. Nunca lo había visto antes.

—Entonces ¿de qué podían hablar?

—De todo y de nada, se lo repito, camarada.

Alantova observó con atención la decoración del despacho de Messing. Era una pieza que conocía bien, había pasado muchas horas en ella trabajando con el médium. Conocía la combinación de la caja fuerte escondida detrás de las estanterías de libros. Sabía en qué cajón estaba el papel de cartas, en qué armario había que buscar para encontrar la tinta o una cinta nueva para la máquina de escribir, qué puerta abrir para hallar una botella de vodka o de *whisky* de malta importada de contrabando. Sabía incluso lo que Messing ignoraba de aquel lugar: la disposición exacta de dos minúsculos micrófonos ocultos en el muro bajo una delgada capa de yeso... Messing vio con angustia como la mujer escrutaba lentamente la totalidad del decorado y, con pánico, como detenía la mirada sobre el magnetófono en el que una bobina seguía aún colocada.

—Quizás era éste el motivo de su conversación —murmuró Grusha Alantova señalando la cinta magnetofónica con la punta de su arma.

Y antes de que él pudiera impedirlo, se levantó para manipular el aparato. Rebobinó un poco la cinta, y pulsó la tecla de reproducción. Se escuchó la voz profunda de Dalibor Galjero:

«De acuerdo con Yusúpov, elegimos la velada del 16 de diciembre para actuar. El príncipe, jefe del partido occidentalista favorable a la prosecución de la guerra, había invitado oficialmente al eslavófilo y pacifista Rasputín a una cena de reconciliación».

—Le ha dado a escuchar la historia de Galjero al norteamericano, ¿verdad?

—Sí —admitió Messing, consciente de que era inútil seguir negando.

—Espero por su bien que tenga buenas razones para ello, Wolf, porque en caso contrario le espera la soga.

Lewis Monti descendió el primero por la pasarela del *Constellation* y suspiró de alivio al ver la bandera estadounidense ondear en uno de los mástiles del aeródromo. Se había mantenido alejado de los demás durante todo el trayecto y había guardado silencio cuando Sebastian Deintel le preguntó por la suerte de Lemona. Sobre el asfalto esperaba un coche enviado por Dulles y Donovan. En el interior se encontraba un oficial de los servicios de inteligencia estadounidenses que se puso a disposición de Monti.

—¿Adonde vamos, señor?

—Adonde pueda encontrar una taza de café y un teléfono —respondió el siciliano.

Grusha Alantova no sabía cómo discernir lo verdadero de lo falso entre los confusos argumentos que le había ofrecido Wolf Messing. ¿Había jugado limpio con ella? ¿O su historia no era más que una fábula para ganar tiempo? Pero en tal caso, ¿tiempo para qué? Con las manos apretando el tampón antihemorrágico improvisado que cubría su herida, Messing sentía que la cabeza le daba vueltas y que su estómago se contraía hasta la náusea. Si su herida no recibía pronto atención adecuada se desmayaría.

—He sido honesto con usted, camarada general —aseguró tan serenamente como pudo—. ¿Le he mentado alguna vez en quince años? Al contrario, siempre he procurado respaldarla, incluso cuando apenas la conocía. He guardado el secreto de su compromiso en tiempos del camarada Nikolái Yezhov. Aunque Stalin haya borrado la imagen de su amante de todas las fotografías oficiales, el viejo mezquino no se ha olvidado de su antiguo enemigo, ya lo sabe. No se vuelva contra mí, Grusha. Caminemos juntos, como antes...

—Galjero es una oportunidad única para nosotros —replicó la general—. Imagínese que los americanos se lo llevan. ¿Acaso cree que no aprovecharán la mina de oro que representa ese monstruo?

—Galjero se niega a colaborar con los americanos y usted lo sabe. Detesta a los yanquis de Washington desde... desde hace mucho tiempo. Lo que quiere ahora es cumplir su destino y matar a su pareja. Ese es su único objetivo. Si le dejamos marchar, desaparecerá para siempre. No sacaremos provecho de sus saberes, es cierto, pero tampoco los americanos. ¡Match nulo! Para bien de todos...

—Los americanos poseen la bomba atómica —le recordó Alantova—. Si Galjero nos ayudara con algunos de sus poderes, podríamos equilibrar la balanza.

—Pero nuestros sabios ya trabajan en ello y sus investigaciones progresan a buen ritmo. En dos años, tres a lo sumo, Moscú hará explotar su propia bomba. ¡Es cuestión de meses!

La voz de Messing se desplazaba hacia los agudos. Por primera vez, el pequeño

emigrado judío alemán perdía la calma, y en su boca se formaba una saliva amarga.

—¿Qué trato ha hecho con Monti, Wolf? —preguntó Alantova—. ¿Cuáles suplan?

—Monti debe arreglárselas para sacar de la URSS a ese Nuwas, cuya ayuda desea Galjero.

—¿Ya cambio?

—A cambio tengo a uno de sus compañeros retenido entre nuestros muros.

—¿Cómo se supone que el americano va a apoderarse del prisionero Nuwas?

—No tengo la menor idea —murmuró Messing a punto de desmoronarse—. Parecía competente y dejé el problema en sus manos. Pensé que él encontraría una solución, por arriesgada que fuese.

Cada dos o tres horas, David Tewp llamaba a la puerta de Garance de Réault para asegurarse de que no necesitaba nada. Casi siempre, la vieja dama estaba adormecida y él regresaba caminando de puntillas. Alguna vez, cuando la francesa le indicaba que entrara, se sentaba junto a su cabecera, tomaba su mano y la entretenía unos minutos con una conversación trivial. Pero Tewp nunca había dominado el arte de hablar para no decir nada, y sus frases no suscitaban respuesta. Estaba buscando algún tema de conversación, cuando un botones vino a avisarle de que un tal señor Monti preguntaba por él en recepción.

—¡Oh! —exclamó Garance, y se incorporó sobre las almohadas más deprisa de lo que lo habría hecho una enferma auténtica—. ¡Se diría que todo empieza a moverse de nuevo! Haga venir aquí a su amigo. No quiero perderme ni una de sus palabras.

Al entrar en la habitación, Monti tuvo un sobresalto a causa de los vapores de los medicamentos que saturaban el lugar. Primero creyó que Tewp estaba enfermo, después vio a Garance de Réault acostada y se quedó inmóvil. Tewp, incómodo, abrevió el protocolo de las presentaciones.

—Madame de Réault lo sabe todo de los Galjero —dijo para justificar la presencia de la francesa en Estambul—. Nos conocimos en la India, cuando yo era teniente. Tengo plena confianza en ella.

—Como guste —aceptó Lewis sin convicción—. Confieso que no tengo tiempo de discutir. Disculpen si entro en materia sin preámbulos.

En algunas frases bien formuladas, Lewis narró su viaje a Moscú, lo que había sabido de boca de Rodion, el informador, y de la de Messing, el médium del NKVD. En cada etapa del relato, Tewp perdía un poco más la esperanza de llegar al final de su cruzada contra los Galjero.

—Decididamente, vamos de Caribdis a Escila —dijo—, pero creo que esta vez nuestra aventura toca a su fin.

—Eso no es posible —replicó Monti—. Messing tiene un rehén. Hay que hacer lo que sea para recuperar a Lemona. No sé qué hará usted, Tewp, pero yo pienso

respetar mi parte del acuerdo.

—¿Es decir, sacar a ese tal Nuwas de su campo de prisioneros en pleno territorio soviético?

—Sí, sin la menor duda.

—¿Sus amigos del OSS le ayudarán, supongo?

Monti se irguió en toda su altura y fijó su mirada en la de Twep.

—No. Es una operación que ellos no pueden organizar ni cubrir. Hablé largamente con Alien Dulles y Bill Donovan cuando llegué a Bonn. El infortunado giro que tomó el viaje a Moscú los ha dejado mustios. Lo último que han podido hacer por mí ha sido transferirme a Estambul desde Dakota. A partir de ahora, ellos están fuera de juego y no quieren saber nada de nuestras actividades.

—¿Cómo piensa arreglárselas entonces, Monti?

—Aún no lo sé, pero encontraré el modo. Con o sin usted.

—¿Ha dicho usted el mar de Aral, senador? —preguntó Garance con una vocecilla.

—Sí, señora.

—Yo viví varios meses en esas regiones tras la muerte de mi esposo. Debía de tener unos veinticinco años, y guardo un excelente recuerdo. Si todavía viven, ciertos hombres de las estepas conservarán también alguna memoria. En fin, eso espero...

En los ojos de Twep y de Monti nació el brillo de la incredulidad.

—Señora, no estará usted pensando...

—¿Proponerles mis servicios como guía? Pues sí, senador, no ponga esa cara.

—Y bien, camarada general, decídase: ¿con cuál se queda?

Inclinada sobre la caja de cartón llena de serrín, Grusha Alantova miraba cómo jugaban los tres gatitos rojizos que le ofrecía la portera del inmueble del bulevar Petrovski.

—¿Qué piensa hacer con los que yo no escoja?

—Nadie los quiere. Los ahogaré, claro.

—No. Entonces me quedo con los tres.

—Que le aprovechen, camarada. Tenga. Son suyos. ¡Ahora se ha cargado de familia!

Con la caja bajo el brazo, Alantova subió a su piso por la escalera, porque el ascensor, estropeado desde hacía un mes, aún no había sido reparado. Dejó los animales en la cocina y les puso un poco de leche en un platillo. «Nunca había tenido un gato y, mira por dónde, ahora adopto tres de golpe —pensó—. Desde luego, soy una vieja idiota». De regreso al salón, se quitó las botas y se sentó ante el tablero para jugar una partida en solitario. Se atribuyó las blancas, e imaginó que su adversario era Messing. Jugó mucho tiempo aquella noche, desplegando toda su habilidad y manteniendo una perfecta neutralidad. En la jugada 38, el alfil negro tomó la dama

blanca. En la jugada 41, la última torre negra y los dos caballos dieron mate al rey blanco. Los tres gatos se habían dormido hacía un buen rato unos contra otros en el sofá junto a ella. Alantova se levantó sin despertarlos y se desperezó. Aunque era noche avanzada, no se sentía fatigada. «Incluso cuando no está, se las arregla usted para ganarme, Messing», pensó mientras miraba el tablero con el ánimo afligido. Después, tomó la guerrera de su uniforme y su capote, y salió a la oscuridad para caminar bajo la lluvia helada hasta la plaza Lubianka.

La cama de Garance de Réault había desaparecido bajo los mapas extendidos sobre ella. Media docena de las cartas que habían sido adquiridas aquella misma mañana en una librería del bazar estaban marcadas con lápices de colores.

—Lástima que nuestro destino no se encuentre dos mil kilómetros más al este —suspiró Garance—. He recorrido más Mongolia, cerca del lago Baikal, que el desierto de Uzbekistán. En fin, qué le vamos a hacer. Eche un vistazo a esto, senador. Según el itinerario que les propongo, podríamos estar en la URSS dos días después de nuestra llegada a Teherán.

—¿Y después? —preguntó Monti.

—La vía del ferrocarril termina en Bender-Sha, a veinte kilómetros de la frontera. En el peor de los casos habrá que cortar alambradas de espino para cruzarla. Después habrá que alcanzar las montañas lo más rápidamente posible y dirigirse hacia el norte. A continuación no habrá más remedio que atravesar una llanura enorme. Evitaremos todas las ciudades: Jiva, Tashauz...

—A vuelo de pájaro, esto supone un viaje de al menos cuatrocientas cincuenta millas en pleno territorio soviético —comentó David Tewp—. Sin albergue y sin cobertura de ninguna clase, a través de desiertos y de montañas. Suponiendo que no nos detengan, o que no sucumbamos a las trampas del terreno, después tendremos que penetrar en un campo bien vigilado para llevarnos a un prisionero medio loco al que no conocemos y que quizá se niegue a venir con nosotros. ¿Se da cuenta de lo absurdo de semejante tentativa? Y eso por no hablar de su estado de salud, madame.

—Yo sólo les acompañaría hasta la frontera. Negociaría su paso con las tribus nómadas. No es una apuesta tan arriesgada. Soy consciente de que a partir de ahí yo sería más una carga que una ayuda, así que esperaría su regreso en Bender-Sha...

Hasta el último momento, David Tewp no creyó que el plan elaborado por Garance fuese realista; no podía aceptar lo inverosímil. En el curso de los preparativos del viaje a Teherán, el coronel adoptó una actitud pasiva, despegada, casi de resignación, asintiendo a las decisiones que se tomaban con simples movimientos de cabeza. Solamente cuando el Dornier despegó de su escala en Ankara para dirigirse hacia el norte con destino a la última ciudad importante antes de la URSS, Tewp comprendió que no se trataba de un capricho, sino que sus dos compañeros de viaje pensaban seriamente en llevar a cabo la operación. Por última vez, intentó que

renunciaran al proyecto.

—¡Necesitaremos semanas para llegar al mar Aral! —gritó para hacerse oír en la bamboleante carlinga—. ¿Y cómo vamos a volver? ¡Ni siquiera hemos tratado esa cuestión!

—Improvisaremos, Tewp —respondió Monti—. Siempre lo hemos hecho...

—¡Y ya ve adonde hemos llegado! —ironizó el inglés.

—Ya no es tiempo de discutir, Tewp. Decídase de una vez. Abandone o sígame, pero sin reparos. No voy a implorarle que me acompañe.

Dolido, Tewp se abismó en la contemplación de la masa nebulosa que se extendía a mil pies por debajo del trimotor. En el antiguo avión militar reconvertido en transporte civil, el sistema de calefacción tenía serios problemas para mantener una temperatura aceptable. Tewp se volvió hacia Garance. Esta, envuelta en una abigarrada manta de lana, le hizo señas de que se acercase.

—Tiene usted la impresión de encontrarse frente a un muro, ¿no es así, David? Mire a donde mire, no ve el horizonte.

Con la voz ahogada por el nudo que le cerraba la garganta, Tewp respondió con un simple «sí».

—Esta búsqueda le consume desde hace mucho tiempo. Por su culpa, no ha construido nada...

—Lo sé, madame. Pero renunciar es imposible.

—¿Aunque la muerte le espere al final del camino?

—Mi vida no cuenta para nadie. Excepto para usted, quizá. No tengo existencia, y está bien así. Sólo una sombra puede perseguir a otras sombras.

Si hubiera sido más joven, Wolf Messing habría podido sobreponerse al dolor causado por su herida en la pierna y concentrarse lo suficiente para subyugar a los guardias que la general Alantova había apostado delante de su puerta. Pero próximo a la cincuentena, aquélla era una hazaña que superaba sus capacidades. Desde hacía tres o cuatro años, sentía que sus poderes se debilitaban; hipnotizar a un sujeto para obligarle a revelar sus secretos le exigía más tiempo y esfuerzo que antes. Messing había intentado luchar contra la degradación de sus facultades sometiéndose a dietas alimentarias especiales y a una vida sexual menos intensa, pero esas privaciones le suponían demasiado esfuerzo y no retrasaban el declive de sus dones. Eso lo asustaba, aunque aún era una realidad que sólo él conocía. Había recurrido a toda clase de ardid para ocultarla y, por el momento, se las había ingeniado bastante bien para disimular la pérdida de sus poderes ante Stalin y Alantova. Pero un día, la verdad saldría a la luz. ¿Qué sería de él entonces? Todos los privilegios que había ganado con tanto esfuerzo le serían retirados. Se acabarían las cenas con caviar en los restaurantes reservados a los más altos dignatarios del partido y las bonitas muchachas venidas de Odessa o de Minsk para hacerle compañía en su cama. Nada

de trajes y zapatos a medida. Convertido en un hombre como los demás, Messing debería regresar al arroyo de donde había salido. La perspectiva le resultaba insoportable. Estos pensamientos hicieron brotar un sudor frío en su frente. Por eso, la prioridad absoluta era eliminar el peligro que representaba Dalibor Galjero. Alantova, estaba seguro, no había tomado aún una decisión en cuanto al rumano. Nada estaba perdido todavía, sólo hacía falta luchar. A pesar del dolor, a pesar de la incertidumbre. Sí, luchar hasta el final...

Una pista de aterrizaje dibujada sobre una franja de hierba tan verde como el césped de una pista de rugby escocesa, dos barracas de tablas, un hangar de chapa oxidada. Una manga de aire que flotaba blandamente en lo alto de un mástil de madera pintado de negro. Aquélla era toda la infraestructura del aeródromo de Bender-Sha. Lewis Monti fue el primero en bajar la pasarela. Garance de Réault le seguía a unos metros, tocada con un pañuelo, y Tewp cerraba la marcha.

Escenario durante largo tiempo de rivalidades más o menos encubiertas entre Inglaterra y la Rusia de los zares, Irán acababa apenas de emanciparse de esta doble influencia. En un país independiente desde hacía poco tiempo, el orgullo nacional, largamente herido, se había exacerbado.

—Los persas difieren profundamente de los árabes —les explicó Garance—. Si la mayoría de ellos profesa el chiísmo y no el sunismo, al contrario de la mayor parte de los semitas musulmanes, es más por cultivar una diferencia aristocrática con sus vecinos que por convicción religiosa.

Monti se encogió de hombros y gruñó como un oso. Las observaciones de la francesa le interesaban poco: no se había trasladado hasta aquellos lejanos confines para disfrutar del color local, y esperaba que aquella mujer se diera cuenta de ello.

En la ciudad, los tres occidentales encontraron un hotel acondicionado en un antiguo edificio colonial que databa de la dominación rusa. Un gigantesco retrato de Nicolás II presidía aún, intacto, el vestíbulo, lo cual al parecer no había molestado a los soldados del Ejército Rojo que habían residido en el hotel durante la Segunda Guerra Mundial, puesto que ni siquiera le habían disparado una ráfaga. Tewp y Monti se repartieron una habitación con el parqué abombado y cubierto de polvo y con el yeso de las paredes desconchado. Garance se asignó una pieza más pequeña, mejor cuidada, adornada con frescos naif que representaban lesbianas entregadas a actividades bastante sugestivas. Bajo el efecto de lejanas reminiscencias, la francesa se durmió con una sonrisa beatífica que habría ofendido el pudor natural de David Tewp si la hubiera visto.

Al día siguiente, por la mañana, Garance de Réault sentía fuertes dolores en los costados. Con aliento entrecortado, la tez más pálida que nunca, tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para recorrer la ciudad en busca de un vehículo. Todavía hablaba bastante bien el persa, y se hizo conducir hasta un garaje donde algunos

transportes militares reformados dormían bajo lonas desgarradas. A cambio de dos pequeños rubís, eligió un todoterreno soviético, en bastante buen estado a pesar de los impactos de bala que esmaltaban el contorno de su carrocería. Sobre el capó se veía una estrella de un rojo descolorido. Compraron vituallas para varios días y todo el combustible que cupo en los bidones.

—Le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros, madame de Réault —dijo David Tewp cuando los preparativos hubieron terminado—. La acompañaremos al aeródromo y esperaremos con usted el primer vuelo a Teherán. Después, nos pondremos en camino hacia la frontera, y que Dios nos ayude...

—No sea ridículo, coronel —respondió Garance—. Sabe muy bien que no podrá deshacerse de mí tan fácilmente. No he venido aquí simplemente para comprarles un viejo trasto y tres banastas de dátiles. Es ahora cuando voy a serles útil de verdad. Sin mí nunca llegarían al mar Aral.

Tewp suspiró.

—¿Y qué va a hacer si me niego categóricamente a que nos acompañe?

—Su amigo, el senador Monti, ya se ha aliado a mi causa, joven —afirmó la vieja dama con una dulce sonrisa—. Si se niega categóricamente a que vaya con ustedes, Lewis le sacude. Igual de categóricamente.

—Madame de Réault sabe lo que quiere, muchacho —observó Monti, dando una palmadita en el hombro del inglés—. Y la necesitamos. Vamos, déjela hacer. De todos modos, no se haga el ingenuo: ya sabía desde el principio que esto acabaría así.

—A ciento cincuenta millas de aquí en dirección al nordeste, coronel, vive un hombre que puede prestarnos ayuda —añadió Garance—. Si yo no les acompaño, él jamás aceptará ayudarles.

Vamos, subamos al coche y tome el volante. ¡Conducir le impedirá pensar demasiado!

Tewp no insistió. Monti y la francesa tenían razón. No fue por azar que el coronel se detuviera en París después de acudir a Londres para presentar su informe a los delegados de la agencia Xander. Negarlo hubiera sido una flagrante hipocresía. Giró la llave de contacto, y dejó que el motor se calentara un minuto antes de lanzar el vehículo por la carretera del norte. Garance había tomado asiento a su lado. Silencioso en el asiento de atrás y apretado entre las vituallas y los bidones de combustible, Monti rumiaba pensamientos que no deseaba compartir.

En el vasito lleno, el vodka polaco teñido de hierba de bisonte tenía reflejos de absenta. Wolf Messing bebió un trago y dejó el vaso haciendo que resonara sobre la bandeja.

—¿Cuánto tiempo va a tenerme prisionero en mi despacho? —le preguntó a Alantova—. ¿De verdad piensa que puede prolongar esta situación por mucho tiempo, camarada general?

Sin responder, Grusha Alantova abrió las cortinas y giró el pomo de la ventana para que entrara un poco de aire fresco en la pieza.

—Anteayer por la noche adopté a tres gatitos. Pelirrojos. ¿Se lo había dicho?

Una vena azulada se hinchó en la frente de Messing, y sus mandíbulas se crisparon.

—Es la segunda vez que menciona a esos animales, camarada. Parece que ocupan sus pensamientos más que yo o que Galjero...

—Es que son muy traviosos, ¿sabe? No se imagina los estragos que esas criaturas, que sólo pesan unos gramos, pueden causar en un apartamento. Las patas de los muebles ya están llenos de arañosos, y me han estropeado algunos libros con sus dienteitos.

—Créame que lamento sus disgustos domésticos, Grusha, pero son problemas que se ha creado usted misma. Es usted una víctima voluntaria.

—¡Exactamente igual que usted, mi querido Wolf! Usted también es completamente responsable de su situación actual. Sus problemas nacen de su propio miedo. Si hubiese afrontado la contrariedad que le supone Galjero, ahora no estaría pendiente de mis labios para conocer mis disposiciones.

El corazón de Messing se puso a latir más deprisa.

—¿Por fin ha tomado una decisión?

—Sí —admitió Alantova—. Y voy a decirle lo que les va a ocurrir a partir de ahora a usted, a Galjero y a esos occidentales a los que usted tan desconsideradamente incitó a violar nuestro territorio.

Era una doble hilera de alambre oxidado, tendida entre estacas de metal. A lo largo de decenas de kilómetros, la frontera se reducía a aquel delgado cordón metálico. Sin torres de vigilancia, sin búnkeres, sin puestos de guardia ni barreras levadizas. Y no más de una patrulla cada tres semanas para reparar las brechas que los nómadas kazajos practicaban con grandes tenazas.

David Tewp se pasó la mano por la cara. La navaja de afeitar no había rasurado su piel desde hacía varios días, y le picaban las mejillas. Había detenido el vehículo cerca de un boquete de unos veinte pies de largo, el primero que descubrían después de haber recorrido en vano la línea durante más de cien millas al nordeste de *Bender-Sha*.

—Al atravesar este punto, entraremos en la Unión Soviética. ¿Están seguros de que eso es lo que quieren?

—Seguro —respondió Monti.

—Segura —dijo Garance.

Tewp cerró los ojos un instante. Para darse valor, pensó en Habid Swamy y en los niños de Calcuta asesinados por los Galjero. Empleó la cólera nacida de esos recuerdos como estímulo para hundir nerviosamente el pedal del acelerador y

atravesar la línea de demarcación con la rabia en el vientre. Llevaba cuatro días conduciendo, sin aceptar que Monti le relevara, a pesar de las contracturas de sus brazos y sus piernas, que las breves pausas del mediodía no aliviaban. Garance indicaba la dirección de forma vaga, a ojo. La brújula que se habían procurado en *Bender-Sha* no servía de nada: enloquecida por potentes magnetismos naturales, la aguja giraba en todos los sentidos sin detenerse. Al alba, tomaban como referencia el sol naciente; a la hora del cenit, plantaban un bastón en el suelo para corregir su dirección; después, en el vivac de la noche, Garance se tendía en una manta para escrutar la bóveda celeste y determinar su posición. La francesa se sabía al dedillo los nombres de los astros, en su lengua materna y en otros quince idiomas.

—En esta estación las tribus se encuentran más al este. Hay que avanzar para encontrarlas —dijo.

—¿Cuánto tiempo aún?

—Menos de una semana, senador Monti. Si la suerte está de nuestra parte...

—¿Y si no?

Garance no contestó, pero trazó un signo de interrogación en la arena con la punta de su bastón. No obstante, la fortuna les sonrió. Después de tres jornadas durante las que atravesaron un paisaje desolado, vieron elevarse una columna de humo en el aire ligero del atardecer. Era un campamento kazajo compuesto por cuatro yurtas bajas y veinte caballos encerrados en una cerca de cuerda. Pequeños y robustos, los animales eran excelentes para la estepa rasa y las franjas de desierto, pero incapaces de saltar obstáculos, de atravesar ríos o de realizar largas carreras sobre campos de hierba.

Garance se encargó a solas del primer contacto. Impresionados por la anciana mujer de piel blanca surgida de ninguna parte y que hablaba su lengua con acento desconocido, los nómadas se dejaron convencer para compartir su fuego con los extranjeros. Monti y Tewp bebieron y comieron de buena gana lo que les ofrecieron, sin saber en qué hincaban el diente. A final de la comida, una mujer molió granos de café en un gran cilindro de madera que servía también para moler el trigo salvaje. Mojado apenas con un poco de agua hirviendo, el brebaje era fuerte, negro como la tinta y tan espeso como la arcilla. Con gran ceremonia, el jefe del clan sazonó la mezcla con una pizca de polvo que sacó de una caja. El inglés y el americano agradecieron sin comprender. Garance también dio las gracias y, después, mientras tomaba el líquido ardiente a pequeños sorbos respetuosos, se divirtió contemplando al inglés y el americano ingurgitando sin saberlo las cenizas del último difunto de la familia, esparcidas en la bebida con el fin de atraer la buena suerte sobre los viajeros.

Durante este encuentro, Garance reunió informaciones que le permitieron guiar mejor la expedición. La francesa y sus compañeros ya no estaban solos en el desierto. Cada día tomaban la dirección de una tribu o de un clan que les indicaba con exactitud su posición, y cada noche, o casi, encontraban refugio entre nuevos anfitriones, que a su vez los enviaban al alba en dirección a sus vecinos más cercanos. El desierto sólo es vacío, soledad y ausencia para los habitantes de las ciudades. Para

los nómadas, por el contrario, es un lugar vivo, con sus ritos y sus leyes, sus hábitos y sus necesidades. El azar no tiene cabida en él. Garance lo sabía, porque había pasado mucho tiempo recorriendo estepas, tundras, desiertos y landas. Por vieja que fuera, no había perdido ni un ápice de su intimidad con la naturaleza ni de su amor por la belleza del mundo que se percibe en las regiones remotas más que en ninguna otra parte. A veces, le pedía a Tewp que detuviera el vehículo un instante para contemplar durante unos minutos el reflejo de las nubes sobre el espejo inmenso de una llanura de arena, o la llovizna suspendida encima de un curso de agua. Dócil, Tewp obedecía siempre, y a menudo incluso se sentaba a su lado en silencio; su ánimo también agradecía aquellos altos en el recorrido. Monti, por su parte, se mantenía al margen, sin comprender por qué sus compañeros desperdiciaban de aquel modo un tiempo precioso.

—¿Cree usted en Dios, senador Monti? —le preguntó Garance un día, al percibir que la miraba con más severidad que de costumbre.

—No, señora —respondió el italoamericano en un tono casi provocador.

—Hace bien. Es un concepto de una imbecilidad profunda. No hay que creer en Dios, hay que creer en mucho más que eso. Hay que creer en lo divino... Este país rezuma lo divino por todas sus rocas, por todos sus cielos. Lo divino nos da de beber y nos alimenta, Monti. Nos da la fuerza para continuar nuestra búsqueda. Nuestros enemigos se han olvidado de contemplarlo desde hace mucho tiempo. Esta capacidad de abrirnos al mundo es lo que nos diferencia de ellos. Créame, es una diferencia que hay que cultivar con pasión, si no queremos comportarnos como monstruos nosotros también.

Pero la arenga no hizo mella en la indiferencia de Monti. Pese a todo lo que había visto en el curso de su vida, e incluso a pesar del asombroso paralelismo que no dejaba de notar entre Garance de Réault, su madre Leonora y su abuela Giuseppina, se negaba a conceder el menor valor al misticismo de la francesa. Desde hacía meses, el espíritu de Monti estaba velado por una angustia que lo atormentaba, y que aquella larga deriva por el desierto había exacerbado. Cada noche era el último en conciliar el sueño y el primero en despertarse al alba. Como un niño, preguntaba sin cesar cuándo iba a terminar aquel periplo y cuándo llegaría la hora de la acción. Réault no se cansaba de repetirle que tuviera paciencia y le recordaba que era preferible acercarse al Aral con prudencia por los senderos desviados de los nómadas a lanzarse en línea recta por una pista con el riesgo de ser capturados absurdamente por una patrulla soviética. Monti sabía que eso era cierto, desde luego, y no estaba tan loco como para contradecir a la francesa. Sin embargo, su malestar iba en aumento a medida que pasaban los días.

Llegó un momento en que incluso temía cerrar los párpados. Ningún pensamiento era lo bastante poderoso para distraerle del recuerdo de la noche pasada en el cabaret Flanders cuando, reducido a un estado de títere, había sido obligado a unirse a Laüme Galjero y verter su semilla en el vientre de la criatura a la que había jurado aniquilar.

Pero ¿había vivido de verdad aquella noche de horror, o la había soñado? Era incapaz de decirlo. Ciertamente, todos sus sentidos habían quedado marcados al rojo vivo por aquel encuentro; recordaba las luces y las formas que se movían en el bar. Su oído había conservado la huella de las voces y los sonidos. Su piel se estremecía aún por el contacto del cuerpo de Laüme. Recordaba, como si lo estuviera aspirando, el perfume íntimo de la Galjero, y saboreaba aún la suavidad del licor rojo que había tomado en la barra en compañía de Preston Ware y Maddox Green, antes del acoplamiento forzado con la mujer a la que ellos llamaban Isis la Negra, la Gran Diosa a la vez maternal y destructora, virgen y mancillada, de la que creían que Laüme era reencarnación. Su memoria era una esponja de la que goteaban esos recuerdos combatidos durante tanto tiempo. A cada minuto, la barrera mental penosamente erigida para contener el oleaje de aquella pesadilla se agrietaba un poco más.

Cuando atravesaron la frontera de la República de Uzbekistán, Monti ya no estuvo en condiciones de seguir ocultando su estado. Garance ya había advertido su mal humor y su voluntad de aislarse, cada día más patentes. Tewp, por su parte, pensaba que el senador se preocupaba por la suerte de su amigo, al que los rojos mantenían como rehén, o que se inquietaba por Thörun Gärensen, desaparecido semanas atrás y que había dejado tras de sí indicios que señalaban un abandono, en el mejor de los casos, o una traición, en el peor. En realidad, Monti era incapaz de preocuparse de nadie más que de sí mismo, tan grande era su desesperación y tan trastornada estaba su alma.

Una mañana, al despertar, Réault y Tewp descubrieron que el senador había dejado el vivac. Sus huellas, sin embargo, no fueron difíciles de seguir, pues ni siquiera había intentado disimularlas. Lo encontraron varias millas más lejos, cubierto de polvo y arena, ardiendo de fiebre y casi delirante. Le desvistieron, lo lavaron y emplearon los recursos de su botiquín para atenderlo lo mejor que pudieron. La jornada transcurrió así. Por la noche, el siciliano abrió los párpados y pudo incorporarse. Su espíritu se había calmado y su corazón había recuperado un ritmo lento. Las palabras acudían a sus labios de forma natural. Como si se purgara de un maleficio, confió a sus compañeros el secreto de aquella noche en el cabaret Flanders, sin ocultar ni deformar nada de lo que sucedió. Finalizado su relato, Garance lo miró con evidente compasión, pero Tewp permaneció en silencio. Años atrás, cuando aún vivía en la India, había creído que Laüme se había deslizado en su cama una noche y lo había compelido a unirse a ella. Las palabras que había empleado Monti podría haberlas pronunciado él mismo. Las emociones que el don había sentido él también las había conocido. Pero habían pasado muchos años desde entonces y, por fuerte que hubiera sido la visión, casi la había olvidado. Sin embargo, el testimonio del americano había devuelto aquel recuerdo a la superficie, y una gran turbación se pintaba en el rostro del coronel. Garance se dio cuenta y adivinó la verdad.

—Ella también estuvo con usted, ¿no es así, David? —dijo con voz neutra.

—Sí. Durante mucho tiempo quise creer que no había sido más que un delirio nocturno, un sueño espantoso. Pero ahora ya no estoy seguro. Quizá Laüme Galjero se acostó conmigo en realidad.

Ninguno de los tres viajeros pudo conciliar el sueño aquella noche. Demasiadas preguntas habían quedado en el aire. Por la mañana, Tewp arrancó el motor pese a su fatiga y al desánimo que de nuevo se había abatido sobre él. El terreno estaba tan socavado que aquel día apenas avanzaron veinte millas. Quedaron bloqueados dos veces y se esforzaron durante horas para librar las ruedas de una arena tan fina que se colaba entre los dedos como si fuera líquida; pero por la noche, encontraron al fin al hombre que Garance de Réault buscaba en aquellas inmensas extensiones.

EL PRISIONERO DEL MAR VACÍO

Había ocurrido treinta años atrás. Casi once mil días. Más de doscientas sesenta mil horas... Y, sin embargo, ni un solo detalle se había borrado de la memoria de Garance de Réault. La francesa ya no era una joven por aquel entonces; estaba exactamente en la mitad de su vida. Justo antes de pasar a «la otra vertiente de la colina», como dicen los anglosajones, o quizá justo después. Garance recordaba ese pasaje del punto sin retorno; no había sentido temor, ni pánico ni abatimiento, sino una ligereza, incluso una liberación repentina: «Ahora lo más difícil está hecho, muchacha —se había dicho—. La vida ya no puede quitarme nada, porque descendo directamente hacia la tumba». Y no era una constatación del fracaso o una expresión de amargura, sino un sentimiento nuevo de libertad, una segunda infancia donde todo —sí, todo— volvía a ser posible.

Al final de la Primera Guerra Mundial, Garance se encontraba al abrigo de la agitación del mundo. Reclusa voluntaria en un monasterio de lamas de las altiplanicies tibetanas, no sabía nada de la suerte de los ejércitos franceses o ingleses que se batían en las trincheras contra la Alemania del emperador Guillermo, ni del naufragio de Rusia en Moscú o en Ekaterimburgo. Sus ojos solamente veían la cadena de montañas y, abajo, los valles verdes por donde corrían ríos cantarines. Su espíritu estaba henchido de belleza y sabiduría. Sin embargo, una sombra oscurecía sus pensamientos, una sombra íntima y secreta, que un hombre no podría comprender. Cada vez más a menudo, a veces sin darse cuenta, se pasaba la mano por el vientre y lamentaba que no hubiera dado fruto. «He vivido bien —pensaba—, y quiero seguir viviendo. Pero para conocerlo todo, es preciso que sea madre...». Reunió su exiguo equipaje, se puso su gruesa chaqueta de piel, ató los calentadores alrededor de sus piernas y volvió entre los hombres. «¿Qué clase de hijo quiero?», se preguntaba mientras caminaba sola, con un revólver pasado bajo el cinturón, a lo largo de las sendas pedregosas. «Sí, ¿qué clase de hijo?». Porque estaba segura de que traería al mundo un varón. Un lama se lo predijo un día, y ella lo había visto muchas veces en sueños... «Quiero un hijo grande y hermoso. Sobre todo, un hijo libre...».

Garance no regresó a Occidente a buscar un compañero de su raza. Se dirigió a los desiertos y las estepas, donde sabía que su hijo podría crecer sin conocer fronteras, y marchar sin bajar nunca del caballo. Caminó mucho tiempo. Encontró hombres robustos y sanos que le gustaban y a los que habría podido seducir fácilmente; pero en cada ocasión, renunciaba y seguía su camino. Un día muy frío y seco, llegó a un inmenso desierto donde el suelo llano brillaba bajo el sol como un espejo. Allí vivía una tribu que parecía salida de la época de la Horda de Oro, compuesta por caballeros de gastadas botas de cuero, túnicas de seda rasgadas y

guantes forrados sobre los que venían a posarse halcones de caza. ¿Eran los únicos supervivientes del imperio jázaro? ¿Los descendientes de los príncipes paganos barridos por los ejércitos del Profeta? ¿O una mezcla de todos esos pueblos que, desde Samarcanda hasta las planicies de Tartaria, habían dominado el mundo en otros tiempos y que no eran ya más que pastores sin otras riquezas que sus recuerdos y su orgullo? «Quiero un hijo de un hombre así», se dijo Garance. Avanzó sin miedo hacia ellos y les dejó ver que era bella. El jefe de los nómadas la tomó en sus brazos y la poseyó tiernamente. En algunos encuentros, le dio el fruto que ella esperaba. Se quedó nueve meses en la tribu sin que le hicieran preguntas, sin que la maltrataran. Su vientre se redondeaba y ella era feliz. Al fin, cuando sintió que se acercaba la hora del alumbramiento, encontró un hermoso árbol cuyas raíces se hundían en el curso de un torrente. Se acercó al tronco rugoso, se acuclilló en las aguas y dejó salir al niño. Era un hijo. Ella lo presentó al viento y a la tierra, al agua y al fuego del sol, y lo llamó Pahlavon, que significa «bravo» en la antigua lengua de los persas. La noche misma de su llegada al mundo, puso al bebé en brazos de su padre, Botirlik. Le susurró a la oreja el nombre que había elegido para el niño y partió para no volver. Había creado una vida y era la más feliz de las mujeres.

Botirlik ya no tenía ni un diente; su cabellera espesa había raleado al viento de treinta primaveras, hasta el punto de que se veía su cráneo rosado por debajo. Pero Garance lo encontró aún lleno de nobleza. Desde que la pata de un oso le había roto la espalda durante una batida, ya no era el jefe de su tribu, pero conservaba intactas la memoria y la sabiduría. Con las piernas paralizadas, pasaba los días fumando tabaco negro sentado en una silla horadada colocada sobre una apestosa letrina. Incluso al aire libre, el olor que envolvía al viejo era difícilmente soportable. El coronel David Tewp y el senador Lewis Monti dejaron que Garance conversara con él, pensando que aquel anciano era una baliza más que los enviaría al día siguiente hacia una nueva etapa, siempre más lejos y más adentro del desierto. Pero cuando vieron a todos los hombres de la tribu reunirse en torno al enfermo, y que este último les hablaba como si fueran niños, presintieron que, quizá, la monotonía de su periplo tocaría a su fin. Después de interminables palabras que escuchó sin intervenir ni una vez, la francesa se reunió con ellos, acompañada de un tipo extraño, de ojos azules y nariz recta.

—No sé cómo decírselo —empezó Garance—. Seguramente me juzgarán mal, ¡sobre todo usted, señor Tewp! De buena gana les hubiera contado una mentira, pero ahora no es prioritario mantener las apariencias. Así que... éste es Pahlavon —dijo refiriéndose al nombre que estaba a su lado—. Es mi único hijo y, piensen de mí lo que quieran, no lo había vuelto a ver desde el día en que nació.

Tewp frunció el ceño y Monti enarcó las cejas. Aunque querían comentar la noticia apenas lograron farfullar algunas palabras entrecortadas, sin continuidad. Garance lo encontró divertido.

—Puesto que parece haber unanimidad en cuanto a la futilidad de esta información, ahora ya puedo darles la buena noticia.

—¿Qué buena noticia, madame? —preguntó Tewp, que se debatía entre reprender a la vieja dama o compadecerla.

—Pahlavon es un buen hijo. Acepta guiarnos lo más cerca posible de nuestro objetivo.

—¿Conoce el emplazamiento del campo? —intervino Monti—. ¿Aún está muy lejos?

—Cinco o seis días, según explica. Pero a partir de ahora tendremos que extremar la prudencia. Los soviéticos patrullan más por esta región que por el resto del país. Las orillas del Aral se han convertido en una zona estratégica desde el advenimiento de su sabio loco.

Tewp y Monti no pasaron por alto la mención. Los dos sabían que, en el Kremlin, Stalin había dado carta blanca a un científico agrónomo iluminado llamado Lysenko para llevar a cabo gigantescos experimentos agrícolas, destinados a producir patatas a partir del trigo, tomates a partir de alfalfa, y hacer crecer cultivos en pleno desierto de guijarros. Esos proyectos faraónicos demenciales necesitaban ingentes cantidades de agua, por lo que decenas de millares de prisioneros cavaban desde hacía años canales en las orillas del mar interior con el fin de irrigar tierras baldías y alejadas a menudo varios cientos de kilómetros.

—¿Y cuando estemos cerca del campo? —preguntó Tewp—. ¿Tiene su hijo alguna idea para ayudarnos a liberar a Nuwas?

—Cada cosa a su tiempo, coronel. Partiremos mañana en línea recta, y esto ya es un gran avance.

El viaje a bordo del vehículo militar duró, en efecto, cinco días. Silencioso, el hombre no osaba volver los ojos hacia su madre con demasiada frecuencia, no por temor o resentimiento, sino sobre todo por respeto. Cuando, aún muy joven, le preguntaba a su padre sobre la identidad de quien le había dado la vida, Botirlik le contaba que un día había aparecido en el horizonte una pequeña mujer de ojos claros y piel muy blanca bajo las manchas de hierba que salpicaban sus mejillas y su frente. Ella se le había entregado, y le había dado un hijo antes de partir para no volver jamás. «Creo que era una especie de *parí* —le dijo su padre—, un hada. Y tú, Pahlavon, eres un niño-hada...». Entonces, Botirlik ponía al pequeño delante de él en su caballo y ambos galopaban riendo hasta que el cielo estallaba en un millón de estrellas.

Hacía mucho tiempo que Pahlavon había dejado de ser un niño, pero seguía creyendo que su madre no era una mujer como las demás. Aunque la había conocido vieja y enferma, con el cuerpo encogido y los cabellos blancos, se sentía orgulloso de haber salido de ella. En el vivac nocturno, no encendían fuego por temor a ser descubiertos. Mientras que el bochorno del día era pesado, por la noche reinaba un

frío glacial. Aunque dormía envuelta en tres mantas, Garance temblaba sin cesar. Pahlavon se tendía entonces a su lado y la apoyaba contra su vientre para que entrara en calor.

Un amanecer, mientras los demás estaban cargando el coche, la francesa tomó unos puntos de referencia y cavó un hoyo a unas decenas de metros de la pista, donde depositó su saco lleno de oro y piedras preciosas. No sin malicia, también guardó las dos últimas botellas de vino Nuits-Saint-Georges que había comprado en París a un comerciante del pabellón Baltard, la noche en que Tewp había ido a buscarla. Al final de una larga meseta de tierra agrietada comenzaba una pista, un delgado tajo de ruta definido por dos bandas claras dejadas por el paso regular de vehículos a motor.

—Los soviéticos patrullan por esta zona dos veces al día —explicó Pahlavon—. Una vez en un sentido, por la mañana, y en sentido contrario por la noche. Al final de esta vía, a cinco horas de ruta, está el campo que buscan.

—Muy bien —dijo Tewp cuando Garance tradujo las palabras del joven—. ¿Y ahora? ¿Quién puede decirme lo que se supone que vamos a hacer? ¿Monti? Usted nos ha precipitado en esta historia. Espero que haya pensado alguna solución.

—Primero terminemos este último tramo. Después se lo diré.

Tewp suspiró y volvió a poner el vehículo en marcha. Después de dos horas de dar tumbos sobre las piedras, Monti vio de pronto una nube de polvo que crecía detrás de ellos.

—Vamos a tener compañía —dijo mientras sacaba su automática de la axila y montaba un cartucho en el arma—. ¡Acelere Tewp!

Tras dar un vistazo inquieto al retrovisor, el coronel puso la marcha más larga, pero el vehículo no era lo bastante rápido para distanciarse de sus perseguidores. Pronto, dos autoametralladoras, más veloces que su coche a pesar del pesado blindaje, los flanquearon y los obligaron a detenerse. Resistirse habría sido una estupidez: con sus cañones dobles montados en las torretas, habrían destrozado el vehículo y a sus ocupantes en cuestión de segundos.

Tres soldados, a las órdenes de un suboficial, salieron del habitáculo y los amenazaron con sus armas. Réault hablaba un ruso excelente, y entabló unas negociaciones de las que Tewp no entendió gran cosa. Aunque había trabajado con los soviéticos en 1944 y 1945 para recuperar a los soldados hindúes enrolados por la fuerza en las tropas alemanas, apenas tenía un vago recuerdo de expresiones idiomáticas sin interés. De aquella conversación sólo captaba las interjecciones.

—Estos señores quieren registrar el coche —les explicó Garance—. Déjenles hacer y todo irá bien. Creo que vamos por buen camino.

Alineados contra la chapa de uno de los blindados, Tewp, Monti y Pahlavon, con las manos en la nuca, esperaron a que los soldados saquearan el vehículo. Mantas, provisiones, utensilios, los soviéticos se apoderaron de todos los pertrechos de los viajeros y confiscaron sus armas. Con el corazón en un puño, el coronel Tewp vio como su fiel Webley se alojaba bajo el cinturón de un sargento gordo, mientras que

Monti fue despojado de su automática y Réault de sus dos Colt US Marine, de todos modos demasiado pesados para ella. También requisaron el largo puñal curvo de Pahlavon.

—¿A esto le llama usted ir «por buen camino», señora? —ironizó Monti en un murmullo—. ¡Me pregunto qué sucederá cuando le parezca que vamos mal!

Pero Garance se limitó a sonreír antes de pronunciar una frase en ruso. Una frase cuyo tono era el de una orden, no el de una súplica. Como si la obedecieran, los soldados empezaron a desmontar el asiento trasero del vehículo. Descubrieron, dentro de un triple envoltorio de papel de periódico, dos pequeños lingotes de oro pulido con el cuño del Banco de Francia y un diamante lo bastante grande como para suscitar el deseo de poseer otros parecidos. Entre risas y exclamaciones de alegría, los lingotes pasaron de mano en mano, pero la piedra se quedó en el bolsillo del suboficial. Este, un hombre de talla mediana con las mejillas hinchadas y el labio hendido, se acercó a Garance para iniciar, ahora en un tono confidencial, una nueva charla. Después de tres o cuatro minutos de diálogo durante los cuales el hombre se llevó más de una vez las manos a la cabeza de manera teatral, pareció rendirse por fin a los argumentos de la francesa.

—¿Me equivoco, o la simpática anciana está a punto de enredarlos por todo lo alto? —murmuró Monti al coronel inglés.

—Con ella, todo es posible, senador.

—Prefiero haberla conocido ahora que cuando tenía veinte años —observó Monti—. Debía de ser una chica tremenda.

Pese a la tensión, Tewp no pudo impedir soltar un bufido. Los centinelas que los vigilaban gruñeron para hacerles callar. Pasaron algunos minutos antes de que Garance se reuniera con ellos, ahora apoyada en el brazo del rojo como si ella fuera su abuela.

—Pueden bajar los brazos, señores —dijo con voz un poco trémula—. El trato está cerrado. A partir de ahora no somos prisioneros y guardianes, sino socios.

Apretujados en el estrecho habitáculo de la autoametralladora soviética, Réault, Tewp, Monti y Pahlavon se esforzaban por no sufrir demasiado el repugnante olor a sudor y aceite rancio que reinaba. Sentados frente a ellos, dos soldados les ponían buena cara, pero sus índices no se alejaban mucho del gatillo de las armas atravesadas sobre sus rodillas. Después de una hora larga de trayecto, el vehículo se detuvo y les hicieron descender. Caía la noche. Muy cercanas, más allá de un acantilado de tierra amarilla, flotaban extrañas luces de reflejos danzantes como olas.

—El campo se encuentra un kilómetro más allá de esa duna —le dijo el sargento a Garance—. Les dejaré aquí con un solo hombre. Sé que no podrán huir a pie. No hay adonde ir, y usted es vieja. Aunque sus compañeros la llevaran, no llegaría usted muy lejos. Al amanecer, vendré con el prisionero y usted nos conducirá adonde dice

que ha escondido el resto de su oro. Si nos ha mentado, los liquidaremos a los cinco. Ese es el trato.

—Así es, sargento —aprobó Garance con tanta indiferencia como si se dirigiese a un botones del hotel Crillon.

Los dos blindados de la estrella roja hicieron roncar sus motores y desaparecieron entre las sombras del desierto. Pahlavon cubrió a su madre con su largo abrigo de piel y la tomó en sus brazos. Garance parecía en el paraíso.

—¿Recuerda lo que le dije aquella famosa noche en la que vino a llamar a la puerta de mi casa de París, coronel Tewp?

—¿Qué me dijo usted, madame?

—Le dije que usted había venido a mí porque yo lo había llamado. Yo lo necesitaba, coronel, más de lo que usted me necesitaba a mí. ¿Lo comprende ahora?

Al coronel Tewp se le hizo un nudo en la garganta. Con los ojos clavados en las pupilas de Garance, comprendía en ese momento por qué la anciana había insistido tanto en sumarse al viaje.

—Para la gente como nosotros no existe el azar, Tewp. ¡Jamás!

—El iván acepta dejarnos dar un vistazo desde lo alto de la loma —anunció Monti dándole una palmada en la espalda al coronel Tewp—. Deje de soñar despierto, muchacho, y a la carrera. No querrá perderse esto...

Tewp se puso al paso del americano. En fila india detrás del ruso, subieron al trote hasta lo alto de la duna. Desde allí, cuerpo a tierra, observaron largamente el paisaje que se extendía ante ellos. A dos o trescientos metros, perfectamente visibles bajo los proyectores gigantes que iluminaban la obra mejor que a la luz del día, millares de hombres con casacas grises, picos y palas en mano se ocupaban en cavar canales largos y profundos. De pie sobre pasarelas de hierro, desde miradores y protegidos por kilómetros de alambre espinoso, guardianes armados vigilaban a los prisioneros. Monti, con un signo del mentón, señaló una colosal puerta de acero ajustada como una exclusiva, al fondo de la zanja principal.

—El mar debe de estar justo detrás —susurró—. Cuando hayan terminado los canales, abrirán ese tapón y el Aral se vaciará como una vulgar bañera.

Tewp guardó silencio. Cerrando los ojos, dio gracias al cielo por haberle ahorrado tener que buscar por sí mismo al prisionero Nuwas en el seno de aquel hormiguero humano, en aquel laberinto de campamentos de barracas, casernas, vertederos, terrenos de escombros y terraplenes donde los prisioneros no eran mejor tratados que los esclavos de la antigüedad. De regreso con Garance y Pahlavon, Monti y Tewp contaron lo que habían visto. Al final de su relato, Pahlavon se lanzó a una parrafada que sólo su madre podía comprender.

—A los soviéticos no les gustan los nómadas —tradujo ella—. Los fuerzan a abandonar su modo de vida y a instalarse en las ciudades que construyen para ellos. Si se niegan, los enrolan a la fuerza, aquí o en otras partes de las obras, o bien los deportan a Siberia como enemigos del Estado.

—¿Por qué la tribu de su hijo no deja estos territorios? —preguntó Tewp—. La frontera está lejos, pero no es inaccesible.

—Tiene usted toda la razón. Creo que sólo necesitan el impulso de una mujer de carácter...

Nadie del grupo durmió aquella noche. Al alba, Garance vio que Tewp cerraba los ojos y empezaba a adormecerse.

—¿Cuál es su paisaje preferido? —le preguntó ella al oído.

—El campo inglés en el mes de abril.

—¿Tiene un buen recuerdo de la comida que celebramos juntos en Les Halles?

—Excelente —respondió él, esbozando una sonrisa involuntaria.

—¿Y qué piensa usted de David Tewp?

—David Tewp es alguien que hace lo que puede, madame.

Ella suspiró aliviada.

—¡En fin! Veo que va progresando, monsieur Tewp.

Sus camaradas le habían dejado al soldado de guardia un bidón de café frío, tres limones y un fondo de botella de vodka. El iván guardó para sí el alcohol y les dejó los demás productos a los tres occidentales y el nómada. Monti se terminaba su cubilete de café con una mueca, cuando resonó el ruido de un motor. Según lo prometido, era la patrulla que venía a su encuentro. Una vez que la gran autoametralladora se hubo detenido, el sargento saltó a tierra e hizo descender a un hombre. Iba vestido de gris como los demás prisioneros, era alto y entrado en años. Largos cabellos grises y sucios enmarcaban su rostro demacrado. Su barba de varios meses, hirsuta, enredada, completaba su aspecto de mendigo o de loco. En sus ojos apenas brillaba una débil chispa.

—Os traigo al hombre al que buscaban —alardeó el sargento dirigiéndose a Garance—. Ahora, llévenos hasta el tesoro.

—¿Quién es usted? —le preguntó en inglés la vieja dama francesa al prisionero.

Pero el hombre no reaccionó. Ella repitió la pregunta en persa y después en ruso.

—Mi nombre es Nuwas —respondió entonces el hombre con voz insegura.

—¿Conoce a un tal Gabor Galjero? —preguntó la vieja dama, cambiando el nombre a propósito.

—¿Gabor? No. Pero conocí a un Dalibor Galjero. Lo conocí bien. ¿Es él quien les envía?

—En cierto modo —replicó Garance—. Creo que, en efecto, se trata de nuestro hombre, caballeros —les dijo a Tewp y a Monti—. Procedamos ahora a la retribución de los señores soldados.

—¿Cómo puede estar segura de que no nos liquidarán después de poner la mano sobre su oro, madame? —le susurró Monti a Garance cuando se hubieron instalado en el blindado.

—Si se vuelven amenazadores, lo dejo en sus manos, senador. Después de todo, usted es un hombre de acción.

El trayecto hasta el lugar donde Garance había ocultado sus lingotes y sus piedras fue penoso y agotador. Los guardias, ansiosos por apoderarse de la fortuna que les habían prometido, estaban extremadamente nerviosos. Tewp no apartaba los ojos de Nuwas. Encogido en el suelo del vehículo, el hombre parecía al borde del agotamiento. ¿Cuánto tiempo había estado prisionero de los soviéticos? ¿Diez, quince años? Quizá más... El inglés habría deseado hacerle mil preguntas. ¿Era de verdad quien pretendía ser? ¿Había combatido contra las legiones romanas? ¿Había pasado todos esos siglos dominando a *la frawarti* unida a sus pasos? ¿Había sido, en fin, el maestro de Dalibor Galjero? Pese a todo lo que había constatado con sus propios ojos, la razón de Tewp se resolvía a admitir la autenticidad de esa historia. Cruzado de brazos, con los párpados cerrados, dejó vagar su espíritu hacia otros horizontes. Un rostro se dibujó en sus pensamientos, el de una mujer, Perry Maresfield. Volvió a verse con ella, en el espigón de Brighton, escuchando el rumor de las olas. Eso le hizo bien... Garance le dio un codazo en el costado para sacarlo de su ensueño.

—Vamos, muchacho, ya hemos llegado. Espabile, la cosa puede ponerse peligrosa.

Cuando Tewp salió del vehículo, ella estaba indicando a los soldados el lugar exacto en el que había enterrado su oro. El sargento estaba tan ansioso por desenterrar el botín, que él mismo tomó una pala para cavar con sus hombres hasta que sacaron a la luz el codiciado botín.

—Llegó el momento de la verdad —dijo Monti—. O nos vuelven a meter en nuestro cacharro y nos dejan marchar, o nos fusilan aquí mismo, y no sé cómo impedirselo.

Profiriendo gritos de triunfo, los rusos saltaban de alegría como chiquillos. Mientras disparaban al aire para manifestar su alegría, rompieron los golletes de las dos botellas de borgoña, que vaciaron en pocos tragos, indiferentes al horrible sabor a vinagre que había adquirido el caldo agitado sin contemplaciones durante semanas en el corazón de aquel desierto de Asia central.

—Los ivanes tienen estómago —masculló Monti.

—Eso es precisamente lo que vamos a ver, senador —respondió Garance con aire misterioso—. Manténgase alerta.

El sargento regresaba junto a ellos, riéndose aún de la buena fortuna que le había llevado a cruzarse con aquellos idiotas occidentales. Se disponía a montar su automática para eliminarlos a ellos, a su guía y a su andrajoso prisionero, cuando un violento retortijón en el estómago lo obligó a doblarse. Atacado de vómitos, cayó entre temblores. Enloquecidos, sus hombres quisieron llevarlo al vehículo, pero la epidemia se extendía entre ellos de manera fulminante. Al comprender que el vino estaba envenenado y que habían firmado su sentencia de muerte al primer trago, uno de ellos tuvo energía suficiente para apuntar a Garance con su arma, pero Pahlavon

saltó como un lobo, lo desarmó y le rompió la nuca con una llave muy diestra. Monti se apoderó del arma del soldado y, de forma metódica, les dio el golpe de gracia a todos sus camaradas, que agonizaban entre atroces dolores.

—He aquí que nos hemos librado de un serio problema —dijo Garance, manifiestamente satisfecha de su pequeño ardid—. Ahora sólo nos queda regresar.

—¡Señora...! —exclamó Tewp, incrédulo—. ¡Ha inyectado veneno en las botellas!

—Sí, coronel. Una pequeña mezcla explosiva y muy personal de cianuro y curare. Conozco la naturaleza humana, figúrese, y ya había dado este golpe en 1915 en Manchuria. Pero en aquella ocasión fue con una botella de Saint Estephe, creo recordar. No importa, también cumplió su cometido.

Monti elevó los ojos al cielo y se echó a reír.

—¡Estas francesas! —exclamó.

Sin embargo, cuando ya habían recuperado el oro y las piedras, un nuevo ruido de motores rugió sobre la pista. A juzgar por el estrépito, se trataba de un convoy de varios vehículos rápidos. Bajo sus máscaras de polvo, todos palidecieron de repente.

—¿Le queda curare, madame? —ironizó Monti.

—Ni una gota, senador...

—Entonces, tendremos que prepararnos para acabar nuestras vidas cavando un canal para vaciar el Aral.

Tewp recogió un arma y se puso en posición detrás de la autoametralladora.

—Eso es una locura, coronel —dijo el americano—. Frente a lo que se nos viene encima no resistiríamos ni tres minutos. Será mejor que nos rindamos. Siempre encontraremos un modo de negociar.

Pese a la insistencia de Monti, Tewp no se movió de su sitio. Aguardó con paciencia a que se acercara la fila de cinco vehículos que avanzaba directamente hacia ellos. El primero era un Mercedes civil negro, cubierto de polvo; un banderín de la Unión Soviética flotaba en su calandra. La puerta de atrás se abrió y, apoyándose en un bastón, salió un hombre elegante con traje claro.

—¡Tewp! ¡No dispare, por Dios! —gritó Monti, que acababa de reconocer a Wolf Messing.

A la sombra de un toldo caqui levantado a toda prisa por soldados impecablemente uniformados, Wolf Messing empezó a desentumecerse. Recluido desde hacía once días en una habitación de oficial del campo de prisioneros, había estado esperando con impaciencia a que Monti se manifestara por fin.

—Ha conseguido organizar un selecto equipo, senador —le confesó al americano mientras, para darle un toque de dandismo a su claudicación, hacía girar entre sus dedos el bastón con puño de plata que se había regalado—. Presénteme a sus compañeros, ¿quiere?

Lewis pronunció algunas palabras sobre cada uno de ellos, omitiendo, desde luego, la pertenencia de David Tewp a los servicios de inteligencia británicos.

—Compañía poco numerosa pero muy internacional —observó Messing, después de saludar con cortesía a cada cual—. Debo admitir, Monti, que las cosas no se han desarrollado exactamente como había previsto; no obstante, la situación se ha resuelto al final. La oficial superior a cargo del caso Galjero acepta validar el acuerdo privado que cerramos en Moscú. Eso me ha costado muy caro, pero lo dicho, dicho está: puesto que ya tienen a su Nuwas, el señor Lemona les será devuelto ahora mismo.

Messing chasqueó los dedos para llamar la atención del teniente, que permanecía rígido detrás de él. Minutos más tarde, el aludido regresó en compañía de un *Bubble* Lemona un poco más delgado, pero en buena salud.

—Mis hombres les escoltarán hasta la frontera. Cuanto antes dejen el territorio de la Unión Soviética, mejor para todos. Por mi parte, regreso a Moscú. Con un poco de suerte, estaré allí mañana. Dalibor Galjero será advertido de que ya no tenemos en nuestro poder al hombre al que busca. Lo llevaremos a la frontera de cualquier país del Oeste. Creo que lo tendrán pisándoles los talones muy pronto, pero no quiero saber nada de lo que ocurra entre ustedes. Me atrevo a esperar que encontrarán ustedes el medio de eliminar a mi competidor.

—Es usted honrado, Messing —reconoció Monti—. Esta fea historia podía haber acabado peor. Mucho peor.

—Soy honrado hasta cierto punto —puntualizó el hipnotizador—. Mis hombres han reparado en ciertos lingotes de oro y algunas bonitas piedras preciosas que están en su poder. ¿Podría considerarlas un obsequio? Para subrayar su contribución a la causa revolucionaria, desde luego...

—Sería lo menos que podríamos hacer, en efecto —admitió Monti con una sonrisa torcida.

En su apartamento del bulevar Petrovski, Grusha Alantova se dejaba mordisquear los antebrazos por sus tres gatitos juguetones.

—Absténgase de fumar sus repugnantes cigarrillos rubios, Messing. ¡El humo irrita los ojos de mis gatos!

Apenas dos horas después de su regreso a Moscú, Wolf Messing había acudido enseguida a informar a la camarada general. Aplastó su Benson & Hedges en el cenicero a regañadientes y se guardó de hacer el comentario cáustico que le venía a la mente. Convenía mantener unas relaciones distendidas con Alantova, después de que ella le hubiera disparado un balazo en la rodilla y hubiera estado a punto de denunciarlo como traidor.

—No ponga esa cara, Messing. Aún me guarda rencor por esa ridícula herida, ¿verdad? No debería hacerlo. Cojea usted a la perfección. Tome ejemplo de

Talleyrand y de Byron, eso no les impidió ser grandes seductores... todo lo contrario. Mejor cuénteme cómo se ha desarrollado nuestro pequeño arreglo. ¿Todo ha ido bien con los extranjeros?

—Estos diez días en ese campo con Nuwas sometido a vigilancia han sido un infierno para mí. Pero aparte de eso, sí, todo ha ido bien. Ya podemos soltar a la fiera. Galjero se pondrá ciego de cólera cuando sepa que ya no tenemos a su querido Nuwas. Tanto peor... ¿Se arrepiente de haber elegido deshacerse de él?

Alantova abandonó su sillón para colocar en su cesto uno por uno a los gatitos y se dirigió a lavarse las manos en el fregadero de metal.

—Me he pasado la vida echando tierra sobre asuntos desagradables, camarada. Después de todo, quizá sea ése mi verdadero oficio. Galjero es una aberración de la naturaleza, y su Laüme un monstruo peor aún. Si pueden caer en manos de gente decidida a suprimirlos, creo que la humanidad entera saldrá ganando.

Messing sonrió y se llevó a los labios un cigarrillo que no encendió.

—En suma, usted y yo vendríamos a ser los Sancho Panza de esos quijotes occidentales. Les ayudamos, pero sin ponernos en primera línea.

—No sé si la imagen es pertinente, Messing, pero me gusta bastante. Después de todo, Sancho Panza resulta más bien simpático, ¿no cree?

Y mientras Messing se acodaba un instante en el balcón para encender su cigarrillo, pensando en lo que haría con los diamantes de Garance, la general Alantova abrió la puerta de su gran estufa de metal para echar dentro una tras otra, sin el menor remordimiento, las tres cintas magnetofónicas en las que estaba grabada la declaración de Dalibor Galjero.

TERCER LIBRO DE DALIBOR GALJERO

EL OJEADOR

El New York Times del ir de noviembre de 1918 estaba caliente entre mis manos. La primera página me consternó. Por mucho que me hubiera preparado desde hacía meses para la victoria de los aliados, la noticia de la capitulación alemana me llenaba de una tristeza semejante a la que había sentido cuando la caída de Richmond y la de Johannesburgo. Tendida junto a mí, su negligé de seda abierto descuidadamente como un telón de teatro sobre la esplendorosa desnudez de su pecho, Laüme no parecía demasiado afectada por la situación. Fumaba un fino cigarrillo en una larga boquilla de concha, y expresaba su aburrimiento mediante largos suspiros y miradas llenas de reproches.

—Me ignoras, Dalibor —dijo—. No te dejes distraer por la mala propaganda de los vencedores de hoy. Mañana será otro día, y la rueda girará. Deja eso, y ven a enseñarme cómo se hincha tu bonito bálano.

Pero yo no estaba de humor. La indiferencia que opuse a sus caricias suscitó en ella una llamarada de cólera.

—Si hoy no quieres nada de mí, ya sabes que dispongo de otros amantes...

—Lo sé —respondí con frialdad—. Llámalos si quieres. Se alegrarán de festejar su victoria mojando tu cama. ¿O quieres que vaya yo mismo a buscarte carne un poco más sazónada?

Desde mi regreso de Tsarkoie Selo, Laüme y yo llevábamos una vida muy libre. Habíamos vuelto a ser amantes, pero nuestra relación no tenía nada de exclusiva. Al contrario. Vivíamos uno junto al otro, a veces con ternura, a veces con deseo, pero ya sin amor.

Ella tenía sus secretos y yo los míos. Sin embargo, yo adivinaba que ella persistía en su afán por fabricarse un vientre de mujer y que la maternidad aún era un objetivo para ella. Yo era consciente de que sus amantes no representaban simples placeres venéreos que se concedía para distraerse. Buscaba entre ellos un semental capaz de fecundar su extraña fisiología, y su consumo de hombres era consecuente con sus fines. Por mi parte, hacía tiempo que los celos me habían abandonado. Todo aquello incluso me divertía. Sentía curiosidad al ver hasta dónde llegaban a rebajarse hombres poderosos por merecer sus favores. Como su belleza, su encanto, su misterio, convertían en perrillos falderos a inflexibles magnates que, sin embargo, dirigían con mano de hierro fábricas a menudo más vastas que ciudades, bancas más ricas que antiguas naciones, empresas más influyentes que iglesias. Yo disfrutaba del espectáculo de sus esperanzas siempre postergadas, de sus sufrimientos y de su decadencia, semejante a una muerte lenta. Me gustaba la manera en que Laüme los humillaba sin darles nada a cambio, ni el menor beso, ni la más pequeña parcela de su piel ofrecida a la contemplación de sus ojos ávidos, a la impaciencia de sus dedos.

Pero me gustaba también ver como era capaz de prostituirse por medio dólar a los desocupados que pululaban por los muelles o en el barrio de los mataderos. Como atraía a aquellos andrajosos a infames callejones y les dejaba saciarse de los esplendores de su cuerpo hasta la histeria. Igual que en otro tiempo había contemplado a Flora Ieloni tendida debajo de Forasco, igual que había visto a Laüme abandonarse a Fabres-Dumaucourt, me gustaba ser testigo de estas escenas. Eso me procuraba un placer turbulento, malsano, un puro placer de mirón, pero un placer de todos modos. Permanecía allí, oculto en la sombra, mirando cómo se entregaba de la manera más brutal a grupos de tres o cuatro tipos elegidos por ella, azorados, violentos, aturdidos de placer... Entonces iba a por ellos y les rajaba la garganta con mi cuchillo. No por una crueldad patológica o a causa de un orgullo herido, no. Mi gesto, creo yo, era de pura caridad y, en el relámpago de su agonía, interpreté que muchos de ellos lo comprendían. Porque, ¿cómo vivir después de haber gozado de Laüme, si no se podía aspirar a su amor eterno? ¿Cómo soportar el haber experimentado la emoción erótica más intensa que existe, sabiendo que nunca más se podrá gozar de ella? Para el común de los mortales, no quedaba otro consuelo que el tránsito para compensar esa nostalgia infinita.

Los cadáveres arrojados al río, los bolsillos lastrados con piedras, flotaban un instante antes de hundirse a plomo. Laüme y yo, jugando como chiquillos, reíamos mientras les tirábamos piedras para que se hundieran más deprisa. Volvíamos enseguida a nuestra casa, cerca de Central Park. Mientras yo conducía, Laüme se tendía en el asiento de atrás y se friccionaba con coñac o con *gin* para que desaparecieran de su piel olores y manchas. Otras veces, cuando ella no quería desplazarse, era yo el que hacía el papel de alcahuete e iba a buscarle parejas. Un fotógrafo, retribuido como un artista del Renacimiento, había realizado varias series de fotografías de Laüme desnuda. Un juego de clichés la mostraba voluptuosa y traviesa, sentada en un gran sillón cerca de una ventana abierta. Una segunda serie la presentaba más provocativa, expectante en su cama. Había otras, más explícitas todavía. Ojeador de una extraña caza, por la noche me lanzaba al azar de las calles a mostrar estas imágenes a los que me parecían adecuados a los gustos del hada. Los incitaba con facilidad gracias a esta primera visión, y los llevaba a su habitación, ya fueran marinos de permiso, ya honorables padres de familia o gallitos italianos de Brooklyn o de Hell's Kitchen. Como los amantes de Dahut, la princesa de Ys, todos acababan degollados por mi arma al amanecer.

Sin embargo, no todos aquellos a los que Laüme quería ofrecerse tenían un final trágico. Las compañeras con las que se entregaba al tribadismo eran casi siempre jóvenes de la alta sociedad de la costa Este. Laüme las disfrutaba y después me las ofrecía y observaba a su vez cómo yo hacía gozar a las hijas de los yanquis. Esas muertes y esas orgías eran la leña con las que yo alimentaba las llamas de mi longevidad. Matar a los sementales de Laüme y poseer a sus compañeras me daban la fuerza para rechazar las sombras que rondaban a mi alrededor. También impedía que

mis cabellos blanquearan y que mi piel se marchitase. Laüme lo ignoraba, era mi secreto. Pero las necesidades iban en aumento y yo sabía que la espiral sería imposible de controlar. Pronto, en algunos años, esta solución perdería eficacia y me obligaría a actuar. Pero aún no había llegado el momento.

El mal humor en que me había sumido la noticia de la claudicación alemana duró varios días. Laüme optó por distraerse con algunos amantes pasajeros que escogía ella misma entre su rebaño de cortesanos afortunados. Era evidente que algunos de aquellos payasos, demasiado conocidos para que yo los matara al final de sus sesiones, no daban la talla para fecundar al hada. La ciudad vivía un estado de júbilo. La victoria se celebraba por todas partes. Banderas estrelladas colgaban en todos los balcones y desfiles incesantes con trompetas y tambores resonaban en los muros de mi habitación. Llegó 1919, después 1920. Seguíamos viviendo en Nueva York. Laüme se encontraba a gusto, pero yo echaba de menos Europa. También me inquietaba la suerte de Nuwas... Lo había dejado en San Petersburgo bajo los buenos cuidados de Yusúpov sólo unos meses antes de que estallara la revolución bolchevique. ¿Qué habría sido de él? ¿Habría podido abandonar el país antes de la insurrección? ¿O se habría visto arrojado en medio de la tormenta sin poder escapar? Lo ignoraba. En vano, intenté desarrollar mis poderes de vidente, pero ese potencial jamás se manifestó en mí, lo mismo que se me negaba la capacidad de necromancia que tan bien dominaba Laüme. Así pues, embarqué en un transatlántico y pasé unas semanas estivales en París, donde el ambiente me pareció vulgar, sin nada en común con el que se desplegaba en otros tiempos y que había sido tan de mi agrado. La ciudad había cambiado. A menudo se veía por los bulevares gran número de negros. Con la cabeza erguida, una mirada arrogante que se plantaba en la tuya, se paseaban como si recorrieran la sabana. Eso me disgustaba: incluso en Nueva York, los negros permanecían en sus barrios y no eran tan visibles, no se mezclaban de forma ignominiosa con el resto de la población.

Me refugié algún tiempo en las orillas del Lemán, después fui a pasar largos meses a Venecia. Una tarde me encontré con el heredero Caetano, que estuvo a punto de desmayarse al reconocirme. Por entonces ya era un hombre de edad madura, pero se acordaba perfectamente de nuestro primer encuentro, cuando él no era más que un niño caminando al lado de su padre.

—No ha cambiado usted nada —me dijo con voz trémula—. Ni una arruga en la cara, y su figura no se ha hecho más pesada. ¿Cómo es posible?

Evoqué con medias palabras algunas de las maravillas que había descubierto a lo largo de mis viajes. Eso le hizo entrar en trance. Su fascinación pueril suscitó al mismo tiempo mi piedad y mi regocijo. Me quedé a su lado dos o tres semanas para debatir en profundidad temas de esoterismo, que no había dejado de apasionarle. Pero Caetano no era sólo un sabio que se cultivaba para su exclusivo provecho. Escribía bajo seudónimo en algunas revistas especializadas y era una especie de sol negro en torno al cual gravitaban discípulos e intelectuales interesados en las ciencias ocultas.

La época, por lo demás, era favorable. La desmesura de la Gran Guerra había invalidado en parte la herencia de las Luces y del positivismo, y se buscaban nuevos referentes, nuevos horizontes en todas partes. El bolchevismo captaba las esperanzas de muchos. El ocultismo, a menudo teñido de un orientalismo fácil, fascinaba a no pocos intelectuales exaltados. Caetano y su Areópago sostenían, por su parte, consideraciones políticas cada vez más firmes.

—Nuestro período es propicio al cambio —afirmaba el conde—. Europa debe reencontrar su propia espiritualidad y sus cultos anteriores a la decadencia cristiana. Necesitamos de una revolución no comunista, y en primer lugar religiosa, la única que nos permitirá refundar el Imperio.

Porque Caetano, como un puñado de otros en Italia, en Alemania y hasta en Francia, soñaba entonces con una transformación cultural de gran calado.

—La cosa es posible —aseguraba el veneciano—. Pero es a nosotros, a los hombres de amplias miras y de saberes profundos, a quien corresponde preparar el advenimiento de esta nueva era. No se hará nada si no incorporamos a artistas y pensadores, profesores y hombres de acción. Hay que convencer. Debemos fortificarnos, impregnarnos, sobre todo, de la importancia vital de nuestra misión para el porvenir de la civilización, y para que ésta no sea arrastrada por la mística de los rojos o por el pragmatismo de los mercaderes de Wall Street. Usted, Galjero, sería un maravilloso portaestandarte de nuestro proyecto.

Sin embargo, por mucho que insistió Caetano, me negué a complacer su petición. Para mí, ponerme a la cabeza de cualquier movimiento quedaba fuera de cuestión. La idea, sin embargo, suscitó mi interés lo suficiente para que aceptara conocer a algunos amigos del conde y leyera los textos de los que eran autores. A la vista de mis experiencias pasadas, yo encontraba numerosas ingenuidades, pero también algunas perspectivas que consideraba pertinentes, así como la exposición de valores que yo compartía de manera instintiva.

En 1921, Laüme vino a reunirse conmigo a orillas de la laguna. Cuando la vio, Caetano se abstuvo de todo comentario, pero yo sentí que presentía la esencia sobrenatural de la criatura que me acompañaba. Sin embargo, el pobre tuvo que resignarse a la ignorancia, ya que, naturalmente, yo no revelé nada de mi verdadera historia. Laüme, en cambio, manifestó un interés real por los temas abordados por el conde.

—Sepa que comparto por entero sus puntos de vista —le dijo al aristócrata—. La guerra que acabamos de atravesar debe servir como preludio a un cambio radical, a una revolución, a la entrada en una nueva civilización. Más fuerte, más dominante. Hace mucho tiempo que acaricio esa esperanza. Quizás al fin se acerque el momento...

Holgazaneamos en Italia hasta que Mussolini accedió al poder. Supimos enseguida

que aquélla era la primera manifestación del cambio por el que hacíamos votos. Caetano y los intelectuales de su entorno manifestaron, como nosotros, una gran simpatía hacia el partido de las camisas negras. Algunos incluso se adhirieron al movimiento, con la esperanza de inspirar directamente la política del Duce. Caetano, por su parte, se guardó de llegar hasta ese extremo. Quería conservar su independencia, aunque sus convicciones se encontraran en perfecta consonancia con las líneas generales del programa fascista. Tras la ascensión al poder de este nuevo gobierno, bastaron algunos meses para constatar que el rostro del país cambiaba en efecto. La economía marchaba mejor. Se trazaban carreteras, se construían viviendas, se desecaban ciénagas, y zonas agrestes se convertían en cultivables. Italia parecía recuperar la confianza en sí misma, después de siglos de guerras intestinas, de dominaciones extranjeras y de difícil unidad. Laüme y yo nos trasladamos a Roma, donde adquirimos una nueva mansión en el barrio burgués. Gracias a la mediación de un miembro del círculo de Caetano, empezamos a frecuentar los ámbitos del poder y no tardamos en ser presentados a Mussolini en persona. El hombre me impresionó menos de lo que había esperado. En cambio, Laüme pareció experimentar una admiración por él que bastó para que yo sintiera celos.

—Ese tipo te gusta, ¿no es así? —le pregunté al hada la noche de aquella primera entrevista.

—En más grosero, en más «pueblo», este hombre me recuerda a César Borgia, lo reconozco. Está lleno de la misma fuerza vital. Algo de lo que tú careces en ocasiones, como muy bien sabes.

Guardé silencio, pero su observación me hirió hasta el punto de provocarme un sordo rencor que rumié durante un nuevo viaje en solitario. Mientras Laüme se quedaba en Roma con sus amigos, yo me dirigí a la Europa central. Pasando por Trieste llegué primero a Liubliana, después a Maribor y a Budapest, antes de cruzar la frontera de mi país natal por primera vez desde hacía un siglo. En Bucarest, tuve la absurda idea de dejar que mis pasos me llevaran a los lugares donde había transcurrido mi infancia. El recinto de nuestra casa ya no era más que un campo de piedras y escombros que asomaban a ras del suelo. Un incendio, provocado o accidental, lo había destruido todo hacía mucho tiempo. A pesar de los años infelices que había pasado allí y del drama que había ocurrido, sentí una profunda tristeza. Una oleada de recuerdos me invadió y tuve ganas de llorar. Por la noche, para ahuyentar aquella congoja, me embriagué con alcohol fuerte en el café Capsa en compañía de cinco o seis muchachas que acudieron atraídas por mis aires de príncipe y libertino espléndido. Después, hice instalar en la mejor *suite* del palacio donde me alojaba dos grandes camas para que todas mis amantes se acostaran juntas conmigo.

En Rumania, como en numerosos países de la región, el fascismo italiano servía de ejemplo a muchos pequeños partidos sedientos de poder. No sé cómo, pero la noticia de mi presencia se extendió pronto por la ciudad. Se supo que venía de Roma. Pedían conocerme; acepté invitaciones sin saber en realidad de quién procedían. El

portero del hotel era mi mejor informador: en pocas frases bien formuladas bosquejaba el retrato de cada interlocutor que venía a hablar conmigo del futuro del país. Conocí así a socialistas y liberales, monárquicos y demócratas, reaccionarios y revolucionarios. Unos me eran más simpáticos que otros pero, al final, lo único que les interesaba a todos ellos era mi dinero. Me negué a patrocinar explícitamente ninguna causa. Hacía mucho tiempo que todo sentimiento patriótico me había abandonado. No hubiera tenido sentido que interviniese abiertamente en la política; los sueños de poder y las intrigas se los dejaba a Laüme. Por mi parte, prefería proseguir con mi existencia despreocupada de viajero, de contemplativo y de vividor. Volví a ocupar por un tiempo mi palacio de Estambul y después pasé un año entero en la India, en la casa de Shapur Street, sin abrir un periódico, sin preocuparme de la marcha del mundo, limitándome a leer, soñar, errar de ciudad en ciudad, conducir automóviles de lujo a toda velocidad y acariciar a bellas indígenas...

De vez en cuando, escogía una víctima a la que torturaba largamente en la *stupa* de mi parque, a fin de contener los avances de la vejez. Y después —debió de ser a principios de 1925, creo—, Laüme manifestó de pronto el deseo de reunirse conmigo en Calcuta. Pasamos algunos días en frenéticos abrazos. Había echado de menos al hada más de lo que me hubiera imaginado, y mi cuerpo no se cansaba de ella.

Comparadas con su belleza, todas las hembras exóticas a las que había tenido en mis brazos en Srinagar o en Goa no eran más que caricaturas de la feminidad, estatuas huecas, incapaces de hacer nacer una auténtica emoción en mí.

Desde el fin de la guerra, la moda femenina había cambiado mucho. Laüme llevaba por entonces vestidos fluidos, sin corsé, medias sujetas en lo alto de los muslos con ligas de seda, y zapatos con cintas. La humedad permanente pegaba esos delgados tejidos a su piel, y creaba en todo momento transparencias que aceleraban los latidos de mi corazón. En las habitaciones, en las terrazas o bajo el cenador del jardín, en la biblioteca o en la sala donde comíamos, solos o rodeados de criados atareados, no podía evitar desgarrar esas telas para poner mis labios sobre su piel fresca y lisa como la nieve. A Laüme le gustaba la casa de Shapur Street, pero quería descubrir otros lugares. Bajamos a lo largo de la costa hasta Ceilán, y después regresamos al continente para visitar Delhi y Bombay. En el trayecto de retorno, le planteé un proyecto que venía madurando desde hacía mucho tiempo...

LOS SALONES DE DANIELI

Despegarse de la pena y del dolor. Saber sobrellevar la desdicha sin quejarse. Saber, sobre todo, ser indiferente al mal que hacemos, encontrar en él la alegría, la fuerza y hasta la paz... Nuwas me lo enseñó en otro tiempo, en el valle de Lalish. Siguiendo su ejemplo, yo había degollado a algunos niños aislados, mugrientos, incultos, encontrados al azar de mis peregrinaciones. Había cometido asesinatos similares en el oasis, cuando maté al pequeño nómada, en Francia, en la casa del estanque del Arsenal, y también en Florida o en las montañas de Transvaal. Para lograrlo había tenido que superar mi disgusto, mis reticencias iniciales, y eso había liberado energías en mí. La sangre de los niños, sus gritos bajo mi cuchilla, el olor de su piel crujiendo bajo los efectos de mi varita de ámbar cuando elevaba la temperatura de su cuerpo, habían actuado como bálsamos alquímicos que metamorfosearon mi espíritu y perpetuaron la juventud de mi cuerpo. De estas torturas había extraído también suficiente vigor para resistir a la terrible influencia de Laüme, para construirme una identidad propia y reafirmar mi voluntad. A pesar del precio exorbitante que había tenido que pagar por ello, no me arrepentía de nada. Pero el futuro iba a ser diferente. Como Nuwas me había advertido quince años antes, la condición de mi porvenir era la muerte de Laüme... Mi trampa estaba preparada. En la India fue donde tendí su primer resorte.

—Quiero ayudarte a realizar tu proyecto —anuncié a Laüme en el camino campestre por el que circulábamos—. Todavía quieres ser madre, ¿verdad?

El hada me miró con asombro y con una especie de malestar.

Ninguno de los dos había vuelto a abordar ese tema desde el día en que ella me reprochó haber mancillado su matriz con el germen de un monstruo.

—Eso llegará algún día. Pero tengo que encontrar un padre. Es una labor difícil.

—Yo te ayudaría a encontrar tu semental. Te lo debo. Y también los niños necesarios para tus rituales.

—¿Por qué habrías de hacer eso, Dalibor?

—Nunca he saldado la deuda que tengo contigo —afirmé—. Te debo mi segunda vida. Aunque nunca nos hayamos entendido bien, y a veces nos hayamos detestado, sigues siendo la que me arrancó de las sombras. Y además...

—¿Sí?

—Cada vez que tú me has echado o me has escupido tu desprecio a la cara, no he podido dejar de volver a ti. Y siempre me has abierto los brazos... Lo quieras o no, Laüme, estamos unidos.

Ella sonrió sin responder y se limitó a poner su mano furtivamente sobre la mía. Para Laüme, desde hacía siglos, yo era el único compañero de verdad, el único rostro que no había visto envejecer. Incluso, tal vez, el único amigo que había tenido en toda

su existencia. Yo jugaba astutamente con esa debilidad.

—Quiero estar a tu lado cuando tengas un hijo. El hombre que te fecunde, sea quien sea, nunca te conocerá como yo te conozco. Por muy feroz, por muy bárbaro que sea, no podrá igualarme en el crimen... Me necesitas, Laüme, reconócelo.

—Acepto tu ayuda —dijo ella después de un silencio—. ¿Qué propones?

—He pensado una estratagema para procurarnos niños en grandes cantidades sin despertar sospechas. Los tiempos son menos favorables que en el pasado. Debemos avanzar con prudencia y, sobre todo, encontrar el medio de no alimentarte con sangre viciada o demasiado débil. Necesitas sacrificios de excepción. No niños de la calle, sino críos cuya inteligencia y sensibilidad pasen a tus venas. Quiero asegurarme de sus cualidades y su fuerza. Estoy convencido de que ésa es la condición esencial para el éxito de tu proyecto... Vamos a abrir centros de educación o de acogida para niños de las colonias. Nos apoderaremos de los ejemplares más brillantes, los más vigorosos, y los llevaremos a Europa o América bajo pretexto de darles estudios. Allí, los sacrificaremos a tus necesidades...

Yo hablaba con un aire de visionario inspirado que avivó el interés de Laüme y despertó sus instintos de fiera. Con las pupilas achicadas, contemplaba algún paisaje interior cuyo horizonte me era inaccesible. Eso me asustó. Pero también me atrajo. Ella tomó mi mano y posó su boca sobre la mía. Intercambiamos un beso muy lento, voluptuoso...

El primero de los establecimientos que inauguramos fue un dispensario para niños enfermos en Ceilán. Bajo la apariencia de un mecenazgo, se trataba de procurarnos niños sin demasiados riesgos y con la posibilidad de escogerlos y estudiarlos previamente. Un gabinete de abogados de Suiza se encargó de las formalidades administrativas necesarias para el establecimiento de una fundación cuya financiación garantizamos por entero. Durante algunos meses, nos aplicamos a interpretar a la perfección nuestro papel de benefactores, y hasta fuimos a visitar a los piojosos recogidos y atendidos en el edificio en el que trabajaban médicos competentes y monjas abnegadas. Unos meses más tarde, abrimos una réplica de este hospital en Buenos Aires y otra en Dakar. Una vez que nuestra reputación de generosidad quedó bien establecida, iniciamos la segunda fase de nuestra acción y creamos escuelas. Laüme dio instrucciones formales a los educadores para que nos indicaran los niños que se distinguieran por capacidades intelectuales o artísticas particulares. Sin embargo, encontrar tales perlas se reveló más difícil de lo que habíamos previsto. Cansados de esperar, regresamos a Nueva York.

—La estructura está creada —dijo Laüme para consolarse—. Démosle un poco de tiempo. Los sujetos interesantes acabarán por aparecer.

Durante los meses que siguieron, completamos nuestra red con la apertura de centros en Siria y otros lugares. Como consecuencia imprevista de estas acciones,

nuestro nombre se difundió como nunca lo había hecho entre ciertos círculos de la alta sociedad internacional. La generalización de las comunicaciones telefónicas, el servicio postal, el desarrollo de las compañías marítimas y la extensión constante de las carreteras y los ferrocarriles contribuían al nacimiento de una verdadera comunidad de privilegiados para quienes las fronteras eran ya un concepto obsoleto, destinado a desaparecer un día.

Por el mismo fenómeno que se había producido durante mi estancia en Rumania, quisieron conocernos. Nuestro aire «exótico» y nuestros modales intrigaban y seducían. Laüme se divertía con esta corte de admiradores solícitos. Tanto ella como yo tuvimos nuevos amantes. En diversas ocasiones, nuestra longevidad nos permitió abrir nuestra cama a los descendientes de parejas conocidas decenios atrás a ambas orillas del Atlántico. Estábamos celebrando la llegada de 1930 en los salones del flamante edificio Chrysler cuando un hombre al que no había visto desde hacía quince años se acercó a mí. Con la edad, Bentham había ganado peso, su figura se había redondeado bastante, pero su rostro se mantenía animado por aquella llama particular que ya había advertido en nuestro primer encuentro, treinta años atrás. A diferencia del hijo de Caetano, él no mostró ninguna extrañeza de volver a encontrarme tan joven como el día en que mi amigo Franck y yo lo hicimos prisionero a orillas de una marisma africana.

—Buenas noches, señor Galjero —dijo, como si nos hubiéramos separado el día anterior—. El clima de Nueva York es hoy menos desagradable que el de nuestro querido San Petersburgo en vísperas de la Revolución de Octubre, ¿verdad?

—Leningrado —puntualicé, sonriente—. Así es como los bolcheviques han bautizado ahora a la ciudad.

—El tiempo puede cambiar el nombre de las ciudades, querido amigo, pero no lo ha cambiado nada a usted. Dígame: ¿dónde esconde su retrato?

No capté la alusión.

—¿Mi retrato?

—Pues sí. ¿No es usted como el Dorian Gray de Oscar Wilde? ¿No tiene un retrato que se encarga de envejecer en su lugar?

—Mi secreto es menos novelesco, querido Oswald Rayner —respondí para hacerle notar al inglés que no había olvidado su antigua identidad de conspirador en la corte de Rusia.

—¡Oswald Rayner! —repitió él, encantado—. Ese hombre lleva muerto mucho tiempo. ¿Sabe que nunca volvió a Gran Bretaña? Dicen que está enterrado cerca de Kursk, o en Odessa. A veces sueño que una bella *babushka* acude a depositar un narciso a su tumba en recuerdo de las horas felices pasadas en sus brazos.

—¡Vaya, si es usted poeta, amigo mío! Y muy imaginativo. Ignoraba que cultivara usted esa facultad.

—La imaginación es una virtud cardinal para caminar con dignidad por este mundo. ¿Se acuerda del corresponsal de guerra del *Daily Telegraph* en compañía del

cual me capturó en el Transvaal?

—Se llamaba Churchill, ¿verdad?

—Winston. Winston Churchill. Ahora es un político que sigue una bonita carrera. Ha sido lord del Almirantazgo y hasta ministro de la Guerra. Un chico brillante, gran orador y un mentiroso del demonio. Cuando volvió de África del Sur relató sus experiencias en cuatro libros que tuvieron un éxito increíble. Durante meses dio conferencias en diversas regiones del país explicando cómo fuimos sorprendidos por los bóers y de qué manera nos escapamos. Usted conoce la verdadera historia de aquella captura, evidentemente, pero él ha transformado aquel episodio banal en un canto de la *Ilíada*... Su imaginación, su puñetera imaginación, es lo que le ha servido para edificar su éxito.

—Por lo que recuerdo, Churchill no me fue muy simpático. Su impostura no me sorprende en absoluto. Pero usted, en tanto que conoce sus pequeñas mezquindades, ¿por qué no lo ha desenmascarado?

—¿Y para qué, dígamelo? Churchill me ha ayudado mucho. Digamos que nos apoyamos mutuamente. En gran parte, a él le debo mi posición actual.

Tras heredar su título, Bentham se había convertido oficialmente en lord. Dignatario del reino, ocupaba un alto cargo en el Foreign Office y viajaba por todo el mundo por motivos tanto oficiales como oficiosos. Al encontrármelo en aquel lugar y en aquel momento, pensé que, junto con el conde Caetano, el inglés era el único hombre a quien yo había dejado entrever mi verdadera naturaleza sin temor. Lo llevé aparte para poder hablarle con discreción, y le hice la pregunta que no había dejado de quemarme los labios desde el comienzo de nuestra conversación.

—Nuwas —murmuré como si me dañara pronunciar el nombre de mi viejo maestro—. ¿Sabe qué ha sido de él?

Bentham mojó los labios en su copa de champán antes de contestar.

—Le hice la misma pregunta a ese golfante del conde Yusúpov hace dos o tres años, en París, figúrese. El príncipe se salvó cuando los bolcheviques atacaron el Palacio de Invierno. Me dijo que suponía que los rojos habían degollado a Nuwas, porque la clínica donde lo atendían por entonces fue saqueada e incendiada por los revolucionarios.

Estábamos meditando en esta imagen cuando la música de ambiente se interrumpió de repente y las voces de los invitados se unieron para desgranar los últimos segundos del año 1929.

—Diez, nueve, ocho —Lord Bentham levantó su copa a mi salud.

—Siete, seis, cinco...

Yo hice lo propio. Vi que abría los ojos como platos.

—Cuatro, tres, dos —Apretó las mandíbulas.

—Uno, ¡cero!

—Bienvenidos a los años treinta, señores —declaró Laüme, que acababa de salir por detrás de mí para hacer tintinear su flauta de cristal contra las nuestras.

—Tu amigo Bentham es bastante convencional —dijo Laüme, desgarrando con negligencia el sobre que acompañaba un magnífico ramo de rosas.

—Sé indulgente con él —contesté en tono de disculpa—. Ese hombre no es ningún tonto. Se está haciendo mayor y le encantan las mujeres bonitas. Sé que tú le gustas. Está probando suerte contigo, nada más.

—¿Quieres que le complazca? ¿Te gustaría?

—¿Hablas en serio?

—¿Y por qué no? Podría ser una distracción para nosotros dos. Bentham no es más feo que otros, después de todo, y es un lord, ¿no? Me parece que nunca me he entregado a un lord. Es una excelente ocasión de llenar esta laguna. ¡Invítale pronto!

A pesar de su apretada agenda, Bentham no se hizo de rogar y acudió a visitarnos aquella misma noche. Hizo bien, porque Laüme le deparó una acogida extraordinaria. Los cabellos ocultos a la sultana bajo un estrecho turbante de seda traído de la India, el cuerpo envuelto en un vestido ceñido que realzaba sus formas, con una abertura que permitía entrever sus bien moldeadas piernas entre los bajos adornados con broches de plata, era una Lilith venenosa y sensual, una efigie viviente a la que ningún hombre hubiera podido resistirse, ni aun el más consumado asceta. La manera en que se entregó aquella noche al inglés, yo fui testigo, alcanzó una perversidad extrema. Rara vez había visto al hada tan lasciva, tan voraz, en compañía de un solo amante. Alternaba los papeles: tan pronto era la esclava escrupulosa y solícita como el ama severa y exigente. Púdica de súbito, ocultaba su desnudez bajo las manos como una adolescente asustada; un instante después, guiada por su solo capricho, volvía a ser lúbrica, abriendo las piernas para exhibir la fabulosa geografía de su sexo, haciéndose lamer los senos, el vientre, la vulva, por un Bentham enloquecido, casi tan rojo y sudoroso como cuando había sufrido bajo mi varita de ámbar en los salones del príncipe Yusúpov.

Cuando se marchó por la mañana, el lord no podía ni hablar. Tenía los ojos fijos y todos sus miembros temblaban. Tras envolverlo en una manta, lo confié a los cuidados del chofer, que parecía escandalizado por el estado de su señor, de ordinario tan digno y reposado.

—Por muy aristócrata que sea, no es un buen amante —concluyó sin embargo Laüme cuando me reuní con ella—. Su esperma es rancio como la mantequilla pasada y su lengua no sabe a nada. Sus dedos son timoratos y su verga es del montón. No quiero nada más de tu amigo.

—Pero si yo no te lo he impuesto —repliqué riendo—. Tú eres la única responsable de este capricho.

—Hazme el amor, Dalibor —susurró el hada enlazándome—. Tú sabes satisfacerme un poco mejor...

La noche que pasó gozando de Laüme marcó profundamente a Bentham. Durante su

estancia en Estados Unidos anheló varias veces repetir la aventura, pero ella quebró sus esperanzas con la más fría indiferencia. La situación se deterioró hasta el punto de que seguramente hubiera estallado un escándalo si yo no lo hubiese evitado templando los intentos de mi amigo con seriedad.

—Laüme se ha divertido con usted, lord Bentham —le dije al inglés—. Lo ha hecho con muchos otros y seguirá haciéndolo. Su actitud no debe sorprenderle ni desesperarle. Conserve el recuerdo de sus caricias como un don precioso, un don sublime y único, pero no espere nada más de ella en adelante, a riesgo de perderse sin remedio.

Bentham suspiró e hizo ademán de comprender.

—Sí... corregiré mi conducta y dejaré de perseguir a ese sol negro que sólo puede conducirme a la humillación y a la muerte, lo sé. Sin embargo, una cosa...

—¿Sí?

—Dígame quién es ella en realidad. Usted, que me ha echado en sus brazos, me lo debe, Galjero.

—No tengo el poder de dominar a Laüme. Nadie puede. A duras penas consigo vivir a su sombra. Y aun así, me veo obligado a pagar un alto precio para no ser aplastado por ella, como usted mismo ha estado a punto de serlo. En cuanto a decirle quién es en realidad... A pesar de las décadas que he pasado a su lado, y aunque conozco retazos de su historia, eso sigue siendo un misterio para mí. Sepa tan sólo que es hermana de aquella criatura con apariencia de mujer a la que nos enfrentamos una vez en Rusia.

Bentham se arregló el nudo de la corbata, miró con aire desolado la punta de sus botines y enderezó sus hombros caídos.

—Yo soy un caballero —balbució, como para convencerse a sí mismo de ello—, antiguo oficial del Ejército real, hoy miembro del Foreign Office. Aguantaré el tipo. La vida debe seguir su curso. Le agradezco sus palabras. Me parece que han llegado en el momento justo.

Aprobé su declaración de intenciones con una sonrisa y un último gesto de ánimo, aunque en mi fuero interno estaba convencido de que mi tardía intervención no contrarrestaría el veneno violento que fluía por sus venas. Sin embargo, pronto pude constatar que me equivocaba. Bentham consiguió seguir al pie de la letra el programa que había enunciado ante mí. En unos días volvió a ser el hombre que nunca hubiera debido dejar de ser: ejemplar, trabajador, consagrado a la Corona y a su familia. Volví a verlo varias veces antes de que dejara temporalmente Nueva York para un viaje a la colonia británica de Hong Kong. Su calma, su rectitud, su dignidad recuperadas me impresionaron tanto que me arriesgué a hacer alusión a Laüme con el fin de ponerlo a prueba. Fue como si le hubiera mentado una conocida cualquiera, ni su voz ni sus rasgos mostraron el menor trastorno. Definitivamente convencido, me despedí de él y le prometí informarle de mis desplazamientos para que no perdiéramos ninguna ocasión de volver a vernos.

Aún estoy viendo el momento en que el gran navío en el que se embarcó para reunirse con su esposa y sus hijos, ya en China, se alejaba mar adentro a la sombra del crepúsculo. Era en junio de 1930, y aquella misma noche, quizás embriagado por el olor de las olas, decidí abandonar América una vez más. Durante tres años dejé sola a Laüme en Nueva York. Regresé por unas semanas a París y a Bucarest, y después resolví visitar lugares que no conocía. Al otro lado del mundo recalé en sitios improbables llamados Adelaida, Canberra o Wellington... Aparte de aburrirse, no había nada que hacer allá abajo. Las mujeres eran tan feas que se me fueron los deseos de gozarlas, y los hombres se revelaron tan pobres de espíritu que era imposible aspirar a mantener una conversación interesante.

Mientras yo pasaba aquellos años en una especie de letargo, el mundo cambiaba a mi alrededor. La crisis económica de 1929 había repercutido gravemente en Europa y había precipitado en Alemania el advenimiento de un régimen autoritario bajo la férula del canciller Adolf Hitler, en enero de 1933. Por aquel entonces yo ocupaba mi mansión de Shapur Street, en Calcuta, y recorría regularmente los dispensarios y las escuelas que habíamos abierto en el país. Yo tan sólo había tomado tres o cuatro niños para mis necesidades particulares, pero Laüme aún no había tocado la mercancía. Regresaba yo de Ceilán cuando cayó la noticia del cambio de gobierno en Alemania. Esta no inquietó al principio a los anglosajones, pero en diciembre de aquel mismo año, a mi regreso a Nueva York, la situación internacional se había tensado de manera notable y los yanquis sostenían las opiniones más diversas sobre los nuevos amos instalados en Berlín.

«Los nacionalsocialistas del señor Hitler no son más peligrosos que los fascistas del señor Mussolini —aseguraban unos—. Y el tratado de Versalles impone demasiadas limitaciones a los alemanes para que puedan convertirse en una amenaza. La República de Weimar no dispone más que de politicastros incapaces. El establecimiento de un Estado con un poco más de brío constituye un excelente colchón entre París, Londres y la Unión Soviética...».

«Hitler ha escrito *Mein Kampf* —recordaban otros—. Si aplica el programa que expone, cabe esperar una nueva guerra en Europa en los próximos diez años...».

—Y tú, Dalibor, ¿qué piensas de esta nueva situación? —me preguntó Laüme algunos días después de nuestro reencuentro.

—¿Por qué mostrarnos hostiles por principio a un hombre y a un régimen que no conocemos? Te propongo que vayamos y lo veamos por nosotros mismos. ¿Qué te parece?

—Me parece la mejor de las respuestas.

Igual que diez años antes le había gustado la Italia fascista, Laüme apreció mucho la Alemania de comienzos del nazismo. La capital alemana tenía por entonces más de teatro que de ciudad. Cada avenida, cada calle, estaba engalanada con los colores del

NSDAP, y las paradas militares sucedían a los desfiles. Era la época de las camisas pardas y del poder de Ernst Röhm, una época de aurora radiante para los lobos de Berlín. Después de años de miseria y de caos, después de la carnicería de la guerra y las humillaciones de la ocupación, todo parecía posible de nuevo. La ciudad era una inmensa obra en la que los edificios, muy semejantes a los de Nueva York, se elevaban al ritmo de dos pisos por semana. A pesar de una modernidad que triunfaba a golpe de automóviles, de aparatos domésticos que funcionaban con electricidad, de productos industriales manufacturados en serie, la atmósfera de Berlín permanecía única. El aire que respirábamos daba la impresión de ser más cristalino, más vivo que antes. Laüme se exaltaba, y yo mismo sentía también una energía, una vibración que no podía definir, pero que me dinamizaba y me seducía más allá de lo racional.

—¡Ya hemos llegado! —me dijo Laüme un día apretándome el brazo—. ¡Ya hemos llegado, Dalibor!

—¿Qué quieres decir?

—Este lugar, este instante... Presentía su advenimiento desde hace mucho. Hoy se han hecho realidad. Llegué a creer que sería en Italia donde se produciría este milagro, pero me equivocaba. ¡Es aquí, en Alemania, donde se cumple!

—¿Qué milagro?

—La gran puerta de los mitos se abre de nuevo sobre Europa. ¿No lo sientes? Se mueve con suavidad sobre sus goznes. Los dioses quieren volver. Pasarán en triunfo la puerta de Tannhäuser para encantar de nuevo al mundo. Debemos contribuir a su sueño y prepararnos a servirles...

—¿Qué ves, Laüme? ¿Qué es lo que ves?

—¡Una gloria que me ciega! ¡Una renovación para ti y para mí! Un camino que se abre sobre un mundo purificado. Un universo más bueno, más joven, más fuerte. ¡Y al padre de mi hijo! ¡Sí, lo siento! ¡Aquí es donde aparecerá!

Una mano de hielo oprimió mi corazón y empezó a apretarlo como si fuera un tornillo. ¿Qué significaban exactamente aquellas palabras en la boca de mi compañera? ¿Se inventaba las imágenes que describía, o las estaba viendo mentalmente? No lo sé. Galvanizada por la atmósfera que reinaba en Berlín, Laüme quería conocer a aquella gente que, salida de la nada, despreciada y marginal, sin el sostén de las bancas ni de los círculos ordinarios de la política corrupta, había llegado a elevarse al poder para obrar una transformación radical sobre todo un pueblo. Sin embargo, acercarnos a los amos de la nueva Alemania se reveló una empresa incierta, incluso para nosotros. Hitler no era Mussolini. Al contrario que el Duce, el canciller apenas cultivaba los contactos sociales y desconfiaba de los extraños de forma casi malsana. La maquinaria administrativa y policial de la que se había rodeado le proporcionaba una especie de escudo compacto, muy difícil de penetrar, e imposible de alterar por medio de fetiches u otros encantamientos. Por ello, supusimos que se encontraba bajo la protección de fuerzas sobrenaturales.

Aunque aquello nos intrigaba, no llevamos más lejos las averiguaciones porque

tuvimos ocasión, sin utilizar ningún artificio, de acercarnos a Ernst Röhm, el jefe de las SA. Lo conocimos en marzo de 1934, con motivo de una reunión de camisas pardas a la que habíamos sido invitados gracias a un contacto de la embajada de Italia. En Röhm todo estaba hinchado: su figura de carnicero, pero también, y sobre todo, su pensamiento, sus palabras, sus maneras. Aquel hombre era un mosaico de algunos de los peores bribones que había conocido a lo largo de mi existencia: tan canalla como el adiestrador de perros Forasco, tan borracho como mi padre, Isztvan, tan lúbrico con Laüme, pese a su homosexualidad, como el banquero francés Fabres-Dumaucourt. Me repugnó más aún que Mussolini. Mi instinto me gritaba que nos alejáramos cuanto antes de ese tipo y de su equívoca pandilla. Laüme, por supuesto, encontró cualidades en él, y mis repetidas advertencias no surtieron ningún efecto. Exaltada por la vulgaridad reinante, como una loba segura de encontrar a su macho bajo el uniforme de las SA, se encontraba de nuevo dispuesta a intentar la experiencia de la fecundación, como en la época de Argyle Street.

—¿Has elegido a ése para que te deje embarazada? —pregunté en un tono neutro.

—Tal vez, sí. Pero todavía no estoy segura. Aún es pronto para pensar en eso. En cambio, lo necesito para mis preparativos.

El hada quería obtener de Röhm autorización para abrir en Berlín una escuela de cadetes que acogiera a los pupilos más interesantes de nuestros pensionados de África y Oriente.

Nuestra fundación celebraría pronto su décimo año de existencia. Nos proporcionaba un notable barniz de respetabilidad. Sin embargo, aún no habíamos aprovechado la reserva de niños así creada, y Laüme pretendía poner fin a semejante despilfarro. Bajo el pretexto de perfeccionar su educación en establecimientos mejor equipados, ella proyectaba hacer venir a Europa a los niños más prometedores con el fin de tenerlos a nuestro alcance. Necesitábamos apoyo para eso, y Laüme estaba convencida de que Röhm era uno de los pilares más firmes del régimen. Creo que estaba fascinada por la brutalidad a flor de piel del personaje, una brutalidad que, al contrario de la mía, no necesitaba ningún artificio para surgir y expandirse.

Laüme jugó las cartas necesarias para manipular a Röhm. El jefe de las SA le concedió todas las facilidades que ella le pidió, y una academia abrió sus puertas en Berlín para acoger a nuestros «protegidos». Satisfecha tras este primer paso, de inmediato empezó su «caza del macho». Persuadida, no sé por qué motivo, de que el padre de su hijo se encontraba entre los oficiales de las SA, me obligaba a frecuentar a aquella gente, por la que yo sentía una profunda aversión. Testigo de los excesos a los que se libraba con ellos, debía dar mi opinión sobre cada uno de sus nuevos amantes. Durante semanas, incluso meses, nuestras veladas y nuestras noches estuvieron ocupadas por una abominable sucesión de orgías.

—¿De verdad es necesario que te prostituyas como una Mesalina con todos esos pobres tipos? —le pregunté—. ¿No ves que ninguno es digno de ti?

—Será mi vientre el que decida lo que quiere —afirmó ella—. Por ahora, mi

espíritu le concede a él todo el poder.

—Avísame cuando llegue por fin ese día feliz. Estoy cansado de asistir cada noche a tus repugnantes ignominias. Necesito abandonar Berlín. Me marchó a mi casa de Venecia. Cuando estés lista para tus rituales, házmelo saber y vendré enseguida...

Atravesé Austria y entré una vez más en Venecia. Pero como no quería hospedarme en la casa donde había visto la luz el aborto de mi tercer hijo, decidí buscar un lugar sano para preparar mi enfrentamiento con Laüme. La máquina infernal se había puesto en marcha. Yo sabía que, tarde o temprano, un hombre acabaría por fecundarla. Después, aún tendría que aguardar nueve meses hasta el parto, y entonces, en el momento preciso en el que Laüme se encontrara más cerca del horizonte humano, la mataría como había matado a Ta'qkyrin...

Antes que aceptar la hospitalidad siempre apremiante del conde Caetano, dejé mi equipaje en el Danieli. Una tarde de junio en la que estaba ocioso, fumando y bebiendo solo en el salón, escuché a una pareja que hablaba cerca de mí sobre los acontecimientos dramáticos que se estaban desarrollando en Alemania. Dirigida por las SS, se había lanzado una purga de gran alcance contra Ernst Röhm y sus partidarios. Como resultado, hubo ejecuciones sumarias, el movimiento de las camisas pardas había sido disuelto y no había noticias del propio Röhm desde hacía cuarenta y ocho horas. Intenté comunicarme con Laüme por teléfono, pero fue en vano. Me disponía a salir con destino a Berlín cuando Laüme se presentó en el Danieli. Venía de un humor de perros, y se pasó la noche reprochándose amargamente su ceguera. Nunca antes la había visto tan desalentada y tan furiosa consigo misma. Hipócritamente, intenté tomarla en mis brazos para calmarla, pero estaba tan tensa que rechazó mis caricias.

—He fallado en algo esencial, he pecado de impaciente. Hubiera debido esperar a que el régimen se estabilizara para elegir mejor a quién abordar. Me he asociado con los perdedores. Ahora figuro en listas, hay fotografías muy comprometedoras que quizá ya estén circulando. Será complicado borrar todos esos rastros.

—¿Qué te importa? Alemania no es el mundo. ¿Por qué no buscas en otra parte un vivero más rico para tus experimentos?

Los rasgos del hada se torcieron en una mueca impenetrable. Se encogió de hombros, apretó los puños y no me contestó, tumbada en un sofá, las piernas recogidas contra el cuerpo y los brazos obstinadamente cruzados.

Laüme se quedó postrada durante varios días. Se negaba a salir de su habitación y rehuía todos los placeres: la comida, mis abrazos, y hasta la luz del sol... Su abatimiento me puso de mal humor. Veía alejarse de mí el instante en el que podría por fin deshacerme de mi *frawarti*. Me encontraba ocupado en imaginar alguna nueva estratagema que sirviera para revivir sus deseos de maternidad, cuando un oficial fascista me abordó en el gran salón del palacio. Con la mayor cortesía me rogó que le acompañara hasta uno de los salones del hotel. En la pieza, custodiada por dos

centinelas armados, me esperaba un hombre con el que había simpatizado diez años atrás, cuando Laüme y yo frecuentábamos el entorno de Benito Mussolini.

—Encantado de volver a verle, *signore* Galjero —me dijo el hombre con una gran sonrisa—. He pensado a menudo en usted desde nuestro primer encuentro.

Con poco más de treinta años, Galeazzo Ciano era un buen mozo esbelto y desenvuelto, de una elegancia natural. Su apretón de manos era franco y su mirada directa. Cuando me invitó a tomar asiento a su lado, reparé en un anillo que brillaba en su dedo anular.

—Felicidades por su matrimonio. He sabido de su unión con la hija del Duce.

Ciano sonrió torpemente.

—Espero que eso no me convierta en un vulgar intrigante a sus ojos, *signore*. Hace cuatro años que me casé con Edda, y el nuestro es un matrimonio feliz. Pero constato que usted también se ha casado. ¿Con aquella magnífica joven que nunca se separaba de usted?

Tuve que hacer un esfuerzo para entender la alusión del conde. Aunque en realidad nunca habíamos formalizado nuestra unión, Laüme y yo, en efecto, llevábamos alianzas desde la época en que fundamos nuestra obra benéfica. Una simple cuestión de conveniencia, evidentemente. De forma maquinal, tendí la mano e hice rodar el anillo en torno a mi dedo.

—Laüme es mi esposa, sí —dije.

—Solían vivir en Nueva York, si no ando equivocado.

—Exacto. Aún tenemos allí una residencia y algunos amigos... ¿por qué lo pregunta?

Ciano guardó silencio mientras escogía sus palabras.

—Porque yo era muy joven cuando nos conocimos, pero fui sensible de inmediato al encanto excepcional de su esposa. También a su inteligencia y su gran cultura... ¿Cómo no reparar en todo eso? Habría hecho falta ser idiota...

—Ignoro adonde quiere ir a parar, conde —bromeé—, pero me parece bastante peligroso...

Ciano dejó escapar una risita forzada. Continuó:

—El azar nos ha reunido aquí, en Venecia, Galjero. Yo no le buscaba. La coincidencia es perfecta, y es precisamente esta circunstancia particular la que me impulsa a hablarle de un proyecto que tenemos en mente desde hace algún tiempo.

—¿Un proyecto? ¿Qué proyecto? ¿Y a quién se refiere al decir «tenemos»?

—En la actualidad ocupo el cargo de cónsul de Italia en Shanghai. Esta misión está a punto de terminar. Aún no es oficial, pero dentro de unos meses asumiré el cargo de ministro de Cultura. Ésa será la última etapa antes de otra cartera mucho más importante, para la cual ya me estoy preparando... En fin, admito que este prólogo es un poco largo. Vamos a lo esencial: nuestro gobierno quiere conocer a sus amigos en suelo americano. Allí hay asentada una gran comunidad italiana, que acaso tenga un peso decisivo a nuestro favor si la dirigimos correctamente. ¿Empieza a ver

el cuadro con más claridad?

—No puede estar mas claro, querido Ciano —respondió Laüme, que acababa de hacer su irrupción en la sala.

SERVICIOS SECRETOS

Al aceptar trabajar para los italianos, Laüme solamente pensaba en rehabilitarse a ojos de los alemanes. Durante mucho tiempo me pregunté cuáles serían las razones profundas que la impelían a desear ganarse a toda costa las simpatías de Hitler y su banda. Quizás hubiera que remontarse más atrás en el tiempo, conjurar el recuerdo de Mose Tzadek y de Yohav, o incluso hasta evocar su juramento al rabino renegado antes de que ardiera vivo en su apestosa mazmorra. «Te hago saber que la línea de los Galjero no se ha extinguido —había dicho ella—. Pronto nacerá un nuevo heredero, y otro después de éste. Un emperador surgirá de ese tronco, y yo estaré ahí, a su lado, cuando él les ponga el yugo en los hombros a tus semejantes».

Era la promesa que había hecho, el juramento escarlata proferido justo antes de la ejecución del peor enemigo al que había combatido jamás. Cuatro siglos no habían podido romper aquel voto. Ahora, yo lo sabía, ya no se trataba de que viniera al mundo un emperador que llevara el nombre de los Galjero. Otra apuesta, otro sueño, se había puesto en pie. Yo ignoraba su naturaleza exacta, pero sabía que el hada avanzaba con obstinación hacia él, movida por la fuerza que lanza las mareas al asalto de la orilla.

Galvanizada por la proposición de Ciano, Laüme aceptó volver a Nueva York para tramar una suerte de coalición entre las familias mafiosas, simpatizantes por naturaleza con la causa italiana, y ciertos movimientos locales potencialmente profascistas. Por mi parte, no quise prestarme directamente a ese juego, lo cual decepcionó profundamente a Laüme. De todos modos, saqué algunos nombres de mi cuaderno de direcciones para ayudarla. De este modo conoció a Ephraim Cassard, el nieto de Absalon, gobernador del Ku Klux Klan en Luisiana al final de la guerra de Secesión. Yo apenas tenía unos vagos recuerdos de lo ocurrido en aquel período en Estados Unidos. Laüme se movió durante una breve temporada en el entorno de los padrinos mañosos, cuyas actividades intentó orientar —sin gran éxito— hacia objetivos más políticos. Sus proyectos no llegaron demasiado lejos. Aunque la empresa distó mucho de responder a las expectativas, el conde Ciano quedó agradecido por sus esfuerzos, hasta el punto de que le prometió hacer que recuperara el favor de los dirigentes del Reich. Cuando me comunicó la noticia, Laüme estaba radiante como una niña la mañana de Navidad. Su entusiasmo era tan franco, tan sincero, que me emocionó e hizo nacer en mí una brusca oleada de ternura.

Era la primavera de 1935, y fue por entonces cuando los acontecimientos comenzaron a encadenarse a una velocidad vertiginosa. Tal como me había predicho con medias palabras un año antes, Ciano formó parte del gobierno de su suegro, pero en calidad de ministro de Asuntos Exteriores. Más enterado que nunca de los juegos de la alta política, al italiano le seducía la perspectiva de disponer de una Laüme

gravitando cerca del Führer. Quizás esperaba convertirla en la amante del tipo del bigotito; tal vez solamente quería colocar un peón en el campo alemán, a la espera de una oportunidad más definida. Todas esas hipótesis eran posibles, y no estoy en condiciones de confirmar ninguna de ellas. Laüme también era consciente del doble juego de Ciano, pero le importaba poco. A despecho de las pequeñas bajezas del conde, ella quería reemprender en completa seguridad el camino de Berlín, y eso era lo único que contaba. Después de reunir información y tender hábilmente una primera red de intrigas sobre algunos oficiales influyentes del SD, el servicio de inteligencia alemán, el yerno del Duce obtuvo con bastante facilidad el permiso de residencia en Berlín para nosotros. En junio de 1935, alquilamos por un año una gran *suite* en el hotel Edén. La ciudad, con su rica y larga tradición de artistas, de dramaturgos, de filósofos, era un centro cultural que rivalizaba con Londres y París. La mejor sociedad berlinesa desfilaba por nuestros salones: *vedettes* del cine y del musical, escritores, pintores, escultores...

Esos artistas, a menudo frívolos, no tenían ningún interés en sí mismos, pero creaban a nuestro alrededor una atmósfera alegre que pronto atrajo a personajes de mayor relevancia estratégica. Oficiales de la Wehrmacht primero, oficiales de alto rango después y, por fin, auténticos dignatarios nazis como el ministro de Propaganda Goebbels, con el que simpatiqué, ya que era un hombre inteligente, divertido y un buen conversador. Le gustaba frecuentar a los extranjeros residentes en Berlín y mostró curiosidad por nosotros. Por su mediación conocimos a la joven *pasionaria* inglesa Unity Mitford, que se convirtió rápidamente en amante de Laüme. Era una joven exaltada y radical en sus posturas políticas. Diana, su hermana mayor, sentía también vivas simpatías por el nacionalsocialismo. Frecuentaba asiduamente a lord Mosley, el presidente de la British Union of Fascists, un movimiento político marginal que las autoridades inglesas vigilaban de muy cerca. La propia Unity era seguida por los espías que el MI6 había enviado al corazón mismo de la Alemania nazi.

—Es un período magnífico para los complots, la inversión de alianzas y las traiciones de toda naturaleza, Herr Galjero —me confió un día Goebbels—. Nuestra época es apasionante, hasta el punto que deberíamos dar gracias al cielo por vivir en ella.

Sonreí y aprobé por cumplido. En mi fuero interno, era incapaz de decidir si tenía razón o no. En el curso de una noche muy alegre pasada en los *cabarets*, Unity condujo hasta nuestra mesa a una aventurera americana a la que los periódicos de todo el mundo presentaban como la amante exclusiva del joven heredero de la corona de Inglaterra. Por mi parte, no encontré el menor encanto en la señora Wallis Simpson. Mis gustos siempre se han inclinado por las jóvenes bellezas, la piel fresca, las curvas perfectas, la inocencia de los rasgos. Seca, filiforme, ya arrugada, Simpson no tenía nada que me agradara. Por desgracia, ella era una devoradora de hombres de lo más emprendedora. Puso sus ojos en mí y tuve que ceder para que desistiera de una vez en su exasperante cortejo.

—Has hecho bien en sacrificarte —me felicitó Laüme—. Esa mujer es notable por su inteligencia y su voluntad, pero necesita consuelo. El príncipe de Gales sufre presiones enormes para que ponga término a su relación con ella, y ella me ha confesado que él es un débil que acabará por ceder...

—Quizá podríamos ayudarla a reforzar los sentimientos del príncipe hacia ella. ¿Por qué no hacer que esté en deuda con nosotros? Asegurar su posición con su amante puede reportarnos buenas oportunidades.

Feliz de verme tomar por fin una iniciativa, Laüme se entusiasmó con mi proposición. Sin embargo, convencer a Simpson de que nos otorgara su confianza no fue tarea fácil. Incrédula durante bastante tiempo, la americana nos exigió una demostración de nuestros poderes, y hubo que ofrecerle la prueba que pedía.

—Tráenos un cabello de una de tus criadas —le dijo Laüme—, y haremos que la muchacha reviente en una semana sin que los médicos puedan hacer nada por ella.

Echándose a reír, Simpson nos desafió a cumplir semejante proeza. Tres días después del lanzamiento de la maldición, vino descompuesta a suplicarnos que pusiéramos fin a la experiencia. Aunque era arriesgado, consentimos en interrumpir el fatal hechizo y procedimos a revertir el mal. La americana, conmovida pero convencida, nos autorizó a obrar un hechizo de amor sobre el príncipe de Gales.

Con el fin de realizar la empresa en las mejores condiciones, decidimos desplazarnos a Gran Bretaña. Wallis facilitó que nos invitaran a una partida de caza organizada por el príncipe en las Highlands. Ya fuera por azar o por voluntad deliberada por su parte, resultó que lord Bentham y su esposa estaban entre los invitados. A la primera mirada que puso sobre Laüme, sentí que el inglés se volvía otra vez loco de deseo por el hada y, durante nuestra estancia, no dejó de devorarla con los ojos y buscar su compañía, sin preocuparse de las apariencias ni de las miradas escandalizadas de su mujer. Laüme se divertía con este renacer de la llama y no le ahorraba ninguna provocación a aquel hombre que ya estaba arrugado, abotargado, con el cráneo peinado con una rala corona de cabellos grises. Jugando con el pobre viejo como el gato con el ratón, lo desestabilizó hasta el punto de que Bentham acudió a mí para implorar mi ayuda. Era tan patético, tan vulnerable, que sentí una sincera piedad.

—Por desgracia, no tengo poder para abogar en su favor, amigo mío. Laüme no es un ser al que se pueda obligar, y yo mismo tengo poca influencia sobre ella. Entregarse a usted no fue más que un capricho y no se repetirá. Tiene que comprenderlo.

—¡Pero estoy dispuesto a dárselo todo! —gimió—. ¡Todo, le digo! ¡Todo!

Un adicto reclamando de rodillas su dosis de opio no se habría humillado más. Cuando le relaté la escena, Laüme esbozó una sonrisa maligna.

—Ese Bentham es desde luego un desecho humano. ¿Hasta dónde crees que se rebajaría para satisfacer sus deseos?

—Pretende estar dispuesto a sacrificarlo todo, pero sus palabras eran las de un

enfermo en plena crisis. Cuando la razón vuelva a él, dudo que se arruine por ti.

—¿Y si Bentham poseyera algo verdaderamente precioso que yo deseara de verdad?

—¿Tú, desear un bien material? No me tienes acostumbrado a semejantes fruslerías.

—Dicen que sus hijos son muy fuertes y sanos. Un chico y una chica de dieciocho y diecinueve años, creo. Todavía lo bastante jóvenes. ¿Crees que me los cedería en homenaje?

La pregunta era tan monstruosa que me provocó una risa nerviosa. Sin tener conciencia real del alcance de mis palabras, contesté que aquélla era una vileza demasiado grande como para no intentarla.

—Pues corre a anunciarle la buena nueva —me dijo Laüme— y cierra el trato con él. Me entregaré a él durante toda una semana y de manera exclusiva, a condición de que nos entregue a sus hijos.

Cuando le expresé los términos del acuerdo, lord Bentham no dudó por un instante. La perspectiva de poseer a Laüme hasta saciarse había hecho que saltaran todas sus barreras morales.

—Patrick y Sybil son suyos —dijo sin pensarlo—. Pero quiero a Laüme desde esta noche, y sin que usted se quede en la habitación.

—En tal caso, ese complemento le costará cinco mil libras esterlinas por añadidura, querido amigo. Pero si está de acuerdo, el trato queda cerrado —declaré estrechando su mano como si fuésemos dos chalanes intercambiando jumentos en una feria.

Lord Bentham se escapó por la noche de su lecho conyugal para entregarse de nuevo a la lujuria con Laüme. Por mi parte, aproveché sus retozos para proceder al encantamiento del príncipe de Gales. Un hechizo de amor es un sortilegio bastante simple de realizar, pero el operador no puede actuar solo. La presencia y la participación activa de la persona que lo encarga son esenciales para la buena marcha del proceso. Debo reconocer que la señora Simpson dio mucho de sí aquella noche. La energía que puso en obedecer mis órdenes contribuyó en gran medida a la eficacia del hechizo y nos evitó la molestia de repetir el proceso, como suele ser el caso cuando un brujo actúa por cuenta de una persona timorata. La experiencia le gustó tanto que me atreví a proponerle un segundo conjuro con el fin de atraerle a todos los gigolós a los que le apeteciera tener, sin que ello perjudicara en absoluto la calidad del primer hechizo.

—Entonces, ¿tendría el amor del príncipe y el placer de ver a todos los demás hombres a mis pies?

—Eso mismo. ¿Sería de su agrado, querida Wallis?

Al alba de aquella noche extraña, un inglés feliz y una americana doblemente satisfecha se cruzaron en los pasillos de la residencia principesca y se saludaron con un discreto movimiento de cabeza. Confiada y radiante, Simpson había gozado en

mis manos poco menos que Bentham en el vientre de Laüme.

Tres días después de esta doble sesión, tomamos de nuevo el camino de Berlín. Justo antes de despedirnos, vimos al príncipe estallar en cólera y tomar la defensa de la señora Simpson cuando uno de los invitados dejó escapar una alusión maliciosa a propósito de su relación.

—Antes nunca hubiera hecho una cosa así —nos confió Wallis, maravillada—. Si se casa conmigo, ciertamente se lo deberé a ustedes, y eso no lo olvidaré jamás.

Durante todo el viaje de regreso, no dejamos de felicitarnos por nuestro periplo escocés. La señora Simpson tendría aún que actuar por sí misma para asegurar definitivamente su posición, pero nosotros la habíamos provisto de un sostén sin el cual no hubiera podido resistir las formidables amenazas de las que era blanco. No pasaba una semana sin que recibiéramos una carta suya comentando la evolución positiva de su relación con el heredero de la Corona. «El príncipe parece cada día más enamorado de mí —escribía—. Se resiste a los ministros tan bien como a la furia de su padre, el viejo Jorge. Me han quitado ustedes un peso enorme de encima...».

Aunque estábamos encantados del resultado del hechizo, en aquellos momentos otros proyectos ocupaban todos nuestros pensamientos. Laüme no había abandonado la esperanza de conocer al Führer en persona y eso polarizaba toda su energía. A través de nuestro amigo Goebbels, fuimos invitados a la gran fiesta de verano que el truculento mariscal Goering daba tradicionalmente en su propiedad de Karin Hall.

—La recepción se celebrará dentro de seis semanas —me explicó Laüme—. Es la ocasión de mostrarle al Führer de lo que somos capaces y cómo pueden servirle nuestros talentos.

La idea de Laüme era ofrecerle a Hitler el secreto de los fetiches de protección. Desde que entró en política, el canciller había sobrevivido milagrosamente a varios atentados contra su vida, pero aquello había sido pura suerte. Con la hostilidad que su política suscitaba en el extranjero, no cabía duda de que se tramarían nuevos complots. Laüme quería tender un escudo delante de él, del mismo modo que había protegido en otros tiempos a Galjero, a Dragoncino y a mí mismo.

—Ese hombre es demasiado precioso —afirmaba—. No debe morir de una manera estúpida. Su desaparición sería una catástrofe para todo Occidente...

Con el fin de galvanizar nuestras energías, decidió que se cumplieran los términos del contrato suscrito en Escocia con lord Bentham. Volvimos juntos a Inglaterra. Instalados en la mansión familiar de los Bentham en Cornualles, nos encontramos con que el lord había urdido no sé qué vago pretexto para quedarse solo durante una semana. Su esposa y sus hijos se habían quedado en Londres y había dado permiso a todos los domésticos. Para ocuparse de la intendencia, Bentham, bajo un nombre falso, había contratado a tres muchachas escocesas a las que había hecho venir de Edimburgo en secreto. Excitado como un colegial, puso una mueca de disgusto cuando me vio bajar del coche en compañía de Laüme.

—Hubiera preferido quedarme a solas con su mujer, Galjero —gruñó, de muy

mal humor.

—A mi entender, la casa es bastante grande —repliqué—. Instálenme en el ala donde no vayan a estar, le prometo que no me verá durante toda nuestra estancia.

El viejo rezongó un poco, más que nada por llevarme la contraria, antes de ceder a mis deseos. Aproveché ese período para consagrarme a la lectura y holgazanear aún más que de costumbre. En el otro extremo del enorme edificio, Bentham gritaba en éxtasis. Me asombraba que aquel hombre en el tramo final de su vida pudiera aguantar tan bien el maratón amoroso que le imponía Laüme. Sus gritos resonaban a todas horas, de noche y de día, y acabaron por inflamar mis sentidos. Me insinué a las escocesas una tras otra, pero las tres eran decididamente demasiado feas como para provocarme auténticos deseos de tocarlas. Así pues, pasé una semana entera en cuaresma. Por fin, el período convenido con lord Bentham llegó a su término. Cuando volví a ver al inglés, se encontraba en un estado lamentable, mal afeitado, vestido con descuido, más delgado y fatigado, pero aun así parecía el más feliz de los hombres. Desnuda como Eva en el Paraíso, Laüme estaba sentada en sus rodillas torcidas y se dejaba alegremente palpar los senos por el viejo cerdo balbuciente, que ya no podía más.

—Sus siete días de orgía han pasado, Bentham —declaré con firmeza—. Acuérdense de nuestro trato. Ahora exigimos nuestra contrapartida.

Emitió un vago chillido cuando Laüme, al levantarse, liberó su pecho de sus manos:

—La fiesta ha terminado, sir. Haga venir a Sybil y a Patrick al castillo...

Bentham no se echó atrás. Había gozado hasta saciarse y se imaginaba que lo que nos entregaba era la virginidad de su progenie. Evidentemente, nosotros habíamos jugado con ambigüedad desde el principio, y pensábamos deshacer el equívoco en el último instante.

Sybil y Patrick eran unos adolescentes magníficos e inteligentes. El día siguiente pasamos una velada muy agradable en su compañía. Laüme les preguntó por sus estudios y sus lecturas; yo me interesé por sus ambiciones y sus esperanzas. Mientras tomábamos café y licores con su padre, Sybil cantó una pieza de la ópera *Lakmé*, de Léo Delibes, y su hermano la acompañó al piano. Cuando acabaron, Laüme se acercó con suavidad al joven y lo besó con avidez ante la mirada estupefacta de su hermana. Bentham pasó al salón contiguo cuando empezamos a desnudar a sus niños. Así empezó la orgía. Cuando Laüme hubo poseído a Patrick y yo a Sybil, saqué un puñal de mis ropas y les corté las venas a nuestros frágiles amantes. Tomado por sorpresa, Patrick no se defendió, pero la hermosa Sybil dio un grito de pavor que no podía confundirse con un gemido de placer. Bentham entró enseguida en la pieza.

—¿Qué han hecho? —gritó—. ¿Qué han hecho, monstruos?

Tomé una lámpara con un pesado pie de bronce y lo golpeé para dejar que Laüme se aprovechara de la sangre caliente de los jóvenes cuerpos tendidos, sin sufrir las jeremiadas de su progenitor. Hacía años que no sacrificábamos niños. Yo no había

hecho sacrificios a Taus desde mucho tiempo atrás, y aquello me vivificó de un modo extraordinario. Para el hada, la sangre era un líquido dinámico que modificaba la química de su organismo. En cuanto a mí, era el acto homicida en sí mismo, no la absorción de la materia, lo que constituía un poderoso coadyuvante. En mi caso, daba igual degollar a un retrasado o a un genio. Laüme, en cambio, se mostraba excesivamente sensible a la calidad sutil de lo que absorbía. Cuanto más desarrollado estuviese el espíritu del niño, más vitalidad extraía el hada de su fluido. Lo que sacó de los niños Bentham la llevó al éxtasis.

Terminada nuestra obra, partí a la caza de las tres criadas que dormían como benditas en su habitación y las maté sin ni siquiera despertarlas. De regreso al salón, esperaba encontrar a Bentham todavía inconsciente, y pensaba asestarle el golpe de gracia para ahorrarle el horror y la culpabilidad. Pero el viejo lord se había arrastrado fuera de la pieza y no pude encontrarle, pese a una búsqueda frenética. Había amanecido. Oí el canto de un gallo. El cielo estaba gris y caía una fina lluvia desde las nubes bajas. Era peligroso quedarnos en el castillo. Volví junto a Laüme, la sumergí en una bañera esmaltada, lavé su cuerpo de todas las escorias que lo cubrían, y después la vestí y la instalé en el asiento trasero del automóvil, bajo una cálida manta. Lánguida, sumida en un profundo torpor, el hada no había salido aún de su éxtasis. Al verla tan vulnerable y confiada, sentí de repente deseos de matarla allí mismo. Una furia me poseyó y corrí a las cocinas para apoderarme de dos grandes cuchillos de trinchar. Empuñando las armas volví al coche y me incliné sobre ella. Seguía tendida, inmóvil, parecía una presa fácil. Sólo tenía que hundir simultáneamente las dos hojas en su corazón y en el lugar donde debería estar su ombligo o en su coronilla para poner fin a su existencia y complacer a mi dios Taus... me encontraba apenas a un segundo de la inmortalidad. Mi corazón se puso a latir desenfrenado. Levanté las armas por encima del hada. De inmediato, sus guardianes sutiles me atacaron. Un terror creció en mi interior al tiempo que un terrible mareo se apoderaba de mí. Pero yo ya estaba entonces bastante curtido para luchar contra esos hechizos de bruja. Sin ceder al pánico, mi espíritu conservaba la voluntad de cometer el crimen, aunque mis músculos estaban demasiado contraídos para permitirme lanzar un golpe simultáneo. Pese a mi rabia, preferí renunciar. Dejé caer los cuchillos en la grava, me senté al volante, arranqué en tromba y corrí a toda velocidad por las carreteras campestres llenas de baches hasta Douvres.

Por la noche, hice embarcar a Laüme a bordo de un *ferry*. Ella titubeaba y la gente creía que estaba ebria. Hicieron falta aún cuarenta y ocho horas para que aquella especie de etilismo desapareciera, pero cuando dos días después de regresar a Berlín nos presentamos en casa de Goering, el hada había alcanzado el cénit de su belleza y su encanto.

Tuvimos que esperar casi hasta el alba antes de ser admitidos a presencia del Führer. Habíamos pasado horas conversando con unos conocidos bajo la copa de un árbol gigantesco donde habíamos encontrado a Ciano, Simpson y Mitford en

compañía de algunos SS de alto rango. A uno de ellos, por cierto, un corpulento oficial de origen noruego, le confiamos la misión de ayudarnos en una demostración espectacular destinada a probarle al canciller la eficacia de nuestros poderes protectores. Era la primera vez que veía a Thörun Gärensen, y me pareció muy simpático. Muy diferente de todos los otros miembros de la Orden Negra que había conocido hasta entonces, llevaba el uniforme como si él mismo no se lo creyera. Sin embargo, era uno de los colaboradores más cercanos de Heydrich y desempeñaba un papel eminente en las SD. Sus modales eran corteses, y su conversación animada por referencias tan variadas como eruditas. Tenía reputación de mujeriego pero —y esto quizá sea lo que lo hacía más especial— en ningún momento puso una mirada concupiscente sobre Laüme y, cuando ella se prendió de su brazo para cruzar un tramo de césped, se condujo como un verdadero hombre de mundo. De todos modos, deslumbrante en su vestido negro, ella hipnotizaba a todos los hombres presentes en Karin Hall. Hasta el terrible Reinhard Heydrich, de ordinario tan frío y distante, no pudo reprimir alguna mirada húmeda hacia ella. Y cuando rogamos a Gärensen que dejara la pieza para servir de sujeto de nuestras demostraciones de brujería, se retiró muy dignamente, a pesar del ingrato papel que le habíamos obligado a interpretar ante Hitler.

Tal como habíamos previsto, Hitler manifestó un gran interés por nuestra experiencia. Era un hombre de espiritualidad muy desarrollada. Quizás él mismo fuera un poco médium. Aunque no rechazó nada de lo sobrenatural, tampoco se mostró fascinado por lo oculto, y encargó a su ministro Himmler que nos proporcionase todo lo que necesitáramos para la realización de una serie de fetiches protectores dedicados a las principales personalidades de su gobierno. Al contrario que su señor, Himmler era un auténtico apasionado del ocultismo y la magia. Semanas antes de la recepción dada por Goering había ordenado la creación de un instituto de investigaciones, el Ahnenerbe, una de cuyas ramas estaba consagrada oficialmente al estudio de los fenómenos ocultos. Gärensen había sido nombrado director de ese organismo.

Algunos días después de nuestro encuentro en Karin Hall, recibí una invitación a cabalgar en su compañía en el parque de Tiergarten. Como yo, el noruego era amante de los caballos. Montaba un soberbio animal que le había regalado Heydrich. Repetimos varias veces aquellos paseos. Thörun hablaba poco, pero me gustaba su compañía. Sentía que era al mismo tiempo ingenuo y perspicaz, débil y voluntarioso: unas paradojas que eran un poco las mías propias. Descubrimos que teníamos algunos intereses comunes y empezó a crearse una cierta confianza entre ambos, hasta el punto de que le pedí visitar aquel Ahnenerbe que tanto me intrigaba. El instituto tenía interés y ciertamente estaba lleno de gente de buena voluntad, pero pronto comprendí que los que participaban en él y los pretendidos especialistas que lo animaban eran vulgares universitarios, y no auténticos practicantes del ocultismo como yo había esperado. Le hice este comentario, no sin presunción, a Gärensen y, cuando le dije

que yo mismo era un poco brujo, me tomó por un loco.

Me estaba despidiendo de mi anfitrión cuando, en el pasillo que llevaba a su oficina, me crucé con una joven cuyo rostro y apariencia llamaron mi atención. Alta, rubia, atlética, poseía un encanto extraño pese a la dureza de sus rasgos y su gélida mirada. Nos miramos un segundo y después dejé a Gärensen para regresar al Edén. A lo largo de todo el trayecto no dejé de pensar en esa muchacha de quien lo ignoraba todo. Después de la pequeña parisina Sandrine, no había vuelto a enamorarme. Había deseado a las mujeres, cierto, y a menudo había amado apasionadamente a Laüme, aunque con un amor fuera de lo normal, inhumano, violento, rencoroso, incomparable con ningún otro. Pero yo sabía que había cambiado profundamente desde la época de los románticos y que ya no podría volver a enamorarme como entonces. Y sin embargo, el rostro de aquella desconocida había hecho mella en mí.

Laüme era extremadamente sensible a mis humores, y percibió enseguida que una imagen asediaba mi mente. Cuando aquella misma noche le hice el amor, en mis pensamientos era a la sílfide a la que tenía en mis brazos. En lugar de enojarse, el hada se divirtió.

—Estás pensando en otra, Dalibor, lo noto —dijo, para picarme—. ¿Por qué no te vas a buscarla?

—No sé quién es. Y no tengo intención de ponerme en ridículo buscándola por todo Berlín.

—Como gustes, mi buen Dalibor...

Desnudas, más que desnudas, vestidas sólo con sus joyas y sus altos escarpines, las dos permanecían delante de mí. Laüme y Ostara Keller. En nuestra *suite* del Edén, las dos muchachas se entregaban al placer desde hacía una hora sin que yo gozara aún del derecho a unirme a ellas. Era la regla del juego. Yo no sabía bien cómo, pero Laüme había conseguido encontrar para mí a la muchacha que me había gustado tanto en los pasillos del Ahnenerbe. Desde que se dejó desvestir, Ostara no había dejado de sorprenderme. Bajo su apariencia glacial, era una furia, una gozadora experta y sibarita que aceptaba con docilidad toda suerte de fantasías. Laüme, yo lo sabía, no había practicado sobre ella ningún hechizo destinado a desatar unos sentidos adormecidos o a abrir por la fuerza un espíritu púdico al libertinaje. No: Ostara era sensual y perversa por naturaleza. Cuando por fin llegó mi turno de poseerla, me dio satisfacciones raras y prolongadas que Laüme contemplaba sin interrumpirnos. Desde aquel día, Keller se convirtió en una habitual de nuestros juegos eróticos. A menudo consagrábamos noches enteras a acariciarnos mutuamente.

Keller ocupaba no sé qué puesto en el Ahnenerbe, y era una patriota ejemplar. Al igual que Laüme, estaba convencida de la superioridad del régimen nacionalsocialista y detestaba las democracias tanto como el bolchevismo. Sus convicciones eran tan vivas que, después de pasarse horas en nuestros brazos, aún era capaz de sostener una

discusión política con Laüme. Cuando esto sucedía, yo dejaba la habitación y me encerraba en el salón a leer, fumar o escuchar un concierto en la TSF.

Un domingo soleado de octubre, Gärensen quiso llevarnos a la costa a Laüme y a mí. Llegado en 1931 a Alemania, el noruego frecuentaba con regularidad la estación balnearia de Heringsdorf. La anécdota no merecería ser mencionada si no fuera porque, al regreso a Berlín, de pronto Laüme me pareció muy soñadora.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En todas esas obras que florecen en Berlín.

—Creo que son los preparativos para los Juegos Olímpicos. ¿Por qué te interesa eso?

—Porque será algo grandioso. Habrá una muchedumbre vibrante de pasiones exacerbadas. Es una energía que podríamos captar en nuestro provecho... y que podría servir para alimentar un *palladium*, por ejemplo. Esa piedra permitiría proteger toda la ciudad y actuaría, igual que los fetiches, en provecho de una persona en particular.

Me estiré en la cama y crucé las manos detrás de la nuca para reflexionar un instante.

—¿Crees que sería posible? ¿Conoces la forma de operar de un talismán así?

Laüme dejó caer el vestido a sus pies, desnudó sus senos y aguzó con los dedos sus puntas rosadas antes de venir a cabalgarme. Mi sexo se hundió con delicia en el suyo. Su piel sabía a sal y arena.

—No conozco el ritual exacto —reconoció, iniciando un suave balanceo de caderas—. Pero podríamos buscar referencias. Los Juegos se desarrollarán dentro de nueve meses. Eso nos concede algo de tiempo...

Aunque no lo juzgué demasiado pertinente, simulé interesarme en la idea de Laüme. Veía en esas investigaciones una excelente oportunidad para dejar por un tiempo Berlín, cuya atmósfera cuartelaria empezaba a pesarme.

—Vittorio Caetano posee informaciones interesantes en su biblioteca —sugerí—. Quizá sería una buena idea ir a verlo.

No sé con exactitud qué fantasía me impulsó a ello, pero invité a Thörun Gärensen a que me acompañara en aquel viaje. Por desgracia, me fue imposible entrar en contacto enseguida con Caetano. El viejo loco estaba en casa, pero inmerso en un trabajo de renovación corporal que exigía un aislamiento total y que aún se prolongaría durante unos días. Mientras esperaba a ser admitido en *el palazzo*, permanecí en compañía de Gärensen. Cuanto más frecuentaba al noruego, más digno de confianza juzgaba a aquel joven. Atrapado en una compleja maquinación, se había visto obligado a integrarse en las SS algunos años atrás para servir a los intereses de Reinhard Heydrich. Su historia me conmovió. En muchos aspectos guardaba similitudes con la mía. Ni él ni yo éramos dueños de nuestros destinos, y eso reforzó la simpatía que sentíamos el uno por el otro. Sin revelárselo todo acerca de mi pasado, llegué a confesarle sin ambages los motivos de nuestra presencia en Berlín.

¿De qué habría servido ocultarle la verdad a un hombre al que habíamos tomado como asistente en la demostración de nuestros poderes en Karin Hall? Como se mostró tan incrédulo como lo había sido Wallis Simpson, me entretuve, a fin de convencerlo, en confeccionar dos fetiches para su uso personal. El primero era un guardián, el segundo, un talismán seductor que lo transformó en un verdadero imán para las mujeres. Gärensen no podía dar un paso por las calles de la Serenísima sin ser objeto de una mirada poco discreta o de una invitación explícita. La ciudad era para él un parque de atracciones en el que todas las mujeres eran atracciones gratuitas, complacientes, disponibles de inmediato.

Mientras él dedicaba sus jornadas a complacer a sus amantes, yo acudía al domicilio de Caetano con el fin de consultar los innumerables volúmenes de su biblioteca. Casi llegado al término de su ejercicio de ascesis, el conde me había autorizado a recorrer los pasillos de su palacio tanto como me placiera. Durante quince o veinte días seguidos, hojeé sus colecciones sin encontrar nada que satisficiera mi curiosidad; después, mientras examinaba un texto de apariencia anodina, descubrí por fin elementos de ritual susceptibles de ser utilizados en la elaboración de una gran piedra protectora. El descubrimiento del *Pretiosa Margarita Novella* marcó el final de mi estancia en Venecia. Gärensen no regresó conmigo. Creo que se había enamorado de una chica a la que conoció en una recepción ofrecida a orillas del Gran Canal. En el tren que me llevaba a Berlín, releí el conjunto de notas que había tomado en casa de Caetano. Mis descubrimientos desbordaban ampliamente el estricto marco que yo me había fijado. Le había sustraído al veneciano dos textos únicos que hablaban con medias palabras de *Izsfrawartis*. Uno era un breve manuscrito redactado en griego antiguo en un estrecho rollo de papiro; el otro, un doble folleto en francés que encontré, sin razón aparente, colocado entre las páginas de una edición milanesa del *Tiers Livre* de Rabelais. Ambos escritos, que eran anónimos, tenían la estructura de *epyllion*, epopeyas muy breves que mezclan el relato de hazañas guerreras, pasajes eróticos, odas versificadas e imprecaciones erráticas. Para cualquiera no iniciado en el secreto de las *frawartis*, no eran más que piezas literarias mediocres. Para mí, en cambio, constituían testimonios auténticos, redactados por hombres que habían conocido el favor de las hadas.

Los dos relatos me aterrorizaron. Advertían sin cesar contra los demonios de vientre liso.

Si ocurriera que un ángel negro volviera hacia ti su sublime rostro, rehúsa sus avances, pues su cara no es más que una máscara bajo la que se ocultan las muecas más repugnantes. Se aferrará a tu destino y se arrogará el derecho de modelarte a su gusto. Te convertirás en su esclavo. Los placeres que te dé serán efímeros y vanos. Tus noches estarán tejidas de amargura y tus días serán semejantes a ríos de tristeza. Soldado, no seas demasiado ardiente en la batalla. Sacerdote, no seas muy ferviente en tus plegarias.

Hombres, manteneos mediocres, u os exponéis al riesgo de que las garras de las mujeres-hada se posen en vosotros...

El relato francés era aún peor y sus advertencias más claras. Quien lo había redactado decía haber vivido tres siglos al lado de su Venus anónfala: tres siglos de horror, de tormento, de locura...

Tú que para tu desgracia conoces una suerte semejante a la mía, pierde toda esperanza, porque nada te salvará. Quizá resistas cien años en poder de tu hada, quizás aún un poco más... Pero cuando creas que no tienes nada que temer de ella, entonces, como si se quitara una capa de los hombros, te mostrará su verdadera naturaleza. Los placeres que te haya dado, te los hará pagar a un precio más alto que si hubieras vendido tu alma al propio Satán. El peso del océano contra las arenas del fondo de las aguas no sería mayor sobre tu pecho que el de ella cuando se tienda encima de ti y te diga una vez más: «Te amo». Entonces, desearás no haber existido nunca y le suplicarás una muerte que ella no te concederá. Buscarás ayuda, pero nadie estará allí para ayudarte. Vida y muerte te serán igualmente negadas, y los limbos chirriantes se convertirán en tu dominio eterno...

ENEMIGOS, VÍCTIMAS Y DISCÍPULOS

Desde que los descubrí en las polvorientas estanterías de la biblioteca de Caetano, los epyllion no dejaban de torturarme. A fuerza de releerlos me los aprendí de memoria, y cada vez que mi mente se relajaba sus frases empezaban a dar vueltas en mi cerebro en una letanía infernal. Las advertencias que dejaban caer en todos los tonos acabaron por persuadirme de que debía adoptar una actitud más desafiante ante Laüme. Hacía mucho que había bajado la guardia. Si, por cualquier razón, Laüme se volviera contra mí de repente, podría ocurrir que las armas que me había forjado en el valle de Lalish se revelaran embotadas. Pero ¿cómo restablecer mis líneas de defensa? Pensé, desde luego, en mi maestro Nuwas; pero ignorando dónde se encontraba o si estaba vivo siquiera, era un recurso al que no podía acceder. Entonces se me ocurrió la idea de acudir a Thörun Gärensen. Su Ahnenerbe era un hormiguero que reunía investigadores y especialistas de lo más variopinto. Mis esperanzas de encontrar allí a un hombre capaz de ayudarme eran escasas, pero valía la pena intentarlo. Mi petición sorprendió al noruego, y tuve que insistir y hacerme pesado para que accediera. Al fin, me condujo una noche a las oficinas de Pücklerstrasse, y escruté a conciencia las hojas de servicio de los miembros del instituto hasta que mis ojos se detuvieron sobre el *dossier* de un tal doctor Hezner.

—¿Hezner? —dijo Gärensen, muy sorprendido—. ¿Quiere usted conocer al doctor Ruben Hezner?

—Eso mismo, amigo mío.

Como no sabía nada de la historia de Mose Tzadek y de Yohav, Gärensen, por supuesto, no podía entender qué motivos me inducían a conocer a ese extraño rabino. En cuanto me hallé en presencia del hombre, supe que tenía delante a un sujeto de lo más interesante. Era evidente que Hezner era algo más que un simple erudito. Desprendía un gran magnetismo y sentí que poseía dones de extralúcido. Al hilo de nuestras conversaciones, llegué a la certeza de que era del mismo temple que aquel Mose Tzadek que había estado a punto de causar la muerte de Laüme. Hezner, estaba seguro, compartía la misma fibra, el mismo poder. Sin embargo, no practicaba las artes negras. Estudiaba el simbolismo, la angeología, la cabala y la numerología en un plano estrictamente intelectual y jamás había lanzado ningún hechizo. Quise hacerle entrever las posibilidades que su naturaleza le ofrecía, pero él se irritó y rehusó cooperar, pese a no pocas amenazas y promesas. Esto me enfureció aún más si cabe, porque una prueba rudimentaria que había intentado con él se reveló extraordinariamente concluyente.

—Sólo se trata de observar con discreción a alguien por un minúsculo orificio practicado en un tabique. Nada más. Apenas durará unos segundos, pero quisiera conocer su opinión sobre la persona a la que va a ver.

Hezner aceptó y vino a mi casa. Lo instalé de manera que pudiera escrutar a Laüme, que se encontraba en su habitación. El resultado excedió mis expectativas: el hada no tardó en sentir un malestar tan vivo que cayó rodando por el suelo, babeando como una epiléptica. Cuando Hezner salió, Laüme recuperó lentamente el ánimo, pero sus rasgos descompuestos y sus ojos turbados demostraban bien a las claras que acababa de pasar por una crisis de angustia cuyo origen ni siquiera conocía. Por desgracia para mí, todas mis tentativas para ganarme la colaboración del rabino fracasaron. Estaba entregado a una misión que lo ocupaba por entero, y nada pudo apartarlo de su misterioso proyecto.

Mientras redoblaba mis esfuerzos por que Hezner se uniera a mi causa, Laüme finalizaba la preparación del fetiche protector destinado a Adolf Hitler. Cuando la estatuilla estuvo operativa, ella misma la llevó a Berchtesgaden, a la residencia privada del Führer. Encantado del trabajo realizado, éste le expresó su reconocimiento y la autorizó a proceder a la elaboración de otros guardianes sutiles para uso de sus colaboradores más cercanos. Algunas semanas más tarde, Himmler, Goebbels, Heydrich y Goering estaban provistos de protecciones del mismo tipo.

Durante mi viaje a Venecia en compañía de Gärensen, Laüme había juzgado oportuno iniciar a la pequeña Keller en algunas de nuestras prácticas. Alumna dotada y muy interesada en las artes ocultas, Ostara aprendía sus lecciones con pasión y con gran entrega. Cuando Laüme se negaba a revelar una enseñanza, venía a mí para sonsacarme la información que esperaba. Aunque no cedía a todos sus caprichos, fui lo bastante generoso para enseñarle los mecanismos de encantamiento elementales y hacer de ella una bruja notable. La pájara era retorcida y no tenía miedo de nada. Su audacia hacía reír a Laüme, quien le contó algo de nuestra vida y la asoció al proyecto del *palladium*.

—Trabaja por cuenta de ese Ahnenerbe que tanto te interesa, Dalibor. Te aseguro que podemos fiarnos de ella...

Preparar un talismán para una ciudad entera se reveló una tarea agotadora. Sin embargo, fue en esa ocasión cuando el vivero de niños que constituían nuestros centros educativos mostró toda su utilidad. Ostara Keller encontró, a petición nuestra, una gran piedra negra, que hicimos instalar en el subsuelo de una vasta mansión de estilo moderno, requisada por nuestro amigo Heinrich Himmler para nosotros. Fueron necesarias numerosas horas de preparación y meditación antes de que pudiéramos practicar una serie de sacrificios destinados a hacer la piedra totalmente porosa a las influencias que la multitud vertería sobre ella a raudales durante la duración de los Juegos. Los niños a los que hicimos venir de la India y de África permanecían a la espera ante las ceremonias sangrientas previstas para los meses de abril y mayo.

La energía que debíamos consumir para estos rituales preparatorios era colosal y el esfuerzo me dejaba literalmente agotado. A Laüme, en cambio, aún le quedaban

fuerzas para buscarse distracciones. Keller le había presentado a uno de sus colegas del Ahnenerbe, un joven francés pretencioso de nombre Dandeville. Laüme lo convirtió en compañero de cama por algunas noches y después se divirtió consumiéndolo a fuego lento. Dandeville, que era amigo íntimo de Gärensen, estaba a punto de perecer cuando Thörun acudió a suplicarle a Laüme que perdonara a su compañero. Entre ambos se estableció un acuerdo cuya naturaleza yo adivinaba. Thörun compró la vida de su amigo a cambio de ímprobos sacrificios. Mancillado, herido en lo más hondo de su ser, el noruego también se distanció de mí tan pronto como Laüme aflojó sus cadenas. Por desgracia, este episodio tuvo enojosas consecuencias para nuestra pareja. Yo me había confiado demasiado a Gärensen. El hada lo obligó a que le revelara los detalles de nuestro viaje a Venecia y el secreto de mi encuentro con el doctor Ruben Hezner. Cuando comprendió que yo conspiraba contra ella, Laüme entró en aquel mismo estado de cólera que la había poseído cuando intenté en vano sacrificar a Lorette y a su hijo en lugar de a Sandrine y al mío. Por un instante creí ver la silueta del cochero cojo regresar de entre los muertos para arrojarme bajo los puentes de París. Pero Laüme hizo amainar su furia con rapidez. Quizá pensaba que no era el momento adecuado para una ruptura definitiva. Los rituales de activación del *palladium* sólo estaban en sus inicios y ella me necesitaba para llevarlos a cabo. Fingió que sus sentimientos hacia mí mejoraban, pero yo sentía que su confianza había quedado profundamente alterada. No obstante, representamos la comedia de la reconciliación y proseguimos como si nada nuestro trabajo de grabar símbolos en la piedra.

Por fin llegó la hora de tomar una decisión. Para activar el *palladium*, era necesario sacrificar a un adulto además de a los niños.

—Utilizaremos a tu pequeño protegido, Gärensen —decidió Laüme—. ¿Qué te parece?

No puse objeciones. Aunque él no fuera del todo responsable, Thörun me había traicionado y tenía ganas de castigarle por su debilidad. Por desgracia, la víctima exigida por el ritual tenía que haber pasado previamente una ordalía, una prueba calificadora, que no podíamos ignorar. Intensifiqué los acercamientos y aseguré al noruego que nada había cambiado entre nosotros pese a sus relaciones con mi esposa. No desconfió.

En aquella época, el Ahnenerbe organizaba trabajos de reparación en las ruinas medievales de Wewelsberg. Ese lugar era un don del cielo: un castillo totalmente aislado en pleno bosque, inmenso dédalo de torres hundidas, de corredores oscuros, de murallas y de salas gigantescas; resultaba un teatro idóneo para las operaciones que debíamos realizar en torno al *palladium*. Solicitamos el permiso de Himmler, e hicimos instalar la piedra en los subterráneos. Después, procedimos a los primeros rituales mortuorios. La piedra reaccionó perfectamente a las lustraciones de sangre. Animados, multiplicamos las oblaciones con vistas a reforzar la potencia del fetiche. La tarea que le habíamos asignado no era pequeña: la piedra debía —nada menos—

convertir en un imposible la toma de la ciudad por ejércitos terrestres, desviar los ataques aéreos, e incluso expulsar a todos los espías de sus calles.

Ostara Keller nos secundaba ya oficialmente. Era ella quien nos traía a los niños antes de los sacrificios y se encargaba de los detalles de organización y articulación de nuestros trabajos con los servicios especiales de Himmler. Se consagraba por entero a su tarea y no manifestaba ninguna repugnancia al vernos asesinar a los niños. Yo admiraba su indiferencia, su frialdad. Si yo hubiese poseído su naturaleza despiadada, mi vida con Laüme habría seguido un curso diferente desde el primer día; en cambio, había tenido que franquear muchos obstáculos para llegar al punto desde el que Keller partía...

La noche del último día de abril de 1936, me presenté de improviso en casa de Gärensen para conducirlo a las criptas de Wewelsberg, con el fin de someterlo a la iniciación necesaria. Por fortuna, el noruego resistió de forma bastante aceptable las pruebas que le hicimos sufrir; de no haber sido así, habríamos tenido que buscar otra víctima; probablemente, sacrificar a Keller. Por fin llegó el período de los Juegos Olímpicos. Hicimos colocar la piedra en un escondrijo bajo la tribuna oficial, en la vertical de la posición de Adolf Hitler, exactamente allí donde se polarizaba la atención del público. Durante los quince días que duró el evento, el *palladium* se cargó de la histeria liberada por la masa berlinesa; después, una vez que la llama del pebetero que dominaba el estadio se extinguió, devolvimos la piedra a Wewelsberg. La hora del último sacrificio llegaba al fin...

Aquella noche nada sucedió como estaba previsto. Todavía hoy ignoro cómo pudo Gärensen prever su sacrificio, pero cuando estábamos a punto de traspasarle el corazón, consiguió inyectar una sustancia disolvente en el interior del *palladium*. Toda nuestra obra se destruyó en un instante. Las energías contenidas en la piedra entraron en ebullición y el talismán empezó a difundir su influencia de manera errática. Cuando una operación de carga se desarrolla mal, los fluidos se vuelven inevitablemente contra quienes la han iniciado. El choque era lo bastante poderoso para matarnos en unas semanas a Laüme y a mí. Así, después de desembarazarnos de Gärensen precipitándolo en las mazmorras de Wewelsberg, abandonamos el castillo en un estado de locura indescriptible. Tras errar sin fin en la noche cerrada, hasta la mañana siguiente no recobramos la calma para poder reflexionar con serenidad.

—Debemos desactivar la piedra —anunció Laüme—, y hay que hacerlo pronto.

—Entonces, empecemos esta misma noche. Pero no sé cómo proceder.

—Yo sí —afirmó el hada—. Pero vamos a necesitar mucha sangre, sangre de calidad. Además, será necesario actuar lejos de aquí. Lo más lejos posible de las energías contenidas en el *palladium*. Muy lejos de los nazis.

—¿Por qué no en la casa de Calcuta? Tenemos un gran pensionado en la ciudad, y la mansión de Shapur Street es muy vasta. Nadie vendrá a molestarnos...

A Laüme le satisfizo la propuesta y nos dispusimos a trasladar el *palladium* a la India. Bajo la tapadera de una misión de espionaje para la SD, Ostara Keller fue

enviada con el fin de preparar nuestra llegada y secundarnos en nuestras operaciones; pero la desgracia nos persiguió durante aquel viaje y las contrariedades se acumularon. El azar quiso que por aquellos días el rey Eduardo VIII emprendiera una gira por sus provincias hindúes. Aunque Wallis Simpson iba a su estela más que nunca, no podía mostrarse a su lado oficialmente. Por eso, y a la espera de que él concluyera su gira formal, nos pidió permiso para residir en nuestra casa en Bengala. Insistió tanto que nos fue imposible negarnos.

—No te inquietes —me dijo Laüme pasándome los dedos por los cabellos—. Somos lo bastante fuertes para neutralizar la piedra y quedar bien con Wallis. Está aquí para pedirnos un deseo que redunde en nuestro interés y que no podemos negarle.

—¿Cuál es su nuevo capricho? ¿No le basta con la posición de amante única del rey?

—No, Dalibor. ¡Ahora quiere ser reina!

Quizá tendríamos que haber elegido otra ciudad en vez de Calcuta e ir a África en lugar de a la India. Desde que supieron que Wallis Simpson iba a ser nuestra huésped, los servicios secretos de la Corona sometieron nuestra propiedad a vigilancia y enviaron a uno de los suyos para velar por Wallis, como una carabina. El tipo en cuestión era un oficial muy joven del MI6 con un apellido galés tan ridículo como impronunciable, de una torpeza crónica y de un candor inimaginable. Patoso hasta lo indecible, sin duda virgen, enrojecía como un volcán en erupción cuando veía a Wallis o a Laüme pasearse ligeras de ropa ante él. Riendo como colegialas, las dos amigas multiplicaban las provocaciones y las bromas para excitarlo. En algún momento creí que acabaría por mandar a hacer gárgaras su dignidad y sus elevados principios para convertirse en un perrito obediente deseoso de rodar a los pies de Laüme; pero eso no ocurrió. Por otra parte, aunque a Tewp le faltara seguridad, no era apático ni estúpido como yo había creído. Muy al contrario, se mostró lo bastante perspicaz como para sospechar que a nuestro alrededor se producían acontecimientos extraños. Más de una vez lo sorprendí rondando sin razón aparente cerca de la *stupa*, en cuyo subsuelo habíamos hecho depositar el *palladium*. No me inquieté demasiado por ello, porque había hecho construir la torre según el modelo de los edificios yazidi del valle de Lalish. Rodeada de guardianes, suscitaba en los que se acercaran indebidamente vómitos, malestar, angustia y terror.

Los días durante los que Wallis residió en nuestra casa fueron notablemente agotadores. De día, debíamos representar el papel de mundanos despreocupados, mientras que de noche nos ocupábamos en neutralizar las energías mortales que emanaban del *palladium*. Deshacer el trabajo que habíamos cumplido en las criptas de Wewelsberg exigía una labor aún mayor. Ni Laüme ni yo habíamos participado nunca en una obra tan peligrosa, e ignorábamos si nuestras prácticas llegarían a buen

término o se saldarían con un fracaso irreversible. Lentamente, procedimos a la extracción del líquido condensador contenido en la piedra negra: una operación que resultó más mecánica que litúrgica. Nuestros rezos y cantos no eran más que pretextos para la concentración; nuestra desnudez ritual, una manera de significar nuestra humildad. Sabíamos que en cuanto el *palladium* estuviera vacío la materia que formaba su alma se lanzaría en busca de sus creadores. Por eso debíamos interponer víctimas entre ese ácido sutil y nosotros. Una vez más, recurrimos a los niños de nuestra fundación de Calcuta. Al principio, los suizos que dirigían el establecimiento nos dejaban disponer de los niños sin más preguntas. Pero como nuestro trabajo se retrasaba a causa de la presencia en casa de Tewp y Wallis, terminaron por inquietarse por la suerte de sus pequeños pensionistas. Les hicimos esperar, con diversos pretextos, todo el tiempo que pudimos.

Cada amanecer, Laüme y yo regresábamos agotados del subsuelo de la torre. A causa de nuestros actos, los niños inmolados se transformaban en cadáveres desecados y quebradizos, momias grises y marchitas en las que solamente los ojos se conservaban curiosamente intactos. Por precaución, vertíamos oro fundido en sus órbitas para sellar definitivamente los cadáveres e impedir así que el fluido absorbido supurase por los orificios. Pese a todo, nuestros trabajos daban fruto. Tanto Laüme como yo sentíamos que el *palladium* perdía poco a poco su fuerza. En el momento en que el rey Eduardo VIII franqueaba la verja de nuestra propiedad de Shapur Street, casi habíamos conseguido su extinción. La llegada del rey, no obstante, era inoportuna. Su presencia conllevó el acantonamiento de nuevas escuadras de militares y agentes en nuestro parque, mientras que el joven Tewp se mostraba cada vez más desconfiado y empezaba a comportarse de un modo muy extraño. Mis sospechas se vieron confirmadas cuando Ostara vino a informarnos de que el oficial le venía pisando los talones desde su llegada a la India. Ella había ejercido prácticas de brujería para neutralizarlo, pero había sido en vano.

—La magia no lo es todo, Ostara —le dije yo a modo de reprimenda—. Cuando el peligro es inminente, una bala en la cabeza es más rápida y cuesta menos trabajo. ¡No se lanza un hechizo cada vez que alguien te molesta!

—Es hora de partir —decidió Laüme—. El *palladium* ya no es un peligro para nosotros, pero el aire de Calcuta se está volviendo irrespirable con todos esos ingleses. El rey sale de caza mañana por la mañana. Aprovechemos para eclipsarnos.

Las manchas de sangre de mi mano no se iban frotándolas con un trapo seco. Al volante de su largo Bugatti, Laüme corría a gran velocidad justo delante de mi coche. Le hice señas con los faros para pedirle que se detuviera. Mojé mi pañuelo en una acequia y me libré de las manchas carmín incrustadas en mis uñas y en mis puños. Nuestro último gesto antes de dejar Calcuta había sido hacer desaparecer a los responsables de nuestro orfanato, que constituían testigos inoportunos. El asunto

había salido mal, por desgracia, y nos habíamos visto obligados a cometer una carnicería expeditiva con todos los pensionistas.

—Tu traje también está manchado —observó Laüme.

—No pienso volver a Berlín —dije—. El fracaso del *palladium* no nos deja en buen lugar ante la cancillería.

—Lo sé —convino Laüme con un suspiro, mientras apretaba el nudo del pañuelo que llevaba en el pelo—. ¿Qué sugieres?

—América del Sur, quizás... o Asia.

De este modo, viajamos a China por primera vez en nuestra vida, y permanecemos allí varios meses, en un estado agobiante de aburrimiento e inactividad. Laüme echaba de menos Europa, pero habíamos dejado allí demasiados rastros sangrientos como para arriesgarnos a volver en mucho tiempo.

—Todo era más fácil en otras épocas —dijo Laüme—. El mundo era más vasto y las conquistas más estimulantes. Hoy en día, no sé qué objetivos fijarme.

—¿Ya no quieres concebir un niño? —pregunté.

El hada se encogió de hombros.

—Algún día. Pero dentro de cierto tiempo. ¿Y tú? ¿Qué tienes pensado hacer?

—No lo sé —respondí sin mentir.

Nos fuimos a Estambul, donde vivimos juntos a la orilla del Bósforo. Después, una mañana, Laüme quiso partir. Fue poco después de que Francia e Inglaterra le declararan la guerra a Alemania. Yo no tenía ganas de volver a Europa, y América me repugnaba. Decidí quedarme. El hada me dejó sin revelarme su destino.

Fue en ese período, mientras el mundo entero se sacudía por la guerra, cuando se me ocurrió la idea de escribir mi historia. A ejemplo de los dos *epyllion* encontrados en la biblioteca, narré en apenas cinco o seis cuartillas el niño que había sido en Rumania, cómo había sido condenado a muerte en la horca, cómo un ángel terrible y magnífico me había devuelto la vida y cómo había tenido que convertirme en un asesino y un torturador sin moral para sobrevivir a su lado. Cuando terminé de escribir, dejé mi relato en un escondrijo de la gran biblioteca, con el deseo de que un día fuera descubierto por un hombre más sabio de lo que yo lo sería jamás...

ACEDIA

La guerra había empezado lejos de mí. Turquía, territorio neutral, era un puerto de acogida para los apátridas, los cobardes, los fugitivos, las ruinas de todo tipo. Como yo pertenecía a todas esas categorías, Estambul era para mí una residencia muy indicada. Leyendo los periódicos cada mañana mientras tomaba café en el puesto de Galata, conocí los detalles de la derrota francesa, de la batalla de Inglaterra, los movimientos de las tropas del Eje en la Unión Soviética y la entrada en guerra de Estados Unidos. Después, un día de 1942, leí en el Times que Reinhard Heydrich había muerto. Los fetiches que habíamos fabricado para proteger a los dignatarios del régimen nazi ya no operaban. ¿Qué había pasado? Alguien había debido de destruirlos... Pero ¿quién? ¿Y cómo? De todos modos, la pregunta no me obsesionó demasiado, tan poca era la atención que prestaba a las locuras de este mundo.

Pensaba en Laüme. Lejos de ella estaba tranquilo, pero la echaba de menos. Sufría ese estado de acedia descrito a veces por los autores antiguos, que se caracteriza por una languidez, una tristeza abrumadora que me volvía amorfo, sin deseos, apático. Aquello había empezado desde el instante en que Laüme se inclinó sobre mí —cuando yo estaba tendido en la mesa de la morgue en Bucarest— para impedir que se extinguiera la línea de los Galjero. Y no había hecho más que crecer al hilo de los años. Un lento disgusto por la vida que nunca había sentido cuando era niño, ni como ayudante de Forasco, ni siquiera cuando sostenía a mi padre borracho como una cuba para lavar sus manchas. Tenía más ganas de vivir entonces que ahora. Cada vez que huía de ella, pensaba desembarazarme de aquel torpor, de aquella impotencia, y regresaba junto al hada creyéndome templado como el acero. Siempre. Incluso cuando atravesé solo los horrores del valle de Lalish al lado de Nuwas, o cuando había creído encontrar una prueba de mi fuerza en la ejecución de crímenes gratuitos.

Todo aquello no era más que engaño, teatro... Mi verdad tenía su fuente en Laüme y por eso, a la primera señal, volvía a su lado. La había obedecido. Simplemente había obedecido a su voluntad como haría un perro bien adiestrado, un drogadicto que vuelve a la jeringuilla después de una vana tentativa de abstinencia.

A principios de 1944, Laüme ocupaba de nuevo nuestra casa de Berlín. «Aquí no tenemos nada que temer. Ven a reunirme conmigo», me había escrito, sin más explicaciones. Dejé las orillas del Bósforo y me dirigí hacia el norte. Alemania ya había perdido la guerra, y los dos lo sabíamos. Sólo los idiotas, los inconscientes o los fanáticos podían seguir creyendo en la victoria. Berlín vivía al ritmo de los bombardeos, y barrios enteros ardían cada noche. Laüme me contó que durante algún tiempo había continuado con la formación de la pequeña Ostara Keller y que incluso le había confiado la custodia de los fetiches.

—Keller era prometedora. Su apetito de conocimiento era inmenso, y ningún escrúpulo entorpecía su bonita cabeza. Esa es una rara virtud, y yo deseaba saber hasta dónde podía llegar. Pero esa idiota ambiciosa no supo cumplir tu cometido correctamente. Al final, los fetiches fueron destrozados. Todo lo que habíamos conseguido en los últimos años ha sido en vano...

Aunque ya no había nada que hacer, aún permanecemos algún tiempo en la capital. A Laüme le gustaba la atmósfera de fin del mundo que reinaba. Yo tampoco era insensible a ella. Las ruinas parecían el reflejo de mi alma. Por la noche, durante las alarmas, íbamos a bailar a veces en estaciones de metro convertidas en *cabarets*. Con un vaso de alcohol en la mano, intentábamos reír más fuerte que el sordo batir de las bombas treinta metros sobre nuestras cabezas. Una noche en la que Laüme y yo besábamos por turno a una muchacha encontrada al azar, percibí la silueta de Thörun Gärensen entre el barullo del refugio. Aquello hubiera debido producirme una gran sorpresa, pero apenas esboqué una sonrisa.

—Mira quién está aquí —le dije a Laüme—. Nuestro amigo Gärensen encontró el medio de salir de la fosa de Wewelsberg. Creía que habíamos arreglado cuentas con él hace mucho tiempo.

Pero Laüme, sin contestarme, se limitó a encogerse de hombros y pegó su boca a la de la desconocida como si nada ocurriera. Entorpecido por el gentío, no pude acercarme a Thörun para hablar con él, y, de pronto, una explosión por encima de nosotros, más violenta que las precedentes, hizo vacilar la luz. Cuando ésta se restableció, Thörun había desaparecido de mi campo visual.

En un primer momento, el encuentro me hizo gracia y no me preocupó, pero según fueron pasando las horas aquel incidente me inquietó. Pregunté de nuevo a Laüme, pero el hada permaneció muda, tan muda como puede serlo una mujer cuando tiene algo que ocultar. Al final del día, mi irritación fue en aumento, se convirtió en sospecha y después en abierta cólera. Tuvimos una escena a mediodía y otra más violenta por la noche. Harta de mi insistencia, Laüme reconoció por fin que sabía desde hacía tiempo que Gärensen no había muerto en las profundidades de Wewelsberg.

—Yo misma envié a Keller a sacarlo del pozo —admitió.

La revelación me conmocionó hasta el punto de que tuve que sentarme.

—¿Por qué lo hiciste, Laüme?

—Habría sido una pena perderlo por un simple enfado. La iniciación a la que lo sometimos modificó su fisiología. Todavía puede servir...

—¿Para qué? —grité—. Él es el culpable de nuestro fracaso en la fabricación del *palladium* que tanto necesitaría Berlín ahora. ¡Por su culpa! ¿Lo entiendes?

—Sabes que tengo en mente proyectos más importantes que ese *palladium* —replicó Laüme sin perder su calma de esfinge.

—¿De qué proyectos hablas? ¿De esa maternidad que persigues y que nunca alcanzarás? ¿Te refieres a ese patético deseo de tener un hijo?

Laüme soltó una risa despectiva. Pasó con descuido las piernas sobre el brazo del sillón en el que había tomado asiento y desabrochó las presillas de sus zapatos, que dejó caer al suelo sacudiendo sus pies sonrosados.

—Y tú, Dalibor, ¿qué estás tramando contra mí desde hace tanto tiempo? ¿Por qué te asociaste con ese doctor Hezner al que tuviste la audacia de hacer venir aquí mismo, a esta casa, para que me espicara? ¿Acaso esperabas que me olvidara de esa vieja historia? ¿Que revocara la sentencia que pronuncié sobre nosotros dos? ¡No! ¡La guerra no ha cambiado nada! Hace mucho que no confío en ti. Siempre me has decepcionado, desde la época en que vivíamos en París... Yo hubiera podido ser toda para ti, te habría dado mi amor sin límites. Pero nunca te has merecido lo que te brindaba, ¡nunca!

—Sin embargo, he querido ser como tú —me lamenté—. Ya no me da miedo matar. Provocar sufrimiento casi se ha convertido en un placer para mí y me ha hecho más fuerte, más digno... Esto debería convertirme en tu señor, Laüme.

—Si tú lo dices...

Seguí vociferando, pero la discusión era en vano. Sabía desde hacía tiempo que llegaría un día en el que ya nada podría volver a unirnos. Era el final de nuestra historia. No obstante, pasamos aquella última noche juntos, pero sin calor y sin amor. En el secreto de su corazón, podía sentirlo, Laüme había roto el pacto que un día había sellado en la isla de las Serpientes con el caballero sin nombre.

Por la mañana, mientras ella aún dormía, me deslicé sin hacer ruido fuera del lecho, cogí algunas cosas y salí de Berlín en mi coche. Las tropas soviéticas se encontraban a apenas unas horas de marcha de la capital. Una vez más, fui a refugiarme a Estambul. Desprovisto de todo deseo de vivir, entré en mi palacio y cerré todas las puertas y ventanas. Quería dejarme morir en la oscuridad, sin alimentarme, sin moverme. Hacía mucho tiempo que no había ofrendado sacrificios a Taus: ni orgías ni víctimas. Mi dios pronto lanzaría sus perros de fuego contra mí. Después de algunas semanas, podía sentir que mi cuerpo se acartonaba, mi piel perdía su suavidad y mi vista su agudeza. El tiempo estaba a punto de hacerme pagar mi deuda y Taus, decepcionado por mi inercia y por mis veleidades, no se opondría a ello. Pronto no sería más que un anciano, y después un moribundo...

Confiando en ello, esperé. Por fin, aparecieron las sombras. Eran los espectros que me habían torturado en otro tiempo y que acudían prestos a aprovecharse de mi debilidad. Por las noches, venían a mí para atormentarme durante horas. No me asustaban. Estaba decidido a seguirlos. Y, de pronto, turbando la oscuridad sepulcral en la que me había sumergido de buen grado, una antorcha rompió las sombras... Como una máscara funeraria, un rostro apareció ante mí, el de un hombre al que no había vuelto a ver desde hacía diez años... ¡Ruben Hezner!

—Unos hombres se han aliado para acabar con usted. Les buscan, a usted y a su Laüme... Dos de ellos están aquí mismo, en Estambul. Usted está ahora demasiado débil para resistirse a su sed de venganza. Basta que diga una palabra para que ellos

lo ejecuten.

—¿Y por qué iba a privarles de ese placer, Hezner? —repliqué, extenuado—. La vida ya no significa nada para mí. Morir carece de importancia.

—¿Incluso si le doy una gran noticia?

—¿Cuál?

—Su maestro, Nuwas, está vivo, y sé dónde encontrarlo. Podemos asociarnos, Galjero. Si acepta el trato que le propongo...

Desde luego, escuché a Hezner. ¿Cómo no hacerlo? ¿Acaso se puede rechazar el agua cuando uno se muere de sed?

—Nuwas está en manos de los soviéticos —me informó el doctor—. Ignoran quién es en realidad y lo tienen recluido en un campo de prisioneros en alguna parte del imperio. Mantengo contactos con el NKVD desde hace mucho tiempo, y les he hablado de ustedes. Están interesados en sus poderes de brujo y sus conocimientos de magia, Galjero. Uno de sus servicios se ocupa especialmente de estos temas. La general Alantova está dispuesta a acogerle. A cambio de su colaboración, puede ofrecerle la libertad de Nuwas... ¿Qué le parece?

—Nunca nos hemos caído bien, Hezner. ¿Por qué me ofrece esta oportunidad?

El pequeño doctor se quitó las gafas y las limpió con un faldón de su camisa.

—Evidentemente, mi ayuda no es gratuita, Galjero. Voy a pedirle un gran servicio a cambio. Quiero que la posición que usted va a adquirir sin duda en la URSS le sirva para negociar con Stalin la partida de los judíos hacia el futuro Estado de Eretz Israel, cuyo advenimiento los míos están preparando en Palestina. Eso es lo que yo gano por salvarlo de sus verdugos. Y le daré los medios de deshacerse de una vez por todas de esa hija de Lilith que es su Laüme... Eso es todo.

—Vuelva mañana —dije en un susurro—. Habré tomado una decisión.

Cuando Hezner se hubo marchado, esperé a que el fresco de la tarde subiera desde la orilla del Bósforo. Entonces, reuní las fuerzas que me quedaban y salí a cazar para sacrificar una víctima a Taus. Apenas tuve el vigor justo para ejecutar a un adolescente que se había demorado en la orilla. Nadie me vio degollarlo y apoderarme de su energía vital. Aquella simple muerte bastó para devolver la fuerza a mi cuerpo y la firmeza a mi alma.

Al día siguiente, cuando Hezner vino en busca de mi respuesta, yo le esperaba, erguido e impaciente.

—Lo acompaño, doctor Hezner...

UNDÉCIMA TUMBA DE LAS QUIMERAS

UN JEFFERSON Y DOS WASHINGTON

Thörun Gärensen se estremeció y levantó el cuello de su abrigo. Su sombrero flexible estaba empapado por la lluvia y los guantes de cuero mojado se le pegaban a la piel. Del fondo de sus bolsillos extrajo dos dólares y medio: un billete arrugado estampado con el busto de Thomas Jefferson y dos monedas de veinticinco centavos grabadas con el perfil de George Washington. Era todo lo que le quedaba, porque el viaje desde Estambul a Nueva York había acabado con su exiguo capital. La visión le produjo una sonrisa amarga. Una sonrisa de desprecio y de deseo al mismo tiempo, la sonrisa de un hombre pobre y solitario, enzarzado en un juego mortal y a punto de jugar su última carta.

Un neón parpadeaba ruidosamente en la acera de enfrente, el letrero de un bar, sol amarillento en la noche que caía. Gärensen cruzó la calle a paso lento, sin preocuparse de los automóviles que al pasar proyectaban salpicaduras de agua. El noruego empujó la puerta del *snack*. En el interior, la luz era tan intensa como la de un hospital. El largo mostrador de fórmica verde pálido relucía tanto como los cromados de las barras y el cobre de los surtidores de cerveza. Thörun se instaló en equilibrio sobre un alto taburete y pidió una comida caliente y café por dos dólares. Lentamente, como si tomara su última comida en el mundo, cortó la carne y masticó cada bocado respirando pausadamente, antes de salir para dirigirse a la estación de autobuses. El billete le costó cincuenta centavos. No iba muy lejos...

A pesar de la penumbra, reconoció el lugar cuando el autobús se acercaba. Era un barrio residencial, habitado por accionistas y rentistas, donde un paria como él estaba fuera de lugar. Siguió un camino hasta una plaza dominada por la sombría silueta de una casa protegida por un muro. Recorrió la valla y encontró una zona en sombras para escalarla sin llamar la atención. Thörun se sentía fuerte y ágil, animado por una determinación implacable. Pasó por encima del muro, se dejó caer en silencio sobre la hierba del parque y penetró en la casa silenciosa tras romper con un golpe de codo un cristal de las dependencias del servicio. El ruido no alertó a nadie. La casa, sin embargo, albergaba a una pareja atendida por varios criados. Thörun lo sabía porque había estado allí unos días en calidad de invitado. Era el retiro de lord y lady Bentham, el lugar que habían elegido después de la muerte de sus hijos Sybil y Patrick, asesinados por Dalibor y Laüme Galjero quince años atrás.

Oculto detrás de un lavadero, Gärensen esperó pacientemente a que terminara la hora de la cena. Sabía que lord Bentham acostumbraba retirarse a trabajar en la intimidad de su despacho hasta las horas tranquilas de la noche. El visitante caminó con pasos amortiguados por las espesas alfombras de los pasillos, y abrió sin vacilar la puerta de caoba de la vasta sala de trabajo. Como de costumbre, Bentham estaba allí, solo, anotando apaciblemente las hojas de un *dossier* en el que los gráficos

bursátiles disputaban con los análisis de los acuerdos monetarios de Bretton Woods. Aun con los rasgos cansados, los ojos enrojecidos por la fatiga y la enfermedad que lo corroía, el inglés no pareció sorprendido al ver surgir la figura austera del noruego. Con movimientos reposados, enroscó el capuchón en la punta de su pluma, depositó cuidadosamente el objeto en un lapicero de estaño y agrupó las hojas dispersas hasta formar con ellas un bloque perfecto. Con un ademán, invitó a Gärensen a sentarse.

—No he venido aquí para disfrutar de su conversación, lord Bentham —masculló Thörün entre dientes.

—Perdóneme —respondió el inglés en un tono casi divertido—. Ha sido un gesto natural, pero ya debería saber que los que se presentan en medio de la noche sin anunciarse dan preferencia al pragmatismo y la eficacia en detrimento de la cortesía. Quédese de pie si le apetece, me da igual. Si ha venido a decirme que ha cambiado de bando, llega un poco tarde. El coronel Tewp ya me ha advertido de su marcha precipitada de Estambul. También ha descubierto el cadáver de ese Ruben Hezner. Fue usted quien lo asesinó, ¿verdad?

—Sí, fui yo. Y también soy yo quien va a matarlo esta noche. Pero no por las mismas razones.

—Usted es un antiguo SS, Gärensen —sonrió Bentham—. Una bestia por naturaleza. No opondré resistencia, no tengo ni la fuerza ni la voluntad. Perdí la partida hace mucho, y sé que mis días están contados. Su gesto me ahorrará una muerte indigna en un hospital siniestro. En el fondo, me hace usted un favor. Sin embargo, me gustaría saber una cosa; es una especie de última voluntad. No puede negármelo...

—Bien —aceptó Gärensen con desgana—. Haga su pregunta.

—Es ella quien lo envía, ¿verdad? ¿Laüme Galjero?

El noruego suspiró y tendió la mano hacia el lapicero de estaño en el que brillaba un cortapapeles afilado con mango de bronce. Dio la vuelta alrededor del escritorio y, sin una palabra, se colocó detrás de lord Bentham y puso la punta de la hoja en su cuello surcado de arrugas.

—Usted nunca ha significado nada para Laüme Galjero, lord Bentham. Nada. Usted no es más que un gusano, como los demás. Llévese este pensamiento a la tumba. No, lord Bentham, no es Galjero quien me envía. Vengo por mi cuenta. He descubierto un texto escrito por Dalibor Galjero. Un texto que lo cuenta todo sobre la relación que usted mantuvo con Laüme. Un texto que revela también que usted entregó a sus hijos como pasto a esos monstruos para satisfacer su lascivia. Un texto que afirma que merece usted cien veces la muerte. Que Sybil y Patrick se apiaden de usted allá adonde va.

Y hundió el arma en la garganta del inglés. Éste murió como había prometido, sin debatirse, sin gritar, casi sin sangrar. Apenas un hilillo de sangre manchó el cuello de su camisa. Cuando sintió que se aflojaba entre sus brazos, Gärensen dejó caer hacia atrás la cabeza del muerto y contempló por un instante la postura dramática en que

había quedado. Se enjugó el sudor de la frente con una manga, dejó caer al suelo el cortapapeles y abrió la ventana para huir por los jardines sumidos en la oscuridad.

Caminó largo tiempo, las manos en los bolsillos, al azar, sin sentir el frío ni las gotas heladas que atravesaban sus ropas y se deslizaban por su piel. No pensaba en nada. Ni siquiera era nada. Su conciencia estaba nublada desde hacía mucho tiempo, él no era más que un cuerpo vacío, una máquina con el alma destruida por un inmenso desprecio de sí mismo.

Instintivamente, sin siquiera darse cuenta, había tomado la dirección del norte. Quizá pensaba acercarse así a su viejo país, o incluso a su infancia... ¿Estaba viendo las playas de arena blanca de las islas que exploraba en otros tiempos con su abuelo? ¿A las ballenas lanzar por su espiráculo un alto geiser por encima de las aguas tranquilas de los fiordos? ¿Acariciaba con la punta de los dedos las antiguas runas grabadas en las piedras erectas? Él mismo no hubiera sabido decirlo. Su espíritu se extinguía, lo mismo que su conciencia y su palabra... Cuando llegó el alba, ni siquiera se dio cuenta. Las nubes se rasgaron, el sol se elevó, y él no lo advirtió.

Hacia mediodía, atravesó un depósito del ferrocarril y encontró refugio en un viejo vagón de mercancías estacionado. Su cuerpo agotado le dolía. Cerró tras de sí la compuerta, se dejó caer en un rincón y se quedó dormido. Al despertar, el vagón había sido enganchado a un convoy y el tren traqueteaba a escasa velocidad. Vio caer la noche entre los listones de las paredes del vagón. Se sacudió un poco las briznas de paja esparcidas por sus ropas y abrió la puerta para ver dónde estaba. A la débil luz de un crepúsculo de color pizarra, contempló un paisaje baldío, apagado y llano, en armonía con el vacío de su interior. El ruido de las ruedas en los raíles actuaba como un narcótico, y estuvo a punto de volver a dormirse; pero de pronto, unas luces dispersas anunciaron la cercanía de una aglomeración urbana. El tren aminoró la marcha y se detuvo en una pequeña estación campestre que lindaba con un almacén y un silo de grano. Gärensen vio un camión de transporte, y una motocicleta apoyada en una valla. Movido por un impulso súbito, saltó al balasto y trepó al andén de cemento. Una ráfaga de viento hizo volar entre sus piernas hojas viejas de periódico.

Allí había dos desconocidos. Uno de ellos, más alto aún que el noruego, vestía un traje de cuero gastado y sonreía mostrando los dientes. El otro, más rechoncho, bien vestido, con la piel de un tono amarillento, tenía pinta de notario. Aunque muy diferentes, ambas figuras parecían compartir un extraño parentesco. Sin duda, los dos hombres pertenecían a un mismo mundo. Cuanto más se acercaba Thörün a ellos, más precisa y evidente se hacía esa sensación. Aminoró el paso. Su corazón empezó a latir más deprisa. Los desconocidos le observaban en ese momento, y sus miradas pesaban como una amenaza. El más pequeño avanzó a paso lento. Su rostro se esforzaba en adoptar un semblante amistoso. Sonreía y tendía la mano. Gärensen la estrechó maquinalmente. La piel del tipo estaba tan fría como el mármol de una tumba.

—Mi amigo y yo le esperábamos —dijo el hombre—. ¡Venga! El camino es largo

y los acontecimientos se precipitan. Tenemos que darnos prisa...

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Thörun, pisándoles casi los talones.

—Yo soy Maddox Green —ladró el hombre del traje de cuero—. Y éste es Ware. Preston Ware. ¡Saludos, amigo!

NUWAS

Su espíritu sólo era bruma. Su memoria, un cuadro de colores borrosos y formas confusas en el que sobrenadaban fragmentos de recuerdos, algunos nombres y rostros dispares. Vivir no era más que un acto reflejo para él y le resultaba totalmente indiferente.

Después de veinte años de una existencia de esclavo, Nuwas no tenía nada en común con los demás hombres. Su cuerpo, condicionado por la servidumbre y el esfuerzo, soportaba mal la inacción. Los músculos le dolían. Parecía nervioso, y los ojos le ardían. Los pies rodeados de trapos, las costillas salientes bajo los desgarrones de su túnica, quería saber quiénes eran los desconocidos, dos hombres y una anciana a los que había sido entregado aquella misma mañana de forma misteriosa. Había permanecido en silencio todo el día, encogido en el asiento del coche, sin aceptar los alimentos y ni siquiera el agua que le ofrecían. En el vivac de la noche, cerca del fuego que encendieron para combatir el frío glacial de la noche, sintió que se abatía sobre él una fatiga inmensa. Farfulló unas palabras, mezclando el ruso con el parsi, el pastún y el griego.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tewp.

Garance de Réault se encogió de hombros.

—No lo sé. Su mente parece estar confusa.

La francesa intentó hablar con Nuwas durante horas, pero las palabras del prisionero eran pura incoherencia. Por fin, cansada, tiró la toalla.

—Reacciona a algunos nombres, pero es incapaz de elaborar un pensamiento estructurado. Este hombre está loco, caballeros. No puede ayudarnos, del mismo modo que no puede respaldar a Dalibor Galjero. Otra esperanza que se evapora, me temo.

—¡Así se acaba nuestro camino! —sonrió Monti—. Sólo nos queda enfrentarnos a Galjero a pie firme y dejar que él nos mate. Hay problemas que no tienen solución. Después de todo, no hay muerte más honrosa que desaparecer enfrentándose a un enemigo más fuerte que uno mismo, ¿verdad?

—Todavía no hemos llegado a esos extremos, senador —masculló Garance de Réault—. Aún podemos encabritarnos y dar coces por última vez.

—¿Y cómo, madame?

—Una idea me ronda por la cabeza, pero permítame que la madure un poco más, ¿quiere?

Era la tercera noche desde que Wolf Messing les había entregado a Nuwas y Lemona. Los vehículos de grandes ruedas que formaban el convoy habían atravesado con

rapidez los kilómetros de desierto que separaban el Aral del campo de Pahlavon y de su padre. Garance así lo había querido, contrariando el deseo del capitán soviético encargado de su repatriación. El hombre no entendía por qué tenían que demorarse en la yurta apestosa de un puñado de nómadas kazajos. Pero Garance no dio su brazo a torcer: quería devolver a su hijo a su tribu. También quería quedarse con él. De todos modos, aún no le había confiado a nadie esta última voluntad.

Cuando las estrellas se elevaban en el horizonte vio a David Tewp, que se alejaba unos pasos del campamento con el fin de aprovechar el silencio tan particular del crepúsculo, y se reunió con él.

—¿Le gusta este lugar, coronel?

—Me gusta su grandeza. Me gusta su apertura —contestó Tewp quien, con las manos en las caderas, miraba cómo el paisaje se coloreaba de luces rosadas—. Siento un poco la embriaguez que se debe de experimentar en el mar, supongo, pero nunca me ha gustado el océano. Aquí, en cambio, disfruto de una especie de vértigo que me hace sentir bien.

—Yo también —confirmó la francesa—. Hasta el punto de que he decidido exhalar aquí mi último suspiro. No me iré con ustedes mañana por la mañana, David.

Tewp tomó las manos de Garance entre las suyas y las apretó con fuerza. Era la primera vez que se permitía un gesto verdaderamente familiar con ella. Sus ojos brillaban de amor y de respeto. Sonrió.

—La comprendo. Tranquilícese, no intentaré disuadirla para que vuelva a París.

—De todos modos, no lo conseguiría. Quiero morir aquí. Dentro de poco tiempo. Mi provisión de pervitina se ha agotado y noto que mi corazón se acelera. Cuando llegue la hora, mi hijo me llevará a las hierbas. Me tumbaré y moriré contemplando el cielo. Mi última mirada será para el viento y las nubes, el sol y las águilas planeando sobre los ríos... seré feliz.

Tewp sintió un nudo en la garganta. La idea de la próxima desaparición de su vieja amiga casi hizo que se le saltaran las lágrimas. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reprimir su emoción.

—Su muerte será serena y libre, madame. Digna de usted.

—Mejor que quedarme en mi cama, al cuidado de Simone, ¿verdad?

Tewp sonrió al pensar en la figura severa de la enfermera que había visto en el apartamento de Garance en París.

—Mucho mejor, en efecto.

—Mi única pena será no poder conocer el desenlace de su misión —añadió la vieja dama—. Francamente, hijo mío, sé que mis palabras van a dañar su sentido de las conveniencias, pero desearía hacerle partícipe de mis sentimientos profundos. De hecho, se trata más bien de expresar un voto relativo a usted. ¿Me lo permite?

—Por supuesto...

—Abandone esta cruzada mientras aún está a tiempo. Deje de perseguir a Dalibor y Laüme Galjero. Ellos pertenecen al pasado y le impiden construir su futuro.

Olvídelos, David. El odio que los empuja acabará por destruirlos. Está escrito que acabarán matándose el uno al otro. En lugar de ir tras ellos, deje que su corazón se abra a lo que puede alimentarlo de verdad. Usted es un hombre lleno de posibilidades. Lo sé. Lo siento. No desperdicie sus oportunidades, David... La vida debe ser la más fuerte. Siempre...

Tewp no respondió, pero las palabras de Garance acababan de dar en la diana. Dejó que las manos de la francesa se deslizaran entre las suyas, la miró alejarse a cortos pasos hacia el campamento y esperó a que las tinieblas lo envolvieran antes de regresar para tenderse cerca del fuego. Aquella noche no soñó y durmió más profundamente de lo que lo había hecho durante meses. Cuando despertó, al alba, los nómadas se habían marchado... El inglés miró hacia el este, allá donde las huellas de los kazajos se desvanecían en el polvo. Pensó en Pahlavon y en su madre. Se sentía huérfano, casi celoso del joven nómada. Un sentimiento que le disgustó y que no consideró digno de él.

Con el corazón oprimido, salió de debajo de la manta y se acuclilló cerca del fuego para reavivar las brasas. Monti y Lemona seguían dormidos. Acostado también, con los ojos cerrados, el viejo Nuwas resoplaba como un buey.

—Si le queda un poco de té, estaría encantada de tomarlo —dijo Garance de Réault.

Tewp se sobresaltó y giró la cabeza, incrédulo. Sin embargo, allí estaba ella, frágil en su vestido arrugado y blanqueado a causa del polvo.

—¿Así que no se ha ido?

—Siempre tan observador, coronel —bromeó la francesa al tiempo que se acercaba a la hoguera—. En el último instante me he dicho que era una cobardía por mi parte abandonarles para irme a mi cementerio de elefantes. Además, creo que sé cómo podemos volver a la carga...

De forma instintiva, David Tewp buscó su Webley en la cadera. Los soviéticos no se la habían devuelto y echaba de menos la pesada arma. En el aeropuerto de Bender-Sha decidió desembarazarse de la vieja funda, ahora vacía, que colgaba de su costado, aquel estuche reglamentario que había recibido once años antes, cuando sólo era un teniente de poca monta agregado al servicio del MI6 en Calcuta.

—¿Qué hacemos ahora? ¿De verdad vamos a poner en práctica el plan de esa vieja chalada?

—Madame de Réault no está en plena forma, eso es evidente —dijo Tewp encogiéndose de hombros—, pero ésa no es razón para faltarle al respeto ni denigrarla.

Monti gruñó; después, para disimular su incomodidad, sugirió que enviaran el informe de su expedición a lord Bentham.

—Siempre he confiado en el buen criterio de Bentham —afirmó—. Y, después de

todo, él es quien firma los cheques, ¿no?

El aeródromo disponía de un solo teléfono, e incluso éste funcionaba mal. Necesitaron más de una hora para comunicarse con las oficinas de la agencia Xander en Londres. Su interlocutor les informó de la muerte del aristócrata, asesinado dos días atrás por un desconocido que lo había degollado y había huido sin llevarse nada.

—El deceso de nuestro cliente pone fin, en consecuencia, a la relación que nos unía a él —anunció el empleado con voz de autómatas—. Los poderes de los que disponíamos sobre la cuenta bancaria asignada a su cometido han caducado. Todos los gastos que realicen a partir de ahora quedan a cargo de ustedes. Buena suerte, señores.

Cuando colgó, Tewp estaba pálido, los labios sin color.

—¿Quién cree que ha dado el golpe? ¿Gärensén? —preguntó Monti.

—¿Quién si no? —respondió Tewp, trastornado ante la idea de tener que admitir la traición del noruego—. Pero ¿por qué?

—Esto significa que estamos solos usted y yo, coronel. Bentham descansa a seis palmos bajo tierra. Nuwas es un débil mental que no nos sirve para nada. Gärensén al parecer se ha pasado al enemigo, y prefiero abstenerme de comentar las ideas incubadas en el cerebro de madame de Réault.

—Olvida usted nuestro último problema: Dalibor Galjero debe de estar ya tras nuestra pista. Enfrentarnos a un brujo como él, un hombre con ciento y pico de años de experiencia como asesino y torturador, no nos deja la menor oportunidad. Míreme a la cara, senador: ¿quiere abandonar?

—Claro que no, coronel. Ahora menos que nunca...

—Entonces, ¿por qué no intentamos llevar a cabo la idea de madame Garance? ¿Qué podemos perder?

Monti se balanceó, se frotó las cejas mojadas de sudor, metió las manos en los bolsillos, pateó una piedra con la punta del zapato y dijo:

—¡Maldita brujería!

Tewp lo había entendido. Aquélla era su manera de decir que estaba de acuerdo.

David Tewp dormitaba a la sombra de los castaños del Bósforo. Tendido en la hierba, dejaba ir y venir sobre la piel desnuda de sus antebrazos una colonia de hormigas sin espantarla. Las cosquillas que le provocaban no perturbaban su estado de ensoñación. Bien al contrario, esa sensación anodina le confortaba, le producía un placer doméstico e infantil que secretamente le deleitaba. Una sonrisa de beatitud flotaba en sus labios. Monti, que se había acercado, sofocó una risa al verlo.

Tewp se incorporó al instante. Confuso, a punto de ruborizarse, se puso en pie, se sacudió el polvo y se bajó las mangas, descuidadamente arremangadas hasta el codo.

—Lamento haberle despertado —se excusó Monti—. Madame de Réault quiere hablar con nosotros. Creo que por fin tiene algo...

Tewp se anudó rápidamente el cordón de un zapato que se había soltado, siguió a Lewis y entró con él en la casa de fachada adornada con una viña virgen de ramas secas.

Habían transcurrido tres días desde su regreso a Turquía. Tres días de espera para ellos y de extrañas transacciones para Garance. Los dos hombres arrastraron sendos sillones y se instalaron frente a ella. La francesa parecía extenuada. Hablaba apenas con un hilillo de voz.

—Señores, ahora lo sé: por desgracia, soy incapaz de realizar lo que les prometí en el camino de Bender-Sha.

Tewp se encogió en su asiento y Monti exhaló un suspiro de decepción.

—Nunca creí que pudiera usted devolverle la razón a Nuwas simplemente recitando mantras —dijo este último—. Por más que pasara usted tres noches en el Tíbet cuando tenía veinte años, carece de ese poder.

—Pasé casi un cuarto de siglo en el Tíbet, senador —corrigió con calma Garance—. Y muchos años también en lugares de los que usted ignora hasta la existencia. Lo que yo he visto y lo que he hecho no le entraría en su maldita sesera sin hacerla estallar. Así que confíe en mí, Lewis, porque lo que no puedo hacer de una manera, puedo lograrlo en otras condiciones...

—Explíquese.

—Durante tres días y tres noches me he dedicado a curar a Nuwas empleando los métodos que había visto usar infinidad de veces a un chamán del altiplano para devolver la razón a locos e histéricos. Eso fue entre 1921 y 1924 o 1925, los detalles son irrelevantes. Sea como fuere, no se trata de una tarea sencilla aplicada a un ser vivo, y no tengo los recursos ni el tiempo de continuar por ese camino...

—¿Y entonces? —la apremió Tewp.

—Señores, el espíritu de Nuwas está perdido para su cuerpo vivo. No lo estaría, en cambio, si su cuerpo estuviera muerto.

—¿Está hablando de espiritismo, señora?

—Sí, senador Monti, lo ha adivinado. El espíritu de un muerto es una fuerza pura, libre de las taras y las manchas que hayan podido alterarlo durante la encarnación. De este modo, es una materia altamente maleable y mucho más cooperativa de lo que se cree.

—Lo malo es que Nuwas está vivo —objetó Tewp—. No podemos esperar hasta que muera.

—Cierto —admitió Garance—, cierto...

Dirigió una mirada llena de sobreentendidos a sus interlocutores. La atmósfera de la estancia se cargó de pronto.

En el inmenso edificio adquirido por Dalibor Galjero en la época en que comerciaba por cuenta de su amigo Attar resonaban los tímidos crujidos de una hoguera que se

extinguía en el atrio. Cuatro siluetas velaban en el corazón de la noche. Cuatro personas fatigadas tras haber pasado horas de conversación agitada, nerviosas y disgustadas después de haberse lanzado acusaciones en vano las unas a las otras. Alisándose los cabellos hacia atrás con un gesto mecánico cien veces repetido, David Tewp se negaba a ceder. Frente a él, Monti bullía en una cólera contenida, sin comprender por qué el inglés se mostraba de repente tan escrupuloso. En un último intento, decidió volver a la carga.

—¿Qué tenemos que perder, Tewp? ¿Qué otra opción nos queda? Nuwas es un viejo totalmente inútil. El peso de su cuerpo le estorba. Sus pensamientos son más confusos que los de un recién nacido. Y además, piense en el monstruo que ha sido. Es un torturador, un asesino que ha formado a generaciones de brujos y degenerados tan culpables como él. Cualquier jurado lo condenaría a muerte sin dudarle un momento.

El inglés apretó las mandíbulas y cerró los ojos. Con los codos apoyados en las rodillas, dejó caer la cabeza hacia el suelo como si fuera un pesado fardo.

—No podemos cometer un asesinato, Monti —contestó—. Ni siquiera en nombre de nuestra causa. Me niego a que ejecutemos a Nuwas. Estoy seguro de que existe otra solución.

—¡No! Y usted lo sabe. La propia madame de Réault se lo ha asegurado. ¿Cree usted que ella habría propuesto esta salida si hubiera habido elección?

Tewp miró a Réault como para suplicarle que acudiera en su ayuda, pero la francesa permaneció muda. Entonces, por primera vez, Tewp le dirigió una mirada hostil.

—Hemos agotado todos nuestros recursos entre los vivos, David. Ya sólo los muertos pueden ayudarnos.

—No asesinaremos a Nuwas —contestó Tewp con dureza—. Me opongo con todas mis fuerzas.

—Entonces los Galjero serán nuestros verdugos. Si eso es lo que quiere, coronel, no puedo oponerme. Para mí, a decir verdad, eso no cambia gran cosa; mi vida se acaba. Para usted, en cambio, su negativa equivale a una rendición en toda regla. Y piénselo bien: no son solamente nuestras vidas las que están en juego. Si usted abandona, estará sellando el destino de las futuras víctimas de los Galjero.

Tewp se encogió de hombros. Se hundió en su sillón y cruzó los brazos sobre el pecho como un colegial obstinado.

—¿Es su última palabra, Tewp? —inquirió Monti con voz muy suave.

—Mataremos a Dalibor y a Laüme Galjero y sólo a ellos —confirmó el coronel—. Para mí, el fin nunca ha justificado los medios. Nuestros actos nos definen, senador Monti. ¡No mataremos a Nuwas a sangre fría!

—Entonces, no hay más que decir —suspiró Monti mientras se levantaba despacio para ir a remover las brasas.

Su mano asió el atizador y su cuerpo fornido se inclinó sobre el hogar. En un

silencio absoluto, removi6 las cenizas, levant6 un tronco hundido y, en un movimiento brusco, abati6 la barra de metal sobre la frente de David Tewp. Desvanecido, el inglés se derrumb6 en el sill6n con un hilillo de sangre deslizándose por su rostro. Lemona solt6 una sorda exclamaci6n de sorpresa mientras Monti dejaba caer el atizador al suelo para verificar el impacto del golpe. Inclinado sobre el oficial británico, solt6 un juramento. Més violento y menos preciso de lo que había deseado, su golpe acababa de romper la delicada prótesis nasal del inglés, que se había dislocado en minúsculas astillas de marfil y coral. Madame de Réault se inclin6 sobre su amigo y limpi6 y vend6 la herida lo mejor que pudo. Lemona y Monti lo instalaron en un canapé de otra habitaci6n y le ataron firmemente muñecas y tobillos antes de reunirse con Garance. Turbada por la escena, la vieja dama intentaba no obstante mantener un semblante impassible.

—Lamento que las cosas hayan tomado este cariz —reconoci6 Monti—. Pero permitir que la buena educaci6n y la moral encorsetada del coronel Tewp contrari6n nuestros objetivos es un lujo que no puedo permitirme.

—Siento un grandísimo afecto por David, senador. Con el tiempo se ha convertido en un hijo para mí. Pero eso no me impide aprobar por completo su acci6n. Los ingleses son gentes a las que a veces hay que manejar a martillazos.

Sin saber si Garance hablaba en serio o sólo pretendía complacerle, Monti torci6 los labios a modo de respuesta. Se acerc6 a una ventana para observar el exterior. Pero la noche aún era demasiado profunda para que sus ojos distinguieran formas ni luces.

—¿Cuándo debemos proceder? —pregunt6 sin darse la vuelta.

—Ahora, desde luego. Y sin pensarlo, por favor.

Como hombre de acci6n consumado, Lemona sabía lo que había que hacer. Sin siquiera esperar la orden del don, cogi6 una lámpara de una consola, arranc6 el cable eléctrico y enroll6 los extremos del mismo en sus manos. Subi6 al piso donde Nuwas estaba encerrado y regres6 unos instantes más tarde, con las sienes enrojecidas y las mejillas relucientes de sudor.

—Se acab6, don —anunci6 simplemente.

Monti entr6 en la pieza y levant6 el cuerpo magro de Nuwas.

—Y ahora ¿qué hacemos? —le pregunt6 a Garance.

—Enterrarlo. Después nos ocuparemos del coronel Tewp. Yo voy a descansar. Tengo que esperar hasta la noche para ponerme al trabajo.

Las primeras luces del día ya habían hecho su aparici6n cuando Monti y Lemona cavaron la tierra entre dos grandes árboles y sepultaron sin ceremonias los restos de Nuwas, envueltos en una sábana. Madame de Réault ya se había dormido, con el corazón oprimido por haber traicionado la confianza de Tewp. El inglés recobr6 el conocimiento en la antecámara donde lo habían trasladado. La herida aún sangraba a pesar de la venda apretada. Monti se acuclill6 a su lado.

—Nuwas está muerto. Espero que madame de Réault pueda sonsacarle algo a su

espectro. Lamento haber empleado medidas drásticas con usted. Sé que no cambia nada, pero le presento mis más sinceras excusas.

La barra de hierro había abierto la herida de la nariz de Twep y le hacía sufrir terriblemente, más que la de la frente. Luchando contra el dolor que irradiaba su cráneo, consiguió articular algunas frases.

—¡Está usted loco, Monti! De nada le servirá haber asesinado a Nuwas.

—Quizá. Pero ahora no tenemos otra elección que dejar obrar a madame de Réault. ¿Se queda con nosotros, coronel, o prefiere desertar?

—Me quedo, desde luego.

Monti abrió su navaja de bolsillo y cortó las ataduras de Tewp. Éste se incorporó y agitó los brazos para apartar a Lemona, que pretendía hacer el papel de enfermero. En la pared había un gran espejo picado. Tewp se acercó y contempló largo rato su reflejo a la luz de la mañana. La refinada prótesis que había fabricado el artesano de Jerusalén Zimeón Sternberg no ocultaba ya su nariz amputada. En su lugar, como antes, tendría que llevar una horrible funda de cuero para ocultar su fealdad. Por un instante pensó en Perry Maresfield y en el pequeño Dennis. Este pensamiento le partió el corazón. Terminó él solo de limpiar sus heridas y se tendió para intentar dormir. Pero tenía las mandíbulas apretadas y el ceño fruncido.

Matar a un hombre le había abierto el apetito a *Bubble* Lemona. Como encontró los estantes desprovistos de provisiones frescas, decidió ir a buscar un mínimo de revituallamiento. Compró en el mercado legumbres, tabaco, café y analgésicos. A su regreso, volvió a marcharse sin informarle a Monti adonde iba y, dos horas más tarde, depositó ante el don cuatro automáticas en buen estado y seis cajas de cartuchos. Monti desmontó su arma, la engrasó y la deslizó en su cintura. *Bubble* lo imitó y después se ocupó de la limpieza de las pistolas destinadas al coronel Tewp y a Garance. Por último, se concedió un tiempo para echar una breve siesta antes de encerrarse en las profundidades de la cocina para cortar tomates y cebollas.

Con un cigarrillo en los labios, Monti llamó a la puerta del inglés, pero éste no respondió. Entró sin hacer ruido en la pieza sumida en la penumbra y vio una forma acurrucada encima de la cama; el oficial parecía dormir. El americano depositó el arma encima de una cómoda, de forma que quedase bien a la vista, y se fue. Con las manos en los bolsillos, fumando cigarrillo tras cigarrillo, vagó durante un tiempo indefinido por el edificio. En la primera planta, la habitación de Laüme se encontraba aún en el estado en el que Gärensen la había dejado, con ropa tirada sobre la cama, cajones abiertos sin orden ni concierto, objetos de tocador esparcidos por el suelo. En la base de un armario había pares de zapatos bien alineados, como soldaditos formados listos para pasar revista. Encima de un tocador, un frasco de perfume destilaba aún efluvios seductores. Monti lo acercó a su rostro pero no reconoció el olor tan particular que había percibido en la piel de su enemiga, en la trastienda, real o soñada, del cabaret Flanders. Dejó caer la botella al suelo, contra el que se rompió con un ruido seco. Se tumbó en la cama y soñó despierto durante horas, pensando en

su hijo y en su esposa, y recordando su infancia en los montes bajos de Sicilia. ¿Qué otra cosa podía hacer mientras esperaba a un enemigo que no venía y que quizá no vendría nunca? Los recuerdos eran para él casi una droga: se sumergía en ellos con tanto deleite como aprensión. Eran el lugar único y terrible donde podía conversar con sus muertos...

Tewp, por su parte, permanecía recluido. A solas consigo mismo, tampoco podía evitar las trampas que le tendía la memoria. Su pasado no le interesaba, no encontraba en él consuelo ni razones para la esperanza. Consagraba toda su energía en intentar representarse un futuro, pero esa tarea se le antojaba muy difícil, tan incierta como atravesar un océano en solitario sin compás ni brújula. En cuanto a Lemona, el mutismo de los otros no le hacía bajar la guardia. Sus únicos conocimientos sobre los Galjero se limitaban a lo que Monti le había contado. La mujer —responsable de la muerte de Gian y de Carla Monti— y su pareja eran mucho más peligrosos que el común de los mortales. No era algo que lo asombrara. Aunque había pasado la mayor parte de su existencia en las calles de Brooklyn, había visto suficientes cosas extrañas como para saber que la vida no se desarrollaba solamente en el plano visible y tangible de la materia. Los misterios existían, Bubble estaba convencido de ello. Que los Galjero formaran parte de esos misterios no le perturbaba sobremanera. Con una pistola engrasada al alcance de la mano, se sentía capaz de afrontar a los jodidos hechiceros y mangoneadores de lo oculto que se cruzaran en su camino, por muy poderosos que fueran. Hombre prudente entre los prudentes, sabía que la reflexión —o, en otros casos, la ausencia total de reflexión— es la conducta más sabia cuando los acontecimientos se complican más allá de cierto límite. Por eso, en vez de abandonarse a los remordimientos o a los sueños, como Tewp y don Monti, Lemona prefería emplear aquellas horas de soledad forzada en preparar el terreno sobre el que pronto tendría lugar el enfrentamiento con Dalibor Galjero. Martillo en mano y con unos clavos entre los labios, se dedicó en primer lugar a tapiar la mayor parte de las puertas interiores y a bloquear las ventanas, dejando libre sólo la entrada principal. Apiló muchos muebles en un cobertizo, dejando las habitaciones vacías de manera que nadie pudiera esconderse. Ocultó reservas de munición bajo tablas del suelo y en finas repisas. Dispuso al azar botellas de gasolina taponadas con mechas de tela y ató a sus pantorrillas dos cuchillos de cocina. Terminados estos preparativos, se dejó caer en un sofá en la planta baja. Abrió una botella de *whisky* comprada en un colmado del bazar y, eufórico, se bebió la mitad a sorbitos antes de caer en un sueño pesado, nebuloso, poblado de sombras, en el que distinguía a veces el rostro travieso y las curvas suaves de la exuberante Natasha.

Lo despertó Garance. Ya era de noche, y la francesa lo necesitaba para la sesión de espiritismo que se proponía llevar a cabo. Lemona fue a la cocina a prepararse dos *crostata* para alimentarse, y regresó fresco y dispuesto. Monti lo esperaba. Tewp, que no quería tomar parte en la sesión, se quedó en su habitación, con las sienes

oprimidas por dolores intensos. Así pues, los otros tres se sentaron en torno a un pequeño velador y juntaron las manos.

—Cierren los ojos —les ordenó madame de Réault—. No piensen en nada. Sobre todo, pase lo que pase, no intervengan.

Monti y Lemona asintieron. Réault inspiró profundamente y se concedió una pequeña pausa. No era una espiritista experimentada y siempre había evitado el comercio con las almas errantes que pueblan los limbos. Esa repulsión se había originado cuando, de niña, había franqueado a hurtadillas la puerta del salón donde su madre hacía girar las mesas en compañía de Camille Flammarion. El ilustre astrónomo, discípulo ferviente de Allan Kardec^[7], se encontraba en trance, los ojos vueltos y las mejillas colgantes como las de un viejo senil, mientras que una sombra blanca flotaba ante él. Aquella visión había impresionado profundamente a la niña que era Garance. Desde aquel día no la había abandonado la repugnancia por esos ecos de seres difuntos a los que la gente llama «fantasmas».

Por fin, tras hacer acopio de valor, la vieja dama empezó a concentrarse de manera conveniente para llamar al residuo psíquico conectado a los despojos de Nuwas. La médium era poderosa, y el espectro estaba deseando ser convocado. Se encontraba allí, no lejos de los restos del yazidi; había advertido que se reclamaba su presencia, y entró en la casa. Su llegada provocó un abrupto descenso de temperatura en la estancia; fue como si el invierno llegara de repente. Por fin, él mismo apareció.

Garance lo interpeló en persa.

—¿Eres tú lo que queda de Nuwas? —preguntó, estremecida.

—Yo soy —afirmó el ectoplasma.

—¿Puedes ver tu pasado?

—Veo mi pasado tan claramente como si lo estuviera viviendo. Siento mi caballo de batalla entre las piernas. Siento el peso de mi larga cota de mallas en mis hombros de adolescente y mi lanza de fresno en el puño. Veo los ejércitos de Trajano avanzar y el águila romana extender sus alas sobre mi viejo país entre ríos. Siento la mano de un hada pasar en torno a mi talle y penetro en las estrechas torres sembradas por los yazidis en los confines del valle de Lalish... Vuelvo a ver los rostros de los que acudieron a mí como discípulos dóciles ante un maestro muy sabio. Recuerdo el nombre de cada uno de ellos.

—¿Dalibor Galjero está entre ellos?

—Sí. Ocupa el primer rango.

—¿Lo ves en el día de hoy? ¿Puedes decirme dónde se encuentra en este momento en que estamos hablando?

—Lo veo. Lo sé todo de él. Sobre todo, sé lo que él ignora...

—¿Dónde está?

—Muy pronto lo sabrás.

Garance no insistió.

—¿Qué sabes tú que él no sepa?

El fantasma de Nuwas hizo una pausa antes de continuar:

—El vientre de Laüme Galjero está ahora fecundado. Durante su embarazo, sus poderes se irán debilitando, y la abandonarán en el momento justo en que dé a luz. Ella lo sabe. Ella lo teme. Sus protecciones y las alianzas que ha establecido con algunas criaturas innobles se están deshaciendo. Así que busca otros apoyos para que la socorran en este período de vulnerabilidad. En este mismo instante ha hecho acudir a uno de ellos. Ese hombre va a pedirle un precio por su ayuda, un precio que ella no podrá rehusar. En el lugar donde se produzca el pago de esa deuda, Galjero podrá matar a su *frawarti*.

—¿Quién es ese hombre del que habla, Nuwas? Dígame su nombre.

—Thörun Gärensen...

Monti, que no había comprendido nada de este diálogo hasta el momento, abrió instintivamente los ojos.

—¿Qué Gärensen? —preguntó.

El espectro de Nuwas se acercó lentamente a él para decirle en su idioma:

—La mujer hada te hizo perder un hijo en otros tiempos, Luigi Monti. Pero alégrate, porque tu estancia entre sus piernas te ofrecerá otro...

Fue como si la pieza se hubiera vaciado de aire y una cúpula de hielo pesara por un instante sobre los hombros de los tres espiritistas. *Bubble* Lemona mantenía los ojos cerrados. En aquellos momentos, lo hubiera dado todo por poder cerrar también herméticamente sus oídos.

Garance y Monti vieron cómo la forma vaporosa de Nuwas se dilataba y se desvanecía. El silencio cayó, más denso que el de un panteón. Nadie se atrevía a hablar ni a moverse. Después, una luz se encendió de golpe.

—Espero que la aparición de su fantasma no se limite a esto —dijo Tewp haciendo su entrada.

La apariencia del coronel inglés era casi la de otro espectro hasta el punto de que cuando Lemona se atrevió a mirar, creyó que se había aparecido un nuevo espíritu. Pálido, el rostro tumefacto por el golpe recibido, los ojos de Tewp le brillaban de fiebre.

—Y bien, *madame* —dejó escapar el oficial con una voz amarga—, ¿su sesión ha sido fructífera?

—Se lo diré cuando me haya reconfortado con un té, coronel. Estoy helada.

Se encargó a Lemona que atendiera la petición de la francesa. Cuando volvió de las cocinas con una bandeja cargada con un buen refrigerio y tazas humeantes para todos, Réault estaba hundida en un sofá. Después del primer sorbo, la vieja dama les hizo partícipes de las informaciones transmitidas en persa por Nuwas. No obstante, evitó repetir la última revelación relacionada con Monti.

—El balance no es tan malo, después de todo —aventuró Tewp tras un minuto eterno de mutismo—. Por primera vez desde que persigo a los Galjero, me parece que hemos avanzado algo.

—Una conclusión demasiado optimista, David —atemperó *madame* de Réault—. En realidad, no sabemos casi nada.

—¡Falso! —replicó Tewp, cuyas facultades de raciocinio volvían a funcionar plenamente—. Tenemos pocos elementos concretos, pero nos ofrecen un punto de partida para hacer inducciones y deducciones.

—Le ruego que formule sus hipótesis.

—Según pretende Nuwas, en este mismo momento existe una alianza entre Gärensen y Laüme Galjero, ¿es exacto?

—Exacto.

—Sabemos cuál es la demanda de la Galjero: una protección.

—Exacto otra vez, pero ¿contra quién?

—¿Contra nosotros? Es posible, pero lo dudo. ¿Contra Dalibor? Sí, es eso, no cabe duda. Percibe que sus poderes disminuyen, y su muerte será la llave de la inmortalidad para Dalibor.

—¿Y cree que Gärensen tiene la talla necesaria para luchar contra Galjero?

—Tal vez no para soportar un enfrentamiento directo, pero tiene la inteligencia y la voluntad suficientes para evitar que Galjero la derrote. Al menos, hasta que ella recupere las fuerzas. Además, creo que el hada tiene miedo del mecanismo que ella misma ha puesto en marcha. Laüme Galjero está sujeta a los sentimientos comunes: miedo, odio, amor, orgullo, pesar... En eso no se diferencia de nosotros. En estos momentos de fragilidad, tener a un hombre a su lado la tranquiliza.

Garance lanzó un guiño a Monti. El italoamericano escuchaba sin intervenir desde el principio de la conversación. No reaccionó a la mirada de la francesa.

—Nuwas ha hablado de un precio que Gärensen quiere hacerle pagar a Laüme a cambio de su ayuda. Según usted, ¿qué es lo que desea?

Tewp se aclaró la garganta y, con un tono de incomodidad en la voz, continuó:

—Es demasiado tarde para que exija ser el padre del hijo de ella... Así que debe de tratarse de otra cosa.

—Pero ¿qué?

—Lo ignoro —reconoció Tewp con desánimo—. Pero debemos adivinarlo a toda costa. ¿No podría volver a convocar al fantasma y obligarle a decir algo más?

—No hace falta —intervino Lewis Monti—. Creo saber lo que Thörun Gärensen puede exigir de Laüme Galjero.

EL ROSTRO MÁS BELLO DEL MUNDO

Era una casa negra, una casa que Thörun Gärensen nunca había visto. No se parecía a ninguna de las viviendas en las que había entrado hasta entonces. ¿Dónde estaba? No lo sabía.

El trayecto en automóvil, conducido por Maddox Green, había durado horas. Sentado junto a Preston Ware en el asiento trasero, el noruego había visto desfilar llanuras grises, monótonas, barridas por el viento; colinas sombrías, campos de trigo de espigas amarillas o maduras que brillaban bajo una luz clara. Habían atravesado paisajes rocosos y otros que recordaban las afueras de las grandes ciudades, con muchos kilómetros de tramos de autopista rectilíneos que corrían entre hileras de edificios. Tras las ventanas iluminadas de los opacos edificios, había percibido siluetas como sombras chinescas. Eran tan claras, tan precisas, que hubiera podido decir en cada ocasión a qué se dedicaban aquellas gentes: niños que jugaban en su cuarto, mujeres que preparaban la cena y hombres que leían el periódico o escuchaban la radio. Había visto a amantes abrazarse y a ancianos contar las gotas de sus medicinas. Después, todas las luces se habían apagado y el paisaje se había convertido en un océano de oscuridad, un túnel infinito, marcado solamente por el balanceo del vehículo en las curvas y el ronroneo regular del motor. Sólo hicieron una parada, en un garaje. Maddox cerró el contacto y descendió para repostar gasolina en una estación aislada que ofrecía también comidas.

—Ya no estamos muy lejos. Vamos a tomar un café para entrar en calor.

Sin discutir, Thörun siguió al hombrecillo con pinta de funcionario. Sus miembros estaban rígidos y él, congelado. En el exterior reinaba un olor de sal y yodo. A la luz de las lámparas exteriores, vio arena en el suelo y oyó la resaca del océano. Se quedó un momento a respirar el aire fresco, mientras que Ware entraba en el establecimiento.

—Beba tranquilo, señor Gärensen —dijo Ware mientras le tendía un café—. Tómesele y después continuaremos el viaje.

Thörun sorbió el líquido caliente y regresó a su asiento. Con las manos entre los muslos para calentarlas un poco, cerró los ojos. Cuando se pusieron de nuevo en marcha, cayó en un sueño profundo, un sueño que lo transportó algunos años atrás, cuando iba como pasajero en otro automóvil, invitado de otro anfitrión: Dalibor Galjero lo conducía al Wewelsberg con el fin de prepararlo para la gran obra, según había dicho el rumano, y para iniciarlo en profundos misterios. En la cripta de la fortaleza, Gärensen había conocido la muerte iniciática. Precipitado entre la vida y la muerte, entre la lucidez y la inconsciencia, se había cruzado en el camino de la vieja Kloge, la diosa de las pruebas y los misterios. Había sobrevivido a la ordalía que ella le había impuesto, pero aquélla tan sólo había sido una falsa elevación, una falsa

promesa, porque él había cruzado la gran barrera de fuego no para elevar su alma y reforzar su espíritu, sino para convertirse en un cordero digno de ser sacrificado durante un ritual de sangre.

—Despierte, Gärensen, ya hemos llegado.

Thörün abrió los ojos. Por encima de él estaba el alba, un alba gris y azul, al borde del mar, sobre las dunas. El coche estaba aparcado justo delante de una playa sembrada de charcas espejeantes, con la marea baja.

—Salga, muchacho —dijo Preston Ware—. No podemos llevarle más lejos, el coche se embarrancaría...

Thörün dejó su asiento y cerró la puerta del coche ruidosamente. Ware señaló con un dedo al horizonte.

—Es allí, en ese islote. Si se apresura, podrá llegar sin mojarse los pies. No creo que la marea suba antes de que usted alcance el terraplén. Pero no se retrase. Si el agua lo atrapa, quedará a merced de un remolino y se ahogará. ¡Vaya ahora! Corra a reunirse con ella. Sé que se muere de ganas...

Thörün dio algunos pasos hacia el mar y se detuvo. Detrás de él, Maddox Green levantó la tapa de su encendedor para hacer brillar la llama. Después de encender su cigarrillo, le gritó a Thörün:

—¡Corre, pequeño! ¡Corre hacia la diosa! ¡No dejes pasar tu oportunidad! Nosotros no podemos hacer nada más por ella.

Green avanzó y lo empujó en dirección a la casa que Thörün veía dibujarse bajo la luz rasa, al extremo de la playa. Gärensen caminó con la cabeza gacha, despacio al principio, después cada vez más rápido. Un olor de cieno y algas flotaba a su alrededor. El golpear de sus pasos hacía salpicar el agua de las rieras y las charcas. A lo lejos vio como las olas se animaban de repente y avanzaban hacia él, por lo que tuvo que aumentar el ritmo de su carrera. Justo delante de él se alzaba una masa de rocas y arena, un reducto negro coronado por un edificio austero, con la fachada carcomida por la sal, sin atractivo ni elegancia, pero esbelto y sólido como un castillo antiguo. Thörün alcanzó sus inmediaciones cuando el agua estaba ya a punto de rodear el espolón rocoso y devolverlo a su naturaleza insular. Despellejándose las manos, trepó hasta la base de la construcción y miró a su alrededor, con el corazón latiendo desbocado. La orilla apenas era visible desde allí. Dos puntos amarillos perforaban la penumbra de la orilla; eran los faros encendidos del coche de Ware y Green. Empezó a soplar un fuerte viento que llegaba desde la lejanía, cargado de salpicaduras, portador de olores extraños de naufragios e incendios, de hierros retorcidos y cuerpos en descomposición...

Gärensen se plantó frente a la casa. Escaló los últimos metros hasta ella y se detuvo ante el umbral. El cerrojo no estaba echado. Entró. El interior aún estaba a oscuras, la luz del alba apenas penetraba a través de los postigos entreabiertos. Thörün avanzó con paso vacilante, temiendo tropezar con un mueble o dar un paso en falso a causa de algún desnivel imprevisto. Poco a poco, sus ojos se habituaron a la

penumbra. Como fantasmas en un cementerio, todos los muebles estaban cubiertos con lienzos. Atravesó una primera pieza y enfiló un pasillo que conducía a una escalera. Escalón tras escalón, llegó al primer piso. El silencio era total adentro, pero desde el exterior llegaban los sonidos del viento y de las olas que se estrellaban contra la costa rocosa. La casa temblaba a cada resaca. Sólo había una puerta en el rellano, abierta. Dentro de la habitación brillaba una lamparilla anaranjada. Gärensen se detuvo en el umbral. Allí, ante él, estaba Laüme Galjero, su enemiga íntima, temible porque la odiaba y la deseaba a la vez. Vestida con un largo chal negro que ocultaba sus formas, miraba fijamente ante sí. Sus ojos, muy abiertos, brillaban febriles, y la piel de su rostro estaba blanca como el mármol. Respiraba deprisa, como un animal acosado. Su belleza, no obstante, era más firme que nunca. Sin que ella le hablase o le hiciera la menor señal, Gärensen se le acercó de buen grado. Ya no sentía angustia. ¿De qué tendría que tener miedo? Sabía que en aquel momento Laüme no deseaba su muerte. ¿Por qué, si no, le habría hecho venir a aquella casa? ¿Por qué le habría enviado a sus esbirros? Se acercó más. El hada posó por fin la mirada sobre él; su respiración pareció calmarse y sus rasgos se distendieron. Sus manos estaban posadas sobre su vientre ligeramente abombado. Él supo por instinto lo que eso significaba.

—Será un niño —anunció Laüme—. Lo sé. Él me habla ya... Será orgulloso y fuerte. Te deberá mucho, Thörun, porque te he elegido a ti, no para concebirlo, pero sí para velar por él durante toda su gestación. ¿Aceptas quedarte a nuestro lado para protegernos?

Gärensen dio un paso más hacia Laüme. Sus siluetas casi se tocaban.

—Acepto —dijo el noruego, resistiendo el deseo de llevar sus labios a la boca entreabierta de la mujer.

Al fondo de un polvoriento café de Estambul, Dalibor Galjero sonreía como un niño. Llevaba horas escuchando a un desdentado narrador de cuentos improvisar las aventuras del eunuco Tarwan, un héroe cómico de tiempos de Solimán. Durante sus estancias en Constantinopla, Dalibor no dejaba nunca de disfrutar de las invenciones del viejo aedo. Había empezado a seguir la epopeya de Tarwan en 1915, un año antes de que Nuwas apareciera a la puerta de su palacio, es decir, un año antes de la muerte de Ta'qkyrin, del asesinato de Rasputín y de su regreso de Rusia. Dejó el país al borde de una guerra civil y abandonó a su maestro con la razón vacilante en una habitación de un instituto médico de Su Majestad el Zar... Habían transcurrido unos treinta años desde entonces. Treinta años durante los cuales no había hecho más que aplazar la hora del juicio exigido por Taus, el antiguo dios Paon al que debía su longevidad excepcional. Pero el instante fatal había llegado. El dios se impacientaba, y ya no había escapatoria. Taus exigiría la última oblación: la muerte de Laüme. Ese era el precio a pagar por ganar la inmortalidad definitiva e incondicional. Dalibor

había buscado mil y una maneras de sustraerse a ese decreto: en las bibliotecas, las colecciones privadas, los archivos de cuatro continentes y hasta en los ficheros clasificados del Ahnenerbe. En vano. Entonces había tenido que decidirse a lo ineluctable, pues se trataba de eso o de morir, desaparecer a la manera de los demás hombres, renunciar al placer y a la alegría, no volver a sentir el frescor del alba en su rostro, no volver a contemplar las estrellas en el cielo, no volver a poner sus manos en la cintura de una muchacha...

Ahora que había encontrado la pista de Nuwas, no pensaba renunciar a aquellos dones. Sin embargo, hubo un momento en que temió fracasar. Cuando la general Grusha Alantova y Wolf Messing le comunicaron la anulación del trato que habían cerrado con él, Dalibor creyó haber perdido para siempre el medio de encontrar a su antiguo maestro. La cólera se apoderó de él. Y aunque los amenazó, no consiguió nada. Alantova y Messing lo hicieron expulsar sin tomarse la molestia de darle explicaciones. La noche de su salida forzosa de la URSS, cuando abrió su bolsa de viaje en un hotel del sector estadounidense de Berlín, descubrió un pequeño sobre oculto en la tela. Contenía una llave sencilla, una llave de consigna con el número 142 grabado y el cuño de una de las estaciones secundarias de la antigua capital del Reich. En la casilla, una simple hoja de papel mecanografiada. La nota, redactada en alfabeto latino, sólo contenía dos frases: «El 10 de este mes, Lewis Monti, David Tewp y Garance de Réault han abandonado el territorio de la Unión Soviética a por la frontera de Irán. Nuwas les acompaña».

El nombre de Garance de Réault le era desconocido a Galjero, y su lectura sólo le había provocado un leve encogimiento de hombros. El de Lewis Monti, en cambio, evocaba un vago recuerdo. Laüme lo había pronunciado años atrás, cuando le contaba sus peripecias en Estados Unidos en los tiempos en que ella era agente del conde Ciano. En cuanto a David Tewp, Dalibor era, desde luego, capaz de ponerle un rostro a aquel nombre. ¡David Tewp! No había pensado en aquel hombre desde hacía al menos diez años. Lo había conocido en la India en 1936. Tewp era por aquel entonces un oficial inglés a quien el MI6 había instalado en su residencia de Shapur Street para asegurar la protección de Wallis Simpson. ¿Tewp? Un muchacho sin cultura, rígido y torpe. Lo contrario de un hombre de acción y el perfecto representante del sexo masculino británico. ¿Por qué se le había metido en la cabeza acosarle? Dalibor no podía entenderlo, sin embargo le importaba poco.

Lo único que contaba en aquel momento era reunirse con Nuwas cuanto antes. Dalibor se puso enseguida a buscar. Encontrar el rastro del pequeño grupo había sido tarea fácil. Los fugitivos habían dejado tras de sí signos evidentes, precisos y numerosos: como si desearan ser encontrados. Todos los indicios apuntaban a Constantinopla... Siguiendo el hilo de sus andanzas, Galjero había llegado a su propio palacio, donde el pequeño grupo había tenido la audacia de instalarse. Por un momento, el hechicero se reprochó el haber descuidado los rituales de mantenimiento de los genios guardianes del lugar. No había regenerado su potencial energético desde

hacía mucho tiempo. Un error por su parte por que, en lugar de fortificarse, los fetiches se habían vuelto inoperantes. Pero eso sólo era un detalle. Lo importante era que él, Dalibor, reuniera sus fuerzas para enfrentarse a sus enemigos. Ésa, y no otra, fue la razón por lo que se había batido en retirada temporalmente, para prepararse de forma adecuada ante la confrontación que se avecinaba. Y por eso estaba sentado allí, en ese café de Estambul, a aquellas horas, lavando su espíritu con las rocambolescas historias imaginadas por el viejo narrador.

Aquella velada, Dalibor no se movió de su taburete hasta la mitad de la noche. El artista acababa de concluir su capítulo en medio de risas y aplausos. Se había marchado a soñar en su lecho nuevas aventuras para sus personajes.

Cuando se apagaron las luces y una vez que los niños encargados de la limpieza hubieron echado arena sobre el embaldosado para absorber los escupitajos y los charcos de *raki*, Dalibor esperó en la calle a que el último de ellos pasara la escoba y saliera por fin del café. Dos horas antes del alba, nadie transitaba por las calles. Estambul estaba silenciosa. Ningún ruido de motor turbaba su quietud. Dalibor atrapó al muchacho por el cuello en el momento en que doblaba la esquina, lo mató contra un contrafuerte de piedra y lo cargó sobre sus anchos hombros. Caminó así hasta una cala desierta, lo desnudó y sacrificó al niño al dios Taus mientras le rogaba que le concediera un respiro hasta que encontrara a Laüme. Dalibor esperaba con todas sus fuerzas que el dios Paon accediera a su ruego, porque sentía más que nunca que el Tiempo estaba recuperando poco a poco sus derechos. En Rusia había descubierto en sus cabellos nuevas canas, y en sus manos habían aparecido algunas de esas manchas que marcan la piel de los viejos. Dalibor hizo uso del cadáver como otros usan una droga, para aguzar sus sentidos. Terminada su obra, tiró los despojos del niño al río, sin preocuparse siquiera de lastrarlos. No le importaba que la policía lo encontrase horas más tarde. ¿Cuántos adolescentes desaparecían cada mes en aquella ciudad gigantesca sin que nadie se inquietara por ellos? Uno más no se notaría.

Vivificado, Dalibor retomó la dirección de su palacio. Sin llevar ningún arma bajo el cinturón ni oculta en los pliegues de su ropa, franqueó la verja del parque. El alba no enrojecía aún el cielo, pero el rocío perlaba ya la hierba. Los primeros pájaros empezaban a cantar en las ramas. Dalibor vio una silueta recortarse en la entrada. La reconoció a primera vista y alargó el paso para reunirse con ella.

—Le esperaba —dijo con calma David Tewp.

El inglés ya no era el mismo hombre. Había cambiado, había cambiado mucho. Cuando Dalibor lo dejó en la India no era más que un lechuguino inexperto e influenciado, un teniente de poca monta obligado a desempeñar un papel que le superaba. Pero era evidente que David Tewp había sufrido los efectos de la guerra con todo su rigor. Había adquirido una talla, una seguridad impresionantes y, a prueba de fuego, se había endurecido hasta convertirse en un enemigo respetable. Su

capacidad de dañar era, en consecuencia, mucho más alta de lo que Galjero había estimado de entrada, cuando leyó su nombre en el papel hallado en la consigna de la estación de Berlín.

—Hacía mucho que no nos veíamos, David —dijo Dalibor—. Lamento lo de su cara.

David se llevó de forma involuntaria la mano a la altura de su nariz rota. Había ocultado la herida bajo su vieja máscara de cuero, la misma que había tenido que llevar antes de su viaje a Jerusalén. En los últimos años se había acostumbrado a que nadie notara su deformidad. Le resultaba penoso oír entonar de nuevo aquella antifonía.

—Se lo debo a una de sus discípulas, Galjero —respondió Tewp conteniendo su resentimiento—. Ostara Keller me desfiguró pocas horas antes de que la mataran los niños a los que se proponía inmolar.

—Némesis —sentenció Dalibor en son de broma—. Su propia energía destructora se volvió contra ella. No me sorprende, a Keller la devoraba la ambición. Además, estaba demasiado dotada, todo era muy fácil para ella. No tuvo necesidad de curtirse como lo hemos hecho usted y yo... Porque nos parecemos, ¿verdad, David?

Tewp se guardó de contestar, y cambió de tema:

—Sé por qué está usted aquí —dijo el inglés—. Le busco desde que estábamos en la India. He pasado doce años en vano siguiendo su rastro. Pero me he cruzado con otros cazadores. Juntos hemos reconstruido su historia, y también la del espíritu Laüme... Y hemos encontrado a su antiguo maestro, Nuwas.

Dalibor sonrió; su intuición era acertada: el torpe oficialillo de Calcuta había cedido el puesto a un ser decidido y peligroso.

—Así que Nuwas se encuentra en esta casa, custodiado por sus amigos, supongo.

—No. Estoy solo. En cuanto a Nuwas, estaba extenuado, al límite de sus fuerzas cuando los soviéticos nos lo entregaron. Por desgracia, su vida se extinguió aquí mismo, hace unos días. Lo enterramos en el parque.

Dalibor palideció ante el anuncio de la noticia.

—¿Nuwas ha muerto? —preguntó como si no pudiera creerlo.

—Nuwas ya no está —confirmó Tewp—. Pero no se fue sin haber hablado antes de morir. Ahora soy depositario de sus últimos secretos.

—¿Así que usted, David, es quien me ayudará a cumplir por fin mi destino?

—Soy yo.

—¿Y qué quiere a cambio?

—Un poco de su poder. Sólo una parcela de su fuerza.

El rumano pareció sorprendido; pero en lugar de sondear las motivaciones de Tewp, preguntó:

—¿Dónde están ahora sus amigos? ¿Ese Lewis Monti y esa Garance de Réault con los que se ha aliado?

—No entendieron las confesiones de Nuwas. Hablo un poco de ruso, y ellos no.

Les he hecho creer que la muerte de Nuwas nos ha conducido a un callejón sin salida, y he fingido que quería abandonar. Se han ido en busca de otra manera de dar con usted. No tiene nada que temer de ellos...

—¿A partir de ahora estamos usted y yo solos?

—Sí.

—¿Puede darme una prueba de su buena fe?

—Laüme está embarazada de un hombre, Galjero. Espera un hijo. Su poder se debilita conforme avanza su embarazo. Conozco el momento exacto en que se produjo la concepción y, por lo tanto, la fecha prevista para el alumbramiento. Además, sé adonde irá muy pronto para realizar un acto que sólo ella puede llevar a cabo.

—¿Qué acto?

—El pago de un servicio. Thörun Gärensen la acompaña ahora. Reemplaza a las criaturas de las que se rodeaba el hada y que en este momento la abandonan poco a poco, a causa de su metamorfosis.

—¡Laüme ha iniciado su caída hacia la humanidad! ¡Así que usted lo sabe, Tewp! —exclamó Dalibor en un tono admirativo—. ¿Y quién es el padre del pequeño bastardo?

—Desconozco ese dato. ¿Es importante para usted?

Dalibor contempló los árboles en silencio. Por encima de las copas, la aurora desleía la opacidad de la noche con grandes franjas rosas.

—No —dijo por fin—. Sólo es una información secundaria. ¿Cuánto habrá que esperar antes de actuar?

—El acoplamiento data de hace veinte semanas. Por desgracia, tendremos que aguardar hasta el término...

—¡Cuatro meses aún!

—Si quiere dar el golpe con seguridad, sí. Cuanto más pronto se arriesgue, más fuerte estará Laüme.

—Lo sé —cortó bruscamente Galjero—. Bien, querido David, ¿por qué no empleamos ese tiempo en recompensarle por sus esfuerzos? ¿Por dónde quiere que empecemos su aprendizaje?

Para Thörun Gärensen, la prueba resultaba más difícil cada día. Cada hora que pasaba, la tensión que necesitaba para conservar su fuerza de espíritu era más dolorosa. Laüme le susurraba palabras de amor, pero él sabía que eso no era más que perfidia. Ella le ofrecía sus caricias y hasta su cuerpo, pero —él también lo sabía— era una trampa, un modo de atarlo a ella, de dominarlo antes de ahogarlo y devorarlo como una mantis. Aunque Gärensen no había escuchado las confesiones de Dalibor Galjero registradas por la general Alantova, había leído sus confidencias en el *epyllion* del palacio de Estambul y conocía las perversidades de Laüme. Lo sabía

todo de su verdadera naturaleza, de su historia y, sobre todo, de su poder de devolver la vida a los muertos...

Desde que Preston Ware y Maddox Green lo habían conducido a la isla, como un último deber hacia una ama a la que no querían servir más, Thörun cuidaba de Laüme como si fuera una cierva herida encontrada en el bosque. La alimentaba con las provisiones acumuladas en las cocinas. Velaba a su lado cuando ella no podía dormir. La ayudaba a asearse y perfumaba su cuerpo con esencias exquisitas... El hada parecía más débil cada día que pasaba. La vida que crecía en su interior la consumía. La extraordinaria modificación de su fisiología obraba en ella una labor de destrucción. Ella la sentía en lo más profundo de su ser, y eso la aterrorizaba. Cuando se miraba en el espejo de cuerpo entero, contemplaba con horror como su tez se estropeaba, sus ojos perdían el brillo, su figura se hacía más pesada.

—¿Por qué no quieres tomarme? —le preguntaba a Thörun con voz inquieta—. Tómame mientras mi belleza no se haya extinguido del todo. No sé cuánto tardará en volver a mí después del alumbramiento...

Pero Thörun permanecía insensible a esas insinuaciones. El recuerdo de haber tenido a Laüme en sus brazos en otro tiempo, de haber gozado de ella, seguía intacto en él; habría podido conocer de nuevo la embriaguez incomparable que ella le había dado, pero él quería otra cosa, aunque todavía no había formulado su demanda y Laüme no la adivinaba.

—¿Qué quieres, Thörun? —preguntaba ella sin cesar—. Rehúsas lo que te ofrezco. Rechazas mi cuerpo, mi amor. Nadie ha tenido tu fuerza ni tu voluntad. ¿Qué quieres de mí si no es eso?

—Cuando esté a punto de dar a luz —confesó él por fin un día—, la sacaré de esta isla. Vendrá conmigo, e irá a buscar entre las sombras el espíritu de un difunto para que reviva. Eso es lo que exijo para seguir cuidando de usted y no entregarla a Dalibor.

David Tewp estaba agotado. Hacía demasiado tiempo que representaba la comedia de la sumisión ante Dalibor Galjero y, pese a la buena voluntad que mostraba, sus nervios estaban siendo sometidos a una dura prueba. Para empezar, tenía que fingir interés por unas materias que le repugnaban lo indecible: guardaba un recuerdo espeluznante del hechizo del que él mismo había sido víctima en la India; después, las horribles muertes de su ordenanza, Habid Swamy, y del pequeño Khamurjee no habían hecho sino reforzar su repulsión por lo sobrenatural. Pero además, las enseñanzas del rumano, experto en los sacramentos más innobles de la brujería, sobrepasaban en horror todo lo que había leído sobre ocultismo en la biblioteca de la Sociedad de Estudios Asiáticos de Calcuta, en la época en que se documentaba para perseguir mejor a los Galjero. Tewp, tan proclive a la moralidad, tan probo por naturaleza, debía simular un asentimiento total ante unas técnicas y unos principios

que iban a contracorriente de su concepción del bien y del mal. Detestaba lo confuso, lo aproximativo, lo cambiante y lo relativo, y ahora resultaba que tenía que desenvolverse en el seno de disciplinas en las que ningún hito delimitaba lo razonable de lo demencial, lo benéfico de lo criminal, lo decoroso de lo condenable. Aunque eso le enfermaba, aún no era sino una ligera contrariedad, porque por el momento sólo habían cultivado el terreno de las teorías y axiomas generales. Aún no habían abordado la práctica. Tewp temía por encima de todo que llegara el instante en el que Galjero juzgara necesario pasar a las aplicaciones concretas. ¿Cuánto tiempo podría evitar que su mentor cometiera algún crimen para activar los principios de los que le hablaba sin cesar? ¿Qué ardid podría emplear Twep para impedirselo? Aún no lo sabía...

Fuera, una nueva tempestad se abatía sobre la isla de la casa negra. Thörun, sin embargo, no percibía el estrépito de las olas y el viento, sumido como estaba en un sueño intenso en el que reinaba Laüme. En el salón de gala del hotel Edén, iluminada por inmensas vidrieras de colores, el hada le sonreía. Su figura esbelta y aérea, lejos de parecerse a la de una parturienta, iba vestida con un Fortuny con estrechas franjas que realzaban un hondo escote y apenas velaban el orbe de los senos. Amplias aberturas mostraban sus largas y torneadas piernas hasta las caderas. Encima de su nuca llevaba un penacho negro sobre un triángulo de nácar. En sus labios púrpuras y brillantes había una sonrisa venenosa. Tendía la mano hacia él, invitándolo a reunirse con ella... Thörun quería resistirse, pero la tentación era demasiado fuerte, la belleza de Laüme corroía sus resoluciones más firmes. Sólo tenía un deseo: tenerla entre sus brazos, poseerla, embriagarse de su risa y de sus gritos de placer. Él avanzaba pero, a cada paso, perdía fuerza y vigor. Sus piernas se doblaron, cayó, intentó levantarse y fue incapaz. Se arrastró retorciéndose como una lombriz para alcanzar al hada, que se burlaba: inclinada hacia él, retrocedía unos pasos tan pronto como él lograba avanzar unos centímetros...

Este suplicio se prolongó hasta que Thörun se despertó sobresaltado, con el cuerpo empapado en sudor. Su corazón latía tan deprisa que creyó que iba a desmayarse. Respirando a grandes bocanadas, se levantó y se precipitó en la habitación donde reposaba Laüme. Dormía con un sueño apacible. Su respiración era lenta y tranquila como la de un niño. La contempló largo tiempo a la luz de los relámpagos que rasgaban el cielo. Aunque no tan deslumbrante, tan tentadora como en su sueño, conservaba intacto todo su poder de fascinación. ¿Cuántos hombres se habían condenado por una sola de sus miradas? Thörun sintió que lo invadía un deseo loco, lo cual le hizo montar en cólera. Ese deseo era la gran debilidad del noruego, una debilidad que ya no podía soportar más. Lanzó con violencia un puño contra el espejo del dormitorio, tomó con la mano desnuda un trozo puntiagudo e, indiferente a los gritos del hada, cortó con grandes cortes escarlata los rasgos del rostro más bello

del mundo.

LA CARGA DE ORFEO

Sólo con poner los ojos en las dos estatuillas alineadas frente a él, David Tewp sentía que se le revolvía el estómago. En apariencia, las figuras no presentaban ninguna particularidad. Pero eran efigies que el brujo Galjero había creado para el coronel.

—He aguardado para darle una sorpresa, Tewp —anunció Dalibor—. Las dos son para usted. Ya le enseñaré a fabricarlas, pero me he tomado la libertad de dotarle cuanto antes de estas auxiliares. Estimularán su fe en las artes mágicas, si es que todavía fuera necesario.

—¿A qué tipo de usos están destinadas? —preguntó el inglés con voz átona.

—Una es un fetiche de plata que le servirá para encontrar tesoros. Yo mismo tuve uno durante mucho tiempo. Muy eficaz para establecer los fundamentos de su futura fortuna.

—¿Y el otro?

—El segundo... —dudó Galjero—. El segundo le será muy útil, especialmente con su cara... Este...

—¿Este...? —repitió el inglés con aire de desafío.

—Este voutt suscita la simpatía inmediata del sexo opuesto, querido David. Y creo que no voy errando si digo que ése es un don que usted tiene poco desarrollado, ¿no es así? Incluso antes de...

Dalibor dejó la frase inacabada.

—¿Incluso antes de que su alumna Keller me mutilara, quiere decir?

—Digamos que es una manera de compensarle por lo que le he hecho. Se lo debo, después de todo.

A continuación Galjero le enseñó a Tewp cómo activar los fetiches y lo envió fuera para que experimentara su eficacia. En un principio Tewp se había negado a obedecer, después había ido a caminar por el Cuerno de Oro, más por respirar otros aires que por entregarse a los ejercicios recomendados por el brujo. Apenas había recorrido cien yardas cuando sus ojos se posaron en un portafolios tirado en el suelo. Lo recogió. En su interior encontró unos documentos de identidad y tres mil libras esterlinas en billetes de banco. En lugar de conservar su hallazgo, entró en la oficina de correos más cercana, compró un sobre grande y garabateó la dirección del descuidado propietario. Dejó el paquete en el buzón destinado al correo internacional y salió con el sentimiento gratificante del deber cumplido.

Bubble Lemona saltaba como un chiquillo sobre el colchón de la gigantesca cama que presidía su habitación en el *palazzo* Gritti. Después, deshizo los ocho paquetes de camisas, corbatas, gemelos y zapatos italianos que había adquirido aquella misma

mañana, feliz de reencontrar la suavidad de la seda sobre su piel y volver a ver las luces reflejarse en el cuero pulido de los empeines. Era la primera vez en su vida que pisaba suelo italiano. Su madre había nacido en Treviso y su padre en Rávena, menos de un siglo antes, pero él había visto la luz en Nueva York y no había dejado Little Italy sino para hacer breves incursiones en Florida o en Luisiana con el fin de arreglar algunos asuntos urgentes de la «familia». Encantado de pisar al fin el suelo natal de sus padres, se maravillaba por todo y compraba sin tasa. Monti y Garance, por su parte, no compartían su entusiasmo. Febril, irritable, Lewis se preguntaba cada día si su intuición no le habría engañado. Garance sentía que las fuerzas la abandonaban sin que fuera posible ofrecer resistencia, y se decía que Venecia sería el último lugar que vería en esta tierra. Pero por nada del mundo quería perderse el gran final...

Todas las estratagemas para evitar que Dalibor efectuara un sacrificio se habían agotado ya, y Galjero hervía en deseos de derramar sangre. Era un imperativo para él, porque su dios, Taus, multiplicaba los signos de impaciencia y de cólera. Cada día, el rumano veía su cabellera oscura mezclarse con tonalidades blancas y sentía que perdía capacidad de reacción. Necesitaba un bálsamo para contrarrestar esta decadencia anunciada, un crimen para vivificar su carne antes de la última prueba.

—Mañana tomaremos dos niños en la calle —le anunció a Tewp—. Uno será para mí, otro para usted. Verá como la energía vital pasa fácilmente de un cuerpo al otro. Estoy seguro de que le fascinará...

Tewp se estremeció de horror ante la perspectiva de los asesinatos. Pero ya no le era posible volverse atrás sin delatarse. ¿Qué hacer? ¿Asumir hasta el final el papel que había adoptado y hundir él mismo la hoja de un cuchillo en el cuerpo de un inocente, o huir? El inglés rehusaba esta alternativa. Durante horas se esforzó en concebir una añagaza para engañar al rumano. Fue en vano. Como ya había intentado varias veces, pretendió matar a Dalibor con el arma de fuego que le dejó Monti. Imposible: tan pronto como empuñaba la pistola, sentía su espíritu desfallecer y su resolución desaparecer. Los guardianes sutiles que velaban por Dalibor Galjero seguían cuidando muy bien de su amo. Entonces, a regañadientes y sin demasiada confianza, David Tewp decidió jugar su última carta.

—Tenemos que irnos —le dijo a Dalibor—. Hoy mismo. El parto de Laüme se acerca. Va a alumbrar antes de lo previsto...

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Galjero, suspicaz.

—Quédese si le apetece —se limitó a responder el inglés con voz firme—. Corra ese riesgo si cree que miento.

Galjero se encogió de hombros. Guiado por Tewp, dejó su palacio de Estambul sin protestar y embarcó con destino a Venecia.

—¿Es aquí donde se encuentra Laüme ahora? ¿Por qué ha elegido esta ciudad y no otra?

—Fausta Pheretti, la esposa de Thörun Gärensen, reposa en la isla San Michele —respondió el coronel del MI6—. El noruego quiere recibir en el cementerio de Venecia el premio por sus servicios...

El velo negro que cubría el rostro de Laüme Galjero ocultaba heridas repugnantes. Sin la menor piedad, Thörun había sajado pómulos y labios, frente y caballete nasal... Con el deseo de arrancar de raíz el mal que lo corroía, había ido más allá de sus esperanzas: había destruido para siempre la belleza de una criatura sin par. Pasara lo que pasase, Laüme Galjero no imantaría nunca más el deseo masculino. Las miradas se apartarían de ella como ante la visión de un mutilado o de un monstruo. En adelante, ella tendría que pagar para gozar de los placeres de la carne. Sin embargo, el horror que le inspiraban sus rasgos desfigurados le importaban menos a Laüme que la cosa lloriqueante que había salido de su vientre. Las convulsiones, precipitadas por la violencia de la agresión, se habían producido antes de tiempo y el niño, un bebé perfectamente formado, había nacido. Un varón. Vigoroso y empujado a venir al mundo. Gärensen se había ocupado de él mientras la madre se recuperaba lentamente de sus heridas. Acunaba al recién nacido, lo bañaba con cuidado, lo vigilaba, y sólo se lo confiaba a Laüme para que lo amamantara. Poco a poco, Gärensen notaba que el hada recuperaba su vigor.

—¿Siente que recupera sus poderes? —le preguntó una mañana.

—Puedes estar seguro de que sí. Y cuando los haya recuperado del todo te haré pagar la pérdida de mi cara. Prepárate para ese momento.

—Usted no intentará nada contra mí —aseguró Thörun—. De lo contrario, me llevaré a su hijo como rehén y juro que lo mataré sin remordimientos si no cumple su palabra.

—Quieres que te devuelva a tu mujer, ¿no es eso? ¿Tanto querías a esa Fausta? Gärensen bajó los ojos sin contestar. Después de un silencio, anunció:

—¡Mañana! Mañana nos vamos a Venecia...

Cada día, a las cuatro de la tarde, Garance de Réault degustaba un té chino en el café Florian. Apoyada en el brazo de *Bubble* Lemona, llegaba a paso corto y se sentaba siempre a la misma mesa, en el ángulo derecho de la sala, junto al ventanal que daba a las arcadas y a la perspectiva de la plaza de San Marcos. Los camareros la conocían. Había reservado esa mesa desde su llegada, un privilegio por el que había pagado un precio prohibitivo. Lemona se quedaba a veces en su compañía para beberse a sorbitos un licor de fresa y atiborrarse de galletas de barquillo que desmigaba encima del vaso con sus gruesos dedos. Sin embargo, la mayoría de los días *Bubble* abandonaba a la francesa para irse a fumar no lejos de allí, y se quedaba soñando despierto sentado en los escalones que bajaban hasta las aguas de la laguna.

Garance esperaba una hora en aquel lugar, tal como había convenido con David Tewp en Estambul. Ni más ni menos. A las cinco en punto, se levantaba y dejaba el establecimiento, saludada con cortesía por los camareros, y se reunía con Bubble en el exterior.

Volvían juntos al palacio Gritti, donde Monti caminaba arriba y abajo por un salón rococó sobrecargado de molduras extravagantes, regordetas como merengues.

—Nada todavía, Lewis —decía entonces la vieja dama—. Nuestro amigo David aún no ha llegado... ¿y de lo suyo?

—Nada tampoco, madame Garance —respondía con tristeza el senador—. Al parecer, Thörün Gärensen no quiere dejarse ver en Venecia. Quizá les he hecho seguir una pista falsa.

—Su deducción fue la correcta, estoy segura —decía la vieja aventurera para confortarlo—. Seamos pacientes. Pacientes y optimistas. ¿Qué cenarán esta noche?

Mil años de combates y abordajes. Mil años de cruzadas y de ocupaciones, de matanzas y pillajes. Tal era la historia de Venecia y de su rival, la antigua Constantinopla. Un milenio ya olvidado en pro de una paz que se extendía por todo Occidente, comprada al alto precio de la sumisión y la humillación a un imperio lejano, desdeñoso y soberbio, que sin embargo también estaba llamado a derrumbarse un día. No obstante, esa paz autorizaba a los navíos levantinos a acercarse sin temor al puerto de la Serenísima.

Detrás de David Tewp, Dalibor Galjero descendió al muelle y se sometió a las formalidades de la aduana como cualquier pasajero. De todos modos, los policías italianos no le pidieron que abriera sus maletas y ni siquiera examinaron su pasaporte.

Por otra parte, Galjero nunca había tenido uno. ¿Para qué lo iba a querer, si disponía de un ángel de la guarda capaz de liberarle de los pesados? Tewp, en cambio, no se beneficiaba de tal recurso. Como cualquier hijo de vecino, tuvo que someterse a las formalidades administrativas de rigor. Galjero lo esperó pacientemente y después lo condujo al Danieli, donde era huésped habitual desde hacía tanto tiempo. Allí, en habitaciones contiguas, deshicieron rápidamente las maletas. Tewp salió enseguida alegando que debía reunirse con un informador.

—Vuelva pronto, David —advirtió Dalibor—. No olvide que tengo un medio de presión muy eficaz sobre usted.

Tewp asintió y desapareció. En realidad, la amenaza de Galjero no le intimidaba demasiado. Sabía, desde hacía tiempo, que Dalibor había confeccionado un *voult*, una efigie cargada con algunos de sus cabellos y destinada a lanzar sobre él un hechizo de muerte rápida si se le ocurría traicionar a su pretendido maestro. Eran casi las cinco de la tarde y Tewp sólo tenía una idea en mente: caminar deprisa para llegar a tiempo de encontrar a madame de Réault sentada a la mesa del Florian...

En la cabina de primera clase del transatlántico italiano *San Lucas*, Laüme Galjero miraba a su bebé mamar golosamente. El pequeño aún no tenía nombre. Cuando pensaba en él, ella lo llamaba sencillamente «mi hijo» y, por primera vez en su muy larga existencia, dedicaba a otro ser una verdadera ternura, un auténtico impulso de amor. Cuando Thörun le quitaba al niño para llevárselo a dormir a su propia cabina, se quedaba sola llorando durante horas, hasta el momento en que acurrucaba de nuevo contra su seno a la criatura. Entonces, por un breve instante, volvía a ser feliz.

Una noche, cuando el estrave del barco pasaba por encima de una fosa en la que reposaban desde hacía siglos los restos de un galeón español con las bodegas repletas de oro, Laüme abandonó furtivamente su cama. Nadie más transitaba por los pasillos de los puentes superiores. Lentamente, con el rostro oculto por un largo velo de viuda, descendió hasta las pasarelas de tercera clase, donde la gente dormía en tablas cubiertas de un fino colchón de paja o en hamacas. Apenas dio unos pasos entre ellos, los justos para apoderarse del primer niño dormido que pudo encontrar.

Las gotas que caían del impermeable mojado de David Tewp formaban charquitos en las baldosas rojizas del antiguo nido de republicanos y carbonarios. En el exterior, una lluvia torrencial se abatía sobre Venecia. Sentado en una banqueta frente al inglés, Lemona hacía guardia junto a madame de Réault, que había enfermado de improviso.

—Madame Garance está agotada —informó el mafioso al coronel—. Se encuentra muy débil. Hace dos días que no se levanta de la cama. Don Monti está muy inquieto, y yo también...

—Quiero verla —ordenó David Tewp.

En la gran cama con dosel, Garance de Réault estaba pálida como una muerta. Tewp creyó estar viviendo de nuevo el momento en que había entrado en su apartamento parisino mientras la enfermera Simone se afanaba en torno a ella. Con los ojos entornados, la francesa hablaba con dificultad.

—David... Por fin llega, muchacho —dijo con gran esfuerzo—. Temía no volver a verle...

Con un nudo en la garganta, Tewp se sentó cerca de ella y tomó su mano.

—Galjero está conmigo en Venecia —dijo—. Hasta ahora he podido evitar lo peor, pero ya no sé cómo impedir que mate de nuevo. Quiere sangre para prepararse ante su combate con Laüme.

La mirada de la vieja dama pareció perderse en la contemplación de algún paisaje interior. Tewp no se atrevía a hablar. Monti y Lemona guardaban silencio. Después, Garance volvió de nuevo el rostro hacia el inglés.

—Emplee algún ardid para hacer esperar a Galjero hasta mañana, David, y venga a verme. Yo le diré lo que hay que hacer...

El niño que dormía en brazos de Laüme Galjero no era el suyo, aunque tenía casi la misma edad, apenas unas semanas. Aún no se había despertado desde que se lo había llevado de los puentes inferiores. Laüme lo sentía respirar suavemente contra su cuerpo. Como su propio hijo, el bebé estaba lleno de vida, y su pequeña alma libre de toda mancha. El material ideal para el hada, gracias al cual podría recuperar más deprisa sus antiguos poderes y quizás hasta recobrar algo de su belleza perdida...

Corrió a su cabina con la captura, se encerró con doble vuelta de llave y comenzó sus operaciones de magia roja. Tras poner a su presa sobre la litera, tomó unas tijeras de su baúl; pero cuando ya se disponía a degollar a su víctima, se detuvo. Un sentimiento desconocido para ella abrumaba su espíritu y desarmaba su brazo. Soltó las tijeras, que cayeron al suelo con un ruido frío. La fuerza para cometer un asesinato la había abandonado... ¡la humanidad! Así que era eso, pensó Laüme. Peor que todas sus pesadillas, peor incluso que la prueba que le había hecho pasar Yohav; porque la sangre del enano, por repugnante que fuera, era una sangre de brujo, de poder, portadora del secreto de una posible resurrección, ella misma lo había experimentado. El alumbramiento, en contra de sus expectativas, había provocado una desnaturalización profunda de su ser íntimo. Los brazos y las piernas le pesaban como el plomo, su cerebro era una mezcla de pensamientos descoordinados, desordenados, contradictorios. Por encima de todo, se había apoderado de ella un inmenso disgusto de sí misma, un disgusto que la desarmaba mucho mejor que cualquier enemigo hubiera podido hacerlo nunca.

Sin que nadie la viera, devolvió al niño al lugar de donde lo había robado y, presa de la desesperación, ganó la popa por el puente principal. Estaba sola. Estuvo largo tiempo mirando las aguas oscuras revueltas por las enormes palas de las hélices. No pensaba, apenas respiraba. Un golpe de brisa le arrancó el velo y se lo llevó por encima de las altas olas. Laüme se pasó los dedos por la cara, sintió la hinchazón de las cicatrices, los surcos de las heridas. En el fondo de su corazón, supo que jamás volvería a ser bella. Y sin embargo, ningún enemigo la había abatido, ningún ejército la había vencido. Ella misma había roto sus defensas, socavado su propia fuerza y forjado los instrumentos de su destrucción. Por un instante, el pensamiento de que tenía un hijo no bastó para consolarla. Puso el pie encima de la borda. Se inclinó para ofrecerse a las aguas frías, pero en el momento en que se sentía caer hacia la nada, las fuertes manos de Thörün Gärensen la atraparon por los hombros y detuvieron su caída.

David Tewp había pasado una de las peores jornadas de su existencia. A fuerza de inventar pretextos para retrasar el momento en que Dalibor Galjero lo iniciaría en el crimen de sangre, apenas era ya capaz de pensar. Al final de la tarde había tenido que idear argucias para dejar plantado al rumano y reunirse con madame de Réault.

Impaciente por saber qué nueva estratagema había planeado su mentora, se lanzó a la carrera hasta el Gritti, donde Monti y Lemona lo esperaban con semblantes serios.

—¡Por fin llega, Tewp! —exclamó Lewis Monti—. Garance duerme desde mediodía. Su estado no es nada satisfactorio. Ha pedido que no la molesten antes de su llegada. La noche ha sido difícil...

Seguido por los dos italoamericanos, Tewp giró con suavidad el picaporte y entró. La pieza estaba oscurecida por pesadas cortinas de terciopelo corridas sobre las ventanas. La cama estaba hecha, y el sillón de orejas colocado en ángulo recto con la gran cabecera de pompones. Tewp soltó un gruñido. No había ninguna señal de que un cuerpo se hubiera tendido recientemente sobre la colcha engalanada... Llamaron, buscaron en el baño, el vestidor y en los pasillos cercanos. En vano. Preguntaron a los botones y camareras de la planta: no habían visto nada anormal, y menos aún a una vieja dama distinguida, encorvada por la fatiga y la enfermedad. Los tres hombres regresaron a la habitación y la registraron con la esperanza de detectar algún indicio, pero no encontraron la menor explicación.

—¿Dónde guarda su arma Garance? —preguntó Tewp de repente.

—En el cajón de su mesa de noche, creo —dijo Lemona.

Tewp abrió el mueble. Encontró una caja de cartuchos medio vacía, pero ni rastro de la automática comprada en la chamarilería de Estambul.

—Me ha vuelto a engañar como a un pardillo —masculló entre dientes.

Sin más explicaciones salió de la *suite* y se dirigió a grandes zancadas hacia la escalera.

—¿Adonde va usted? —gritó Monti.

—Sobre todo, quédense aquí —gritó Tewp por encima del hombro—. Pase lo que pase, no se muevan del Gritti.

Tras dejar a sus aliados, el coronel atravesó en tromba el vestíbulo del hotel y se precipitó al exterior. Empujando indiscriminadamente a venecianos y extranjeros, se lanzó a una loca carrera hasta el Danieli. Empapado en sudor, llegó hasta la habitación donde se alojaba Dalibor. La puerta no estaba cerrada. Entró, pasó por la antecámara y penetró en los apartamentos de Galjero. El rumano estaba sentado en una poltrona honda, inmóvil como una estatua de mármol, fumando un largo cigarro apenas empezado.

—¿Adonde había ido? —preguntó tranquilamente el brujo.

La tensión acumulada en los hombros de Tewp desapareció por ensalmo. Trató de recobrar un aspecto conveniente y masculló una explicación.

—Es lamentable que haya escogido este momento para ausentarse. He recibido una visita, figúrese. Una visita idiota, pero muy divertida, que le hubiera entretenido mucho a usted.

—¿Una visita? —preguntó Tewp, con el corazón galopando sin freno—. ¿Qué visita?

Por toda respuesta, Galjero hizo un gesto vago señalando hacia el salón contiguo.

Con un nudo en la garganta, las piernas vacilantes, Tewp empujó la puerta entreabierta. Garance de Réault yacía allí, en el suelo. Sobre su cuerpo y su rostro profanados se leían las trazas de suplicios sin número...

—¿Se lo puede creer? Esta vieja loca ha venido a provocarme aquí mismo, Tewp —informó Galjero con voz fuerte, sin levantarse del sofá—. Tengo entendido que usted la conocía, ¿no? Era una de sus acolitas en la época en que todavía quería matarme, ¿verdad?

Tewp no respondió. Devorado por el dolor y la cólera, metió la mano en el bolsillo para sacar su automática, pero los hechizos de protección tejidos en torno al rumano eran demasiado poderosos; los dedos del oficial fueron incapaces de cerrarse en torno a la culata. Lo intentó de nuevo con toda su voluntad, pero fue en vano. Tenía que tomar una decisión: o bien persistir en su deseo de venganza y revelarle de ese modo su duplicidad a Dalibor, o bien continuar con la comedia de la sumisión que él mismo había iniciado. El coronel contempló por última vez el cuerpo de Garance. Sin duda, madame de Réault se había sacrificado para darles un poco más de tiempo a él y a los demás. Con la muerte en el alma, Tewp salió de la habitación sin volver la vista atrás.

—Habrás que deshacerse de esta carne cuando caiga la noche —dijo Dalibor mientras se estiraba como un gato harto de comida.

—Yo me encargaré —aseguró Tewp con una voz perfectamente neutra.

Cada día desde que había llegado a Venecia, Lewis Monti ejercía de batidor y se acercaba a la estación de Santa Lucia para vigilar la llegada del tren de París. Y también iba al muelle y se situaba no lejos de la pasarela de los navíos que cubrían la travesía desde Londres o Nueva York, con el fin de comprobar si desembarcaban Thörun Gärensen y Laüme Galjero. Por último, cada noche, después de haber recorrido un dédalo de callejuelas para ir a constatar que los postigos de la antigua casa de Fausta Pheretti continuaban cerrados, saltaba al puente de uno de los últimos *vaporetti* con destino a San Michele. Allí, entre las tumbas antiguas envueltas en la luz del crepúsculo, acudía a asegurarse de que la sepultura de la joven estuviera intacta. En cada uno de sus viajes de regreso hasta el Gritti, mientras se acodaba en la borda oxidada del viejo pontón ómnibus, lamentaba haber empujado a sus compañeros a seguir una pista estéril. Su intuición, ahora estaba convencido, lo había inducido al error. Había sido preciso todo el entusiasmo de Garance de Réault, toda su fuerza de espíritu para devolverle la confianza y darle el valor de repetir cada mañana su circuito de vigilancia... Pero ¿dónde estaría la francesa? Tewp había salido hacía más de dos horas y no había ningún medio de reunirse con él en el Danielli sin correr el riesgo de despertar las sospechas de Galjero.

—¿Qué hacemos, don? —preguntó Lemona con aire inquieto.

Monti miró su reloj. Sabía que en menos de una hora el *San Lucas* arribaría a

aguas de la laguna. No sería el primer barco de línea que Monti veía atracar. En cada ocasión, sus esperanzas se habían visto frustradas. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez? No. Decididamente, optó por esperar a Tewp y a Garance en lugar de escrutar las siluetas anónimas bajando del paquebote...

Thörun Gärensen le tendió dos dólares al mozo de equipajes de a bordo mientras le daba la dirección de una casa de la ciudad donde debía depositar los baúles. Envolvió al hijo de Laüme en pañales nuevos, tomó al niño en brazos y fue a buscar al hada a su cabina. Ella lo esperaba, resignada, sentada en su asiento, con un velo negro que ocultaba sus rasgos.

—Acabamos de atracar —anunció sobriamente el noruego—. Prepárese, vamos a desembarcar.

Como en el puerto de Nueva York, unos cientos de dólares oportunamente distribuidos sirvieron como pasaporte.

—¿Adonde vamos? —preguntó Laüme una vez pasado el trámite aduanero.

—Al lugar donde murió mi esposa. Allí la hará usted revivir.

—¿Eres consciente de lo que implica tu demanda?

—Le daré todo lo que me pida —contestó Thörun con dureza.

Sin llorar, sobre todo sin pensar, David Tewp envolvió el cuerpo de Garance de Réault en un lienzo y lo veló largo rato en silencio. Aturdido por la voluptuosidad que su crimen le había proporcionado, Dalibor Galjero estaba tendido en su cama y holgazaneaba desde hacía horas, como un opiómano asimilando su droga. Tewp permanecía inmóvil, cuando un golpe de aire frío pasó de pronto por su rostro. Después, una ola glacial lo envolvió y lo congeló hasta los huesos. Se irguió cuan largo era y exploró el salón con la mirada. Ya había sentido aquella sensación, esa riada de escarcha que inundaba de repente una habitación, aquella brusca cristalización del aire, en el palacio de Dalibor en Estambul, la noche en que madame de Réault había convocado al espectro de Nuwas...

—¿Madame? —preguntó Tewp, lleno de esperanza—. Madame, ¿es usted?

Pero no hubo respuesta. Creyó percibir un rostro de vaho que se formaba en la superficie de un espejo que adornaba el entrepaño sobre la chimenea, pero sólo fue un movimiento indistinto y fugaz. Después, el frío desapareció y los escalofríos del inglés cesaron. Decididamente, Tewp no era un médium. Con evidente desánimo, se pasó la mano por la nuca y posó la mirada en la mortaja de Réault. La sangre dibujaba ahora líneas extrañas en la tela. Se arrodilló para poder ver mejor. Al descifrar los signos, leyó el último mensaje que le había enviado Garance...

Thörun Gärensen dejó la casa sin ni siquiera cerrar la puerta tras de sí. ¿Para qué, si debajo de su abrigo llevaba a su rehén, el precioso hijo de Laüme Galjero? Estaba convencido de que el hada no intentaría nada mientras la vida de su niño estuviera en juego. Con paso rápido y voluntarioso, el noruego caminó en dirección a la laguna. La labor que le esperaba aquella primera noche en Venecia era ardua y larga. Un trabajo maldito, él lo sabía. Y no era sino el primer peldaño antes de pasar a obras más horribles todavía...

Dalibor Galjero soñaba que pisaba el polvo del valle de Lalish. No estaba solo, cientos de hombres caminaban al mismo paso. No conocía sus caras ni sus nombres, jamás los había visto, pero todos le eran familiares. Aunque no se parecían en nada ni llevaban ropas iguales, eran como hermanos. Sí, un parentesco indefinible unía a aquellos hombres, una especie de sutil pertenencia a una misma línea espiritual. Dalibor ignoraba adonde se dirigía aquella tropa. Intentó preguntar a su compañero más cercano, un asiático con cara de pirata, pero éste no sabía nada. Dalibor preguntó a otros, pero ninguno de ellos supo darle una respuesta. Todos marchaban sin saber.

Un campo se extendía en un repliegue del terreno. Allí crecía una planta extraña que no era trigo ni cebada, una planta que daba armas. Cogieron espadas y sables, hachas y franciscas a manos llenas. Dalibor, por su parte, sólo consiguió romper la hoja de una espada musgosa, una vieja cuchilla embotada y enrojecida por el óxido. Desesperado, buscó otra arma, pero ya no quedaba ninguna. El campo había sido devastado por sus compañeros. Éstos, obedeciendo una orden misteriosa, se aprestaban a la batalla. Formaron una línea mientras que a lo lejos se veía un centelleo, y un rugido sordo subía por la llanura. No era un trueno, era un ejército de guerreras vestidas con pesadas armaduras y armadas con lanzas aceradas. Entonces, los hombres gritaron para darse coraje y se lanzaron al ataque. Asustado, el corazón al galope, Dalibor fue empujado y tuvo que cargar con los demás. Cada cual encontró a su oponente en el choque; una a una, las mujeres cayeron o fueron hechas prisioneras. En unos minutos todas fueron abatidas, y los hombres, que no habían sufrido bajas, salieron victoriosos. Pero Dalibor aún no había encontrado a su adversaria. Erraba en medio de los combates sin que ninguna amazona se dignara atacarle. Entonces, una silueta fina y amenazadora, la última de las combatientes, se irguió ante él y se dispuso a traspasarlo. Dalibor cayó sin dar un golpe. La mujer puso un pie en su garganta y la punta de su lanza en su frente antes de quitarse el casco y arrojarlo a lo lejos. Era Laüme. Con sus prisioneras a buen recaudo, todos los hombres habían formado un círculo a su alrededor y se reían de su fracaso.

En su habitación del Danieli, Dalibor Galjero se despertó sobresaltado.

Lewis Monti estaba harto de esperar a Tewp y a Réault. Dejó a Lemona como centinela, y salió del Gritti una hora antes de medianoche a dar un paseo para calmar su impaciencia. Con las manos en los bolsillos, mirando al suelo más que a las fachadas de los palacios, se dirigió maquinalmente a la antigua casa de Fausta Pheretti y Thörun Gärensen. En la esquina de la calle se detuvo en seco. En la primera planta, a través de los postigos abiertos, brillaba un débil rayo de luz.

—¿Todavía no se ha deshecho de esa carroña, Tewp? —dijo en un tono malévolamente Dalibor Galjero señalando el cuerpo de Garance—. ¿A qué espera?

—Tenemos una tarea más urgente que cumplir esta noche —respondió con calma el inglés—. Prepárese y venga conmigo.

Desconcertado, Galjero lo miró de arriba abajo sin responder. Apenas había salido de su pesadilla, sentía que la visión había sido un mal presagio y eso turbaba sus pensamientos.

—¿Adonde quiere llevarme? —preguntó el rumano.

—A la isla de los muertos. Lo que busca le está esperando allá abajo.

—¿Laüme?

Pero Tewp ya salía de la habitación sin apenas darle tiempo a seguirle.

Lewis Monti tiró de la corredera de su automática para poner la primera bala en el cañón antes de avanzar con prudencia hacia la casa. Apoyado contra el muro, cerca de la entrada principal, permaneció un rato escuchando. A su alrededor, Venecia estaba en silencio. Ningún chapoteo, ninguna voz procedente de las terrazas de alrededor... Monti cerró la mano en torno a la culata y giró muy despacio el pomo de la puerta. El cerrojo no estaba echado. Entró. Reconoció el lugar enseguida. Nada había cambiado desde el día en que había ayudado al noruego a trasladar los restos de Fausta Pheretti hasta la isla de San Michele. En aquella época Gärensen no había decidido aún pactar con el demonio para rescatar a su Eurídice de los infiernos...

Caminando de puntillas, Monti dio un vistazo rápido a las piezas de la planta baja antes de subir por la escalera. En la antigua habitación de Fausta, en la misma cama en la que la joven había sucumbido a una lepra maligna, se tendía ahora una soberbia figura femenina. Aunque aún no veía sus rasgos, el americano la reconoció. Desde la muerte de su esposa y de su hijo, doce años antes, no había pasado ni una hora sin que hubiera deseado su muerte. ¡Laüme Galjero! Levantó el brazo para apuntarle y apretar el gatillo, pero su índice se negó a obedecerle. Los músculos de Monti se habían petrificado y hasta sus pensamientos se habían paralizado. Incapaz de disparar, bajó el arma, suponiendo que todavía se levantaban barreras invisibles en torno al hada; pero lo que confundía con un escudo mágico no era en realidad más que un efecto de su propio miedo frente a una criatura dotada de un misterio sin par.

El poder de Laüme había alterado sus fibras más íntimas desde que, pese a su odio y su rencor, conociera el placer con ella...

Se adelantó, tembloroso.

—¿Es verdad que me has dado un hijo? —preguntó.

—Es verdad —respondió Laüme mientras se giraba para mostrarle a la luz su rostro desfigurado.

Sede de la lógica y la racionalidad, el hemisferio izquierdo del cerebro de David Tewp le enviaba desesperadas señales de alarma: el coronel corría al borde de un precipicio y su razón, incapaz de tolerarlo, hacía lo indecible por detenerlo. En cambio, su hemisferio derecho, dominio del instinto, las intuiciones y los fulgores, continuaba alentando al oficial en su loca carrera hacia la isla de San Michele; las letras de sangre que había leído en el sudario de Garance le daban el mandato supremo.

Dalibor Galjero caminaba en silencio tras sus pasos. ¿Quién hubiera podido decir en qué pensaba el rumano? No Tewp, cuya sola certidumbre era que su destino lo esperaba al final de aquella noche veneciana. Fuera cual fuese el resultado, su muerte o la de los Galjero, antes del alba se produciría el fin de la larga caza iniciada a orillas del Ganges doce años atrás...

En lo alto de la torre del reloj, los moros de bronce tocaron la una. Pocas veces el corazón de Dalibor Galjero había latido con tanta fuerza como en aquel instante. Ni siquiera cuando había entrado por primera vez en la catedral de las ratas, en casa de Forasco; ni cuando el verdugo de Bucarest había ceñido la soga de cáñamo en torno a su cuello, o cuando había sufrido el ataque de los espectros en la torre del dios Paon; ni tampoco cuando había desgarrado las ropas de Laüme para poseerla sobre las tablas mortuorias del quai Saint-Michel... Ninguno de aquellos momentos era comparable al que estaba viviendo Dalibor Galjero mientras navegaba con el coronel Tewp hacia la isla San Michele. Nunca como entonces había tenido la sensación de sentirse como una fortaleza asediada por mil sentimientos contradictorios, una ciudadela con los cimientos socavados por una chusma de parásitos demasiado numerosos para ser vencidos. ¿Era fuerte? ¿Era débil? Ya no lo sabía. Ciertamente, sentía en su cuerpo un vigor, un empuje extraordinario, como el que inflama los nervios antes de la batalla. Pero la debilidad también estaba allí, aunque temporalmente atenuada por la muerte de la anciana en la habitación del Danieli. Se había aplicado a extraerle todo el jugo lenta y sabiamente, como Nuwas le había enseñado en otro tiempo en las montañas de Oriente. Pero la ofrenda no había sido del agrado de Taus, y no le había bastado. El dios se impacientaba. Ya tenía suficientes víctimas corrientes, humanas, y ahora quería la sangre de la *frawarti*. Exigía la oblación de

Laüme.

Dalibor siguió corriendo mientras pudo, pero un dolor en el costado le cortó la respiración y le hizo doblarse en dos en el asiento de cuero de la canoa a motor que Tewp había alquilado para desplazarse por la laguna. Resoplando ruidosamente, Dalibor se inclinó por encima de la borda y escupió al mar el exceso de saliva que inundaba su boca. El piloto señaló a lo lejos el islote, cuya silueta se recortaba apenas sobre el horizonte oscuro. Galjero cerró de forma involuntaria los dedos en torno al mango de largo *khandjar* que había tomado como única arma. Aquella hoja había conocido muchos usos. Aquella noche estaba destinada a matar a un hada y a rasgar para su amo el último velo que protegía el santuario de la inmortalidad. Dalibor levantó los ojos al cielo y trató de embriagarse con ese único pensamiento. Por encima de él, Venus, la única estrella visible en el negro firmamento, lucía como una esmeralda diabólica y burlona...

Thörün Gärensen jamás se había preocupado de llevar flores a la tumba de su esposa ni de rezar por su descanso eterno. Su fe no se expresaba por gestos ni deprecaciones; sus vehículos eran el silencio y la acción.

El noruego se escupió en las manos y untó de saliva el mango de la pesada hacha que había encontrado en una caseta de herramientas. Al primer golpe partió en dos el mármol de la tumba de Fausta. Su gran obra acababa de empezar...

Lewis Monti encontró lo que buscaba al final de un pontón desierto; era un elegante bote barnizado, fino y nervioso, dejado en el amarre sin ninguna protección. Ayudó a Laüme a tomar asiento en él y saltó a su vez en la embarcación. Con su navaja desencajó el tablero de mandos y peló dos cables para hacer un puente, igual que hubiera hecho en un automóvil. Una vez arrancado, el motor empezó a zumbar y a morder las aguas de la laguna en dirección nordeste. Sentada en la parte trasera del bote, Laüme Galjero sabía que avanzaba hacia su perdición, pero ya todo le era indiferente. Ni siquiera le importaba el porvenir de su hijo. Todo se había vuelto de repente contra ella, y no podía hacer nada para impedir su derrota. Ella sola se había destruido, se había condenado. A través de la maternidad había rebajado, degradado su espíritu —más que su cuerpo— al estado de humanidad. Precipitada en las profundidades, Laüme Galjero ya no tenía coraje para luchar y volver de nuevo a la luz.

Thörün Gärensen tiró del aparejo para sacar a la superficie el ataúd de Fausta Pheretti, cubierto de lodo y de moho. Había pasado todas las fatigas del mundo para deslizar las correas bajo el féretro, y extraerlo del estrecho agujero con la única ayuda

de sus fuerzas resultó una tarea muy ardua. Por fin, después de varios minutos durante los cuales temió perder el agarre más de una vez, logró ponerlo en el suelo. Resoplando y transpirando, Thörun se concedió un descanso. La frente apoyada en las manos y la sangre batiendo sus sienes, no reparó en las dos figuras silenciosas que se acercaban a él...

Lewis Monti guardaba un vivido recuerdo del lugar donde reposaba Fausta. Sin la sombra de una duda, tomó el camino balizado por las lámparas votivas que iluminaban casi todas las tumbas y condujo al hada a través de las alamedas brumosas del cementerio. A la vuelta de una encrucijada, bajo las alas desplegadas de un ángel de piedra, ambos vislumbraron la silueta de Thörun Gärensen...

Dos embarcaciones se mecían a lo largo del embarcadero de la isla San Michele; un olor a gasóleo flotaba a su alrededor. Dalibor Galjero saltó a tierra y sacó su cuchillo.

—Enséñeme —le dijo a Tewp—, enséñeme dónde está Laüme.

—Cerca de la tumba de Fausta Gärensen —respondió el inglés.

—Si es una trampa, lo mataré el primero, Tewp —advirtió Dalibor con voz ronca.

El aludido no contestó. Guiado tan sólo por el instinto, Twp se lanzó a la carrera hacia el epicentro de la tragedia que se avecinaba...

Resquebrajada y carcomida, la tapa del ataúd se rompió con un silbido espantoso.

Thörun apartó apresuradamente los listones del centro con las manos desnudas y, tomando la candela más cercana, miró en el interior. No pudo reprimir una exclamación de disgusto. Lo que quedaba de Fausta Pheretti no era más que una papilla, un amasijo grumoso de huesos blanquecinos y de carne licuada, como si el hechizo fatal del que había sido víctima hubiera continuado obrando mucho después de su deceso.

—Es demasiado tarde para ella —juzgó Laüme inclinándose por encima del hombro de Thörun para examinar el despojo—. Aunque aún tuviera fuerzas, no podría hacer regresar a esa mujer de entre los muertos. Aunque exista, el alma no lo es todo, el cuerpo también debe ser viable...

Gärensen se volvió bruscamente, sorprendido por la intervención de su prisionera.

—¡Me ha mentado! —gritó encolerizado—. Usted nunca tuvo intención de cumplir su promesa.

—¿Dónde está el niño, Gärensen? —preguntó Laüme con suavidad—. ¿Dónde está mi hijo?

Pero no hubo respuesta. Presa de un intenso furor, el noruego golpeó a Laüme con tanta violencia que la hizo caer; después, encarnizándose con ella, la golpeó en el

vientre y en el rostro. Bajo sus botas, las finas costillas se quebraron y las heridas de la cara se reabrieron. Cuando sintió que estaba a punto de desfallecer, la dejó por un instante, jadeante y ensangrentada, gimiendo en la grava, antes de regresar con un niño en sus brazos y un montón de tierra.

—Usted morirá enseguida —anunció—. Pero su hijo irá primero.

Thörün Gärensen arrojó al bebé como si fuera un saco a los pies de Laüme y alzó la herramienta de pesada cabeza de hierro, pero un dolor repentino desgarró los músculos de sus hombros y detuvo su gesto. Lewis Monti salió de entre los árboles, el cañón de su arma todavía humeante.

—El niño no morirá, Gärensen —dijo el siciliano—. Es mi hijo. Perdónele la vida.

A pesar de la herida, el noruego inició un golpe de herrero para aplastar al primogénito de Laüme Galjero. La primera bala le alcanzó la frente. La segunda le atravesó la garganta. La tercera se hundió en su pecho a la altura del corazón. Sacudido por los impactos, el gigante rubio cayó de través sobre el ataúd de su esposa, acabando de dislocar las tablas y esparciendo los restos de Fausta por el suelo.

Laüme tendía sus manos despellejadas hacia su hijo y Monti se acercaba con tristeza al cadáver de Gärensen, cuando unas voces se elevaron. Hubo un ruido de lucha, un grito de dolor; después, unos pasos rápidos apresurándose. Con la mirada ida y los labios levantados encima de su blanca dentadura, Dalibor Galjero surgió de ninguna parte para arrojarse sobre Laüme, que aún estaba en el suelo. Monti apuntó su automática e intentó disparar, pero le fue imposible porque sus músculos no le obedecieron. Entonces, sin que Laüme ofreciera resistencia, como si aceptara su destino, la hoja del *khandjar* se tiñó de sangre. Sin una onza de piedad, Galjero cortó el cuello de *su frawarti*, con la sola esperanza de que la criatura hubiera conservado un poco del poder que Taus reclamaba en homenaje. Aquél era su único deseo, su único anhelo: quería vivir para siempre... Pero la maternidad le había arrebatado a la Melusina toda su condición sobrenatural. Para el dios Paon, la ofrenda no tenía ya ningún valor. Su discípulo había tardado demasiado. Desde su trono de fuego, el ave divina alzó el vuelo, descendió de su cielo púrpura y se hundió en las tinieblas del mundo. Por un instante, sus alas envolvieron la figura de Dalibor, aferrado al cuerpo sin cabeza de su amante, y borró el don de la larga vida concedido un día al viajero que había ido a pedir su favor en la torre del desierto lejano. Mientras se desplomaba lentamente, Dalibor seguía estrechando contra sí el cadáver decapitado de Laüme. Cayeron juntos en la blanda tierra, abrazados como el primer Galjero y la joven hada en la playa donde se secaban las redes de los pescadores del mar Negro. Unidos para siempre el uno al otro.

LA DESESPERACIÓN DE LAS QUIMERAS

Constituían un espectáculo extraño, dos hombres de edad madura, con abrigos largos y sombreros de fieltro, paseando por el puente del barco con un bebé en brazos. Varias veces al día, los pasajeros se cruzaban con ellos en el paseo. A muchos les hubiera gustado hacerles preguntas, sobre todo a las mujeres, pero nadie osaba abordarlos. Siempre juntos, parecían estar al acecho, como si temieran que un enemigo surgiera de la nada o sospecharan que alguien los estuviera siguiendo. Pero nadie iba ya detrás de ellos. Lo sabían, y quizás eso les pesaba más de lo que querían reconocer.

—¿Qué harás cuando vuelvas, Lemona? —preguntó Monti la víspera del día previsto a su llegada al puerto de Nueva York.

Lemona hinchó sus mejillas como un hámster. Acodado en la borda de bronce mientras observaba la puesta de sol en el océano, dijo:

—Convertirme en un buen padre de familia, creo. Mis negocios son modestos, pero marchan bien. No necesito dinero. Voy a hacer un matrimonio ruso. A mis hijos los llamaré Olga e Iván. Eso me traerá recuerdos alegres. Y usted, don, ¿qué nombre va a ponerle a este pequeño?

Envuelto en una manta, el niño estaba tranquilo y rebosaba salud. Monti lo miró con ternura.

Tras un breve silencio, el viejo siciliano murmuró un nombre, pero la brisa se llevó las sílabas...

David Tewp se cambió la venda bajo la que cicatrizaba la herida que Dalibor Galjero le había hecho en el vientre con su *khandjar* en el cementerio de Venecia. Después, se anudó en la nuca el cordón de cuero de su máscara y rectificó su posición sobre el caballete de su nariz. Se miró un buen rato en el espejo. Le invadió un inmenso desánimo. Privado de la prótesis de nácar y coral que le había fabricado el artesano Ziméon Sternberg en Jerusalén, volvía a ser un «cara rota», igual que decenas de miles de otros después de la guerra, un monstruo de feria que sólo inspiraba repulsión y burlas. ¿Cómo reprocharle a Perry Maresfield que lo rechazara la noche anterior cuando se había presentado en el umbral de su casa en Brighton? Desde luego, ella había disimulado su disgusto al verlo desfigurado de aquel modo. Una mujer de su educación sabe contenerse; pero su actitud teñida de malestar e incomodidad la dispensaba de cualquier comentario.

—¿Qué tal se porta Dennis? —había preguntado con torpeza el coronel para intentar entablar conversación.

—Por desgracia no está en casa esta noche —había mentido Perry, mientras Tewp

escuchaba perfectamente como el niño jugaba en el primer piso.

Ante tal muestra de frialdad y dureza, el coronel no insistió. Se marchó, amargado y triste, pretextando la excusa de una cita imaginaria en la ciudad. Toda la velada y toda la noche se quedó solo en su habitación del hotel, intentando imaginar en qué consistiría ahora su vida, después de tantos años consagrados a una venganza cuyos resultados no le habían aportado descanso ni alegría. Habid Swamy y Kharmurjee estaban muertos desde hacía mucho tiempo... ¿realmente le importaba que sus asesinos hubieran recibido su merecido? Tewp lo dudaba...

Por la mañana, sin haber pegado ojo, se fue a la playa. En el terraplén donde se alineaban las embarcaciones, pidió para desayunar judías y tomate en conserva con beicon, pan tostado y café. La marea estaba baja, el olor del cieno flotaba hasta él. Desalentado, dejó su plato casi intacto y caminó sin rumbo hasta el mediodía. El cielo estaba apagado, sin color, las aceras brillaban por efecto de una llovizna que vaciaba las calles. Con las manos en los bolsillos, la mirada fija en el suelo, David Tewp formuló una pregunta dirigida al fantasma de Garance de Réault.

—¿Debo hacerlo, *madame*?

—No me opongo a ello, David —le contestó la vieja dama en un tono de complicidad—. Con una condición...

—¿Cuál?

—Hazlo sin remordimientos, muchacho...

Entonces, David Tewp volvió al hotel y desarrolló el fetiche de amor que Dalibor Galjero había confeccionado para él en Estambul. Estrechó el objeto en sus manos y, pese al asco que le causaba, activó el muñeco según los ritos que le había enseñado el brujo.

Cuando, aquella misma noche, el coronel hizo sonar de nuevo la campanilla de la casa de Perry Maresfield, la joven lo acogió sonriente; como si lo hubiera esperado desde mucho antes de su llegada, se estrechó contra él y lo besó con ardor. Desde lo alto de la escalinata, Dennis bajaba corriendo hacia ellos...

EPÍLOGO

En el gran dormitorio de los novicios, Wangchuk temblaba de frío. El aire helado procedente de las cumbres más altas del mundo caía en columnas sobre el valle y rebotaba por encima del río para regresar y azotar de lleno las austeras murallas del monasterio.

Tembloroso, el joven se envolvió en su delgada manta y plegó las piernas contra el torso para conservar un poco de calor. La noche acababa de empezar y aún tendría que esperar largas horas hasta que los rezos de la mañana le proporcionasen un poco de ejercicio. Apenas acababa de volver a dormirse cuando el supervisor Jampa irrumpió en la sala, gritando:

—¡Los chinos! ¡Nos atacan! ¡Salvaos, hijos! ¡Deprisa!

Wangchuk se puso en pie de un salto y quiso preguntar al viejo monje, pero ya sus condiscípulos se atropellaban sin intentar comprender. Entre el tumulto general, Wangchuk fue empujado hacia delante por una marea humana que no podía contrarrestar. El patio ya era el escenario de una batalla. Bengalas de fósforo iluminaban el cielo negro y los soldados tiraban al blanco sobre los religiosos desarmados. Wangchuk intentó retener a sus compañeros, ordenándoles a gritos que se replegaran hacia el refectorio, pero cada cual pensaba tan sólo en salvar su propia vida y todos reaccionaban por instinto, sin reflexión, sin estrategia. La invasión había sido tan repentina, tan brutal, tan increíble, que no había ni un arma en todo el recinto del monasterio, y no se habían previsto posiciones de cobertura ni vías de escape. Wangchuk vio como los fusileros del Ejército popular abrían fuego sobre sus compañeros. Las balas silbaban a su alrededor, arañaban las columnas de piedra del claustro, hacían saltar los mampuestos, astillaban las estatuas de madera policroma. Unos cuerpos se derrumbaron delante de él y la sangre salpicó su camisa de dormir. Se agachó y corrió un trecho en dirección al huerto. Una vez allí, con el corazón acelerado, intentó escalar el muro exterior, pero dos de los asaltantes se precipitaron sobre él y lo tiraron al suelo. Un dolor punzante le taladró la pierna; una bayoneta china acababa de atravesársela. Wangchuk se debatió contra los soldados como un auténtico diablo. Su mano encontró el mango de un pico olvidado contra el muro; la rabia y el miedo le dieron fuerzas para recuperarse. Blandiendo la herramienta como si fuera un hacha de guerra, clavó el hierro en el pecho del primer asaltante y, con un hábil movimiento a la inversa, en el vientre del segundo. Después, saltó el muro y se perdió cojeando en la noche.

Cuando regresó, por la mañana, todos estaban muertos. El edificio de los monjes y el templo no eran más que un montón de ruinas humeantes. Las salas de estudio y las despensas ardían aún. Por todas partes se veían cadáveres abandonados a merced de los carroñeros. Durante tres días y tres noches, sin beber ni comer, Wangchuk

preparó las piras funerarias de sus compañeros y de sus maestros. Después de haber encendido la última hoguera, juró vengar a sus hermanos. No obstante, ante la dificultad de la tarea, en el fondo de su corazón dudaba de poder cumplir nunca aquella promesa.

—Sin embargo, los vengarás, puedes estar seguro —dijo una voz muy suave.

Wangchuk se dio la vuelta. Una pálida desconocida, de belleza incomparable, permanecía ante él, tan cerca que podría tocarlo. Su sonrisa era radiante y sus grandes ojos negros brillaban con una llama intensa.

—Mi nombre es Sonam —dijo la muchacha—, y si me amas como yo te amo ya a ti, nuestros hijos serán reyes...

FIN

NOTA DEL AUTOR

El siglo de las quimeras es una obra de puro divertimento, un juego de *collages* que bebe de numerosas fuentes. Como folletín de aventuras y relato negro y barroco, a veces se toma grandes licencias con sus materiales de base. Aunque algunas de estas licencias serán evidentes para el lector, otras, en cambio, merecen un comentario. En el caso particular de *La dama de la Toscana*, considero importante puntualizar las siguientes cuestiones.

El término *frawarti*, utilizado para designar el tipo de criatura sobrenatural encarnado por Laüme y por Ta'qkyrin, procede de la tradición persa preislámica. El concepto de ángel femenino armado es, no obstante, conocido en muchas otras mitologías. En el mundo escandinavo y germánico recibe el nombre de *hamingja* y cumple exactamente la misma función que su equivalente persa: proteger al guerrero valeroso y asegurar prosperidad y honor a toda su descendencia. Las relaciones, a menudo turbulentas, de una familia con su *hamingja* constituyen uno de los motivos principales de las sagas islandesas. En la Francia medieval lo reencontramos en la historia de Melusina, el hada que garantiza la fortuna y la sabiduría a Raymond de Lusignan a condición de que éste respete algunas prohibiciones que, previsiblemente, él transgredirá para gran desdicha suya y de sus allegados. Según otra referencia, más literaria, el personaje de Laüme tiene también algo de la Biondella imaginada por Cazotte, un diablo amoroso en forma de mujer que viene a perturbar la vida de Alvare.

La historia de Caterina Cornaro, veneciana convertida en reina de Chipre a raíz de sus nupcias con un Lusignan, es auténtica.

A causa de la leyenda que circula en torno a la familia de su esposo, parece natural que ella adivine al primer golpe de vista la naturaleza singular de Laüme, cuando ve al hada en la explanada de la basílica de Letrán, durante la ceremonia de las bodas de Dragoncino Galjero con su sobrina Alessia Cornaro (personaje evidentemente ficticio).

Como Caterina Cornaro, el legado Nicola da Modrussa es un personaje histórico. Amigo del papa Pío II, fue enviado, en efecto, como embajador ante el príncipe Vlad Tepes, que combatía a los turcos que asolaban los Cárpatos en la época. Igual que su señor, Modrussa fue una de las grandes figuras de la Italia renacentista. Letrado y humanista, pertenecía a aquella generación auténticamente erudita que, con el impulso de Cosme de Médicis y gracias a la influencia de algunos bizantinos, redescubrió la herencia filosófica, religiosa y artística grecolatina. El episodio del concilio celebrado en Florencia en 1493, casi olvidado en nuestros días, es emblemático de este movimiento. Elegido por Cosme para poner fin a las querellas intestinas del cristianismo de su tiempo demostrando la superioridad del pensamiento

antiguo, fracasó, evidentemente, en los ámbitos político y religioso, pero constituyó el verdadero punto de partida del movimiento renacentista en las letras, las artes y la filosofía. La estatura intelectual y física del anciano Gemistos Plethon, neoplatónico y pagano convencido, domina este período; se ganó la amistad de Cosme y le inspiró la idea de crear la nueva academia platónica de Florencia, donde estudiaron Pico della Mirandola y Marsilio Ficino, a quien debemos las traducciones de la obra de Platón y también las de Porfirio, Jámblico, Plotino, Hermes Trismegisto...

El príncipe valaco Vlad IV Tepes, amigo y protector del primer Galjero, es el modelo histórico de Drácula. Famoso a través de la obra epónima de Bram Stoker con sus múltiples derivados cinematográficos, el pretendido vampiro ha invadido todas las expresiones de la cultura popular occidental. Si lo despojamos de esta panoplia mítica, la figura de Vlad Tepes sigue fascinando por más de una razón. Héroe de una guerra trágica contra los otomanos, fue víctima de las intrigas de conspiradores recelosos de sus talentos como jefe militar y exquisito diplomático. Debemos a los alemanes de Rutenia las célebres xilografías que muestran a Tepes dándose un banquete en el centro de un bosque de estacas sobre las que expiran sus enemigos. Su reputación de hombre cruel procede, pues, de una propaganda sabiamente orquestada por sus enemigos en la sombra. Para los rumanos de hoy en día, es un héroe nacional y un símbolo de su larga lucha por la independencia.

El joven Dalibor Galjero, conducido a París por Laüme, simpatiza con los románticos. Fruto de su misma generación, Alexandre Dumas, Gérard de Nerval, Théophile Gautier, Victor Hugo y Eugène Delacroix parecían candidatos perfectos a conformar su entorno de amistades. Creadores, seductores, sensibles a los problemas políticos de su tiempo, los románticos constituyeron algo más que un simple movimiento artístico. El escritor Charles Nodier, un poco mayor que ellos, aportó a sus obras la influencia inglesa de Walter Scott o de Byron. En su calidad de conservador jefe de la biblioteca del Arsenal, Nodier aportó a la institución algunos de los manuscritos más interesantes relativos a la historia del esoterismo en Occidente. El Arsenal alberga el más amplio abanico de textos sobre el tema en Francia (exceptuando las colecciones privadas), aún en la actualidad muy por delante de las bibliotecas municipales de Dijon y de Orléans.

El personaje de Wolf Messing es auténtico. Los elementos biográficos que incluyo son igualmente verídicos. La anécdota del desafío de Stalin y del robo de cien mil rublos, bajo la atenta vigilancia de los servicios secretos, queda claramente atestiguada en numerosos documentos que se hicieron públicos hace mucho tiempo. Desde su llegada al poder tras la Revolución de Octubre, las autoridades soviéticas consagraron parte de sus esfuerzos a la parapsicología, tanto en lo que concierne a investigaciones de base como a informes secretos. Messing participó activamente durante mucho tiempo en estudios sobre la hipnosis y los mecanismos de sugestión aplicados al campo de la manipulación mental. El personaje de la oficial superior Grusha Alantova es totalmente ficticio, aunque no así el amante que le adjudico,

Nikolái Yezhov, uno de los jefes probados del NKVD, y que en efecto fue víctima de las purgas estalinistas a mediados de la década de 1930.

En lo que concierne al asesinato de Rasputín, la presencia en el entorno próximo al príncipe Yusúpov de un agente inglés llamado Oswald Rayner es un hecho conocido en la actualidad. La reciente apertura de los archivos del MI6 relacionados con ese período ha contribuido a arrojar nueva luz sobre este famoso episodio. Si Rasputín no hubiera sido asesinado, es muy probable que, bajo la creciente influencia de su partido eslavófilo, Rusia hubiera negociado una paz por separado con Alemania. En tal caso, la victoria aliada habría quedado fuertemente comprometida, y tal vez se habría favorecido una reforma profunda del sistema imperial y evitado así la revolución bolchevique de finales de 1917. En la Alemania del Kaiser Guillermo II, la ausencia de una amenaza soviética en el Este, unida a una paz «blanca» o incluso a una victoria sobre la alianza francobritánica, pronto habría dado al traste con las pretensiones y la política futuras de los nazis.

Algunos autores de los siglos XIX y XX, etnógrafos, historiadores de las religiones o esoteristas, se han aplicado al estudio de las poblaciones yazidis de los desiertos de Turquía, Siria e Iraq. El carácter peculiar de estas tribus aisladas, poco numerosas y de difícil acceso, ha tejido en torno a ellas una suerte de leyenda negra. Ciertos comentaristas, poco deseosos de verificar sus fuentes o de emprender una investigación seria, han calificado a los yazidis de «adoradores del diablo». Evidentemente, no hay nada de eso. Aunque el dios Paon Taus existe en su panteón, de ningún modo se le identifica como el ídolo de un pueblo sanguinario adepto de una elevación espiritual por la crueldad. Este aspecto sólo tiene validez en la dimensión ficticia de *El siglo de las quimeras*, y no refleja en absoluto la verdad sociológica, histórica, cultural y religiosa de los yazidis reales. En estos comienzos del siglo XXI, una yazidi emigrada de Turquía a Alemania es diputada europea.

AGRADECIMIENTOS

El libro de Dalibor Galjero acaba de cerrarse, al igual que se cerraron los de David Tewp, Thörün Gärensen y Lewis Monti. Sin embargo, no puedo volver la última página de sus aventuras antes de expresar de nuevo mi gratitud a Anne, Stephen y Alain Carrière, cuya amistad, apoyo y —sobre todo— paciencia arcangélica jamás me han fallado en el curso de los largos meses de escritura consagrados al Siglo. Aunque, por desgracia, no puedo citar a todos los que han contribuido a la elaboración de los textos y a su difusión entre el público, deseo de todos modos manifestar mi profundo agradecimiento a Sophie Bagur, Anne-Sophie Naudin, Yasmina Urien, Julia Gallet, Alain Ledru, todos ellos colaboradores de la editorial Anne Carrière. Pienso también en Elisabeth Bouton, correctora despiadada pero de humor condescendiente, en Marc Taraskoff, ilustrador, en Bénédicte, Karyne y Thomas, libreros de París, en Albéric, librero de Burdeos, en Virginie y Muriel, librerías de Bruselas, Anne, librería de Lyon, Véronique y Fanny, librerías de Grand-Plaisir, en Raphaële Hoffmann, Bernadette Gyldemin, Pierre-André François, Philippe Lamotte, Jean-Louis Besse y en los equipos de representantes del grupo Hachette. Reciban todos ellos un muy caluroso saludo por su labor esencial y difícil, y por la benévola acogida que depararon a este proyecto desde su origen. Mi agradecimiento también a Susanna Lea, así como a su equipo de asistentes.

Gracias a Alain Zilberstein por su extrema cortesía y su influencia siempre benéfica.

Gracias, en fin, a Moytza por su paciencia, su alegría luminosa y su corazón generoso.

El siglo de las quimeras,
Liubliana, Brujas, Bruselas,
Sant'Anna in Camprena, París, Parma,
2004-2007

Notas

[1] *Colinde*: villancico tradicional rumano. <<

[2] Buena y dulce compañera, soy tan feliz ahora, / que quisiera que no llegasen ni el alba ni el día; / porque tengo en mis brazos a la más hermosa / que haya nacido de madre, y por eso no me importan / ni los locos celos ni el alba. (*N. del T.*). <<

[3] «Cierto es, sin duda, y en verdad que lo de abajo es igual a lo de arriba y que lo de arriba es igual a lo de abajo para la realización del milagro de la unidad. Y del mismo modo que todas las cosas han salido del Uno, así también las cosas, mediante un proceso de adaptación, nacerán de la unidad. Su padre es el Sol, su madre la Luna. El viento la ha llevado en su vientre, y la tierra es su nodriza. El padre de todas las cosas maravillosas del universo está aquí. Su fuerza es absoluta; se ha transformado en tierra. Separa la tierra del fuego, lo fino de lo tosco, con cuidado y con agudo ingenio. Se alza desde la tierra hasta el cielo y desciende de nuevo sobre la tierra para recibir la fuerza de lo de arriba y de lo de abajo. Así serás poseedor del esplendor del mundo y huirá de ti toda oscuridad. Ésta es la más fuerte de todas las fuerzas poderosas, pues domina todo lo fino y escruta todo lo tosco. Así fue creado el mundo. Éste es el modo por el que se realizan maravillosas combinaciones. Por esto soy llamado Hermes Trismegisto, pues las tres facetas de la filosofía del universo poseo. Concluido está, pues, lo que yo he anunciado de la obra del Sol». (*N. del T.*). <<

[4] Personaje de *Madame Bovary*. Burgués petulante e ignorante con ínfulas de sabiondo, es responsable indirecto del suicidio de Emma Bovary. (N. del T.). <<

[5] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[6] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[7] El médico, pedagogo y escritor francés Allan Kardec (1804-1869) fue uno de los investigadores clave de su tiempo sobre espiritismo. En su obra *El libro de los espíritus* (1857) codificó y estructuró todo el material que había ido recopilando sobre el tema. (N. del T.). <<